

Junio-Agosto 1953

REVISTA TRIMESTRAL

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

2

Martí, símbolo de América

GERMAN ARCINIEGAS

*La alternativa del Occidente :
contener o liberar*

RAYMOND ARON

*El problema de las nacionalidades
hispánicas*

A. ROVIRA I VIRGILI

Las autonomías en España

S. DE MADARIAGA

Santayana, el gran hombre del margen

RAMON J. SENDER

¿ A dónde va Rusia ?

ALEX WEISSBERG

Orígenes de la novela en el Brasil

J. LINS DO REGO

Tiempos de mala fe

NICOLA CHIAROMONTE

Otros textos de :

V. ALBA, F. BORKENAU, J. CASTILLO, M. COLLINET,
GILBERT CHASE, A. LANOUX, H. LUTHY, CZESLAW MILOSZ,
J. MAURIN, JAN ULATOWSKI, F. VALERA

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista trimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas las trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista abre sus páginas a la colaboración de los intelectuales de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se responsabiliza de sus editoriales y de sus artículos, documentos y notas sin firma.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, constituido en el mes de junio de 1950, reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de las diversas tendencias. Su único denominador común consiste en la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga,
Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont

Secretario general : Nicolás Nabokov

CUADERNOS

NUMERO 2

REVISTA TRIMESTRAL

JUNIO-AGOSTO 1953

SUMARIO

José Martí, símbolo de América.....	GERMAN ARCINIEGAS	3
Nuestra América	JOSE MARTI	6
La alternativa del Occidente : contener o liberar ¿ A dónde va Rusia ?	RAYMOND ARON	8
Aspectos de la sociedad post-stalinista	ALEX WEISSBERG	23
Esperanzas y dificultades de Europa	FRANZ BORKENAU.....	29
El problema de las nacionalidades hispánicas...	MICHEL COLLINET	34
Las autonomías en España	A. ROVIRA I VIRGILI	42
Santayana, el gran hombre del margen	S. DE MADARIAGA.....	48
	RAMON J. SENDER	52
<i>Historia y literatura</i>		
Ferrero y la Revolución francesa.....	HERBERT LUTHY.....	55
Orígenes de la novela en el Brasil	J. LINS DO REGO	60
La crítica moderna en los Estados Unidos	GILBERT CHASE	65
<i>Cultura y libertad</i>		
Tiempos de mala fe	NICOLA CHIAROMONTE	71
Poesía y dialéctica	CZESLAW MILOSZ	75
Arte y política	JAN ULATOWSKI.....	80
<i>Crónicas</i>		
El Congreso continental de Santiago	JAIME CASTILLO.....	84
La farándula de los incendiarios	VICTOR ALBA	88
Doctrinas sociales y costumbres obreras	M. C.	91

Asteriscos

El centenario de José Martí. — Ciencia y libertad. — El 70 aniversario de Ortega y Gasset. — Crisis en el C. N. E. de Francia. — Concurso internacional de composición musical. — Un Congreso estudiantil en Madrid..... 93

Lecturas

El hombre frente a su destino, por FERNANDO VALERA. — Arciniegas o la conciencia de América Latina, por JOAQUIN MAURIN. — Una antología de la poesía mexicana, por ARMAND LANOUX. — La economía agraria de América Latina, por VICTOR ALBA. — Presencia de Iberoamérica, por I. IGLESIAS. — Economía y finanzas de España, por IG..... 98

Las revistas — Nuestro carnet

PRECIOS

<i>Francia y Unión Francesa :</i>	<i>Países de Iberoamérica :</i>
Número suelto . . . 125 francos	Número suelto . . . 0,50 dólares
Suscripción anual . 450 »	Suscripción anual. 2. - »

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a

CUADERNOS DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
4E, Avenue Montaigne, París (VIII^e), France.

JOSÉ MARTÍ

símbolo de América

POR GERMAN ARCINIEGAS

EN la historia de las guerras por la Independencia el caso de José Martí, el cubano, es único. Porque es el único de los libertadores americanos que no fué militar. Desencadenó la guerra y aseguró la victoria con discursos. A Washington, a Bolívar o a San Martín tenemos que verles de uniforme militar, y nos los representan siempre con galones de oro y espada. No hay nada más ajeno a Martí que semejante atuendo. El fué aún más informal que el propio Lincoln, que después de todo era el hombre del sombrero de copa. La única acción de guerra en que se comprometió Martí fué la de su muerte. Aquello ocurrió en el campo de Dos Ríos. Entró a la pelea como un poeta desatado, y le sacaron en un cajón. En rigor, no iban en el cajón sino los materiales físicos de su cuerpo mortal, que era lo de menos en su caso. Quedaban vivas sus palabras, que habían pasado a ser su alma difundida en todas las almas de los cubanos. Y así, sin estar de cuerpo presente, siguió llevando la bandera, y aún la sigue llevando. La lucha en que él se empeñó no ha terminado. El entendía la independencia como un camino para la libertad, no para ganar el poder. La independencia se conquistó en América hace tiempo. Por la libertad se sigue luchando hoy, y aun en circunstancias más difíciles.

Todos recordamos la dramatización de H. G. Wells que produjo hace unos años desórdenes en muchas partes del mundo. Se trataba de una supuesta invasión de

paracaidistas de Marte que avanzaban sobre nuestra tierra indefensa. Tan a lo vivo se hizo que la gente enloqueció. Hoy, una transmisión de los discursos de Martí (una invasión martiana de su literatura) no produciría menores disturbios en muchos sitios de América, porque la pasión de Martí por la libertad de palabra y por la libertad escrita, su defensa de los derechos humanos, su exaltación de los universitarios que rindieron la vida por combatir la dictadura, hieren ahora los mismos intereses que en su época combatió. Sigue siendo, pues, una palabra peligrosa.

Bien visto, Martí no fué sino un poeta. De esta definición no se apartó una línea en su vida. Nació en la Habana de padres completamente españoles hace exactamente un siglo: en 1853. Siendo apenas un estudiante, en su primera juventud, cuando comenzaba a alborotarse el sentimiento cubano contra la dictadura del gobernador español, se producen algunos incidentes que obligan a los jóvenes a colocarse o del lado del pueblo o del lado del gobierno. Para Martí el mozo, un estudiante entre la tropa de los españoles que humillan la dignidad de la gente menuda, es un traidor. Así se lo canta a uno de sus antiguos compañeros, y por esto se le lleva al presidio, se le destina al duro trabajo de las cantenas bajo un sol de fuego. El, sencillamente, escribe entonces versos a su madre. Se le deporta luego a España, y en España su voz se multiplica en las escuelas, en las asambleas políticas, golpeando siempre

sobre el tema de la libertad. Vuelve a América, vive largo tiempo en Nueva York, en México, en Guatemala, en Venezuela. Y en todas partes se multiplica su grito de combate: Cuba Libre. Cuando fusilan a los estudiantes en la Habana, hace un discurso que es la más hermosa página de la gran antología de América. Cuando prepara la invasión a la isla, sus hermanos en la empresa son los humildes y oscuros desterrados que envuelven tabaco en el sur de los Estados Unidos y le entregan los centavos — al poeta — para que compre fusiles. A lo largo de toda esta vida surgen amores, y los amores terminan casi siempre mal. Su mujer se le separa, la niña de Guatemala muere de amor, las novias de España se desvanecen en el recuerdo, los idilios mejores son silenciosamente llevados en la penumbra. Pero en el más grande de sus amores quien muere ni es la hembra, sino es él mismo. Su grande amor fue el la libertad.

Me parece que el haber muerto Martí en el campo de Dos Ríos nos ofrece una buena palabra para interpretar toda su vida. Él siempre se mueve entre dos ríos, entre dos grandes corrientes de su tiempo, y no de una manera común, sino dramática, como en los violentos contrastes de luz y sombra de la novela romántica. Si mal no recuerdo ha sido Ortega y Gasset quien ha hablado del hombre y su circunstancia. Este no es un buen planteamiento del problema del hombre. Siempre no hay una, sino dos circunstancias. El diálogo de quien ha de tomar una decisión en la vida no se hace oyendo a una sola voz. La cuestión está en tomar una decisión, en salir de la lucha contradictoria con una afirmación y con una negación. Martí tuvo siempre en sus manos una moneda que tenía dos caras, y jamás vaciló en jugar su vida a una de ellas.

Era profundamente español por la sangre y por la lengua. Es uno de los mejores escritores de su idioma a lo largo de medio siglo. Y era profundamente americano por el ambiente de su infancia en la Habana, por el acento de justicia que oía en las voces del pueblo, por el amor a su tierra. Era duro volverse contra España; era imposible volverle la espalda a los de su tierra. Proclamó la guerra contra España.

Se echó al río de la justicia y dejó el río de su sangre.

Literariamente era de la familia de los románticos por su pasión y su temperamento. Pertenecía a dos siglos: al XIX y al XX. Las voces tonantes de Hugo, las músicas lejanas de Scott, hasta las novelas de Cooper estaban tan presentes en él como pudieron estarlo en Sarmiento, el otro gran escritor americano. Pero con más penetración que ninguno antevió los cambios fundamentales que ya anunciaba el modernismo, cayó en la cuenta de que ya no se podía seguir cantando con el mismo son y pasó también esa frontera. Hoy se le considera uno de los creadores del nuevo estilo.

Su raíz estaba en la colonia española, en el mundo español que no sólo imponía su voluntad política en Cuba, sino que tenía su círculo familiar de encanto. Frente a eso estaba el azar de la república; la tentación del vuelo, la aventura. Para los tibios las dos cosas podían pesar lo mismo en la balanza, y vivir sin problemas como si aquello no fuera sino una circunstancia. No. O colonia o república. Y Martí se apuntó en la moneda a la cara de la república.

Como hombre de amor, ninguno lo sintió tan hondamente como Martí. Lo dicen sus versos, que en la América indoespañola se seguirán leyendo mientras haya poesía. Veía morir de amor a la niña más linda, y él sentía en su propio ser la agonía. No era fácil para un hombre de su sensibilidad escoger, entre su amor y su destino, entre el impulso de su corazón y la razón de su lucha. Pero también ahí supo decidirse.

Y así podría irse separando trozo a trozo cada uno de los episodios en que su personalidad tuvo siempre que hacerle frente a dilemas tremendos. Como muchacho nacido en la Habana alegre y musical, lo normal en Martí hubiera sido ser más un alegre gustador de la vida que caer en situaciones siempre dramáticas. Todo le favorecía para despertar en torno suyo calor de amistad, afectos, amores. Sus grandes ojos, su frente anchísima, su voz de timbre mágico, su don maravilloso de la palabra, cautivaban a las mujeres, atraían a los hombres. Pero todo en su vida resultaba con dos ríos a escoger, y fatalmente

desembocó en la vida dramática, en el final de tragedia.

Sin aspavientos románticos. Con un profundo sentido de justicia. Superó a los republicanos, porque el negar la colonia no le llevó al extremo de negar al pueblo español que siempre amaba; el negar al romanticismo no le llevó a afrancesarse con los simbolistas, a olvidarse de su tierra que fué el tema de su vida; el negarse a caer en los precipicios del amor, no agotó la riqueza de su corazón ni le calló; el negar a España en Cuba no le cegó para llevar su negativa más allá del justo límite. En otras palabras: Martí fué un hombre de justicia.

Entre sus decisiones dramáticas no es la menor la que debe definir su actitud frente a los Estados Unidos. El encontró en Nueva York no sólo un hogar de trabajo, de afectos, de enseñanzas, sino muchas cosas que nutrieron mejor que nada su fe republicana. Las páginas suyas sobre los colonos ingleses, sobre los peregrinos del Mayflower, sobre Lincoln, figuran entre las más nobles que se hayan escrito en lengua espa-

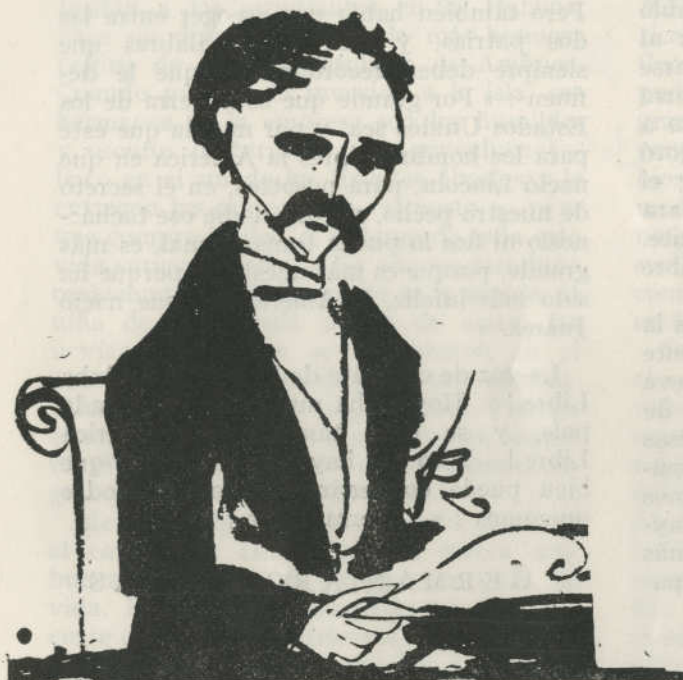
ñola. Con toda independencia fusigó la corrupción americana cuando quiera que la descubrieron sus ojos limpios, pero nunca perdió el sentido hasta negarse a ver la auténtica grandeza de los Estados Unidos. Pero también había que escoger entre las dos patrias, y dice unas palabras que siempre deben recordarse porque le definen: « Por grande que esta tierra de los Estados Unidos sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tacharnoslo ni nos lo pueda tomar a mal, es más grande, porque es más nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez. »

La voz de combate de Martí fué « ¡ Cuba Libre ! ». Hoy se ha multiplicado en cada país, y se dice también « ¡ América Libre ! » Pero ahí hay algo universal, que bien puede convertirse en lo que todos queremos: « ¡ Tierra Libre ! »

GERMAN ARCINIEGAS

« José Martí, en el Ismaelillo y en los Versos sencillos, da una nota de intensidad y de ternura. El ataque directo y la pasmosa simplicidad comunican a las emociones paternas una gracia deliciosa que nada tiene de común con aquella chabacanería hogareña y filantrópica de Juan de Dios Peza, a quien la gente llama « poeta del hogar ». Al leer a Martí, en verso o en prosa, es imposible libertarse de la imagen del verdugillo, de la hoja fina y rígida que nos atraviesa el corazón. Pero cualquiera que sea la importancia de su verso, su prosa de orador, ensayista y polemista es incomparablemente superior. La lengua española alcanza así nuevas conquistas. Martí es una de las naturalezas literarias más dotadas de América. Pero gran parte de su obra, y su vida misma, fueron sacrificadas a su postulado de libertad. Su arte es un arte de relámpagos; cada relámpago revela y esconde inexplorados paisajes. Hijo del dolor, no perdió nunca la sonrisa. Era bravo como león, y no se avergonzó de sus lágrimas. En él podemos a un tiempo admirar al escritor y venerar al hombre, deleite siempre apetecible. »

ALFONSO REYES



JOSÉ MARTÍ

1853-1895

Nuestra América

(Fragmentos)

DE todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una bomba de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero.

Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, con el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra

el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles que se han hecho de sí propios la escopeta y la ley, ama, y sólo ama, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición de que a caso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la

América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte ante los ojos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruínas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros sueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría tal vez a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles y otra para quien no les dice la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El

alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomenta y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres particulares y activos de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara precederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del Continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la cosa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y triguenos, ni mira caritativo desde su eminencia animal segura a los que, con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental. Porque ya suena el himno unánime: la generación actual lleva a cuestras, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Brasil a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí por las naciones románticas del Continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva.

JOSE MARTI, 1891.

La alternativa del Occidente : contener o liberar

POR RAYMOND ARON

EL nuevo libro de James Burnham suscitará, sin la menor duda, apasionadas críticas. La inmensa mayoría de los eurpees, incluso los más fieles a la alianza atlántica, denunciarán la « política de liberación » y el « espíritu de cruzada » que — proclamarán todos los sabios de la vieja Europa — no dejará de llevarnos a la tercera guerra mundial. Los comunistas se apoderarán evidentemente de este libro y lo utilizarán en su propaganda. Los hombres de Moscú quieren, ya que no pueden conquistar el mundo, apresurar al menos la desagregación de los países capitalistas. Pero en público, para uso de las multitudes, repiten infatigablemente las consignas de la coexistencia pacífica. Para intentar convencer a sus compatriotas, el autor de los *Maquiavelistas* se ve condenado a hacer exactamente lo contrario. Y facilita a sus enemigos argumentos que pueden ser utilizados en la guerra psicológica, de la que no obstante quiere ser un especialista.

Cierto es que las relaciones entre la doctrina esotérica y la doctrina vulgar son tal vez en las democracias inevitablemente lo contrario de lo que son en los regímenes totalitarios. Según la doctrina esotérica del comunismo es acto de paz toda revolución realizada por un partido comunista, todo avance de los Estados soviéticos. En el pensamiento íntimo de los stalinistas, la

paz no es la ausencia de la guerra, sino la victoria del proletariado representado por el partido comunista. Por el contrario, según la doctrina auténtica de las democracias, la paz es la ausencia de la guerra y los que han sido bautizados belicosos de este lado del telón de acero se limitan a constatar la hostilidad permanente e inextinguible del comunismo hacia el mundo libre, y sacan las consecuencias debidas. Los demócratas no tienen por qué recurrir a los escritos teóricos de Lenin y Stalin para hallar en ellos la prueba de que los amos del Kremlin esperan un período prolongado de conflictos terribles hasta el triunfo de socialismo. En cambio los comunistas invocan las innumerables declaraciones circunstanciales hechas por sus jefes en favor de la coexistencia para demostrar así su pacifismo, al mismo tiempo que invocan las declaraciones marciales de los senadores, generales y comentaristas de allende el Atlántico para imputar al Occidente intenciones agresivas.

Sería pues un error reprochar a James Burnham de dar involuntariamente armas a la propaganda comunista. Esta, de todas las maneras, acusará siempre a los occidentales de propósitos belicosos. Ante todo lo que se precisa es ver claro, ayudar a la opinión a comprender nítidamente la situación ; el uso que los comunistas harán del

de lo imprevisible, en cuanto naturaleza e historia surgen de la pugna caótica de infinitos albedríos creadores; pero en ambos casos, el hombre se halla inerte ante la incógnita pavorosa de un fenómeno que fluye con independencia de su voluntad personal: «Entonces el hombre se siente perdido; su vida no cuenta apenas, frente a esos impulsos elementales de la historia-naturaleza». Aun los césares, cuando creen mandar, no hacen más que encaramarse «en la cresta de la ola». ¿No hay en esta imagen una resonancia del estilo plástico de D. José Ortega y Gasset, el maestro de Ferrater Mora?

El hombre antiguo logró apaciguar su angustia y halló refugio y salvación para su agonía interior, individual y colectivamente, en la noción cristiana de la Redención, conciliando la antinomia del Destino y el Azar, en la obra de la Providencia.



Ferrater Mora plantea bien el gran fenómeno contemporáneo, que es el Estado Universal. Hace ya años que yo vengo hablando de la «era planetaria». En realidad, nuestra época comienza en su aspecto espacial o extenso, con los descubrimientos de los marinos portugueses y españoles que permitieron al hombre tomar conciencia y posesión del conjunto del planeta. Digo espacial, porque hay otro aspecto estructural producido por los efectos de la técnica aplicada a la producción y a la organización de la sociedad, y otro todavía más profundo: El sentimiento de ansiedad, anhelo o pavor que, según los casos, brota en el alma de cada hombre ante la ola arrolladora del Destino.

Vasco de Gama y Sebastián Elcano abrieron con las quillas de sus navíos el surco de la nueva era. Las civilizaciones que habían florecido aisladas, en algunos casos adyacentes y vecinas entre sí, pero desde luego autóctonas, se mezclan, influyen, entrelazan y confunden en una nueva realidad universal que comprende a toda la especie planetaria. No ya las naciones, sino los imperios y aun las grandes civilizaciones, se han encontrado, reconocido y entre-asimilado. Los *samurai* del Japón aprendieron las técnicas industriales de los europeos; los discípulos de Buda y de Confucio se baten hoy con armas, ingenios y disciplinas tomadas de los cristianos que, a su vez, recibieron de los otros ideas, corocimientos y materias primas. En el «Waldorf Astoria» de New York se canta con melodías de los negros africanos y se baila con ritmos de los indios de la América Hispánica. Algo parecido, aunque en dimensiones planetarias, a la fusión y confusión de las civilizaciones peri-mediterráneas, bajo el imperio de la Roma cesárea, cuyos césares eran

galos, españoles, dálmatas, egipcios o asiáticos-rara vez romanos.

¿Cómo estudiar el acontecimiento? «Hay dos métodos: el uno consiste en explicarse el fenómeno buscando sus causas; el otro se limita a describirlo. Aquí seguimos invariablemente el último... «ver cómo repercuten ciertos momentos de aguda crisis en el ánimo de algunos hombres que poseen bastante madurez para reflejar en sus vidas o en sus teorías, una situación colectiva». Es el método del *espectador* con tanta elegancia y donosura practicado por Ortega y Gasset.



Se trata de ver claro lo que sucede a nuestro alrededor; la claridad puede ser una manera de liberarse de la angustia: «Uno de los recursos que descubre el hombre para seguir viviendo sin desesperarse por completo en el campo de concentración en que a veces se convierte la sociedad, es la lucidez», dice Ferrater Mora, descubriendo por un instante, quizás sin quererlo, la agonía unánimesca que lleva en el corazón el impasible espectador orteguiano.

Para mejor conocer el presente ciclo de la historia, no le parece ocioso recordar lo que pasó en otros anteriores, tal como se reflejaron en el alma de algunos hombres especialmente dotados para registrar el acontecimiento. Elige, por más completo y mejor conocido, el ciclo de la civilización greco-romana; y lo estudia con lucidez, penetración y originalidad en unos cuantos hombres paradigmáticos del mundo antiguo: el cínico, el estoico, el platónico, el mesiánico de Israel, el funcionario del César, el bárbaro que llega como instrumento del Destino, el cristiano que aporta la luz y la salvación a la humanidad moribunda. Son, por pura coincidencia, los personajes del Banquete de Thaïs, que en la obra de Anatole France platican acerca de sus anhelos, su resignación, su fanatismo, su indiferencia o su ignorancia, y aquí desfilan bajo la mirada escrutadora del filósofo para revelar lo que de verdad pasa en lo más recóndito del alma de cada uno.

El cínico se refugia en el desprecio; el estoico, en la resignación; el platónico, en la evasión hacia el mundo de las Ideas. «Un platónico puede ser definido como el hombre capaz de vivir en el mundo gélido, pero inalterable, de las ideas». «En el fondo de su alma, una vez eliminados los falsos afectos, las imágenes aparentes (los simulacros, como llamaba Plotino a los seres del mundo sensible), halla una realidad, ciertamente glacial: La realidad de las ideas; un mundo inteligible. El neo-platonismo, culminación de toda una historia, es la historia de una retirada.» La filosofía pagana no es en síntesis otra cosa más que la evasión de un vivir que ya no le pertenece.

Hasta el hombre del poder, el César, se conforma con encaramarse en la cresta de la ola, haciéndose la ilusión de que gobierna sobre la corriente que le arrastra. Su poder se limita, en realidad, a flotar sobre los acontecimientos. Por su parte el futurista, el hombre de Israel, creyó estar en el secreto : la agonía presente no era sino el signo profético de la gloria futura. Y quizás acertaba : « Recordemos la imagen de la historia como una ola colosal e incontenible. Unos intentaron mantenerse *en pie* : fueron los filósofos. Otros procuraron colocarse *sobre ella* : fueron los poderosos. Otros se pusieron *al frente* : los cristianos. Precediéndolos, hubo quienes creyeron estar *en su centro*, guiados por una mano providente : los futuristas. Fueron los que menospreciaron el *es* y el *ha sido*, para ocuparse solamente de lo que *será*. » Y el cristiano se puso al frente de la ola de vida, porque era el hombre nuevo capaz de interpretarla y de identificarse con ella, capaz de vivir y crear la nueva vida.



La pretensión de explicar la historia como una serie de ciclos o civilizaciones que funcionan a la manera de organismos, con cierta periodicidad que permite explicarlas comparándolas entre sí, es ciertamente antiquísima. Ni Spengler ni Toynbee han concebido en realidad nada que no estuviese anticipado, por ejemplo, en el Upanishad o en la Kábala. Algún día nos acuparemos con detenimiento de estas curiosas anticipaciones. Mas la pretensión de organizar la historia como sistema, a pesar de su moderno atuendo científico, no pasa de ser vana y artificiosa cábala. Los filósofos de la historia conciben unas gráficas de las « olas de vida », en las que encuadran y catalogan sus vastos conocimientos, e identifican luego estos esquemas con la realidad misma.

Por ejemplo, lo que acaeció en la civilización mediterránea, en el tránsito del mundo antiguo al cristiano, puede ser un punto de referencia y una enseñanza para los hombres actuales, mas sin olvidar que se trata de fenómenos o acontecimientos esencialmente distintos. Permítaseme dudar de la periodicidad de la historia. La crisis actual del mundo es un hecho nuevo, sin precedentes en lo antes conocido ; porque presenta caracteres tan originales y flamantes como el de las dimensiones planetarias de nuestra civilización y el de la aplicación de técnicas científicas que, manejando fuerzas de la naturaleza apenas entrevistas por los antiguos, otorgan al hombre un dominio del tiempo y del espacio en que ni siquiera soñaron los narradores de cuentos mágicos.

También Ferrater Mora advierte estos caracteres novísimos del problema y concede singular importancia al de conjugar la técnica con la

organización de la sociedad : « Parece, dice, la cuestión de la época. » Er cuanto al sentimiento pavoroso, de ansiedad en unos, de anhelo en otros, de desesperación o de esperanza, ante la sombra del Destino, se trata de un sentimiento tan viejo como la propia humanidad.

En una de las ricas notas que hacen singularmente atrayente y deleitoso este notable libro, recuerda Ferrater Mora, a mi juicio inadecuadamente, para interpretar el proceso de salvación del mundo antiguo en una encrucijada semejante a la nuestra, aquél soneto de Quevedo donde se lee : *Alma que a todo un Dios presión ha sido*. Si la memoria no me es infiel, el dios de quien habla en esa ocasión Quevedo, no es Dios, sino el puro e inmortal amor que concibió por la misteriosa Lisi o Belisa, que bien pudiera ser la misma Bel-Isa o Isa-Bel a quien cantara Góngora. No se trata del verdadero Dios que, en su misericordia, se encarcela en el alma del hombre para salvarle de sí mismo. Acaso hubiera sido mejor citar aquél otro soneto en que el gran Quevedo expresa su anhelo de renovación interior diciendo :

« Un nuevo corazón, un hombre nuevo
ha menester, Señor, el alma mía ;
desnúdame de mí... »

Pero esto es adjetivo ; lo importante es registrar que el desenlace de la tragedia antigua fué una apoteosis de renovación espiritual y social, merced a la intercesión del Cristo. También la crisis del mundo moderno, tal como aparece en la sociedad y en el alma de cada hombre, parece anunciar una *renovación*. ¿ En qué sentido ? Ferrater Mora, el espectador, enuncia diversas rutas de las que se abren en la encrucijada, ante el hombre actual ; mas en la incertidumbre que le empavorece, registra timidamente, sin atreverse a firmarla ni definirla, su fe en el hecho reanovador que « bien pudiera ser una renovación del cristianismo en escala mundial, una revivificación del viejo tronco, alimentado de nuevo, como tantas veces ha sucedido, por una nueva y poderosa savia », o también « una revolución mundial de los oprimidos, arrastrados por una nueva fe en la salvación colectiva », o algo no previsto ni previsible. En todo caso, el desenlace de la tragedia, se anuncia más bien como una renovación. « Tarea infinita, que habrá de atender en suma a Dios, a la sociedad, al hombre y a la naturaleza, sin entregarse por entero a uno solo de ellos. » Infinita, pues que « no hay peligro, según el autor, de que brote algún día sobre esta tierra una comunidad de santos en vez de nuestra pobre, de nuestra querida sociedad de hombres. »

FERNANDO VALERA

Arciniegas

o la conciencia de América Latina

POR JOAQUIN MAURIN

LA reciente publicación en Londres del libro de Arciniegas *The State of Latin America* ha originado interesantes comentarios en la prensa y en los medios políticos e intelectuales ingleses. *The Economist* y *The New Statesman and Nation* lo han señalado como una de las contribuciones más valiosas para la interpretación de lo que ocurre en ese gran semillero de estados — más que de naciones — que es América Latina.

El libro de Arciniegas se editó en México el año pasado con el título *Entre la Libertad y el Miedo*.

Los caudillos y tiranuelos latinoamericanos montaron en seguida una guardia especial para impedir la entrada y circulación de un solo ejemplar en sus respectivos países, ya que el libro de Arciniegas es una terrible bomba explosiva que la imprenta coloca en los fundamentos de los regímenes dictatoriales y filofascistas que torturan a América Latina.

El nombre de Arciniegas ha sido rigurosamente prohibido en varios países latino-americanos.

Así como Einstein y Thomas Mann, en la época de Hitler, fueron los símbolos más brillantes de la lucha espiritual contra la barbarie nazi, Arciniegas es ahora, en América Latina, la figura más representativa de la oposición moral a los regímenes dictatoriales.

Como Martí a fines del siglo XIX, Arciniegas vive refugiado en Nueva York. Y allí, sintiendo las palpitaciones de los países latinoamericanos, compartiendo sus dolores, sus inquietudes y esperanzas, labora con el arma potente de su pluma maravillosa por que la democracia y la justicia social triunfen, finalmente, en todo el hemisferio.

Heine, que nació a fines del siglo XVIII, decía que si su madre hubiera tardado algo más en ponerlo en el mundo, él hubiese sido uno de los

primeros hombres del siglo XIX ; pero como ella tuvo prisa, no le quedaba más remedio que ser uno de los últimos del siglo XVIII...

Arciniegas nació en 1900, ese año equívoco, que para unos es el final del siglo XIX, y para otros, el comienzo del siglo XX. Ahora bien, en Arciniegas no se repite la ironía cronológica de Heine. Es, desde luego, uno de los primeros americanos del siglo XX. Y no por azar de la fecha de nacimiento, sino por su obra, por la solidez de su pensamiento y por la reciedumbre de su personalidad.

Suponiendo que América haya dado, en lo que va de siglo, al patrimonio histórico, en sus diversos aspectos, un par de docenas de figuras representativas, Arciniegas es, indiscutiblemente, una de ellas.

Carlyle llamó « héroes » a los hombres que contribuyeron a moldear la historia. En ese sentido, Arciniegas es un héroe. Un héroe, no con arreglo a la manera enfática y altisonante que los griegos y romanos entendían esa palabra — ¡ oh, manes de Plutarco ! — sino como creador, como animador, como ejemplo de luchador incansable e insobornable.

Se ha dicho que Arciniegas es el Gran Colombiano. Sin quitar a Colombia la gloria de considerarlo como uno de sus hijos más preclaros, Arciniegas, por su irradiación espiritual, por su influencia moral y por su integridad pertenece a toda América. Es el Gran Americano.

La personalidad de Arciniegas tiene múltiples facetas, que chispean como un diamante bien tallado. Es escritor, profesor, historiador, sociólogo, ensayista, filólogo, conferenciante, novelista. Ha sido diputado, diplomático, ministro...

Pero por encima de todo es todo un hombre.

En estos tiempos en que el vendaval de la historia, del miedo y de las pasiones hace achicar a tanta gente, ser todo un hombre es mantenerse

erguido, sin doblegarse nunca, sin torcerse jamás, defendiendo con tesón la causa de la libertad, que es la causa humana por excelencia.

Los Libertadores, en el siglo pasado, empuñaron la espada y bregaron con brío por la independencia y la libertad de América. Sin embargo, la tarea que ellos empezaron no quedó terminada. América Latina todavía no ha conquistado plenamente su independencia y su libertad.

Hay que seguir batallando. Eso es lo que hace Arciniegas, que pertenece, en el pensamiento y en la acción, en la teoría y en la práctica, a la escuela de los libertadores.



El aspecto menos estudiado, y quizá más interesante en Arciniegas, porque más humano, es el de combatiente por la causa de la libertad de América Latina.

Arciniegas sería — como es, en efecto — uno de los mejores historiadores contemporáneos, uno de los escritores más brillantes de su generación, un profesor distinguido que se disputan las Universidades de los Estados Unidos, y carecería de interés, si no ardiera en su interior la intensa llama libertadora que arima toda su obra.

Nadie como él, en una prosa de una belleza extraordinaria, ha estudiado tan a fondo la formación constitutiva democrática y liberal de América. Su pluma, cincel de escultor, unas veces, paleta de pintor, otras, ha logrado dar vida al pueblo anónimo que luchó bravamente, heroicamente, durante siglos enteros — en realidad, desde el siglo XVI —, por la independencia y la libertad de América.

Un historiador no debe ser un mero compilador de fechas y efemérides, sino un filósofo que explica las razones de un determinado proceso. Y esa filosofía, si es sólida, consistente, no experimenta una solución de continuidad cuando del pasado, más o menos remoto, se va aproximando a nuestros días, es decir, a la realidad palpitante.

Arciniegas, consecuente, no abandona nunca su filosofía. Si Tupac Amaru, Bolívar, San Martín y Martí pelearon por la libertad y la independencia, la mejor manera de admirarlos es seguir luchando por la independencia y la libertad.

Así, Arciniegas, que ha estudiado la conquista, la colorización y la independencia de América Latina, se interesa ahora por todo lo que ocurre en los países latinoamericanos. Honradamente, no se puede ser juez del pasado y simple testigo del presente.

Arciniegas, aun cuando ha sido dos veces ministro — de Educación — en su país, no es un

político, en el sentido esquemático, partidista de la palabra. Pero es un sociólogo, es decir, un filósofo de la política. La fusión del sociólogo y el historiador hace que para él la historia sea un problema permanente. No hay en su pensamiento una frontera arbitraria entre el pasado y el presente cuando los problemas planteados son fundamentalmente los mismos y siguen sin resolver. El escritor que ha trazado una admirable semblanza de Tupac Amaru, describiendo su saga en páginas admirables, es más que natural que experimente una honda simpatía por Haya de la Torre. El autor de *Biografía del Caribe* — una de las obras maestras producidas en América en la primera mitad del siglo XX —, que exalta las personalidades de Bolívar y la de Martí, es lógico que se alce contra los dictadores que se empeñan en hacer revivir el espíritu colonial español, en contra del sentido democrático de América y el afán libertador de la Historia.



Me presentó a Arciniegas don Federico de Onís, Director del Departamento Hispánico en la Universidad de Columbia. Cuando le dije que deseaba hablar con él ampliamente para recoger su pensamiento a propósito de la situación general en América Latina, me dijo, sonriendo, con esa fina ironía suya que hace recordar a Heine, Eça de Queiroz y Anatole France :

« ¿ Cómo le voy a decir que no ? No sé negarme a nada. Si hubiese sido mujer, habría mancillado el honor de mi familia, porque a todo digo siempre que sí... »

Consultó su carnet, y me señaló una fecha. Lugar de encuentro : la sala de mapas de la Biblioteca Pública, en la Quinta Avenida.

Nos encontramos allí, el día y la hora convenidos. Salimos de la Biblioteca. Anduvimos por la Avenida de las Américas arriba hasta llegar a la entrada del Parque Central, en cuya plazoleta se levantan las dos estatuas ecuestres de Bolívar y San Martín. Allí, al amparo del recuerdo de los dos grandes libertadores, sentados en un banco, aislados mentalmente de la trepidación y ajetreo de la urbe, hablamos de América Latina. Mejor dicho, Arciniegas habló de América Latina.

A continuación, trato de recoger, si no exactamente en la forma, el fondo, en líneas generales, del pensamiento de Arciniegas acerca del problema histórico planteado dramáticamente en América Latina :

América Latina ha pasado por dos etapas históricas, que siguen ejerciendo su poderosa influencia : la época de la conquista y colonización y la de la independencia.

De hecho, los caudillos del siglo XIX y siglo XX son continuadores de Cortés, Pizarro, Alvarado, Quesada y Valdivia.

Rosas, García Moreno, Porfirio Díaz, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez dan un salto atrás, y tratan de hacer revivir, aproximadamente, la situación que existió en América Latina antes de la independencia. Los caudillos — los de ayer y los de hoy — son conquistadores y adelantados a contrapelo.

América Latina aún no se ha desprendido por completo del impacto de tres siglos de colonización. Sigue subsistiendo un gran servilismo colonial, cuya manifestación política es el caudillismo.

Incluso en la capa más alta, espiritualmente hablando, de América Latina se observa una cierta sumisión servil a España todavía. El espíritu colonizador de España sigue pesando en América Latina como una losa de plomo. En el dominio político, el impacto de España — la vieja España, naturalmente — es muy intenso. El régimen falangista ejerce en la política latinoamericana una enorme influencia. El falangismo está tan arraigado en Sudamérica como en España.

Durante la época de Hitler y Mussolini, en Sudamérica hubo una fuerte penetración ideológica del nazifacismo, que arraigó, principalmente, en los medios reaccionarios. Esos sectores aprovecharon, en sus propagandas, la historia antigua del imperialismo yanqui y la moderna de los capitanes de industria para establecer un divorcio inicial entre las dos mitades del hemisferio.

Lógicamente, la tendencia nazifascista debió quedar extinguida al ser vencidos Hitler y Mussolini. Mas ni fué así. El hecho de que quedara en pie el régimen falangista en España permitió que los gérmenes nazifascistas en América Latina se desarrollaran ganando considerable terreno. Hoy, en 1953, el fascismo en América Latina es un peligro mucho mayor que en el pasado.

Los gobiernos fascizantes de América Latina tratan de congraciarse con los Estados Unidos presentándose adversarios del comunismo. Pero eso no es exactamente así. Su enemigo único, al que tratan de destrozar por todos los medios, es la democracia: partidos, organizaciones, instituciones y diarios democráticos.

Por lo demás, hacen buenas migas con el comunismo. En general, los comunistas apoyan a los dictadores: les une un odio común a la democracia.

La característica de la historia de América Latina durante el siglo XIX y el siglo XX es la lucha entre el espíritu de los libertadores: Miranda, Bolívar, San Martín, Artigas, O'Higgins, Sucre, Santander y Martí, a un lado, y los

retoños de los conquistadores y adelantados; Rosas, García Moreno, Díaz, Castro, Gómez, al otro.

La pugna entre conquistadores y libertadores está ahora al rojo vivo. El viento de la historia sopla en un sentido favorable a las corrientes libertadoras en el mundo. Pero en América Latina, la tendencia de los conquistadores y adelantados es muy audaz, cuenta con el apoyo moral de la España falangista, y va ganando, sucesivamente, nuevas posiciones.

Desgraciadamente, las naciones democráticas latinoamericanas se limitan a cultivar su oasis nacional, y se preocupan poco de lo que ocurre fuera. Sin embargo, no debiera ser así. Bolívar y San Martín, después de libertar cada cual a su patria, fueron a libertar las patrias de los demás. Tenían una visión no nacional, sino continental, general del problema.

América, unida democráticamente, será fuerte. Dividida y sometida a los tiranuelos, será reaccionaria y deleznable.

El siglo XIX fué el siglo de la independencia. El siglo XX es el de la interdependencia. Es decir, siendo cada nación latinoamericana independiente, cada una de ellas tiene la obligación de interesarse por lo que ocurre en las demás, mancomunando los esfuerzos en bien de la libertad y la democracia.

Si en el siglo pasado, el problema fué sobre todo nacional, en nuestro siglo es fundamentalmente continental. Las veinte repúblicas vinculadas — y sólo la democracia puede unir las — constituirían una gran fuerza que podría influir en alto grado en la marcha del mundo.

Ahora, las naciones latinoamericanas, desunidas, en discordia — que atiza el caudillismo — van, de hecho, a remolque de los Estados Unidos. Unidas democráticamente, se encontrarían en un plano tal, que la balanza pesaría hacia su platillo muchas veces. Veinte votos en la ONU son, ciertamente, más que el voto de los Estados Unidos y más que los dieciséis votos de Europa.

Económicamente, si Sudamérica tiene necesidad de la producción industrial de los Estados Unidos, no es menos cierto que la economía norteamericana, sin el mercado de los países latinoamericanos, experimentaría un colapso.

Hace un par de años, cuando Galo Plaza, entonces Presidente del Ecuador, pronunció un discurso en el Capitolio de Washington, dijo con emoción: « La libertad significa muy poco cuando se va con los pies descalzos y se tiene el estómago vacío. » Es verdad. Saint-Just, el compañero de Robespierre, había dicho algo parecido a fines del siglo XVIII: « Los desgraciados no tienen patria. »

Hay que hacer patria y conquistar — o reconquistar — la libertad, el ideal de los libertadores. Ahora bien, la patria y la libertad no

pueden ser entelequias. Para que la patria y la libertad tengan una base estable precisa que descansen sobre la justicia social. Libertad sin justicia social, o lo que es lo mismo, libertad y miseria, sería una caricatura de libertad. Justicia social sin libertad es un expediente demagógico, falso, por lo tanto. Libertad y justicia social deben ser inseparables.

Una América libre, interdependiente, democrática, asentada sobre una base amplia de justicia social, sería un motor en la historia. ¿No fué presintiendo esa América cuando Bolívar dijo : « La libertad de América es la esperanza de la humanidad ? »



Arciniegas, en su actitud de oposición activa a los regímenes dictatoriales de nuestros días en América Latina, no hace más que continuar la tradición de los grandes escritores americanos del siglo pasado. Sigue el ejemplo luminoso de Sarmiento, Montalvo y Martí.

Ha transcurrido un siglo. Pero el problema no ha sido resuelto aún. Sigue planteado, más apremiante y dramático hoy que ayer, porque hoy, más que en el siglo XIX, América es el eje alrededor del cual gira la historia contemporánea.

Rosas, García Moreno desaparecieron. España y Portugal fueron espulsadas, finalmente, del suelo americano. Pero los retoños de Rosas y García Moreno siguen haciendo estragos en América Latina.

Frente al espíritu colonizador, retrógrado, hay que adoptar la actitud de Bolívar, San Martín, Santander, Sucre, Artigas, O'Higgins y Martí. Y frente a los continuadores de Rosas y García Moreno, la de Sarmiento y Montalvo. Así piensa Arciniegas, y procede en consecuencia.

Refugiado en los Estados Unidos, y gozando de un enorme prestigio intelectual y moral, los dictadores sudamericanos tienen en él una espina clavada en el lomo que les atormenta. En sus libros, en sus ensayos y en sus conferencias, Arciniegas no cesa de sacudir el látigo que levanta ronchas en la piel de los tiranos.

Cuando García Moreno cayó muerto, Montalvo exclamó : « ¡ Mi pluma lo ha matado ! » Moralmente era cierto.

Los dictadores temen más a la pluma que dice la verdad, que a la bomba y a la pistola.

Afortunadamente, la pluma de Arciniegas no puede ser rota o embotada por los enemigos de la prensa libre y los perseguidores de la democracia. Y como la de Sarmiento y Montalvo, va minando cada día las bases de los Rosas y García Moreno de nuestro tiempo.

JOAQUIN MAURIN

Una antología de la poesía mexicana

POR ARMAND LANOUX

LA *Anthologie de la poésie mexicaine*, que Octavio Paz acaba de publicar en las « Editions Nagel » es la réplica de la maravillosa exposición que el año último hizo que todo París concurriese al Museo de Artes Modernas. El libro forma parte de la Colección Unesco de obras representativas. Era necesario un apoyo como este para una empresa tal, superior a los medios corrientes de nuestros editores.

La poesía puesta así a nuestro alcance expresa un país, vástago vivaz de la España renaciente, hijo de conquistadores y conquistador él mismo, que encuentra poco a poco su expresión lírica y nacional, cual se expresa hoy día en sus artes plásticas o en su cine, tan original, de *María Candelaria* a *Los olvidados*.

Esta poesía, que sufre las influencias de la Europa hispánica — Góngora y Quevedo —, luego las influencias románticas, parnasianas, simbolistas y modernistas a partir de Rimbaud, pero que descubre también en un suelo nuevo y en su civilización extraña los valores permanentes de lo precolombiano, el tesoro de los mayas ; esta poesía, repetimos, se desarrolla hasta una alta fusión de sus elementos heterogéneos, de la Virgen de Guadalupe hasta las crueldades sagradas de Quetzalcoatl. Una hermosa historia en cuatro siglos, cuya conclusión podría ser ésta : ¿Dónde están los vencedores y dónde los vencidos o conquistados ?

Si se permite a un extranjero juzgar desde lejos esa tonalidad mexicana, tal como aparece en esta compilación que solo incluye la poesía en lengua castellana — se reservan para otra obra los textos mayas y precolombianos, así como los cantos populares, « corridos » y « canciones » — diremos que corresponde a la que caracteriza sus otras artes. Contrariamente a lo que Lawrence había creído ver en *La serpiente de plumas*, el arte y la poesía mexicanos se inspiran mucho más en la agresividad que en el erotismo. Depurada por el cristianismo, esta agresividad casta y grave imprime su sello a un arte de alta intensidad.

Octavio Paz, organizador de esta exposición de poemas, lo expresa indirectamente :

« La actividad poética redescubre toda su antigua actividad subversiva merced a su propio carácter secreto, impregnado de erotismo y de ritos ocultos, desafío a una prohibición que aun no habiendo sido formulada no por ello era menos conminatoria. » Esta poesía contiene una hechicería, un exorcismo, dignos del país que antaño inspiró a un Eisenstein las imágenes fúnebres y maravillosas que filmó, al margen de *Tempestad sobre México*. Existe mil veces más precolombiano en el arte mexicano de hoy, incluso si vuelve a la Nueva España a través de la Europa de Picasso o de los surrealistas, que de siux o de iroqueses en los Estados Unidos.

La edición, bilingüe, permite gustar en toda su pureza los poemas de amor de Francisco de Terrazas, hijo de « conquistador » que habrá leído a Ronsard :

« *Soñé que me precipitaba de una roca
la que tenía mi corazón sujeto...* »

así como el barroquismo de Bernardo de Balbuena, adorando la primavera entre las serpientes de cristal, especie de Mallarmé del año 1600 ; los sonetos a la Virgen de Luis de Sandóval y Zapata ; la dulzura palpitante de Sor Juana Inés de la Cruz, pequeña Louise Labé apasionada de amor divino :

« *Este amoroso tormento
que en mi corazón se vé,
sé que lo siento, y no sé
la causa por que lo siento* »

e Ignacio Ramírez, el necromántico, Vicente Riva Palacio, el enemigo de Maximiliano, los « hais-kais » de José Juan Tablada :

« *La noche negra es la mar,
la nube es una concha.
La luna es una perla.* »

y, finalmente, Alfonso Reyes, que a la manera de Lorca canta la rosa y el ruiseñol, la mujer y el fruto, el hechizo de los conquistadores al descubrir el antiguo México.

Esta obra sería perfecta si no estuviese prefaciada por Paul Claudel. Se comprende que la idea de confiar la presentación al poeta de *Connaissance de l'Est* haya seducido a los editores. Desgraciadamente han elegido mal. Claudel, octogenario, indiferente hacia México, se limita a encadenar algunas verdades elementales, como estas :

« La poesía es un arte. Todo arte supone una materia sobre la cual se ejerce y una forma que es la intención del artista. Supone además para ajercerse, una ocasión que es la emoción. »

Y palabras confusas, como estas otras :

« Esta delectación es de doble naturaleza : o bien resulta de la calidad intrínseca de la materia utilizada, es decir sea de la sonoridad

propia del vocablo, sea de una relación de sonoridades diferentes, sea de la línea melódica de la frase, sea de las significaciones expresas o latentes de que está cargada cada palabra o cada línea de palabras según un arreglo apropiado, sea del orden, el que yo llamaría de la tercera dimensión, de avance o de retroceso, según la cual estas significaciones nos son presentadas. »

La Antología es suculenta. Respetemos pues la tradición : ¡ Saltemos el prefacio !

ARMAND LANOUX

M. P. Troncoso :

« *La economía agraria
de América Latina* »

EL 70 por ciento de los habitantes de América Latina son campesinos. Este solo dato indica la importancia del último libro del profesor Moisés Poblete Troncoso (1).

Poblete Troncoso es director del Seminario de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Chile. Trabajó, antaño, en la Unión Panamericana y presidió, como delegado de su país, la Comisión para el Estudio de la Esclavitud, de la Comisión Económica y Social de las Naciones Unidas. Pero no son los cargos oficiales, sino los títulos de sus libros, lo que da una idea de la verdadera personalidad de este erudito, acaso el único especialista latinoamericano en cuestiones sociales que las aprecia y enfoca desde un punto de vista continental.

Y esos libros — dejando aparte las monografías sobre problemas sociales chilenos — son : *Museos Sociales, Organismos Técnicos del Trabajo, Legislación social en América Latina, Ensayo de bibliografía social de los países latinoamericanos, Problemas sociales y económicos de América Latina, Socio-agricultural legislation in Latin American countries, La Evolución del Derecho Social en América, El Standard de Vida de las poblaciones de América, El Movimiento Obrero en América Latina, El subconsumo en América del Sur* y, para muy pronto, *La esclavitud y las servidumbres en la época contemporánea*, volumen en el cual recoge sus experiencias como presidente de la indicada Comisión de la O. N. U.

Siempre nos referimos a América Latina como si existiera fuera de la geografía, en la con-

(1) Ediciones de la Universidad de Chile, 1953.

ciencia de los hombres y en las realidades políticas y sociales. Sin embargo, América Latina es algo que está aún en gestación, más como potencial y como voluntad de unas minorías clarividentes que como hecho social colectivo.

Por esto, precisamente, el conjunto de la labor de Poblete Troncoso tiene importancia. A través de sus estudios — datos, estadísticas, leyes — se encuentran los indicios de esa unidad continental por la que muchos suspiran y que es, todavía, una aspiración inconcreta.

Ahí, en el terreno de las realidades, vemos como coinciden ciertas tendencias profundas de la vida social, que se manifiestan en los números, en las leyes, en la manera de aplicarlas. Poblete Troncoso, en sus libros, pone de relieve estas coincidencias y, superponiendo las diversas experiencias nacionales, nos traiza un retrato en el cual hallamos los rasgos esenciales de un continente que, hasta ahora, sólo es geografía, pero que cada día más va siendo conciencia y acción.

Poblete Troncoso es como el radiólogo de esta estructura básica de América Latina. Gracias a él nos damos cuenta de que lo que a simple vista parece una serie de miembros dispersos, constituye, en el fondo, en la osatura, un cuerpo completo y armónico.

VICTOR ALBA

Tibov Mende :

« *L'Amérique Latine entre en scène* »

No acaba de satisfacernos la abundosa literatura existente sobre la mal llamada América Latina. (Y decimos mal llamada por la simple y contundente razón de que salvo los ibéricos, todos los demás países latinos no han tenido pito que tocar en el alumbramiento y formación de esa veintena de naciones que se extienden desde el río Grande del Norte hasta el Cabo de Hornos.) No, no acaba de satisfacernos esa literatura justamente por eso... por literatura. Los escritores europeos que se asoman a Iberoamérica lo hacen por lo general con intención turística, por lo que su pluma suele deslizarse fácil por el ya tan trillado camino de lo anecdótico y del pintoresquismo. Así es como con media docena de observaciones más o menos sagaces suelen despacharse de una labor que es de veras hartó ardua dada la complejidad de los países ibe-

roamericanos y la diversidad de sus problemas.

Sin embargo, las cuestiones referentes a ese gran sector del continente americano presentan para nosotros un doble interés, dado que hemos de enfrentarnos con ellas y examinarlas en nuestra condición de europeos y de españoles. En efecto, como europeos nos interesan por la importancia que encierra Iberoamérica para esta Europa nuestra que lucha contra la auto-disgregación; y como españoles por su significación histórica, por ser una prolongación de nuestros propios problemas nacionales, sin que en esto tenga nada que ver, naturalmente, la monserga esa de la Hispanidad que vive más de los recuerdos del lejano pasado que de las realidades del actual presente. En estas condiciones, toda libro que hable de aquel joven continente despierta en nosotros una inclinación indudable, doblada casi siempre de una preocupación mal contenida por las razones expuestas.

Esta nueva obra que acaba de aparecer en lengua francesa no escapaba a nuestras inquietudes, sobre todo al leer las primeras líneas de la introducción que hace el autor. Este reconoce : « Para la mayor parte de la gente, América Latina es todavía — como lo era para mí antes de este viaje — un concepto bastante vago y confuso : un país donde los generales conspiran y preparan golpes de Estado ; en que los indígenas con sombrero de paja tocan la guitarra, de donde hemos importando el tango, la zamba y el café y, por último, país al que los ricos pueden ir a pasar exóticas vacaciones. » Las páginas con las que comienza el libro aumentaron nuestra preocupación, puesto que se nos antojaba que su autor escribía más como turista, como reportero, que como hombre preocupado en ahondar en los verdaderos problemas de Iberoamérica.

Tibor Mende, al tratar del Brasil y de la Argentina en los primeros capítulos, lo hace en forma que pudiéramos denominar cortical, es decir superficial, anecdótica, salvo alguna que otra página brillante plena de finas observaciones. Afortunadamente el libro gana en profundidad, en valor y en interés a medida que se pasan las páginas. Chile, por ejemplo, nos es presentado de otra forma : aquí ya no se trata de cabarets exóticos ni de avenidas multicolores, sino de las realidades sociales del país centradas en torno a una materia prima importantísima : el cobre. También los cuadros sobre la vida cotidiana en Haití son estupendos y el capítulo dedicado a México es a nuestro juicio el mejor ; sus problemas políticos, económicos y sociales son expuestos de manera a la par fluida y completa, de forma que el lector puede comprenderlos sin esfuerzo alguno.

El autor señala acertadamente que la emancipación de los países iberoamericanos representó uno de los acontecimientos esenciales de la historia moderna. Después de casi un siglo de letargia, se asiste desde hace algún tiempo a un despertar de toda Iberoamérica : es el inevitable período de agudo nacionalismo, especie de sarampión político que tienen que pasar todos los pueblos jóvenes... y hasta otros que han dejado hace tiempo de serlo. La segunda guerra mundial ha facilitado ese despertar nacionalista, por haber convertido toda Iberoamérica en un enorme campo de producción, en el que nuevas industrias nacieron y sobre el cual afluyeron capitales de todas partes. Esa situación propicia ha desaparecido pero el afán de industrialización persiste, como medio para poder liberarse de la dependencia exterior. Mas faltan los capitales necesarios.

Esta es la tragedia de todos los nacionalismos una vez en el poder : para asegurar la independencia se precisa una industria y para levantar una industria se necesitan capitales ; ahora bien, los capitales no se hallan a mano, siendo obligado el solicitarlos al extranjero. Y el círculo vicioso se cierra más y más : no existe independencia nacional sin una industria adecuada, y no hay industria adecuada sin capitales extranjeros, siendo estos a su vez la negación de toda independencia nacional. Nos parece que el general Perón, entre otros más, sabe algo de todo esto. De donde se deduce, tal vez con mayor fuerza lógica de la que algunos creen, que no es en el cuadro estrecho del nacionalismo que pueden hallar solución estos problemas de independencia nacional. Una América atomizada en una veintena de países es en el fondo tan absurda como esta Europa nuestra que no acaba de romper con las fronteras que la asfixian.

Quizás el punto flaco del libro que nos ocupa sea el no dedicar más espacio a las fuerzas sociales de los países iberoamericanos. Verdad es que su autor nos ha advertido : « No me propongo otra cosa que ofrecer un cuadro de la América Latina tal como hoy día puede verla el viajero. » No obstante, *L'Amérique Latine entre en scène* merece ser leída con atención. El lector encontrará una serie de informaciones y observaciones que facilitará su conocimiento del gran mosaico de países que es Iberoamérica.

I. IGLESIAS

(1) Editions du Seuil. Paris, 1952.

F. Gordón Ordás :

Economía y finanzas de España (1939-1951) (1)

TAL vez uno de los mayores defectos de la emigración política española — esa media España desparramada por el mundo entero a la búsqueda de un poquillo del fresco aire de la libertad — sea el de mecerse en la añoranza del pasado y no salir de su letargo más que para lanzar a diestro y siniestro imprecaciones de toda índole. Pero, a decir verdad, tratar de esta cuestión sería enfrentarse con un problema más general, puesto que tal parece ser el desafortunado destino de todas las emigraciones políticas habidas y por haber. Toda emigración es a fin de cuentas un desarraigo y por ende un consumirse lento en el que las invectivas no son sino meros sobresaltos...

Queremos decir que las mentes más preclaras o mejor preparadas de la emigración española se han abandonado por lo general a la simple reivindicación de un pasado que no es otra cosa que eso, un pasado, enfrentándose con el presente actual de España en la cómoda postura del panfletista o del comentario periodístico, es decir repitiendo una y otra vez las lacras del franquismo pero sin preocuparse en ahondar un poquito en la realidad española y en estudiar problemas que son de hoy y que serán también de mañana ; problemas que, algunos de ellos, son casi atávicos en España y que de no ofrecerles solución terminarán por descomponer el propio país, tanto más por cuando el régimen actual no ha hecho otra cosa sino agravarlos.

El libro del señor Gordón Ordás rompe con esa línea de conducta tan acomodaticia y tan inútil. Tal vez por vez primera — no tenemos noticias contrarias — se ofrece la radiografía económica y social de España, y más que de España de su régimen presente, a través de una abundante documentación basada en las propias estadísticas oficiales. No se nos escapa la dificultad de la tarea, tanto por lo que las estadísticas ofrecen en sí de mentirosas — ¿ quién dijo que las estadísticas servían para poder mentir mejor ? —, como por el atraso en que se halla en España esta nueva ciencia ; sin embargo, el señor Gordón Ordás ha salvado los inconvenientes con paciencia, conocimiento y tenacidad. Era una labor ardua y poco grata de la que salió plenamente airoso.

(1) México, D. F. 1952.

El libro que nos ocupa está constituido por el texto de varias conferencias pronunciadas por el autor en la ciudad de México. « Abarcan en conjunto — aclara el señor Gordón Ordás — el panorama de la evolución económica-financiera de España durante la dominación franquista, o sea desde 1939 hasta el primer semestre inclusive del año actual » (1951). Y prosigue: « En ellas pretendí exponer objetivamente y con datos de fuentes oficiales u oficiosas las grandes perturbaciones que el citado lapso de tiempo ha ocasionado en todos los sectores de las finanzas y la economía española. » La conclusión a esa amplia y objetiva exposición queda expuesta en uno de los títulos de la obra: « Al borde del desastre. » Es decir, el señor Gordón Ordás estima que la política económica del franquismo ha sido tan tremendamente desastrosa que la economía del país se encuentra, por así decirlo, al borde del precipicio.

Recordemos que todos los expertos en cuestiones económicas que han pasado por España se fueron con la misma impresión de catástrofe inevitable, salvo caso de poner inmediato remedio al despilfarro interior o de aportación substancial de una ayuda exterior. Esta ha ido llegando en mínimas cantidades y aquel continúa como el primer día, como algo congénito y privativo del régimen. El señor Gordón Ordás recuerda el hecho anecdótico, mas explícito, de que la Falange, partido único merced a la eliminación violenta y cruenta de los demás, viene figurando desde el primer año de la victoria franquista en las partidas presupuestarias del régimen con unos cuantos millones. Podríamos añadir, para mejor ilustración de lo que es el franquismo, que la Academia Española de la Lengua se ha visto en la necesidad de otorgar carta de naturaleza a la palabra *estrapelero*...

Cierto es que las buenas cosechas de estos últimos tiempos y una ligera animación en su comercio exterior, amén de pequeños créditos, han permitido al gobierno del general Franco enderezar un poco la situación. Pero esto es, en el fondo, meramente episódico. Si no fueran las circunstancias internacionales, hasta ahora propicias al actual régimen español, este se hubiera derrumbado como fruto podrido. Basta ojear esta buena obra del señor Gordón Ordás para comprenderlo aun mejor. Porque una cosa es la prosa falangista que ofrece en su propaganda y otra bien distinta la realidad económica y social del país.

I G.

Las revistas

« LE JOURNAL DES POÈTES »

Esta interesante publicación mensual « de creación y de información poética », que aparece desde comienzos de año en la capital belga, consagra su número de abril a la actual poesía española.

El artículo que encabeza la brevisima antología es del joven poeta español José Luis Cano, autor de diversas obras. En él se hace una apretada y jugosa exposición de la situación presente de la poética española, partiendo muy justamente de ese hecho tan tremendo y a la par tan preñado de consecuencias de toda índole que fué la guerra civil. Porque, en efecto, la guerra civil rompió brutalmente la continuidad de una poesía que se ofrecía rica y viva. « No solamente hemos perdido — escribe José Luis Cano — tres grandes poetas, tales como Antonio Machado, Unamuno y Lorca, sino que como consecuencia de la tragedia, otro grupo importante en el que es necesario incluir a Juan Ramón Jiménez, Salinas, Guillén, Alberti, Cernuda, Altolaguirre y Prados, decidió tomar el camino del exilio. De esta brillante generación, sólo tres poetas permanecieron en España: Aleixandre, Dámaso Alonso y Gerardo Diego. »

Poco a poco la desoladora situación en que había quedado la poesía se fué remediando; nuevos poetas fueron surgiendo, así como nuevas revistas, juntados todos ellos en torno a los tres citados poetas que habían preferido permanecer en España, particularmente en torno a Aleixandre, cuya influencia sobre las jóvenes generaciones no ha dejado de hacerse sentir. Sin embargo, forzoso es subrayarlo, esta nueva floración no ha llegado ni con mucho a suplir a las anteriores, a las que antes de la guerra civil daban esplendor y brillo sin igual a la poesía española. Por fortuna en el exilio, principalmente en América, el otro tronco de la poesía española, tal vez no el más joven pero sí el más robusto, continúa su tarea silenciosa y gloriosamente acrecentando una producción ya importantísima en volumen y en calidad, no obstante algunos vacíos impuestos por la muerte, como el dejado por Pedro Salinas, fallecido hace poco. José Luis Cano, que pertenece a esa joven generación de poetas formada en España después de finalizada la guerra civil, lo reconoce así, potentizando una objetividad digna de encomio.

El hecho más destacado de la joven poesía española parece ser su tendencia cada

libro importa poco, después de esa tarea de interés público.

Reconozco que James Burnham tiene un mérito que no es pequeño. Tiene el valor de plantear ciertas cuestiones que, por prudencia o por cobardía, de ordinario se silencian. No se ha detenido ante los *tabús*. ¿Cómo vencer — se pregunta — si se permanece a la defensiva? ¿Qué será del mundo occidental si el imperio soviético tiene tiempo para consolidarse? Cuestiones desagradables, en las cuales se prefiere no pensar. El europeo se consideraría satisfecho si se le diera la seguridad de que la tercera guerra mundial no se producirá en los diez años próximos. Tras dos experiencias, teme la violencia y no espera ya nada de ella.

I

James Burnham pretende definir y oponer dos políticas: una que llama *containment* y que rechaza, otra que denomina de liberación y de la cual traza las líneas directrices. Ante todo nos preguntamos: ¿Ha habido, históricamente, una política del *containment*? ¿Se trata de una concepción oficialmente admitida en el Departamento de Estado y en los círculos dirigentes o un simple estado de espíritu, una expresión puesta en circulación al solo objeto de definir las intenciones de la diplomacia norteamericana?

Burnham, después de muchos otros, considera los dos artículos de J. F. Kennan reproducidos en *American policy* como la exposición de una política. De hecho el primero de estos artículos, firmado M. X. y publicado en *Foreign Affairs*, tendía a disipar las ilusiones puestas en un acuerdo entre los tres Grandes, ilusiones propagadas durante la guerra. Analizando el sistema ideológico de los hombres del Kremlin, Kennan demostraba cómo y por qué los Estados Unidos no llegarían a colaborar con la Unión Soviética, y deberían por lo tanto contener las tentativas de expansión a que fatalmente se inclinaría un régimen revolucionario.

No existe por lo tanto contradicción interna, no obstante lo que dice Burnham, en la doctrina del *containment* al plantear

y excluir a la vez la existencia. *La coexistencia pacífica está excluida, pero no la ausencia de guerra total.* En efecto, Kennan piensa, exactamente como Burnham, que los stalinistas temerán durante un período tal vez largo los riesgos de una guerra total y se esforzarán en evitarla. La guerra fría es el tercer término que resulta de la doble negativa de una paz asegurada y de una guerra ilimitada.

Pero para que la idea del *containment* pudiese ser considerada como una doctrina, sería todavía preciso que se precisaran, amén del objetivo mínimo, los medios de alcanzarlo y los fines lejanos de la acción norteamericana. Ahora bien, este no es el caso. Nadie ha pensado jamás en construir un dique alrededor del inmenso imperio soviético, o en concentrar fuerzas militares en todos los puntos sensibles de la periferia. Esta crítica, que reanuda Burnham, se refiere más a una caricatura de la idea del *containment* que a la idea misma.

De hecho, en ciertos casos, la expansión comunista fué contenida mediante la amenaza de guerra general: por ejemplo en Berlín, donde toda resistencia local de orden militar era imposible; en otras partes, como en Corea, se recurrió a una guerra limitada, mientras en otras más, como en Grecia, se aceptó el desafío de los guerrilleros comunistas y estos fueron finalmente vencidos.

Si fuera necesario resumir en unas frases la intención de la diplomacia norteamericana de 1946-47 hasta finales de 1952, emplearíamos, las fórmulas siguientes: Admitiendo que la Unión Soviética desea evitar una guerra general, se da a entender que todo avance del ejército rojo más allá de la línea de demarcación podría desencadenar una réplica aérea; encontrándose el ejército rojo detenido y acantonado como consecuencia de la amenaza de represalias atómicas y el poderío de la industria norteamericana, la lucha se lleva a cabo en todos los terrenos y por todos los medios, o sea la propaganda, la infiltración, la guerrilla, etc. Añadamos que a causa de una conjunción de factores múltiples, psicológicos y sociales, y no por elección deliberada del Occidente, la guerrilla es susceptible de prolongarse durante años en Asia, mientras que en Europa sólo

día más fuerte hacia lo social y lo existencial. José Luis Cano lo señala, indicando al propio tiempo que la censura franquista deja pocas posibilidades a esas tendencias poéticas. Tampoco los poetas son libres en España de decir lo que sienten y decirlo como lo sienten. Inconveniente éste máximo para que la poesía española pueda recobrar su anterior brillantez.

« LER »

De Lisboa, la capital portuguesa, nos llega este « Periódico de Letras, Artes y Ciencias », bien presentado y de interesante contenido, publicación que ya ha entrado en el segundo año de existencia.

En su sumario nos encontramos con un estudio sobre Benedetto Croce, el « historicista anti-historizante », según afirma su autor, Manuel Bello. Este, después de haber estudiado las actividades de Croce y la base filosófica de su interpretación de la historia, termina así : « Pero Benedetto Croce no llegó nunca a concebir una historia globalmente humana, en la que lo social y lo económico ocupasen el gran lugar que merecen ; todos sus trabajos historiográficos se circunscriben al campo ético-político, teniendo por base la libertad, eterna creadora de historia. »

Asimismo se rinde en *Ler* un homenaje póstumo al escritor Graciliano Ramos, uno de los mejores novelistas brasileños de los últimos tiempos. Entre los artículos en que se estudia su obra, resalta uno de nuestro colaborador José Lins do Rego, el cual pone de relieve la importancia en las letras brasileñas del autor de *Augustina*, *Vidas Secas*, *Sao Bernardo* y otras novelas llenas de colorido y de riqueza de expresión sin igual.

« LES TEMPS MODERNES »

En su número del mes de abril, la revista de Jean-Paul Sartre reafirma las nuevas tendencias políticas de su director, atraído ahora, como es sabido, por los cantos de sirena stalinistas. El pontífice del existencialismo sartriano ha suspendido la serie de sus interminables artículos, en los que contra toda evidencia y razón más simple trata de demostrar « filosóficamente » la bondad de la política del partido comunista francés, para atacar desafortunadamente a uno de sus múltiples contradictores. En efecto, en ese número de abril Sartre concede treinta páginas de su revista a Claude Lefort, reservándose sesenta para rebatirle a continuación, con un tono que a veces recuerda un tantico las virulentas diatribas del procurador Vichinsky, el de los procesos de Moscú. Veamos : « Pero,

Lefort, ¿ quién es usted ? Usted no es Hegel. Usted no es Marx. Ni un obrero. Ni el Saber Absoluto. » Ni Sartre, podría añadir el propio Sartre, razones como se ve más que suficientes para que el interlocutor pida perdón y se calle.

Por lo demás, la respuesta de Sartre a Claude Lefort, que había tratado de hacerle comprender — no siempre con acierto, es verdad — que el stalinismo es profundamente contrarrevolucionario por su contenido, es oscura, ampulosa y a ratos incongruente. Toda su dialéctica, es puro y vulgar silogismo. Por ejemplo : « El partido comunista es la clase obrera ; la clase obrera es revolucionaria ; ergo el partido comunista es revolucionario. » Si se le preguntara el por qué el partido comunista es la clase obrera, responderá sin duda que porque durante las elecciones recibe unos millones de votos. Y si se le advierte que esto ocurre en Francia pero no en otros países, nuestro filósofo se encogerá de hombros diciendo que no comprendemos nada. Casi estamos tentados a decir que, en efecto, por lo que a él respecta, no comprendemos nada.

« VIDA UNIVERSITARIA »

La Universidad de La Habana prosigue su labor cultural, de la que nos informa regularmente una gran revista semestral y el bimensual *Vida Universitaria*.

El número correspondiente a los dos primeros meses del año en curso está dedicado en buena parte al centenario del cubano José Martí, « padre de la patria cubana, apóstol y mártir de nuestras libertades y de las de los pueblos hispanoamericanos, estadista genial del Continente, luchador sin odio, maravilloso orador, prodigioso artífice de la prosa, crítico extraordinario, poeta innovador y creador, el último gran demócrata de su época... »

A señalar asimismo, en el número en cuestión, un artículo necrológico a la memoria del profesor y político italiano Vittorio Emanuele Orlando. El resto está destinado a informar sobre los nuevos graduados de la Universidad cubana y los actos que festejaron el acontecimiento.

« PREUVES »

El número de junio de nuestra revista hermana en lengua francesa ofrece un interesante sumario, prosiguiendo así su magnífica obra cultural.

Entre los numerosos artículos y estudios publicados, señalemos uno de la escritora Simone Weil, tan prematuramente desaparecida para siempre, en el que analiza en qué medida luchamos todos realmente por la justicia ; Herbert

Luthy estudia los problemas económicos planteados por la unidad europea; Pierre Berger traza una semblanza del poeta Robert Desnos; el filósofo Arnold Toynbée trata del gran problema de las civilizaciones; Jacques Baron ofrece unas jugosas notas sobre el Marruecos francés, y, por último, Nicolás Nabokov dedica un artículo a sus memorias sobre el compositor ruso recientemente fallecido Sergio Prokofiev.

Prewes ofrece asimismo a sus lectores las secciones habituales de comentarios, artes, espectáculos, lecturas y crónicas de sus correspondientes de diferentes países.

« REPERTORIO AMERICANO »

Ha llegado hasta nosotros el número de febrero de estos « Cuadernos de cultura hispana », que desde hace treinta y tres años se publican ininterrumpidamente. Bajo la dirección del patriarca de las letras costarricenses Joaquín García Monge, *Repertorio Americano* continúa manteniendo un interés indudable merced a los cortos trabajos e informaciones culturales que ofrece a sus lectores.

En este número es de subrayar una crónica boliviana del escritor guatemalteco Miguel Angel Asturias, una leyenda india de Julio Fabio Ugalde, varias poesías de Guadalupe Amor y unos trabajos sobre esta poetisa mexicana, un documento de la Asamblea Legislativa de El Salvador en el que se rinde homenaje a José Martí, y, finalmente, unas cuantas rotas bibliográficas.

Nuestro Carnet

● GERMAN ARCINIEGAS, ilustre escritor colombiano con renombre de dimensión continental cimentado no sólo en libros de tanto valor como *El Caballero de El Dorado*, *Los alemanes en la conquista de América*, *América*, *Tierra Firme*, *El Estudiante de la Mesa Redonda*, y otros más, sino asimismo en una intensa y brillante labor de articulista y conferenciante.

● RAYMOND ARON, conocido escritor francés del que publicamos sus reflexiones sobre el último libro de James Burnham, ha consagrado al análisis de la guerra fría dos importantes obras: *Le Grand Schisme* y *Les Guerres en chaîne*. Filósofo eminente, Raymond Aron ha publicado también *La Sociologie allemande contemporaine* y una *Introduction a la philosophie de l'histoire*.

● ALEXANDRE WEISSBERG es un eminente físico austriaco, que trabajó en la U. R. S. S. de 1931 a 1937, fecha en que fué detenido por la G. P. U. Después de tres años de encarcamiento, fué entregado a la Gestapo, la cual le recluyó en un campo de concentración. Acaba de publicar en francés un libro sumamente interesante, *L'Accusé*, en el que relata sus experiencias personales.

● FRANZ BORKENAU, sociólogo e historiador, de nacionalidad austriaca. Antiguo profesor de la Universidad de Magdeburgo. Tiene publicadas varias obras, entre otras una historia de la Internacional Comunista y otra sobre la guerra civil española. Acaba de publicar un libro sobre el comunismo europeo.

● MICHEL COLLINET, universitario francés, autor de varias obras de fundamental importancia; señalemos *La Tragédie du Marxisme, Essai sur la condition ouvrière en France (1900-1950)* y *Esprit dy syndicalisme*. Agregado de investigaciones científicas en el C. N. R. S., se ocupa en particular de establecer las relaciones entre salarios y productividad.

● A. ROVIRA I VIRGILI, fué uno de los más destacados escritores en lengua catalana. Murió en el exilio, en 1950, dejando una enorme labor periodística y varios libros, entre otros *Historia de Catalunya, Historia dels moviments nacionalistes, Defensa de la democracia*, etc.

● SALVADOR DE MADARIAGA, nuestro estimado colaborador, nos señala un error cometido en la nota biográfica que le dedicamos en el número anterior. En efecto, el señor Madariaga no es profesor en la Universidad de Oxford desde 1931, fecha en que dimitió al ser nombrado por la República española embajador en Washington.

● RAMON J. SENDER es uno de los más recios novelistas españoles contemporáneos y notable ensayista. Actualmente en el exilio, profesa en una Universidad de los Estados Unidos. De su numerosa obra, citemos: *Imán*, *Orden Público*, *Teresa de Jesús*, *Siete domingos rojos*, *La noche de las cien cabezas*, *Mister Witt en el Cantón*, *Proverbio de la muerte*, *Mexocayotl*, etc.

● NICOLA CHIAROMONTE, ensayista italiano; ha vivido varios años en los Estados Unidos. Colabora en numerosas revistas, particularmente en *Partisan Review*, *Prewes*, etc. Es asimismo colaborador del excelente semanario político y cultural *Il Mondo*, que se publica en Roma.

● JAN UTATOWSKI nació en 1907, estudiando filosofía del arte y sociología en la Universidad de Varsovia; practicó el periodismo durante

numerosos años. Voluntario en el ejército polaco en Francia durante la última guerra, participó en las campañas de Africa e Italia. Reside en Francia y trabaja como obrero metalúrgico.

● VICTOR ALBA, joven periodista español, actualmente exilado en México. Tiene publicados varios libros en francés, catalán y español. Citaremos, entre varios más: *Histoire des Républiques Espagnoles*, *Insomnies Espagnoles*, *Chemins sans issue*, *Els supervivents* y *La vida provisional*.

● JOAQUIN MAURIN, conocido publicista español, autor de *Los hombres de la Dictadura*, *La revolución española* y *Hacia la segunda revolución*. Diputado a Cortes en el momento de producirse la guerra civil, Maurin fué detenido en la zona franquista, permaneciendo encarcelado durante numerosos años. Actualmente reside en los Estados Unidos.

● ARMAND LANOUX, escritor francés; comenzó su obra literaria con varias obras policíacas, escribiendo luego: *Les jeux du Bilton*, *La Nef des Fous*, *La Classe du Matin*, *Cet Age trop tendre*, *Les lézards dans l'Horloge*, *Colporteur*, *Paris-Val de Loire*, *L'Enfant en proie aux images*, etc.

● JOSE LINS DO REGO, escritor brasileño, autor de numerosos ensayos y de varios libros, algunos de ellos traducidos al español. En su artículo, Lins do Rego hace un sucinta exposición de la formación y desarrollo de la novela en el Brasil.

● CZESLAW MILOSZ es sobrino del poeta de lengua francesa Oscar V. de Milosz. Asimismo poeta notable, traductor al polaco de Shakespeare y de Neruda, ha publicado, varios libros. Fué representante cultural del gobierno de Polonia en Wáshington y París, habiendo roto con el régimen de su país en 1950.

● JAIME CASTILLO V. es uno de los auténticos valores intelectuales de la juventud chilena. Forma parte del equipo que, reclamándose espiritualmente de Jacques Maritain, dirige la revista *Política y Espiritu*. Jaime Castillo asistió el año último al Congreso de los Partidarios de la Paz celebrado en Pekín. A su regreso a Chile condenó públicamente los métodos comunistas que habían movido dicho Congreso. Su artículo sobre el Congreso Continental de la Cultura, celebrado recientemente en Santiago de Chile por los comunistas, cobra por eso un valor mayor.

● HERBERT LUTHY, joven historiador, economista y escritor político, autor de diversas obras y estudios. Colabora en numerosas revistas europeas y americanas. Acaba de publi-

car un importante estudio sobre Montaigne, así como un trabajo fundamental sobre la Francia contemporánea. De nacionalidad suiza, Herbert Luthy habita en Francia desde unos años.

Detención de intelectuales en Argentina

Hasta nosotros llega la noticia de que el general Perón ha desencadenado una violenta represión contra la casi totalidad de la intelectualidad argentina, represión que se esfuerza en querer mantener secreta. Numerosos intelectuales han sido víctimas de la demagogia peronista, que trata por todos los medios de distraer la atención del país, víctima de una profunda crisis.

Entre los encarcelados se encuentra Victoria Ocampo, directora de la revista *Sur*, Francisco Romero, el filósofo más importante de toda América Latina, Alfredo L. Palacios, fundador del P. S. argentino y autor de toda la legislación social del país, Juan Antonio Solari, y muchos otros.

Todos los escritores y sabios agrupados en torno al Congreso por la Libertad de la Cultura se han asociado al llamamiento lanzado por Denis de Rougemont, Presidente del Comité Ejecutivo del mismo, para protestar contra las medidas policíacas del general Perón. Por otra parte, Salvador de Madariaga ha enviado al Presidente Nehru un telegrama para rogarle manifieste su interés hacia las personalidades encarceladas, recordándole particularmente que el filósofo indio Rabindranath Tagore había vivido un año en casa de Victoria Ocampo, a la que dedicó uno de sus libros.

Esta represión contra la intelectualidad argentina ha provocado gran sensación en el mundo entero. Los intelectuales mexicanos se han apresurado a publicar una protesta, que va firmada, entre otros, por: Dr. Jaime Torres Bodet, Dr. Alfonso Reyes, Dr. Alfonso Caso, Dr. Ignacio Chávez, Lic. Isidro Fabela, Dr. Carlos Greeff Fernández, Lic. Antonio Martínez Báez, Rufino Tamayo y Jesús Silva Herzog.

Además, el Instituto Internacional de la Prensa, en su última reunión anual que acaba de celebrar en Londres, adoptó por unanimidad una moción presentada por el director de un diario peruano, en la que se protesta contra las nuevas infracciones peronistas a la libertad de expresión.

PREUVES

REVUE MENSUELLE

publiée sous la direction de FRANÇOIS BONDY

Secrétaire général : JACQUES CARAT

41, avenue Montaigne, Paris (8^e)

Tél. : ELY. 56-61 et 56-63. — C. C. P. 178-00 Paris

Le numéro : France et Union Français : 120 fr. - Etranger : 150 fr.

ABONNEMENTS

France et Un. Fr. un an : 1.200 fr. ; six mois : 650 fr.

Etranger un an : 1.500 fr. ; six mois : 800 fr.

OTRAS PUBLICACIONES PERIODICAS

KONTAKTE

Kongress für kulturelle Freiheit
Berlid-Zehlendorf, Schmarjestr. 4

BULLETIN

of American Committee for Cultural Freedom, 41 East 44th Street,
New York 17. N.Y.

C.C.F. VEWS

(en japonés)
Japanese Committee for Cultural Freedom
N° 8 shiba Shimbashi
1 - chome minato-ku
Tokyo (Japon)

LIBERTA DELLA CULTURA

Associazione italiana per la Libertà della Cultura, piazza Accademia di San Luca 75, Roma.

FREEDOM FIRST

organ of the Indian Committee for Cultural Freedom, Manekji Wadia Building, 127, Mahatma Gandhi Road, Bombay I

CUADERNOS

Organo en español del Congreso por la Libertad de la Cultura

PUBLICACIONES DE " LOS AMIGOS DE LA LIBERTAD "

13, rue de Poissy, Paris (V^e).

LES AMIS DE LA LIBERTÉ

CAHIERS MENSUELS DE LIAISON

Le numéro : 30 francs C.C.P. 8100-10 Paris

LIBRES PROPOS

REVUE MENSUELLE DES JEUNES AMIS DE LA LIBERTÉ

Le numéro : 30 francs
C.C.P. 8596-33 Paris

CINÉMA

BULLETIN MENSUEL DES « AMIS DU CINÉMA »

Abonnement : 1 an : 50 francs
C.C.P. 8776-68 Paris

VÉRITÉS RURALES

Abonnement : 1 an : 100 francs

C.C.P. 8100-10 Paris

ALGUNAS DE LAS PUBLICACIONES

del Congreso por la Libertad de la Cultura

En español :

— El Congreso por la Libertad de la Cultura.

En italiano :

SERIE : « *PROBLEMI DEL NOSTRO TEMPO* »

- | | |
|---|---------------------|
| 1. Le libertà che potremmo perdere | DENIS DE ROUGEMONT. |
| 5. Il messaggio di Piero Gobetti..... | UMBERTO MORRA. |
| 6. Lo scrittore tra la tirannia e la libertà..... | GUIDO PIOVENE. |
| 7. La solitudine dell'artista | EUGENIO MONTALE. |
| 8. Rivolta e comunione | GUGLIELMO PETRONI. |
| 9. Per la libertà della fantasia creatrice..... | LIONELLO VENTURI. |
| 10. Le due dittature | VITALIANO BRANCATI. |
| 11. L'avvenire della cultura | ANDRE MALRAUX. |

SERIE : « *FATTI DOCUMENTI* »

2. Chi sono i Partigiani della Pace.

SERIE : « *TESTIMONIANZE* »

- | | |
|-------------------------------|-----------------|
| 3. Uscito di sicurezza | IGNAZIO SILONE. |
| 4. La grande tentazione | CZESLAW MILOSZ. |

En inglés :

- | | |
|--------------------------------------|---|
| — Freedom we may loose..... | DENIS DE ROUGEMONT. |
| — Students unite | JOHN CLEWS (prólogo
de Stephen SPENDER). |
| — Murti-Bing..... | CZESLAW MILOSZ. |
| — Heresy, yes Conspiracy, no ! | SIDNEY HOOK. |

En alemán :

- | | |
|----------------------------------|--|
| — Die Friedensmaskerade. | |
| — Die grosse Versuchung | CZESLAW MILOSZ. |
| — Wider den Antisemitismus | THEODOR HEUSS, RUDOLF
HAGELSTANGE, WILLY BRANDT, ERICH LUTH, STEFAN ANDRES. |

En francés :

- | | |
|--|---------------------|
| — Que veulent les Amis de la Liberté ? | |
| — Les Libertés que nous pouvons perdre | DENIS DE ROUGEMONT. |
| — La Grande Tentation | CZESLAW MILOSZ. |
| — Budapest : Destin d'une Université..... | ARPAD SZELPAL. |

Todos estos folletos se hallan a la venta en los locales
del Congreso por la Libertad de la Cultura, 41, avenue Montaigne, Paris

CUADERNOS

ha publicado en su primer número :

Rehabilitar al hombre

Sobre " La Obra del Siglo XX "

Trayectoria y misión de América

**Las relaciones culturales entre Europa
y América**

Estampas mexicanas

Norteamérica ya no es una jungla

La vida, la muerte y el deber moral

Estado confesional y Estado totalitario

De la intolerancia religiosa en España

**El caso Sartre y la crisis de los
intelectuales**

ANDRÉ MALRAUX

DENIS DE ROUGEMONT

NATALICIO GONZALEZ

S. DE MADARIAGA

VICTOR SERGE

UPTON SINCLAIR

BENEDETTO CROCE

IGNAZIO SILONE

FERNANDO VALERA

JULIAN GORKIN

Y otros textos de :

F. BONDY, CARLO ANTONI, GEORGES ALTMAN,
NICOLAS NABOKOV, GUIDO PIOVENE, GAETAN PICON,
LESLIE A. FIEDLER, NORMAN MAILER, I. IGLESIAS,
LIONEL TRILLING, MAXIMILIEN RUBEL, ETC.

Grecia conoció una guerra entre un ejército regular y un « ejército de liberación ».

La hipótesis implícita del libro de Burnham es que el Departamento de Estado es en cierto modo el responsable de todo cuanto acontece en el mundo. Si Mao Tse Tung logró la victoria en China, desde luego la falta es de los dirigentes de la diplomacia norteamericana ; asimismo si los ingleses son arrojados del Irán ; y también si los periódicos franceses no son favorables a los Estados Unidos. No diré que la política norteamericana no merezca reproches — sería sorprendente que fuese así — pero un estudio que no caiga en la polémica trataría, al explicar las desilusiones del *continent*, de señalar la parte que corresponde a los acontecimientos y la parte que corresponde a los hombres.

En Europa, la línea de demarcación, trazada de mutuo acuerdo por los tres Grandes de la guerra antihitleriana, no ha sido franqueada. La guerra civil ha sido ganada en Grecia ; Tito ha cambiado de campo (cierto es que el Occidente no ha tenido nada que ver, pero si es inocente de esta victoria tal vez lo sea también de ciertas de sus derrotas). En Alemania occidental, en Francia, en Italia, la vida se ha vuelto aparentemente normal. Desde luego, los partidos comunistas continúan siendo fuertes en estos dos últimos países. El equilibrio económico de Europa, comprendida la Gran Bretaña, se ve amenazado por la falta de dólares y el rearme se efectúa lentamente. Pero, piénsese en los tiempos que siguieron a la capitulación alemana, en las ruínas acumuladas, en los Estados entonces hundidos, en la atmósfera de guerra civil, y se verá que los progresos realizados son precarios, insuficientes, mas nada despreciables.

¿ Qué hubiera debido hacer, qué hubiera podido hacer la política norteamericana ? ¿ Subordinar la ayuda económica a condiciones políticas, como la unificación de Europa ? Dudo mucho que el método hubiese tenido éxito. Los países de Europa tienen más necesidad de los Estados Unidos que estos últimos de aquellos. Los Estados Unidos aun no estarían perdidos si Europa occidental se soviétizara ; en cambio Europa está perdida si los Estados Unidos son golpeados o si se desinteresan de

lo que pasa fuera. Pero los europeos también saben que los Estados Unidos tienen un interés vital en mantener fuera del imperio soviético la concentración industrial situada en el viejo continente, al oeste del telón de acero. Los norteamericanos hacen mal en pensar que los europeos se mostrarían dispuestos a recurrir al suicidio caso de que el maná de dólares dejase de fluir. Mas también pensarían mal si creyesen que los gobiernos democráticos tomarán decisiones heroicas, como la aceptación de una soberanía europea, al solo fin de reanimar la generosidad del Padre Noel.

La diplomacia norteamericana — escribe Burnham — prefiere gobiernos débiles y complacientes, semejantes a los de la Tercera Fuerza en Francia, a un gobierno difícil de manejar y fuerte, cual el que hubiera constituido el general de Gaulle. Probablemente existe una parte de verdad en esta observación. Añadamos, empero, algunos matices. En Grecia, la influencia norteamericana se ejerció en favor de la Reunión del Pueblo griego, del mariscal Papagos. Nada prueba que en Francia dependiese de los diplomáticos norteamericanos modificar el resultado del conflicto entre la Tercera Fuerza y el R. P. F. gaulista. (A este respecto, hubiera podido mucho más el general de Gaulle.) La ayuda norteamericana sirvió, desde luego, a los gobiernos de la Tercera Fuerza. Mas ¿ cómo hubiera podido dejar de servirlos ? Además, la preferencia señalada a estos últimos fué debida, en buena parte, a los recuerdos que habían dejado en Washington las relaciones difíciles entre el Presidente del Comité de Liberación francés y la Administración demócrata ; a la poca confianza que inspiraba el equipo agrupado en torno al Liberador.

La demostración de que la política norteamericana en China fué deplorable no plantea dificultades. Yo no comparto el criterio, corriente en Europa y particularmente en Gran Bretaña, según el cual el verdadero error de los Estados Unidos fué no sacrificar antes a Tchang Kai Chek. Es un razonamiento que me parece digno de Gedeón : creer que el gobierno de Mao Tse Tung no hubiera sido hostil al Occidente si este hubiera mostrado más comprensión

hacia la revolución comunista, es ignorar la ideología y la psicología de los stalinistas de todos los países. Pero, cualquiera que sea la parte que se otorgue a la infiltración de los agentes soviéticos en el Instituto de Relaciones del Pacífico y la parte de este Instituto en la determinación de la diplomacia norteamericana en Extremo-Oriente, la incertidumbre sobre lo que hubiera sido preciso hacer no se ha disipado por la encuesta retrospectiva. ¿Es qué se hubiese podido imponer al Kuomintang las reformas sin las cuales era imposible conservar la lealtad de las masas y ganar la guerra? ¿Hubiera que haber ido, en caso de necesidad, hasta la intervención militar directa? A justo título se denuncia la misión del general Marshall, los esfuerzos para imponer un gobierno de coalición entre Tchang Kai Chek y Mao Tse Tung, la leyenda complacientemente extendida de que los comunistas chinos son simples reformadores agrarios, etc., etc. Mas no se facilita la prueba de lo que está en discusión: ¿es qué los Estados Unidos, dada la naturaleza de su régimen político, eran capaces de la acción que hubiese impedido la victoria de Mao Tse Tung?

Una vez instalado éste último en Pekín, ¿qué otro objetivo podía proponerse, como no fuera el de la defensa y reforzamiento del Asia del sudeste y del Japón, ocupando este con respecto a Asia la misma situación que la Gran Bretaña respecto a Europa? ¿El neutralismo de Nehru hace el juego al comunismo, en el interior y en el exterior? Es posible. Sin embargo no existe otro partido de gobierno más que el del Congreso, ni otro primer ministro posible que Nehru. ¿Hubiera habido más posibilidades de convertir el discípulo de Gandhi y lector de *New Statesman* a lo que Burnham supone buena política, denunciando las ideologías confusas de los intelectuales de izquierda?

La estrategia de Washington tiende a preservar en Asia y en Europa los territorios marginales que no ha cubierto el flujo soviético al final de la segunda guerra mundial. Burnham reconoce que estos objetivos son al menos saludables. Critica el método empleado para alcanzarlos pero no indica claramente métodos diferentes.

II

James Burnham nos objetará que desconocemos el centro de su argumentación, el meollo de su tesis. Piensa que se podría *contener* más eficazmente la expansión comunista pero no piensa, sobre todo, que no se puede ni se debe contentarse con *contener*: incluso si esta estrategia alcanzase sus objetivos, la situación sería todavía deplorable y el comunismo mundial se encontraría en el camino de la victoria.

El día en que los dirigentes norteamericanos proclamasen públicamente que se proponen liberar los pueblos sojuzgados — comprendidos los pueblos del ex-imperio de los zares — no por ello se harían más populares en Asia y en Europa. Al contrario. Los europeos, comprendidos los británicos, se *distanciarían* de esta campaña, que se bautizaría agresiva y que se imputaría el espíritu de cruzada. Asimismo los neutralistas de Asia se esforzarían en no verse arrastrados hacia posibles conflictos.

Esta observación no constituye todavía una crítica decisiva. Los Estados Unidos tiene la fuerza material para obrar solos. En cuanto al derecho moral, ¿en nombre de qué textos o de qué principios podría reconocérselo o negárselo? Los Estados Unidos son la sola gran potencia del Occidente. En caso de guerra total soportarán el peso principal de la lucha, incluso aunque los otros países sufrieran tanto o más. Esta vez combatirán por su existencia. Nadie se indignará de que a veces sean tan indiferentes a los consejos de Francia, como ésta lo fué a los consejos de Bélgica antes de 1914. Pero ¿qué harían los Estados Unidos para liberar a los pueblos sojuzgados, solos o con el apoyo obligado de sus aliados europeos?

James Burnham sólo nos facilita indicaciones sumarias. Incita a los dirigentes de su país a proclamar solemnemente su objetivo (¿es qué la Unión Soviética proclama su intención de conquistar el mundo?), a denunciar los acuerdos del período de guerra, a reconocer los gobiernos en el exilio y a constituir legiones de voluntarios

polacos, rumanos y hasta ucranianos. Los europeos exclamarán inmediatamente : ¡ Eso será la guerra ! No lo creo ; eso no será la guerra. Pero Burnham no tiene razón ; una tal estrategia tampoco conduciría a la liberación sin guerra general.

Comprendo bien que el escritor norteamericano estime estas gestiones diplomáticas como complementarias de la guerra psicológica o política, o clandestina. No opondré dificultad alguna para reconocer la mediocridad de una buena parte de la propaganda norteamericana. Las críticas de Burnham son a menudo valederas. Mas no veo la posibilidad de que una nación tan radicalmente no ideológica como los Estados Unidos discubran el secreto de la acción ideológica.

¿ Guerra política, operaciones clandestinas ? Nadie podrá discutir abiertamente. Ciertos hechos mayores prohíben abandonarse a ilusiones. ¿ Cómo organizar la resistencia contra un régimen que aplica la técnica stalinista, sometido a instituciones totalitarias, ocupado por divisiones rusas o por ejércitos llamados nacionales encuadrados por oficiales comunistas ? ¿ Qué puede hacerse desde el exterior para provocar, sostener y ampliar la resistencia ? Temo que la respuesta sea esta : poca cosa. En la guerra política la lucha no es igual. Los agentes comunistas gozan de una gran libertad de acción en el universo que denominan capitalista y que se han propuesto destruir. Los agentes occidentales no disponen de ninguna en el universo comunista.

Burnham habla de la estrategia este-europea que, afirma, sería infinitamente superior a la estrategia de los demócratas, fundada en la primacía de la Europa occidental, o a la de los republicanos, que tiende a reforzar ante todo la base norteamericana y luego conducir la guerra limitada en Asia con mayor energía. ¿ Quién puede dudar que una estrategia que apunte al corazón del imperio enemigo sería más seductora que una estrategia defensiva, que consiste en acumular los ejércitos en los Estados Unidos o en reforzar los territorios marginales de Europa y de Asia ? Mas cuando se mete en el mismo saco « La voz de América » y las bombas atómicas, se facilita singularmente la tarea.

La contradicción de la estrategia este-europea es justamente que debe elegir entre « La Voz de América » y las bombas atómicas. Estas dos armas son un símbolo bastante fiel, la una de la pobreza de los medios disponibles en tiempos de guerra fría y la otra de los horrores que se desencadenarían en tiempos de guerra total.

La guerra política no promete la liberación sin guerra de ningún país europeo situado al este del talón de acero, a la sola excepción de Albania. Esta excepción está motivada por múltiples causas : la Unión Soviética, incluso el universo soviético, ya no tiene fronteras comunes con Albania después de la desidencia de Tito ; Moscú no ha firmado ningún pacto de asistencia mutua con Tirana ; el régimen es débil, impopular, minado por la discordia ; en fin, una parte de la población se compone de tribus, más difíciles de encuadrar que los habitantes de las ciudades o los trabajadores de las fábricas. Bastaría con que se pusieran de acuerdo italianos, griegos, yugoeslavos y las diferentes fracciones de la emigración albanesa para que la acción política lograra en este caso una primera y brillante victoria. Pero no se derrumba pacíficamente el régimen comunista de un país ocupado por el ejército rojo ; en cuanto a los dos satélites que no están ocupados por el ejército rojo, Checoslovaquia y Bulgaria, recordemos que son vecinos de países ocupados. Los gobiernos y los partidos comunistas están bien controlados ; posiblemente la policía política depende en forma directa de la rusa.

¿ Quiere esto decir que no existe posibilidad alguna de liberación de los países del este europeo sin una guerra ? No llevaré mi pesimismo tan lejos, pero la liberación concebible es en lo inmediato inconcebible y dependerá, tanto mañana como hoy, mucho más de los acontecimientos que se producirán en Moscú o en Praga que de las cogitaciones norteamericanas en Nueva York o en Washington.

El problema de la liberación se plantea en otros términos en el teatro de operaciones asiático. Que se trate de liberar los pueblos sojuzgados o impedir la consolidación del régimen soviético, ambas cuestiones tienen un solo denominador común : China. Es en China que se pretende impe-

dir la estabilización del Estado comunista; es el pueblo chino a quien se piensa liberar; es también contra los ejércitos chinos que las tropas norteamericanas luchan en el frente de Corea. La técnica de la guerra psicológica o de las operaciones clandestinas aplicada a China tendría objetivos poco misteriosos: fomentar la revuelta entre las poblaciones alógenas de todas partes del imperio chino; atizar el descontento de los campesinos sometidos a impuestos o a requisiciones exorbitantes; enviar agentes que se infiltren en los sindicatos obreros e inciten a las masas a la protesta, etc., etc. No se podrá formular un juicio categórico sobre las perspectivas que se abren a tales operaciones. Pudiera suceder, si el estado de espíritu de los obreros y campesinos se presta a ello, que se agrave sensiblemente las dificultades de los hombres en el poder. Incluso en este caso, no se podría uno desprender de una cierta inquietud.

Los Estados Unidos ni pueden entenderse con la Unión Soviética ni quieren combatirla. Sería un error imaginar que la tercera vía, la de la guerra fría, procuraría los beneficios de la victoria sin tener que pagar el coste desmesurado de la batalla. La tercera vía es esa sobre la cual se han adentrado los dos campos a partir de 1946: ni guerra ni paz. Todo indica que la humanidad no se apartará de ese camino. Pero el resultado ha sido una especie de inmovilidad o de cristalización de los frentes: inmovilidad en Europa, donde la línea de demarcación ha sido militarmente respetada; semi-inmovilidad en Asia, puesto que se prolongan sin decisión las campañas de Indochina, Corea y Malasia. Es posible, incluso probable, que el imperio soviético gane más que el mundo libre con esta paz crepuscular, con esta guerra que no se atreve a decir su nombre. Ciertos países del Próximo-Oriente corren el riesgo de pasar, un día u otro, al otro lado del telón de acero. El choque directo entre los ejércitos europeos o norteamericanos y los ejércitos asiáticos procura una ventaja a la Unión Soviética. Sin esfuerzo alguno se estará de acuerdo con todas estas tristes constataciones. Mas la proclamación de un objetivo grandioso — la liberación — no nos enseña nada sobre

lo que quisiéramos saber. Conocemos lo deseable y buscamos el definir lo posible. La política, al igual que la estrategia, es el arte de los medios; el arte de elegir los objetivos en función de los medios, de adaptar los medios a los objetivos. Siendo así, ¿qué queda de valadero en la consigna de liberación, substituta de la otra consigna de contención?

El Occidente no debe resignarse, por principio, al *statu quo*. Debe soportar el hecho el reparto del viejo continente europeo, pero no aceptarlo moralmente. Demasiados hombres de Estado rehusan la entrada de la República federal alemana en el Pacto del Atlántico con el pretexto de que tiene reivindicaciones a parte. Las reivindicaciones alemanas son también las de Europa. Esta no será capaz de recuperarse a sí misma y de recuperar su rango en el mundo, en tanto el telón de acero corte en dos lo que fué el Reich. Las negociaciones que consagrarán el resultado accidental de la guerra no introducirían una era de paz.

Bueno es recordar que la defensiva a que se ve obligado el mundo libre se debe a las circunstancias y no a una elección deliberada. Allí donde la progresión es posible sin recurrir a las armas, mediante métodos comparables a los que emplea la Unión Soviética, no hay lugar a dudar. ¿Sería la liberación de Alemania una provocación respecto a la Unión Soviética? Es posible, pero la victoria de Mao Tse Tung fué asimismo una provocación para con los Estados Unidos. Tales riesgos deben ser asumidos y no resultan desmesurados.

Burnham — y sobre este punto refleja la opinión de los expertos de su país — tiene por improbable el que se produzca la guerra total como reacción ante una iniciativa norteamericana. Los amos del Kremlin han aprendido las reglas de la táctica y los principios de la estrategia; saben pues que no deben dejarse provocar y evitarán la guerra en tanto temen perderla. Sin duda no hay que llevar demasiado lejos un tal razonamiento. En determinadas circunstancias aceptarán el desafío y se batirán antes que ceder. Mas los periodistas europeos que todos los días hacen temer a sus lectores el que una iniciativa de los Estados Unidos prenda

fuego al barril de pólvora, o que los hombres del Kremlin se dejen llevar por el miedo o por la cólera a actos inconsiderados, abusan de la ignorancia de su público; a menos que no sean ellos mismos unos ignorantes.

III

La industria pesada del mundo está concentrada en cuatro regiones principales. De estas cuatro concentraciones, tres se hallan todavía fuera del imperio comunista: América del Norte, Europa occidental y secundariamente el Japón, la India, el Pakistán y Australia. Por lo que respecta a las producciones de base, carbón y acero, la Europa oriental y la Unión Soviética se aprovechan del nivel de la Europa occidental y la alcanzarán dentro de unos años. El Japón continúa siendo la principal potencia industrial de Asia. Transcurrirá mucho tiempo antes de que la industrialización de China haga del antiguo imperio Celeste una gran potencia moderna.

Incluso si una gran potencia industrial estuviese resuelta a contener la China, chocaría con ciertos obstáculos, tal vez insuperables. La humanidad ha encontrado casi siempre una réplica adecuada a las armas en apariencia irresistibles y previsto una centralización total del poder en manos de unos pocos. La guerrilla es contemporánea de la bomba atómica, y el fusil ametrallador del combatiente solitario, invisiblemente encuadrado por los órdenes y los jefes de su partido, ofrece a las multitudes de Asia el arma del desquite contra las máquinas del Occidente. Desde luego, los chinos desean ansiosamente utilizar a su vez las máquinas, pero el guerrillero, comunista o anti-comunista, continúa siendo el símbolo de la resistencia invencible: a la larga, no se reina merced a las solas máquinas sino gracias al prestigio y a la organización. No basta con arrasar los pueblos: es necesario reducir o ganar las conciencias.

Justo es recordar a los dirigentes de los Estados Unidos los límites de su poder. El potencial industrial no permite hacer o deshacer los gobiernos en China o en la

India. Pero, por el contrario, sería un error aún mayor olvidar que Asia, despertada de su sueño secular por la influencia occidental, es asimismo incapaz, durante docenas de años, de llevar a cabo la menor acción militar contra los Estados Unidos, probablemente incapaz incluso de emprender algo contra el cinturón de islas que va desde las Aleutinas hasta Formosa, y sobre las cuales se hallan instaladas bases norteamericanas. La Unión Soviética, en el caso en que acrecienta más rápidamente su industria pesada en el próximo medio siglo, no dispondrá en el interior de las fronteras actuales de su imperio de una tal superioridad sobre el mundo libre de manera que el resultado de un eventual conflicto aparezca decidido de antemano.

Ningún partido comunista tiene en Europa la posibilidad seria de apoderarse de un Estado por la astucia o por la violencia, y la intervención de los ejércitos rusos o de los ejércitos satélites fuera de las fronteras se consideraría como un *casus belli*. La probabilidad es que estos hechos mayores continúen igual durante el período próximo. La desagregación de los regímenes interiores en Francia o en Italia, la reanudación de las querellas entre Francia y Alemania, y, finalmente, la retirada de los norteamericanos en el aislamiento no son perspectivas excluidas, mas resultan improbables. Los partidos comunistas no están en período de ascenso, ni entre las masas ni entre los intelectuales. Se conoce mejor la naturaleza del régimen comunista que antes de la segunda guerra mundial. No vemos que los comunistas tengan más posibilidades de conquistar sin guerra los países situados al oeste del telón de acero que los occidentales de liberar los países satélites.

¿Poseen los rusos un arma secreta, un medio de poder avanzar súbitamente? No faltan comentaristas que temen una táctica fundada en la amenaza militar. ¿Qué pasará el día que la Unión Soviética haya acumulado un stock suficiente de bombas atómicas, y con la amenaza de un bombardeo obligue a Francia y Gran Bretaña a romper el Pacto del Atlántico? Esta ruptura sería la primera etapa hacia la soviétización de la Europa occidental, o

al menos la imposición de un estatuto de neutralidad que en caso de guerra total pondría la concentración industrial del Ruhr a disposición de los ejércitos soviéticos.

Mi respuesta es que la Unión Soviética no será capaz de utilizar ofensivamente su armamento atómico mejor que lo han hecho los Estados Unidos. Estos últimos han podido dar claramente a entender que todo movimiento de las tropas soviéticas más acá del telón de acero desencadenaría represalias atómicas. Las armas de destrucción intensiva darían un sentido concreto, un contenido inmediatamente comprensible a la amenaza de guerra general. Pero los Estados Unidos jamás han pensado en lanzar un ultimátum a la Unión Soviética para que elija entre la evacuación de Europa central o la destrucción de las ciudades rusas. ¿ Habrían hecho los comunistas lo que no hicieron los norteamericanos, gobernados estos por reglas democráticas ? Es posible, si bien no estoy seguro. Mas habrá una diferencia fundamental entre la relación Estados Unidos-Unión Soviética en los tiempos en que los primeros disponían del monopolio atómico, y la relación Unión Soviética-Europa occidental dentro de unos años. No sólo la Unión Soviética no tendrá el monopolio atómico, sino que posiblemente se verá dominada respecto al número de proyectiles atómicos y la diversidad de los medios de enviar los proyectiles sobre el objetivo. Un ultimátum de la Unión Soviética a la Europa occidental amenazaría desencadenar — cualesquiera que se a la respuesta de Europa — la guerra total. Los sucesores de Stalin, al igual que éste, dudarán ante una iniciativa que haría que el destino de la humanidad y la sobrevivencia de la Revolución dependiese de imprevisibles acontecimientos.

Mas, se dirá, la consolidación del imperio soviético de Weimar a la frontera de Indochina, significaría la pérdida del Occidente, no por motivos estrictamente militares sino por causas económicas, políticas y psicológicas. A medida que se limita la zona abierta a los cambios de las mercancías y de las ideas, el Occidente se debilita. No discutiré el valor de este argumento. Una civilización, acorralada en un espacio

cada vez más reducido por la revuelta de los que artaño colonizó, desarrolla en ella fenómenos patológicos, un poco a la manera de un ser vivo confinado en un recinto cerrado.

Como Stalir hizo observar, el resultado más grave de la segunda guerra ha sido la ruptura de la unidad del mercado mundial. Existen en lo sucesivo dos sistemas económicos, de los cuales uno, el del imperio soviético, engloba una fracción creciente de la producción. El sistema capitalista sufre mucho más de esta separación que el sistema soviético. Este quisiera adquirir a los capitalistas ciertos medios de producción — máquinas eléctricas, rodamientos, etc. — que la industria soviética no produce en cantidades suficientes, así como determinadas materias primas — caucho, lana, etc. La planificación, total en el cuadro nacional y aproximada en todo el imperio soviético tomado en su conjunto, permite orientar los cambios con los « infieles » en el sentido deseado : el procurarse las máquinas y materias primas que hacen falta ; el adquirir lo menos posible de productos fabricados de consumo que el Occidente desearía vender, al mismo tiempo que vende lo menos posible de las materias raras que el Occidente quisiera comprar.

Sin la menor duda, « el cerco socialista » forma parte de la estrategia a largo plazo establecida por los teóricos soviéticos. Cuanto más se extiende el universo socialista, menos espacio conserva la economía capitalista mundial y más tendidas serán las relaciones en el interior de esa economía capitalista.

A partir de ahora, la ruptura entre el mercado chino y el Japón enfrenta a éste último con un problema casi insoluble. China ocupaba un lugar considerable en el comercio exterior del Japón (1), tanto como abastecedor de materias primas que como adquisidor de productos fabricados. A la hora actual, los Estados Unidos desean restringir los cambios nipones-chinos. Mas suponiendo que el día de

(1) China y Corea absorbieron en 1937 435 millones de dólares de exportaciones en un total de 1.200, o sea más del tercio, y abastecieron por un valor de 287 millones de dólares en un total de 1.360, o sea aproximadamente el 21 por 100.

mañana concedan una mayor libertad a su nuevo aliado, ¿ por qué China habría de favorecer los cambios con un Japón « occidental », ligado a los imperialistas ? El día en que este ya no tenga los pedidos del ejército norteamericano, deberá acrecentar aún más sus exportaciones hacia el sudeste asiático, el Oriente-Medio e incluso África. La concurrencia entre los países de la Europa industrializada — Alemania, Francia y Gran Bretaña — y entre estos países y el Japón será dramáticamente agravada por la división de la economía mundial en dos sistemas. « El cerco socialista » es el mejor método para agravar las contradicciones de la economía capitalista.

No subestimamos la posibilidad de acción que crece a la estrategia comunista la naturaleza misma de la economía del mundo libre. Esta estrategia podría incitar a ciertos países a desarrollar determinadas producciones, para luego, rompiendo las relaciones súbitamente, precipitar una crisis. Sin otorgar a los diplomáticos de Moscú una flexibilidad que raramente han manifestado, la organización autártica de una parte del mundo — que desde ahora comprende 800 millones de seres — deja a los países industrializados enfrentados con la tarea de organizar su coexistencia en el interior de un espacio reducido. A decir verdad, mucho dependerá de la política que adoptarán los Estados Unidos.

IV

Los Estados Unidos, reducidos casi a la soledad, conservarían todavía un potencial de ataque y de defensa suficiente para prohibir la seguridad o la victoria a un imperio soviético que cubriese el conjunto de la masa eurasiática. La batalla entre imperios tan vastos, tan alejados entre sí, continuará siendo imprevisible durante docenas de años, cargada de inmensos peligros para el uno y para el otro.

¿ Logrará el Occidente adaptarse a la prolongación de la guerra fría ? En el orden económico la incertidumbre es ya grande. La vuelta a las modalidades de la economía del siglo XIX — cambios multilaterales y convertibilidad monetaria —

es improbable, como lo es la instauración de un régimen de planificación integral. Es en la disposición de métodos complejos, flexibles, empíricos en el buen sentido de la palabra, que deberá manifestarse la respuesta del Occidente al desafío de la Historia. Los gobiernos, el de los Estados Unidos en particular, ¿ serán capaces del espíritu inventivo, de la iniciativa, de la constancia que requiere semejante tarea ? ¿Cuál será la acción de los hombres de Estado y el espíritu de los pueblos, si la paz belicosa dura aun años y años, si el imperio soviético continúa progresando ? El Occidente podrá sobrevivir, pero ¿ logrará sobrevivir salvaguardando las instituciones liberales ?

Lo que denominamos guerra fría es, para el Estado soviético, el estado normal de las relaciones con los países todavía rebeldes al mensaje stalinista. La amenaza exterior provoca y justifica la tiranía en el interior. El impulso de la edificación industrial provoca una fiebre obsidional, que los amos del poder se ingieren en mantener. Por lo contrario, un régimen que reconoce, incluso parcialmente, la soberanía popular, electores en política, consumidores en la economía, se adapta a la paz, pero se extravía en tiempos de guerras y de revoluciones. Gracias a la revuelta de los pueblos de Asia contra el Occidente, beneficiando de la desagregación de las viejas sociedades del Próximo-Oriente, el comunismo tiene todavía una buena posibilidad de progresar.

¿ Quiere esto decir que el tiempo trabaja, sin la menor duda, en favor del campo llamado del socialismo ?

En el curso de los próximos años, aparecen como probables movimientos de sentido contrario. El rearme de Alemania deberá atenuar la desproporción de las fuerzas *actuales* en el viejo continente. La Unión Soviética deberá reducir su inferioridad respecto a las armas atómicas. ¿Cuál de estos dos movimientos es el más importante ? Probablemente el segundo, tanto más por cuanto la imitación del ejército norteamericano por parte de países que no disponen de los medios económicos de los Estados Unidos compromete gravemente el rearme europeo.

En un plazo mayor, imposibilitados de

prever los elementos políticos y psicológicos de la potencia, quedamos reducidos a las comparaciones económicas. El desarrollo de la industria pesada es más rápido en el universo soviético que en el campo capitalista. El socialismo stalinista, a diferencia del capitalismo, puede infligir a las poblaciones privaciones extremas. Pero el porcentaje anual de aumento de la industria soviética va a ir en disminución, a medida que la reserva de mano de obra en los campos y en las minas inexploradas se agote. (El número de obreros ha aumentado de 1.600.000 en 1951 ; de 900.000 en 1952). La disminución del progreso se acentuará probablemente cuando el crecimiento de la producción deberá ser obtenido mediante la intensificación creciente del esfuerzo y la elevación de la productividad, y no simplemente por la creación de nuevas industrias y el traslado de la mano de obra del campo hacia las ciudades.

No está demostrado que el régimen sacrifique indefinidamente el nivel de vida a la construcción de fábricas, a la acumulación de armas, a la construcción de canales. La industrialización provoca, por sí misma, fuerzas que tienden a modificar la política en el sentido de una mayor preocupación más grande de bienestar. Una sociedad moderna tiene necesidad de trabajadores que sepan leer, de contramaestres con un mínimo de formación técnica, de ingenieros que hayan recibido una cultura superior. Capas sociales que corresponden a las que en las sociedades occidentales llamamos clases medias se han formado merced a la industrialización, incluso de estilo soviético. Estas capas sociales aspiran a la seguridad. Las reivindicaciones sobre el nivel de vida se irán ampliando a medida que aumenten los recursos colectivos. A este respecto no existe diferencia entre el régimen soviético y el régimen capitalista, si bien la intensidad de estas reivindicaciones y la actitud de los gobernantes no sean las mismas.

Sería un error contar con la desagregación del imperio soviético o el debilitamiento de su unidad, pero no sería menor error excluir esta eventualidad. Conocemos las tensiones del interior del mundo libre, ignorando en cambio las que existen

al otro lado del telón de acero. Verdad es que nos podemos hacer gran cosa para explotar esas tensiones, y que rara vez los regímenes totalitarios se hunden por sí mismos. Mas, aparte de la hipótesis de un derrumbamiento, queda la de una transformación política, la de un aflojamiento de la autoridad de Moscú sobre los satélites. Particularmente la alianza entre Rusia y China, basada en la unidad ideológica y reforzada por las necesidades de una lucha en común contra el imperialismo occidental, no puede ser considerada como indestructible dentro de una perspectiva a largo plazo.

Pudiera suceder que la superioridad del Occidente en ciertas armas fuese tal que la Unión Soviética preferiría la retirada a la derrota cierta. Quizás la tercera guerra sería menos catastrófica de lo que nos imaginamos y tal vez causaría menos daño a nuestra civilización que una paz belicosa prolongada durante varias décadas. Toda acción, en historia, aparece señalada por la incertidumbre. Y en una coyuntura como la que vivimos, donde todo está en suspenso, la incertidumbre ha aumentado desmesuradamente. Pero es preciso elegir y elegimos, en cuerpo y alma, sin la menor duda : elegimos el esfuerzo sin descanso y sin término para que la guerra fría sea la substitución y no la preparación de la guerra total. Incluso aunque el Occidente tuviese más posibilidades de ganar la tercera guerra total en 1955 que en 1975 sería aún necesario jugar la carta de la paz. La posibilidad de las destrucciones en masa es tal que la acción razonable se ofrece ante todo como objetivo el mantener el conflicto en el interior de los límites de la guerra fría.

Pero, objetará el lector de este libro, ¿ qué responde usted al argumento de Burnham de que la guerra es de todas las maneras bien probable, dada la enormidad de la empresa ? Si se admite esta tesis, ¿ la actitud razonable por parte del Occidente no sería la de ganar con los menores gastos posibles una guerra inevitable, quiérase o no, en lugar de multiplicar los vanos esfuerzos para torcer el destino ?

Lo que está en juego es enorme, y en este sentido la tentación de abandonarse al

juicio de las armas es grande. Mas en un sentido opuesto juega el miedo, el miedo al poder terrorífico de las armas atómicas y de los otros instrumentos de destrucción total; el miedo a las consecuencias imprevistas de una tercera guerra de la que ambos campos saldrían arruinados. Hubo un tiempo en que la limitación de la guerra dependía de la limitación del riesgo, en relación también con la estructura de los Estados y con el carácter de los ejércitos. No se comprometían todos los recursos del país para desplazar los postes fronterizos varias docenas de kilómetros. Actualmente, la causa de la limitación provisional de la guerra es exactamente lo opuesto: es lo ilimitado de los medios y de lo que se juega lo que da una posibilidad a la paz, por belicosa que esta sea. A falta de una voluntad resuelta de guerra por ambas partes — los incidentes que antaño hubiesen sido tomados por lo trágico, son hoy apenas notados —, la guerra total puede dejar de producirse durante un largo período, tan largo como puede alcanzar la mirada del hombre.

¿ Hay qué imaginarse pues que durante años Berlín, Alemania, Europa, permanecerán divididos; que durante años continuarán produciéndose en Asia sangrientos conflictos? No veo razón decisiva para tener esta eventualidad por excluida. El reparto de Alemania es absurdo en el siglo de las naciones. En el siglo de los imperios, las fronteras son creadas mediante el avance de los ejércitos. Allí donde se detiene la invasión, nace una frontera. Entre el mantenimiento del *statu quo* y la reünificación de Alemania mediante negociaciones, que por razones fundamentales es improbable, subsiste una tercera posibilidad. La retirada del ejército rojo al interior de las fronteras de la Unión Soviética, con la contrapartida de una reducción de las fuerzas norteamericanas en Europa — acuerdo más o menos posible — no suprimiría ni la división de Alemania ni la de Berlín, pero haría que progresivamente resultase menos explosiva. Las democracias populares volverían a encontrar alguna autonomía respecto a Moscú y los cambios entre los dos sectores del viejo continente tejerían ciertos lazos entre universos enemigos.

Una vez más diremos que no se trata de especulaciones. Pero no se puede actuar en el presente sin hacerse una idea del futuro o de los futuros posibles. Estas aclaraciones tienden a un solo objetivo: reducir la probabilidad de la guerra total, que Burnham estima muy grande, sin — ¡ ay! — justificar la afirmación contraria.

V

Bien se ve: sobre las cuestiones esenciales no estoy de acuerdo con James Burnham. No creo que el cambio de la consigna *containment* por la de liberación señale un viraje decisivo en la guerra fría; ni que el triunfo de los republicanos en los Estados Unidos, animados por un estado de espíritu diferente al de los demócratas, abra un período inédito de la diplomacia norteamericana.

Los republicanos no se han decidido todavía a dar el paso — a la vez simbólico y realista — que recomienda Burnham: la retirada del reconocimiento de los gobiernos satélites y la formación de legiones de voluntarios. Personalmente estimo que lo primero es un error — más vale no cerrar definitivamente a las élites de los países satélites una vía que Tito ha recorrido —, y que lo segundo es juicioso. Las guerras limitadas que el imperio soviético impone a los Occidentales podría en parte ser llevada a cabo por esas legiones, con una resonancia psicológica que incitaría a los dirigentes de Moscú a no renovar o prolongar las guerras mediante satélites interpuestos.

Puede decirse que en Asia la administración republicana aplica una de las ideas de Burnham: impedir la consolidación del régimen comunista en China. Pero también allí las intenciones, suponiendo que sean las de los teóricos de la liberación, pesan menos que los hechos. Tanto demócratas como republicanos se han negado a arrancar el consentimiento de Pekín para un *alto el fuego* en Corea, con la promesa de reconocer el gobierno comunista y abrirle la puerta de los organismos intera-

cionales. Si Mao Tse Tung consintiera en un compromiso en Corea, los republicanos estarían bien contentos de aceptarlo para sacar un beneficio electoral y aportar la prueba de su pacifismo y de su eficacia. La diferencia residiría exclusivamente en la amplitud de las operaciones que unos y otros estarían dispuestos a llevar a cabo para obligar a los hombres de Pekín a negociar, o para quebrantar su reinado. No se tiene la impresión, al menos provisionalmente, que la diferencia sea considerable.

No puede serlo durante el tiempo que los Estados Unidos quieran vivir en economía de paz. Un partido que anuncia la reducción de los impuestos no se lanza en aventuras militares. Los Estados Unidos consagran a su presupuesto militar el 17 % de su renta nacional, lo que representa sensiblemente más que no importa que país del Occidente. Pero, si se tiene en cuenta el volumen de la renta nacional, Francia, que gasta del 10 al 11 %, hace un mayor esfuerzo. Es mucho más penoso extraer 60 dólares de un ingreso anual de 600 que 255 de un ingreso de 1.500.

Ni critico ni apruebo : me limito a constatar. El programa militar de los Estados Unidos — entre 20 y 25 divisiones — no es tal que permita llevar a cabo una estrategia dinámica en Asia y en Europa. Probablemente es razonable no comprometerse en una guerra con China. Mas, si no se tiene ni los medios ni la resolución de atacar al nuevo régimen chino, las fórmulas tales como « impedir la consolidación » o « guerra psicológica » son ilusorias. Así llegamos a la objeción que estimamos tal vez la más grave de todas.

Burnham tiene razón en criticar a los que ingenuamente cuentan con la potencia de fuego para ganar todas las batallas, sobre todo si se piensa en las batallas semipacíficas de hoy día. Pero hace mal en favorecer, contra sus intenciones, la inclinación a la facilidad de sus lectores y de la opinión norteamericana. Les otorgan motivos suplementarios para admitir — lo que ya tienen demasiada tendencia a hacer — que existe un « truco inédito » entre la paz y la guerra, que permite vencer sin grandes gastos : la guerra psicológica ofrecería el secreto de la victoria sin lágrimas.

Burnham insiste explícitamente en la necesidad de rearmarse. Mas por sus críticas dirigidas contra la política de los dólares y contra las ilusiones de la potencia de fuego, refuerza el partido que denuncia el coste de la ayuda al extranjero y el de las armas. Muchas de sus críticas son justas. La miseria no es la causa única o predominante de la voluntad revolucionaria y del deslizamiento de esta voluntad hacia el stalinismo, lo que no impide que la ayuda concedida a ciertos países, accidentalmente empobrecidos como los de Europa, haya atenuado los conflictos sociales y reforzado los Estados. Al igual que Burnham, me inclinaría a reconocer una cierta primacía a la política, a la calidad del poder, a la clarividencia y a la resolución de los dirigentes. Sin embargo habría que añadir que el poder, a su vez, está determinado por causas diversas, entre las cuales el origen social de los hombres de Estado, el desarrollo económico y las maneras de pensar juegan su papel. Suponiendo que la calidad del poder sea decisiva, no siempre depende de los diplomáticos norteamericanos el modificarla. El embajador de los Estados Unidos explicaría inútilmente a Nehru la tontería de las posiciones intermedias, tan caras a los socialistas, a los neutralistas y a los intelectuales de izquierda.

La potencia de fuego no termina ni con Mussadeg, ni con el conflicto entre los Estados árabes e Israel, ni con los comunistas chinos. Las bombas atómicas se acumulaban en los stocks de allende del Atlántico y no obstante los Estados Unidos fueron arrojados del continente asiático. Empero, cuando se ha mostrado los límites de la fuerza militar, resta que sin fuerza militar no se podría ganar la guerra fría ni en Europa ni en Asia, cualquiera que sea el sentido que se dé a esta expresión. En Europa, los Estados Unidos no obtendrán jamás la cooperación resuelta de los europeos durante tanto tiempo como estos no tengan la convicción de que en caso de guerra el Occidente tiene una buena posibilidad de ganar no solamente las últimas batallas, sino las primeras. En Asia, uno se pregunta si los medios militares ortodoxos bastan para vencer a los voluntarios chinos en el campo de batalla de Corea.

Provisionalmente, quedamos reducidos a aguardar el fin de la campaña gracias al cansancio general.

Los periodistas y hombres políticos europeos se inclinan a escribir y a hablar cual si temiesen que los gobernantes de Washington no desencadenen cualquier día, por inadvertencia o por torpeza, la explosión apocalíptica. Los partidarios de la alianza atlántica pasan su tiempo defendiendo a los Estados Unidos contra los reproches, en el fondo absurdos, y callándose los reproches que estarían bien fundados.

La impetuosidad aparece en las declaraciones de los senadores, generales y periodistas, pero en modo alguno en los actos. La sola decisión que puede considerarse como imprudente fué el franqueamiento del 38 paralelo por el VIII Ejército, después de la victoria de Inchón. No fué tomada a la ligera sino tras madura deliberación, después que el general Mac Arthur había dado su palabra de que los chinos no intervendrían. Por lo demás, la imprudencia consistió menos en franquear el 38 paralelo que en llevar la ofensiva más allá del lugar donde la península se estrecha, imprudencia imputable al general que mandaba en el teatro de operaciones. La negativa a ejecutar represalias en Manchuria, una vez que los voluntarios chinos habían aparecido en Corea, puede ser criticada, pero ciertamente no en tanto que prueba de un exceso de ardor.

El sistema político de los Estados Unidos, las consultas necesarias entre jefes de Estado Mayor, ministros civiles y dirigentes del Congreso no favorecen gran cosa las decisiones rápidas o las iniciativas espectaculares. A decir verdad, hacen temer más bien la incapacidad de obrar que no la precipitación o la impaciencia. Toda política extranjera cuesta dinero y es el Congreso quien dispone. La violencia, la irreflexión, los proyectos grandiosos quedan reservados para la prensa o la radio, acompañamiento tumultuoso, al que la opinión ya está acostumbrada, de una política que no es ni cobarde ni imaginativa, sino que es razonable y moderada.

El pueblo norteamericano prefiere aun la guerra fría a la guerra total. No tiene ya ilusión alguna en el comunismo: sin embargo no rechazaría un acuerdo precario

con el sucesor de Stalin. Los Estados Unidos son una democracia y son pacíficos. El espíritu de cruzada, que defiende Burnham, ¿va arrastrar el país hacia una guerra total al objeto de aplastar el monstruo? Si por desgracia la tercera guerra estalla, el espíritu de cruzada inspiraría probablemente la conducta de las operaciones. En la primera guerra, la oposición a la lucha contra Alemania de los Estados cuya población era oriunda de la Europa central y septentrional, se tradujo desde el fin de la hostilidades en lo que erróneamente se denomina aislacionismo. En los años que precedieron a la segunda guerra, una fracción de los norteamericanos, más reducida que en el curso de la primera, fué sensible al llamamiento de la vieja patria italiana o alemana, sin hablar de la seducción de las consignas fascistas. Esta vez, italianos, alemanes, católicos, judíos, polacos, y, en fin, todas las minorías de origen europeo serán unánimes contra el comunismo, comprendida la minoría rusa que a justo título se esforzará en mantener la distinción entre el pueblo y el régimen. Pero el espíritu de cruzada, que desde ahora anima a una fracción del pueblo norteamericano, no inspira la resolución de combatir al infame con las armas.

El autor de *Los Maquiavelistas* toma enérgicamente la defensa del espíritu de cruzada, y varios de sus argumentos me parecen convincentes. Si no se estima que la supresión de las libertades políticas, la domesticación de la cultura y los campos de concentración pertenecen al orden del mal, ¿sobre qué habríamos de lanzar nuestros juicios morales? Si se nos antoja indiferente el que la seguridad de los individuos no esté asegurada, el que los pensadores no tengan la libertad de creación y el que gobernantes incultos decidan sobre la verdad científica, ¿qué fenómeno político suscitaría entonces nuestra indignación? El escepticismo francés, la manía en confundir todos los regímenes, evidencian harto a menudo una demisión de la conciencia.

Mas, entre el espíritu de cruzada que ve en el comunismo el mal absoluto, y el espíritu de abdicación que mira con la misma serenidad a los concentracionarios y a los trabajadores libres, se sitúa el juicio

histórico que reconoce las diferencias entre los sistemas, sin conceder a ninguno de ellos el beneficio de una absolución o de una condenación incondicional. Resulta despreciable poner en el mismo plano la civilización industrial, de instituciones liberales, de los Estados Unidos y la civilización industrial, de instituciones tiránicas, de la Unión Soviética. Pero sería peligroso olvidar ciertas realizaciones técnicas o humanas del régimen soviético, como también el pasar en silencio el débito y el coste de una economía de competición y de propiedad privada. Desde hace años polemizo con los europeos que con el pretexto de objetividad o por prejuicios de izquierda, no ven nada preferible ni en un sitio ni en otro. Hoy tengo que polemizar con los que a uno y otro lado del Atlántico, hacen al comunismo stalinista responsable de todos los disturbios del mundo y que para abatirlo no renunciarían a ningún medio, ni siquiera al de la guerra total.

Bien sé que las pasiones populares no se adaptan ni a las medias tintas ni a las medias medidas. Si uno de los campos es el del mal, el otro es el del bien. No se lucha por una sociedad imperfecta; no se da la vida para resistir a un mal relativo. ¿Quién lo duda? Los conflictos, las disputas históricas son, y no pueden dejar de serlo, transfigurados por los sentimientos de las multitudes, pero ¿deben los intelectuales atizar las pasiones — las suyas o las de los demás — o bien conservar la cabeza serena? ¿Es qué no pueden destestar al stalinismo y mostrar por qué debe ser combatido, sin hacer de él una especie de dragón del que los anticomunistas serían un San Jorge victorioso? ¿No pueden tomarse precauciones contra la traición de los stalinistas sin caer en los excesos, inútiles y deplorables, del Mac Carthysmo?

Los pesimistas responderán negativamente. En la época de las masas, es inevitable representar el mundo mediante estampas de Epinal. Los que ya no creen ni en monstruos ni en ángeles se desinteresan de los imperios que se levantan y se derrumban, de las ideologías que conquistan millones de fieles y desaparecen luego en una generación. En nuestro siglo de catástrofes, los que escapan al fanatismo se

deslizan hacia el escepticismo. Los fanáticos hacen la Historia; los escépticos la observan. Los primeros esperan el juicio del futuro con la impaciencia y la certidumbre de la fe: el acaecimiento realizará su sueño. Los otros aguardan las cosas futuras con serenidad, seguros de que en lo esencial no se verá cambiado el orden de las colectividades y que lo que importa auténticamente no se sitúa al nivel de este tumulto, incluso grandioso o catastrófico.

Los que intentan participar en el drama, sin ilusión pero no sin convicción, no son ni serán jamás numerosos. La Historia, que hacen conjuntamente fanáticos y escépticos, no es tal que deba desalentar esta pequeña tropa de solitarios.



Mi amigo Burnham pertenece a esta pequeña tropa: basta con leer *La Revolución de los Directores* o *Los Maquiavelistas* para convencerse. En este libro quiere expresarse en hombre de acción y no en puro observador; comunicar la pasión anticomunista que le anima, convencer a sus compatriotas que la coyuntura es grave y que sólo un esfuerzo total salvará al Occidente y los Estados Unidos. No le reprocho ni su angustia ni el fervor de su proselitismo. En Europa, donde el espíritu de dimisión se expresa muy a menudo por la resignación ante una pretendida fatalidad, da un ejemplo de voluntad combativa. ¿Será seguido su ejemplo? ¿Recrutará adeptos o adversarios? El segundo término de la alternativa me parece más probable que el primero.

Los europeos tienen excusas para no seguir al teórico de la liberación: una guerra total no les ahorraría, cualesquiera que fuese el resultado final (1). Pero el instinto de conservación no es el único a determinar este semi-neutralismo. No es que deseen, como lo sugiere Burnham,

(1) Los norteamericanos estiman que serían ellos las primeras víctimas de un bombardeo atómico; que la guerra comenzaría por un Pearl Harbour atómico y no por la invasión de Europa. Probablemente tienen razón, pero estas consideraciones no modifican los sentimientos de los europeos.

guardar una cierta autonomía gracias al equilibrio entre los dos gigantes. Si el imperio soviético se desagrega Europa volvería a hallar, junto con su unidad, una perspectiva de porvenir. No, la razón que explica la prudencia europea es esta : entre dos semejantes concentraciones de fuerza, una guerra total sería ruinosa para todos. El conflicto entre el comunismo y el Occidente no ofrece otra salida que una guerra total, y esta guerra total acumularía demasiados cadáveres y ruínas para que la misma victoria merezca una justificación. No se puede resolver el conflicto ; es preciso que se consuma. Sin ilusión — la explosión no esta excluida, y, a la larga, se producirá si el comunismo no pierde poco a poco su virulencia — se confía en el tiempo.

¿ Política de avestruz o de buen sentido ?

Somos incapaces de decidir. No ignoramos que se nos reprochará tal vez el haber esperado sin movernos a que el conquistador elija su hora y a que los stocks de armas de destrucción total aseguren una victoria relámpago al agresor, o bien favorezcan la destrucción recíproca de los combatientes. Reconocemos el peligro y lo aceptamos.

Existen circunstancias en las que entregarse al parecer de los dioses, tras haber cumplido con su deber, es la única actitud razonable, ya que no heroica. No por eso deja de ser cierto que no se cumple con su deber cuando se deja demasiado para que lo hagan los dioses.

¿ Creen verdaderamente los europeos que se hallan en regla con su conciencia y con la Historia ?

RAYMOND ARON

Este texto es una versión un poco abreviada del prólogo que Raymond Aron ha escrito para el último libro de James Burnham, que próximamente aparecerá en francés con el título

L'Alternative : contenir ou libérer.

¿ A dónde va Rusia ?

POR ALEX WEISSBERG

HAY gente que creía que la muerte de Stalin provocaría un trastorno dramático de la situación en la Unión Soviética. Decepcionados por el cambio de poder efectuado sin incidente, caen ahora en el extremo contrario y creen que todo continuará como hasta el presente. Su esperanza de ayer nos parece tan poco justificada como su decepción de hoy. En realidad se ha producido un acontecimiento no menos significativo para la historia de la revolución rusa que la sublevación de Petrogrado en octubre de 1917 y la muerte de Lenin en enero de 1924. La hemorragia cerebral que acabó con Iossif Vissarionovitch Stalin la tarde del 1 de marzo de 1953 puso fin a la dictadura totalitaria en la Unión Soviética.

Al objeto de sostener una afirmación de tan enorme alcance, es necesario analizar más atentamente la noción de dictadura totalitaria. Dos características resaltan netamente : 1. El control ideológico ; 2. La concentración del poder absoluto e irresponsable en manos del dictador. El control ideológico había sufrido bajo Stalin un cambio de función. Ya no se trataba del imperio de una doctrina científica o pseudocientífica, como aconteció durante los primeros años de la revolución, sino de algo mucho más primitivo : cada frase pronunciada durante estos últimos años en la Unión Soviética era examinada por la policía secreta según fuera buena o mala para Stalin, siendo la misma frase juzgada diferentemente si había sido pro-

nunciada en momentos distintos. La afirmación « Hitler es un bandido » fué buena para Stalin hasta agosto de 1939 — pacto con Ribbentrop — y después del comienzo de la guerra germano-rusa — junio de 1941. Entre el pacto con Ribbentrop y la guerra, se podía ser detenido por una afirmación tal.

Actualmente será necesario juzgar cada frase según sea favorable o desfavorable a Malenkov, a Beria y a Bulganin, pudiendo la misma frase ser buena para uno y mala para otro. De esta manera, el antiguo control ideológico ejercido sobre todo el país, y, en primer lugar, sobre las capas dirigentes del partido, se convierte para los nuevos amos en un objeto de lucha. Pero lo que resulta más importante es la disgregación del antiguo poder dictatorial. Después de la colectivización — 1933 — y sobre todo de la gran *tchistka* o depuración — 1937 —, ya no hubo más discusiones en la U. R. S. S. Incluso en el Buró político se dejó de discutir para tomar una decisión. Cuando se planteaba un nuevo problema, Stalin llamaba a su despacho a los Comisarios del Pueblo interesados y a algunos especialistas que hacía elegir personalmente por su secretariado. Discutía con ellos la cuestión. Y cuando hallaba una solución, ponía el problema en el orden del día de la próxima reunión del Buró político. La opinión de Stalin se propagaba antes de la reunión entre los miembros del Buró, los cuales se levantaban uno tras el otro para repetir las palabras del

dictador. La lucha de opiniones había dejado de existir. (Tal vez esto cambió durante un mínimo tiempo, cuando los alemanes se encontraban ante Moscú y el imperio amenazaba hundirse.)

Hoy día ya no existe el *khoziaine* (1) que dicte la línea. Ni siquiera se sabe quién es en realidad el hombre más fuerte. No resulta decisivo el que Malenkov haya heredado el puesto de presidente del Consejo; Stalin fué durante veinte años el amo absoluto del país sin ser presidente del Consejo. Por otra parte, el puesto de secretario general que ocupaba era absolutamente secundario en tiempos de Lenin. Actualmente no vemos razón alguna para suponer que Malenkov sea considerado por los otros miembros del Buró político como más poderoso, por ejemplo, que una coalición Beria-Bulganin. Hoy, pues, no existe una « línea ». Los miembros del Buró político, por vez primera desde hace veinte años, se verán obligados a expresar en las discusiones su propia opinión. Es fácil suponer que en el seno del Buró político se producirán diferencias, que se forme una mayoría y una minoría. Es de concebir, también, que los hombres más fuertes integren la mayoría, quizás asimismo Malenkov. Es de creer que a partir de entonces la minoría no se mostrará dispuesta a someterse a la opinión de la mayoría y recurra al Comité Central del partido. Pero el Comité Central es una institución de más de doscientos miembros. Las discusiones de las sesiones plenarias del C. C. son reproducidas en la prensa del país. Los doscientos miembros y suplentes del C. C. proceden de todas las partes de la U. R. S. S. Todavía ignoran quién es el hombre más fuerte del Buró político, puesto que este problema permanece hasta el presente sin solución. Ahora bien: tienen que decidir si están con Malenkov, con Beria o con Bulganin. Como aún no saben cuál de estos hombres es más de temer, deciden, por vez primera en su vida, decir verdaderamente lo que piensan. Habrá por lo tanto en la U. R. S. S., por primera vez desde 1932, una discusión que será una verdadera discusión, una lucha

de opiniones y no una repetición de las directivas recibidas de arriba. Esta primera discusión libre en el C. C. del Partido Comunista de la U. R. S. S. *tendrá* lugar, será el comienzo de la redemocratización del partido.

Stalin reinaba sobre el país por intermedio del aparato del N. K. V. D. Este aparato controlaba todos los otros aparatos de la Unión Soviética: el del partido, el de la administración, el del ejército y hasta el del Komintern. Pero para protegerse contra una revolución palaciega que hubiera podido organizar la N. K. V. D., Stalin poseía un pequeño aparato muy secreto compuesto de gente que se encontraba presente en todos los órganos de la N. K. V. D. Se trataba de hombres que oficialmente estaban subordinados, en calidad de simples funcionarios, al Comisario del Interior. No tenían otra cosa que hacer que la de tener a Stalin al corriente de todo cuanto podía acontecer de insólito en la N. K. V. D. Algunos de ellos formaban parte también del ejército. No existía jerarquía alguna en este aparato. Todos sus hombres estaban subordinados personalmente a Stalin. En el instante de su muerte, toda relación entre ellos cesó.

El control centralizado de todos los órganos de poder ejercido por *un solo* hombre constituye la naturaleza de la dictadura totalitaria. Con la muerte de Stalin, ese poder exclusivo se desmorona. Ahora Malenkov controla el aparato del partido y de la administración, Beria el de la policía secreta y Bulganin el del ejército. Cada uno de estos tres hombres estará decidido a colaborar pacíficamente con los otros; ninguno de ellos estará dispuesto a ceder ni tan siquiera el control indirecto de su propio aparato. Tanto Beria como Bulganin saben que si Malenkov quiere convertirse en el verdadero heredero de Stalin, es decir en el nuevo dictador totalitario, se verá obligado a seguir el camino señalado por éste último, o sea la destrucción física de todos los pretendientes al poder.

En tiempos de Stalin, la G. P. U. controlaba el ejército merced a sus agentes secretos, y al sistema de comisarios políticos. La N. K. V. D. se encontró en 1937-38 en condiciones de detener al noventa por ciento de los oficiales superiores; la casi

(1) Es de este modo que los miembros dirigentes del partido llamaban al dictador. *Khoziaine* significa amo, patrón.

totalidad del Estado Mayor general fué fusilado. Sin embargo, la N. K. V. D. era numéricamente más débil que la guarnición de Moscú y estaba peor armada. Los oficiales del ejército rojo no temían a Iejov, jefe entonces de la N. K. V. D. ; temían a Stalin, del que aquel era el instrumento.

Imaginémosnos la situación. El mariscal Tukjatchevski era el favorito del ejército. Si bien solo era adjunto del Comisario de Guerra, de hecho aparecía a los ojos de todos como el verdadero jefe del ejército rojo. El Comisario de Guerra, Vorochilov, era una nulidad. Tukjatchevski estaba instalado en el Ministerio de la Guerra, en Moscú. Varios millares de oficiales armados trabajan en el edificio. Y he aquí que se presentan dos simples agentes de la G. P. U. ante el ayudante de campo del mariscal, le enseñan la orden de detención firmada por Iejov y exigen la entrega de su jefe. El ayudante de campo reflexiona rápidamente. ¿ Qué es Iejov ? Una pulga, como le llamó Ordjonikidzé. El ayudante de campo puede llamar a un par de centinelas y hacer que se lleven a los dos hombres. No teme a Iejov, pero detrás de Iejov está Stalin, y éste ha demostrado en el curso de diez años que se halla en condiciones de imponer su voluntad. Stalin envió a la muerte o en exilio a un grupo tras otro de bolcheviques ; es el hombre más fuerte, el único a temer. El ayudante de campo decide entregar el mariscal (2).

Persegamos la hipótesis. Supongamos que Beria quiera detener ahora a Bulganin. Mas hoy día la situación es fundamentalmente distinta. El ayudante de campo de Bulganin no sabe si es Beria el hombre más poderoso y el único a temer ; tal vez sea el propio Bulganin, quizás Malenkov. Esta cuestión todavía no está resuelta en la conciencia del pueblo y del partido. Ante este dilema, el ayudante de campo decide permanecer fiel a su mariscal. Beria no puede hacer detener a Bulganin ; por este solo hecho, el control de la N. K. V. D. sobre el ejército aparece roto.

Después de 1933, Stalin se hallaba en condiciones de dar no importa qué orden

(2) Hemos simplificado el cuadro para hacer resaltar mejor el contraste entre las situaciones. En realidad la detención de Tukjatchevski tuvo lugar en circunstancias un tanto diferentes.

sin informar previamente el Buró político. En 1938 mandó detener a seis miembros del propio Buró político : el presidente de la República de Ucrania, Petrovski, el secretario del Partido ucraniano, Kossior, el secretario de la Siberia occidental, Eiche, el secretario del C. C. del Partido Comunista de la Unión Soviética, Postychev, el presidente del Consejo de ministros de Ucrania, Tchubar, y el viejo bolchevique Rudsutak. Los Comisarios del Pueblo Yagoda, Rykov, Rosengoltz, Serebriakov, Grinko, Iejov y muchos otros fueron detenidos y fusilados. Jamás el Buró político fué consultado.

Nos parece cosa absolutamente excluida que el mismo poder se haya concentrado ya en manos de Malenkov y que el Buró político acepte jugar el papel de criado dócil que jugaba con Stalin. Cuando se analiza los escasos informes que nos llegan sobre el cambio de gobierno en Moscú, se desprende el cuadro de una lucha entre bastidores a la que se puso fin mediante un compromiso provisional. El partido y el país esperaban que a la muerte de Stalin fuese Molotov quien tomase el puesto de presidente del Consejo. Conociendo las relaciones de Stalin con Molotov, uno se inclina a suponer que el mismo Stalin lo deseaba. Ahora bien : el mundo aprende con sorpresa que es Malenkov el presidente del Consejo. Al mismo tiempo, las más importantes medidas de organización tomadas por Stalin al objeto de asegurar la estabilidad del régimen después de su muerte, son revocadas. Hace cinco años Stalin había apartado del gobierno a los hombres más influyentes del Buró político : Molotov tuvo que abandonar el ministerio de Asuntos Exteriores, Beria el del Interior y Bulganin el de la Guerra. Al frente de estos ministerios fueron colocados unos funcionarios insignificantes por su situación en el partido. El sentido de esta medida era retirar a Beria el mando de la policía secreta y a Bulganin el del ejército. Stalin temía una lucha de diadocos después de su muerte. Quería evitarla arrebatando a los hombres más influyentes la posibilidad de dar a las tropas órdenes directas. La policía y el ejército sólo deberían de tener un mando colectivo : el Buró político. Varias horas después de su muerte esta

disposición era anulada. Beria recibió de nuevo el mando de la policía secreta y Bulganin el del ejército.

Malenkov había logrado de Stalin, en otoño último, la liquidación del Buró político y su substitución por un « Praesidium » del partido. Los nombres importan poco. Pero el nuevo « Praesidium » contaba, con los suplentes, treinta y seis miembros, es decir casi tres veces más que el antiguo Buró político. La ventaja para Malenkov resultaba evidente. En el antiguo Buró político se encontraban los « Viejos ». Cinco de ellos — Molotov, Vorochilov, Kaganovitch, Andreiev, y Mikoyan — habían pertenecido ya al Buró político clásico formado por Stalin veinticinco años antes, después de la liquidación de la oposición. Otros tres — Khrustchev, Bulganin y Beria — entraron durante el período de la gran purga. Malenkov logró su puesto durante la guerra. Resultaba evidente que el recién llegado tenía que chocar con la resistencia de los antiguos. Los hombres nuevos del « Praesidium » de treinta y seis miembros eran criaturas de Malenkov, puesto que éste dirigía desde 1946 el servicio encargado de los nombramientos para el Comité Central del partido y no impulsaba hacia las alturas más que a su propia gente.

Veinticuatro horas después de la muerte de Stalin, Malenkov se vió obligado a abolir la adquisición del XIX Congreso del partido : el « Praesidium » ampliado. El antiguo Buró político fué restablecido. Entre sus diez miembros, sólo se hallan dos hombres de Malenkov : Saburov y Pervukjine ; otros cuatro — Molotov, Vorochilov, Kaganovitch y Mikoyan — pertenecen a la vieja guardia ; y de los restantes no puede contar más que con Khrustchev. ¿ Qué ha pasado ? ¿ Por qué se revoca inmediatamente después de la muerte de Stalin una medida decidida apenas seis meses antes por el Congreso del partido y a propuesta del propio Stalin ? Esta decisión modificaba los estatutos del partido y al objeto de tomarla se había convocado el Congreso tras una interrupción de trece años. Conforme a los mismos estatutos, su revocación tenía que ser decidida por un nuevo Congreso. Sin embargo, ni tan siquiera se aguarda una

reunión plenaria del Comité Central. Una sola explicación de este apresuramiento singular nos parece posible : la revocación de las disposiciones de Stalin, la reorganización de los órganos dirigentes del partido y del Estado, es el resultado de un trato establecido entre bastidores. Malenkov tuvo que pagar el puesto de primer ministro mediante concesiones muy importantes, concesiones que le cierran o al menos le hacen más difícil el camino del poder absoluto.

El asunto ha podido desarrollarse poco más o menos de la manera siguiente : Malenkov exige para él la dirección del nuevo gobierno. Los otros aceptan pero imponen condiciones. « Queremos una dirección colectiva del partido y del país, y no la dictadura de uno solo. Si quieres la dirección del gobierno, debes darnos garantías reales. » Y Beria exige que se le devuelva la policía secreta ; Bulganin, el ejército. Malenkov acepta. Solamente los antiguos entran en el órgano restringido que domina el Consejo de ministros : Beria, Molotov, Bulganin y Kaganovitch. Pero los antiguos exigen también el control del órgano director del partido, lo cual representa para Malenkov una amarga píldora difícil de tragar. El antiguo Buró político es restablecido. El nombramiento de Vorochilov, por su parte, puede explicarse de distintas maneras : o bien Malenkov quiso comprar su voto o bien los antiguos tratan de protegerse contra un posible golpe de Estado por parte del presidente del Consejo, asegurándose el puesto de jefe del Estado.

Si toda esta reorganización hubiese sido tramada por el propio Malenkov, éste se habría concedido más tiempo. El hecho de que haya tenido lugar inmediatamente después de la muerte de Stalin muestra que se trata de una concesión hecha a sus concurrentes. Estos quisieron ocupar posiciones de seguridad antes de permitirle hacerse cargo del poder. Tal es la situación en que se halla Malenkov al comenzar sus funciones. El antiguo control de todos los aparatos del poder se ha disgregado. Malenkov domina el aparato de la administración y el del partido, Bulganin el del ejército y Beria el de la policía secreta. Malenkov no dispone en el Buró político

de ninguna mayoría segura. La dictadura totalitaria ha dejado de existir.

Se podría objetar que a la muerte de Lenin, Stalin poseía menos poder que Malenkov hoy. Todavía tenía ante sí la lucha encarnizada contra la oposición de Trotski, Kamenev, Zinoviev y Bujarin. Y sin embargo, tres años más tarde era dictador. Mas este argumento no hace sino confirmar nuestra concepción. La dictadura totalitaria ha muerto. Si hubiese de resucitar, el nuevo dictador debería de pasar, como pasó Stalin, por un período de lucha por el poder, de discusión pública, de formación de grupos, de nacimiento de una mayoría y de una oposición. Pero se nos antoja dudoso que la salida de esta lucha sea un nuevo absolutismo.

Las cualidades personales del nuevo amo no son suficientes para que su éxito resulte verosímil. Malenkov no sólo es menos notable que lo era Stalin, sino que lo es menos que muchos de sus colegas. Beria y Bulganin son más inteligentes que él; Kaganovitch y Mikoyan son organizadores mejor preparados. Esto sólo no decide nada. También Stalin era en no pocos aspectos menos notable que algunos de sus concurrentes: Trotski era más genial, Bujarin y Piatakov mejor preparados, Muralov más valiente, Zinoviev más elocuente... Todos le eran superiores en cultura, mas ninguno en voluntad. Stalin no fué ciertamente una gran figura histórica, pero sí un hombre de una energía de hierro que en toda su vida no hizo más que un solo descubrimiento, que supo explotar: el secreto del aparato. Todos sus éxitos se explican por el hecho de que supo apoderarse poco a poco del aparato del poder. No eligió como medio el golpe de Estado, sino el de la infiltración. Para sus fines supo servirse de los más bajos instintos de la naturaleza humana; fué un maestro de la intriga. Se alió a Zinoviev para liquidar a Trotski, con Bujarin para terminar con Zinoviev, con Iagoda por enviar al patíbulo a la oposición entera. Fué un maestro de la presión; rebuscó en los polvorientos archivos de la antigua Okrana zarista para descubrir algo que comprometiera a los revolucionarios bolcheviques que se oponían a él. Y merced a la amenaza de las revelaciones sometió a Kalinin, Vorochilov y Lunatcharski. Paso

a paso va desplazando la relación de fuerzas. Va nombrando para los puestos de dirección a sus propios hombres. Dzerjinski, el jefe de la G. P. U., tiene demasiada autoridad revolucionaria: súbitamente muere y Menchinski, instrumento dócil de Stalin, ocupa su puesto. Frunzé, el Comisario de Guerra, defiende la independencia del ejército: Stalin le obliga a que se opere no obstante la oposición de los médicos y Frunzé muere durante la operación, pasando el ejército a manos de Vorochilov, el hombre de confianza de Stalin. Merced a las comisiones de control que él domina, organiza las persecuciones contra los partidarios de la oposición. Recompensa a sus fieles mediante plazas privilegiadas. Corrompe e intimida. Al igual que un topo va minando las bases del partido; cada posición conquistada acrecienta su audacia. Cuando, al cabo de tres años, la oposición ve claramente sus intenciones, es ya demasiado tarde.

La historia no se repite. Los actuales hombres del Kremlin están prevenidos. Malenkov no deja de poseer, como su difunto maestro, el arte del topo. Pero no tiene el monopolio: los Beria, Krustchev y Kaganovitch han pasado asimismo por la escuela de Stalin. No se dejarán pues coger de improviso.



¿ A dónde va Rusia ?

Hemos mostrado que el método de infiltración ha perdido su efecto, precisamente por el hecho de que Stalin lo empleó con mucho éxito. Esta vía hacia el poder aparece cerrada el pretendiente al puesto de dictador. Queda el llamamiento directo a las armas. Un golpe de Estado, sin estar excluído, es poco verosímil. Los principales actores de este juego temerario son hartos prudentes. Todos ellos se encuentran entre el yunque y el martillo. Temen que una lucha abierta entre diadocos conduzca al levantamiento del pueblo, y todos ellos se sienten responsables de los crímenes de Stalin.

La ascensión de Stalin tuvo lugar durante el período de la N.E.P. Fué la mejor época de la revolución rusa. El país se

encontraba satisfecho. Tales épocas ven consolidarse el poder de los que se hallan entonces en la dirección. Mas la lucha por la sucesión de Stalin tiene que desarrollarse en el suelo de una nación que durante un cuarto de siglo fué torturada y violentada por los hombres en el poder. ¿Qué no tuvo que sufrir! La colectivización y el hambre produjeron once millones de víctimas; la gran *tchistka*, la gran depuración, diez millones más; la guerra añadió hecatombes innumerables. Un pueblo que ha conocido todo esto es un compañero peligroso en la partida en que se juega el poder. Y más que al pueblo, los diadocos temen el futuro dictador que amenaza surgir de sus medios. A nuestro juicio, ante este dilema, no les queda otra salida que renunciar a una explicación armada y someter sus diferencias al arbitraje del Comité Central. Se verán obligados a dar nueva vida a los organismos adormecidos del partido. Paso a paso, prudentemente, la democracia se abrirá un camino, al menos en el partido y tal vez también en los soviets.

En las condiciones de la dictadura total, la lucha por el poder y la influencia se desarrolla en la antecámara del déspota. La intriga es la única arma. El despertar de la democracia en el seno del partido plantea otras exigencias a los rivales. Hay soluciones peligrosamente populares cerca de las masas: para los campesinos, es la disolución de las granjas colectivas; para la ciudad, es la amnistía de los prisioneros

políticos. ¿Quién podría impedir a un Bulganin o a un Mikoyan, en la lucha contra la influencia de los Beria y de los Malenkov, plantear la cuestión de la liberación de los detenidos políticos? Ganarían así el apoyo de diez millones de familias rusas que tienen un pariente en los campos del Artico. Otro de ellos, para ganarse a los campesinos, podría exigir la cesación de los métodos de violencia en la agricultura. Una vez que la vida política ha superado su rigidez cadavérica, los que luchan por el poder son víctimas de la ley de la concurrencia. Pero satisfacer una exigencia tal sería colocar un jalón en el camino de la libertad. La vuelta de los prisioneros políticos modificaría radicalmente el clima político del país.

Resumamos: No esperamos nada sensacional inmediatamente. El interés de una amplia capa de privilegiados exige el mantenimiento del estado de cosas existente. Pero a plazo más largo, los conflictos se producirán. Para solucionarlos, los gobernantes pueden recurrir a las armas o al pueblo; se puede concebir asimismo una combinación de ambos medios. Pero tanto en un caso como en otro, las masas anónimas, hasta aquí oprimidas, serán arrastradas a la arena del combate.

La pesada coraza que encerraba la vida de un gran pueblo se ha aflojado. El pueblo tiene una cierta posibilidad de liberarse.

ALEX WEISSBERG

Aspectos de la sociedad post-stalinista

POR FRANZ BORKENAU

OCTUBRE de 1952 : disolución del Buró político y reorganización del Secretariado del Partido como consecuencia del Congreso de Moscú. Noviembre : proceso del grupo Slansky en Praga, seguido de varias ejecuciones. Enero de 1953 : anuncio del « descubrimiento » de un complot de los médicos judíos del Kremlin contra los jefes del ejército y detención de todos los médicos personales de Stalin. Febrero : muerte súbita del antiguo jefe de la administración política central del ejército, Mekhlis. Febrero, 15 : fallecimiento repentino de un general de la guardia personal de Stalin, sin que hayan sido reveladas las circunstancias del mismo. Marzo, 5 : muerte de Stalin. Luego : transformación inmediata del régimen manárquico-despótico hasta entonces en vigor en una dirección colectiva del Partido; muerte súbita del presidente checoslovaco Gottwald; retirada a Malenkov de su puesto de Secretario general del Partido. Tal es la lista de los extraordinarios acontecimientos de un semestre en el momento en que escribimos estas líneas.

Se ha hablado mucho en Occidente de una crisis interior del Partido Comunista soviético. Sin embargo, resulta difícil desprenderse de la impresión de que no se ha

tenido conciencia de que una serie de catástrofes como las enumeradas corresponden, al otro lado del telón de acero, a un trastorno de extrema profundidad. Parece no tenerse conciencia, en particular, de que los acontecimientos en apariencia tan normales como la muerte de Mekhlis, la de Stalin y la de Gottwald, integrándose de manera tan perfecta en el cuadro de sucesos políticos citados, constituirían un verdadero milagro si las tres pudiesen ser imputadas al « azar » de un fin natural. Tanto más por cuanto las acusaciones oficiales de envenenamiento y de asesinato merced a un inapropiado tratamiento médico, lanzadas contra los médicos del Kremlin — ali gual que las « confesiones » de los grandes procesos públicos de la anteguerra, sobre las cuales se basan las nuevas acusaciones — son de la misma naturaleza que las que ya se empleaban desde hacía décadas por los círculos dirigentes del partido.

No obstante, si suponemos que esas sorprendentes desapariciones en serie en las alturas comunistas — y no hemos mencionado todos los casos de muertes inexplicables en los últimos tiempos — no son completamente normales, no es esa sospecha la que debe retener nuestra principal atención. Si nos hemos referido a

ello es porque resulta suficiente para dar a los acontecimientos actuales su verdadera tonalidad y algo así como la indicación de su registro. Es un elemento que quita inmediatamente todo valor a las interpretaciones según las cuales la peligrosa lucha por la preponderancia en el Kremlin, cuyo desencadenamiento forma parte de la vida cotidiana de los jefes soviéticos, puede ser interpretada como un simple « reparto de poderes » casi pacífico, o incluso como un viraje administrativo fruto de la profunda sabiduría de Malenkov. El comunismo se debate en medio de convulsiones. Y sin tomar estas convulsiones por una agonía, empero es necesario considerarlas como la manifestación de una terrible crisis, como lo que realmente son y hasta tal punto que estimo que todas las previsiones sobre la lucha por la sucesión de Stalin se hallan superadas. Dicho esto consagraremos nuestra atención, no a los sangrientos dramas que se desarrollan detrás de las murallas del Kremlin, sino al análisis de las fuerzas sociales que han cooperado en la producción de una crisis tan grave.

Las « bases de clase » del régimen están consolidadas

Hace aun un año la opinión general era de que la crisis de sucesión sería menor a la muerte de Stalin que a la de Lenin, porque actualmente, a diferencia de antaño, la sociedad soviética se halla consolidada. Ahora que los acontecimientos parecen contradecir este pronóstico, debemos preguntarnos si estas premisas no eran completamente falsas. La respuesta es evidente : no completamente. Las premisas en cuestión, más que falsas eran incompletas. Si por consolidación de la sociedad soviética se entiende las modificaciones en profundidad tales como la industrialización del país, la supresión mediante la colectivización agraria de toda oposición

de unos campesinos independientes, el crecimiento de una nueva y amplia capa dirigente de oficiales, de funcionarios y de directores, no podrá negarse que la sociedad soviética descansa hoy sobre bases más sólidas que antaño. Sin embargo un tal análisis, sin ser falso, ofrece el error marxista fundamental de sobrestimar las consideraciones exclusivamente económicas. Una estructura social puede ser estable, pero sólo los marxistas creen que automáticamente se deduce una solidez de la estructura política correspondiente. Ciertamente es que la Unión Soviética es actualmente más fuerte que en 1924, y que la capa dirigente es incomparablemente más fuerte desde el punto de vista social que lo era por aquel entonces, pero no se deduce de ello que la dominación del Partido sea igualmente más sólida que en 1924. Aquí es donde damos con las raíces de la profunda crisis del régimen.

En 1924, los campesinos representaban el único punto neurálgico grave para la dominación totalitaria del Partido. Este tenía conciencia plena, puesto que toda su política y todas sus discusiones internas tenían entonces por único objetivo definir una actitud hacia los campesinos. No obstante el Partido sabía asimismo que los campesinos, si se hallaban aislados, serían incapaces de una acción decisiva. A decir verdad el problema campesino no fué liquidado más tarde por la colectivización agraria ; una sorda oposición persiste entre los koljosianos, si bien las manifestaciones más peligrosas ya no son visibles.

La clase obrera, detentora oficial del poder, pero de hecho la más oprimida de todas las clases desde 1924, constituía entonces un problema político tan poco inquietante como ahora. Los soviets ya no subsistían sino de nombre.

Un problema más serio planteaban los *spetzi*, los profesionales civiles y militares calificados, en su mayor parte hostiles al régimen y sin los cuales el país no podía mantener su existencia. Se intentó resol-

verlo reclutando entre los hijos de obreros y de pequeñoburgueses los especialistas necesarios, es decir los oficiales, los ingenieros, los directores de empresas y los funcionarios. Estos nuevos elementos estaban agradecidos al régimen por la elevación social que le debían. Ellos y sus hijos, la nueva clase media, representan aún actualmente, según toda verosimilitud y cualesquieran que sean sus quejas, el sostén más sólido del régimen. Su ascensión en la escala social paraliza toda veleidad hostil de los *spetzi* surgidos de las clases elevadas antiguas. Tampoco pues por este lado hay nada que temer. El problema fué por otra parte resuelto cuando la Constitución stalinista de 1935 abolió toda medida discriminatoria contra la antigua « burguesía »; fué el solo punto de esa pretendida Constitución que no resultó un engaño desvergonzado.

Hacia mediados de los años 30, al final del primer plan quinquenal, el régimen había liquidado todos los problemas de clase en suspenso, confirmando así una vieja experiencia que nos enseña que un régimen fuerte no tiene nada que temer de los miembros de las clases derribadas o de las capas sociales hundidas en la miseria. En esta situación propicia algunos altos dirigentes soviéticos, entre los cuales se hallaba en primer lugar Kirov, sacaron la conclusión de que era el momento de terminar con el terror y pasar a una normalización política completa. Pero Kirov fué asesinado, no sin la tolerancia y la complicidad de la policía secreta, y en lugar de la normalización comenzó la terrible depuración de los años 1936-38. He aquí el enigma cuya explicación debe servir de base a todo análisis de la situación presente.

Para comprenderla, lo mejor dejar de lado los conflictos internos en el Partido, a los que se ha dado una gran publicidad, y referirse al terrible golpe que fué descargado entonces contra el ejército. Casi todos los miembros del Estado Mayor, a cuyo frente se encontraba el mariscal

Tukhatchevsky, fueron liquidados en 1937, al mismo tiempo que millares de oficiales. Para confundir los hechos se organizó una sutil propaganda merced a la cual se daba a entender que Tukhatchevsky había preparado un golpe de Estado, y autores como Isaac Deutscher han recogido esos rumores para extenderlos por Occidente. La trama real de este asunto tiene menos de novela policíaca. Cediendo a una fuerte presión del ejército, el cuerpo de los comisarios políticos había sido abolida en 1926, y, a partir de entonces, el ejército fué la única institución del país en el que los hombres podían hacer carrera sin estar demasiado sometidos al terror de la policía secreta. Cuando en 1936 comenzó la gran depuración y la policía se hizo cargo de todo el poder, quiso naturalmente terminar con ese reducto. El ejército sufrió una depuración terrible porque era el único concurrente de la policía secreta por lo que respecta a los medios de presión física; porque disponía potencialmente de un aparato de mayor fuerza aun que el de la policía secreta y porque era relativamente independiente de esta última. Es en este asunto que es necesario buscar un resumen de toda la historia del partido y de las crisis del régimen después de 1935.

Notemos que el jefe de los comisarios políticos, que había sido restablecido entonces, era justamente ese Mekhlis que acaba de fallecer de forma tan brusca. Fué él quien hizo fusilar a millares de oficiales. En su persona se encarnaba no solamente la lucha llevada a cabo por la policía secreta contra el ejército, sino también una oposición étnica entre los dos grupos. En efecto, el cuerpo de oficiales, conforme a una tradición zarista, se reclutaba y se compone todavía de una aplastante mayoría de rusos, mientras que la policía era y continúa estando compuesta en gran parte de hombres de origen extranjero. Mekhlis era judío. Y si murió en el momento preciso en que los médicos judíos eran acusados de haber atentado contra la vida de los

jefes del ejército, esto no podía de dejar de incitar a estos a cometer el gran error de establecer una relación entre los dos hechos. El odio contra la gente de « origen extranjero », y particularmente el antisemitismo, ha estado siempre estrechamente ligado en el cuerpo de oficiales soviéticos al odio contra la policía secreta. Por instigación suya, el pretendido complot de los médicos judíos sirvió pues para atizar los sentimientos antisemitas en el ejército, al mismo tiempo que permitía atacar a la policía secreta.

Volvamos a nuestro punto de partida. Si se pregunta cuál era el complejo sociológico del terrible conflicto existente entre el ejército y la policía, se descubre que los generales, no obstante detentar una importante parte en el aparato del Estado se veían enpero denegar la igualdad de los derechos políticos. Verdad es que la misma observación sirve para los administradores, cuya importancia no ha dejado de acrecentarse, y para los nuevos funcionarios. Estos grupos, que a causa precisamente del crecimiento del país y del reforzamiento de la nueva industria colectivizada, ganaban en influencia sin cesar, aspiraban también a ejercer una influencia política. Y resultó una solución puramente ficticia el intentar poner coto a esta aspiración admitiendo en el Partido un número cada vez mayor de representantes de la capa superior y media, mientras que los obreros se veían cada día más apartados. Esta situación de hecho, tan a menudo evocada por las necesidades de la propaganda, oculta otra, mucho más importante: que la admisión en el Partido no significa en modo alguno una participación verdadera en el poder político.

El conflicto de las burocracias

No son estos los tiempos en que la gente de alguna experiencia de una parte, y los miembros del partido de otra, eran objeto de perpetuas mutaciones brutales e insen-

satas de un sector de trabajo a otro. Las carreras están ahora especializadas. Existe una burocracia del Partido y una burocracia de la policía que se distingue cada vez más de la administración normal, la de los directores u oficiales. El general o el director de trust puede tener en el bolsillo el carnet del Partido, tal vez es obligado el que lo tenga para poder hacer carrera. Todo lo más que esto significa políticamente para él es que corre aún más el riesgo de ser víctima de una detención imprevista. El carnet del Partido, e incluso la pertenencia al Comité Central — que de hecho no es otra cosa que un cuerpo consultivo que se reúne sin periodicidad fija — no permite en modo alguno tener acceso a las funciones políticas del Partido, puesto que la elaboración real de la voluntad política es el patrimonio casi exclusivo de los funcionarios superiores del P. C. Nada resulta más significativo que el hecho de que todos los más altos jefes militares, con la única excepción de Bulganin, el espía delegado por el aparato del Partido en el ejército, hayan sido presentados como víctimas de un complot judío. Esto demuestra claramente que los generales no se identifican de ninguna de las maneras con Bulganin.

En la estructura de la nueva capa superior soviética reside asimismo, al menos en parte, la aplicación de la duración de la dictadura terrorista en la revolución rusa, sorprendentemente larga si se la compara con la revolución francesa. Es inútil prestar atención aunque solo fuese un instante, a las charlatanerías de la propaganda comunista sobre la sociedad sin clases existente en la U. R. S. S. Si fuese así, la dictadura del Partido Comunista no existiría desde hace tiempo. Y precisamente existe porque en Rusia se ha formado una nueva jerarquía social en tanto nueva capa dirigente. La revolución rusa se diferencia en esta cuestión profundamente de la revolución francesa. En Francia la burguesía constituía de hecho, ya en la época de la revolución, la clase más fuerte y la sola cuestión era adaptar a ese estado de cosas

un orden político que ya estaba ampliamente aburguesado. Esto era fácil. Durante un corto período, y menos por motivos de política interior que en virtud de las circunstancias desgraciadas de una guerra, la nueva capa dirigente toleró la dictadura terrorista de grupos que se apoyaban no sobre la burguesía sino sobre las clases inferiores. En Rusia, por el contrario, la nueva capa dirigente no existía en modo alguno antes de la revolución; ella es un producto no de la revolución sino de una larga y compleja evolución post-revolucionaria. La nueva capa dirigente debe primero madurar antes de liberarse de la dictadura terrorista de lo que antaño fué un partido revolucionario. En un cierto sentido, esta maduración *post-revolucionaria* de la clase de los oficiales, funcionarios y directores rusos equivale a la maduración *pre-revolucionaria* de la burguesía francesa. La fase post-revolucionaria en Rusia presenta rasgos que pertenecen más que nada al período pre-revolucionario de la historia

burguesa. En efecto, asistimos a una lenta y laboriosa emergencia de nuevas capas sociales constantemente obstaculizadas por el orden político, que se esfuerzan por romper a la fuerza el corsé de la dictadura, al propio tiempo que debe tolerar el despotismo por ser ellas mismas un producto suyo y no disponer todavía de la fuerza necesaria para obrar de manera independiente. El Partido, cuyo pasado revolucionario se halla ya bien lejos, presenta por su parte rasgos que recuerdan la restauración de los Borbones, es decir, en el caso de Rusia, el zarismo. Lo que desconcierta en la situación rusa es que una capa dominante política, cuyo comportamiento es post-revolucionario, se opone a una capa social superior cuyo comportamiento es pre-revolucionario. Podría discutirse sin fin sobre el entrelazamiento de estos tipos de comportamiento opuestos. Tendremos que seguir al día esta historia.

FRANZ BORKENAU

Esperanzas y dificultades de Europa

POR MICHEL COLLINET

EUROPA ofrece hoy día el aspecto de un hombre enfermo, al igual que el imperio otomano en el siglo XIX. Hasta las sacudidas terribles de Asia son a la vez causa y efecto de la enfermedad europea.

El siglo último fué el de la apoteosis de Europa, el de su rápida transformación en «leadership» mundial. Los balazos que en Saravejo mataron a un archiduque austriaco resonaron como la advertencia suprema del fin de una época, la época de Europa. En dos guerras sucesivas el viejo continente se desgarró a sí mismo, preparando su suicidio, y ambas veces no supo superar sus antagonismos; ni tan siquiera supo restañar su heridas, teniendo que recurrir a la ayuda de una potencia exterior: los Estados Unidos.

El desarrollo de la industria capitalista, su fuerza irresistible de expansión proporcionaron al Occidente europeo los medios materiales de romper las murallas de las civilizaciones tradicionales, a veces sin necesidad de un solo cañonazo. Pero lo que la economía y la técnica garantizaban a los pueblos de raza blanca, los odios políticos y los egoísmos de campanario debían finalmente privarles. El mundo unificado por la industria y el comercio con que soñaban Adam Smith y los liberales, Saint Simon y los socialistas, no existió jamás. Inglaterra, que tenía tras ella cien años de capitalismo, dió un instante la ilusión al establecer el libre cambio. En aquel entonces Richard Cobden afirmó que la paz perpetua estaba garantizada. Lo hubiera podido estar si el resto del planeta hubiese renunciado por adelantado a industrializarse, es decir si no hubiera seguido los consejos de Adam Smith y de Saint-Simon. Lo que hizo concienzudamente y a voz en grito fué levantar, en lugar de murallas de China ya anticuadas, sólidas barreras aduaneras y ejércitos nacionales para garantizarlas. El

planeta, al industrializarse, se dividió en naciones soberanas; y Europa que ya se había desgarrado en guerras dinásticas, continuó sus antiguas costumbres en nombre del derecho de las naciones. Hundido el imperio administrativo y militar de Napoleón, los pueblos instauraron en el curso del siglo pasado naciones independientes y capitalistas que no sólo se protegieron celosamente las unas de las otras, sino que poco a poco establecieron en otros continentes cotos cerrados para su uso exclusivo.

La supremacía del capitalismo europeo en todas las tierras del globo tuvo como contrapartida la división política en Estados nacionales y las rivalidades coloniales. Esta división política que habría de resultar tan funesta en nuestro siglo XX permitió al principio, gracias a la constitución de grandes Estados, crear vastos espacios económicos unificados. Por ejemplo, la unidad alemana de 1870 fué el punto de partida de su gran industria; ésta, ya bastante fuerte, aceptó el libre cambio durante un corto periodo, puesto que substituyó el antiguo proteccionismo defensivo por el proteccionismo ofensivo de los «cartels» y del «dumping». De esta manera, el libre cambio que un Disraeli creía en 1860 que sería eterno, dejó prácticamente de existir antes de que naciese el siglo XX.

No obstante sería falso considerar la Europa de hace cincuenta años como un continente estrechamente dividido en compartimentos; las fronteras erizadas de cañones dejaban empero pasar las mercancías y los capitales, incluso las personas sin pasaporte. El talón oro y la relativa estabilidad de los precios no eran suficientes para evitar los excesos del nacionalismo y del militarismo; mas permitían el comercio libre, garantizaban los capitales y favorecían las inversiones. La balanza de pagos de Europa se saldaba con amplios excedentes merced a las rentas de

los capitales exportados; al mismo tiempo la emigración hacia las tierras nuevas hacía disminuir la presión demográfica y atenuaba los sufrimientos del proletariado durante las crisis cíclicas de superproducción.

La decadencia de Europa

La primera guerra fué el comienzo de la decadencia de Europa. Tuvo por consecuencia, junto con una gran destrucción de riquezas, el agotamiento o la desaparición de los capitales acumulados; las deudas del continente respecto a los países de ultramar, convertidos en abastecedores suyos, y, sin duda lo más grave de todo, la industrialización rápida de territorios que eran exclusivamente abastecedores de materias primas y de productos alimenticios. Los antiguos circuitos comerciales quedaban rotos: Europa dejaba de ser el taller del mundo. Los Estados Unidos, el Japón, el Canadá, incluso la India, dejaron de ser adquirentes de productos manufacturados y de solicitar capitales. En lo sucesivo intervinieron en el mercado europeo como concurrentes.

A partir de 1920, una Europa consciente de estos cambios hubiese tenido que reformar sus costumbres y avanzar hacia su unidad política y económica. En lugar de esto, en vez de resolver los antagonismos nacionales, la guerra los acentuó alargando sus fronteras, que pasaron de 12.000 a 18.000 km., sobreexcitando sobre las ruinas de los antiguos imperios dinásticos jóvenes y precarias nacionalidades. Esto tuvo por resultado debilitar al mismo tiempo la capacidad económica y la fuerza política de Europa. Jamás habían resultado más anacrónicas las fronteras nacionales; pero jamás vencedores y vencidos fueron más impotentes para poner remedio. Cuando la crisis mundial arruinó el comercio de Europa y condenó al paro a masas humanas para las cuales ya no existía emigración posible, las causas sociales se añadieron así a las causas políticas para crear las explosiones fascistas y racistas a través de todo el continente, y por consiguiente los gérmenes del segundo conflicto.

La primera guerra, no obstante una recuperación provisional, tuvo por resultado final el suscitar economías cerradas, privadas de oro y endeudadas durante generaciones; de erigir en institución de Estado la fallida monetaria y de restringir los mercados exteriores de una industria de potencial de producción ampliamente acrecentado. La segunda revolución industrial, que racionalizó las fábricas, ya no se realizaba, como su antecesora del siglo precedente, es decir en amplia expansión liberal y abriendo el mundo a las mercancías capitalistas, sino por el contrario en un universo cada vez más dividido en compartimentos estancos.

Para medir bien la ruina actual de Europa, es necesario recordar en todo momento las circunstancias que han precedido a la segunda guerra mundial: los pueblos rompiendo el contacto económico y espiritual entre ellos para preservarse de la peste moderna, el paro; el comercio internacional reemplazado por los acuerdos bilaterales, incluso por el «troc» estratégico; el hombre sin poder ya circular, sospechoso político en tanto que emigrado o sospechoso social en tanto que parado; el Estado hipertrofiado, convertido en la providencia única de un mundo sin valores monetarios ni valor moral...

Europa mutilada y amenazada

La guerra debería aniquilar el fascismo y el totalitarismo, reanudar las relaciones por encima de las fronteras y devolver a los hombres la libertad de expresión; para esto hubiera sido preciso que el stalinismo no fuera el gran vencedor de Europa, que no hubiese podido anexionarse la mitad oriental del continente. Hoy el telón de acero pasa por el corazón mismo de Europa, por Berlín y Viena, y las otras capitales se hallan a poca distancia de los ejércitos rusos. Antes de toda consideración económica, a la que nos referiremos más adelante, es preciso retener este hecho: Europa cortada en dos; una mitad transformada en un rebaño de esclavos, y la otra viviendo aun libremente pero en forma mediocre y sometida siempre a la amenaza de perder esa libertad y ese pobre nivel de vida.

En el siglo XIX el temor de los pueb'os europeos, y en primer lugar los de la Europa central, fué la amenaza rusa. En medio de las revoluciones de 1848 Carlos Marx, por ejemplo, interpretando las inquietudes de la Alemania liberal temía ante todo una alianza del rey de Prusia con el Zar, lo cual hubiese llevado el poderío moscovita hasta el corazón de Europa. El extraordinario entusiasmo provocado por las sublevaciones polacas contra el Zaz no se explica por consideraciones sociales, puesto que los señores polacos no eran ni liberales ni menos aun socialistas; mas a los ojos de la democracia europea representaban las defensas de una Europa libre contra la expansión rusa, vehículo de un despotismo atrasado e inhumano.

La creación del glacis, el golpe de Praga y el bloqueo de Berlín, muestran a partir de 1947-48 que la amenaza rusa se había convertido después de la segunda guerra mundial en mucho más precisa y dramática que jamás lo fué en los siglos o décadas anteriores. Se ha calculado que la fuerza armada, jamás completamente desmovilizada, se compone de 175 divisiones, de las cuales un centenar se encuentran concentradas

en las inmediaciones de las fronteras europeas; es necesario añadir ahora más de 50 divisiones formadas por los países del glacis soviético.

El pacto de Bruselas — 17 de marzo de 1948 — firmado por Francia, Inglaterra y el Benelux, no inaugura nada en el dominio económico, pero establece una estrecha cooperación militar entre los cinco países y preludia la creación de un ejército occidental. Por último, en el plano político, el Consejo de Europa que reside en Estrasburgo surgió finalmente de las deliberaciones de Bruselas gracias, digámoslo francamente, a la activa propaganda de los diferentes movimientos europeos en favor de una asamblea constituyente europea.

La defensa de Europa

Frente al poderoso ejército soviético, la sola defensa eficaz ha sido hasta ahora la fuerza atómica de los Estados Unidos. Puede creerse que sin la existencia de la bomba atómica y de la « Strategic Air Force » norteamericana, capaz de lanzarla sobre el corazón del continente asiático, Europa estaría soviétizada desde hace años. La alianza militar surgida del pacto de Bruselas tuvo que rendirse a la evidencia: no solamente no podía extenderse a los otros países libres de Europa, sino que resultaba impotente sin la intervención de los Estados Unidos. Los cinco gobiernos sometieron a los Estados Unidos y al Canadá un proyecto de pacto militar atlántico, que extendido a las otras naciones europeas — Italia, Portugal, Islandia, Noruega y Dinamarca — se convertiría en abril de 1949 en la O. T. A. N. Más tarde se juntaron Grecia y la Turquía, englobando el nuevo sistema de defensa atlántica a catorce países, doce de ellos europeos (1).

Si bien la alianza atlántica supone una autoridad militar única, sin embargo no es una autoridad supranacional puesto que su órgano supremo, el Consejo formado por los representantes de los 14 países miembros, no puede hacer nada sin el acuerdo de esos Estados. La O. T. A. N. no es aquella autoridad, pero es mucho más que una alianza en el antiguo estilo de la diplomacia, ya que establece una estrategia común, un reparto equitativo de las cargas financieras y una utilización racional de las fuerzas productivas y de los recursos territoriales de los Estados miembros. En este sentido la O. T. A. N. unifica efectivamente las fuerzas militares y económicas de esos Estados, y tiende a convertirse en el

organismo de que Europa tiene necesidad para organizarse y salir del abismo en que había caído en 1945.

La agresión comunista en Corea planteó a Europa el problema de su rearme acelerado. Resultó evidente que la técnica de expansión soviética en Corea podía preludiar un gesto análogo en Alemania: Moscú buscaría el hecho consumado unificando simplemente las dos Alemanias mediante una brusca invasión militar. Los ejércitos atlánticos eran en 1950 incapaces todavía de oponerse, y en la hora en que escribimos aun no pueden ofrecer a una agresión rusa más que una resistencia elástica. El rearme alemán, necesario para completar el sistema atlántico de defensa, se convierte en la cuestión esencial a resolver. ¿Dónde establecer la línea de resistencia? ¿En el Elba o en el Rin? En el segundo caso, significaría entregar sin combate a los rusos el inmenso potencial humano e industrial de la Alemania occidental; en el primero, resultaría necesario la creación de un ejército alemán.

A esta tesis del gobierno norteamericano se juntan las otras potencias atlánticas, incluso Inglaterra. Sólo Francia objeta los peligros de un renacimiento del militarismo alemán. Francia conserva un recuerdo suficientemente terrible de la máquina de guerra alemana para que no deje de temer ver la reconstruida, incluso aunque sea como aliada de los occidentales. *La idea de un ejército europeo ha nacido de esta contradicción: asegurar la contribución indispensable de Alemania en la defensa europea, limitando los riesgos militaristas.*

La comunidad europea de defensa

El ejército europeo es una iniciativa francesa, que desde el principio lleva la impronta de las preocupaciones especiales de mi país. Sin embargo el proyecto de ejército europeo representa algo más que una cooperación de las fuerzas armadas de los Estados de la Europa occidental. El proyecto primitivo de Robert Schuman preveía una verdadera autoridad supranacional: un Comisario general que tendría la responsabilidad del reclutamiento, entrenamiento y sostenimiento del ejército, es decir un ministro europeo de Defensa. La oposición de los países del Benelux transformó en el tratado definitivo este poder en un simple órgano de ejecución de los seis gobiernos miembros de la Comunidad, teniendo estos que decidir por *unanimidad* en su Consejo de ministros. Al Comisario y al Consejo de ministros se ha agregado la Asamblea europea del « pool » carbón-acero y el Tribunal Supremo de justicia de este mismo « pool », del que hablaremos más adelante. El primitivo

(1) Es necesario añadir que desde hace unos meses Yugoslavia, que permanecía al margen de la O. T. A. N., se ha ligado a Grecia y Turquía, miembros ambos países de dicho organismo.

proyecto francés preveía también una integración avanzada de los contingentes nacionales, no excediendo de 6.000 hombres cada uno. El tratado definitivo establece la cooperación de los contingentes sobre la base de divisiones de 16.000 hombres. El tratado creando la Comunidad de defensa europea firmado el 27 de mayo de 1952 recibió una acogida muy moderada en los distintos Estados contratantes, y hoy día, pasado ya un año, la ratificación no es aun definitiva.

La República federal de Bonn se ha adherido al tratado después de un cambio de acuerdos contractuales firmados el mismo día que el restablecimiento de su soberanía nacional, los cuales establecen la igualdad de todos los participantes. El tratado ratificado por el Bundestag se halla sometido por el momento a la ratificación del Tribunal constitucional de Karlsruhe.

En Francia todos los partidos, salvo el comunista, se hallan divididos respecto al tratado. A la extrema derecha, el R. P. F. del general de Gaulle se inspira en una actitud puramente nacionalista: « El tratado — afirma — decapita el ejército francés. » En las otras organizaciones las objeciones se refieren sobre todo a la debilidad relativa del ejército francés en Europa frente al ejército alemán, a causa de la guerra en Indochina, guerra que absorbe los mejores cuadros militares, y también a la vaguedad de las garantías angloamericanas en el caso en que el ejército alemán « integrado » se entregara a una ofensiva para recuperar la Alemania soviética, o rompiese el tratado para ponerse al lado de la U. R. S. S. Finalmente, el argumento hostil más serio a mi parecer es que un ejército supone un poder político supranacional del que depende, y que en consecuencia la primera tarea es crear en Europa un tal poder.

La debilidad de los adversarios del ejército europeo reside en su incapacidad para definir otra política y otra organización. Con o sin integración, el rearme alemán es una necesidad inevitable; y sin integración a la escala europea, el rearme puramente nacional de un país como Francia es un rompecabezas, una imposibilidad. De hecho el tratado resulta peligroso sobre todo porque aparece como *insuficientemente desprendido de las soberanías nacionales hoy día caducas e ineficaces*. El progreso no reside en una vuelta al pasado, lo que conduciría a un callejón sin salida, sino en un paso hacia adelante, hacia la dependencia del ejército europeo de una verdadera autoridad política supranacional. La no ratificación del tratado de ejército europeo significaría en la coyuntura actual el abandono de los esfuerzos hechos para constituir una Europa unida.

Desagregación y reconstrucción económica de Europa

¿ Cuáles eran las características de la economía europea en el período de la inmediata guerra, que hemos designado como el de la decadencia de Europa ? La mitad aproximadamente del comercio europeo se efectuaba en el interior mismo de Europa, el 10 % solamente con la Europa oriental hoy soviética y el resto con los otros continentes, comprendidas sus colonias. Las importaciones — materias primas y productos alimenticios — eran superiores a las exportaciones en más de 2 mil millones de dólares. El déficit, importante sobre todo para Francia — 500 millones — y para Inglaterra — 1.400 millones — era cubierto merced a las rentas de las inversiones — 1.500 millones — y los recursos llamados invisibles: fletes, turismo, etc., con un total de unos 700 millones; por último, las exportaciones alemanas, muy importantes, mejoraban el saldo europeo.

En 1947, no obstante una recuperación indudable de la producción en todos los países, salvo Alemania, la balanza de pagos se había agravado. Nulo antes de la guerra, el déficit alcanzaba 7.500 millones de dólares, de los cuales 5.400 millones con los Estados Unidos. En la imposibilidad de pagar materias primas, bienes de equipo y productos alimenticios, Europa estaba condenada al paro y al hambre. En consecuencia, su reconstrucción se paraba. En dicho año los donativos de la U.N.R.R.A., las divisas extranjeras y el oro se agotaban. La iniciativa lanzada por el general Marshall de proporcionar *gratuitamente* a Europa lo que le faltaba, la salvó de la ruina y del caos. El antiguo equilibrio de cambios se basaba en la siguiente corriente positiva: Nuevo Mundo, Inglaterra, conjunto de Europa, Alemania, Nuevo Mundo. La desaparición de Alemania y las deudas de Inglaterra respecto a América ya no permitían compensación alguna.

La ayuda Marshall estaba condicionada, en el espíritu de los norteamericanos, al establecimiento de un mercado único europeo. La O.E.C.E. tenía que coordinar las demandas de cada país y liberar los cambios intereuropeos. Sabido es que no fué así. Los países europeos se negaron a coordinar o a liberar seriamente sus cambios, es decir a suprimir o disminuir las restricciones comerciales. Se hicieron tímidas tentativas, que la subida de los precios de las materias primas mundiales al comienzo de la guerra de Corea destruyó inmediatamente. La reconstrucción se llevó pues a cabo sobre la base exclusiva de las economías nacionales, bien protegidas e incluso cerradas a cal y canto. Sin embargo el efecto del plan Marshall fué considerable: los 4 o 5 mil millones de dólares anuales

proporcionados por los Estados Unidos permitieron unos aumentos de producción por valor de 30 mil millones por año. En 1950, la inflación estaba estrangulada, el déficit comercial reducido a la mitad y el de la balanza de pagos reducido también en 4.600 millones.

Empero, después de la guerra de Corea el problema volvió a plantearse ; a pesar de una mejora reciente en 1952, debida sobre todo a una gran disminución de las importaciones procedentes de América, la Europa occidental es incapaz de equilibrar su balanza de pagos, en particular con la zona dólar. En cuanto a los cambios interiores europeos, obstaculizados por el establecimiento de contingentes que la inflación motivada por la guerra de Corea ha agravado, diremos que *el volumen de estos cambios alcanzó en 1951 el nivel de 1913, siendo así que la producción fué superior en un 70 %*. Europa aun no puede desprenderse del sistema de los acuerdos bilaterales creados entre las dos guerras, cuando la gran crisis económica dislocó el comercio mundial. Un mercado unificado sería el resultado de un renacimiento del comercio multilateral entre países europeos, comercio que permitiría llegar sino a una moneda europea, al menos a una convertibilidad de las monedas sobre la base liberal de la oferta y de la demanda. Hoy nos hallamos más alejados de esto que en 1950, a causa de los factores inflacionistas y de las diferencias de país a país que acompañan al rearme. Pero si este renacimiento del comercio interior de Europa es complejo en virtud de las políticas e intereses divergentes de países como Inglaterra, Francia o Alemania occidental, sin embargo ha comenzado — de manera limitada todavía pero no obstante revolucionaria — gracias a la creación del « pool » del carbón acero.

Diversidad de la palabra Europa

Un paréntesis es necesario : existen varias Europas en el mundo libre. Descartemos por adelantado la parte oriental del continente, anexionada y sujeta por Moscú. Incluso en la Europa libre existen reagrupamientos más o menos amplios que no hay que confundir. En el plano militar, y parcialmente en el económico, están en primer lugar las doce naciones europeas reunidas en la O.T.A.N., junto con los Estados Unidos y el Canadá. Luego tenemos la Europa del plan Marshall, que participa en la organización europea de cooperación económica — O.E.C.E. — ya nombrada ; se compone de 17 naciones, las 12 de la O.T.A.N. y los cuatro países neutros Suiza, Austria, Suecia e Irlanda, y, por último, la República federal de Bonn, todo lo cual totaliza el conjunto de las naciones europeas que escapan a la dominación rusa, salvo España y Yugoslavia.

Una tercera Europa es la que se halla representada por el Consejo europeo y particularmente por la Asamblea consultiva de Estrasburgo. Se compone de 14 naciones, es decir las 17 precedentes a excepción de Suiza, Austria y Portugal. Esta tercera Europa, más restringida que la del plan Marshall, no tiene otra expresión que la de la Asamblea de Estrasburgo ; es un lugar de reunión espiritual, un centro de discusión, pero no una organización. Finalmente la cuarta y última Europa, llamada también la « pequeña Europa », comprende sólo los tres países del Benelux, Francia, Italia y la Alemania occidental. Es la que suscita a la vez más esperanzas en unos y más críticas en otros ; las mayores esperanzas porque es la sola Europa que se sale del dominio de las especulaciones o de las discusiones platónicas para comenzar a realizarse ; las mayores críticas precisamente a causa de su realización : algunos nacionalistas franceses la consideran como una Europa alemana, mientras ciertos socialistas estiman que es una Europa vaticana.

Doble error. La verdad histórica y geográfica obliga a decir que si esta Europa coincide — ¿ se trata de un azar ? — con el imperio de Carlomagno, no es ni alemana, ni francesa, ni italiana, ni siquiera exclusivamente católica, sino *lotharingia* ; es en un lugar de la izquierda del Rin que se encuentra su centro de gravedad. Esta Europa aviva las pasiones, y, como ya hemos visto, la realización de su ejército unificado en el cuadro de la Comunidad de defensa es objeto de graves conflictos, sobre todo en Francia.

El « pool » carbón-acero

Puede decirse que el centro de gravedad de la « pequeña Europa » se sitúa, gracias a la unión económica de los tres grandes centros del Ruhr, de los valles de Sambre y Mosa y de la Lorena, a poca distancia de la antigua capital de Carlomagno. Aquisgrán por este solo hecho le da ese carácter *lotharingio* de que hemos hablado anteriormente.

El « pool » carbón-acero es una realización revolucionaria, ante todo porque ha superado los intereses poderosos y contradictorios de la siderurgia y de la hulla en los países *lotharingios*, mas en primer lugar porque realiza en su dominio *la primera autoridad supranacional*. La Suprema autoridad compuesta de 9 técnicos nombrados por los gobiernos tiene plenos poderes, no solamente sobre los contratistas y capitalistas privados o públicos de la siderurgia y del carbón, sino también, aunque en menor medida, sobre la política económica, aduanera y fiscal de los 6 gobiernos. Este poder resultaría

intolerable si no estuviese controlado por una Asamblea política elegida en los 6 países representados, en el seno de cada parlamento y por un Consejo de ministros que representa también a los 6 gobiernos en cuestión. Los patronos, empleados y consumidores forman parte del « pool » solamente mediante un comité consultivo. Por último, un tribunal de justicia, asimismo supranacional, debe decidir sobre las diferencias. El objetivo del « pool » es organizar un mercado común del carbón y del acero en el que juega la concurrencia. El 10 de febrero y el 1 de mayo últimos, las barreras aduaneras han desaparecido sucesivamente para el carbón y el acero. Lo más delicado para la Suprema Autoridad es sin duda el vigilar el mercado para que la concurrencia sea real. Los antiguos « cartels » han desaparecido, pero nada prueba que no subsistan clandestinamente acuerdos que determinen los precios. La experiencia decidirá sobre la eficacia de esta institución.

El « pool » ha merecido la desconfianza y a veces la hostilidad de los capitalistas del carbón y del acero, que se han quejado de los peligros de una concurrencia a la que no están acostumbrados desde hace 70 años y de una disminución de su libertad de maniobra. Paradoja inaudita : el único gran partido — a parte los comunistas, claro está — que se opone tenazmente a ese organismo es el socialdemócrata alemán. Su antiguo dirigente, el Dr. Schumacher denunció en el plan Schuman una empresa de sometimiento de Alemania por parte de Francia, mientras que por su parte el general de Gaulle asegura que el « pool » consagrará la superioridad de Alemania sobre Francia.

Sin embargo el « pool » fué bien acogido por la opinión, ya que desde hace años la O. E. C. E. ha mostrado su impotencia para liberar los cambios europeos ; el éxito del método flexible y revolucionario que conduce a la comunidad del carbón y del acero, permite al fin ver salir del caos a un embrión de la Europa organizada. Es por lo que actualmente los seis países interesados estudian la manera de poder extender la técnica a la par dirigista y liberal del « pool » carbón-acero a otros dominios, comenzando por la agricultura y los transportes. Inútil insistir en la gran necesidad que supone un mercado agrícola común en un continente donde los productos no circulan y en el que Alemania, por ejemplo, tiene que importar su alimentación de la zona dólar ; pero es evidente también que los intereses egoístas serán más difíciles de vencer, por resultar más numerosos y más influyentes que los del capitalismo del acero y del carbón.

Hacia la autoridad política europea

Los grandes problemas de la unificación europea se reducen a fin de cuentas al siguiente : ¿ *Cómo hacer abdicar las soberanías nacionales ?* El « pool » carbón-acero es, como hemos dicho, el primer ejemplo de una sumisión de las soberanías nacionales a un poder situado por encima de ellas. El éxito ha incitado a los partidarios de una Europa unida a preconizar una integración funcional progresiva de las fuerzas hasta el presente dependientes exclusivamente de las soberanías nacionales. Mas es claro que si varias autoridades funcionales — « pool » carbón-acero, « pool » agrícola, « pool » de transportes, etc. — tuvieran que funcionar simultáneamente, habría que prever primero una coordinación que luego tendría que convertirse en una dirección común que no podría ser otra que un poder federal político europeo.

Ya el tratado de la Comunidad de defensa preveía que la Asamblea de control sería la misma, ligeramente completada, que la del « pool » carbón-acero y que su Tribunal Supremo de justicia funcionaría para las dos comunidades. Pero, si puede admitirse provisionalmente una autoridad especializada en un sector económico, es más difícil imaginarlo a la cabeza de un ejército común. El ejército es por esencia el instrumento de un poder político único, y no de seis poderes todavía soberanos e independientes. Hubiese sido lógico que el ejército fuese creado después del poder político único ; mas solo el temor suscitado por la amenaza soviética cambió el orden cronológico de las creaciones. Las resistencias halladas para la formación del ejército común han acelerado no obstante el trabajo de creación de una autoridad supranacional. Los gobiernos se han puesto de acuerdo para confiar a una asamblea constitucional — la del « pool » carbón-acero completada —, denominada Asamblea « ad hoc », el cuidado de establecer un proyecto de comunidad política europea. En marzo último el proyecto fué entregado a las seis naciones participantes. He aquí sus grandes líneas : se dice que la comunidad es una *unión de los pueblos* y no una unión de naciones ; los pueblos transfieren a una autoridad supranacional una parte bien delimitada de las soberanías, sin que los Estados pierdan su individualidad territorial y nacional. La comunidad comprenderá cinco instituciones esenciales :

1º Un Parlamento compuesto de dos cámaras ; una cámara de los pueblos elegida mediante sufragio universal y un senado representante de

los Estados, elegido por los parlamentos nacionales.

2º *Un Consejo ejecutivo europeo* responsable ante el parlamento y cuyo presidente será elegido por el senado.

3º *Un Consejo de los ministros nacionales* representantes de los seis gobiernos y cuyo parecer será obligatorio en ciertos casos.

4º *Un Tribunal Supremo de justicia*, que garantizará el derecho.

5º *Un Consejo económico y social*, consultativo, que funcionará al lado de los dos primeros órganos.

Este proyecto, como es natural, merece las objeciones contrarias de los que hubiesen deseado una mayor integración — estos critican el Consejo de ministros nacionales — y de los que se contentarían con una simple confederación de Estados — estos critican el Parlamento y el Consejo ejecutivo. Es demasiado pronto para saber qué suerte correrá ante los parlamentos nacionales llamados a ratificarlo.

Inglaterra y Europa

La actitud de Inglaterra sirve en Francia de pretexto a algunos para tomar posición sobre la unidad europea. Muchos se lamentan e incluso se indignan de esta actitud: recuerdan la propuesta de Churchill en junio de 1940, ofreciendo la unión total francobritánica; también recuerdan las primeras campañas del mismo Churchill en favor de una Europa unida, por lo que no comprenden su actitud de ahora. Otros la comprenden bien, pero al propio tiempo que se declaran europeos hallan un pretexto en la retirada de Inglaterra para querer retirarse también de la « pequeña Europa » de los seis. Estos temen que la ausencia de Inglaterra en la Europa de los seis facilite una preponderancia de Alemania. Para ellos Europa todavía no se encuentra en el estadio de la comunidad, sino solamente en el del equilibrio. Y se equivocan en todos los sentidos.

No hay porque sorprenderse de la política británica. Desde hace siglos estima que sus intereses se establecen mucho más a la escala mundial que a la europea; sus intervenciones en el continente no han tenido hasta el presente otro objetivo que impedir la hegemonía de una potencia cualquiera — la de Francia primero, luego la de Alemania —, hegemonía que amenazaría sus intereses mundiales. Fué solamente en 1944 que el gobierno de coalición presidido por Churchill presintió que detrás de una Alemania derrotada se levantaba una nueva y peligrosa potencia: la Unión Soviética; fué entonces y con este espíritu que preconizó un bloque occi-

dental, rechazado desdeñosamente por de Gaulle, el cual soñaba con una Francia que hiciese de puente entre el Occidente y Moscú. El bloque occidental de 1945 expresaba asimismo el temor de Churchill ante una « entente » demasiado estrecha entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

En el plano militar Inglaterra se interesa intensamente por Europa. Resulta vital para ella saber quién domina en el continente, para asegurar su protección. En este sentido propuso el pacto de Bruselas, pero en un período en que ya no tenía que temer un acuerdo entre los dos colosos, el ruso y el norteamericano, por encima de la cabeza de Europa. Por esto el bloque occidental desapareció de la propaganda británica. Inglaterra apoyó luego el rearme de Alemania y sostiene la creación del ejército europeo en tanto que ejército aliado suyo en la defensa del Occidente; pero ha manifestado claramente su intención de no perder una sola fracción, por mínima que sea, de su soberanía nacional.

En la escala mundial, Inglaterra existe políticamente merced al Commonwealth y económicamente gracias a la zona esterlina. A través del Commonwealth interviene activamente en Asia, donde lleva a cabo una política distinta y hasta opuesta a la de los Estados Unidos. Y a través de la zona esterlina busca el obtener — ¡ muy difícilmente ! — los dólares de que tiene necesidad para hacer trabajar sus fábricas. Su integración a Europa significaría el fin probable de la zona esterlina y el rompimiento del Commonwealth, por lo que se comprende fácilmente que no quiera soltar la presa por una simple sombra. Londres subsiste todavía como gran mercado mundial y financiero entre Europa y los países del ultramar; por esto desea conservar su posición de intermediario. Esto explica que Inglaterra haya luchado en la OEEC contra toda decisión susceptible de ligar entre sí los mercados europeos y liberar los cambios.

Como es normal, Inglaterra no ha entrado en el « pool » carbón-acero, pero ha enviado representantes acreditados. En marzo de 1952 Eden, interesado en evitar una ruptura con la Europa de los seis, propuso el que las diferentes autoridades actuales y futuras se agrupasen en tanto órganos del Consejo de Europa. Tales son por el momento las posibilidades de coexistencia de Inglaterra con Europa. Se deduce de ello que si Inglaterra no participa en la creación de una Europa unida, se reserva empero la posibilidad de asociarse más o menos estrechamente cuando esta exista. Esto evidencia hasta que punto es necesario formar el primer núcleo europeo, comenzando por la « pequeña Europa », para aglutinar luego a los otros Estados europeos y en particular los Estados escandinavos.

Alemania y la Unión Soviética

En el seno de Europa, Alemania es el ser mutilado. Cortada en dos por el telón de acero, con su parte oriental sometida a Moscú, Alemania cristaliza en ella el drama no solamente de Europa, sino del mundo separado en dos bloques. Ante esta separación insensata y cruel, ante los sufrimientos de sus hermanos soviéticos, se comprende la voluntad de los alemanes occidentales de liberarlos y de volver a hallarse con ellos en el seno de una nación reconstruida. Esta es la causa de que no hayan sido siempre insensibles a los llamamientos maquiavélicos del Kremlin. Fué preciso que los aliados obrasen de acuerdo con el mandato de la O.N.U. y pusieran a Stalin entre la espada y la pared, exigiendo de él elecciones leales y controladas, para que los alemanes perdiesen algunas de sus ilusiones basadas en una reconciliación entre el Occidente y la Unión Soviética, reconciliación de la que se había hecho heraldo hace unos años el pastor Martin Niemoeller.

Después de la mejora, al menos verbal, de las relaciones entre Moscú y el Occidente se produjo en Alemania e incluso en Francia una renovación de la esperanza en hallar una solución pacífica y democrática para que sea un hecho la reunificación de Alemania. Esto tiene su repercusión en la actitud de los partidos y de los Estados de la República de Bonn respecto a la unidad europea. Mientras Adenauer es verdaderamente el campeón de la integración alemana en la Europa occidental y de su participación en el ejército común, en cambio el partido socialdemócrata se opone de la manera más violenta. Mitad por convicción, mitad por interés electoral — las elecciones tendrán lugar al final del año en curso —, la socialdemocracia se niega a participar en la creación de Europa, oponiendo todos los argumentos tomados a la vez de un nacionalismo intransigente y de una aspiración sentimental hacia la unidad nacional, totalmente legítima. Es así que explota el letigio franco-alemán sobre el Sarre, exigiendo la vuelta pura y simple de este territorio a Alemania, no obstante saber que es prácticamente imposible después de la formación del « pool » carbón-acero, cuya consecuencia debe ser la europeización del Sarre.

Es evidente que la hostilidad de esta parte de la opinión alemana a la construcción de Europa hace el juego a Moscú, que por encima de todo teme esta construcción y que multiplicará las maniobras, unas veces amenazadoras y otras más sutiles, como ocurre ahora, para aplazarla el mayor tiempo posible. *Este es el mayor peligro para Europa.* Moscú ha iniciado actualmente

un tono conciliador, aunque solo sea porque los procedimientos agresivos no han dado otro resultado que el de fortificar la resistencia del mundo libre. Sus agresiones no han dado fruto; de esto el cambio de táctica. Lo que no ha podido obtener por la amenaza, buscar el lograrlo mediante la diplomacia y las promesas, sembrando en lo posible la división en el mundo libre y cultivando las ilusiones hartas humanas de los que a pesar de todo confían de una coexistencia pacífica y duradera de los dos mundos.

Necesidad de una Europa unida

Cualesquiera que sea la política de la URSS, la Europa que ella no quiere sólo podrá hacerse resistiendo a las maniobras de Moscú. Hemos visto que el instinto de conservación, el aguijón del miedo, había jugado su papel en la cruzada del espíritu europeo. Las actuales sonrisas de Moscú pueden contribuir a enfriar este móvil elemental de los pueblos de Europa. Es preciso, pues, que estos pueblos comprendan que la creación de una Europa unida es una exigencia de seguridad permanente contra toda amenaza ulterior de los Estados soviéticos. Cuantas más moratorias otorgue Moscú, más debe acelerarse la creación de un poder europeo. La suerte de Europa depende probablemente de esta constatación.

Pero existe también la cuestión económica. Es absurdo soñar con la época en que las naciones europeas dominaban el mundo. La existencia material de la civilización europea depende exclusivamente de su capacidad unificadora. Con el cambio de estructura de los otros continentes la economía europea, hambrienta de dólares, solo puede hallar un equilibrio durable y una libertad relativa de movimiento consagrándose a unificar su mercado interior — lo que ya sería el origen de una elevación del nivel de vida — y a equipar los países de ultramar en colaboración financiera con los Estados Unidos y las naciones atlánticas, único medio de restablecer un equilibrio exterior de pagos. Esto supone un acuerdo estrecho, una comprensión mutua de los problemas entre los dos continentes, herederos y representantes de la civilización occidental histórica. A fin de cuentas, esto significa que Europa no puede ser concebida más que en el seno de una comunidad más vasta, en la que cada nación realiza aquello a que la naturaleza y sus costumbres de vida la han destinado. Tal es sin duda la condición para que pueda sobrevivir una humanidad libre.

MICHEL COLLINET

El problema de las nacionalidades hispánicas

POR A. ROVIRA I VIRGILI (1)

I

TRES NACIONALIDADES CONTRA EL ESTADO UNITARIO

EN la época contemporánea se ha visto en el Estado español tres renacimientos particularistas que han finalizado con la reivindicación política de la autonomía : el de Cataluña, el de Galicia y el del País vasco.

¿ Renacimientos nacionales, regionales o provinciales ? ¿ Son estos tres pueblos nacionalidades, regiones o provincias ? Cuestión a discutir, si se quiere. Pero existe un hecho : los catalanes, los vascos y los gallegos han expresado numerosas veces, vigorosamente, su deseo y su voluntad de poseer instituciones que les permita gobernarse a sí mismos en todo aquello que se refiere a su vida interna.

El carácter nacional de estos movimientos no ofrece duda a cuantos conocen suficientemente el pasado y la realidad actual

de la península ibérica. Se trata de manifestaciones ibéricas del movimiento general de las nacionalidades que ha llenado una gran parte de la historia contemporánea de Europa, y gracias al cual han podido levantarse de nuevo reclamando su libertad pueblos enterrados por su hundimiento histórico o dominados por la fuerza.

El movimiento nacional y el movimiento liberal aparecieron como derivados del mismo principio. Si existen derechos para los hombres también existen derechos para los pueblos, no siendo estos últimos otra cosa que una forma de los primeros. El verdadero sujeto de las libertades humanas es siempre el individuo ; la libertad de la lengua, por ejemplo, es una libertad — la más elemental y a la par la más espiritual — de los individuos que la hablan.

Un liberal, un demócrata, tiene un criterio objetivo para juzgar la razón fundada de las aspiraciones autonomistas : la voluntad de las poblaciones. Por lo tanto, si la voluntad de los gallegos, de los vascos y de los catalanes es de restaurar su autonomía adaptándola a las circunstancias de nuestros días, ningún hombre ávido de justicia puede oponerse a sus reivindicaciones. Desde el punto de vista político resulta secundario el que se clasifique a esos pueblos como nacionalidades, regiones o provincias ; aunque, a decir ver-

(1) A. Rovira i Virgili falleció en diciembre de 1950 en Perpiñán, donde vivía exilado desde la caída de Cataluña. Era uno de los más brillantes y puros escritores en catalán, lengua en la que produjo innumerables artículos y numerosos libros. Créntanse entre éstos una *Historia de Catalunya*, una *Historia dels moviments nacionalistes*, un libro sobre *Els darrers dies de la Catalunya republicana* y diversos e interesantísimos estudios sobre las relaciones entre Cataluña y la Revolución francesa. No podemos dejar de señalar dos de sus obras fundamentales : *Defensa de la Democracia* y *La crisis del régimen*, así como sus ensayos sobre Pi i Margall, Pau Claris y Valentí Almirall. Dirigió en Barcelona el gran diario *La Publicitat* y fué fundador y director del diario de la tarde *La Nau* y de la *Revista de Catalunya*. El artículo que ofrecemos a nuestros lectores, inédito hasta ahora, fué el último que escribió el gran historiador y pensador político catalán.

dad, la voluntad persistente de ser libre o autónomo constituye un signo de la nacionalidad, puesto que si esta voluntad existe y persiste es a causa de los factores naturales y humanos que la determinan : geografía, historia, lengua, cultura, consciencia de ser una personalidad colectiva.

España, durante los distintos regímenes políticos que se han sucedido, lejos de ser una nación espiritualmente unificada — y Renan decía que la nación es un alma, un principio espiritual — mantiene una estructura cuadrinacional, que Richelieu, los hombres de la Revolución francesa y Napoléon discernieron. Está compuesta de cuatro nacionalidades diferentes. Existe una nacionalidad occidental, atlántica : Galicia ; una nacionalidad nórdica, cantábrica : el País vasco junto con Navarra ; una nacionalidad central : Castilla, es decir los países peninsulares de lengua castellana ; y, finalmente, una nacionalidad oriental, mediterránea : Cataluña, o sea los países de lengua catalana.

Castilla es superior por el número de sus habitantes — 18 millones, poco más o menos — a las otras tres nacionalidades — 5'5 millones de catalanes, 3 de gallegos y 1'5 de vascos ; en total 10 millones — Pero por lo que respecta a la densidad de población, al poder económico y al grado de evolución social, los pueblos no castellanos presentan una ventaja innegable. Hecho a destacar : tienen la mayor parte del litoral de España ; son pueblos del mar, mientras Castilla es sobre todo el pueblo de las altas mesetas interiores y constituye esa « España profunda » de que hablaba el cronista medieval catalán Bernat Desclot.

En el triple caso de las nacionalidades hispánicas, la solución liberal del problema resulta tanto más normal por cuanto los pueblos que aspiran a la autonomía, lejos de inclinarse hacia posiciones extremas, son partidarios declarados de las soluciones federativas. Han hecho la demanda, para el futuro próximo, de libertades comparables a las que gozan los Estados particulares de América del Norte o los Cantones helvéticos.

Por lo tanto no puede hablarse de separatismo. Para estos pueblos el separatismo no es otra cosa que la reacción eventual contra el cierre de la vía que conduce a las

libertades de tipo federativo. No es que se consideren forzosamente obligados a una limitación de tal naturaleza ; pero por afán de concordia, y también por realismo político, tienen interés en establecer una compatibilidad entre su autonomía y su pertenencia al Estado español, un Estado español ampliado y más flexible. Valentí Almirall, primer teórico del movimiento catalán, dijo sin tapujos en su obra *El Catalanisme* : « Si nos detenemos en un punto que no llega a la separación, no es porque nos falte el derecho, sino porque creemos que no conviene ejercitarlo. »

El criterio democrático de la voluntad popular facilita, por lo demás, la solución de ciertos problemas latentes en el seno de las nacionalidades ibéricas : inclusión de Navarra en el País vasco autónomo ; régimen particular de Valencia y de las islas Baleares. Estos dos países, si bien forman parte de la nacionalidad catalana lingüística e históricamente, no tienen aun el mismo grado de sentimiento nacional que la Cataluña del antiguo Principado. Muy probablemente, en el caso de una generalización del régimen autonomista en España, tanto Valencia como las Baleares constituirán entidades particulares. Solamente más tarde podría examinarse la cuestión de una federación de los tres países de lengua catalana, federación insertada en el cuadro más amplio de la Federación hispánica, o en el más ambicioso y lejano de una Confederación ibérica. Estas son perspectivas futuras y los catalanes del Principado jamás pensaron en violentar ni tan siquiera presionar a sus hermanos valencianos y mallorquines. Lo esencial es que los tres grupos recuperen la plena conciencia de la personalidad nacional y que se esfuercen, conjuntamente o cada una por su lado, en recuperar en sus modernas formas la antigua libertad.

Este es el problema de estructura de España : tres nacionalidades desconocidas, pero vivas y poderosas, en pie contra el Estado unitario y absorbente surgido de la monarquía absoluta. Estado que se sirvió de Castilla como instrumento, tras haberla despojado de las libertades originarias. Contra este Estado, creado por la dinastía austríaca y perfeccionado por la dinastía borbónica, luchan los patriotas vascos,

catalanes y gallegos ; luchan, no contra la existencia de un Estado español, menos aún contra Castilla en tanto que pueblo. Lo que quieren esos patriotas es que la nacionalidad castellana se junte a ellos en un esfuerzo común para terminar con

un Estado artificial que tiene la pretensión de ser uninacional, al objeto de construir el nuevo Estado quadrinacional, la « España poliforme » cantada por el gran poeta hispano-americano Rubén Darío : las Españas, en plural.

II

ESPAÑA, EXCEPCION EN EL MUNDO DE HOY

EL movimiento de las nacionalidades, en sus diversas fórmulas, ha triunfado en todas las partes de Europa, del Báltico a los Balcanes y de Irlanda al Ural. Las aplicaciones del principio de la libertad colectiva no han tenido todas el mismo valor, ni tampoco aparecen todas como totalmente plausibles. Mas se ha reconocido y salvaguardado la personalidad de los grupos lingüísticos e históricos, y se les ha otorgado instituciones autónomas.

Las nacionalidades que, por así decirlo, fueron las « vedettes » del movimiento — Italia, Polonia, Noruega, Hungría, Irlanda, Finlandia, Bohemia — son hoy día Estados independientes. En la U. R. S. S. la carta política se adapta a la geografía de las nacionalidades, y las múltiples lenguas, estimuladas por su uso oficial, están en pleno desarrollo popular, literario y cultural. (No tenemos ahora porqué juzgar aquí los otros aspectos del régimen soviético). Problemas como los de los Balcanes, Creta, Slesvig y Alsacia-Lorena recibieron soluciones inspiradas en la concepción liberal del principio nacional. La influencia de este criterio se deja sentir en Asia mismo, donde ha sonado la hora última de los regímenes coloniales. Y he ahí Israel, la nación disuelta, dispersada, que después de veinte siglos de matanzas y persecuciones vuelve a encontrar el suelo de la patria perdida y la forma libre de un Estado.

Mas en el mapa de las múltiples nacionalidades, hay tres manchas negras : Cataluña, el País vasco y Galicia. Los tres únicos movimientos nacionales que en nuestros días se persigue y se encarna son los del Estado español. España es hoy una

excepción irritante en lo que se refiere a la cuestión nacional, así como respecto a otras cuestiones, dicho sea de paso. Es el único Estado del mundo que niega al mismo tiempo las libertades individuales y las libertades colectivas.

Los derechos de la lengua vernácula no son reconocidos a los gallegos, a los catalanes y a los vascos. Se quiere arrinconarla en la vida familiar, etapa hacia la extinción. La dulce lengua gallega, madre de la portuguesa ; la lengua vasca, maravillosa herencia prehistórica y la lengua catalana se ven infligir un trato inferior al que reciben las lenguas de las poblaciones semicivilizadas.

¿ Es posible qué esta vergüenza continúe ? ¿ Es posible qué en un mundo en el que casi todos los problemas nacionales y numerosos problemas coloniales recibieron soluciones más o menos felices sobre la base de la libertad de los pueblos, permanezcan en el extremo sudoeste de Europa, rechazados, agarrotados, doloridos, tres pueblos cultivados, laboriosos y dignos, que tienen un pasado glorioso y cuyo renacimiento se ofrecía rico de esperanzas e incluso de realizaciones ? ¿ Es qué los catalanes, los vascos y los gallegos, deben permanecer por debajo de los pueblos nacionales y subnacionales que en medio siglo hemos visto elevarse a la categoría de pueblos independientes o autónomos ? ¿ Deben ser los desgraciados sucesores de la Diaspora judía ? ¿ Es qué los demócratas de Occidente pueden observar con indiferencia incomprensiva, mientras saborean el jugo azucarado de las naranjas españolas, este triple caso que clama y reclama justicia ?

III

LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA FRENTE AL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES

LA Monarquía española, que trabajó siempre por cercenar y aniquilar las libertades de los pueblos que sometió por la fuerza o por la astucia, no podía acoger las demandas, cada vez más vehementes, de las nacionalidades peninsulares. La Monarquía estaba edificada sobre sus ruínas. Se había acorazado con el dogma de la unidad nacional, que añadía al dogma de la unidad religiosa : *Unus Deus, una grex, una lex.*

En 1907, en el curso de un debate parlamentario sobre la cuestión catalana, el jefe del gobierno español — que era, por triste ironía, un catalán de Mallorca : Antonio Maura — opuso a las reivindicaciones políticas de los catalanes, muy moderadas, una negativa total y feroz invocando la soberanía indivisible e intangible, esa abstracción inventada por los juristas a sueldo de los reyes absolutos y que ni tan siquiera se sabe dónde reside. Maura prometió con indiferencia una ligera reforma administrativa ; pero más allá de esos límites, en la esfera política del Estado concebido a la manera unitaria, los catalanes, dijo, no recibirán la menor concesión. *Nunca, nada,* fueron sus palabras textuales. Y lanzó estos adverbios como rayos sobre la cabeza de los diputados autonomistas de Cataluña, que sumaban 41 entre los 44 diputados de las circunscripciones catalanes. Doce años más tarde, otro jefe del gobierno español, el Conde de Romanones, oponía a los diputados catalanes una negativa de la misma naturaleza : « *En cuanto a la soberanía, no admito ni el diálogo.* »

Poco después la famosa soberanía pasó a manos del general Primo de Rivera, el cual con la complicidad de Alfonso XIII suprimió la Constitución, el Parlamento, las corporaciones de elección popular y naturalmente, la Mancomunidad, especie de federación de las cuatro provincias catalanas autorizada mediante un decreto del año 1913 ; esta institución tenía para

los catalanes el gran valor moral de reconstituir oficialmente la unidad de Cataluña. Alfonso XIII, de paso por Barcelona, hizo el elogio de Felipe V y se declaró orgullosamente su sucesor.

La Monarquía española estranguló los pueblos en lugar de reunirlos ; su objetivo principal era el programa que el Conde-Duque de Olivares presentó a Felipe IV en una Memoria : « *Reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla.* » El rey y el conde intentaron imponer enseguida este programa, ya esbozado por los Reyes Católicos, destructores de las libertades de Galicia. Pero ambos, poco hábiles, rompieron la unidad que querían asegurar : Cataluña se sublevó, seguida por Portugal (1640), y al año siguiente proclamó a Luis XIII de Francia Conde de Barcelona, mediante un pacto que aseguraba las instituciones autónomas. Y si bien el debilitamiento de Francia a causa de la Fronda obligó a los catalanes a volver a entrar en 1652 en el seno de la Monarquía española, que prometió respetar sus libertades, Portugal, sostenido por Inglaterra, permaneció y permanece separado.

Las libertades catalanas, salvadas durante el reinado de Felipe IV, sucumbieron en tiempos de Felipe V. Cataluña, Valencia y Mallorca, desconfiando del nuevo rey, habían luchado al lado de Carlos de Austria durante la guerra de la Sucesión, y, no obstante su heroica resistencia, fueron vencidas a consecuencia del deshonroso abandono de que fueron objeto por parte de sus aliados, en primer lugar la *tory* Inglaterra. Fueron tratados como países conquistados e invocando explícitamente el derecho de conquista Felipe V estableció en los países de lengua catalana un nuevo régimen, a la vez antinacional y antiliberal. Tal es el origen de la soberanía real respecto a esos países : la conquista por las armas.

Si bien había anexionado por la fuerza Navarra a finales del reinado de Fernando el Católico, la Monarquía respetó durante

largo tiempo las libertades del País vasco, comprendida Navarra; mas terminó por destruirlas en el último tercio del siglo último. Amenazados por las tendencias unitarias de los liberales españoles, los vascos se hicieron en su mayor parte carlistas, y al finalizar las guerras civiles, a pesar de las convenciones establecidas, las leyes de 1839 y de 1876 les depojaron de sus antiguas libertades, a las que el árbol de Guernika había dado sus ombra protectora.

No ha sido el pueblo de Castilla el que destruyó en beneficio propio las libres instituciones de Galicia, Cataluña y País vasco. Fué la Monarquía española la que, después de destruir las libertades de Castilla, utilizó esta nacionalidad para destruir las libertades de los demás pueblos de la Corona. La Monarquía quiso favorecer a Castilla utilizando a sus capitanes, golillas e inquisidores para imponer la lengua y las leyes castellanas a los demás pueblos. Pero no ha hecho sino cubrir con la púrpura imperial la miseria dolorosa del pueblo castellano.

La República, proclamada en 1931, comprendió mejor el caso de catalanes, vascos y gallegos. Se adentró por la vía de un régimen autonomista basado en Estatutos particulares, partiendo de la iniciativa de cada uno de los pueblos deseosos de un tal régimen. Esto no se hizo sin dificultades. El espíritu unitario de la Monarquía había prendido con hondas raíces en la tierra desecada de la España central. Si el primer partido republicano español tomó una orientación federalista, fué porque su principal inspirador era un catalán: Pi i Margall. La primera República, la de 1873, obra en gran parte de los catalanes, proclamó en sus Constituyentes el principio de la República federal, que la falta de prepara-

ción del país y las luchas intestinas hicieron abortar. Las Constituyentes de la segunda República prefirieron el método gradual de los Estatutos al establecimiento general de un régimen federativo. Fué inteligente. Menos inteligente fué el cercenamiento del Estatuto propuesto y votado en referéndum por Cataluña, de manera que la autonomía catalana no fué sino una semi-autonomía, inferior a la de los regímenes federativos que pueden calificarse de clásicos. Sin embargo, los catalanes aceptaron el Estatuto ya podado, puesto que contenía todavía libertades importantes que jamás la Monarquía hubiera concedido; en el mejor de los casos ofrecería una limosna de descentralización administrativa controlada, precaria, siempre a merced del humor variable y a menudo agresivo de los hombres políticos del centro y de los generales ambiciosos.

Tomando como modelo el Estatuto de Cataluña, promulgado en el mes de septiembre de 1932, en octubre de 1936 se votó en las Cortes el Estatuto vasco, con algunas variantes notables; la preparación del Estatuto gallego fué aplazado a consecuencia de la sublevación militar de julio de 1936. Si la segunda República hubiese resultado victoriosa, habríamos asistido en España al funcionamiento ordenado y beneficioso de los tres regímenes autónomos de Cataluña, País vasco y Galicia; y probablemente también de Valencia y Mallorca. El problema de las nacionalidades hispánicas se hallaría en la buena vía; incluso es de creer que las autonomías de los Estatutos se habrían ampliado constitucionalmente hasta los límites del federalismo clásico. Y en la cuestión de las nacionalidades, España no sería una negra excepción en el mundo.

IV

EL VALOR DEL AUTENTICO ESPIRITU NACIONAL

SE ha relegado finalmente al desván de la tontería demagógica la tesis absurda que presentaba como incompatibles el nacionalismo — en el sentido de la

libertad de las naciones — y el universalismo. En el seno de la sociedad civilizada lo humano es una armonía de lo individual, de lo nacional y de lo universal. El autér-

tico espíritu nacional — que no debe confundirse con el « chauvinisme », ni con la ambición de hegemonía, si siquiera con el egoísmo sagrado — es una gran fuerza creadora. El mundo le debe ricas floraciones en el arte, en la poesía y en el pensamiento. Un pueblo no halla la plenitud de su vigor espiritual más que en la fidelidad a su naturaleza. Si renuncia al signo de su personalidad distintiva, o si es desposeído por la coerción, las luces de su genio palidecerán y se apagarán.

Véase la historia de los pueblos sin soberanía por propio abandono o por agresión de otro pueblo. Su aportación a la obra común de la civilización ha disminuido intensamente o se ha agotado. Pero si en uno de esos pueblos se produce un renacimiento del espíritu nacional, bien pronto su literatura y su arte, su ciencia y su vida, patentizan un nuevo esplendor.

Se ha visto durante la baja Edad Media, que en Europa fué el período durante el cual las nacionalidades tomaron figura y conciencia ; se ha visto asimismo en los modernos renacimientos nacionales. Los errores, desviaciones y contradicciones de la política y de la diplomacia no bastan para arrebatar a los movimientos nacionales la gloria de haber dado un impulso a la vida espiritual de los pueblos.

Se ha visto tanto en la península ibérica como en otras partes. El movimiento catalán y el movimiento gallego, que hallan en la lengua su principal fuerza, se iniciaron mediante un renacimiento poético en el que brillaron grandes nombres. En Galicia, Rosalía de Castro, Eduardo Pondal, Manuel Curro Enríquez ; en Cataluña, Jacinto Verdaguer, Angel Guimerá, Joan Maragall, Miquel Costa i Llobera, Joan Alcover. En los otros géneros literarios la cosecha fué igualmente abundante. El renacimiento catalán, el que más ha evolucionado hasta el momento actual, condujo a la restauración del intenso hogar de cultura que ennoblecía el nombre de Cataluña en los tiempos en que creó el más amplio y más duradero imperio mediterráneo después del de Roma. El movimiento vasco, por su parte, no solo detuvo el curso de la desaparición progresiva de la lengua vasca, sino que ha iniciado su renacimiento. La renovación

del espíritu nacional devuelve la juventud a los pueblos.

Por lo que se refiere a Cataluña, sobre todo, existe el hecho que durante los tres siglos de desnacionalización en el dominio de la lengua escrita, no produjo en castellano más que una producción limitada y mediocre ; por el contrario, durante un siglo de renacimiento dió en su lengua una producción muy importante en cantidad y en calidad. Este hecho ha sido reconocido, casi con idénticas palabras, desde lo alto de la tribuna de los Juegos Florales de Barcelona, por dos hombres eminentes, de signo contrario pudiera decirse : un castellano de derecha, Menéndez Pelayo (1888) y un catalán de izquierda, Pi i Margall (1901). La historia literaria muestra que las dificultades para adaptarse a la expresión lingüística castellana son más fuertes aún para un catalán que para un vasco o un gallego ; hecho este más psicológico que filológico. Así, la oposición al desarrollo de la lengua catalana es pura pérdida para la cultura humana, sin que la cultura castellana obtenga beneficio alguno. Los mejores espíritus de Castilla han condenado la imposición de la lengua castellana a los pueblos no castellanos.

Los españoles de tendencia verdaderamente democrática y liberal reconocen el hecho fundamental de la diversidad hispánica. La Monarquía española fracasó en su esfuerzo histórico por someter todos los pueblos de la península al estilo y a las leyes de Castilla. La República no puede proseguir este esfuerzo desleal y peligroso ; en cambio puede triunfar en la tarea de reconciliar los pueblos peninsulares y llevarlos a una colaboración confiante y constante. Las reivindicaciones autonomistas de los vascos, catalanes y gallegos — tres pueblos de alma liberal y de tradición democrática — se colocan en el campo del federalismo y cuentan, en definitiva, con el apoyo popular. Los tres pueblos pueden tomar por divisa las hermosas palabras catalanas de Angel Guimerá :

« *En la vida dels pobles, qui vol viure té rao de viure.* »

A. ROVIRA I VIRGILI

Las autonomías en España

POR SALVADOR DE MADARIAGA

No creo pecar de optimismo en creer que nuestra opinión pública, una vez libre, se pronunciaría en favor de la más amplia autonomía para todas las regiones de España que lo desearan. Personalmente, soy favorable, y lo fui siempre, a esta solución. Comentaré pues el artículo de Rovira i Virgili, no ciertamente con ánimo de oposición sino con un propósito de cooperación crítica.

* * *

No creo en las cuatro nacionalidades. Creo que la unidad del pueblo español cala mucho más hondo que su variedad. Creo que su variedad es verdaderamente maravillosa, pero en el seno de una unidad psicológica todavía más impresionante.

El clima y el medio geográfico han condicionado estas variedades, constituyendo tres grupos que en una de mis obras he distinguido y definido como sigue: un grupo atlántico, galáico-portugués, de matiz lírico; un grupo central, vasco-castellano-andaluz, de matiz épico-dramático; un grupo mediterráneo, catalán-valenciano-murciano, de matiz plástico. Pero, bajo este diseño, resaltan en su pleno vigor natural, los rasgos acusados de once o doce « reinos » distintos, y aun dentro de estos reinos, se dan diferencias tan pronunciadas como las que en Andalucía distinguen a sevillanos de cordobeses, granadinos o malagueños.

* * *

No creo en la asimilación por lenguas. Los vascos, si de verdad siguen fieles a sus

hablas natales, como procedan de valles distantes, sólo pueden entenderse en castellano. Los castellanos viejos, que no saben vascuence, son vascos de origen. Los valencianos, cuya lengua apenas si difiere del catalán, son en ciertos aspectos más distintos de los catalanes que los aragoneses, que hablan castellano.

Este error de dejarse guiar por la lengua lleva a menospreciar el elemento mucho más importante, de la formación histórica. Hay muchos vasquistas y catalanistas que sueñan con unir en sendos estados únicos los vascos y catalanes de ambos lados del Pirineo. ¡ Qué ilusión ! Los vascos y catalanes franceses son franceses ; ¡ y los vascos y catalanes españoles son tan españoles ! Si hay algo seguro en la experiencia humana es que la historia y la geografía significan mucho más que la lengua. Ni los austriacos ni los alsacianos son alemanes, ni los suizos romandos son franceses, ni los flamencos son holandeses. La construcción catalanista de una Gran Cataluña compuesta de Cataluña, Valencia y Baleares es tan teórica e irreal como la ilusión de una nación vasca y otra catalana con el Pirineo por espina dorsal.

* * *

No creo en una « Castilla » centralista e imperialista, o gro que se come las libertades de los pobrecitos pueblos ibéricos del litoral. Nada hay más traído y llevado en estas cosas que « Castilla ». Tan pronto quiere decir « los países peninsulares de lengua castellana » (Rovira) como « el pueblo de la altiplanicie interior » (Rovira). Y entre tanto los que, con razón o

sin ella, llevan la culpa del centralismo español resultan ser andaluces (1) como Cánovas, Primo de Rivera, baleares, como Maura, gallegos como Franco y otros prohombres que sería prolijo enumerar; vascos, como los no menos numerosos que, junto con otros también numerosos catalanes, gobiernan hoy a España bajo la férula del gallego Franco; mientras que los estatutos de autonomía fueron concebidos y arrancados a la reacción centralista por el gobernante más castizamente castellano que España ha tenido: Azaña.

El caso es que la razón por la que vascos y catalanes de España piden autonomía, y los de Francia no es precisamente que la dinastía austriaca no tomó nunca en serio la centralización y unificación de los diversos reinos españoles; mientras que los Borbones de Francia consideraron la labor centralizadora como su primera obligación. Las libertades catalanes duraron hasta el siglo XVIII; y las vascas hasta el XIX. No deja de tener gracia que entre los « graves errores » del Conde-Duque de Olivares, cite la Enciclopedia Británica: « Su total negligencia en unificar los diferentes Estados que constituían el reino peninsular », error que, acertadamente estima la Enciclopedia haber compartido con el rey y con las clases comerciales. Lejos de deberse a la opresión de una « Castilla » hipotética, el problema de las autonomías surge de que España ha sido siempre mucho menos centralista que Francia o que Inglaterra. Y no olvidemos que el lenguaje castellano invade toda la península — sin excluir Cataluña ni Portugal — cuando el rey de Castilla carecía del menor asomo de autoridad sobre estos dos reinos.

* * *

De acuerdo con Rovira, creo que la solución razonable y sabia presupone la eliminación del separatismo. Pero ya quisiera estar yo tan seguro como parece estarlo él de que no puede tratarse de tal cosa. Los extremismos se refuerzan y exaltan mutuamente, y el centralismo

(1) Olivares, nacido en Roma, era de una familia andaluza castellanizada. Personalmente nada menos típico de Castilla.

intransigente de los conservadores de Madrid no tuvo jamás aliados más eficaces que los separatistas catalanes y vascos. El mismo Rovira no considera la eliminación del separatismo más que como una concesión. Para mí, no es el separatismo mero error de táctica: es sobre todo una aberración intelectual.

El asunto es lo bastante grave para que nos paremos un poco. Por lo pronto, ya el hecho de aceptarlo como « la reacción eventual contra el cierre de la vía que conduce a las libertades de tipo federativo » me parece una afirmación de separatismo que no echarán en saco roto los centralistas. Como la actitud de estos tales se funda precisamente en el temor de que la autonomía no venga a ser más que una etapa hacia la separación, temor, por desgracia apoyado en no pocos escritos tanto vascos como catalanes, el observador imparcial y aun el benévolo para con las autonomías, se ve obligado a hacer constar que la responsabilidad de la situación se debe en gran parte a vascos y catalanes.

La explicación de este hecho es demasiado sencilla: la tendencia separatista es natural en los españoles. Cuando los extremistas del separatismo vasco y catalán se echan a declarar que no son españoles, tentado está el que escucha de decirlos: « Ojalá no lo fuerais; que así no habría problema, pues habríais resuelto con prudencia y buen sentido el cómo colaborar con los españoles en el hogar común de la Península. » Pero este rasgo fatal de la psicología española, la tendencia a la fisión, a la escisión, al cisma, al « pues yo no juego », tendencia que se observa en el ejército, separado del pueblo, en la Iglesia, separada del siglo, en las profesiones liberales, separadas unas de otras en tribus rivales, en las ciudades a la greña, en los partidos políticos, divididos en facciones y clientelas, este separatismo universal y omnivalente del español infecta con su virus un problema que, de quedar circunscrito a la autonomía, hallaría fácil solución.

Bajo la literatura autonomista, aun la más sensata, vibra un separatismo apenas velado. Ejemplo: el propio artículo de Rovira, cuya insistencia en el derecho a la separación es característica. Rovira cita

a Almirall : « Si nos detenemos en un punto que no llega a la separación, no es porque nos falte el derecho, sino porque creemos que no conviene ejercitarlo. »

Estas palabras afirman, quizá harto categóricamente, un principio muy dudoso. El problema es de los más delicados para un espíritu liberal. ¿ Los cuatro millones de catalanes, de quererlos así una mayoría de ellos, tendrían en efecto el derecho de separarse del resto de España ? Cuestión que no parece admitir respuesta dogmática y general. Hay liberales simplistas que tiran por la calle de en medio y el que venga atrás que arree. Se va a un plebiscito y se está a lo que diga la mayoría. Pero ¿ no es evidente que esta solución reposa sobre una petición de principio ? En cuanto se acepta que tal país tiene el derecho de votar sobre su soberanía, ya se le ha otorgado la soberanía antes del voto. Sin contar con que la pregunta que se le hace al pueblo puede ser de tal complejidad, profundidad y delicadeza que no sea posible entregarla sin desastre a los vaivenes de la mayoría y a los tumbos de las campañas electorales.

Procuremos pues plantear el problema en un terreno más sólido. Llamemos soberanía nacional el derecho y la facultad de tomar aquellas decisiones que el país considera como vitales para su destino. El destino común surge así como la esencia misma de la unidad nacional. Cuando dos pueblos se dan cuenta de tener un destino común, se unen : Inglaterra y Escocia forman la Gran Bretaña. Cuando dos pueblos se dan cuenta de que sus destinos divergen se separan : Suecia y Noruega.

Ahora bien, quienquiera que tenga de España un conocimiento suficiente tiene que llegar a la convicción de que los pueblos peninsulares — incluso el portugués — tienen un destino común. Sólo puede aferrarse a la conclusión contraria el prejuicio más obcecado. Los hombres preclaros de la Península lo han visto siempre así ; porque es evidente. Y la decadencia de España se debe mucho menos a la centralización austriaca (que es un mito) o borbónica (que es una tradición francesa) que a la falta de solidaridad entre sus pueblos.

Castilla rica y próspera, mucho más rica y próspera que los demás pueblos espa-

ñoles en el reinado de Carlos V, perdió sus libertades en la batalla de Villalar (1521), en que las ciudades lucharon tenazmente en defensa de su sistema representativo y de un programa que aspiraba a transformarlo en parlamentario, casi moderno. Esta derrota hizo pasar el poder a manos de una nobleza imperial e imperiosa. Pero mientras Castilla bregaba por su libertad, Andalucía se declaraba más realista que el rey, y Cataluña dejaba que derrotaran no sólo a Castilla sino a Valencia, donde las germanías brotaban en un intento de revolución social.

Pasa un siglo, y bajo Felipe IV, tercero de los reyes de toda la Península, Cataluña y Portugal, apoyadas respectivamente por Francia y por Inglaterra, intentan separarse del resto de España. De aquí, dos guerras civiles que terminan en la independencia de Portugal y el retorno de Cataluña al sistema español. Ya es tópico clásico el condenar a Felipe IV y a su valido, el Conde-Duque por estos sucesos. Pero si bien el rey anduvo escaso de sentido político y su valido de ductilidad y don de gentes, ¿ qué decir de dos pueblos tan obcecados en cuanto a sus destinos que se obstinan en desgarrar y descuartizar la Península, cuerpo común a todos los pueblos que la habitan y cuya balcanización tiene que disminuirlos y empobrecerlos a todos ?

Sólo la contracción intelectual que acarrea el particularismo puede explicar las afirmaciones más que aventuradas que hace Rovira en sus títulos : *España, excepción en el mundo ; y la Monarquía y la República frente al problema de las nacionalidades*. En estas secciones de su artículo hace caso omiso del centralismo italiano (que aflige hasta a los liberales) ; de la gravedad del problema de Ulster en Irlanda ; de la tenacidad que pone la opinión inglesa en no enterarse de las aspiraciones autonomistas de Escocia y de Gales ; de los episodios sangrientos a que ha dado lugar el problema de los Sudetas en Bohemia ; de las matanzas de nacionalidades enteras en la Unión Soviética. Todo había que borrarlos para aislar en « el mapa de las nacionalidades » las « tres manchas negras : Cataluña, el País vasco y Galicia » (Dicho sea de paso, yo, que soy del país,

no estoy muy convencido del entusiasmo autonomista de Galicia). Pero el caso es que estos tres pueblos no sufren del régimen específicamente como alógenos, sino como todos los demás países de España. Bien es verdad que no se les permite expresarse públicamente en su lengua; pero tampoco se le permite a los que se expresan en castellano, como no sean gramófonos del gobierno. Aun hoy, nadie le impide al vasco, al catalán, al gallego, hablar en su lengua con los amigos o escribirles en ella. Publicar e imprimir... eso ya es otra cosa. Pero ¿no hay libros en castellano prohibidos en España? Que me lo pregunten a mí. Demos de barato que, en último término, quede un residuo de opresión de las lenguas locales, que hace aun más odioso el régimen a vascos y catalanes; pero no perdamos el sentido de la proporción hasta hacer de la España franquista una excepción en el mundo por su opresión de las nacionalidades, olvidando los otros pueblos españoles no menos oprimidos, y las numerosas nacionalidades oprimidas y aun exterminadas fuera de España.

* * *

Tampoco puedo subscribir las opiniones de Rovira sobre la Monarquía. Por ejemplo: «Fué la Monarquía española la que, después de destruir las libertades de Castilla, utilizó esta nacionalidad para destruir las libertades de los demás pueblos de la Corona. La Monarquía quiso favorecer a Castilla utilizando a sus capitanes, golillas e inquisidores para imponer la lengua y las leyes castellanas a los demás pueblos.» No hay apenas una palabra en este párrafo que no sea discutible desde el punto de vista histórico. La Monarquía, bajo la casa de Austria, fué federal; no, ciertamente, adrede pero sin saberlo, como el personaje de Molière hacía prosa. El mismo Rovira tiene que reconocer en su artículo que, ni aun después de la rebelión catalana, bajo Felipe IV, perdió Cataluña sus libertades. Si cabe hacer un reproche al sistema de los grandes consejos que constituía el gobierno de España bajo las Austrias, más bien sería el contrario; porque, en realidad, carecía de un organismo coordinador y central. Los Borbones importaron de

Francia una tradición unitaria que, en su forma original, habría aniquilado rápidamente las libertades catalanes si Cataluña hubiera conseguido entonces hacerse francesa. Si los tres Felipes no hubieran respetado escrupulosamente la autonomía, y aun la independencia, de Portugal bajo sus reinados, la separación de Portugal en el siglo XVII, origen de tantos males para Portugal y para España, no hubiera podido tener lugar.

* * *

Seguro estoy de que el particularismo portugués y el catalán llevan en la Historia tanta responsabilidad por las desgracias de España como cualquiera de las demás causas que se suelen enumerar; y de que, si Cataluña y Portugal hubieran orientado sus esfuerzos hacia una coordinación creadora con los demás pueblos españoles, la Historia de España hubiera sido mucho más estable. Evidente también me parece que los acontecimientos del reinado de Felipe IV, cuya culpa, lo repito, recae al menos por igual sobre catalanes y portugueses que sobre los «castellanos», pesan todavía como grave hipoteca histórica y psicológica sobre el presente y el porvenir de las autonomías españolas.

Pero estas autonomías son indispensables si España ha de volver a ocupar en el mundo el lugar que le corresponde. Y no sólo las de Cataluña y Vasconia. Hemos alcanzado un punto en la evolución política de España en el que la autonomía es ya necesaria no sólo a los países que la piden sino, quizá aun más, a los que no se dan cuenta de que les hace falta. Para que España renazca de verdad, es menester una honda descentralización, a fin de que cada reino recobre la dirección de sus asuntos, para dar libre curso al espíritu creador de pueblos tan diversos y tan originales. Esta descentralización es necesaria. Para que sea posible, es menester que el espectro del separatismo no vuelva a surgir en la imaginación de los españoles. A los vascos y a los catalanes toca ahuyentarlo para siempre de la Península.

SALVADOR DE MADARIAGA

SANTAYANA

el gran hombre del margen

POR RAMON J. SENDER

AUNQUE SANTAYANA escribiera toda su obra en inglés, la verdad es que puede ser considerado un escritor hispánico. Incluso un escritor del 98. Representa Santayana fielmente el espíritu que se atribuye a esa famosa generación a la cual parecen ir adscritos el escepticismo en religión, el pesimismo en política y una especie de fría desesperanza en su idea moral del hombre. Los dos últimos supervivientes, Azorín y Baroja, siguen siendo las dos sombras grises que fueron toda su vida y parecen llevar consigo la aureola negativa de su desamor por la vida y de su indiferencia por los destinos de España. Ninguno de ellos escribió en favor de la Monarquía. Tampoco lo hicieron en contra. Ni celebraron ni atacaron a la República. Finalmente, ninguno de ellos elogió a Franco ni ataca hoy a Franco. En cierto modo, los del 98 eran « los hombres del margen ». Los grandes hombres del margen.

El autor de *El último puritano*, para evitar la corriente de las ideas y los intereses de su tiempo, vivió solo y cultivó su soledad con amor y cautela. Fué profesor en Harvard, pero no disimuló nunca sus sentimientos antiuniversitarios y antiacadémicos. Sus peculiaridades eran suyas y no las de su grupo social. Si siquiera las de una profesión. Su única extravagancia de profesor era el aislamiento elusivo.

Americano de idioma, nunca hizo profesión de americanismo, y murió a los 88 años siendo ciudadano español. Enamorado de su patria de origen, España, no volvió a visitarla desde 1886. Tampoco vivió en América los últimos treinta años. Una herencia le permitió dejar la Universidad y fué a vivir a Inglaterra y después a Europa. Católico de nacimiento, publicó libros escépticos y descreídos. Su falta de fe no le impidió escribir un conmovedor análisis de la personalidad humana de Jesús. Aunque era sabida su indiferencia religiosa, fué a vivir los últimos años de su vida en un convento cerca de Roma. Murió sin auxilios eclesiásticos. Todas estas circunstancias parecen definir en Santayana un hombre al margen de las escuelas, las sectas y los partidos. Ni la gloria, ni la fortuna, ni el respeto de los mejores, ni el entusiasmo de los jóvenes le hizo salir de esa media sombra en la que se refugió entre desdeñoso y tímido evitando cuidadosamente toda definición y clasificación.

Santayana, que tantos lectores tiene en América y cuya obra filosófica ha tenido influencia considerable en la juventud americana, fué bastante traducido al español. Algunas de esas traducciones, como la del análisis de la personalidad de Jesús, son excelentes. Santayana como humanista interesaba en España, en Francia, en

Alemania. Llamar humanista a alguien es como darle un título de nobleza con raíces en el Renacimiento. Un título de nobleza liberal. Es difícil concebir un verdadero humanista sin una base liberal. El mismo Menéndez y Pelayo, tradicionalista y conservador, tiene un acento liberal al tratar de los heterodoxos españoles. Claro es que hay muchos modos de ser liberal, y el Dr. Marañón se ha definido a sí mismo como liberal antidemocrático. La combinación no es nueva, pero se quiebra de sutil.

Santayana escribió poesía, ensayo y novela. En la poesía tenía acentos curiosamente idealistas y místicos; en el ensayo mostraba un don especulativo agudo y frío, y en la novela seguía la tradición realista española con el sentido inglés de a mesura a la manera de Henry James. En sus versos *Sonetos y otros poemas*, *Lucifer* — una tragedia teológica — y *El eremita del Carmelo* se veía una curiosa influencia hereditaria. Tenía antepasados en Avila, tierra de místicos. Pero su misticismo era de origen estético y estaba siempre vigilado y contenido por su razón de filósofo.

El libro que lo hizo popular y famoso es una novela: *El último puritano*. La escribió cuando tenía ya setenta y dos años, y la publicó en 1936. Tiene el subtítulo de « Memorias en forma de novela », y su popularidad sorprendió a los críticos porque no había una sola página que representara una concesión a la crudeza sensacionalista de la época. Por encima de cualquier otra cualidad, la novela de Santayana es honesta y sincera, sin exaltaciones ni violencias. Lo que hay de sátira se transforma en melancolía comprensiva. El estilo es limpio, delicado y extremadamente vivo.

Pero la parte más sólida de su obra es el ensayo. En esto también se parece a los escritores españoles del 98. *Interpretación de la poesía y la religión* y *El sentido de la belleza* fueron los primeros estudios que atrajeron sobre él la atención siendo todavía profesor de Harvard. Otros ensayos famosos, de carácter metafísico son *El reino de la verdad*, *El reino del espíritu*, *El reino de la materia* y *El reino de la esencia*. Anterior a estos ensayos fué *La vida de la razón*, que gustó extraordinariamente a Willian James — hermano del

novelista Henry — vivo todavía. A pesar de lo que el mismo Santayama declaraba a menudo y de su simpatía por filósofos modernos como Schopenhauer, su genuína fe estaba en el panteísmo de Spinoza y con los antiguos griegos.

En 1946 publicó su *Idea de Cristo en los Evangelios*, el más religioso libro escrito por un hombre sin creencias religiosas. Más tarde publicó antologías de su propia obra y recuerdos de su vida bajo el título de *Personas y Lugares*. Ultimamente preparaba nuevos estudios sobre el clasicismo helénico, ensayos diversos — algunos publicados en 1951 con el título *Dominationes y Potestades* — y una traducción en verso de un viejo poema italiano sobre Lorenzo « el Magnífico » (Lorenzo de Médicis).

Era Santayana en su vida privada fácil de tratar, difícil de comprender. Simple en la apariencia, inaccesible en el fondo. En su tiempo de profesor discutía los prejuicios universitarios, se burlaba de la seca erudición y satirizaba la gravedad y la solemnidad de la vieja institución de Cambridge. Acostumbrado a vivir como un estudiante, casi toda su vida trabajó y recibió sus visitas en la misma habitación donde dormía. Años enteros pasó en Roma sin salir apenas de su celda conventual. Sus amigos acudían a verle de diferentes partes del mundo. En Oxford y en la Universidad de París, donde había dado conferencias, lo recuerdan como una personalidad gris y modesta y una inteligencia clara y luminosa. Su acritud y su capacidad satírica — siempre condicionadas por el buen gusto en la expresión — las reservó para *El último puritano*, donde revela mejor que en otras obras las condiciones analíticas y críticas de orden positivo, es decir, en relación con los valores sociales establecidos.

En su poesía era de una sensibilidad sublimada que se puede situar tal vez entre Machado y Unamuno. En la novela, más penetrante que Baroja y más trascendente que Unamuno. En el ensayo crítico, menos difuso que Azorín, y en la filosofía, más sistemático y articulado que sus contemporáneos de habla hispánica. Huía cuidadosamente de la espontaneidad indisciplinada que nos es tan cara a los espa-

ñoles. Por nada del mundo habría Santayana disfrazado de originalidad lo que era una incapacidad para la concepción y la estructura, como hace Unamuno en *Niebla*.

Era Santayana cuidadoso del orden de su razón. La razón de un hombre de letras pertenece más que a sí mismo a la sociedad en la que vive. En todo lo demás se reservaba el derecho a la máxima libertad. Fué siempre soltero como Baroja, insociable como Azorín, iluminado como Unamuno, arguyente y articulado como Maeztu, gustador de la buena palabra como Valle-Inclán. Representaba una síntesis curiosa de las dos tendencias del grupo español: la esteticista y la filosófica. Y su honestidad estaba fundada en la necesidad de ser absolutamente fiel a su concepto de la rea-

lidad. Irreligioso, escribió el mejor libro sobre Cristo. Español de nacimiento y de secreta inclinación, no fué a España en sus últimos sesenta años. Americano de adopción vivió casi siempre fuera de América y no adquirió nunca la ciudadanía. Anticlerical, fué refugiarse en un convento, y antes de morir dispuso en su testamento que lo enterraran en un cementerio católico, pero en la parte no consagrada. Es decir, al margen. Hasta después de su muerte consideraba filosóficamente el margen, si no el lugar de la verdad, por lo menos el de la duda, tan amada por los filósofos de todos los tiempos.

RAMON J. SENDER

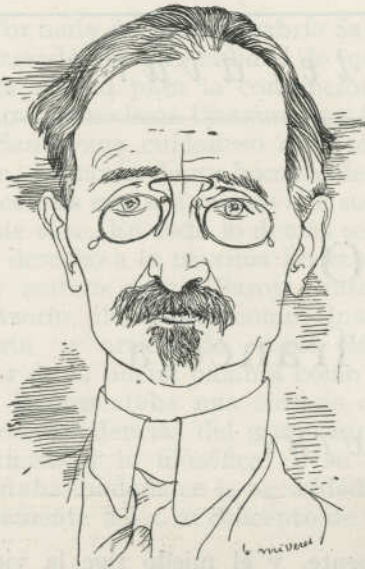
FERRERO y la Revolución francesa

POR HERBERT LUTHY

CUANDO el fascismo arrojó a Ferrero de su cátedra de la Universidad de Turín, era considerado como el gran historiador — y sin duda el más moderno — de la Roma antigua. En la última década de su vida, durante su emigración ginebrina, se convirtió en el historiador de la Revolución francesa. Toda la obra de sus últimos años nació del encuentro de una experiencia vivida y de una intuición histórica. La experiencia: el fascismo y, en general, el desorden europeo engendrado por la primera guerra mundial, con la degeneración del poder hacia la violencia y la ilegalidad. La intuición histórica: el descubrimiento del miedo como la gran fuerza que actúa detrás de todos estos regímenes « fuertes », el miedo recíproco que reina entre los gobernantes y los gobernados. Este fenómeno apareció, por primera vez en la Europa contemporánea, bajo la forma del « Gran Miedo » de 1789, y a través de las revoluciones, los golpes de Estado, el terror y las guerras sin regla, asoló a Europa durante un cuarto de siglo. El Congreso de Viena de 1814-1815 puso un dique a esta amenaza durante un siglo, pero se desencadenó de nuevo sobre Europa y sobre el mundo a partir de 1917. Cuando se desmorona la legalidad, es decir, el conjunto de reglas que establecen las relaciones entre gobernantes y gobernados y entre los mismos gobernados, esas relaciones dejan de ser una cuestión de derecho y se convierten en un hecho de fuerza

únicamente, y el miedo rige la vida pública.

Ferrero comenzó su gran fresco histórico del « gran miedo revolucionario » en el punto de intersección de la Revolución francesa y de la historia de su propio país, con la campaña de Italia de Napoleón Bonaparte. Esta irrupción a mano armada, trastornando un país estancado en un orden vetusto y teocrático, sin fuerza de resistencia, abrió la gran serie de campañas cada vez más victoriosas, cada vez más desmesuradas, cada vez más impotentes para asegurar la paz y poner fin al desorden internacional que ellas desencadenaron, y que no debía detenerse ya hasta la catástrofe final: ese fresco fué su libro titulado « *Aventure* » (París, 1936); su título dice bien bajo qué ángulo Ferrero apreciaba el genio de Bonaparte. Después, ocupándose de los más urgentes, escribió el último acto del drama: la historia del Congreso de Viena y de su gran tentativa de restauración — de reconstrucción — de un orden europeo, y toda la historia de esos veinte años intermedios se encuentra allí recogida en una biografía de Tayllerand, paradójicamente elevado al papel de ángel salvador. Finalmente, coronando un cuadro todavía mal acabado, con grandes espacios vacíos y esbozos aproximativos entre las partes elaborados, Ferrero dió con *Poder* (publicado en 1942, el año mismo de su muerte en Nueva York; no había en Europa casa editorial para este pensa-



(Dibujo de B. Milleret.)

miento libre) su testamento político. Es la definición del poder legítimo. Desde el punto de vista de la lógica o de la razón pura, es una ficción quebradiza y muy dudosa — que el « derecho de mandar » sea transmitido por herencia, que resulte de la aritmética del sufragio universal o restringido, o bien que se recurra a otro modo de selección — pues ningún procedimiento puede garantizar por sí mismo la elección de los mejores, ni la justicia y la pureza en el ejercicio del poder. Las legitimidades no son creaciones de la razón sino de la historia, y sus racionalizaciones son únicamente construcciones abstractas que un niño puede poner en duda, que cualquier imbécil o cualquier iluminado, a la cabeza de una banda de mercenarios, puede derrocar, pero que no logrará reemplazar. Pues toda legitimidad reposa sobre el consentimiento indiscutido de la gran mayoría adquirida por la tradición y un largo proceso — la « sanción de los siglos » — y sobre el respeto que impone tanto a los que ejercen el poder como a los que lo soportan. Este último libro de Ferrero no ha sido más que un manifiesto contra las ilusiones de la fuerza, que alcanzaba todo su sentido en ese momento de las grandes victorias fascistas, y estaba lleno de una inmensa inquietud ante el espectáculo de los pue-

blos y de los gobiernos, de las ideologías y de los demagogos que jugaban por todas partes alegremente con ese hilo de seda, ya tan gastado, que los separaba del caos y del miedo.

Una lección inacabada

Sin embargo, esta lección se convirtió en un semi-fracaso; no parecía abrir más alternativa que la inmovilización o el caos, no predicaba más que el viejo adagio según el cual el orden establecido más injusto es preferible al desorden, adagio mucho menos falso de lo que se cree, pero que sirve de justificación a la pereza o al egoísmo de los que se aprovechan de la injusticia y que no convencerá jamás a los que la padecen. Siendo siempre el orden legítimo el orden antiguo, las leyes siendo leyes « no porque sean justas sino porque son leyes », como decía Montaigne, el sistema no parecía traer consigo ningún elemento de evolución posible. Esta laguna, demasiado grave para haberse escapado, procede sin duda de que Ferrero, yendo a lo más urgente, fascinado por ese « mecanismo del Miedo » que había descubierto y que a medida que hacía sus investigaciones exponía en ensayos históricos, no teóricos, no podía humanamente decirlo todo a la vez. Pero hay una tesis implícita en toda su obra, jamás explícitamente expuesta, pero evidente por la manera de pensar de este gran conservador liberal: que sólo un régimen que abre vías legales de modificación y de adaptación a las necesidades de la sociedad, un régimen abierto a los cambios progresivos donde el derecho a la oposición esté reconocido, puede reivindicar en nuestro tiempo el título de poder legítimo; si se basa en la arbitrariedad y en la imposición, es ilegítimo. Pero aplicado a los que, por impaciencia u orgullo, por ese espíritu revolucionario que Ferrero definía como « el deseo o la esperanza de apoderarse de poder fuera de todo principio de legitimidad, de tomarlo por la fuerza y ejercerlo por el terror », derribando el orden legal y desencadenando la violencia, rompen el hilo de seda y ya no pueden sino recurrir a las cadenas; a éstos, Ferrero les lanza su

maldición profética : ¡ locos y criminales !

Y he aquí, ocho años después de su muerte, el esbozo de esa Historia de la Revolución francesa, que él no tuvo tiempo de escribir, reconstituída por Luc Monnier a base de las notas de sus cursos de la Universidad de Ginebra : *Las dos revoluciones francesas : 1789-1796*. (Ediciones de la Baconnière, Neuchâtel, 1951). Quien haya oído al « Gran Viejo » en alguno de sus cursos apenas encontrará en esta breve exposición, bastante seca, su voz profética, y sus grandes y apasionados desarrollos ; pero hallará su pensamiento, tanto más neto por cuanto se nos ofrece, por así decirlo, en forma esquemática, y no solamente la introducción, sino en gran parte la explicación preliminar que faltaba a su trilogía *Aventura, Reconstrucción, Poder*. Ahí el equívoco del « inmovilismo » que podía provocar su trilogía, resulta imposible. Las dos revoluciones francesas son : la revolución constructiva, la gran tentativa de los Estados Generales de dotar a la monarquía francesa de una Asamblea representativa para reformar y ampliar las bases de este antiguo régimen que, desde más de un siglo y medio, se había aislado y finalmente separado de la Nación, en la misma medida que se había hundido en lo arbitrario, en los abusos, en una operación financiera que era un « desafío a la razón y al sentido moral » y una verdadera subasta de las funciones públicas ; y la revolución destructora, el desmoronamiento súbito y total de ese viejo orden gastado, decrépito, vaciado de su substancia material y moral ; hundimiento que nadie había previsto ni querido y que, en las pocas semanas que siguieron a la toma de la Bastilla, dejaba a Francia sin administración, sin policía, sin ejército, sin finanzas y sin justicia, presa del « Gran Miedo » que se apoderó de la Corte y de la Asamblea, así como de los rincones más apartados del país. La « segunda revolución » enterró bajo sus escombros las posibilidades creadoras de la primera. No había ya poderes que transmitir ; el poder había desaparecido. Ante el vacío, sólo quedaban en pie las dos cabezas : el rey, privado de todo medio de acción, pero todavía único detentador del poder legal y

reconocido como tal por la inmensa mayoría de los franceses, responsable de todo y en lo sucesivo incapaz de nada ; y la Asamblea, institución demasiado reciente, sin medios propios de ejecución, todavía excesivamente vaga para que tuviese bases populares y, además, demasiado desconfiada para conferir al rey los medios de ejecución que era necesario reconstruir ; condenada a legislar *ab nihilo* en lugar de reformar un orden existente, librada a los accesos sucesivos de audacia y de miedo de su « omnipotente impotencia », que permitiría concebir todas las nuevas leyes y no aplicar ninguna. La Asamblea era revolucionaria por la fuerza de las cosas antes de quererlo ser. La culpa no es de los principios que la Asamblea quiso introducir en la monarquía ; si hay que buscar un culpable, es la monarquía absoluta, que había dejado que llegase la bancarrota antes de emprender su propia reforma.

Pero, a partir de ahí, todo se encadena con un rigor implacable. Condenados a violar los principios que ellos proclamaban, a elaborar constituciones modelos e inaplicables, a compensar su impotencia por la violencia, a suprimir el derecho de oposición que era su razón de ser, a encadenar al pueblo, al mismo tiempo que lo declaraban soberano, a mantener por la fuerza una minoría cada vez más restringida, una fracción cada vez menor de esta minoría, que se devoraba entre sí, las Asambleas y los Gobiernos sucesivos de la Revolución giraban en el círculo vicioso de la ilegalidad, del miedo y del terror hasta la conclusión lógica : el golpe de Estado del 18 Brumario, que estableció el primer gobierno totalitario de la Historia. Hechos siempre conocidos, pero siempre un poco molestos para los historiadores tanto de « derecha » como de « izquierda », encuentran su lugar muy natural en esta concatenación : así el hecho de que, sucesivamente, la Corte y los Jacobinos provocaron conscientemente la guerra exterior para restablecer el orden interior la primera para « salvar al Rey », los segundos para « salvar a la Revolución » ; para consolidarse, este régimen sin bases se extiende por todas partes y lo arrastra todo en su propia catástrofe. « Pues la Revolución no ha sido ni el *acceso de locura* de los historiadores de derecha ni

la liberación de la humanidad de los historiadores de izquierda ; no ha sido otra cosa que un esfuerzo desesperado para crear una nueva legalidad y substituir la que se había derrumbado en las cuatro semanas que siguieron a la toma de la Bastilla... Considerada desde ese punto de vista, la Revolución deja de ser un monstruo o un prodigio. Se convierte, por muy complicada que fuere, en un acontecimiento humano perfectamente comprensible y muy instructivo, puesto que nos muestra cuán fácil es derribar y cuán difícil edificar una legalidad. « ¡ Veinticinco años para construir lo que se ha destruído en cuatro semanas ! »

Se convendrá, al menos, al leer este esbozo de la gran obra inacabada, en que nos propone un principio de explicación más comprensible y más fértil que muchos gruesos volúmenes que se han publicado sobre este tema. Que los grandes acontecimientos de 1789-1815 ofrecen otros aspectos importantes que Ferrero descuida, nadie lo discutirá ; pero su hilo conductor tiene la ventaja de guiarnos, sin romperse ni perderse jamás, a través de todos los dédalos de la Revolución, hasta su fin.

Intrusión de un dilettante

La crítica histórica francesa ha degollado desde el primer volumen la obra moderna de Ferrero. Tantos puntos de vista grandiosos y unilaterales, tantas interpretaciones nuevas y a menudo audaces, expuestas por un recién llegado sobre un tema que los especialistas habían trabajado desde hacia siglo y medio ; tema en el que habían escudriñado todo y publicado todos los documentos, constituían un desafío a todos los profesionales de los estudios robespierrreanos o napoleónicos, fructidorianos o brumarianos. Este historiador de la Roma antigua, que, al primer golpe de vista, pretendía descubrir las verdades fundamentales que habían escapado a tantas generaciones de eruditos ocupados en la historia revolucionaria, y encontrar a cada paso claves que nadie había encontrado, apareció como un intruso, como un dilettante genial y peligroso que en lugar de historiador más bien hacia gran perio-

dismo. (Se encontrará en los « Annales de la Révolution Française », de 1936-1937, una discusión de las más interesantes sobre estas dos maneras de escribir la historia y sobre lo que se puede llamar un « descubrimiento histórico ».) Y he aquí ahora este ensayo sobre un período de la historia francesa sobre el que abundan los manuales y sobre el que cualquier estudiante francés debe saber más fechas y nombres que Ferrero menciona, y saberlos de otro modo, si no quiere verse retrasado en el bachillerato. ¡ No, verdaderamente no teníamos necesidad de esto !

¿ No teníamos necesidad, verdaderamente ? Los historiadores del siglo que sucedió al Congreso de Viena no sabían lo que era el Miedo ni el Terror, y no podían saberlo porque no tenían ninguna experiencia a este respecto. Esta Revolución donde todo parece gigantesco, desmesurado ; donde todas las energías parecen extendidas, más allá de la fuerza humana, todos los gestos prolongarse en el infinito, era un cuadro grandioso al lado del cual los tiempos pacíficos que ellos vivían parecían apagados y sin brillo, y que inspiraban la admiración incluso a sus detractores. No podían concebir que el motor de estos importantes hechos fuera el temor, ese temor-pánico que se apodera tanto de los que gobiernan por la violencia como los de la que la sufren. Ferrero lo sabía y su visión de la historia se encontró cambiada.

« La revolución es un bloque »

A decir verdad, ¿ no sería ya hora de reflexionar de nuevo, a la luz de las experiencias de nuestro tiempo, sobre lo que fué la Revolución francesa ? Esta proclamó los Derechos del Hombre, la soberanía del pueblo, la libertad y la igualdad de los ciudadanos ; suprimió el feudalismo y los privilegios de casta ; los discursos oficiales de la República celebran sus proezas, como se reclaman de ella las conmemoraciones obreros. Pero no realizó nunca los derechos del hombre, ni la soberanía del pueblo, sino que violó de un extremo al otro los principios y las Constituciones que proclamaba ; creó, por primera vez en la Historia, la antifrasis irrisoria de una democracia que

encadena al pueblo declarándolo soberano, la democracia de la unanimidad obligatoria, la delación como primer deber del ciudadano, el delito de opinión como « crimen contra la libertad », la ley de sospechosos, el Terror.

Comenzó abriendo y arrasando una prisión vacía, acto de liberación simbólico que Francia festeja todos los 14 de julio, y continuó llenando todas las cárceles y sistematizando las ejecuciones para dejar en aquellas lugar libre. Proclamó la libertad de los pueblos y guarneció a Europa de Estados satélites gobernados, movilizados y saqueados por decretos firmados en París. « La Revolución es un bloque »; esta célebre frase de Clemenceau ha quedado como un dogma. De 1789 a 1794, había que aceptarla o rechazarla en bloque. La historia « de derecha » la rechazó, con toda su inmensa aportación constructiva, con todo su contenido de futuro. La historia « de izquierda » la aceptó en bloque, con el furor terrorista, los crímenes de opinión y el « despotismo democrático »; y como este despotismo se devoraba a sí mismo, eliminando una fracción tras otra de la débil minoría en el poder, era evidentemente el grupo más violento, el más doctrinario, el más enloquecido el que resultaba el más progresivo. (Progresivo ¿ hacia qué ?) Así pues de lo único que se lamentan las verdaderas « izquierdas » es de que este movimiento fanático no fuera hasta el final (¿ Hasta qué final ?). La retórica y la historia oficial han puesto agua en este vino rojo-sangre, pero el producto rosa que ha resultado no se distingue de la versión de « la verdadera izquierda » que por un poco de hipocresía. De ahí procede el que la tradición democrática de las izquierdas francesas no sea una tradición de democracia liberal, sino de « democracia popular », de « dictadura democrática » terrorista, intolerante, totalitaria : de ahí viene el que la inteligencia francesa sea tan permeable a los sofismas de la « democracia stalinista » — ésta también tiene su Constitución del Año III, « la más demo-

crática del mundo » —, sofismas que, en efecto, son un eco lejano todavía reconocible, de los de la democracia jacobina.

Pero la Revolución, precisamente, no es « un bloque ». Es urgente oponer las « dos revoluciones » que distingue Ferrero : de una parte, el movimiento de renovación y de liberalización de un régimen autocrático en bancarrota ; de otra, el desmoronamiento de la antigua legalidad que sofocó bajo sus escombros las posibilidades creadoras de la « revolución constructiva ». No fué la resistencia del antiguo régimen, que resultó nula, sino el vacío que dejó su desmoronamiento, lo que desencadenó el Gran Miedo y el círculo vicioso de la violencia. Y cuando se terminó el ciclo de veinticinco años de revoluciones y de guerras ; cuando el régimen totalitario surgido de la « revolución constructiva » se vió abatido, fué entonces cuando a pesar de todas las tentativas de restauración y de reacción la gran aportación positiva y liberadora de la « revolución constructiva » pudo al fin extenderse libremente a través de Europa y del mundo, y dominar toda la historia del siglo XIX. La Revolución triunfó cuando el Terror revolucionario, con su prolongación napoleónica, quedó vencido. Esta es también una lección que merece ser meditada.

De estas « dos revoluciones francesas », entrelazadas y contradictorias, la una no solamente ha desfigurado la otra, sino que ha falseado toda la tradición intelectual que se liga a ella, desde la imaginería popular hasta las grandes concepciones históricas. Este librito póstumo de Guillermo Ferrero no es tal vez un manual que convenga a los estudiantes que quieran pasar el bachillerato sin riesgo ; pero es una obra para recomendar a los historiadores que estén dispuestos a aceptar sin indignarse esta conclusión de un historiador extranjero, que además no es un especialista : hay que rehacer la historia de la Revolución francesa.

HERBERT I. UTHY

Orígenes de la novela en el Brasil

POR JOSE LINS DO REGO

LA novela brasileña tiene más de un siglo de existencia.

En 1843, un pobre mestizo llamado Teixeira e Sousa llegó de su aldea para tentar la vida en la capital del imperio y publicó una novela de costumbres campesinas, sin saber que en nuestra historia literaria representaría el principio de una época. Era un hombre modesto, de humilde condición, sin gran talento literario y sin ninguna clase de fuerza poética, que quería limitarse a contar historias. Mas a decir verdad sus historias no ofrecen contacto alguno con la vida; su prosa es de una palidez impresionante y sus personajes nos parecen criaturas de cera, modeladas por un sentimental. Los dolores, los sufrimientos, la tragedia son en Teixeira e Sousa penas de pacotilla.

La verdad es que si Teixeira e Sousa fué el primer brasileño que publicó una novela, en modo alguno fué nuestro primer novelista. Esta categoría corresponde a Joaquim Manuel de Macedo.

Macedo es el primer brasileño que fué un rival de Dios en lo que es un privilegio de Dios: Macedo creó un ser vivo; hizo un personaje. *A Moreninha* — La Morenita — de Macedo, es una criatura que tiene ya algo del Brasil. En esa novela se sentía la vida brasileña, la tierra y los hombres que se reunieron en los trópicos. Macedo escribía con un desaliño que no era bien visto por los maestros de la lengua, pero fué tan leal con sus sentimientos y tal fiel a la realidad que buscaba que su obra

resultó el libro brasileño más popular. No era un gran escritor, ni incluso un buen escritor, mas bastó con que reflejase el estado de ánimo de su tiempo y de la gente de entonces para que el público se apasionase por su libro. Se podría considerar a Macedo como el novelista de la mediocridad imperial. Nada es grande en su literatura, ni nada en ella es capaz de emocionarnos en tanto expresión de fuerza creadora. No obstante, la vida de su tiempo, la pequeña vida de familia, los amores, las lágrimas, las envidias, los sentimientos, las cosas menores que pueden antojársenos insignificantes pero que los sociólogos saben bien que son cosas mayores, todo eso se encuentra en la literatura de Macedo. La sola imagen de « la Morenita », la brasileña de color pomarrosa, sentimental, plena de encantos y a la par maliciosa; ésta sola criatura de carne y hueso ha hecho inmortal a Macedo, que no nos dió una gran novela pero creó una gran figura. Mas Macedo era un escritor con un 10 de nota en su conducta, pues en su literatura no había rebeldía alguna, es decir no existía la lucha del hombre contra las reglas y las injusticias de su medio.

No resultó así Bernardo Guimaraes. Este fué un bohemio, componente de una generación de hombres que en la ciudad de Sao Paulo, en plena flor de la edad, aspiraban a morir. Eran muchachos envenenados por el romanticismo, víctimas de una poesía fúnebre que no llegaba a alcanzar verdadera grandeza. Bernardo Guimeraes huyó

de la muerte yéndose por las fronteras del Brasil y quedándose a vivir en Goiás, provincia desierta, de donde trajo algo más interesante que las flores mortuorias de sus tiempos de estudiante. Según el crítico Prudente de Moraes Neto, Guimaraes nos ofrece, no tanto una representación objetiva de las regiones y sus costumbres como una especie de pintura abstracta, en la que la imaginación tiene su buena parte, animada a veces con situaciones sociales. El Brasil empieza a ser visto a través de su tierra y de su pueblo. Es Bernardo Guimaraes el que inicia este movimiento. Hasta entonces habíamos tenido novelistas que nos veían con ojos asustados, que nos habían examinado como cosa exótica, y, sobre todo, mentido mucho. La tierra brasileña no había aun llegado a ser materia de arte para los hombres nacidos en el Brasil. Por su parte la poesía del período colonial no fué otra cosa que una huida de la realidad del Brasil hacia la Arcadía. Solo un hombre, con lengua viperina y genio poético, logró un lugar en nuestra literatura: Gregorio de Matos, poeta con el diablo en el cuerpo para el cual todos éramos una especie de caricatura de hombres. Fué un satírico del mestizaje, del hombre que se iba formando en los trópicos.

Bernardo Guimaraes inició la prosa que tomaba el Brasil como motivo de composición. Refiérese Prudente de Moraes Neto a su manera abstracta de describir; mas a pesar de todo Guimaraes descubrió la tierra y la tomó en serio. Lo esencial es que su novela refleja la vida brasileña. Es el primer escritor que en la literatura de ficción trató el problema social de la esclavitud. Para Bernardo Guimaraes el esclavo no es una abstracción sino un drama terrible. Su mejor novela, la más popular, la que hirió más profundamente el alma brasileña, se titula *A Escrava Isaura* — La esclava Isaura — y es la historia de una hermosa mujer que llevaba en sí el estigma del cautiverio. No ofrecía el valor, la fuerza humana, el tono punzante de *La cabaña del tío Tom*; tal vez no consiguió conmover a ningún señor ni liberar un solo esclavo. Pero Bernardo Guimaraes nos puso en contacto con la llaga, con la vergüenza que debía humillarnos todavía durante muchos años. En la historia de

nuestra novela, este libro nos parece fundamental.

El regionalismo del escritor de Minas inicia una corriente de vida en nuestra literatura. Gracias a él nuestra novela muestra lo que será en el futuro. Aunque Bernardo Guimaraes sea en todos los sentidos un mediocre escritor, no por eso deja de ser el promotor de la literatura social, que indudablemente es la característica más fuerte de nuestra novela. Con la mencionada *A Escrava Isaura*, novela sin color, de acento convencional, sin tipos y sin fuerza de penetración en el alma, comienza la verdadera novela brasileña de carácter profundamente nacional. En el Brasil no tuvimos la suerte de tener a un Hernández, genio de la tierra que fué sangre y carne de un pueblo; la poesía brasileña fué convencional en sus comienzos y expresó la evasión de hombres que sentían vergüenza de pisar tierras que no tenían la brillantez de la Hélade. Nosotros no tuvimos a un Hernández y por eso hubimos de luchar con más fuerza para mostrar en nuestra literatura el Brasil original, el verdadero Brasil. Es por eso que concedemos tanta importancia a Bernardo Guimaraes, aunque no sea un escritor que pueda leerse en la actualidad.

La poesía no quería ver el Brasil tal cual es. Los poetas de la escuela « mineira » pertenecían a la literatura metropolitana. Sólo Gonçalves Dias habría de empezar más tarde a cantar las palmeras, los « sabía » (mirlos brasileños) los « caboclos » (indígenas del Brasil). La terrible realidad escapaba a la literatura, a los poetas, a los oradores. Nuestra novela andaba en busca del hombre. Nosotros no queríamos representar a Dios con el cuerpo del hombre, sino que deseábamos ver al hombre sin el fulgor divino, al hombre despojado de la iluminación. Es por eso que, en pleno desarrollo del romanticismo, podemos ofrecer una novela como *Memorias de un sargento de Milicias*, libro seco, libro de un hereje, de un observador de la vida, cual si se tratara de un hombre de una antigua civilización. La novela de Manuel Antonio de Almeida es la primera gran novela de nuestra literatura. ¡Y pensar que esta novela madura tuvo por autor a un hombre de menos de 30 años! Bernardo Guima-

raes abrió camino por el Brasil del interior, y Manuel Antonio de Almeida por el Brasil de la ciudad, merced a la vida mezquina, pequeña, algo picaresca de un Rio de Janeiro casi colonial. Guimaraes vió la tierra, pero Almeida vió al hombre. Y lo vió con grandeza. Es un contemporáneo de Balzac, que nos asombra a todos por la agudeza y la fuerza de apreciación con que maneja los caracteres y los reduce a simples criaturas. *A Moreninha* de Macedo y *A Escrava Isaura* de Guimaraes nos habían conmovido ; pero son las figuras de Almeida las que nos ponen en contacto con los seres vivos. Es casi un milagro el caso de este muchacho, que a mediados del siglo XIX extrae de las escenas y tipos de la vida urbana de una ciudad que no pasaba de ser un pueblo, una galería de retratos que aún hoy nos convencen. Con él, la novela brasileña pasó de hecho a ser una realidad. Es la suya una novela de análisis social, de crítica de costumbres, que solo logramos superar muchos años más tarde.

Almeida constituye un jalón ; desgraciadamente murió a los 30 años. Y el romanticismo pasó a apoderarse de toda la literatura en el Brasil. En 1857, José de Alencar, hijo del nordeste del país, publicó *O Guarani*. Alencar no llegó a la ficción sin un programa, pues lo tenía ya trazado. Así como Gonçalves Dias fué el poeta de los indios, Alencar quiso ser su novelista. Fué un discípulo de Chateaubriand. Su filosofía es la del hombre bueno de Rousseau, la del hombre puro de la selva. Con un prodigioso talento descriptivo, Alencar ambicionó escribir una comedia humana sirviéndose de todas las regiones del país ; quiso pintar el Brasil de cuerpo entero. No obstante, lo que había en él de más original era el lenguaje. No es el suyo un lenguaje académico sino libre, con errores de sintaxis, pero deliciosamente musical en sus períodos de inspiración. Lo que faltó a este gran prosista fué la sagacidad de Almeida para observar al hombre. A sus hombres les falta cualidades de hombre. El Brasil de sus libros es la tierra torrencial de los trópicos. El novelista no se sirve del brasileño hombre real, hombre de carne y hueso ; el brasileño de José de Alencar es más bien una pintura alegórica, nunca

una realidad. Tomó al hombre de la tierra virgen para exaltar su bravura, su bondad, sus instintos, pero este hombre que él embelleció hasta lo sublime no nos dice nada y nos aparece distante, vago. No es un hombre, no es un ser de la tierra. Pero Alencar conmovió al Brasil y llegó hasta el pueblo. Los padres comenzaron a consagrar en las pilas de bautismo los nombres de los héroes y heroínas de Alencar : Iracema, Peri, Ubirajara, son hoy nombres brasileños de todas las clases sociales. José de Alencar se esforzó en volver a la tradición de Manuel Antonio de Almeida en las novelas cortas que publicó después de su primer éxito ; es un Alencar que trata de abandonar Chateaubriand por Dumas hijo : en vez de Atala, la Dama de las Camelias. Pero lo que predomina por encima de todo, es la fuerza real de un prodigioso escritor. Muerto cuando apenas tenía poco más de cuarenta años, el novelista había trabajado como un esclavo ; escribió miles de páginas, forjó una lengua flexible, y aun hoy es leído y popular. De esta manera el Brasil llegó a ser un tema literario. Pero, pregunto yo : ¿ fué el Brasil descubierto por la literatura ? Creo que no.

Manuel Antonio de Almeida continuaba sin un sucesor que tuviese su capacidad, su fuerza psicológica. Alencar nos ofrecía una inmensa alegoría, cuando precisábamos de investigadores del alma humana. Nosotros queríamos la penetración de la realidad, el Brasil en todas sus honduras, en su esclavitud, en sus misterios ; anhelábamos pues un hombre que fuese capaz de revelar todo eso. Los poetas de aquella época tenían inspiración para la epopeya, como Castro Alves, un muchacho de veinte años que lloró las penas de los negros con grandes gestos. Pero el pueblo continuaba ausente en nuestra literatura. Para huir del Brasil real, Alencar cantó la selva ; para escapar del brasileño, descubrió al indio. La novela brasileña tenía que reaccionar de forma violenta para no llegar a ser la continuación de la grandeza horizontal de Alencar. Nosotros precisábamos ahondar la tierra ; teníamos necesidad de sondas, de hombres de la clase de Almeida. Ese hombre-sonda, ese hombre que iba ir hasta las entrañas de las cosas,

que conocería como ningún otro la naturaleza humana, fué un mestizo amigo de Almeida, de su misma ciudad : Machado de Assis.

De Teixeira e Sousa a Machado de Assis media una enorme distancia. Machado de Assis es ya la novela en su mayor grandeza. Se trata de un caso único en toda América. Lo que Edgar Poe fué para los norteamericanos, él debía serlo para nosotros : un hombre europeo con todo el espíritu crítico de la vieja civilización y el equilibrio de la forma de los clásicos, pero de un clasicismo natural, sin afectación, sin sequedad antinatural. De Alencar a Machado de Assis existe todo un mundo. Alencar había descubierto el Brasil de las selvas, un Brasil de cosmorama. Machado de Assis fué el primero que sintió la sociedad a que pertenecía. Este hombre procedente del pueblo, comprendió como ningún otro a los hombres de su tierra, por lo que expresó al hombre en lo que éste tiene de característico, es decir en su carácter, en su modo de obrar, en su oscura intimidad. Machado de Assis iba a dar a nuestra novela una nueva dirección. La profusión lírica de Alencar podría haber nos llevado hacia la grandilocuencia verbal, hacia el énfasis oratorio. Machado era un analítico, un hombre de profundidades. Alencar pretendió pintar el Brasil de norte a sur, pintar todas las regiones, pintar todos los climas, todos los hombres. Machado de Assis veía al hombre y tenía sobre él una filosofía que lindaba con el cinismo ; pero fué un genio creador como no ha habido otro igual en el continente. La novela brasileña había alcanzado su mayor expresión con Machado de Assis ; no obstante los naturalistas surgieron para descubrir de nuevo el Brasil.

Los naturalistas querían mostrarnos que el hombre era una desgracia, que la criatura que observaban no servía para nada. Pero, a pesar de todo, los más grandes novelistas que nos dieron fueron capaces de magníficas creaciones. Aloisio Azevedo es un maestro. No tiene el lenguaje de Alencar, ni la imaginación de Machado de Assis, mas en todo aquello que se refería al hombre, a descubrir sus miserias, a sentir sus pasiones, a hacer vivir

un ambiente, Aloisio Azevedo fué capaz como pocos. Es un gran novelista, repetimos. Sus mejores obras, *Casa de Pensao* y *O Cortiço*, podrían colocarse al lado de las mejores de Zola. Empero, aparece en Azevedo un personaje que permanecía escondido, un personaje que el análisis de Machado de Assis había sorprendido en su intimidad y que Taunay sintió en el « sertao » : el pueblo brasileño. En las novelas de Aloisio Azevedo empieza a agitarse el pueblo, empieza este a aparecer como personaje. Ya no nos tropeizamos con los tristes empleados de secretaría de Machado, con sus hombres extraños víctimas de la locura, agitados por los complejos, por los conflictos interiores ; ahora el que vive es el pueblo de ínfima categoría, gentes que son como insectos de nuestras casas de huéspedes, la población que cruzamos en la calle, que no sabe lo que es la vida interior, que come y bebe como función esencial de la vida. Se ve en sus novelas un Rio de Janeiro que se transforma en gran ciudad, que se nos presenta como el París de Zola. Aloisio Azevedo tiene el poder de hacer mover a su pueblo sin demagogia alguna. Lo que le interesaba era descubrir la vida, registrar el mundo que expresaba en su novela. Y mediante estas búsquedas, gracias a sus investigaciones, consiguió edificar el cuadro de una sociedad. Lo que Machado de Assis realizó con la clase media y la alta sociedad, Aloisio lo hizo con la masa, con los últimos hombres de la sociedad. Alencar hizo todo por mostrarnos al brasileño, para lo cual creó uno de su propia fantasía ; Aloisio Azevedo no hizo más de lo que ya hiciera el joven Manuel Antonio de Almeida : se aprovechó de la realidad y sobre ella hizo que se movieran sus criaturas como si fuesen verdadera multitud. Ninguno de sus personajes se parece a un Rubiao, a una Virgilia, a una Capitu, que son las figuras de de Machado. Son los suyos la colmena, la casa de huéspedes, la aglomeración humana.

O Ateneu, de Paul Pompeia es del tiempo de Azevedo. Pompeia es hijo del naturalismo, del arte visto a través de un temperamento. También éste quiso hacer de una colectividad el personaje de su novela : un colegio de niños. Era un

poeta, un gran poeta, por lo que no consiguió dominar su temperamento. El único libro que dejó escrito es casi una obra maestra ; es una novela tan buena como lo que exista de grande en cualquier literatura. Libro maravilloso, en efecto, no solo por su fuerza de penetración de la vida sino también por su estilo y su expresión. Pompeia quiso pintar un cuadro de su infancia y nos puso en contacto con un mundo de imaginación ; al igual que Stevenson, tratando de contar cosas extrañas nos contó cosas que son de todos nosotros. Dominó el naturalismo en sus excesos hasta alcanzar el gran filón de no importa que literatura, que no es otro que el pueblo. Fué pues merced a la novela que el pueblo brasileño entró en contacto con la literatura y llegó a alcanzar su mayor realidad. El gran pueblo vivía en las pampas, en las « caatingas » del nordeste, en la selva amazónica, en las montañas de Minas. Los sociólogos lo tomaron como tema de sus trabajos. En un libro épico, Euclidas da Cunha vió ese pueblo en la tierra reseca, en la lucha heroica. El pueblo era vivo y grande ; por eso nuestra novela se orientó hacia él. Para vivir, para ser una literatura sin falsa grandeza, sin mixtificación, la novela brasileña no tenía más que un camino : dirigirse hacia el pueblo, nuestra única originalidad. Lima Barreto, ese mestizo carioca con el genio creador de Machado de Assis, llegó hasta el alma popular y así compuso sus novelas ; hizo una obra que es tan fuerte y tan brasileña como la de Machado de Assis o la de Aloisio Azevedo. Su genio analítico es a veces cruel e impío, llegando hasta caricaturizar la realidad ; pero en sus novelas se halla el pueblo brasileño. Después de él, nuestra novela no tenía otra cosa que hacer más que ser fiel a la tierra y al hombre. Anteriormente, Graça Aranha había tomado el Brasil como tema de una novela que ofrece páginas asombrosas ; es el drama del inmigrante, que trató para desarrollar ideas generales. *O Canaa* es un gran libro,

pero poco más o menos en la tradición de Alencar. El Brasil de Graça Aranha tiene mucho de filósofo idealista, sin semejanza con el de Lima Barreto y el de Aloisio Azevedo ; falta el pueblo brasileño en la obra de Graça Aranha.

La gran línea de nuestra novela es la que empieza con Manuel Antonio de Almeida y llega hasta Lima Barreto. En ella está nuestra originalidad. Y con Machado de Assis puede decirse que Alencar lo universal. La corriente de vida que va del *Sargento de Milicias* hasta *Policarpo Quaresma* nos dió en América una sólida construcción. Podemos decir que si nos falta un *Don Segundo Sombra*, es decir un libro poema de la tierra, en cambio tenemos media docena de novelas que son un retrato vivo, drámatico, de nuestro pueblo. A la fantasía horizontal de Alencar oponemos el corte vertical del genio de un Machado de Assis, de un Pompeia, de un Aloisio Azevedo, de un Lima Barreto. En el Brasil queremos ante todo encontrarnos con el pueblo, que habíamos perdido. Y podemos afirmar que encontramos este pueblo fabuloso esparcido por los más lejanos rincones de nuestra tierra. La novela actual está toda edificada sobre esta masa ; toda está compuesta con carne o sangre de nuestros hombres. El maestro Manuel Antonio de Almeida nos mostró el camino en 1850 : el secreto consistía en llegar hasta el pueblo. Sólo el pueblo tenía todo el oro, todo el alma, toda la sangre para darnos una verdadera grandeza. Sin él no habría eternidad ; no, no habría eternidad sin el pueblo. Nuestra novela tiene ya más de un siglo, pues justamente fué en 1943 cuando se publicó en el Brasil la primera novela. Hemos necesitado muchos años para llegar hasta el pueblo. Mas en la actualidad podemos afirmar que el pueblo es hoy día el héroe de nuestros libros. Esto equivale a decir que contamos con una literatura.

JOSE LINS DO REGO

La crítica moderna en Estados Unidos

POR GILBERT CHASE

EN uno de aquellos salones literarios que abundaban en París en el siglo pasado, los hermanos Goncourt conocieron por primera vez al famoso crítico Hyppolite Taine. Al relatar el acontecimiento en su célebre *Diario*, los Goncourt escribieron: « Este era Taine, la encarnación de la crítica moderna, una crítica a la vez muy erudita, muy ingeniosa, y frecuentemente errónea más allá de lo imaginable. » Hace tiempo que la crítica de Taine ha cesado de ser moderna; mas todavía hay muchas personas a quienes la crítica moderna de nuestros días parece erudita, ingeniosa, y errónea. Yo me imagino un joven escritor de hoy, por ejemplo, haciendo casi las mismas observaciones si le tocara la suerte de encontrarse con T. S. Eliot en un salón literario, o mejor dicho, para no caer en anacronismos, en un « cocktail party ». Eliot es, para el mundo de habla inglesa, la encarnación de la crítica moderna. Claro está que su fama mundial depende más bien de su obra poética y teatral, porque el público en general se interesa poco o nada por la crítica, y mucho menos cuando se trata de una crítica erudita e ingeniosa, como es la moderna crítica, la verdaderamente moderna del siglo XX. La crítica moderna es aún menos popular que la crítica de otros tiempos; esto se debe en gran parte al hecho de que ya no pertenece al género de la historia literaria o artística, como la obra de Taine, ni al género de *belles lettres*, como la obra, pongamos por caso de Théophile Gautier o de Walter Pater. En otros tiempos uno leía una obra de crítica, sea porque nos presentaba un cuadro histórico sobre un lienzo grandioso lleno de figuras retratadas a lo vivo, sea porque nos deleitábamos con la lectura de bellas frases bordadas alrededor de algunas vagas ideas fáciles de asimilar. Ahora, si tomamos cualquier libro típico de la crítica moderna, por ejemplo

Principles of Literary Criticism de I. A. Richards, o *Seven Types of Ambiguity* de William Empson, nos parece que tenemos en la mano un texto científico y no lo que suele llamarse un libro de amena lectura. Un crítico contemporáneo confiesa que ha leído el citado libro de Empson *trece veces*. Por cierto que el libro lo merece; ¿pero cuántos libros que valgan la pena encuentran los lectores? Muy pocos. A veces supongo que los críticos, como los poetas, son los únicos que leen sus libros.

Estamos de acuerdo, entonces, en que la crítica moderna es muy erudita, muy ingeniosa y frecuentemente errónea, tal vez no más allá de lo imaginable porque el hombre moderno puede imaginarse toda clase de errores con la mayor facilidad. Ahora bien, ¿en qué se distingue de la crítica de otros tiempos, por ejemplo de la de Taine, caracterizada en los mismos términos por los Goncourt? Primero, hay una diferencia de intensidad, un factor cuantitativo. La crítica moderna es *más* erudita, *más* ingeniosa, *más* científica — y tal vez *más* errónea — que la crítica del pasado. Y esto no precisamente porque el crítico moderno sea un « super-hombre », sino porque vive en el siglo XX y por tanto tiene a su alcance todos las aportaciones de la ciencia y de la tecnología modernas. Su mérito consiste en percatarse de esos inmensos recursos científicos que están a su alcance, y en utilizarlos plena y sistemáticamente en su tarea crítica. Esto es lo que da su carácter especial a la crítica moderna. Se puede objetar que Taine también utilizaba los recursos de la ciencia de su época, y que este esfuerzo es precisamente lo que define el carácter de su obra. De acuerdo. Pero hay una distinción fundamental, mucho más importante que el factor cuantitativo mencionado anteriormente. Taine vivió, por así decir, en los albores de la edad científica. Aún no se había concebido la

edad electrónica ni la edad atómica, ni la posibilidad de un mundo completamente dominado por el materialismo. El positivismo parecía ofrecer una solución a todos los problemas humanos, mientras que los poetas podían quedarse soñando con la Belleza Ideal, que nada tenía que ver con el mundo práctico ni con la realidad. En ese ambiente de positivismo y mejoramiento, un crítico como Taine podía jactarse de adoptar no solamente los métodos científicos de la época, sino también los valores de la ciencia como norma y criterio en su labor crítica. El crítico moderno, al contrario, emplea los métodos y los conocimientos que le proporciona la ciencia, pero en muchos casos reacciona contra los valores científicos, contra el positivismo y el materialismo, que predominan en nuestro siglo. Resulta entonces que la crítica moderna es científica en su método, mas anti-positivista en espíritu. T. S. Eliot, por ejemplo, está mucho más cerca de Rémy de Gourmont que de Taine o de Sainte-Beuve. Veremos en seguida la razón de esto.

Cuando Eliot redactó, en 1928, el prefacio a la colección de sus ensayos (la mayoría escritos con anterioridad a esa fecha), dijo que había sacado mucho provecho de su lectura de las obras críticas de Rémy de Gourmont. El crítico francés le ayudó a considerar la poesía esencialmente como *poesía* y no como otra cosa. Eso es lo que Eliot llama el problema de « la integridad de la poesía ». Problema en apariencia fácil de solucionar, pues requiere simplemente que miremos a la poesía como poesía y no como otra cosa. La dificultad consiste en que nos obliga a encarnarnos con esta pregunta: ¿ Qué es poesía? El hecho de que la crítica moderna se haya enfrentado sin vacilar con esa pregunta, y haya intentado contestarla con toda la seriedad posible, es un rasgo fundamental de esta crítica. La crítica moderna tiene el anhelo de la definición. No se lanza a la obra sin elaborar previamente una teoría de valores. No le gusta criticar sin saber lo que está criticando.

Pero volvamos a aquello de la poesía como poesía y no como otra cosa. No se trata precisamente de la « *poésic pure* » por la cual abogara tan fervorosamente l'Abbé Bremond. Se trata, como dice Eliot, de mantener la integridad de la poesía. Sabido es que durante todo el siglo XIX, la tendencia fue hacer de la poesía « otra cosa ». Por ejemplo, la expresión de los sentimientos personales del poeta; o el vehículo de aspiraciones sociológicas, tal la fraternidad universal. Y así por el estilo, hasta tal punto que apenas el lector hacía caso del poema que leía, pues le preocupaban las ideas platónicas de Shelley o los amores nada platónicos de Lord Byron. Con la inmensa boga de Swinburne hacia fines de siglo, casi se puede decir que el arte de leer poesía se había perdido por completo. Y la prueba de ello

está en que nadie sabía leer a los poetas metafísicos del siglo XVII, porque eran eruditos e ingeniosos, lo mismo que los críticos modernos, que han puesto aquellos poetas de moda otra vez, empezando por el genial John Donne. Es decir, que los críticos modernos nos han enseñado a leer poesía. Yo, por mi parte les estoy agradecido, porque en mi juventud nadie me hablaba de Donne, ni de Crashaw, ni de Marvell. Apenas sospechaba la existencia de una poesía que ponía en juego no solamente toda nuestra sensibilidad, sino también toda nuestra inteligencia. Y esto como poesía, no como otra cosa.

Según Eliot, « the emotion of art is impersonal ». Por consecuencia, la crítica de arte debería también ser impersonal. La tarea del crítico consiste en reconocer la expresión de *emoción significativa*, es decir, emoción que tiene su vida en el poema y no en la biografía del poeta. Entonces la crítica honrada y la percepción fina se dirigen, no sobre el *poeta*, sino sobre el *poema*. Este concepto es fundamental en la crítica moderna. Los únicos que podrían considerarse como herejes dentro del canon, son los críticos psicoanalíticos, pues si bien no hacen gran caso de la biografía exterior del artista, en cambio buscan en su obra los modos de penetrar lo subconsciente y lo inconsciente, con resultados que en ciertos casos sin duda inspirarían horror y repugnancia al propio autor. Sin embargo, un crítico honrado y fino como William Empson, puede lograr excelentes resultados, en cuanto a la tarea crítica, utilizando la psicoanálisis, como él ha hecho al estudiar el libro de Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*. Cerrando este paréntesis, cabe repetir que la crítica moderna, en general, concentra sus esfuerzos en el examen de la obra misma, empleando, en el caso de un texto literario, el método que en inglés se llama « *close reading* » y que los franceses llaman *explication de texte*. Los métodos científicos empleados con más frecuencia y eficacia por la crítica moderna son los de la psicología, la lingüística, y la antropología. Pero antes de entrar en una discusión de estos métodos y su aplicación en la obra de varios críticos, quiero notar algunas ideas más de T. S. Eliot, quien todavía conserva ciertos enlaces con el Impresionismo.

En cuanto a la teoría crítica, los dos ensayos fundamentales de Eliot son *Tradition and the Individual Talent* y *The Function of Criticism*, publicados respectivamente, en 1917 y 1923. El fin de la crítica, dice Eliot, parece ser la elucidación de las obras de arte y la corrección del gusto. Protesta contra la distinción que suele hacerse entre la labor creadora y la crítica. Mantiene que el esfuerzo crítico empleado por un buen escritor en la creación de su propia obra, representa la forma más elevada y más

vital que la crítica puede haber. Los dos principales instrumentos de la crítica son el análisis y la comparación. Estos deben ser manejados con cuidado, y no empleados, por ejemplo, en una investigación acerca del número de veces que se mencionan las jirafas en la novela inglesa. ¡Lástima que tantos aspirantes al doctorado se olviden de esta advertencia!

Han transcurrido siete lustros desde la publicación del ensayo de Eliot, *Tradition and the Individual Talent*, y ya se puede considerar este ensayo como un clásico de la crítica de nuestros tiempos. Como hace notar F. O. Matthiessen en su admirable estudio, *The Achievement of T. S. Eliot*, en la obra crítica de Eliot tenemos la primera evaluación completa de la poesía en idioma inglés desde los ensayos de crítica de Matthew Arnold, que aparecieron en 1865. Las principales manifestaciones de esta nueva evaluación hállanse en la restitución de los poetas metafísicos al alto rango que les corresponde en la tradición central de la poesía inglesa; el examen crítico y la reincorporación en esta misma tradición de algunos de los dramaturgos menos conocidos de la edad isabelina; la reivindicación del genio poético y crítico de Dryden, menospreciado por Arnold; y, de una manera general, la insistencia en la forma y en la técnica como bases de la apreciación y del gusto poéticos. Dicho de otro modo, Eliot insiste en que el crítico debe tener un sentido sumamente desarrollado del hecho concreto — « a very highly developed sense of fact » — y los hechos concretos en la literatura son la forma, la técnica, el lenguaje, la imagen. Como bien ha expresado Matthiessen, Eliot atisba la obra de arte con los ojos de un halcón, y luego se precipita sobre el punto exacto que mejor ilustra la cualidad de la obra entera. Como un ejemplo magistral de este método, podríamos citar el magnífico ensayo sobre Dante, poeta que tan hondamente ha influido en toda la obra de Eliot.

Entre los precursores de la crítica moderna debemos mencionar dos figuras notables por su originalidad y por la influencia de sus ideas: el norteamericano Conrad Aiken y el inglés T. E. Hulme. Este murió joven, en 1917, durante la primera guerra mundial, dejando varios ensayos de crítica filosófica que se editaron en 1924, con el título de *Especulaciones*. Aiken, más conocido como poeta que como crítico, vive aún. Publicó en 1919 un libro precursor: *Escepticismo*. El ensayo de Hulme, titulado *Romanticismo y Clasicismo*, coincide con las ideas principales de Eliot y es un documento básico de la crítica moderna. La divergencia entre los puntos de vista romántico y clásico es explicada por Hulme de la siguiente manera: El uno sostiene que el hombre es intrínsecamente bueno, corrompido por las circunstancias; el otro man-

tiene que el hombre es intrínsecamente limitado, mas disciplinado por el orden y la tradición hasta llegar a algo bastante decente. Para el uno, la naturaleza del hombre es como un pozo; para el otro, como un cubo. El punto de vista que considera al hombre como un pozo, como un depósito lleno de posibilidades, se llama *romántico*. El punto de vista que considera al hombre como un ser muy finito y fijo, se llama *clásico*.

Se puede objetar que todo esto tiene que ver más con la metafísica que con la crítica literaria. El caso es que la crítica moderna, a pesar de pegarse estrechamente al hecho concreto, a la obra de arte en sí, no se deshace fácilmente de la metafísica. Y esto por la razón de que cuando uno se pone a hacer preguntas como: ¿Qué es poesía? ¿Qué es el arte? ¿Qué es una experiencia estética? ¿Qué es el valor?, entonces no se pueden evitar los problemas metafísicos. Hay que considerar al hombre y al mundo bajo un aspecto determinado, llámese romanticismo o clasicismo, positivismo o liberalismo. Ya hemos señalado que la crítica moderna en algunas de sus tendencias más definidas, es anti-positivista. También es anti-romántica. Entonces, es clásica y tradicional. Veamos ahora cómo reacciona contra el positivismo en una de las más brillantes manifestaciones de éste.

Me refiero a la obra del psicólogo y profesor inglés I. A. Richards, y especialmente a su importante libro *Principles of Literary Criticism*, publicado en 1924, o sea en el mismo año que apareció el libro póstumo de Hulme. Richards ha pretendido establecer un sistema crítico y una teoría de la poesía sobre la base de la psicología considerada como ciencia exacta. Comienza su libro con un espíritu iconoclasta. Mirando todo el conjunto de la teoría crítica del pasado, encuentra que consiste en « algunas conjeturas, una provisión de amonestaciones, muchas observaciones agudas pero aisladas, algunas adivinaciones, mucha oratoria y poesía aplicada, una confusión inagotable, una suficiencia de dogma, copioso caudal de prejuicios, antojos y caprichos, una profusión de misticismo, un poco de especulación genuina, bastantes inspiraciones azarosas, sugerencias y percepciones fortuítas... » Es todo. Para apoyar su tesis, cita una serie de aforismos tomados de los escritos de los más eminentes críticos del pasado, desde Aristóteles hasta Matthew Arnold. Según Richards, todos dejan sin contestar la pregunta que él considera fundamental, a saber: ¿Cuál es el valor de las artes, por qué merecen la devoción de las mejores mentes, y cuál es su lugar en el sistema de las actividades humanas? »

Richards, psicólogo y profesor de literatura, se dedicó en un principio al estudio de la semántica. Su primer libro, escrito en colaboración con C. K. Ogden, fue *The Meaning of Meaning*,

título que no me atrevo a traducir por temor de caer en un disparate. No nos ha de extrañar, pues, que al abordar los problemas de la crítica y del arte, su afán inicial haya sido el de una depuración semántica. Así, por ejemplo, Richards escribe : « Nos acostumbramos a decir que un cuadro es bello, en vez de decir que produce en nosotros una experiencia que de tal o cual modo resulta ser valiosa. » Y continúa diciendo : « El descubrimiento de que la frase *esto es bello* tenía que ser transformada y explicada de esta manera antes de que fuese algo más que un ruido señalando el hecho de que nos agrada el cuadro, fue una hazaña de gran dificultad y magnitud ». Estas palabras implican que los críticos anteriores no habían hecho más que producir ruidos — más o menos bien articulados, según el talento y la facilidad de expresión del sujeto — señalando que les gustaba o que no les gustaba tal obra de arte.

Richards rechaza el sistema estético tradicional, es decir, el concepto de la Belleza como algo en sí, y del placer estético como una experiencia *sui generis*, apartada de la experiencia que nos proporcionan los llamados placeres sensuales. La premisa de que existe una categoría especial de actividad mental que impera en las llamadas « experiencias estéticas », es inadmisibles para Richards. El estima que lo primero que tenemos que hacer es espantar el Fantasma Estético, la Espectral Belleza, y la mar de palabras fantasmales que han rodeado la crítica desde los tiempos más remotos, hasta el punto que el lenguaje ha logrado cubrir y esconder de nosotros casi todas las cosas que discutimos. ¿ El remedio ? Estudiar las leyes de la semántica, y atender a los hechos concretos, buscar una base sólida para actividad poética y crítica. Esta base, Richards cree haberla encontrado en el sistema nervioso del hombre. El poema es un estímulo que produce ciertas reacciones, muy complejas e inímitamente variadas y entrecruzadas, en el sistema nervioso. Al exponer su *Teoría psicológica del valor* Richards concluye que lo bueno o valioso en la experiencia poética o artística está en el ejercicio de los impulsos y en la satisfacción de sus apetencias.

Resulta, en efecto, que Richards considera la poesía como una especie de psicología experimental. Los críticos norteamericanos Allen Tate y John Crowe Ransom, que admiran los éxitos del profesor inglés sin aceptar la base teórica de su obra, han demostrado que el sistema de Richards, en cuanto pretende hacer del estudio de la poesía una ciencia exacta, carece totalmente de una base experimental. Ni Richards ni ningún otro psicólogo ha sometido a la prueba del laboratorio las pretendidas reacciones que el poema produce en el sistema nervioso. Por tanto no hay un verdadero criterio científico. Para Tate, el

libro de Richards es « un ejemplo típico del fraude elaborado que el Positivismo ha cometido en contra del espíritu humano ». He aquí la línea de batalla bien definida.

Con todo, no podemos abandonar a Richards en este trance. Sus mismos adversarios le admiran profundamente. Eliot, que ha hecho una crítica severa de su sistema, ha dicho sin embargo : « Tenemos que admitir que la obra de Richards habrá sido de cardinal importancia en la historia de la crítica literaria. » William Empson, a la vez crítico y discípulo de Richards, observa que un error de éste puede ser mucho más valioso que los éxitos de otros escritores en este dominio. Lo más flojo del sistema de Richards está en su concepto del proceso poético como una especie de psicología aplicada, y en su famosa invención del término « pseudo-statement » para designar el discurso poético. A Richards, en su calidad de hombre científico, le molestaba el hecho de que la poesía con frecuencia dice cosas que no son verdad. Por ejemplo, que los árboles lloran, o que las flores sonríen. Para no llamarlas simplemente mentiras — como lo hiciera bellamente don Luis de Góngora — se le ocurrió llamarlas « pseudo-declaraciones », es decir, declaraciones incapaces de ser verificadas y certificadas científicamente.

Tate, en su ensayo titulado *Literature as Knowledge*, demuestra que la distinción que Richards pretendía establecer entre la verdad científica — « the certified scientific statement » — y la ficción poética — « the pseudo-statement » — no es válida. Según escribe Tate : « Si un poeta genuino emplea la llamada *seudo-declaración*, ésta no es ni verdadera ni falsa, sino que es un elemento en la totalidad del objeto creado : el poema. » El esfuerzo crítico consiste precisamente en percibir esta cualidad total del objeto, a pesar de que, en las palabras de Tate, « este carácter integral de la obra de arte para siempre resiste una formulación práctica. » Lo que hay que hacer con la obra de arte es conocerla, y esto no requiere una fórmula científica. Para Tate, como para Ransom, la experiencia esencial en la apreciación del arte es un acto de *cognición*. En las palabras de Tate, « literature is the complete knowledge o man's experience », o sea « la literatura es el conocimiento completo de la experiencia del hombre. »

Allen Tate y John Crowe Ransom son los dos principales representantes del movimiento que suele llamarse « la nueva crítica » en los Estados Unidos. Ambos, como Eliot, son a la vez poetas y críticos, y en general su posición estética es semejante a la de Eliot : clásica y tradicionalista ; aun, si se quiere, reaccionaria. El primer libro de Tate lleva el título de *Reactionary Essays on Poetry and Ideas*. Estos críticos han reaccionado contra las ideas y los valores que parecen domi-

nantes en nuestra sociedad y en nuestro siglo. Contra el positivismo, el conductismo, el operacionismo, el materialismo, y cuantos «ismos» se oponen a la supremacía del espíritu, la integridad del individuo, y la primacía de la cognición en toda actividad humana.

Es interesante notar que Tate y Ransom nacieron ambos en el Sur de los Estados Unidos, y que ambos fundaron, en 1922, la revista *The Fugitive* que dió su nombre al grupo de escritores que le rodearon, «The Fugitive Poets». Este resurgimiento del Sur en nuestra literatura, y especialmente en nuestra crítica, es de honda significación cultural. No podemos profundizar en el tema ahora, mas cabe subrayar que el Sur, en contraste con el Norte, representa una sociedad tradicional, y que por tanto el movimiento literario y crítico que proviene de aquella región llega cargado del factor «tradicición» y su tendencia es de desarrollar una literatura y una crítica tradicional y clásica. Desde este punto de vista, la poesía de Ransom y de Tate, al igual que sus ensayos de crítica, forman un conjunto homogéneo y sumamente instructivo para el que desee estudiar el aporte regional en nuestra cultura. Para completar este grupo de poetas-críticos del Sur, debemos mencionar a Cleanth Brooks, Donald Davidson y Robert Penn Warren, este último mejor conocido actualmente como novelista, debido sobre todo al gran éxito de su novela *All the King's Men*, que tiene una relación estrecha con la estética y la metafísica de este grupo. Tres nombres más, los de R. P. Blackmur, Kenneth Burke y Yvor Winters, pueden servir para establecer la presencia de otros tantos elementos vinculados con «la nueva crítica».

El profesor norteamericano William Elton, en la introducción a su valioso folleto titulado *A Guide to the New Criticism*, hace la observación de que la llamada «nueva crítica» no es tal en realidad, sino que representaba la confluencia de varios sistemas nuevos con varios sistemas antiguos. Para demostrar su genealogía, estableció una tabla sinóptica trazando las derivaciones y los cruzamientos de las diversas tendencias y sus principales representantes. Según Elton, la «nueva crítica» tiene dos corrientes básicas: una procedente del sistema metafísico, «orgánico» y kantiano de Coleridge; otra procedente del sistema sociológico, utilitario y positivista de Bentham. Como había de suponerse por lo expuesto anteriormente, el principal representante de esta segunda corriente es I. A. Richards, cuya orientación es naturalística. Unido a él por sus tendencias sociológicas, psicológicas y semánticas, es el norteamericano Kenneth Burke, cuyo máximo esfuerzo ha sido el interpretar la literatura como «acción simbólica», quien ha influido hondamente en el pen-

samiento y la metodología de casi todos los «nuevos críticos». El inglés William Empson deriva de Richards por su preocupación con la semántica, pero se acerca al grupo de Tate, Brooks y Warren por su preocupación con el simbolismo orgánico y con el conflicto interior de las estructuras metafóricas. También derivada de Richards, aunque desarrollada con gran originalidad, es la «teoría de la ambigüedad» o de «la significación múltiple», empleada por Empson con tan brillantes resultados. Yvor Winters, colocado por Elton al lado de Richards y Burke, es en realidad una figura solitaria, cuya preocupación ética le vincula con el neo-humanismo de Irving Babbitt, y quien por otro lado se acerca a Eliot por su tradicionalismo.

Volviendo a la tabla genealógica, miremos esta vez a la descendencia de Samuel Taylor Coleridge, el poeta y filósofo inglés que murió en 1834, pero cuyo pensamiento sigue siendo una corriente vital en toda la crítica moderna. La importancia de Coleridge, para decirlo de un modo muy somero, consiste sobre todo en que él, como poeta y como crítico, utilizó sistemáticamente todos los recursos de la filosofía y de la metafísica, de la inteligencia y de la intuición, en un magnífico esfuerzo para resolver los problemas fundamentales del Arte, de la Imaginación y de la Naturaleza. Entonces fue el precursor de aquellos poetas-críticos y críticos-filósofos de nuestro tiempo, quienes luchan con los mismos problemas y encuentran en la obra de Coleridge todo un arsenal de armas y de ideas. Es interesante notar que Richards publicó, en 1935, un libro titulado *Coleridge on Imagination*, que marca una nueva etapa en su evolución crítica porque Richards ha evolucionado hasta el punto de estar bastante más cerca de la posición de Eliot, Ransom y Tate que lo estuvo cuando escribiera *Principles of Literary Criticism*. En su libro sobre Coleridge vemos que dice: «Poetry is the completest mode of utterance», que suena casi como una declaración de Tate o cualquiera de sus compañeros. En cuanto a la influencia de Coleridge, ésta se ha dejado sentir en toda la estética moderna, tanto directamente como indirectamente, a través de Poe y Baudelaire y los simbolistas franceses, hasta penetrar grandes sectores de la poesía contemporánea en Inglaterra y Estados Unidos. Allen Tate ha observado que el dilema central de Coleridge consiste en que éste no puede decidirse entre la metafísica y la psicología como base de la experiencia poética. Y esto sigue siendo el dilema de la crítica moderna, aunque algunos críticos se hayan declarado por la metafísica y otros por la psicología.

Para concluir con nuestra genealogía, encontramos el impresionismo de Remy de Gourmont y el clasicismo de H. I. I. confluendo en la crí-

tica de Eliot, donde los restos del impresionismo se mezclan con el formalismo tradicional. A estos mismos elementos se añade de la semántica en la obra de Blackmur, cuyo paciente y laborioso trabajo lingüístico le asegura el auge en este campo. De Ransom y Tate, descendientes directos de Eliot, ya hemos hablado. Finalmente, llegamos a Brooks y a Warren, los portaestandartes del movimiento en las universidades norteamericanas.

Elto, en el mencionado folleto, observa que la « nueva crítica » en Estados Unidos debe considerarse, en sus orígenes, como una de varias tendencias que, en el período entre la primera y la segunda guerra mundial, reaccionaron contra el caos espiritual y la falta de criterio que se hicieron sentir en esa época. Una de aquellas tendencias fue el neo-humanismo, dirigido por Paul Elmer More (1864-1937) y Irving Babbitt (1864-1937), ambos importantes figuras en la historia de la crítica norteamericana. Otra tendencia fue la del determinismo económico, de complejión marxista, encabezada por Granville Hicks. Ambas tendencias fueron superadas por una tercera, que al principio se llamó « estética », y que luego recibió el nombre de « nueva crítica », debido sobre todo al libro que con ese título publicó Ransom en 1941. En este movimiento algunas ideas viejas y métodos ya conocidos se renovaron y tomaron nuevo impulso en el seno de algunos espíritus consagrados y algunas mentes esclarecidas. Durante la década de 1940 a 1950, la « nueva crítica » afirmó su prestigio en nuestro ambiente intelectual y consolidó su posición en las universidades, siendo su mayor triunfo en este sentido la incorporación del método analítico en el estudio de los textos literarios, y como consecuencia la elevación de la crítica a un nivel más alto en cuanto a disciplina académica.

Esto me recuerda una anécdota, relatada por Tate. Se trata de un estudiante ya graduado, que en su primera clase del curso pregunta al profesor : « ¿Cuál es el propósito final de la investigación post-graduada en el campo de la literatura inglesa ? » Y el profesor, cuya especialidad era la bibliografía inglesa desde 1840 hasta 1850, le contesta : « Echar los cimientos de la crítica literaria. » Nuestro joven queda muy contento, porque secreta y discretamente aspira a ser crítico literario algún día. Un mes después, el profesor asigna un trabajo escrito a la clase, y al hacerlo dice a los estudiantes : « Señores, en estos trabajos tenemos que mantener el punto de vista de los estudios post-graduados. Nada de impresionismo. Nada de crítica literaria. »

Antes de terminar este trabajo debo advertir que en un principio pensaba titularlo « *La nueva crítica en Estados Unidos* » poniendo el título

entre comillas para darle su significado especial. Pero después pensé que tal vez ese título no resultaría bastante claro a primera vista, y que posiblemente podía desorientar en vez de orientar a mis lectores. Sin embargo, lo cierto es que mi tema central ha sido « la nueva crítica », según acabo de definir esa tendencia, y he de confesar franca y honestamente que si he destacado este aspecto del panorama general de la crítica moderna, es porque me atrae y me interesa personalmente, y por tanto es el aspecto que más he estudiado y que mejor conozco. Si no me engaño, también es esta la tendencia que más auge ha alcanzado en el segundo cuarto del siglo XX. Creo que esto es un juicio objetivo que los hechos comprueban y que la historia confirmará.

Claro está que hubiera podido referirme a muchas otras tendencias, sistemas y personalidades en la crítica contemporánea de los Estados Unidos. Por ejemplo, el método biográfico-freudiano de Van Wyck Brooks, la tendencia sociológica-nacionalista de Bernard de Voto, la tendencia iconoclasta de H. L. Mencken, el método histórico-ideológico de Vernon Parrington o de Howard Mumford Jones, el sistema folklórico-tradicional de Constance Rourke, el método exegético-psicoanalítico de Edmund Wilson, y muchos más. Por lo menos, con el mero hecho de mencionarlos, cumplo el deber de señalar la diversidad y copiosidad de la actividad crítica en Norteamérica, diversidad que forma parte esencial de nuestra cultura y de nuestra tradición literaria.

Por cierto que la « nueva crítica » ha sido muy discutida en Estados Unidos, como acontece en todas partes y en todos los tiempos cuando un movimiento intelectual impone su influencia y afirma su prestigio al lograr la aceptación extensa de sus métodos y sus valores. El ataque más reciente ha sido lanzado por la llamada « escuela de Chicago », o los « críticos aristotélicos » que tiene su fortaleza en la Universidad de aquella ciudad. Los « aristotélicos », encabezados por el profesor R. S. Crane, acaban de desplegar sus fuerzas en la forma de un voluminoso libro titulado *Critics and Criticism*, editado por la Universidad de Chicago. Posiblemente esta publicación señala el comienzo de otra batalla crítica que llenará el tercer cuarto del siglo XX, así como el ascenso de la « nueva crítica » llenó los cinco lustros anteriores. Tal vez lo interesante en todo esto, es que todavía no hemos acabado con la *Poética* de Aristóteles. Y yo ahora me pregunto : ¿ Dónde están los neo-platónicos de antaño ?

GILBERT CHASE

Tiempos de mala fe

POR N. CHIAROMONTE

NUESTRA época no es ni de fe ni de incredulidad. Es una época de mala fe, es decir de creencias impuestas por la fuerza, por odio contra otras creencias, y sobre todo por falta de verdadera creencia. Es la época de las « mentiras útiles », de las ficciones perfectamente conscientes en los que las fabrican y en los que las aceptan, pero que ocupan pronto el lugar de la verdad simplemente porque son útiles, de empleo fácil y universal, de tal manera que terminan por constituir un lenguaje en el que el hombre verídico se encuentra fatalmente cogido en la trampa.

Cambios en la colectividad

Naturalmente, este fenómeno apenas concierne al individuo, que en su vida privada mantiene la dosis de rectitud y de veracidad que considera como deber suyo o esa mixtura de sinceridad y de ficción que juzga buena a la marcha de sus asuntos. Se puede admitir fácilmente que los individuos cambian bastante poco bajo la influencia de las modificaciones del ambiente, y que en ellos la proporción de buenos y malos, de verídicos y de traperos, de honrados y de bribones continúa siendo casi la misma. Por el contrario, lo

que ciertamente cambia y lo que sin duda alguna modifica, sino la naturaleza del individuo al menos la calidad y la forma de sus relaciones con los otros, es la manera de ser de la colectividad.

La colectividad — la sociedad de los hombres — no es la suma de los individuos ; tampoco es el conjunto de las instituciones políticas y jurídicas, ni se reduce a las formas de la vida económica y cultural. En un cierto sentido, que después de todo es necesario considerar como esencial, la sociedad es la resultante de las creencias en torno a las cuales los miembros de una comunidad se ponen de acuerdo o entran en conflicto. Las creencias son el tejido conjuntivo de la sociedad, simplemente porque más allá de toda circunstancia material aquellas constituyen el lazo de las conciencias. A causa de esto, la vivacidad o la apatía de las creencias son el signo más cierto del vigor o de la corrupción de una sociedad.

Hoy día nuestra sociedad, la sociedad europea, vive por lo que respecta a las creencias que han hecho su grandeza en un estado de mala fe generalizada, pudiendo datar con precisión el acontecimiento : remonta al 2 de agosto de 1914, comienzo de la primera guerra mundial.

Esta afirmación puede parecer dogmá-

tica. Desde luego, merecería ser justificada por una larga demostración y múltiples argumentos. Me limitaré a un solo aspecto, que trataré de resumir diciendo que la primera guerra mundial rompió la única creencia que en Europa había logrado sobrevivir a las decadencias de las fes religiosas : la creencia en el progreso de la humanidad. Y esto no sólo en el espíritu de los intelectuales — que desde hacía al menos treinta años habían previsto la crisis — sino asimismo en la conciencia del gran número, de las masas humanas a la greña con el acontecimiento, y, en consecuencia, en la sociedad entera y tomada en su conjunto.

La creencia en el progreso coincidió durante mucho tiempo con la fe en la ciencia y en la razón. En la hora actual se me antoja evidente que la voluntad de conocimiento y de racionalidad no implica necesariamente la fe en el progreso. Esta fe admite por sostén un fermento, indudablemente religioso por su naturaleza, siendo así que la razón y la ciencia, que son quienes garantizan el « progreso », se proponen llegar a ser socialmente fecundas ; substituir en pleno derecho y por completo las funciones de la fe religiosa y la obra de las iglesias. Lo que ha habido de religioso en la idea del progreso de la humanidad mediante la acción del hombre mismo, fruto de una convicción sólida no acreditada ni modo alguno puramente racional, es la seguridad de que entre el orden de las cosas y las esperanzas del hombre existe una armonía preestablecida ; que ambos son partes integrantes del mismo proceso de evolución y que, en suma, la historia natural y la historia humana, mutuamente solidarias, profesan en necesario concierto formando una realidad única cuyas leyes son descubiertas por la razón a través de la experiencia, y que la razón práctica debe saber imponer.

Esta fe no es forzosamente optimista. Señala más bien un deber absoluto, que prescribe al hombre de actuar en el sentido que ella indica, el de la única verdad surgida después que la verdad cristiana se convirtió en dudosa primero, y en evidentemente ineficaz después. La creencia en cuestión no afirma que inevitablemente las cosas irán cada vez mejor ; simplemente

afirma que no existe límite alguno preestablecido a la mejora moral y material de la condición humana. El conflicto, el dolor y el mal se reconocen como inevitables, mas contra ellos la última palabra pertenece a la voluntad creadora del hombre. Voltaire se burlaba de la Providencia, pero compartía con Mozart el entusiasmo por esa visión esencialmente generadora de alegría. Leopardi maldecía la Naturaleza madrastra y detestaba la idea de progreso, mas descubría justamente en el dolor universal la norma de una alianza, también universal, de los hombres contra el mal común : la nostalgia de las esperanzas valerosas y eficaces fué el límite de su pesimismo.

De esta fe en la actividad victoriosa del hombre nació la democracia moderna, y sobre dicha fe convertida en voluntad religiosa de *palingenesia* se fundó el socialismo. Este socialismo — interesa el recordarlo y el repetirlo — no nació ya hecho de la cabeza de Carlos Marx, sino que fué ante todo la fe y la esperanza de los humildes, surgidas de su sufrimiento, cuando a las leyes de hierro de la edad industrial se añadió para ellos esa buena noticia de que el orden social no era ni eterno ni divino y que podía y debía convertirse en un instrumento de la razón, y por tanto de la felicidad humana.

La destrucción de la fe

¿ Por qué la guerra de 1914 destruyó esa fe ? ¿ Es qué una fe puede ser destruída por un hecho, por catastrófico que sea ? A esta última pregunta, la respuesta general es *negativa* ; pero es *positiva* en lo que se refiere a *esa* fe y a *ese* hecho, ante todo porque la guerra, por sí misma, arruina esencialmente la confianza en la evolución, sino enteramente pacífica al menos no catastrófica, de la sociedad, y sobre todo en el poder de la razón humana de dominar los acontecimientos. Fué una guerra insensata, que sacrificó millones de vidas en aras de objetivos a la par mezquinos y grandiosos : por una rectificación de fronteras o por una paz perpetua, según uno se coloque en el plano del « realismo » de los gobernantes o que se tome en consideración las palabras que

esos mismos gobernantes estaban obligados a pronunciar al objeto de justificar ante los pueblos la enormidad de la matanza. Finalmente ningún objetivo fué alcanzado, ni tan siquiera los más irrisorios, puesto que ni se halló criterio bastante neto para determinar el lugar de los postes fronterizos.

La confianza en la evolución o incluso en la más sutil de la dialéctica de los acontecimientos, pudieron subsistir tanto tiempo como subsistió una cierta medida entre los objetivos proclamados y adoptados y el resultado definitivo; entre las esperanzas o las ilusiones que se alimentaban mientras hacía estragos la brutalidad del hecho y el final del drama, tal como podía verse. Mas cuando entre las esperanzas y la solución final, entre los objetivos proclamados y los objetivos realmente alcanzados, se vió que no había ni medida ni relación, entonces lo que se hundió no fué tan solo la creencia ilusoria en la sabiduría de los gobernantes, sino la fe misma que hasta entonces se había mantenido contra viento y marea más allá de los límites de lo que se podía esperar. Alcanzado este límite, la fe cae por sí misma en ruínas, sin que el individuo tenga conciencia de abandonarla o de transformarla en un culto vacío. Ella se corrompe y se destruye, por el solo hecho de que comienza a no ser ya verdaderamente posible, es decir auténtica y firmemente mantenida frente a todas las circunstancias. Por mi parte, me siento tentado a afirmar que la creencia no solamente en el socialismo sino en una democracia verdadera, se hundió en Europa cuando el primer socialista y el primer demócrata sincero, en presencia del hecho de la guerra mundial, viéndose obligados a elegir entre sus convicciones reales y el estado de necesidad, se plegaron, desalentados, ante la necesidad.

A partir de ese día, no fueron solamente los intelectuales los que en Europa se encontraron en estado de « nihilismo », sino la sociedad entera. Esta se halló — por lo que respecta a esa realidad decisiva que es la realidad de la conciencia — obligada a pensar que ninguna creencia vale verdaderamente nada frente a los hechos cumplidos. En efecto, un límite puramente ideal separa lo que puede ser un simple estado

de alma de duda y de desánimo pasajeros, de esa confusa y fatal decisión que consiste en esta conclusión: ninguna creencia tiene valor y sólo lo tiene la voluntad de realizar hechos, y, con o sin fe, el que ejecuta hechos tiene razón, en el sentido de que se forja a sí mismo su propia razón. Este paso fué audazmente franqueado por hombres de acción. Y se asistió a lo que yo denominaría las « restauraciones ideológicas »: comunismo, fascismo, nazismo.

Lo que distingue las « restauraciones ideológicas », es la mala fe. Cada uno de estos movimientos, producto de la crisis mortal de una creencia colectiva, pretende restaurarla *in abstracto* y realizarla íntegramente, como si no dependiese de nada; al propio tiempo, cada una de ellos se niega implícitamente a ser medido o limitado por las normas de la fe en que pretende inspirarse. Y es que esa fe, en tanto que tal, es juzgada simplemente inapta.

De esto, no existe nada más grandioso ni ejemplo más claro que el comunismo, surgido como reacción radical ante la bancarrota del socialismo evolucionista y filantrópico del siglo XIX, y que se definió como la voluntad de realizar íntegramente los ideales, sin tener cuenta más que la forma utilitaria de la substancia misma de esta fe. De hecho, el comunismo contemporáneo tiene dos características fundamentales, ambas enunciadas por Lenin. La primera es que el socialismo se realiza por la voluntad esclarecida del pequeño número; la segunda es que, en el curso de la acción, no existe principio ideal alguno que deba ceder al criterio de la oportunidad. Existe entre tales normas y la antigua fe socialista una contradicción esencial; de hecho ya no se trata de fe sino de implacable voluntad.

Triunfo de los sucedáneos

No debe de sorprendernos que a falta de buena fe triunfen sus sucedáneos. Un intelectual en la duda puede replegarse sobre sí mismo y reflexionar, admitiendo claro está que pueda y sepa resistir a las presiones que se ejercen sobre él, al igual que sobre todo el mundo. Pero las sociedades no se repliegan sobre sí mismas de

esta manera : las sociedades no viven de dudas, sino de actos y de hechos. Y dado que los actos y los hechos tienen que justificarse, las sociedades exigen razones, verdaderas o fingidas. El famoso *primum vivere* es, para el individuo, el principio de la abdicación. Sin embargo la colectividad que, arrastrada por los acontecimientos y su fuerza mayor, ha perdido el sentido de las esperanzas generosas y de las opiniones firmes, obedece fatalmente a su ley de inercia. El gran número, la mayoría, es decir la masa — si nadie la alienta y no la ayuda verdaderamente — vive en estado de necesidad. Mas es un error vulgar y particularmente ciego pensar hoy día que las necesidades a que obedecen las grandes masas son sólo materiales. Lo que caracteriza la Europa de ambas post-guerras, es el hecho enorme de masas sedientas de ideal, que siguen inevitablemente a los que ofrecen la ilusión más grandiosa, o la ficción más grosera. « La multitud quiere ser engañada », dice la brutal máxima latina. Pero, en el hambre de esperanza y de fe que empuja a las masas modernas a alimentarse de engaños enormes se halla, desfigurada y envilecida, la esencia misma de la grandeza humana.

Por lo tanto no es sobre las masas que podemos descargarnos del peso de la desilusión y de la duda en que hoy pasamos una gran parte de nuestra existencia, nosotros los intelectuales. Bien sabemos que es una carga que es necesario asumir tanto tiempo como sea necesario. Mas tampoco podemos limitarnos a denunciar los falsos profetas y considerar nuestra

tarea como cumplida una vez acumulado contra ellos las pruebas de su falsedad. Los falsos profetas llevan en ellos mismos la Némesis que los perderá ; no somos nosotros, los intelectuales, los que debemos convertirnos en instrumentos del Destino.

Existe una clase de personas, empero, hacia las cuales nosotros, individuos que hacemos una profesión del velar por el sentido de las cosas, por la exactitud de las palabras y por la conveniencia mutua de las formas, tenemos pleno derecho a ser severos : es justamente nuestra propia clase. Si existe un deber al que no podemos faltar sin degradación, es el de denunciar en nosotros las ficciones y no reconocer a las « mentiras útiles » el título de verdades. Para esto, no es necesario que poseamos o creamos poseer nosotros mismos la verdad. La exigencia de la duda basta, o más bien la facultad de plantear cuestiones. Y el hecho social bastante grave de la ausencia, hoy día, de una creencia que sea al mismo tiempo auténtica y eficaz, no nos dispensa del deber de resistir por nuestra cuenta a las creencias prefabricadas y a sus divulgadores.

No podemos faltar a este deber de resistencia, no sólo porque sus ficciones nos ofenden directamente, sino sobre todo porque ya es hora que las generaciones venidas a la vida en estos años de negación violenta y de desprecio del hombre reciban otros ejemplos que los de la mala fe organizada, y otra alimentación que la de los *sucedáneos* de verdades.

NICOLA CHIAROMONTE

Poesía y dialéctica

POR CZESLAW MILOSZ

EN los semanarios que aparecen en Polonia se publican en la actualidad largas discusiones sobre poesía. La mayoría de los lectores de lengua polaca en el extranjero probablemente no se dan cuenta de la importancia de estas querellas, que siguen con indiferencia, lo que por otra parte es natural. Resulta difícil exigir a las personas que residen en Occidente el que se desprendan de una antigua costumbre: la de considerar la poesía y el « arte » como una inocente diversión estética, de tan escasas consecuencias como el café después de la comida.

Sin embargo, para un joven de Varsovia o de Lodz, la discusión sobre poesía es un asunto serio. En todos los países de la nueva Fe, las consideraciones ideológicas pesan más que los puros ejercicios intelectuales: las decisiones personales dependen de ellas, y lo que resulta determina el destino de cada uno y el de sus próximos.

La poesía es una cosa seria

Fácil es adivinar el por qué en los debates ideológicos ocupan el primer lugar los referentes a la poesía, la pintura y la música. Ya no es posible enfrentarse con los problemas de la filosofía, puesto que incluso los dialécticos más elevados tienen miedo. En cambio, cuando se trata de la teoría de la poesía, de la pintura y de la música, existe siempre la posibilidad de sostener prudentemente algunas opiniones; no obstante los esfuerzos hechos, hasta el presente no se ha podido crear un sistema cerrado de estética marxista, por lo que nadie sabe como acorralar al delincuente. Es algo así como un gran jardín salvaje, que tiene sus guardias pero

que no se sienten muy seguros de sí mismos. Y la poesía, la pintura y la música están de tal modo ligadas a toda la vida humana que quienquiera que intente hablar de ellas se ve obligado a poner en tela de juicio sus nociones más elementales sobre el mundo. Por esta razón, las querellas que tienen por motivo el arte revisten la misma importancia que en los siglos pasados tuvieron las disputas teológicas. Son seguidas con gran atención por tener un valor que apenas puede subestimarse. Un error común y divertido cometido por muchos occidentales consiste en separar ciertos fenómenos, definidos como puramente « culturales », de la totalidad ideológica que constituye la nueva Fe; los intelectuales, indignados por el espectáculo que supone la coacción aplicada a los artistas, luchan por « la defensa de la cultura », mientras que la gente menos inclinada a las especulaciones « para intelectuales » se limita a mirar al poeta que no quiere aceptar el realismo socialista y que incluso prefiere emigrar como si fuera un « esteta », en el peor sentido de la palabra. En realidad tanto unos como otros no ven más allá de la superficie de las cosas. Lo que se juega no son los « valores culturales », sino las creencias humanas más fundamentales. Del resultado de luchas que puede estimarse completamente abstractas depende el futuro de un cierto género de civilización; el destino de un obrero o de un campesino depende tanto como el de un artista. En las luchas religiosas de los antitrinitarios contra los católicos o los calvinistas, no se trataba solamente de la triple persona de Dios. La cuestión de saber si Cristo es simplemente el hijo de Dios, o bien si es al mismo tiempo una de las personas de la Trinidad, servía

de hecho de criterio a tendencias completamente opuestas que concernían a la esencia de la civilización. Así, en los países de la nueva Fe, los *distingo* más sutiles en el dominio de la teoría artística adquieren un sentido muy general, por lo que el lector de allí aprecia todo su valor.

La « crisis » en la vida cultural de Polonia tuvo lugar en 1950. Hasta esta fecha no era obligatorio que cada obra, antes de su publicación en los semanarios sostenidos por el gobierno, pasara antes por la censura de los directores de acuerdo con las normas impuestas por el Centro. Pero a partir de 1950, el que quiera expresarse en las publicaciones gubernamentales tiene que demostrar que sigue fielmente la línea del leninismo-stalinismo. Esto crea al comienzo no pocas dificultades, puesto que sólo los mejor entrenados pueden arriesgarse en esa especie de manigua en la que la herejía aparece amenazadora a cada paso. Incluso para los más hábiles, tales excursiones resultan un ejercicio en la cuerda floja. Ciertamente es que, además de la prensa ortodoxa desde el punto de vista marxista, existe una prensa católica, en la que pueden escribir los que desean un poquito más de libertad. Pero el precio que se pide por esta libertad es bastante elevado. Un autor que quiera expresarse en la prensa católica acepta en consecuencia el que se le cuelgue la insignia religiosa. Una vez clasificado, obtiene algo así como el estatuto de los judíos en la fase más tolerante del hitlerismo. Es de admirar la sabiduría de tal sistema : los artículos más inteligentes, por el hecho de aparecer en la prensa católica, provocan una neta revulsión entre los ciudadanos de primera clase ; es la mercancía de una tienda señalada con un signo enemigo.

Los semanarios católicos arrastran una cola de lectores que son los sobrevivientes de una época ya pasada ; se tolera esas publicaciones por estimar que es preferible dar un exutorio oficial a los sentimientos religiosos y nacionalistas, y, liquidarlos gradualmente en lugar de empujarlos hacia las catacumbas. Es por razones análogas que se creó en Alemania oriental un partido especial para uso de los hitlerianos ex-militantes del N.S.D.A.P. Mas al público católico se junta asimismo

lo mejor de la juventud, es decir los no conformistas, si desde luego se admite la tesis según la cual el no conformismo es una virtud del carácter, y no un vicio. Resulta cómodo para las autoridades que, para manifestar su oposición, los jóvenes tengan que colgarse una insignia, puesto que muchos de los que practican una oposición tácita tienen un miedo terrible de caer entre los « beatos ». El Estado gana pues tolerando las publicaciones católicas ; la censura, por otra parte, se cuida de mantenerlas a un nivel que no sea muy elevado.

En tales circunstancias, en las que no existe más que la prensa ortodoxa y la prensa destinada a servir de « reserva » a los salvajes, la discusión abierta y franca es imposible. No obstante trataré de aclarar, a través de lo que se presenta de manera voluntariamente oscura y oculta, el punto central de los debates.

El proceso del impresionismo

Una de las más interesantes polémicas de estos últimos años se refería al impresionismo francés, y había tenido sus orígenes en Moscú. A decir verdad, era más bien una requisitoria que una polémica ; o, para ser más exacto, se trataba de un acto de acusación repartido entre diversos corifeos. Hacia 1949 existían en Moscú y en Leningrado historiadores del arte que juzgaban que la pintura contemporánea rusa no valía gran cosa, y que era necesario aprender a pintar como los impresionistas franceses. Estos historiadores del arte, « cosmopolitas y sin patria », se convirtieron a justo título en objeto de una ofensiva, aunque no eran el motivo exclusivo puesto que el acusado principal resultaba el impresionismo francés. Una actitud despectiva hacia el arte occidental no es cosa inaudita en Rusia. León Tolstoi lanzó fuego y llamas contra los impresionistas, tratándoles de « degenerados » ; por otra parte metió en el mismo saco y por idéntico motivo a Wagner y a Shakespeare. Por lo demás, no se trata en este caso de la tendencia general, sino del género de los argumentos empleados. Los que acusan al impresionismo ven en la pintura francesa de finales del siglo XIX

un producto de la misma « fase histórica » que dió nacimiento a la teoría post-kantiana del conocimiento. Los pintores interpretaban el mundo como un espléndido espectáculo de colores y de luz ; en consecuencia, fácil resultaba concluir que la actitud de esos pintores hacia el mundo era puramente sensual, y que renunciaban a todo conocimiento racional de los fenómenos. Su arte se fundaba pues en una filosofía errónea, que representaba fielmente la decadencia de la burguesía francesa. Al contrario, los pintores realistas rusos de la misma época se basaban en un análisis racional de los fenómenos, es decir que veían en Rusia las contradicciones de clase y consideraban como objetivo de la pintura el representar la vida del pueblo. Conclusión : la pintura realista rusa del siglo XIX es superior al impresionismo francés, por lo que esa misma pintura debe de ser la fuente de inspiración para los pintores de hoy día.

He mencionado esta argumentación, no porque fácilmente puede ser denominada absurda, sino porque entra en las profundidades de la dialéctica (1). La dialéctica, como es sabido, es « la lógica de las contradicciones ». La dialéctica materialista parte del principio de que las contradicciones de nuestros conceptos — que son motivo de que la lógica formal resulte insuficiente en bastantes casos — reflejan las contradicciones de la materia en movimiento. Toda discusión sobre el arte no es ni más ni menos que una discusión en torno al método dialéctico, puesto que el arte es una tentativa, la más directa, para comprender la materia. La deducción es que el debate sobre el arte posee una importancia teológica de primer orden en el país de la nueva Fe.

El poeta o el pintor contemporáneo, compartiendo con sus conciudadanos su destino, y sufriendo en su propia carne los efectos de una aceleración histórica inaudita, siente el mundo como un conjunto de fenómenos en continuo movimiento, estando en esto de acuerdo con el dialéctico. Pero ya resulta cosa distinta cuanto es necesario aceptar la tesis según la cual

el método dialéctico, tal como es enseñado en las universidades del espacio comprendido entre Shanghai y el Elba, explica fielmente el movimiento de los fenómenos. Ante los hábiles artificios engañosos del dialéctico, el artista no puede evitar una sospecha : la de que el dialéctico juega con cartas que saca de las bocamangas. Como punto de partida el dialéctico introduce conceptos, muestra estos conceptos a los espectadores aturridos y hace constatar sus contradicciones ; después de todo esto, presenta esas *contradicciones de conceptos* como si fuesen *contradicciones de fenómenos*. En efecto, es sólo de esa manera que puede probarse que el impresionismo francés vale menos que la pintura de los *peredwizniks* rusos. Si se reduce algo tan complejo como el impresionismo francés a la teoría del conocimiento elaborada por los burgueses, y si frente a ella se pone la teoría del conocimiento de Lenin, aun asegurándonos que la primera es un fenómeno decadente y la segunda un fenómeno ascendente, no es difícil saber quién obtendrá el triunfo. Y por si fuese poco — y esto es sin duda más interesante — se constata que la teoría leninista del conocimiento existía ya en potencia en los espíritus de la *intelligentzia* rusa de finales del siglo último. Frente a esto, ¿ qué se puede extraer de la constatación de que la pintura de los grandes impresionistas franceses aparece plena de su deslumbramiento ante la belleza del mundo, testimonia el orden interno de los espíritus que la crearon y continúa siendo una contribución duradera en la historia del arte mundial ? Por lo demás, la maniobra de los críticos de Moscú puede ser considerada como clásica. Puede ser aplicada en una multitud de dominios : por ejemplo, gracias a ella se prueba de manera convincente que el hombre verdaderamente libre es el ciudadano de la Unión Soviética y que son los americanos quienes comenzaron la guerra de Corea. El poeta, o el pintor mismo, no se halla al abrigo de las victorias de la dialéctica. O bien intentará discernir el fenómeno en toda su complejidad, es decir expresar lo que ve y lo que siente, o bien se encontrará sobre una pendiente resbaladiza : cuando en lugar de una mesa — con la rugosidad de la madera,

(1) En este caso empleo la palabra "dialéctica" en el sentido stalinista.

esa mancha de tinta, este pié roto — introduce el *concepto de mesa*, se conduce lo mismo que quién pudiendo comer pan y beber vino prefiere alimentarse artificialmente. Tras una dieta de este género, perderá la costumbre de una alimentación normal.

Es por esto que personalmente creo que existe una hostilidad entre el arte y la dialéctica. Cada verdadera obra de arte, incluso cuando su autor jura que es partidario del materialismo dialéctico, relega en la sombra la dialéctica; y, a su vez, la dialéctica imposibilita el arte. Cada cual puede elegir lo que prefiere, pero hay que elegir. Cada cual puede decir que el respeto exagerado por el arte es característico de un solo período de la Historia y que no hay que ligar el destino de la humanidad al destino del arte. Es una opinión. Otra distinta se opone a la precedente y afirma que el arte de una determinada sociedad nos permite juzgar hasta que grado esa sociedad es sana, o, en otros términos, cuál es el grado de equilibrio interior alcanzado por sus artistas. De este punto de vista, los holandeses del siglo XVII alcanzaron una notable armonía; los países de Occidente se hallan hoy peligrosamente enfermos; y la población de la Unión Soviética ha alcanzado el estado casi perfecto de la muerte psíquica.

La cuestión del estilo « declarativo »

Las discusiones sobre poesía giran en Polonia en torno a estos problemas. Se ha permitido criticar en voz baja el estilo « declarativo » de toda una pléyade de jóvenes poetas convertidos al realismo socialista; pero es necesario agregar que el estilo « declarativo », es decir el manejo de frases que parecen recortadas de los editoriales de la gran prensa, es una consecuencia directa de la hegemonía de la dialéctica sobre la poesía.

Al pintar una manzana, el pintor holandés no se esforzaba en crear una manzana típica, un concepto de manzana. Por el contrario, un poeta ruso que describe un soljose no puede presentarlo de una manera

concreta, puesto que podría pecar de pesimismo. El poeta ofrece imágenes idílicas del soljose o del koljose, en tanto que formas superiores de la economía rural respecto a un dominio privado o a la finca de un campesino. Así acontece que el poeta no puede emplear otro lenguaje que el de la jerigonza de los editoriales, y la diferencia de la mediocridad en el talento se expresa en que X escribe el mejor editorial, y Z... un editorial menos bueno.

Los ataques contra el estilo « declarativo » son a decir verdad ataques ocultos contra la dialéctica materialista, por la razón de que nos dan a entender que existe una incongruencia entre el movimiento de los conceptos y el movimiento de los fenómenos, de manera que el arte es capaz de corcebir mejor el movimiento de los fenómenos que la propia dialéctica. Ahora bien, admitir esto es formular una evidente herejía. Por otra parte, el estilo « declarativo » resulta del hecho de que hallamos en la dialéctica materialista el mismo ascetismo nihilista que tuvo sus santos y sus mártires en la Rusia del siglo último. Es evidente que la « deleitación », considerada por los teóricos rusos de la gran época como la esencia misma del pecado, es inseparable de todos los esfuerzos que se puede hacer para alcanzar, en un poema o en una tela, las realidades del mundo sensible. Moscú tiene razón al condenar el impresionismo francés, puesto que en cada pintura de Manet o de Renoir existe esa deleitación.

La gran novela rusa no dejaba de ofrecer esa áspera deleitación, mas podía pasar a los ojos de los nihilistas a causa de que presentaba la tenebrosa Rusia zarista. Pero hoy día que con la ayuda de la dialéctica se realiza la felicidad del género humano, el artista debe servir la dialéctica sin condiciones ni reservas; es preciso que tipifique los fenómenos y ponga en manos del artista los conceptos ya elaborados.

La novela de Ajaiev, *Lejos de Moscú*, es considerada en Polonia como un modelo de realismo socialista. Ofrece, sin la menor duda, el ejemplo más perfecto de ascetismo del escritor: no obstante sus grandes esfuerzos, el lector no puede « visualizar » ni los personajes ni el cuadro en que evolucionan. Es una ecuación matemática,

con factores ordinarios : un enemigo de clase, un miembro de la *intelligentzia* que se equivoca y luego se convierte, una valiente muchacha del Komsokol, y, finalmente, un traidor. El lector pregunta en vano : ¿ Quiénes son esos obreros que trabajan entre las nieves del noroeste siberiano ? ¿ Cómo es que se encuentran allí ? ¿ Dónde se hallan sus pueblos de origen ? ¿ Qué piensan ? ¿ Qué sienten ? ¿ Cuánto tiempo deberán permanecer allí?... Ninguna respuesta. Lo que es esencial es la construcción de un pipe-line para el petróleo. La ecuación se compone de elementos que llevan el signo « más » — lo que ayuda la construcción — y otros el signo « menos » — lo que obstaculiza la construcción —. Y esto es todo. Pero el escenario de una película titulada *El canto de la tierra siberiana* va aún más lejos en el esquematismo. La masa de obreros que roturan los bosques asiáticos no aparece más que en el momento de los ocios, en la cantina donde tocan el acordeón y cantan. En el epílogo, el héroe contempla junto con su amada el resultado del trabajo de esos obreros : el gran edificio de una fábrica ha surgido en el bosque virgen y sobre su techo se despliega la bandera roja. Resultaría interesante comparar todo esto con las novelas sobre los campos de trabajos forzados.

El proceso del estilo « declarativo » en poesía nada tiene que ver con la apreciación del nivel literario de los poemas que publican los semanarios : no se trata aquí del nivel de cultura, sino de sinceridad. O bien el poeta se limita a lo que ve y a lo que siente, o bien hace una concesión al tipo y entonces no existe razón alguna para que se detenga. Desde el punto de vista dialéctico, los pipe-lines, las carreteras, las minas y las fábricas de Siberia son particularmente importantes para el triunfo de la revolución, y el esfuerzo ruso en esa región es un hecho que debe alegrar ; justo es por lo tanto que el músico o el poeta cante la grandeza de ese esfuerzo. El que escriba un poema « declarativo » está presto, por esa misma razón, a escribir el escenario del *Canto de la tierra siberiana*. Sin embargo, lo que merece un análisis es el comportamiento de Elionor Lipper, que había pasado unos cuantos

años en los campos de trabajo forzado de Siberia y que, después de haber visto en París el *Canto de la tierra siberiana*, sólo pudo decir, con voz extrangulada, estas tres palabras : « ¡ Se han atrevido ! »

El Ministerio de Literatura

Cuando, procedente del extranjero, llegué a Varsovia en diciembre de 1950 y comprendí lo que se esperaba de mí, caí en una aversión sin límites por el papel del escritor que se somete a las reglas elaboradas en los círculos dirigentes. Ignoro si todos mis colegas comprendían la profundidad de esta aversión ; ellos son funcionarios. La Unión de Escritores es algo así como un ministerio. Los escritores reciben instrucciones y se les indica como deben escribir. Su *colectivo*, en las alturas, situado por encima de la vida cotidiana de las masas, es algo insoportable. « ¡ Mira, he aquí como vive el escritor en democracia popular ! », me dijo uno de los poetas de Varsovia enseñándome sus muebles y su biblioteca. Por la ventana se veía la plaza-decoración del barrio de los privilegiados.

Esta calle es la de los miembros del gobierno y la de los escritores. Este poeta no sabía lo que pasaba en mí. Yo había vivido varios años en América en las mismas condiciones que mi huésped, un electro-técnico en cuya vivienda había alquilado una habitación. Yo no reprochaba a ese poeta de vivir mejor que un pequeño comerciante o un obrero. Pero el *quid* era que pertenecía a una casta separada y que no se daba cuenta de que esto podía antojársele contra natura a cualquiera. Comprendí que solamente allí dónde el escritor se aloja así — de manera bien distinta a la de un electro-técnico — y dónde hace todos los esfuerzos para no perder los privilegios de la casta ; solamente allí puede la dialéctica mantener su poder sobre los espíritus. Solamente allí, en tales viviendas, nacen novelas como *Lejos de Moscú* y escenarios como *El canto de la tierra siberiana*.

¿ Qué concluir ? Pienso que se habla demasiado de lo que debe de ser la poesía y demasiado poco de lo que es la poesía. Probablemente es la negación del nihi-

tismo. De la misma manera que existe la manzana en el cuadro de un holandés, así existe la estrofa de un verdadero poeta, puesto que conserva lo que es *particular*. Un autor de editoriales puede ser durante cierto tiempo un poeta pasadero, ya que se sirve del almacén de sus percepciones; pero tiene que gritar cada vez más alto, pues tal es la ley, tal es el precio para alejarse hacia el vacío de los conceptos. Un árbol real, una verdadera gota de rocío matan al editorialista y le muestran su nada.

Se puede uno encoger de hombros ante las extravagancias de la poesía occidental, a condición de que se conozcan esas extravagancias y que no se escupa sobre los

poetas occidentales sin comprender de qué se trata. Los poetas occidentales son, en general, gente que no ha recibido un buen azote. Cuando reciban ese azote, tal vez algunos lleguen a conclusiones saludables. Si se dejan imponer la conclusión que la dialéctica es superior a la poesía, el globo terráqueo será arreglado racionalmente, y el único inconveniente que resultará será que no se podrá soportar la vida. Las deportaciones en masa hacia la luna no serán ya consideradas como castigo especialmente grave; porque, al fin y al cabo, no habrá diferencia.

CZESLAW MILOSZ

Arte y política

POR JAN ULATOWSKI

EL *Stalin* de Picasso y el *Prisionero político* de Londres plantean el problema de lo simbólico en el arte moderno. Un realismo, incluso el más vulgar, puede pasar siempre por un sucedáneo del simbolismo hierático o épico: la intención excederá al contenido, sin que importe la cuestión de matiz. La armonía clásica de la intención y del contenido es un sueño perdido. El arte moderno y la política moderna introducen una complicación suplementaria: divergencia entre la intención del mecenas — que es idéntica a la sociedad — y la del artista.

Tal es el problema del *Stalin* de Picasso. La intención del artista no era la de dibujar un retrato de Stalin, sino la de hacer un ídolo. Stalin representa en este caso el ídolo popular, mítico e histórico a la vez, que está en vías de llegar a ser. No se parece a las fotografías de Stalin, pero si el comunismo sobrevive a su crisis actual, es esa cabeza de hombre fuerte y de mirada soñadora que un día será juzgada más

« parecida » que las fotos de Yossif Vissarionovitch.

Los cuadros panegíricos pintados en Rusia lo presentan ya menos parecido a sus fotos que a la imagen ideal del héroe y del sabio. Desde luego, esta imagen ofrece la impronta del cliché cinematográfico, pero ¿ no es justamente el cine, según Lenin, « el arte más popular de todos »? Incluso el cuerpo de Stalin ha sido maquillado antes del entierro, para que resultara semejante a la imagen familiar.

Picasso transforma esta imagen a la escala de la imaginación occidental. Verdad es que este Stalin parece haber salido del "1984" de Orwell, mas hace que este futuro resulte casi atrayente. Los pintores soviéticos se hallan encerrados en la imaginería del naturalismo de Munich del siglo XIX, siendo así que Picasso es un artista del siglo XX. Un *Stalin* de Picasso, concebido en los términos de la falsa idealización naturalista, ¿ asustaría a los dirigentes del Partido? A decir verdad reculan ante



El devoto Cristo de Perpiñán (S. XV).

el *Stalin* de Picasso al igual que San Sulpicio recula ante el Cristo de Perpiñán.

Existe un desacuerdo entre la intención del artista y la del mecenas (el Partido). Y este desacuerdo ha estallado. El artista no ha tenido en cuenta la intención del mecenas y ha intentado imponer su propia intención. El conflicto ha surgido *después* de la creación de la obra, por lo que no ha podido influir en el contenido de la misma.

Este es, por el contrario, el caso del *Prisionero político* de Londres. Aparentemente no existe desacuerdo entre las dos intenciones. Para los « mecenas » de este monumento resultaba evidente que habría una convergencia manifiesta entre el tema y el arte moderno. ¿ No se oye por todas partes el mismo grito de desesperación ? ¿ Qué cosa más natural que expresar la desesperación del condenado al horno crematorio mediante los medios generalmente aplicados a la expresión de la desesperación del hombre moderno, del hombre sin ideal ? Sin embargo, el resultado es lamentable : lo que ha tomado forma a nadie parece ser la desesperación de la víctima totalitaria, sino bien al contrario, el desinterés de un testigo pasivo y sereno.

El prisionero político es en este caso

concebido precisamente como víctima, y no como héroe. Mas es su propia concepción del hombre moderno la que los artistas han expresado en sus esculturas. ¿ No se convierte así este prisionero político en un símbolo más grande y más profundo : la víctima del totalitarismo, la víctima de nuestro tiempo ? Y no obstante, ¿ no es más bien esta generalización lo que vacía el símbolo de todo contenido ? Lo que significa *todo*, ya no significa *nada*.

Existe pues confusión en las intenciones, y no conflicto entre las intenciones del artista y las del mecenas. El tema se había precisado mal. ¿ Quién era, en efecto, ese prisionero político ? Murió como un héroe, pero ¿ era verdaderamente un héroe ? Si el mecenas no sabe responder a esta pregunta, el artista se desinteresa. Es al hombre moderno al que glorifica en su plañido trágico ; ¡ qué le importa el prisionero político ! El verdugo estaba encerrado en la misma jaula que la víctima. No negaba consagrando su próximo a la nada. ¡ Mas no era esta la intención del mecenas ! Y, sin embargo, él es quien creó la confusión. El ha olvidado al verdugo ; lo ha olvidado a causa de haberse desinteresado de la escena.



E. " Stalin " de Picasso.

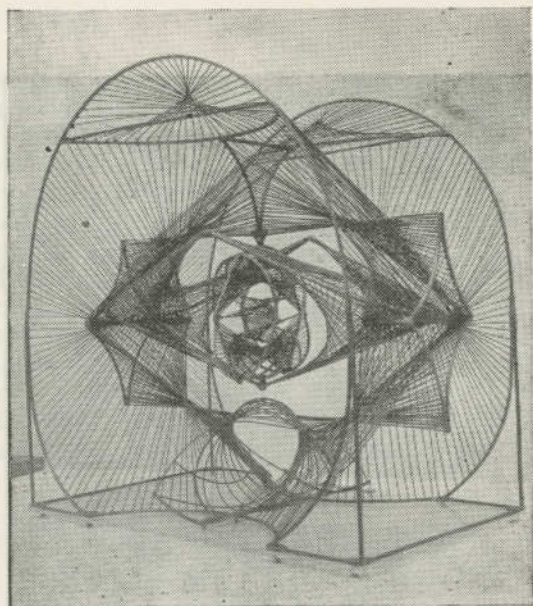
El mecenas, es decir la sociedad que representa, es el beneficiario del crimen y de la ejecución. El verdugo ha sido ejecutado, pero existen gentes entre nosotros, hombres modernos, para los cuales el héroe es él ; la víctima no lo es ni lo será jamás. Esos hombres se conciben como víctimas de ese beneficiario. Es pues contra ellos que será erigido el monumento del mártir frustrado, víctima contemplada con desinterés y serenidad estética.

Contra ellos, y no obstante con gesto de conciliación : todos estamos reconciliados en el infierno fraternal de la desesperación moderna. Lanzamos nuestro grito de desesperación, no siendo el prisionero político otra cosa que un pretexto : también podía ser el verdugo. El artista está de acuerdo, pero el mecenas ya no lo está. ¡ No se levantan monumentos para manifestar la desesperación ! Después de todo esta víctima era un mártir, el igual de los héroes que luchaban contra el verdugo para poder liberarla, si es que ésta hallaba fuerzas para sobrevivir a su martirio.

Es evidente que el mecenas resulta víctima propiciatoria a la vez de la concepción del arte moderno, que no obstante era justa, y de su desasimiento respecto al tema, que por lo demás coincide perfectamente con esta concepción del arte moderno. El arte moderno no se presta a los monumentos : el monumento es una forma épica y el arte moderno es lírico hasta el meollo.

Mas existe algo peor : la epopeya está formada de mitos ; la mujer épica es un mito, incluso el cesto de frutas es un mito. ¿ Quién puede indicar los mitos del hombre moderno ? Existe uno solo e indiscutible : la nada. Todo el resto no es otra cosa que accidentes de un proceso material, mecánico; nuestros propios pensamientos no son sino anotaciones provisionales e imperfectas, posiblemente falsas, de esos accidentes. ¿ Y nuestros ideales ? Nuestros ideales resultan locuras cuya propia utilidad — tan evidente en tiempos más felices, menos ilustrados — se ha convertido en una ilusión. Sólo la nada es real y verdad. Es nuestro compañero, nuestro dueño y nuestra esencia, como antaño lo era el mundo.

Sin duda alguna los escultores del *Prisionero político* no son ni unos engañados



La obra de Pevsner (París), premiada en el concurso internacional de escultura del "Prisionero político desconocido".

ni unos impostores. Creyeron ser fieles ejecutores del pedido, y tal vez lo fueron. Solamente el mecenas se ha engañado, tanto sobre el arte moderno como sobre el tema del monumento. La convergencia de ambos era una ilusión estética, un error del desasimiento. El mecenas se ha desinteresado del arte y del fenómeno que estimaba deber suyo ensalzar mediante un monumento.

El mecenas no es un desesperado, si bien no posee una esperanza precisa : las gentes a las que todo les sale bien no tienen necesidad de esperanzas. El mecenas no tiene una conciencia muy clara de la nada : tal vez en el fondo no exista nada, pero lo poco que halla para sí encima de ese fondo, le basta. La desesperación de los otros y su preocupación de la nada es incluso agradable y útil ; esto evita la obligación de proseguir un ideal — puesto que no lo tiene — y hace a los desesperados tan maleables, porque no saben lo que quieren.

Ha habido un cataclismo sobre un viejo continente, mas ese cataclismo no ha traído sino beneficios. Las ruinas se ven asediadas por almas en pena, entre las cuales la del prisionero político. Estos muertos eran los aliados más seguros del mecenas, gracias a su esperanza indo-

mable. La causa común salió victoriosa del cataclismo. Es pues necesario levantar un monumento cualquiera en honor de esos aliados fieles. A ese monumento se le hará hablar su propio lenguaje.

Pero este lenguaje no es el de las palabras, que era un lenguaje de esperanza desesperada, sino el de los sobrevivientes. La causa victoriosa levanta sus estandartes encima de un montón de almas en pena sobrevivientes. Y el monumento es justamente lo que es necesario hacer. Sólo los dementes pueden protestar contra un grito de desesperación auténtica. En medio de la Europa que ha vivido sus esperanzas, el monumento abstracto — esa queja del hombre desesperado — será un símbolo justo, aunque trágico : el símbolo de una derrota.

Empero recordemos que el prisionero político no pertenece por completo al pasado. No solamente era el aliado de la causa victoriosa, liberado si hubiese tenido la fuerza de sobrevivir a su martirio. Al largo cortejo de muertos y de sobrevivientes se junta cada día una nueva falange. La jaula del *Prisionero político* no simboliza un acontecimiento superado, sino que simboliza una institución, una institución que perdura ; Y con qué ambigüedad ! Los hermanos de las víctimas de un sitio son en otro verdugos ; los hermanos de los verdugos de un sitio son en otro víctimas.

La desesperación es más profunda y la nada más concreta de lo que piensa el artista, por lo que el mecenas se encuentra cogido en una trampa. En efecto, ¿ qué es lo que el monumento va a simbolizar ? ¿ Una condena del orden establecido ? Tal vez el artista estaría de acuerdo, mas el mecenas vería en ello la misma cola del

diablo. Qué esto le sirva de lección : un monumento es la expresión de un culto, jamás el medio de una propaganda.

El artista sincero es siempre el testigo fiel de su tiempo. El escultor Giacometti — honesto hasta la negación de sí mismo — ha hecho la experiencia crucial : él tiende hacia lo monumental, pero lo que alcanza es lo grotesco. Nuestra sensibilidad se ha separado de su propio centro ; sólo guardamos de ella el recuerdo y una insoponible nostalgia nos desgarran. Hemos buceado hasta el fondo, mas el misterio desvelado ya no nos alimenta. Nuestra grandeza residía en una esperanza quizás loca, en un arranque hacia una verdad desconocida. El centro, una vez puesto al desnudo, al rojo vivo, cesa de funcionar. La esperanza impaciente termina en la desesperación. Se mata el organismo exponiendo el corazón. Giacometti tiende a la grandeza; lo que alcanza es la miseria.

Las gentes del deseo piadoso, instaladas cómodamente en la desesperación, preferirían una falsificación realista de la grandeza y un *pathos* ficticio a esa imagen fiel de nuestra miseria y de esa tragedia sin salida. Se han impuesto en la mitad del mundo que moderniza los medios de la civilización consagrando a ello su esencia. Aquí no se impondrán. La grandeza del sueño nos es inaccesible, pero nos resta la grandeza de la lucidez. Nuestro arte no va a mentir y tal es su mérito. Levantemos el monumento de Londres en el centro de Europa, pero sin darle nombre alguno : así no será un monumento en honor del prisionero político sino un monumento en nuestro propio deshonor. Y este deshonor es la única cosa que aún puede honrarnos.

JAN ULATOWSKI

El congreso continental de la cultura de Santiago de Chile

POR JAIME CASTILLO V.

EL Congreso Continental de la Cultura fué planeado por sus organizadores de un modo que evitase las habituales objeciones contra estos torneos en que el interés político comunista está en juego. Por de pronto, el motivo central del Congreso presentaba un aspecto muy favorable. En efecto, la cultura es un hecho que puede parecer suficientemente alejado de la política como para limitar las objeciones corrientes. Cabe afirmar que, en este sentido, la cultura presenta aún menos flancos que el problema de la paz. Aquí, por lo menos, hay concepciones políticas directamente interesadas y, por ello, toda Conferencia de paz es una Conferencia política. Pero, en cambio, el tema de la cultura puede fácilmente atraer a personas que no aceptarían firmar una adhesión a un Congreso de paz comunista.

Esta circunstancia fué reforzada aún por el hecho de que los organizadores — cuyas figuras principales eran Pablo Neruda y Jorge Amado, esto es, los dos más prominentes literatos comunistas de Latino-América — insistieron en que el Congreso no plantearía problemas políticos, sino solamente culturales.

De este modo fué presentado el cuadro. Los organizadores insistieron repetidamente en sus tesis, sobre todo frente a los intelectuales no comunistas. A estos se les decía simplemente que el Congreso sería una reunión amplia, familiar, en que el problema ideológico no intervendría para nada.

La campaña produjo sus efectos. Un gran número de intelectuales chilenos y extranjeros se adhirió al Congreso. Conversamos con algunos de ellos y nos explicaron que no era lícito prejuzgar sobre los objetivos ocultos de los organizadores. Su opinión se limitaba a sostener que determinados problemas prácticos del escritor o del artista americanos debían ser estudiados.

Sin embargo, las cosas no anduvieron del todo bien. A medida que se acercaba el Congreso, la prensa de derecha empezó a menudear sus ataques. Se denunció el carácter comunista de la reunión, su inserción en una campaña internacional de propaganda y el desmedrado papel de intelectuales ingenuos que se plegaban a estrategias políticas ajenas a sus ideas. El objetivo era, sin duda, desprestigiar la realización del Congreso. Pero, no se llegó hasta el punto de pedir que se lo prohibiera.

La situación se tornó más crítica cuando el Gobierno cambió de criterio a su respecto. Problemas de política interna habían ido creando un cierto roce entre el Partido Comunista y el Presidente de la República. En los días de más álgida preparación, el Presidente denunció públicamente el Congreso como una maniobra comunista. Las relaciones entre los organizadores y las autoridades quedaron así cortadas. Poco después, la caída del Ministro del Interior señor del Pedregal, antiguo amigo de los comunistas y ex Presidente del Movimiento pro Paz de Chile, precipitó las cosas. El nuevo Ministro negó la concesión de pasa-

portes a los intelectuales soviéticos, entre los cuales se contaba Ilya Ehrenburg, so pretexto de que no entrarían en Chile mientras la U. R. S. S. no dejase salir a la nuera soviética del ex Embajador chileno ante el Gobierno de Moscú, señor Luis David Cruz Ocampo.

Pudo creerse en ese instante que el Congreso no iba a poder celebrarse. Entretanto, una serie de incidentes enojosos se habían producido en el seno mismo de la organización. Algunos que formularon indicaciones para un orden del día amplio, donde cupiesen todos los problemas de la cultura contemporánea, no fueron escuchados. La consigna de que era preciso evitar las « cuestiones políticas » estaba ya en evidencia. Por otra parte, varios de los adherentes empezaron a retirarse. Todos ellos denunciaron el carácter político del comicio y sobre todo su finalidad comunista. El ambiente de crítica y de escepticismo hizo también que otros se sintieran desvinculados y adoptasen la actitud de personas engañadas. Es necesario agregar que ese estado de ánimo fué también el resultado de la no muy clara situación producida en torno a Gabriela Mistral. Se sabe que el llamamiento para la celebración del Congreso fué firmado por la famosa escritora chilena y por García Monje y Sanín Cano. Gabriela Mistral aclaró, sin embargo, que ella no tenía nada que común con la organización del Congreso y el Comité chileno hubo de explicar que en efecto era así, pero que ella había firmado la convocatoria. Se comprende que los comentarios de prensa aprovecharan, de un lado y de otro, para sacar partido a la situación y el resultado fué que mucha gente quedó con la idea de que los organizadores comunistas habían usado ilegítimamente el nombre de la poetisa.

La llegada de los primeros viajeros compuso algo el cuadro. Asimismo, el Gobierno modificó su punto de vista sobre la entrada de intelectuales soviéticos. Sin embargo, parece ser que este cambio de frente no fué otra cosa que una pequeña trampa, muy « stalinista », pues los intelectuales soviéticos, con Ehrenburg a la cabeza, no tuvieron tiempo de llegar a Chile.



No se puede negar que el Congreso reunió un número importante de figuras prestigiosas. De China, vinieron tres invitados : un músico, un economista y un filólogo. De Polonia, el poeta católico Jaroslav Ibskiewicz, vice-presidente de la Unión de Escritores polacos. De Brasil, Jorge Amado. De Mejico, Diego Rivera. De Cuba, Nicolás Guillén, etc. Entre los chilenos, se contaba como es natural toda la intelectualidad comunista o cripto comunista o que se presta a este tipo de actuaciones. Se hallaban también algunos no comunistas, entre ellos el escritor Benjamín Subercaseaux y una muchedumbre de segundas, terceras y cuartas figuras.

Dejemos constancia de que el Congreso tuvo la calidad necesaria como para ser mirado con cierta satisfacción por sus organizadores. Pero, de todos modos, ellos fueron derrotados en su propósito de arrastrar a toda la intelectualidad chilena y asimismo de hacer venir a determinadas grandes figuras internacionales. El caso de Jean-Paul Sartre es bien característico.

Dos circunstancias más plantearon dificultades a los organizadores del Congreso. La primera y más importante la constituyó el hecho de que, al segundo día de las sesiones, el Gobierno acusó judicialmente al diario comunista *El Siglo* de hacer una campaña de « conspiración permanente », y el juez de la causa ordenó su clausura por diez días. Con esto, el Congreso quedaba prácticamente sin prensa. En efecto, ni los diarios de derecha, ni los del Gobierno, ni los pequeños diarios independientes dieron importancia, en sus informaciones, al Congreso. Prácticamente, hubo que esperar su término para conocer a través de la revista comunista *Vistazos* y de *Ercilla*, independiente, algunos pormenores de su desarrollo.

La otra circunstancia estuvo constituida por un Manifiesto firmado por un grupo de intelectuales y profesionales, en el que figuraban el sabio Jorge Nicolay, el conocido literato Eduardo Barrios, Premio Nacional de Arte, Eduardo Frei Montalva, escritor y senador de la República, etc. En este Manifiesto, los firmantes formulaban prácticamente un desafío a los organizadores del torneo. Decían que el Congreso de la Cultura, al cual asistían comunistas, que era organizado por ellos y que habían

invitado a conocidas figuras intelectuales de los países soviéticos, no podría hacer tabla rasa de los problemas culturales planteados tanto en los países occidentales como en los países orientales comunistas. Se sostenía que el problema de las concepciones sobre la « cultura dirigida » no podía ser ocultado y que las deliberaciones del Congreso carecerían de valor si nada se dijese sobre esto. Se hacía además un planteamiento teórico y, por último, se pedían garantías de organización para discutir seriamente el tema enunciado, esto es, el problema de la libertad cultural.

El Comité Chileno del Congreso replicó insistiendo en su consigna evasiva : las materias de « substancia política » no podrían ser tocadas. Los firmantes del Manifiesto hubieron de formular una última aclaración para expresar que, por desgracia, el Congreso se había negado a discutir un problema vital.



¿ Cual fué el desarrollo mismo del Congreso ? Durante casi una semana completa, los delegados discutieron los asuntos propuestos en el vaguísimo orden del día confeccionado. Hubo diversas intervenciones. Cada uno de los tres temas centrales tuvo un informante. El debate provocó una serie de acuerdos y recomendaciones de orden práctico. De más está el decir que las sesiones transcurrieron dentro del ambiente bastarte teatral en que se desenvuelven siempre. Hubo recitaciones, presentación de folklore americano, etc. Cada discurso insistió mucho sobre palabras como amor, confraternidad, esperanza. El mediocre sentimentalismo característico del actual comunismo apareció en todo momento. Y, por cierto, todo terminó con resoluciones unánimes, leídas en medio del entusiasmo delirante, por tres escritores comunistas : Pablo Neruda, Jorge Amado y Diego Rivera.

El tenor mismo de las resoluciones generales no es de mucha importancia. Hablan en tono lírico y más o menos abstracto de aspiraciones tales como intercambio cultural, libertad de expresión, conocimiento mutuo. Las recomendaciones de orden práctico, no publicadas aún en el momento

de escribir estas líneas, pueden tener algún contenido útil, pero difícilmente el Gobierno chileno les dará importancia.

¿ Puede decirse que los organizadores del Congreso cumplieron su promesa de no tratar cuestiones de « substancia política » ? En realidad y a despecho de la buena intención de muchos, el Congreso tuvo todas las características de una reunión en que lo político figuraba en primer plano.

Por de pronto, los intelectuales comunistas pasaron a ocupar en todo momento el primer plano, Pablo Neruda, Nicolás Guillén y Diego Rivera fueron las figuras más traídas y llevadas del Congreso. Asimismo, la delegación china fué frenéticamente aplaudida y el discurso de su jefe Li I Mang provocó gran entusiasmo. Pero, éste no hizo otra cosa que ensalzar el progreso cultural del pueblo chino, unido naturalmente a su Gobierno y a « la genial dirección del Presidente Mao Tse Tung, amado por todo el pueblo de China ». Igualmente el poeta polaco Ibaskiewicz se convirtió en un personaje principalísimo. También él habló como representante de su pueblo.

Ahora bien, es posible que los adherentes al Congreso, no formados en la lucha política, hayan creído que todo esto carecía de tendencias excluidas determinadas del orden del día. La verdad es otra. Es preciso recordar que los organizadores habían declarado que la discusión sobre el problema de la dirección cultural era de tipo político. Resultaba pues lógico suponer que el Congreso guardaría silencio ante todas las dificultades que en cualquier país se crean al objeto de obstaculizar el desarrollo cultural, presionar a los intelectuales, impedir sus contactos, etc. Pero, no fué así. Desde la primera reunión, la cantante Betty Sanders acusó a su país de no permitir la salida de otros intelectuales norteamericanos. Éstos enviaron un mensaje en el cual se decía que Estados Unidos no favorece los intercambios culturales. Asimismo, se denunciaron con frecuencia las revistas y el cine norteamericanos. Aún más, el Congreso aprobó varias resoluciones en que se condena, un poco en general, ciertas medidas restrictivas. Así, por ejemplo, una de ellas dice :

« Es inadmisibles que por razones ido-

lógicas o de orden político se levanten vallas artificiales entre los países, creando distancias infranqueables entre ellos, mediante leyes estatales o aplicación de medidas reglamentarias destinadas a otros fines: nos referimos a la aplicación de controles económicos, a la discriminación de los pasaportes, a la presión gubernamental y a las trabas opuestas a la libre circulación del libro y de las obras de arte. »

Todo esto parece justo y valiente. Nada más necesario que una declaración de esa especie. Otra resolución acoge estos mismos conceptos y de nuevo parece haber sentado un principio cultural indispensable. Pero, lo curioso es que tal resolución ha sido aprobada en presencia de la delegación china y nadie ha creído oportuno recordar que la Constitución de este país establece precisamente una censura para las ideas no aceptadas por el Gobierno. Asimismo, muchos de los presentes sabían que la libre circulación del libro está prohibida en la U. R. S. S. y que los funcionarios de aduanas revisan el equipaje de los propios viajeros invitados, con el objeto de establecer qué clase de papeles impresos llevan en su poder. Esta experiencia fué personalmente vivida por mí y por mis compañeros de viaje en calidad de asistentes a la Conferencia de Paz de Pekín. Igualmente, todos los asistentes sabían o debían saber que en la Polonia de Ibaskievicg existe la censura y la imposibilidad de publicar un libro sin permiso de la institución de la cual el poeta es dirigente. El hecho fué establecido por el propio escritor en presencia nuestra.

La política pues surgía de un modo indirecto. Estaba permitido criticar a los Gobiernos americanos en sus excesos restrictivos. Estaba permitido también aplaudir el estado actual del desenvolvimiento intelectual de los países comunistas. Pero, se hallaba prohibido criticar esos aspectos, como asimismo estimar aceptable la situación en los países americanos. Los organizadores del Congreso impidieron formalmente que un grupo preparado de intelectuales planteara el problema de la concepción comunista. En cambio, hicieron las cosas de tal modo que esta fuera aplaudida, admirada, o por lo menos escuchada, por todos los asistentes.

De ahí pues que los delegados hayan

podido determinar el sentido preciso de sus « valientes » declaraciones agregando enseguida : « Por lo tanto, el Congreso Continental de la Cultura exhorta a los gobiernos de América para que dentro de sus respectivas jurisdicciones eliminen todos los obstáculos que se oponen al libre ejercicio de la cultura ».

Se trata pues de América. El mundo soviético ha sido respetado. Los intelectuales no comunistas pueden estar felices de no haber transgredido las normas que se les fijaron : no han hecho « política ». La política empieza, en efecto, en la línea de Berlín. Más acá, se llama cultura.

Por la misma razón, también, cierto discurso de un joven estudiante chileno fué objeto de ataques y sometido luego a la táctica del silencio. Este estudiante habló sobre la ausencia de libertad cultural en la U. R. S. S. Se le dijo que se había salido del tema, pues estaba hablando de « política ». Los diarios o revistas pro-comunistas lo censuraron. El Boletín oficial del Congreso no habló de él. Puede suponerse que los asistentes se habrán manifestado de acuerdo en que hablar de tal tema era salir del programa aceptado y hacer críticas al comunismo. Pero, en cambio, no habrían tenido mucho empacho en aplaudir a Ilia Ehrenburg ni tampoco poseyeron la imaginación suficiente para decir que Pablo Neruda hablada de política cuando dijo : « Conozco y admiro al pueblo soviético y a sus dirigentes por sus extraordinarios hechos, imborrables en la historia humana. Pero, lo que más admiro en aquella tierra es su dedicación a la cultura. Tal vez de todos, éste es el rasgo más fundamental y más impresionante de la vida soviética. Con el florecimiento pleno del individuo, nunca alcanzado antes en la historia. »

Sería mejor decir que, con estas frases, el gran poeta chileno llegó al punto extremo del cinismo. Después de maniatar a los que pensaban distinto de él en ese preciso problema, se permitió justamente hacer lo que él, por intermedio del Comité Chileno del Congreso, había declarado excluido del orden del día.

J A I M E C A S T I L L O

La farándula de los incendiarios

POR VICTOR ALBA

RESULTA difícil comprender el alcance de los incidentes acontecidos el 15 de abril en Buenos Aires sin situarlos en una cierta perspectiva: la del « tango-titubeo » de la dictadura peronista entre el capitalismo y el cesarismo demagógico.

Después de la muerte de Eva Perón, en agosto de 1952, los acontecimientos se han desarrollado de la manera siguiente:

1. — Perón, poniendo rumbo a la derecha, destituye a Espejo, el jefe de la C. G. T. peronista y amigo fiel de Eva, reemplazándolo por un oscuro dirigente del Sindicato de los camareros de café. Entre tanto el general se esfuerza en reconciliarse con sus antiguos aliados: militares e industriales. Los primeros permancecen sordos a sus gestiones y mantienen su posición de « sometimiento sin compromiso ». Los segundos condicionan su sosten futuro: exigen un acuerdo con Washington, puesto que sólo los créditos norteamericanos permitirían modernizar la industria e importar materias primas. La desaparición de Espejo como dirigente obrero es una prueba de buena voluntad que Perón ofrece a industriales y militares. Desgraciadamente para él, fracasan sus negociaciones con Washington.

2. — Al objeto de presionar sobre el Departamento de Estado, Perón se orienta hacia la izquierda, hacia los *descamisados*: constitución en enero de 1953 en México, de una central sindical continen-

tal — la A. T. L. A. S. — que no acepta las insinuaciones de los comunistas, mas tampoco las rechaza definitivamente; visita a Stalin del embajador argentino Sr. Bravo, y apertura de negociaciones comerciales con la U. R. S. S.; y como tercer suceso extraordinario, el viaje de Perón a Santiago y su propuesta de unir y federar la Argentina y Chile. Pero la tentativa aborta. En Santiago, Perón es invitado por un grupo de intelectuales, entre los cuales se encuentra el poeta comunista Pablo Neruda, a hablar en la Universidad, reunida *in corpore*; mas la Universidad no confirma esta invitación; Perón es acogido fríamente tanto por el pueblo chileno como por su Presidente Ibáñez, no obstante la ayuda que éste recibió durante su campaña electoral; y en Washington, el Departamento de Estado continúa inflexible.

3. — En suma, Perón se halla aislado. Se encuentra separado de la masa obrera, descontenta a causa de la eliminación de los dirigentes amigos de Eva, del bloqueo de los salarios y del aumento constante del precio de la vida. No ha logrado volver a establecer relaciones con sus antiguos aliados de la burguesía industrial y del ejército, a los que no llegó a dar satisfacción. En las ciudades no le queda sino su propia casta de burócratas políticos. En el campo, las tradicionales riquezas del país, la agricultura y la ganadería, han

sido sacrificadas en una proporción de cuatro quintos. La Argentina se ha convertido en un país de racionamiento y de escasez. El precio de la carne está oficialmente establecido a 0,80 pesos; en el mercado negro se vende a 20 pesos el kilo; el pan alcanza generalmente los 5 pesos. Los productores se niegan cada vez más a sembrar sus tierras y a llevar sus animales a los mataderos; y como el gobierno cubre los enormes gastos del régimen merced a la adquisición del trigo y de la carne a precios muy bajos para revenderlos al extranjero a precios muy elevados, no puede renunciar a esta política.

4. — Ante la creciente penuria, los sindicatos oficiales comenzaron a protestar y a anunciar huelgas; la dirección central se vió desbordada por los dirigentes locales gracias a la presión de las masas. De nuevo Perón intenta colocarse a la cabeza de los *descamisados*: « Iremos a las estancias a buscar el ganado y llevaremos a los mataderos a los propietarios junto con sus vacas » exclama. Y declara asimismo: « El noventa y cinco por ciento de la gente que viene a verme me propone negocios sucios. » Luego amenaza con dimitir: « Ya estoy harto. Continuaré mientras tenga el sostén popular, pero no aguardaré a que me echen. »

5. — La oposición aprovecha este estado de espíritu. Se da cuenta que Perón y su pandilla pueden ser desplazados si los militares y los industriales se unen a los conservadores, a los radicales, a los socialistas y a los sindicalistas. En el caso contrario, el régimen se volvería abiertamente terrorista y totalitario. Pero los militares y los industriales titubean; los unos prefieren continuar con los « negocios sucios » y los otros ejercer una presión oculta sobre Perón.

En esto Juan Duarte, hermano de Eva y secretario de Perón, dimitió; el ministro de Trabajo José Freire, amigo de Eva, sigue su ejemplo. Duarte, que ya ha preparado sus maletas para irse a España, recibe la visita de una media docena de ministros. Se suicida, « bajo el peso de injustas calumnias »; la campaña de rumores sobre los robos en la administración — robos que Juan Duarte ya no

puede denunciar — es mayor que nunca; Perón, comprendiendo que la masa está a punto de escaparle definitivamente, juega su última carta.

6. — El 1 y el 8 de abril pronuncia discursos amenazadores: « ¡ No cabe hacer otra cosa que colgar de los árboles a los miembros de la oposición ! » « ¡ Llevad en vuestros bolsillos cuerdas para extranquear a todos cuantos me atacan y me calumnian ! » Al propio tiempo « depura » su partido y a los altos funcionarios del régimen: las « víctimas » son el ministro del Ejército, coronel Mercante, y tres diputados. En una sola noche hace detener a setenta y cinco comerciantes por « especuladores » y decreta — por tercera vez desde 1949 — el bloqueo de los precios. Todo resulta inútil: la masa se muestra desconfiada; la C. G. T. continúa reclamando aumentos de salarios; una tercera gestión cerca del Departamento de Estado para la obtención de créditos, fracasa. Así llegamos al 15 de abril.

En medio del resonante discurso pronunciado por Perón estallan dos bombas, a unos ciento cincuenta metros de la tribuna oficial. Imposible saber si fueron colocadas allí por opositoristas individuales o por agentes provocadores. Perón rearuda su arenga. Sus palabras transforman el pánico de la multitud en furor incendiario: « ¡ Madera, madera ! », reclama la masa. Y Perón grita: « ¿ Es qué aguardais a que os la den ? » El discurso se termina y grupos de peronistas arrastran a derecha e izquierda al populacho. Menos de veinte minutos después del discurso del general, el edificio del « Jockey-Club » quema, junto con la más hermosa colección argentina de cuadros y objetos de arte; la Casa del Pueblo, local del Partido Socialista, arde en medio de las llamas; los locales de los partidos radical, demócrata, nacional y demócrata-progresista son saqueados. Los únicos edificios políticos respetados son los de los peronistas y los de los comunistas.

El desencadenamiento de las masas contra la cultura por culpa del general — la destrucción de los cuadros de Goya y otros tesoros irremplazables — no debe hacer olvidar el aspecto *político* de la ope-

ración : las tentativas, hasta el presente vanas, para crear un Partido Socialista fantasma que oponer al viejo partido.

El rasgo más significativo de los sucesos resulta sin duda el incendio de la Casa del Pueblo, en cuyo subsuelo se hallaban los talleres de *La Vanguardia*, el diario socialista fundado en 1894 y suspendido por Perón en 1947 con el pretexto de que sus retretes no eran lo suficientemente higiénicos. La « Biblioteca Justo », con 60.000 volúmenes, una hemeroteca obrera que reunía las colecciones de casi todos los periódicos obreros del Continente, fué devorada por las llamas. Una treintena de revistas y de semanarios obreros que se imprimían en los talleres de *La Vanguardia* han tenido que suspender su publicación a partir de entonces, por temer los impresores las represalias de los peronistas al aceptar la clientela de los órganos de la oposición.

Señalemos aun algunos detalles más. La Casa del Pueblo, construída mediante fondos recogidos en una suscripción popular, se hallaba a 500 metros del Congreso y a 900 de la Jefatura de Policía y de la Central de Bomberos. La policía obstaculizó la acción de los bomberos y dispersó a los espectadores que intentaban apagar el incendio. También prohibió el

que se sacasen fotografías. La censura disimuló las incitaciones al asesinato y al incendio que figuraban en los discursos del general Perón, incitaciones que sólo fueron conocidas en el extranjero gracias a las cartas privadas sacadas clandestinamente de Buenos Aires.

Todavía no se puede prever la evolución de los acontecimientos. Pero es indudable que no tardará en producirse una radicalización general ; de una parte será la de la demagogia peronista, y de otra la de la oposición liberal, cuya dirección recae en los socialistas. Un apoyo constante por parte de los sindicatos e intelectuales europeos y norteamericanos, basado en la protesta y asimismo en la información, puede ayudar más de lo que se cree a sostener la moral de esa oposición valerosa que lucha en un ambiente de asfixia difícil de imaginar.

Desde luego, una gran lección puede extraerse de los acontecimientos de Buenos Aires, lección que puede enunciarse muy simplemente : *la demagogia conduce siempre, tarde o temprano, al totalitarismo*. Lo menos que podemos hacer en favor de los hombres que en silencio combaten contra el nuevo émulo de Hitler, es saber aprovechar esta lección.

VICTOR ALBA

Doctrinas sociales y costumbres obreras

BAJO los auspicios de la *Asociación francesa de los Amigos de la Libertad*, de desarrollaron últimamente en París cuatro jornadas de estudios sobre las doctrinas sociales y las costumbres obreras.

Estas jornadas han constituido una innovación verdadera por los dos objetivos que se propusieron : establecer un contacto entre los jóvenes intelectuales y los militantes sindicalistas, y examinar las experiencias de la clase obrera. Cuestiones delicadas, susceptibles de apasionadas intervenciones ; sin embargo, en el auditorio compuesto de todo el abanico de las opiniones políticas, en el que se codeaban hombres de distintas clases sociales, reinó una atmósfera de lealtad y de buena voluntad. Más aún : existió entre los participantes — obreros, profesores, estudiantes, ingenieros y patronos — una voluntad común de comprensión.

Fué con esta comprensión de los problemas humanos del trabajo que el Sr. de Brouckère, uno de los activos dirigentes de la U.C.E.A.C.T., ganó el interés del auditorio ; el Sr. de Brouckère pertenece a esa pequeña élite de patronos que han sentado las bases de una reforma de la empresa asociando los asalariados a la gestión de la misma.

El estudiante Sr. Kosek, de los « Jóvenes Amigos de la Libertad », señaló como a través de los libros y de su propia experiencia de la vida social descubrió la existencia del problema obrero. La juventud intelectual tiene sus reivindicaciones particulares en las que se evidencia la nece-

sidad de afirmar su personalidad naciente, su negativa a aceptar la alienación impuesta por las fuerzas sociales y económicas del mundo actual. El inconformismo de los estudiantes puede hallar su salida en una negativa del hombre, en una exaltación de la voluntad de poderío, en un individualismo nietzchiano que socialmente conduce al fascismo ; pero los « Jóvenes Amigos de la Libertad » rechazan esa falsa solución que no conduce a otra cosa que a colorear con un barniz nuevo los viejos privilegios y las pasiones nacionalistas más caducas.

Las cautivantes discusiones sobre las relaciones entre intelectuales y obreros, si bien no han aportado respuestas definitivas, por otra parte imposibles, han tenido el mérito de hacer comprensibles los resortes más o menos ocultos de la antigua desconfianza obrera respecto a los intelectuales. Esta fué la ocasión que aprovechó Roger Hagnauer para mostrar la participación creciente de los universitarios en el sindicalismo obrero desde comienzos de siglo.

Las discusiones sobre la experiencia obrera de los últimos cincuenta años han hecho revivir a la vez el drama del proletariado francés y los penosos esfuerzos para desprenderse de la miseria y de la inseguridad. Militantes como Argence, Poussel y Vassart, todos ellos antiguos secretarios de la Federación metalúrgica, así como un antiguo secretario de la Federación textil, dibujaron a grandes rasgos la vida obrera de sus épocas respectivas, las esperanzas

cristalizadas en el movimiento obrero y las mutaciones que han transformado este mismo movimiento.

Entre los numerosos militantes activos del presente que intervinieron para describir sus medios y profesiones, citemos particularmente a Lebras, obrero metalúrgico parisiense, que con los mejores métodos sociológicos ofreció una notable descripción psicológica de sus camaradas que trájaban a la cadena, así como un testimonio vivido, apasionado y pintoresco de la ocupación de las fabricas en 1936.

Una jornada entera fué consagrada a las experiencias extranjeras. Barton, sindicalista checo en el exilio, habló de la lucha a la par clandestina y abierta de los trabajadores de su país contra la dictadura stalinista; Max Cogen-Reuss explicó el mecanismo de la codecisión y de la cogestión en Alemania occidental. Irving Brown, representante en Europa de la Federación Americana del Trabajo hizo un esbozo de las luchas pasadas y presentes del sindicalismo norteamericano, señalando hasta que punto la inmigración interior, primero, y luego la realización de un vasto mercado, determinaron los rasgos específicos del obrero norteamericano en sus relaciones con la patronal.

En la última reunión, el Sr. Sauerwein, del Comité Nacional de la Organización de Francia, desarrolló sus ideas sobre la necesidad de una información leal y completa en el seno de la empresa para posibilitar

luego una democracia económica. A continuación, Collinet hizo una síntesis de la evolución de los asalariados en los últimos 50 años, en los planos demográfico, profesional y psicológico. Señaló que el sindicalismo, tras haber asegurado el derecho a la subsistencia del asalariado, debe de definirse y conquistar el derecho a la producción y el derecho a las responsabilidades si quiere proseguir un programa de emancipación que en el pasado fué su razón de existencia.

Estas jornadas, que agruparon a 80 participantes y a una veintena de invitados, han demostrado que a despecho de las ideologías e incluso de los sectarismos tradicionales, se podía plantear los problemas del trabajo sobre una base concreta.

Numerosas personalidades han estado presentes en las reuniones. Citemos, entre otros, a los profesores Edouard Dolléans, Théodore Ruysen, Georges Vidalenc; a los sindicalistas Rose Etienne, secretario de la C. G. T.-F. O., Jean Boucher, de la Federación del Libro F. O., Jacques Tessier, de la Confederación de Trabajadores Cristianos, Speyser, de la Confederación General de Cuadros, Charles Patat y Martin Leymarie, de los sindicatos independientes; al diputado Sr. Poinbœuf; a Hyacinthe Dubreuil, Georges Altman, Manès Sperber, André Philip, Marceau Pivert, Julián Gorkin, etc., etc.

M. C.

EL CENTENARIO DE MARTÍ

Celebra Cuba este año el centenario de Martí, celebración que a decir verdad corresponde asimismo a toda América. En efecto, José Martí — celebrado hoy y recordado siempre — es uno de los más altos símbolos del hombre americano, de ese hombre de carne y hueso en lucha constante por la liberación de su tierra. El congreso de escritores que han escrito sobre Martí, reunido hace poco en la ciudad de La Habana, puso de manifiesto la importancia de lo que pidiéramos denominar literatura martiana. Y es que la personalidad del cubano Martí ha obtenido a través de los años una proyección verdaderamente continental: fué el forjador de una patria y también un libertador de hombres, por lo que si Cuba le debe su independencia América toda le es deudora del ejemplo de una vida entregada por entero a una misión libertadora.

Martí, que murió como soldado no siéndolo más que ocasionalmente y muy a pesar suyo, fué ante todo y sobre todo un poeta y un escritor de cuerpo entero,

cuyo estilo entusiasmó a sus lectores. « Su estilo — comentó Unamuno — es un estilo profético, bíblico; hablaba mejor, mucho mejor, como Isaías que como Cicerón. Lo que se hace es lo que queda y no lo que se dice, decía, y su decir era, sobre todo, un hacer, sus palabras eran sus actos. » Martí, poeta, fué no obstante de los que consideran, ante el gran problema de la relación entre el ideal y la vida, que no es la vida la que ha de enfeudarse al ideal sino que es este el que debe penetrar la vida. Por eso luchó para que su ideal de libertad se concretara en la vida de su pueblo y en la de todos los demás pueblos de su América.

Germán Arciniegas, conciencia viva hoy día de Iberoamérica, señala cómo José Martí es en 1953 el símbolo de toda América en la lucha secular que ésta ha emprendido por su independencia y su libertad. Una libertad que se ha convertido en urgente necesidad universal, porque hoy día el problema rebasa los límites de este o aquel país para adquirir carácter general.

SOBRE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Tal vez coincidiendo con su septuagésimo aniversario, se vaya aproximando el momento de establecer un balance de lo que José Ortega y Gasset ha aportado a la cultura hispánica en sus múltiples manifestaciones. Es esta una sugestión que nos permitimos lanzar, en particular, a algunos de sus discípulos que como consecuencia de la guerra civil española se encuentran hoy día desparramados por el mundo.

Es Ortega y Gasset el pensador más moderno de España, el más actual de hecho y de intención, el maestro indiscutible de la intelectualidad española de este medio siglo último. Si Francisco Giner de los Ríos encarna la generación de carácter filosófico y pedagógico del 68, y Miguel de Unamuno la literaria y artística del 98, puede decirse que José Ortega y Gasset es el tipo representativo de esa otra generación del 14 que a fin de cuentas constituye una lograda

síntesis de las otras dos. Situado así a la vanguardia de las inquietudes intelectuales, Ortega y Gasset ha vivido y vive — quizás en forma más recatada ahora, forzado por las circunstancias particulares que predominan en España — en estado de atención plena y aguda, ajo avizor sobre todo cuanto acontece a su alrededor, meditando no sólo ante los libros sino también ante las cosas y las gentes. Es decir, nada actual le es indiferente porque es en lo actual que afirma su permanencia, y no obstante — ¡ay! — bastantes cosas humanas le son extrañas por haberse empeñado terca- mente en que le fuesen extrañas. Varios libros de ensayos suyos llevan este título revelador: *El espectador*; en efecto, espectador la querido ser Ortega de no pocos acontecimientos que requerían su atención y su diagnóstico de filósofo vitalista. Pero dejemos este terreno por demás resbaladizo.

Existen tres libros de Ortega y Gasset que bastan para caracterizar toda su obra: nos referimos a *España invertebrada*, *La deshumanización del arte* y *El tema de nuestro tiempo*. El primero trata del problema nacional español, con un tono pesimista heredado de los hombres del 98; en el segundo hallamos sus ideas estéticas sobre el arte puro, que se esfuerza en definir y sintetizar; en fin, en el tercero, Ortega se nos ofrece como el filósofo de la razón vital, como el abanderado del vitalismo opuesto al racionalismo. Sin embargo,

no han faltado ni faltan objeciones a su vasta obra, que algunos encuentran huérfana de originalidad y de rigor científico. Es indudable que se observa fácilmente la ausencia de una estructura sistemática, así como su desdén por lo que pudiéramos llamar lenguaje técnico de la filosofía científica. No obstante, forzado es reconocer que la obra de Ortega y Gasset ha penetrado muy profundamente en España y en Iberoamérica. Posiblemente esto sea debido en buena parte a que su obra es el caso más brillante del género del ensayo, que ha logrado realzar merced a una prosa trabajada y elegante en la que se junta el razonamiento filosófico y los matices del juego literario, teniendo por base los temas de actualidad.

Nada denuncia con mayor elocuencia la paramera intelectual de la España de hoy como el hecho de que Ortega y Gasset sea silenciado, cuando no atacado aviesamente por los corifeos del régimen. (Su revista, publicada ininterrumpidamente durante bastantes años hasta el momento mismo de la guerra civil, continúa suspendida por impedimento gubernativo.) Recordemos que al morir Unamuno, escribió Ortega y Gasset estas líneas proféticas: « La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España, desde hace un cuarto de siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio. »

CIENCIA Y LIBERTAD

DEL 23 al 26 de julio tendrá lugar en Hamburgo una conferencia científica internacional, en la que tomarán parte eminentes representantes de las ciencias naturales, humanas y sociales procedentes del mundo entero.

Esta conferencia, organizada conjuntamente por la Universidad de Hamburgo y por el Congreso por la Libertad de la Cultura, no pretende ser una reunión de sabios que hablen en tanto representantes oficiales de sus países respectivos o de organismos determinados; los investiga-

dores a los cuales se ha recurrido se consideran como miembros de la comunidad científica internacional, que confrontarán sus puntos de vista al objeto de definir las condiciones espirituales y materiales indispensables para un desarrollo fructífero de la investigación.

El tema elegido « Ciencia y Libertad », indica suficientemente que se trata de responder a las preocupaciones actuales del mundo científico, colocado frente a una tendencia cada día más evidente que supone un grave perjuicio al espíritu de libre inves-

tigación mediante la instauración estatal de controles extracientíficos.

Cuatro informes expondrán la organización actual de la investigación y de la expresión de las nociones, así como las incidencias que pueden acarrear el sostén y control del trabajo científico por el Estado sobre la libertad del hombre de ciencia.

Cinco informes tratarán de los fundamentos filosóficos de la ciencia moderna y de las relaciones entre las ideologías y la ciencia. Las relaciones y los contrastes entre el materialismo dialéctico y la experiencia científica, serán objeto de un estudio especial.

Un tercer grupo de informes será consagrado a la historia, a la biología y a la filosofía en la U.R.S.S., es decir a tres disciplinas a las que el régimen soviético concede una particular importancia desde el punto de vista ideológico.

La última sesión abordará el problema de la responsabilidad moral que incumbe actualmente al mundo científico.

Entre las personalidades que han prometido su concurso, podemos citar ya a los profesores de universidad Roger Apery (Caen), Michael Polany (Manchester), Von Kress y Von Laue (Berlín), Samuel Allison y James Franck (Chicago), Ernst Friesenham (Bonn), Max Hartmann, Carlo Schmidt y A. Kuhn (Tubingen), Snell y Jores (Hamburgo), Reidemeister (Marburgo), Dalrington (Instituto John Innes, de Bayfordbury), Plessner y Heimpel (Gotingue), MacFayden (Oxford), Sidney Hook y Dobzhansky (Nueva York).

De los informantes citaremos a los profesores Millet, Thibaud, Mehlberg, Heckman, Theodore Litt, al doctor John Baker y a nuestro colaborador Raymond Aron.

LA CRISIS DEL C. N. E. DE FRANCIA

EL Comité Nacional de Escritores de Francia, organización dirigida por los comunistas y que desde los tiempos de la ocupación alemana venía englobando no sólo a los escritores de obediencia stalinista sino asimismo a los llamados « compañeros de ruta » y a otros que querían a todo trance hacer la experiencia de una colaboración amistosa con el partido de Thorez, atraviesa ahora su más terrible crisis, crisis de la difícilmente se salvará. La suerte está echada. Demasiados años ha durado el equívoco, equívoco del que los comunistas se han venido aprovechando para presentar el Comité Nacional de Escritores (C. N. E.) como una organización abierta a todas las tendencias democráticas.

La crisis en cuestión ha sido provocada por el proceso Slansky, o, mejor dicho, por el carácter antisionista del mismo y las tendencias francamente antisemitas que se manifestaron en el curso de dicho proceso y que oportunamente denunció el Congreso por la Libertad de la Cultura. « ¿ Existe o no un antisemitismo en Europa oriental ? » preguntó a la dirección

comunista del C. N. E. el escritor Serge Groussard. Y en distintas ocasiones Groussard insistió inútilmente para que se discutiera la cuestión. « He querido — escribó luego, explicando su gesto — puesto que el C. N. E. se interesa por tantas cuestiones, someterle la que plantea la renovación del antisemitismo en la U. R. S. S. y en las democracias populares. » Pero a esta exigencia la dirección del C. N. T. respondió siempre por un seco « no ha lugar a discutir por tratarse de una cuestión política. »

Una veintena de novelistas, dramaturgos y ensayistas de los más notables, que todavía continuaban en esta organización de escritores, la han abandonado solidarizándose con Serge Groussard. Entre otros citemos a Salacrou, Claude-André Puget, Aveline, Louis Martin-Chauffier, Dorgelès, Ambrière, etc. Louis Martin-Chauffier, por su parte, escribió a este tenor y en el diario *Paris-Presse-l'Intransigeant* lo que sigue : « Cuando yo presidía el C. N. E., el comité director protestó contra el despido de profesores y maestros judíos de Nueva York. Todo el mundo estuvo de acuerdo en es-

timar que este acto de antisemitismo debía interesarnos, puesto que se trataba de intelectuales que el C. N. E., a justo título, tiene por misión el defender. ¿ Hay qué creer que los periodistas checos y los médicos rusos son menos intelectuales que los maestros norteamericanos ? ¿ O bien se trata de que los intelectuales, a partir de una cierta frontera geográfica, deben de ser perseguidos y no merecen que el C. N. E. se ocupe de ellos ? »

En efecto, de fronteras geográficas — y más que geográficas, políticas — se trata. Bien sabido es que para los stalinistas todo cuanto acontece detrás del telón de acero es tabú, mientras que los hechos del mundo occidental merecen siempre su más abultada y acerva crítica. Elsa Triolet, la esposa del poeta Aragon, fué la encar-

gada de comentar en el semanario comunista *Les Lettres Françaises* esta crisis, en la que ve — ¡ no faltara más ! — una maniobra norteamericana para « destruir moralmente una de las raras organizaciones de resistencia que continúa prosperando, que ha sabido conservar intacto el espíritu de la resistencia, buscando un terreno de acuerdo para una acción común útil, evitando la discordia que podría destruir los lazos existentes entre nosotros. » La eterna canción, hartamente conocida. Por una vez los « hermosos ojos de Elsa », que su marido-poeta cantara con fruición en cierta ocasión y en un conocido libro de poemas, se han vuelto coléricos. La realidad es que la influencia del partido comunista francés es cada día menor en los medios intelectuales.

UN CONGRESO ESTUDIANTIL EN MADRID

DURANTE los primeros días del pasado mes de abril, se celebró en la capital de España el Congreso del S. E. U., organización falangista que engloba obligatoriamente a todos los estudiantes universitarios españoles. El carácter mismo de la organización ya dice bastante sobre las finalidades del Congreso en cuestión. A decir verdad se trataba única y exclusivamente de expresar la adhesión de los estudiantes al régimen del general Franco. Para ello, los organizadores encontraron una solución que ni pintada : hacer que el estamento estudiantil estuviese representado únicamente por falangistas, si bien algunos de ellos ya no eran estudiantes y otros habían dejado de ser jóvenes.

Por eso los verdaderos problemas que tienen planteados los estudiantes en España, ni fueron abordados : se envió una adhesión al Caudillo y se buscó una virgen que patrocinase la organización, y eso fué todo ; o casi todo. Lo demás sería hacer política, y los falangistas no quieren hacer política. (¿ Se ha observado cómo todos los totalitarios, falangistas o stalinistas, reniegan de la política como el gato del agua ? Y es que para todos ellos, hacer

política es plantear problemas, y plantear problemas es ir contra la esencia misma del régimen, que por lo visto ya se encarga de resolverlos todos por los medios que sea.) Ni tan siquiera les preocupó el estado actual de la enseñanza media en España, pésima a decir de todo el mundo ; ni las deficiencias de formación de los mozos, que llegan a la Universidad mal preparados. También esto debe de ser política.

No obstante todos los inflamados discursos de ocasión, los propios dirigentes del S. E. U. — Sindicato de Estudiantes Universitarios — hubieron de reconocer públicamente que la juventud estudiantil ofrece una conformidad con el espíritu del movimiento franquista meramente pasiva. El señor Jordana, jefe del S. E. U. en cuestión, escribió durante los días del mencionado Congreso un artículo en el órgano falangista *Arriba*, en el que decía textualmente : « Salvo una minoría de estudiantes que proceden en su mayor parte del Frente de Juventudes, casi todos regatean su esfuerzo en la labor de continuar las tareas del Estado al que España debe el ser todavía una Patria libre. » O sea, en buen romance : « excepto a los falangistas,

a los demás les importa un pepino todo cuanto decimos y hacemos, todo cuanto somos. » Y creemos que con esto queda dicho todo.

Por cierto que por aquellos días los estudiantes franceses celebraron también su Congreso. Pero la tónica fué otra : allí sí

que se plantearon problemas ; allí sí que fueron los propios estudiantes los representados. La diferencia fué grande ; total. A decir verdad es la misma diferencia que existe entre un país que todavía es libre y otro que ya no lo es. †

CONCURSO INTERNACIONAL DE COMPOSICION MUSICAL

DESPUÉS de haber presentado un balance de la creación musical contemporánea mediante « La Obra del Siglo XX », el Congreso por la Libertad de la Cultura desea facilitar en lo sucesivo a los artistas de la nueva generación los medios de expresión y de realización necesarios.

Bajo sus auspicios tendrá lugar en Roma, en abril de 1954, un concurso internacional de composición musical. El Comité creado está presidido por Igor Stravinsky, e integrado por Samuel Barber, Boris Blacher, Benjamin Britten, Carlos Chavez, Luigi Dallapiccola, Arthur Honegger, Francesco Malipiero, Frank Martin, Darius Milhaud, Virgil Thomson. Estos once maestros de la música moderna designarán doce candidatos que participarán en un concurso para la obtención de los premios de « La Obra del Siglo XX » : un premio de 12.000 francos suizos que será atribuido a *un concierto para violín y orquesta* ; un premio de 8.000 francos suizos a *una obra corta sinfónica* — de 8 a 10 minutos — un premio de 5.000 francos suizos a *una obra de música de cámara para voz solo y conjunto de instrumentos* — máximo de 6 instrumentos —. Tras previa encuesta en diferentes países ha sido establecida una lista de una veintena de jóvenes compositores, sobre la cual el

Comité elegirá los doce concurrentes — cuatro por cada premio — y cuyos nombres serán publicados una vez hayan dado su consentimiento.

Las doce obras, que deberán estar terminadas el 1 de febrero de 1954, serán tocadas y registradas, sin que los nombres de los autores sea revelado, en el curso de los conciertos públicos que tendrán lugar en Roma en el mes de abril del próximo año. Un centenar de compositores, músicos y críticos musicales designarán democráticamente un jurado internacional, del que no formarán parte los iniciadores ni los miembros del Comité musical.

A las obras premiadas se les asegurará tres audiciones públicas en Europa y otras tres en los Estados Unidos. Los gastos de estancia de los concurrentes y del jurado en Roma correrán a cargo del Congreso por la Libertad de la Cultura, que recomendará y favorecerá igualmente la publicación y ejecución de todas las obras admitidas en el concurso.

El Comité ejecutivo del concurso está presidido por Nicolás Nabokov, e integrado por Boris Blacher, Luigi Dallapiccola, Frederik Goldbeck, Igor Markevitch, Henri Sauguet, Virgil Thomson y Gian Franco Zaffrani.

X. X.

El hombre frente a su destino

POR FERNANDO VALERA

EL laborioso y ya insigne Ferrater Mora sorprende con un nuevo libro de Filosofía (1). Como antaño Salomón Ben Maimún, filosofar es para él cosa distinta de profesar o enseñar filosofía : Un modo de ser y de vivir, como hombre, más que una mera gimnasia del entendimiento, como dómine. « La filosofía antes de ser un conjunto de proposiciones o una actitud reflexiva, es una vida. Entonces, tendremos, no la filosofía *strictu sensu*, sino la vida filosófica. Y como esto acontece en los hombres, diremos que la filosofía aparece como un modo de ser de la existencia humana ». « Entendemos que la objetividad del método científico obliga precisamente a no descuidar rasgos esenciales de la realidad. Uno de ellos, el aspecto *humano* del conocimiento. »

Henos en pleno existencialismo, que no es nada nuevo, sino una vuelta a los auténticos veneros de la vieja filosofía, liberada de la superstición doctoral con que enturbiaron sus aguas durante el siglo XIX los profesores de Filosofía, sobre todo si eran alemanes. « Se entendía por filosofía lo que segregan, cuando se ponen a pensar, los profesores de Filosofía. Si esos profesores son alemanes, tanto mejor ; en todo caso, basta que escriban una cierta jerga y que pertenezcan a alguna de las naciones a las cuales se supone depositarias del pensamiento filosófico ». Ya Heine, y también Schopenhauer, habían enunciado iguales juicios, en plena bacanal del racionalismo armónico ; aquél, el poeta, con cierta ironía ; éste, el filósofo, a la desesperada. De uno de aquéllos grandes filósofos cuenta Heine que, habiéndole preguntado lo que quiso decir en cierto párrafo de una de sus magistrales obras, replicó sorpren-

dido : « Cuando lo escribí, Dios y yo lo sabíamos ; ahora, sólo Dios lo sabe. »

El hombre en la encrucijada, aunque escrito con el atuendo de un espectador, a lo Ortega y Gasset, que se esfuerza por convertirse en espejo immaculado del universo, a fin de reflejar exactamente el cuadro de la vida, es en realidad un libro de angustia a lo Unamuno. El título lo denuncia, a despecho del autor : *La encrucijada*. Conozco no pocos libros que recogen la misma sensación de ansiedad, de incertidumbre, de la conciencia contemporánea, impelido el hombre a marchar por ley del Destino, y turbado e indeciso ante los diversos senderos que se abren en abanico frente al caminante. El malogrado Muñoz Meany tituló también *El hombre y la encrucijada* a su última obra. *La libertad en la encrucijada* llamó José de Benito a un precioso libro que, no sé por qué, permanece inédito usurpándose la originalidad de un título que también yo había pensado dar a una selección de frutos de mi propia cosecha. Yo mismo, titulé *Reposo en la encrucijada* al segundo capítulo de mi libro *El sendero inmóvil*.

Se propone Ferrater Mora reflejar en este ensayo « lo que les ocurre a algunos hombres, particularmente sensibles a las variaciones históricas, en el instante en que surge un fenómeno pavoroso, más geológico que histórico, que se llama el Estado Universal ». La historia fluye a las veces como una catarata incontenible, como un fenómeno de la naturaleza, y al hombre sólo le cabe percatarse de lo que está acaeciendo, sin pretensión de dominarlo o dirigirlo. La fatalidad y el azar, siendo precisamente conceptos contradictorios y opuestos, se presentan para el hombre con la misma presencia de Destino. La fatalidad supone la determinación ineluctable de lo necesario, en la naturaleza y en la historia ; el azar se cierne con la amenaza

(1) José FERRATER MORA : *El hombre en la encrucijada*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1952.

Marzo - Abril 1954

REVISTA BIMESTRAL

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

5

La agonía de D. Miguel de Unamuno

Las neurosis políticas

Mesa Redonda europea

Cosas de "críticos"

La obra de Jorge Luis Borges

El maquinista (poema)

Sobre historia española

El caso de la Guayana británica

Estampas de la isla de Pascua

McCarthy y la defensa de la libertad

BENJAMIN CARRIÓN

ARTHUR KOESTLER

DENIS DE ROUGEMONT

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

E. L. REVOL

EMILIO FRUGONI

C. SÁNCHEZ ALBORNOZ

RITA HINDEN

LUIS MERINO REYES

DAVID DUBINSKY

Otros textos de :

SALVADOR PINEDA, AMÉRICO CASTRO, MICHEL COLLINET,
MANUEL DE IRUJO, MINOO R. MASANI, RODRIGO GARCÍA TREVIÑO,
STEFAN BACIU, LOUIS MERCIER, VLADY, ETC.

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista trimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas las trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista abre sus páginas a la colaboración de los intelectuales de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de sus editoriales y de sus artículos, documentos y notas sin firma.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, constituido en el mes de junio de 1950, reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de diversas tendencias. Su único denominador común consiste en la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga,
Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr.

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont.

Secretario general : Nicolás Nabokov.

CUADERNOS

NUMERO 5

REVISTA BIMESTRAL

MARZO-ABRIL 1954

SUMARIO

La agonía de Don Miguel de Unamuno	BENJAMIN CARRION.....	3
Observaciones sobre las neurosis políticas	ARTHUR KESTLER.....	11
Aproximación a la obra de Jorge Luis Borges ..	A. L. REVOL.....	20
Cosas de « críticos »	LUIS ALBERTO SANCHEZ ...	29
Mesa Redonda europea	DENIS DE ROUGEMONT....	34
Estampas de la Isla de Pascua	LUIS MERINO REYES.....	43
Cuatro tiempos de la muerte	SALVADOR PINEDA.....	47
Emilio Frugoni.....	F. F. A.....	54
El maquinista (poema).....	EMILIO FRUGONI.....	55

Problemas de nuestro tiempo

El caso de la Guayana británica	RITA HINDEN.....	57
Comunismo y asalariados en Francia	MICHEL COLLINET.....	63
McCarthy y la verdadera defensa de la libertad..	DAVID DUBINSKY.....	69

La historia y sus interpretaciones

Sobre historia española	C. SANCHEZ ALBORNOZ....	75
Acerca de la histórica inseguridad de los espa- ñoles	AMERICO CASTRO	82

Crónicas

Asia reivindica su libertad	MINOO R. MASANI.....	85
Sabino de Arana, propulsor del renacimiento vasco	MANUEL DE IRUJO.....	89

Artes plásticas

Rufino Tamayo	VLADY.....	94
Clavé o el humanista	JEAN BOURET.....	97

Lecturas

La sociología en Hispanoamerica, por RODRIGO GARCIA TREVIÑO. — Análisis de un régimen político, por LOUIS MERCIER. — Novedades literarias en el Brasil, por STEFAN BACIU. — Una nueva teoría del imperialismo, por VICTOR ALBA. — Una aportación al estudio de Romain Rolland, por C. A. — Dos mundos colocados frente a frente, por C. A. — Una gran obra iberoamericana, por CARLOS P. CA- RRANZA	99
---	----

Revista de revistas. — Vida del Congreso. — Nuestro Carnet.

PRECIOS

<i>Francia y Unión Francesa :</i>	<i>Países de Iberoamérica :</i>
Número suelto . . . 125 francos	Número suelto . . . 0,50 dólares USA
Suscripción anual . 650 » (6 números)	Suscripción anual. 3. - » (6 números)

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a

CUADERNOS

23, rue de la Pépinière, Paris (VIII^e), France.

LA AGONÍA DE DON MIGUEL DE UNAMUNO

POR BENJAMIN CARRION

SE iba quedando solo. Inaccesible. Solo en el panorama intelectual de España, en el de Europa. En el panorama universal del espíritu. Dos o tres nombres, acaso, para hacerle compañía : Bergson, Santayana, Strindberg...

La generación española del 98, iba quedando atrás — a pesar de ser lo más nutrido y denso de los últimos tiempos — ante la eminencia extraordinaria, ante la presencia genial. Dicha generación, que abarca casi todas las expresiones del espíritu y la sensibilidad, fué precedida por algunas figuras fundamentales en la historia de la inteligencia española : Galdós, el que emparejó las letras castellanas, muy desmedradas y venidas a menos, con las letras de todos los grandes países, hasta el punto que Jean Cassou pudo decir : « Con Pérez Galdós llegamos a una de las más grandes figuras de la literatura española y aun a uno de esos hombres que, entre Balzac y Tolstoy, caracterizan el enciclopedismo y el humanismo del siglo XIX ». Costa, el teórico de un futuro europeo para su España, que clamaba porque se « eche doble cerrojo al sepulcro del Cid », que andaba ganando batallas después de muerto, y amparando la ociosidad del presente español, tras la cortina de su gloria. Ganivet, meditador agudo, descubridor certero de la verdad de España, fijador de sus dolencias, señalador de sus remedios. Finalmente, don Fran-

cisco Giner de los Ríos, profesor de mansa reciedumbre, « Sócrates español, supremo partero de las mentes ajenas », como le llamara con su máscara expresividad, el propio don Miguel de Unamuno. Creyente fiel de la religión del ideal. Español por dentro y por fuera, para ser pintado por el Greco, « caballero de la mano al pecho ». Exaltador de la « materia ética », hombre de plástica y de prédica, de iniciativa y de acción a la vez.

La generación española del 98. Diez años más o menos : Valle Inclán, Maeztu, Azorín, Manuel y Antonio Machado, Baroja, Juan Ramón Jiménez... Luego, Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Salvador de Madariaga. Extraño y vociferante, vertido hacia el mundo, hacia todo el mundo, « contra esto y aquello », crecía sobre la generación y la hora, Don Miguel de Unamuno. Ya lo sabíamos en la caballería andante del universo mundo : listo para tomar como suya la causa de los rebeldes, de los débiles, de los menesterosos. Listo para combatir y batir a malandrines, gigantes y follones. Por eso, cuando Gonzalo Zaldumbide le hablara sobre nuestro Montalvo, y le pidiera un prólogo para la reedición de alguna de la obras montalvinas, el gran vasco eligió a Montalvo insultador :

« Cogí las Catilinarías de Montalvo, pasé por lo excesivamente literario del título ciceroniano, ya que el término se ha hecho vulgar, desprendiéndose de su eti-

mología, y empecé a devorarlas. Iba saltando líneas; iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico. Iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los insultos, ¡sí! los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo.»

Eso, su montalvismo, en nuestras mocedades, lo había acercado a nosotros: era el gran español, el más grande de los españoles vivos, glorificador de nuestro gran compatriota. Y fuimos a él, a don Miguel, primero por las rutas de la lectura, indignándonos a ratos por sus desplantes sobre nuestros ídolos: ese Rubén Darío humilde que le reclamaba: «Sea justo y bueno, don Miguel, para mis esfuerzos de cultura...» y el vasco tozudo e inquebrantable, sólo a la muerte del lírico del idioma, reconce y se arrepiente: «No fui justo y bueno, Rubén, para tus esfuerzos de cultura...»

Pero nos fué ganando, en hondura, la obra constructiva de este gran destructor; la obra afirmativa de este gran regador. La obra entrañada de este trascendentalista cabal que, por fin, elevaba la nota del pensamiento inorgánico de España, a eminencias que sólo habían sido acaso alcanzadas por Séneca, Gracián, Quevedo...

Presencia

Europa 1927. Una ancha y caudalosa sensibilidad pacifista ganaba los espíritus de políticos, internacionalistas, intelectuales sobre todo. Después del movimiento del «Grupo Claridad», inspirado por Romain Rolland y Barbusse, y que erarboló el grito de «guerra a la guerra», apareció, entre otros, el grande y generoso intento de Stephan Zweig: «el desarme espiritual del mundo». Entre tanto, Benda en Francia especulaba sobre *la trahison des clercs*. Un valioso número de intelectuales de nuestra América, recorría en ese momento las avenidas de una Europa confiada. Cuartel general, punto de partida: París. Algunos habían sido invitados al décimo aniversario del formidable experimento soviético, y se habían quedado algún tiempo en los países occidentales. La capitania natural y obvia, por derecho de altura, «de poder

ser», de tenura y de energía vital, la tenía en sus manos de modeladora de hombres, Gabriela Mistral: sacerdotisa y augur, fuerza de crítica y rectificación, «don de consejo», según la expresión dogmática.

Una angustiadora inquietud por descubrir los signos de la salvación o la catástrofe, nos agobiaba a todos. Y, singularmente, a ese espíritu extraordinario de Gabriela que era, en esos tiempos — como hoy y siempre — una tensa, urgente y exigente pregunta a los hombres y al ambiente; segura de que, con las respuestas que obtuviera, se fijaría e iluminaría su alma, acrecentaría su poder de esclarecimiento para, como en la hora del Sermón, con sus cinco panes dar de comer a todos.

Queríamos ver y escuchar a los rectores del pensamiento y la sensibilidad de los hombres; a aquellas gentes torturadas por los anuncios de un nuevo cataclismo; las que pensaban que sólo la taumaturgia del espíritu podría producir el desarme de las almas.

Y si alguna vez serían Romain Rolland, Valéry, Mauriac o Barbusse, en otra sería el sensible y penetrante creador de *Salavin* y los *Pasquier*, ese hombre con «voluntad de simpatía», que dijera Daniel Rops: Georges Duhamel, el escritor que ha dicho, como definición exacta de sus ambiciones: «Yo sigo, desde siempre, en busca del hombre.»

Ese Georges Duhamel torturado porque el mundo había perdido su fragancia, había perdido su silencio; porque la nueva civilización mecanicista nos iba a quitar el gusto de las fresas, nos está dando la música *en conserve*, está ya higienizando el beso y tarifando la plática con Dics. El hombre que entierre el llanto de los niños, no quiere que los hombres se maten entre ellos sin término, y anhela la paz de los hombres por el conocimiento.

Gabriela Mistral quiso visitar conmigo a Duhamel, y me encargó pidiera a Urnamuno — desterrado en Hendaya, frente a su tierra vasca — una presentación, una *introduction*, ante el gran novelista. Don Miguel envió de inmediato uno de esos papelitos tan característicos suyos: «*Voici, avec ce petit papier, Gabriela Mistral et Benjamín Carrión, dont je vous ai déjà*

parlé. Le reste... à vous. Et je suis sûr d'être parmi — parmi et dans — les trois. »

Un día, pues, en un lugar de Francia — Valmondois — se hacía posible la reunión — en espíritu uno de ellos — de tres de los más grandes valores de la inteligencia universal, y yo podría estar « *entre y en* » los tres.

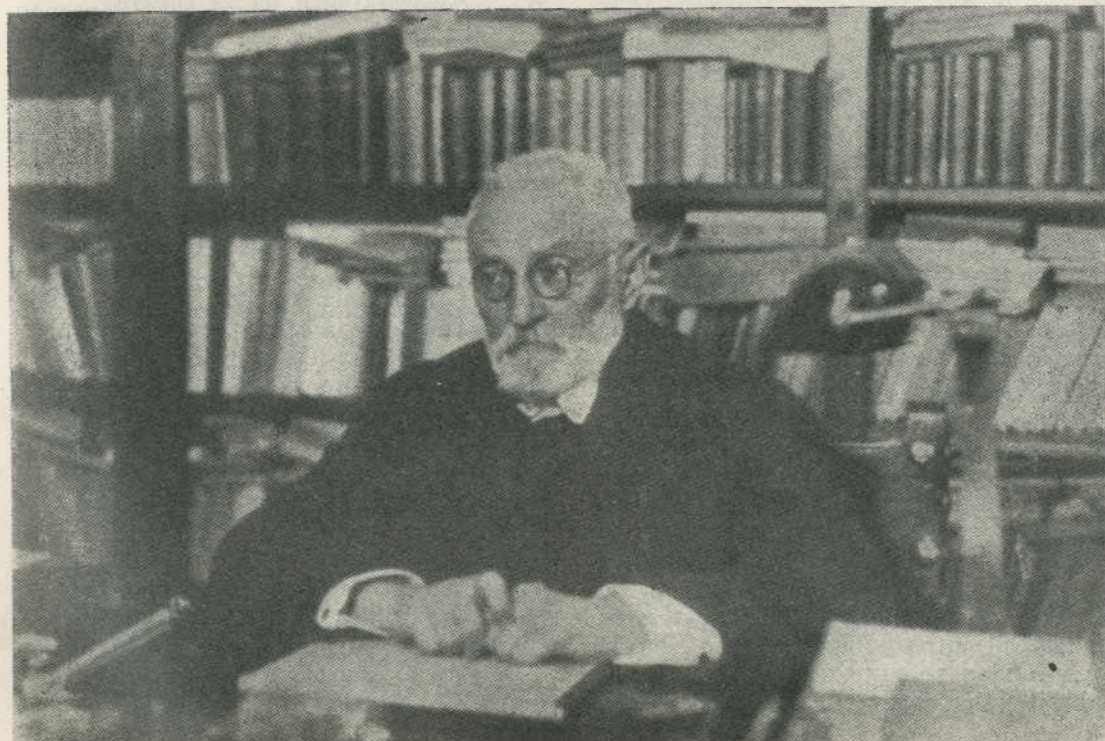
La última vez que encontrara a Unamuno, fué también en Hendaya, en el Hotel Brocca, donde hacía su destierro. Con Lazcano Tegui, el querido y pintoresco Vizconde, vasco también como Don Miguel.

La estampa inolvidable del hombre, en su tierra — la Vasconia de una y otra orilla del Bidasoa era su tierra — monologando siempre. Recio, ligero, capaz de vencer a quienquiera en el hablar y el caminar. Barbas blancas sin sentido profético. Barbas blancas de hueso — o ya del mármol en que se han de esculpir — que prolongaban, sin ablandarlo, el mentón agudo y poderoso. Ojos vivaces detrás de los quevedos. Hablar rotundo, españolísimo, rico de interjecciones viriles, cau-

daloso de malas palabras; con esa recia hombría del hablar cervantino. Maravilla del impropio unamuniano, de cepa quijotesca: Tomé Cecial, El Escudero de el Caballero del Bosque, defendiendo la rotundez irraciente de un hideputa colgado a tiempo. Desde la orilla francesa libre, frente a su españolísima tierra guipuzcoana, a la impoente Fuenterrabía lanzaba la diatriba contra esos generalillos que entonces como hoy — peores los de hoy que los de entonces — ya estaban empeñados en el asesinato de la España de todos los hombres: Primo de Rivera, Martínez Anido. La fauna militar de esa época babosa en que Primo estaba haciendo la « caricatura de ese ya caricaturesco Musolini ». Y escribía los insultos en papelitos pequeños, los lastraba con una piedrecilla, y los lanzaba a la orilla española del pequeño río. Ya estaban insultados, ya estaban vencidos. Y don Miguel entonces — ¿ verdad Lazcano Tegui? — era la significación egregia, pura, auténtica, del Caballero de la Triste Figura.

Era cierto — mis ojos lo vieron — lo de

Una de las últimas fotografías de Unamuno



las migas de pan que sacaba durante la conversación, abolaba y lanzaba como proyectil al sitio en que cayeren. Y verdad también, verdad inolvidable, lo de las pajarritas de papel, realizadas con arte, con fe, con el mismo fervor entusiasta que pusiera en el juego superior y trascendental de las ideas. Y al mismo tiempo con esa curiosidad infantil que puso siempre en la etimología, no en el sentido muerto que le dan los profesores de lenguas, sino en el sentido vivificante que el genio — el auténtico genio de Don Miguel — sabe imprimir a las cosas que toca :

— ¿ Dios ex-iste, mi amigo ? No. Dios in-siste.

Don Miguel de Unamuno — una de las cumbres indiscutibles del pensamiento contemporáneo, y según el Profesor Mackay, la más alta cumbre del pensamiento contemporáneo — hizo una burla sangrienta de los hombres que abominan el « perder el tiempo ». Y que lanzan anatemas contra quienes « pierden el tiempo ». Don Miguel de Unamuno, la mente de creación más fecunda que haya existido, escribió, con terrible sentido irónico, su *Apuntes para un tratado de cocotología*.

El monólogo, sobre todo el monólogo. Entre las dos figuras más altas de la estirpe, a cuya vida y actitud me haya asomado personalmente yo, Gabriela Mistral y Don Miguel de Unamuno, podría establecer esta diferencia sustancial : Don Miguel, monólogo, *monólogo exterior*, dación inmediata de los productos de la mente, elaboración de conceptos, en presencia de los auditores. Gabriela : inquisición, pregunta, avidez de arrancar el secreto de la esfinge. Diálogo, diálogo, diálogo. Entrega de la emoción en forma de relato, de parábola. Tono de confidencia. Y, sobre todo, polémica. La polémica verbal es la vida de Gabriela. Un poco en la línea augusta de Sócrates y Jesucristo. Se indigna — se desasosiega e intranquiliza por lo menos — con quienes están siempre de acuerdo con su opinión ; sobre todo si advierte que la actitud de conformidad del interlocutor, es motivada por el respeto : contradígame, exige, de lo contrario, nada tenemos que hablar. Don Miguel afirmativo, magistral, no con la magistralidad pedante de quienes conceptualizan y hacen docencia a todas horas.

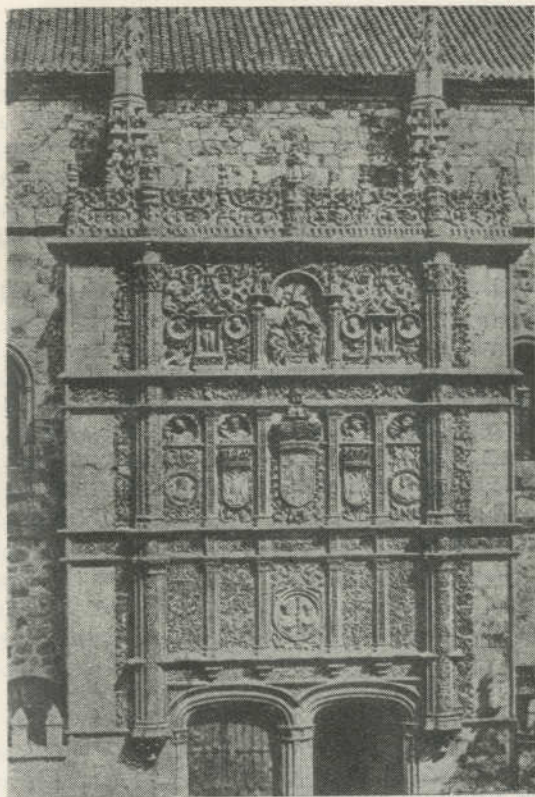
Si alguna cosa no tiene Don Miguel es pedantería. Cuando plantea dudas — y aun aventura una pregunta o una afirmación — lo hace en el tono recio de las afirmaciones. Expresa inquietudes, « agonías », con machismo, con « cachondez ». Espíritu engendrador — engendrador hasta de la duda — porque la duda es combate : *dubitarse* contiene la misma raíz, la del numeral *duo*, dos, que *duellum*, combate, lucha, cosa de hombres, afirma. Y aquí sí una real coincidencia con Gabriela : afirmación, lucha, polémica. La duda pascaliana andando por entre el diálogo, para convertirse en afirmación apasionada. Yo sé : los dos, Don Miguel y Gabriela han luchado, han polemizado. Y sé esto : la mutua admiración de estas dos figuras torales de la estirpe.

La pasión

Pasión. He ahí la característica esencial de este gran erudito, de este estudioso sin paz :

« Don Miguel es uno de los eruditos más prodigiosos de nuestro tiempo — afirma el gran pensador católico francés Daniel Rops. Conoce el latín, el griego, el sánscrito y el hebreo ; lee en sus textos originales las obras españolas (castellanas y catalanas), portuguesas, francesas, italianas, inglesas, alemanas y danesas. Estudió este último idioma a los sesenta años para poder leer directamente a Kierkegaard. »

Pasión. Este erudito sin par, no se refugia en el recurso de eunuccos y cobardes de la serenidad, para hacer obra infértil, gazona, insustancialmente neutra. Viejo pleito vengo sosteniendo contra esa enfermedad purulenta, ese cáncer intelectual — cuya vigencia hoy como nunca se quiere mantener — de mi tierra : tratar de contraponer la erudición, la ciencia, la investigación, a la pasión creadora. Gentes que conciben un Pasteur de guardarropía, un Goethe con naftalina. Viejo pleito mío contra ese prurito absurdo, suicida, de subestimar lo « tropical », el « tropicalismo », palabras ardidas y ardientes, médula y sustancia de sal, tierra y sangre nuestras. « Detesto a Anatole France — dice Unamuno — porque no sabe indignarse. » Por



Fachada de la Universidad de Salamanca,
regalada por los Reyes Católicos.

eso, cuando explica sus propósitos al escribir la *Vida de Don Quijote y Sancho*, dice : « He escrito este libro para re-pensar el *Quijote* contra los cervantistas y los eruditos ; para hacer una obra viva de lo que ha sido y sigue siendo, para la mayor parte de las gentes, obra muerta. »

La pasión para Unamuno no es solamente un sentimiento aéreo, iluminado, como en el caso egregio de los místicos. No ; la pasión de Unamuno es algo radical, encarnadamente humano, vital. Sensual, sexual y espiritual. Viril, por sobre todo. « Trata de vivir en un vértigo continuo, de ser dominado siempre por una pasión. Sólo los apasionados realizan obras verdaderamente durables y fecundas. »

Y para expresar la pasión, este profundo conocedor de los idiomas de los hombres no acepta ninguna de las derivaciones más o menos admitidas de *voluntad*. Y grita, como si hubiera hecho el gran hallazgo :

« Lo que en español sale de los órganos de la virilidad no es la voluntad sino el deseo, la gana. ¡ Gana ! Admirable palabra... » Y más lejos agrega : « ¡ Con cuánto acierto y cuán hondamente se ha podido hablar de lujuria espiritual ! De esa lujuria de solitario onanista a la manera del pobre Huysmans, otro agonizante más, cuando se puso *en route*, buscando la fe cristiana monástica, la fe de los solitarios que renuncian a la paternidad carnal. » Y al referirse al « apetito de Dios », de San Juan de la Cruz, Don Miguel piensa que mejor habría sido decir « la gana de Dios ».

Amor, vida y muerte

Jean Cassou, su gran exégeta francés, afirma : « Cierta pasión, que algunos llaman amor, es para Unamuno una necesidad terrible de propagar esta carne que, según se asegura, debe resucitar algún día. » El trascendentalismo de Unamuno, ansioso de pervivencia, de eternidad, inconforme con la posibilidad de la nada — o por lo menos de su injusticia, según la expresión de Sénancourt —, se acoge por lo menos a la continuidad de la especie, y su gran arma es la existencia del amor. Oigamos lo que dice el propio Don Miguel : « Cuando hablamos de amor, tenemos siempre presente el amor sexual, el amor entre el hombre y la mujer para perpetuar la especie humana sobre la tierra. Es por eso que nunca conseguimos reducir el amor ni a su forma puramente intelectual ni a su forma puramente volitiva, cuando se prescinde de su forma sentimental o, si se quiere, sensual. Pues el amor no es, en el fondo, ni idea ni volición, sino más bien deseo y sentimiento ; es algo carnal aun en el espíritu. Gracias al amor sentimos todo lo que el espíritu tiene de carnal. » Y más luego, el maestro, con su don poderoso de expresividad masculina, afirma : « La providencia de Dios ordena que nuestra humana especie se propague por generación sexuada y no de otra manera. Pues a eso que el Padre Jesuita y biólogo (el P. Laburu) — no sé si biólogo jesuítico o jesuita biólogo — llama « estímulos somático-psíquicos », llaman ahora *sex-appeal*. En romance corriente y moliente, cachondez. »

Como Leopardi, Don Miguel cree que el amor « es la única medicina contra la muerte, siendo como es de ella hermano ». Concibe el amor en tragedia de dación absoluta, de entregamiento de nuestro ser individual para la permanencia de la especie. Todo acto de engendramiento es un dejar de ser, total o parcialmente lo que se era, un partirse, una muerte parcial. Vivir es darse, perpetuarse, y perpetuarse y darse es morir. « Acaso el supremo deleite del engendrar no es sino un anticipado gustar la muerte, el desgarramiento de la propia esencia vital. »

La línea espiritual, Loyola y los jesuitas

Daniel Rops, filósofo y pensador católico, sitúa a Don Miguel de Unamuno así : « católico de espíritu, de tradición, de esencia... » Y así lo sitúan todos los que se han detenido a examinar la obra sin igual del gran vasco. El mismo lo revela cuando establece su línea espiritual, en diversas y variadas formas. En los numerosos días de diálogo — « de mono-diálogo » — que tuve en Hendaya con él, a mí no me habló de la « vuelta eterna », de Nietzsche, a la que Unamuno llama « tragi-comedia o comi-tragedia ». No me dijo, como le afirmara a Esterlich, que la última fecha de su muerte era 1855, en Copenhague, y que su nombre entonces fué el de Soren Kierkegaard ; y que antes, hacia atrás, había tenido muertes sucesivas, llamándose Pascal, Iñigo de Loyola, Pablo de Tarso. Se refirió a una especie de generación espiritual, a una familia de almas. Que su verdadera ascendencia, carnal y consubstancialmente, era así : Kierkegaard, Pascal, San Agustín, Marco Aurelio y San Pablo. No se refirió a Loyola, aun cuando al hacer la exaltación de lo vasco, tuviera para el hombre de Manresa términos poco entusiastas :

« Y así el cristianismo, el verdadero cristianismo, agoniza en manos de esos maestros del siglo. La pedagogía jesuítica es una pedagogía profundamente anticristiana. El jesuita odia la mística. Su doctrina de la obediencia, tal como la expuso

Iñigo de Loyola en su célebre Carta a los Padres y Hermanos de Portugal, es una doctrina anticristiana y, en el fondo anticivil. Con ese género de obediencia la civilización se haría imposible, y se haría imposible el progreso. » Y como si esto no fuera bastante, en el Capítulo VII de su gran confesión cristiana *La agonía del Cristianismo*, bajo el título de « El supuesto cristianismo social », expresa con su franqueza de hombre : « Los jesuitas, los degenerados hijos de Iñigo de Loyola, nos vienen con la cantilena esa del reinado social de Jesucristo, y con ese criterio político quieren tratar los problemas políticos y los económico-sociales. Y defender, por ejemplo, la propiedad privada. El cristianismo nada tiene que ver ni con el socialismo ni con la propiedad privada. »

Pascal y Kierkegaard

El gran agonista francés, temía la paz. La paz muerta en que interviene la razón convincente, inactiva, tranquilizadora. Y no la razón persuasiva, inquietadora, capaz de producir angustia, vida. El gran agonista francés temía la resignación — esa que dió razón a quienes llamaron a las religiones predicadoras de la resignación, « el opio de Occidente » — ; temía a la resignación, porque es principalmente *razonable*. Y, por lo mismo, improductiva, apaciguadora, mortal. Aceptación de todo, porque estamos tocando su dura o su halagüeña verdad : muerte de la rebeldía.

Para el gran vasco también, la resignación es el eunuquismo de la voluntad, la capadura del espíritu. En todos los tonos proclama que hay que combatir a los que se resignan sea al catolicismo, al racionalismo o al agnosticismo. Y que hay que mantener a los espíritus inquietos, polemizantes, en actitud de lucha « contra esto y aquello ».

Y en cuanto a la fe — expresión suprema de agonía, de lucha, de combate — Don Miguel de Unamuno se hace esta interrogación : « ¿ Creería Pascal ? Quería creer. Y la voluntad de creer, la *Will to believe* como ha dicho William James, otro probabilista, es la única fe posible en un hombre que tiene la inteligencia de las matemáti-

replegado y defensivo, en nacionalismo reivindicativo, conquistador, que manifiesta voluntades de hegemonía.

Muchos factores han facilitado el nacimiento y desarrollo de esta tendencia: la segunda guerra mundial que ha creado las circunstancias favorables al despertar del nacionalismo, tanto en América Latina como en otras numerosas regiones, y ha proporcionado a la Argentina capitales suficientes para comprar su independencia a las grandes compañías extranjeras; la difusión de las técnicas totalitarias — nazi y musoliniana — y la llegada a territorio argentino de agentes que pertenecieron a los aparatos de los partidos monolíticos europeos; el darse cuenta de la importancia de una comunidad de intereses entre las naciones suramericanas, y finalmente, el resentimiento común dirigido contra ciertas tutelas norteamericanas.

Vista desde esta perspectiva, la ascensión de Perón adquiere su verdadero significado, aunque pueda apreciarse la diferencia entre las manifestaciones demagógicas y la realización de una política a plazo. Porque no existe doctrina peronista. No hay más que un fárrago de improvisaciones, de generalidades y de redundancias. Basta escuchar al propio *líder*: « El peronismo es una cuestión de corazón más que de razón. » Las definiciones son de una vaguedad irritante: « Queremos una nación en la que la doctrina y la cultura sean profundamente humanas hasta el límite en que se opongan al Estado o le debiliten, y cuyo sentido y sentimientos serán estatales en la medida en la que el hombre no se encontrará ni anulado, ni tiranizado. » Y sobre esta base técnica el *Caudillo* proclama sin pestañear: Ejecutemos lo que Cristo anunciaba al mundo hace dos mil años, pero hagámoslo en términos que las gentes comprenderán... » No hay estructura social peronista: la copia de algunas formas de organización política del fascismo italiano (grupos locales de base y sindicalismo corporativo) en nada modifica el sistema societario. La famosa « tercera posición » únicamente tiene significado por la intervención de las clases dirigentes — ejército y burocracia — respaldadas por la policía.

Si se dejan de lado los oropeles propagandísticos y se inventaría la contribución del régimen a la política nacionalista expansionista ¿ Qué se encuentra? En primer término, un esfuerzo costoso, a veces torpe, pero proseguido con constancia para disponer de un material que responda a las necesidades del ejército y a las esperanzas en él colocadas. Este esfuerzo va desde la compra de los sobrantes de material aliado, al siguiente día de la guerra, hasta la implantación de fábricas siderúrgicas y la explotación de todas las fuentes de materias primas. Este esfuerzo ha sido pagado por el ocaso relativo de la agricultura y por agudas dificultades económicas.

En segundo lugar, una política de influencia sobre los partidos, sindicatos, grupos militares de los países latinoamericanos, con objeto de obtener su colaboración para el triunfo de algunas reivindicaciones firmadas por Buenos Aires. Tanto en Bolivia como en el Perú, en Paraguay como en Chile, la acción de los grupos favorables a la hegemonía argentina se descubre fácilmente en el propio seno de los partidos tradicionales.

Alejandro Magnet analiza con gran lucidez la intervención, a veces torpe, de los elementos peronistas en la vida política chilena y señala las reacciones que ha provocado. Aprovecha esto para poner de relieve el otro aspecto de las actividades expansionistas argentinas, muy prácticas e interesadas en modificar los límites territoriales del país de La Plata, singularmente en Patagonia.

Todavía sería posible ensanchar la visión, ya amplísima del autor, en lo concerniente a la imbricación del juego argentino en la política internacional. Cuando Magnet recuerda la huelga de los marineros de Buenos Aires, desencadenada para oponerse al sindicalismo de Estado que pretendía imponer el Gobierno de Perón, hay que añadir que este conflicto fué apoyado por la Internacional de los Transportes (I. T. F.) afiliada a la Internacional de los Sindicatos Libres (C. I. S. L.), pero que aquélla fracasó por la negativa de la Internacional de Puertos y Docks (adherida a la F. S. M. comunista) a reconocer valor a dicha huelga. En el plano general y, cuando menos, en esta circunstancia, las posiciones peronista y staliniana se represan, no sólo en el terreno antiamericano, sino también en un esfuerzo común para liquidar un movimiento obrero independiente.

LOUIS MERCIER

Novedades literarias en el Brasil

ENTRE las últimas novedades literarias del Brasil sobresale el libro del novelista Graciliano Ramos (1892-1953) titulado *Memorias do Cárcere*, obra fundamental de este extraño y gran escritor brasileño, que a pesar de su importancia es poco conocido fuera de las fronteras de su país. Hay aquí, entre nosotros, quienes afirman que los cuatro volúmenes publicados recientemente por la Editorial José Olympio forman parte de las más importantes realizaciones concebidas en lengua portuguesa, que Graciliano Ramos dominaba como un auténtico maestro. Pero no es nuestro propósito hacer aquí un análisis crítico de la obra. Tan sólo deseamos destacar algunos aspectos típicos, algunas particularidades que demuestran cuán singular ha sido la vida y la producción de este maestro, que

dominaba por igual todos los recursos de la lengua y de la psicología, cosa tan rara entre los escritores de ahora.

Las *Memorias do Cárcere* son, sin duda alguna, un libro actual, un libro contemporáneo en el sentido más estricto de la palabra, pues se exponen en ellas los sufrimientos de un intelectual de nuestros días, humillado y torturado en las prisiones de un régimen dictatorial. Durante el «Estado Nuevo», Graciliano fué de los escritores que padecieron la falta de libertad y estuvo encarcelado varios años. Y he aquí un elemento que hace de los cuatro volúmenes de Graciliano una obra sumamente interesante: el autor fué, durante los últimos años de su vida, miembro activo del P. C. brasileño, es decir comunista.

Pero ¿qué especie de comunista era este hombre, que nunca hizo en toda su obra concesión alguna a la «línea» partidista y que ignoró voluntariamente el llamado realismo socialista, lo mismo que si no existiese? Los comunistas brasileños se enorgullecían de la adhesión de Graciliano Ramos, porque era una figura ilustre; pero lo cierto es que, a pesar de esa adhesión, nunca pudieron citar una sola palabra suya en que hiciese concesiones a la «ideología» de los comisarios políticos. Sólo algunos meses antes de su muerte fué obligado a escribir una breve carta en la que decía que no se había alejado ni se alejaría nunca del Partido comunista; pero ni aun en esas líneas encargadas se encuentra una sola palabra que indique que su arte está al servicio del comunismo. En cuanto a las *Memorias* publicadas ahora, que están siendo discutidas, comentadas, examinadas, elogiadas y analizadas por toda la prensa del Brasil, no han merecido por el momento ni siquiera una línea por parte de los «críticos» comunistas, precisamente porque no son la declaración de un comunista, sino la declaración de un hombre digno. *De un hombre que sufrió como un hombre.*

Quienes esperaban que esa obra, que esos cuatro volúmenes fuesen un libro de «protesta» en el sentido militante del vocablo, se han equivocado rotundamente, pues Graciliano no abdicó nunca su dignidad de escritor y fué una extraña especie de comunista que en los instantes de sufrimiento invocaba el nombre de Dios...

La máquina de propaganda del comunismo conoció siempre ese *lado flaco* de Graciliano, en el que estriba en realidad su grandeza, y por eso no trompeteó nunca su nombre a pesar de tratarse de un maestro en toda la acepción de la palabra. En cambio fué traducido y divulgado un Jorge Amado, brasileño y comunista también que literariamente no puede compararse con Graciliano. Pero Amado fué traducido justamente por la misma razón por la cual Graciliano no lo fué: porque escribió libros de encargo y por orden, como su *Mundo da Paz*, que demuestran la falta

de ética profesional del escritor y la devoción partidista del agitador.

Por dicha, Graciliano Ramos no fué un agitador. Fué tan sólo un escritor, que en esos cuatro volúmenes densos, trágicos, sobrios y sombríos nos ha legado un ejemplo de dignidad que ni Aragón, el francés, ni Neruda, el chileno, ni Hikmet, el turco, fueron capaces de darnos. El brasileño no cambió su carnet de miembro del P. C. por su vocación de escritor, libre de todo compromiso. Por eso los periódicos del P. C. brasileño publican únicamente los anuncios comerciales del libro, divulgados por la casa editorial, sin ningún encomio de redacción; pero al mismo tiempo publican diariamente, en folletín, la novela de Antonin Zapotocki, «escritor» atenido a la línea justa y — todavía — primer ministro de Checoeslovaquia.

*

Fué el escritor José Lins do Rego, ya conocido de los lectores de *Cuadernos*, quien en su libro de críticas y ensayos titulado *Gordos y Magros* escribió que el Brasil tiene toda una cordillera de poetas. Por diversas razones, el lector y el amante de la poesía podrán tener difícilmente una visión de conjunto de este vasto panorama, como no sea a través del libro del gran poeta brasileño Manuel Bandeira *Apresentação da Poesia Brasileira*, editado recientemente también en castellano por el «Fondo de Cultura», en Méjico.

Surge ahora una *Antología da Poesia Contemporânea do Brasil*, editada bajo la dirección del Club de Poesía de Sao Paulo, presidido por el poeta periodista Domingos Carvalho da Silva, que es al mismo tiempo uno de los jóvenes líderes del Partido Socialista Brasileño de Sao Paulo. La *Antología* fué anunciada durante varios meses, y su aparición llena verdaderamente una necesidad, pues se encuentran reunidas en ese libro todas las voces importantes de la moderna lírica del país, sin limitación de escuelas, de provincias o de capillas.

Los elementos del aludido club de Sao Paulo han conseguido llevar a cabo una antología nacional, obedeciendo tan sólo a un criterio de calidad, lo cual es bastante difícil y de mucha importancia. Para cuantos se interesan por este gran sector de la vida cultural brasileña, existe, pues, a partir de ahora, un libro, realizado por el espléndido esfuerzo del equipo poético de Sao Paulo, en el que se muestran los verdaderos valores de una poesía autónoma y altamente representativa.

*

Una labor de importancia poco corriente es la que ha venido desenvolviendo durante estos

últimos años el « Servicio de Documentación » del Ministerio de Educación y Cultura de Rio de Janeiro, dirigido por José Simeao Leal, uno de las más dinámicos e inteligentes cultivadores de esta clase de trabajos, que por verdadero milagro ha sabido vencer todas las dificultades de la burocracia oficial, laborando sin tregua, con positivo resultado y con una elevada concepción de las cosas que nada tiene que ver con la rigidez y la incompreensión de los negociados de la covachuela pública.

Libros y conferencias, exposiciones y congresos fueron patrocinados por este servicio *sui generis*, y gracias a ello artistas y escritores entraron de golpe en contacto con el público y con las esferas oficiales, que en la mayoría de los casos se interesan poco o nada por nuestras realizaciones de vanguardia.

Una de las obras más importantes de José Simeao Leal, cuyo nombre permanecerá ligado a esa labor artística y cultural, es la publicación de una serie de obras reunidas bajo el título de *Cuadernos de Cultura*. Con una regularidad que admira y asusta al mismo tiempo, el « Servicio de Documentación » publicó en breve período más de sesenta cuadernos, dedicados enteramente al examen y estudio de problemas del pensamiento, del arte y de la literatura.

Debo confesar que jamás he visto cosa semejante. Los libros divulgados merced a la comprensión y al entusiasmo de José Simeao Leal aparecen casi semanalmente, como si se tratase de una revista ilustrada. Pero aquí la cosa es completamente diferente que en tales publicaciones: ninguna concesión a la vulgaridad o al mal gusto. Todo cuanto se publica en estos *Cuadernos* es de primera calidad y responde al deseo de mantener un pensamiento y un tono elevados. No me es posible, por desgracia, ofrecer en este esbozo de las más importantes manifestaciones de la vida cultural en el Brasil durante los últimos meses, todos los aspectos de este Servicio realizado por José Simeao Leal, pero cumpíame hacer constar, cuando menos, que debido a esas bellas e interesantes publicaciones el prestigio del Brasil gana no poco, dando a conocer aspectos ignorados o escasamente difundidos hasta ahora de su vida espiritual.

He aquí, a manera de muestra, algunos títulos — dentro de lo puramente brasileño — que contribuyen de manera efectiva al mejor conocimiento del país: *Arquitetura Brasileira* de Lucio Costa, *José de Alencar* de Gilberto Freyre, *Cincoenta annos de literatura* de Lucía Miguel Pereira (magnífico cuadro sinóptico de la moderna literatura del Brasil, obra de uso indispensable para todos los intelectuales), *Etnias e Culturas no Brasil*, de Manuel Diégues Junior, *Retenior da Bahia* de Herman Lima, *A música no Brasil*, de Eurico Nogueira Franca. La diversidad de

estos títulos puede dar al lector una idea de lo que es en conjunto esta labor, mostrando no solamente la existencia de un programa meditado, sino también, al mismo tiempo, la de una preocupación por las cosas y los problemas que caracterizan a nuestra época.

La actividad fructífera de este hombre infatigable continúa. Semanalmente un nuevo libro va a ocupar los plúteos y los escaparates de las librerías y atraviesa la tierra llevando a los demás países aires del pensamiento y del arte brasileño, estableciendo así un saludable contacto entre todo el mundo y las realizaciones espléndidas de un servicio público que se ha convertido en una verdadera casa de la cultura.

STEFAN BACIU

Nueva teoría del imperialismo

AMÉRICA Latina ha sufrido, desde hace siglos, las ingerencias de diversos imperialismos: el de España, con la conquista y la colonia, el de Inglaterra — que ayudó, aunque en menor medida de lo que comunmente se afirma, a su independencia; luego, los imperialismos de Gran Bretaña y Estados Unidos, a veces sazonados con intervenciones militares e inmiscuyéndose en sus asuntos políticos. Sin tener en cuenta la constante presencia, en todos los países, de esos imperialismos, no sería posible comprender la intrincada historia de los 150 últimos años en Latinoamérica.

Parecería natural, pues, que América Latina hubiese dado no sólo abundantes estudios acerca del imperialismo, sino una o más teorías del imperialismo, una o más interpretaciones de este fenómeno, por lo menos de su manifestación contemporánea. La verdad es que los estudios han sido hechos casi todos por norteamericanos y que únicamente una teoría del imperialismo ha sido creada por un latinoamericano: el « aprismo » de Víctor Raúl Haya de la Torre. Tal vez podría considerarse como una consecuencia de la perenne presencia imperialista esta debilidad teórica en las luchas contra la misma, debilidad que se manifestó, a su vez, en el desarrollo de tal lucha y que la esterilizó. Porque, en efecto, la lucha anti-imperialista fué siempre llevada sobre la base de teorías importadas, concebidas más bien ante los fenómenos coloniales que ante el caso de Latinoamérica. Concretamente, fueron la teoría de Lenin y las consignas deducidas de la misma — a menudo forzando mucho los términos — por la Internacional Comunista, las que guiaron a los anti-imperialistas latinoamericanos, incluso cuando, como ocurría

en la mayoría de los casos, no eran comunistas ni « compañeros de camino ».

Por esto hay que señalar y destacar el libro de Antonio García *La Rebelión de los Pueblos Débiles* como un verdadero jalón decisivo en la historia moderna de América Latina. Desde ahora, América Latina tiene ya su teoría del imperialismo. Y una teoría, además, despojada de demagogia, de prejuicios y de complejos de inferioridad. Por tanto, una teoría eficaz y aplicable a la realidad latinoamericana.

Antonio García es catedrático de Economía en su patria, Colombia, fundador del Movimiento Socialista Colombiano, que pretende ser una tercera solución en la lucha, tan a menudo sangrienta, entre conservadores y liberales, y autor de otras obras importantes, como: *Pasado y presente del Indio*, *Esquema de la Economía colombiana*, *La Democracia en la teoría y en la práctica*. Su teoría, pues, no es un simple alarde político, sino la conclusión práctica, en cierto modo, de sus previos estudios teóricos.

El imperialismo soviético, según García, se ejerce a través de los partidos comunistas, a los cuales, en América Latina, se debe « la división crónica de las izquierdas; la corrupción del sindicalismo; la lucha encarnizada, implacable y sin escrúpulos contra los movimientos populares que estaban fuera del control político del partido; el empleo de los sindicatos en aventuras electorales; la subestimación inicial de las reformas y la conversión subsiguiente a un reformismo demagógico; el descrédito de los ideales revolucionarios y el desprecio ante nuestra propia historia... Esta vaciedad sólo puede explicarse por el colonialismo ideológico ».

Frente a esto, García considera que « la substancia de la revolución que se está operando en el mundo es la adopción de la causa nacionalista por el pueblo », aunque tal vez esta afirmación sea sólo válida para los continentes insuficientemente desarrollados, puesto que este insuficiente desarrollo se tradujo también en una insuficiente participación del pueblo en la formación orgánica de la nacionalidad.

Un aspecto de esto es la revolución industrial, entendida como « la modernización y transformación del sistema de vida económica » para la dignificación de la vida humana, es decir, consistente no sólo en aumentar el volumen de la renta nacional, sino en lograr una nueva distribución social de esta renta.

Los países sometidos a fuerzas imperialistas se encuentran « en la incapacidad de asimilar las propias experiencias, por carecer, a causa de la pérdida del dominio sobre su propia situación, de un sistema propio de pensamiento ». « La conservación del sistema de privilegios de las potencias imperialistas exige de ellas una estrategia de agotamiento, o sea, un método de escamoteo de

los grandes objetivos de conservación de los países débiles, imponiéndoles objetivos falsos. »

Para combatir el imperialismo así entendido, García preconiza, por una parte, una « política de resiembra de los recursos naturales », es decir, la conversión de petróleo, estaño, trigo, en industrias. « El problema de los países débiles », dice García, « consiste en terminar el cuadro de sus conveniencias vitales... Esta postura supondrá una revisión del concepto imperialista de la división internacional del trabajo, así como un nuevo tratamiento de los propios recursos y un nuevo método de empleo de los recursos financieros llegados del exterior. Toda transformación de fondo, revolucionaria, en cuanto es la única dotada para remover los viejos obstáculos, debe arrancar de esas premisas ». Y la estrategia de este nuevo anti-imperialismo debe basarse « en su compenetración y su búsqueda de puntos de apoyo en el pueblo de los Estados Unidos ».

García especifica, en otros capítulos, cuales han de ser, en líneas generales, tales métodos nuevos. Pero, más que estos detalles, punto de partida de polémicas que pueden ser fructíferas, su libro es importante y básico por cuanto constituye la primera tentativa actual de enfocar el problema sin prejuicios, sin deformaciones ideológicas, y para el año en curso.

VICTOR ALBA

Una aportación al estudio de Romain Rolland

El escritor rumano Eugen Relgis es un heredero devoto del pensamiento de Romain Rolland, que fué una de las más altas expresiones humanas de las modernas aspiraciones ideales — humanistas, pacifistas, revolucionarias en el sentido noble de esta palabra — aparecidas o reverdecidas después de la primera guerra mundial. Este seguidor de Romain Rolland, apóstol de sus mismos principios, prosigue ahora en América, con igual vigor con que la emprendió en Europa, una estimable labor de solidaridad internacional.

Autor Relgis de numerosas novelas, volúmenes de poesías, ensayos, libros de impresiones y de viajes, etc., ha dedicado poco ha esta obra (debida en su traducción española a los esfuerzos de la « Comisión cultural de la Asociación de los Estudiantes de Medicina » de Montevideo) a la ilustre figura del escritor francés, con miras a difundir lo esencial de su doctrina, mejor dicho de sus preocupaciones y anhelos político

y sociales. El *Romain Rolland* de Relgis no es una biografía, aunque en sus páginas abundan los elementos biográficos, ni una semblanza, ni una antología, y es un poco de todo esto al mismo tiempo. Como el autor dice: « un testimonio, una colección de documentos vivos », en los que se refleja la personal experiencia de un literato que ha querido convertir la cultura en un medio para la transformación moral del hombre, para lo que él llama su humanización integral.

Se compone la obra de « Una tarde con Romain Rolland » (páginas de *Peregrinaciones europeas* publicadas por primera vez en castellano); « Cartas y comentarios », correspondencia no seguida ni de una gran unidad, pero sí espontánea y sincera como dictada por las circunstancias de cada instante; dos cartas abiertas del autor a Romain Rolland y algunos textos sueltos de Relgis sobre asuntos más o menos literarios, pero animada siempre su prosa por sus anhelos pacifistas o por sus aspiraciones a una completa libertad de espíritu crítico, en el que ve la esencia misma del espíritu de libertad.

El libro de Eugen Relgis, un poco confuso, en su conjunto, por la diversidad de asuntos que toca sin orden riguroso y por la multiplicidad de hechos a que se refieren sus documentos, de fechas diferentes y provocados por sucesos también diversos, es interesante porque permite extraer de esa cantera algo caótica muchos datos y declaraciones o frases que contribuyen a definir y fijar el pensamiento de Romain Rolland y sus seguidores, supervivientes varios de éstos del conglomerado de pacifistas surgido entre la primera y la segunda guerra mundiales.

Muy bien presentado el volumen por las Ediciones « Humanidad », de Montevideo, es una aportación interesante al estudio de Romain Rolland y de su pensamiento en lo concerniente a la paz, al humanitarismo, a la conquista de las fuerzas naturales para aplicarlas al beneficio común de todos los individuos, sin acepción de razas, de religiones o de preferencias culturales o estéticas. Una reserva hemos de hacer sinceramente: lástima que los traductores — cuatro para esta edición española — hayan hecho, por timidez sin duda, una versión demasiado *paso a paso*, afeada con múltiples y evitables galicismos, en la que sólo los vocablos — y no siempre — son españoles, permaneciendo la construcción y giros extranjeros. Sin infidelidad al pensamiento del autor, cabía una traducción verdaderamente castellana. Con el libro habría ganado mucho. La tarea de traducir un libro pide mayor ciencia idiomática y más esmero.

C. A.

Dos mundos colocados frente a frente

VIVIMOS un período histórico tan agitado y fecundo en acontecimientos que se suceden con inusitada rapidez, que esta abundancia de hechos trascendentes, a diario renovados, distrae y diversifica nuestra atención y nos impide o dificulta la visión sinóptica de nuestro tiempo. Atentos a cada episodio, no nos damos cuenta de que estamos siendo espectadores — y actores — del drama más intenso que jamás haya vivido la humanidad. Ocupados en el episodio del día, en el suceso reciente, carecemos de la perspectiva necesaria para bien divisar y juzgar el conjunto.

Esta perspectiva, que sólo el paso de los años procura; esta ojeada sintética tan ardua en nuestra época accidentada y compleja, nos la ofrece, con su afortunada exposición de cuanto de importante ha ocurrido en el mundo en estos años de postguerra, el profesor y diplomático argentino Ricardo de Labougle en su libro *Dos mundos frente a frente*, que es ante todo un concienzudo y honrado reportaje internacional.

Erraría quien creyese que empleando la palabra *reportaje* subestimamos la obra del señor Labougle. La escribimos adrede para encarecer el valor informativo de este libro, cuyo autor, desde la embajada argentina en Londres, que desempeñó durante más de tres años, disfrutó de un magnífico observatorio, circunstancia que unida a su penetración y a la imparcialidad de la parte expositiva de su libro, hace de éste un precioso documento, un utilísimo breviario de historia contemporánea.

Dentro de ese cuadro histórico los juicios y comentarios del señor Labougle se limitan en ocasiones a subrayar el alcance de ciertos hechos, a esclarecer su génesis y significado o a indicar sus posibles consecuencias, discretamente, sin caer en el vaticinio profético, tan sujeto a quiebras, y otras veces instala en la obra ensayos breves de tanto interés cual aquel en que estudia la guerra fría como aplicación a la política de gobierno de la ciencia y del arte de la guerra operativa, o de la guerra a secas, o aquel

otro en que establece el contraste entre las civilizaciones europea y asiática como prolegómenos para una mejor comprensión de las diferentes modalidades de propaganda y desarrollo del comunismo, según que opere sobre los pueblos orientales u occidentales.

No todas las opiniones ni todas las consecuencias deducidas del panorama internacional por el señor Labougle merecen nuestra conformidad y aprobación. Discrepamos de él en algunos aspectos, especialmente en su manera simplista y materialista de enjuiciar el problema español cuando justifica con la *conveniencia* la inclusión de España, de la España oprimida por la dictadura, en *el cuadro de la defensa del mundo libre*. Porque si la *conveniencia* material justifica las decisiones de los pueblos, ¿con qué argumento habremos de combatir el materialismo comunista soviético, que tiene sus raíces precisamente en esa misma política de *conveniencia*, de la que se han extirpado los móviles de idealismo y de justicia internacional?

Escapemos a la tentación de hacer de una nota bibliográfica un artículo de polémica. Comprendemos que la situación oficial del señor Labougle en su país le incline a ciertas concesiones y lo lamentamos; pero nuestro desacuerdo en ese y algún otro aspecto no entibia nuestro reconocimiento del mérito de su obra en conjunto y de la utilidad de su exposición sintética, si no muy depurada en su estilo, por lo menos clara y tan ordenada como la complejidad y gran copia de hechos lo permiten.

En resumen, *Dos mundos frente a frente* es una interesante recapitulación de un período histórico complicado y difícil, sumamente práctica como memorándum informativo.

La novela de la selva ecuatoriana

EN la novelística americana, una de sus cumbres más altas es *La Vorágine*, del colombiano José Eustasio Rivera. Con *Don Segundo Sombra*, del argentino Ricardo

Güiraldes; *Raza de Bronce*, del boliviano Alcides Arguedas; *Doña Bárbara*, del venezolano Rómulo Gallegos, y *El Señor Presidente*, del guatemalteco Miguel Angel Asturias, forma una constelación de libros de primera magnitud en el firmamento de las letras criollas.

Apareció *La Vorágine* hace ahora una treintena de años. De salida, ganó justificada fama de obra maestra; y, desde entonces, se suceden las ediciones. La última nos la ofrece la casa Losada, en una de sus más prestigiosas colecciones.

La Vorágine es la novela de la selva ecuatoriana americana. La selva es no sólo un escenario grandioso y sobrecogedor, sino también la protagonista. La selva es el personaje principal, un personaje con vida y acción; que sobrepasa a los hombres; que los atrae, los tritura y los aniquila; que vende al precio de deshumanizar al hombre las maravillosas riquezas que encierra, en particular la codiciada riqueza del oro verde, como llaman al caucho.

Frente a la selva, el hombre es un pigmeo impotente, un vencido. Para el hombre, la selva se convierte en una cárcel cuyas bóvedas verdes tienen por muros ríos inmensos. Allí, el hombre sufre el suplicio de las penumbras, contemplando al sol que ilumina playas opuestas a las que nunca llegará. Allí, la cadena que muerde los tobillos es más piadosa que las sanguijuelas de los pantanos, y el carcelero que atormenta a los esclavos es menos adusto que aquellos árboles, unos árboles que vigilan sin hablar, a los que no se debe mirar, porque hacen señas; cuyos murmurios no hay que escuchar, porque dicen cosas; frente a los cuales, no se puede hablar, porque remedan la voz.

A una naturaleza tal, no se la puede atacar por los medios corrientes, ni está al alcance del hombre común. Sólo aventureros de temple sobrehumano y desesperados que huyen de la civilización osan sumergirse en la selva. Los más duros, los más audaces, los más inescrupulosos se convierten en los opresores y los explotadores de los demás. Unos pocos son los potentados de la floresta; todos los otros se hunden y perecen en la miseria del esclavo.

Y todo ¿para qué? Porque, al final, el oro vegetal no enriquece a nadie, ni a los potentados de la floresta, ya que un sino de fracaso y de maldición persigue a cuantos explotan la mina verde. La selva los llama para tragárselos, la selva los retiene, la selva los aniquila. Es la vorágine.

CARLOS P. CARRANZA

REVISTA DE REVISTAS

NOTAS Y ESTUDIOS DE FILOSOFÍA (nº 15), la notable revista argentina que se publica en San Miguel de Tucumán, continúa ofreciendo a sus lectores la acostumbrada bibliografía de obras filosóficas, así como notables ensayos, entre los que cabe señalar el de Rodolfo Mondolfo acerca de dos textos de Platón sobre Heráclito.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA (nº 113) presenta un rico sumario, en el que participan distinguidos escritores colombianos, junto con otros iberoamericanos.

HUMANISMO (nº 14), revista mexicana, publica artículos de José Mancisidor, Mariano Picón-Sales, Víctor Alba y otros.

REVISTA DE FILOSOFÍA (nº 6), editada por la Universidad de la Ciudad Eva Perón, en la Argentina, ofrece interesantes ensayos, entre otros uno de Michelle Federico Sciacca acerca de la filosofía en América Latina.

BOOKS ABROAD (nº 4, vol. 27), la interesantísima revista norteamericana que ofrece en cada uno de sus números un panorama de la literatura internacional, dedica su última entrega a la literatura latinoamericana: Enrique Anderson Imbert estudia las letras hispanoamericanas durante los 25 últimos años; Antonio Soares, la perspectiva de la literatura brasileña contemporánea; Robert E. Luckey, la figura de Mariano Azuela, el novelista mexicano muerto hace un par de años; y, por último, Michelle Michelin se refiere a la controversia provocada en América por la publicación del *Bolívar*, de Madariaga.

PAPEL LITERARIO « EL NACIONAL », el suplemento literario ofrecido a sus lectores por el mencionado diario venezolano, continúa manteniendo el alto interés y gran nivel que ha sabido darle su director, Mariano Picón-Sales.

INDICE (nº 68-69), publicado en Madrid, trata en este número de la polémica surgida entre Juan R. Jiménez y Jorge Guillén respecto a « poesía cerrada » y « poesía abierta ».

VIDA UNIVERSITARIA (nº 39), de La Habana, reproduce un artículo de José Gaos acerca de los clásicos del pensamiento cubano.

REVISTA HISPÁNICA MODERNA (nº 1-4, Año XVIII), órgano del Instituto Hispánico de los Estados Unidos, dedica una buena parte de sus páginas a la vida y obra de Martí. Asimismo ofrece una amplísima bibliografía hispánica.

CENIT (nº 36), revista sociológica publicada en Francia en lengua castellana, trata de algunos aspectos del pensamiento de Malatesta.

ANALES (nº 335-336), editados por la Universidad Central del Ecuador, informa de asuntos relacionados con la misma. Ofrece también unos interesantes cuadernos de arte y poesía.

CRISIS (nº 1), revista española de filosofía, con varios ensayos y notas de diverso interés.

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGÍA (nº 2, vol. XV), del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de México, publica un estudio del Dr. Ruiz Funes titulado « La defensa social, el delito y el peligro ».

LA NUEVA DEMOCRACIA (Octubre 1953), publicada en Estados Unidos, con colaboraciones de Alfonso Reyes, Federico de Onís, Arturo Torres Riosoco, Rafael Heliodoro Valle, etc.

ESTUDIOS AMERICANOS (nº 27), ve la luz en Sevilla y es órgano de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos; artículos, notes y comentarios diversos.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS (nº 10), publicada por la Universidad de Montevideo, con selecta colaboración; Roberto Ibáñez estudia la novela de Eduardo Azevedo Díaz.

SUR (nº 224), que ve la luz en Buenos Aires bajo la dirección de Victoria Ocampo, ofrece en su sumario un ensayo de Valéry acerca de la libertad del espíritu y otro de Julián Marías sobre los cristianos y la verdad.

CLAVILEÑO (nº 23) de Madrid publica entre otros trabajos uno de José Luis Cano acerca de las relaciones personales que existieron entre Unamuno y Rubén Darío.

CUADERNOS AMERICANOS (nº 6, Año XII), que ve la luz en México, publica sus distintas secciones con artículos de Francisco Romero, Ferrándiz Alborz, Luis Alberto Sánchez y otros amigos nuestros.

LA TORRE (nº 2) revista de la Universidad de Puerto Rico ofrece un buen sumario; Federico de Onís trata del concepto del Modernismo; Serrano Poncela de la novela española contemporánea y Francisco Ayala de la situación del escritor en la sociedad actual.

DIÓGENES (nº 3), revista que ve la luz con el concurso de la Unesco, publica entre otros más, un interesante ensayo de Dwight Macdonald acerca de la cultura de masas.

POESÍA DE AMÉRICA (nº 4), interesante revista publicada en México y en la que se da una imagen de la actual poesía americana.

ASOMANTE (nº 3) editada por la Asociación de Graduados de la Universidad de Puerto Rico, con rica colaboración literaria, en la que cabe señalar a Federico de Onís, Concha Meléndez, Anderson Imbert y otros.

PANORAMA (nº 4), de la Unión Panamericana, publicada en Washington en varias lenguas. Artículos de Francisco Romero, Gilbert Chase y otros más.

REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS (nº 70) del Instituto de Estudios Políticos de Madrid, ofrece a sus lectores un variado sumario; señalamos un estudio acerca de los sindicatos norteamericanos y otro sobre las ideas políticas en la obra de Dostoyevski.

REVISTA INTERNACIONAL DE SOCIOLOGÍA (nº 42) de Instituto « Balmes » de Sociología, Madrid, publica sus habituales secciones doctrinales sobre temas sociológicos.

BOLÍVAR (nº 25), órgano del Ministerio de Educación Nacional de Colombia; colaboración variada de valor diverso.

UNIVERSIDADES DE LATINOAMÉRICA (nº 20), dedica gran parte de sus páginas a estudiar el problema universitario en Chile.

ESTUDIOS ECLESIASTICOS (nº 107), revista de información teológica publicada por las Facultades de Teología de la Compañía de Jesús en España.

REVISTA (nº 92), ve la luz en Barcelona y ofrece una interesante información sobre las artes y las letras.

AMÉRICA (noviembre de 1953) publica, entre otros trabajos, el habitual editorial de nuestro amigo Pastor del Río.

POLÍTICA Y ESPÍRITU (nº 105), la gran revista chilena de hechos e ideas, continúa manteniendo el interés y elevado nivel intelectual de siempre.

CORREO LITERARIO (nº 85), publicado en Madrid con destino principal a Iberoamérica, ofrece un artículo de Ricardo A. Latham, al que nuestro amigo Luis Alberto Sánchez da en este número de *Cuadernos* adecuada respuesta.

HOJAS DE CULTURA POPULAR COLOMBIANA (nº 35), como siempre bien presentadas, con magníficas litografías y buena prosa.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (nº 48), ven la luz en Madrid, y publican en este número un curioso e interesante estudio acerca de la intolerancia española.

REUNION DEL COMITÉ EJECUTIVO

El Comité Ejecutivo del Congreso por la Libertad de la Cultura se reunió en Roma, en el domicilio de la sección italiana, durante los días 25 al 28 de noviembre de 1953. Dos de las sesiones fueron públicas. La primera de ellas fué dedicada a los problemas de la libertad en las Indias y en Extremo Oriente, con la participación de Mino R. Masani, animador del Comité indio, y de Raymond Aron, que acababa de regresar de una importante jira de información y de conferencias en el Japón y las Indias. Fué presidida esta sesión por F. Bondy. La segunda, presidida por Ignacio Silone, fué dedicada al estudio del socialismo y del sindicalismo con relación a las libertades políticas y culturales. Fueron sus ponentes Haakou Lie, presidente del Partido Obrero de Noruega, y Carlo Schmid, líder socialdemócrata alemán. A estas reuniones asistieron, además de los miembros del Comité Ejecutivo, la vieja y prestigiosa socialista rusa Angélica Balabanoff, el poeta W. H. Auden, los líderes socialistas democráticos Romita y Saragat y varios universitarios y escritores italianos.

El Comité Ejecutivo aprobó con viva satisfacción los trabajos emprendidos durante los últimos meses en la América Latina, felicitándose por la constitución de varios Comités en los principales países de este vasto continente, por la adhesión de las más prestigiosas figuras intelectuales iberoamericanas y por el éxito obtenido por *Cuadernos*, que ha alcanzado una acogida entusiasta, tanto en los medios de la emigración española como en los países de Latinoamérica. Se decidió proseguir e intensificar los trabajos en esta vasta región que tan magníficas perspectivas ofrece para el desarrollo del pensamiento libre.

URUGUAY

El Comité rioplatense del Congreso por la Libertad de la Cultura ha quedado definitivamente constituido en Montevideo y en él están representadas todas las tendencias. Dicho Comité ha hecho público un documento glosando los catorce puntos del manifiesto aprobado en Berlín por el Congreso constitutivo.

Las siguientes personalidades forman parte de dicho Comité : Arquitecto Leopoldo C. Agorio, Rector de la Universidad del Uruguay ; Dr. Arturo Ardao, escritor, profesor de filosofía en la

Facultad de Humanidades ; José Bellino, escultor ; J. J. Carvajal Victorica, profesor, publicista ; Dr. Mario Cassinoni, Rector de la Facultad de Medicina ; Dr. Pedro Díaz, escritor, Presidente del Ateneo ; Profesor Clemente Estable (discipulo predilecto de Ramón y Cajal), Director del Instituto de Ciencias Biológicas del Uruguay ; Emilio Frugoni, poeta, escritor, Secretario General del Partido Socialista Uruguayo ; Américo Ghioldi, profesor, escritor, secretario General del Partido Socialista Argentino en el Exilio ; Roberto Ibáñez, profesor de literatura de la Universidad, poeta ; A. Montiel Ballesteros, novelista ; Celedonio Nin y Silva, historiador ; Emilio Oribe, profesor de la Facultad de Humanidades, poeta ; Eugen Relgis, escritor ; Carlos Sabat Ercasty, poeta, presidente de Aude (Asociación de Escritores Uruguayos), y Daniel D. Vidart, profesor, escritor.



Se le ha conferido el Premio Nacional de Literatura 1953 (5.000 pesos uruguayos) al poeta Carlos Sabat Ercasty miembro del Comité Rioplatense del CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA. Desde su primer libro de poemas, *Pantheos* (1917), se ha ido afirmando

AMÉRICA

Revista mensual
de la Asociación
de Escritores y Artistas Americanos

Director :

PASTOR DEL RIO



Redacción y Administración :

Ave. de los Presidentes, 52

LA HABANA (Cuba)



Precios :

Número suelto : 30 cts.

Suscripción anual : \$ 3.00

(moneda cubana)

la personalidad poética de esta figura de hombre tallada severa y serenamente en espíritu. En su temática confluyen las más egregias influencias rítmicas : Walt Whitman, Verhaeren Edgar Poe. Su espíritu es una síntesis de cristianismo, brahmanismo y la nueva inquietud social bajo la insignia de la libertad y de la democracia. Tiene en su haber libros como « *Vidas* (1923), *Poemas del hombre* (1921) *Los Adioses-Interludios al modo antiguo* (1929). Además de una fecunda labor literaria, su último libro, *Prometeo*, es un canto a la libertad y un anatema a todas las dictaduras. La poesía de Sabat Erasty imagen, metáfora y ritmo es una exaltación del hombre y de las fuerzas divinas que en él se encierran.

Con motivo de este galardón, se le hizo un homenaje al que asistieron los más destacados intelectuales y artistas uruguayos, entre los que se hallaban los integrantes del Comité del Congreso por la Libertad de la Cultura, Dr. Emilio Frugoni, profesor Clemente Estable, escultor José Belloni, Dr. Carvajal Victorica, Dr. Roberto Ibáñez, Dr. Emilio Oribe y escritor F. Ferrándiz Alborz.

CUBA

Ha quedado constituida en la ciudad de La Habana una comisión organizadora del Comité antillano del Congreso por la Libertad de la Cultura. Forman dicha comisión algunas de las más prestigiosas personalidades de la intelectualidad cubana, tales como D. José Manuel Cortina, D. Jorge Mañach (miembro del Consejo de Honor de *Cuadernos*), D. César Salaya, D. Gastón Baquero y D. Miguel Angel Carbonell. Es su Secretario General D. Pastor del Río, que lo es al mismo tiempo de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos domiciliada en la Habana, y su Secretario Administrativo el Dr. Mario Llerena. Dicha comisión se propone convocar en breve a la intelectualidad cubana para la constitución del Comité antillano.

AMERICA CENTRAL

Durante los meses de noviembre y diciembre últimos, y con ocasión de un viaje realizado por el culto y activo escritor salvadoreño Gilberto González y Contreras por los países de la América Central, quedaron constituidos tres nuevos Comités del Congreso por la Libertad de la Cultura. Forman parte de los mismos los intelectuales de más valía y prestigio de cada país.

Costa Rica. — El Comité de San José de Costa Rica ha quedado formado de la siguiente forma :
 Presidente : Profesor Abelardo Bonilla ;
 Secretario : León Pacheco ; miembros : Alfredo Castro Fernández, Lorenzo Vives, Enrique Ma-

caya, Carlos Salazar Herrera, Fernando Centeno, Mario Fernández Alfaro y Manuel Segura Mendoza. Director del Centro de Información : Julián Marchena, Director de la Biblioteca Nacional.

Nicaragua. — El Comité de Managua ha quedado constituido como sigue : Presidente : Horacio Espinoza ; Vice : Hernán Robleto ; Director del Centro de Información : Dr. Ramón Romero, Director de la Biblioteca Nacional ; Secretarios : Pablo Antonio Cuadra y Ernesto Cardenal ; miembros : Sofonías Salvatierra, Ildefonso Palma Martínez, Agenor Argüello, Juan Ramón Avilés, Francisco Barberena, Pedro Joaquín Chamorro, Luis Alberto Cabrales, Carlos Martínez Rivas, Manuel F. Surita y León Debayle.

Honduras. — El Comité de Tegucigalpa, acogido con entusiasmo por la prensa del país, se compone como sigue : Presidente : Carlos Izaguirre ; Vice : Carlos Gálvez ; Director del Centro de Información : Eufemiano Claros ; Secretarios : Vicente Machado Valle y Hermes Beltrand Anduray ; miembros : Trinidad de Cid, Miguel Navio, Samuel Salgado, Salomón Gimenes, Rafael Manzanares, Carlos Izaguirre, Moisés López, Eliseo Pérez Cadalso, Julián López Pineda, Oscar Flores, Alejandro Valladares y Fernando Zepeda Durón.

FRANCIA

Los días 7 y 8 de enero, y con el tema « La Europa occidental y el pacto Wáshington-Madrid », explicó dos conferencias Julián Gorkin en las Casas de la Libertad de Lyon y Grenoble. La primera fué presidida por Robert Vial e hizo la presentación del conferenciante Geneviève Goddet. La segunda fué presidida por J. Travé.

Ambas conferencias se vieron muy concurridas y sobre ellas se establecieron amplios debates.



Las charlas quincenales organizadas por nuestra revista en lengua francesa *Preuves*, continúan celebrándose con todo éxito.

Los temas más interesantes y que más preocupan en la hora actual en Francia, son expuestos por diversos oradores y discutidos a continuación por la asistencia. Así, se ha pasado revista a la cuestión de la unidad europea, a la crisis del cinema francés, al problema alemán, a la libertad de información, etc., etc.

Un numeroso y selecto público asiste a estas charlas quincenales, que *Preuves* ha tenido el acierto indiscutible de organizar. Las mismas se prosiguirán durante los meses próximos, contando para ello con la colaboración de distinguidos intelectuales que han aceptado pasar por la tribuna que *Preuves* les ofrece.

NUESTRO CARNET

- **BENJAMIN CARRION**, presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, ilustre escritor y uno de los más agudos críticos de toda Hispanoamérica. Autor de *Los creadores de la nueva América*, *El nuevo relato ecuatoriano*, *Atahualpa*, etc.
- **ARTHUR KOESTLER**, gran escritor harto conocido del lector hispanoamericano, autor de numerosos libros, entre otros *El testamento español*, *Espartaco*, *Los Cruzados sin Cruz*, *El cero y el infinito*.
- **ENRIQUE L. REVOL**, crítico argentino, profesora actualmente en la Universidad de Puerto Rico. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *William Blake*, *Poesía británica moderna* y *Al pie de la letra*. Prepara un extenso estudio, *El sentido de la cultura*, sobre temas antropológicos.
- **LUIS ALBERTO SANCHEZ**, antiguo rector de la Universidad de Lima, es el gran historiador de la literatura hispanoamericana. De su abundante obra cabe señalar *Visión y pasión de la cultura en América*, *¿ Existe América Latina ?*, *Balance y liquidación del novecientos* y *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Forma parte del Consejo de Honor de *CUADERNOS*.
- **LUIS MERINO REYES**, poeta, novelista y ensayista chileno. Ha realizado últimamente un viaje a la fabulosa isla de Pascua, después de tocar en la no menos famosa isla de Juan Fernández. Fruto de este viaje va a ser el libro *Rumbo a Oceanía*, del que ofrecemos una premitia.
- **EMILIO FRUGONI**, distinguido poeta uruguayo, fundador del Partido Socialista del Uruguay y director de sus publicaciones. Es uno de los grandes valores de la intelectualidad iberoamericana y forma parte del Consejo de Honor de *CUADERNOS*.
- **DAVID DUBINSKY**, presidente del sindicato de la confección femenina y miembro del Consejo Ejecutivo de la Federación Americana del Trabajo (A. F. L.) en 1934-35, es hoy día una de las figuras más representativas del poderoso movimiento sindicalista norteamericano.
- **CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ** fué catedrático de la Universidad de Madrid y director del Instituto de Estudios Medievales; actualmente reside en la Argentina. Ha realizado estudios sobre la behetría, el feudalismo y la organización monetaria en la Edad Media. Es autor de varias obras.
- **RITA HINDEN** participó en los trabajos de la Comisión enviada por el gobierno laborista a la Guayana inglesa para elaborar el proyecto de Constitución. Actualmente dirige la secretaría colonial de la *Fabian Society* y es autora de varios libros y encuestas.
- **MINOO R. MASANI**, uno de los animadores del Congreso por la Libertad de la Cultura en la India, fué parlamentario, embajador en el Brasil y alcalde de Bombay. Es autor de varias obras políticas y económicas.
- **MANUEL DE IRUJO**, antiguo ministro republicano español, autor de varios libros — *Inglaterra y los Vascos*, *Instituciones jurídicas vascas*, etc. — nos presenta la figura interesante de Sabino de Arana-Goiri. Justamente su padre, D. Daniel de Irujo y Urrea fué el abogado defensor de Arana-Goiri.
- **LOUIS MERCIER**, periodista, militante de los sindicatos libres franceses, nació en Chile, donde ha estado recientemente para reanudar el contacto con los medios intelectuales chilenos, con vistas a la organización en dicho país del Congreso por la Libertad de la Cultura.
- **RODRIGO GARCIA TREVIÑO**, publicista mexicano, director de la Editorial Ariel y presidente de la Asociación de Editores y Libreros de México. Es también el representante en su país del Congreso por la Libertad de la Cultura.

SUR

Revista bimestral

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración :
San Martín, 689 - BUENOS AIRES

Precios :

Argentina :

Suscripción anual \$ 50 arg.
Número suelto \$ 9 »

Otros países :

Suscripción anual 5 dól. USA
Número suelto 0,50 dól. USA

cas, una razón clara y el sentido de la objetividad. » Y explica luego su pensamiento así : «... Pascal no ha creído con la razón, no pudo jamás, aun queriéndolo, llegar a creer con la razón, no se hubo jamás *convencido* de aquello de que estuvo *persuadido*. Y esta fué su tragedia íntima... »

La desesperación de Unamuno, no es el concepto imposibilista de Soren Kierkegaard. Menos aún el concepto que expone Jean-Paul Sartre, el filósofo-literato, lanzador del existencialismo francés, cuando dice : « En cuanto a la desesperación, esta expresión tiene un sentido extremadamente sencillo. Ella quiere decir que nos limitaremos a contar sobre lo que depende de nuestra voluntad, o sobre el conjunto de probabilidades que hacen nuestra acción posible. » (Jean-Paul Sartre : *L'Existencialisme est un humanisme*.) Y luego, con ese espíritu de simplificación y clarificación, propio del pensamiento francés, añade : « Obrar sin esperanza, es desesperación. »

Don Miguel de Unamuno, afirmativo o negativo — afirmativo aun cuando niega — viril siempre, con el sentido de varonía de todo lo español, lanza el grito emocionado, constructivo, optimista hasta el absurdo : « De la desesperación, y solamente de ella, nace la esperanza heroica, la esperanza absurda, la esperanza loca. » Es este un supremo esfuerzo, un acto agónico, de lucha contra la « enfermedad mortal », del maestro danés. Cómo lucha heroicamente con la muerte, cuando alza los brazos, en actitud dolorosa, para decirle al Abismo : « No quiero morir, no, no quiero ni quererlo ; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir este yo, este pobre yo que me soy y me sienta ser ahora... »

España, Don Quijote y Bolívar

Cómo llevaba dentro de sí, de su inmensa inquietud de lucha, de su universal curiosidad y de su ardida pasión de amor y vida — amor de sexo y espíritu —, su España, « mi madre y mi hija : sí, mi hija, porque soy uno de sus padres... » Nunca encontré un hombre de más vasta preocupación por todos los problemas del mundo, de más intenso fervor metafísico, de más

extenso amor por la cultura : su erudición sin rival lo proclama. Y sin embargo, más enamorado, con rabia y con ternura a la vez, de su patria, de su España de todos, que ahora nos la están matando, nos la han robado y la han crucificado... El conocía toda la estupidez traicionera del pretorianismo español, chulo y aseñoritado, al que se ganaba con prebendas y ascensos. El sabía la existencia de la Anti-España : la de los jesuitas, que son la anti-patria en todos los lugares del planeta ; la de los espadones bonitiños ; la de los mercaderes internacionales... Durante las pocas semanas que estuve junto a Don Miguel — a su orilla — en el Hotel Brocca de Hendaya — reunidero de vascos de aquende y allende las fronteras que jugaban al *mus* con Don Miguel — yo le escuché las ternuras y las rabias de su amor a España, de la mañana a la noche. El, un espíritu de religiosidad esencial, no creyó que *era necesario sacrificar a la patria para salvar la religión*, como se hace en mi pobre tierra ecuatoriana, a pesar del anatema quemante del Obispo ilustre...

Se indignaba al pensar que nos estaban matando al Quijote : los eruditos, los puristas, esos que han dado contra el suelo una de las más bellas palabras del idioma, titulándose « humanistas ». Hacer de eso que no es de Cervantes, sino de todos los hombres de este mundo, un motivo de erudición barata y de notas de archivos — ¡ cómo me cargan las notas de archivos ! — era algo que Don Miguel de Unamuno consideraba crimen nefando contra la vida, el arte, la humanidad. ¡ Hacer cosa pequeña de sintaxis, de retórica, de gramática, una de las más grandes, puras, sangrantes creaciones del espíritu desventurado del hombre ! En el año del centenario cervantino, junto con la figura magra del Caballero de la Triste Figura y su escudero Sancho Panza tenía que haber estado presente la imagen de « este donquijotesco Don Miguel de Unamuno », como lo esculpiera, con su buril de eternidades, el gran poeta de la España Mártir, martirizado también : Antonio Machado. En la justificación de su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*, Don Miguel expresa que lo ha hecho « para repensar el *Quijote*, contra los cervantistas y los eruditos, para hacer

Se admiten suscripciones a la revista

CUADERNOS

en las direcciones siguientes :

LIBRERIA MADRID
Bmé. Mitre, 950
BUENOS AIRES (Argentina)

LIBRAIRIE FRANÇAISE
Estado, 36
SANTIAGO (Chile)

EDITORIAL DEL PACIFICO
Ahumada, 57
SANTIAGO (Chile)

HECTOR D'ELIA
18 de Julio, 1333
MONTEVIDEO (Uruguay)

LA VOZ DE ESPAÑA
R. Cons. Crispiano, 344
10º andar - conj. 1005
SAO PAULO (Brasil)

DELEGACION DEL CONGRESO
POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
Rua México, 158, Sala 304
RIO DE JANEIRO (Brasil)

LIBRERIA SUMA, S. A.
Calle Real de Sabana Grande, 102
CARACAS (Venezuela)

LIBRERIA ARIEL
Donceles, 91
MEXICO, D. F.

ASOCIACION DE ARTISTAS
Y ESCRITORES AMERICANOS
Ave. de los Presidentes, 52
Apartado 1969
LA HABANA (Cuba)

LIBRERIA CARLOS HIRSCH
Florida, 165
BUENOS AIRES (Argentina)

LIBRERIA YERBA BUENA
Casilla de Correo 131
**SAN MIGUEL DE TUCUMAN
(Argentina)**

LOS AMIGOS DEL LIBRO
Calle Perú esq. España
COCHABAMBA (Bolivia)

LIBRERIA MEJIA BACA
Jirón Azángaro, 712
LIMA (Perú)

LIBRERIA GUATEMALA
5a Ave. Sur N° 1-A
CIUDAD DE GUATEMALA (Guatemala)

INSTITUTO DEL LIBRO
Calle 5a. N° 5-08
POPAYAN (Colombia)

LIBRERIA UNIVERSITARIA
Frente a la Embajada Americana
SAN JOSE (Costa Rica)

AGENCIA INTERNACIONAL
DE LIVRARIA ET PUBLICAÇÕES
119, Rua S. Nicolau
LISBOA (Portugal)

BUCHHANDLUNG ZUM ELSASSER
A. G.
vormals Albert Müller
Limmatquai, 18
ZURICH (Suiza)

PREUVES

REVUE MENSUELLE

publiée sous la direction de FRANÇOIS BONDY

Secrétaire général : JACQUES CARAT

23, rue de la Pépinière, Paris (8^e)

Tél. : EUR. 55-15 à 17. — C. C. P. 178-00 Paris

Le numéro : France et Union Français : 120 fr. - Etranger : 150 fr.

ABONNEMENTS

France et Un. Fr. un an : 1.200 fr. ; six mois : 650 fr.

Etranger un an : 1.500 fr. ; six mois : 800 fr.

ENCOUNTER

*Edited by STEPHEN SPENDER
et IRVING KRISTOL*

- On « Negative Liberalism » Irving KRISTOL
Mount Everest Diary. Wilfred NOYCE
The case of British Guiana Rita HINDEN
Doppelgänger : a Story Wyndham LEWIS
Florence : a Poem . Elizabeth JENNINGS
Three Letters W. S. GRAHAM
Words and Music .. W. H. AUDEN
Persia : Land of Unrealities F. R. ALLEMANN
Poem Robert CONQUEST

Communications. Books

Please address all correspondence to :
" ENCOUNTER ", PANTON HOUSE,
25 HAYMARKET, LONDON, S. W. 1.

LIBERTA DELLA CULTURA

Associazione italiana per la Libertà della Cultura, piazza Accademia di San Luca 75, Roma.

FREEDOM FIRST

organ of the Indian Committee for Cultural Freedom, Manekji Wadia Building, 127, Mahatma Gandhi Road, Bombay !

FORVM

Osterreichische Monatsblätter für Kulturelle Freiheit.
WIEN VII
Museumstrasse 5.

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO,
Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Jorge MAÑACH,
Luis Alberto SANCHEZ y Erico VERISSIMO

Director de publicaciones : François BONDY

Redactor Jefe : Julián GORKIN

Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

CUADERNOS es una revista bimestral que se propone ofrecer en cada uno de sus números un conjunto de estudios y notas acerca de temas de permanente atención intelectual, preferentemente aquellos relacionados con la realidad cultural de Iberoamérica.

Para llevar a cabo esta tarea, ha logrado la colaboración activa y permanente de los más prestigiosos intelectuales iberoamericanos. El ensayista, el crítico, el filósofo, el poeta, el sociólogo, el novelista, el historiador, el universitario, contribuyen desde las páginas de CUADERNOS al planteamiento y estudio de los problemas culturales iberoamericanos.

CUADERNOS es una tribuna abierta a todos los intelectuales demócratas de Iberoamérica, coincidentes con nosotros en la noble tarea de luchar incansablemente por la libertad de la cultura. Sin embargo, nuestra revista solicita especialmente sus colaboraciones.

Pierre BOLOMEY
23, rue de la Pépinière
Paris (VIII^e) - France

**BOLETIN
DE SUSCRIPCION**

PRECIO ANUAL :
Francia : 650 francos
Otros países : 800 francos
En dólares U. S. A. : 3 dól.
Argentina : 45 pesos

Ruégole me suscriba a la revista Cuadernos por un año, a cuyo efecto le envío
la cantidad de

Fecha Firma

NOMBRE COMPLETO :

DOMICILIO :

LOCALIDAD :

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

(REVISTA BIMESTRAL)

SUMARIO DEL N° 3

Luis ARAQUISTAIN	Donoso Cortés y su resonancia en Europa.
Thomas MANN	El artista y la sociedad.
Stephen SPENDER	Explorando la vida del instinto.
F. FERRANDIZ ALBORZ	El indio, nueva realidad literaria hispanoamericana.
Salvador PINEDA	Tránsito y misión de Hidalgo.
F. GARCIA LORCA	Algunas notas sobre la realidad en el « Quijote ».
José CARNER	Paradoja de una esquina.
Maria ZAMBRANO	Ortega, filósofo español.
S. SERRANO PONCELA	Razón y débito a Ortega.
Guadalupe AMOR	Poemas.
Bertram D. WOLFE	La lucha por la sucesión en la URSS.
M. C.	Las jornadas de junio en la Alemania Oriental.

El Congreso Ciencia y Libertad :

Denis DE ROUGEMONT ..	Hamburgo : Por qué nos hallamos aquí.
James FRANCK	Necesidad de una crítica constructiva.
Th. DOBJANSKY	El naufragio de la biología en la URSS.

Crónicas y notas bibliográficas :

Alfonso REYES, Américo CORRIENTES, Julián GORKIN, Julieta CARRERA, Ignacio IGLESIAS, Natalicio GONZALEZ, Carlos P. CARRANZA, Luis LOPEZ ALVAREZ y Victor ALBA.
(Este N° 3 está, por el momento, agotado.)

SUMARIO DEL N° 4

Francisco ROMERO	Dos rasgos de la cultura occidental.
Erico VERISSIMO	¿ Torre de marfil ? ¿ Torre de hierro ?
B. STEFAN	¿ Nueva política económica del Kremlin ?
Américo CASTRO	La tarea de historiar.
Jean CASSOU	El mensaje de las letras hispanoamericanas.
Hernando TELLEZ	Fronteras de la novela.
Francisco AYALA	El escritor en la sociedad de masas.
Roberto IBANEZ	Imágenes del mundo y del transmundo en los versos de Martí.
Isa CARABALLO	Poemas.
Adolfo SALAZAR	El arte en crisis.
Henry POULAILLE	Ferreira de Castro.
Ramón J. SENDER	El puente imposible.
Federica MONTSENY	La mujer española en la vida social.
Gilberto FREYRE	El IV Centenario de Sao Paulo.
P. PARISOT	Entre Madrid, Roma y Washington.
K. A. JELENSKY	La persecución religiosa en Polonia.

Cronicas de arte y notas bibliográficas :

F. FERRANDIZ ALBORZ, Rita REGNIER, Fernando VALERA, Luis ARAQUISTAIN, Julián GORKIN, Ignacio IGLESIAS, Carlos P. CARRANZA y Luis LOPEZ ALVAREZ.

QUÉ ES Y QUÉ QUIERE

el Congreso por la Libertad de la Cultura

★ EL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA es una asociación internacional de escritores, profesores, sabios y artistas. No depende de ningún gobierno, ni de ningún grupo político, y se propone por único objetivo defender la libertad del espíritu creador y crítico contra todo atentado.

★ Consideramos como una verdad evidente que la libertad de opinión es uno de los derechos inalienables del hombre.

★ La libertad de opinión es ante todo la libertad para cada uno de formarse una opinión y de expresarla, incluso y sobre todo cuando esta opinión no está de acuerdo con la de los gobernantes. El hombre que no tiene derecho a decir no, es un esclavo.

★ Los responsables de la actual amenaza de guerra son los gobiernos que al mismo tiempo que hablan de paz, se niegan a reconocer el control popular y la autoridad internacional. La historia nos enseña que todos los « slogans » son buenos, incluso los de la paz, para quienes quieren preparar la guerra. Ciertas cruzadas « por la paz », que no confirman ninguna acción real en favor del mantenimiento de la paz, no son otra cosa que moneda falsa. Mientras esos métodos sean empleados, no habrá para los hombres ni seguridad material ni equilibrio moral.

★ La naturaleza misma de la libertad obliga a respetar la diversidad de opiniones. Pero el principio de tolerancia no implica lógicamente el respeto de la intolerancia.

★ Ninguna doctrina política o económica puede tener la pretensión de determinar exclusivamente el sentido de la libertad. Las doctrinas y las ideologías se juzgan por el grado de libertad que otorgan realmente al individuo. Asimismo ninguna raza, ninguna nación, ninguna clase, ninguna religión puede otorgarse el derecho exclusivo de representar la libertad, y menos aún de negársela a otros grupos o a otras creencias en nombre de un fin último, cualquiera que éste sea.

★ No habrá estabilidad en el mundo en tanto la humanidad se halle dividida entre los que poseen la libertad y los que la han perdido. La defensa de las libertades existentes, la reconquista de las libertades perdidas, el reconocimiento de libertades nuevas, son el riesgo de un solo y mismo combate.

★ Consideramos la teoría y práctica de los Estados totalitarios tanto más graves cuanto que disponen de medios de coacción que superan infinitamente a los medios a que recurrieron los despotismos del pasado. El ciudadano del Estado totalitario está obligado no solamente a obedecer a las leyes del país, sino también a conformar cada uno de sus actos y de sus pensamientos a un modelo prescrito. Así, la fórmula clásica de la « tiranía negativa » cede el paso a una « tiranía positiva », que persigue y condena en virtud de acusaciones vagas e indeterminadas, como, por ejemplo, las de que tales o cuales ciudadanos son « enemigos del pueblo » o « elementos socialmente peligrosos ».

★ Igualmente consideramos que la teoría y práctica de los Estados totalitarios constituyen la mayor amenaza de cuantas la humanidad ha tenido que afrontar en el curso de su historia.

★ La indiferencia y la neutralidad hacia una amenaza tal equivalen a una traición a los valores humanos esenciales y a una abdicación del espíritu libre. El destino de la humanidad durante generaciones puede depender de la respuesta que demos a este desafío.

★ EL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA se dirige a todos cuantos están resueltos a restaurar, a salvar, a ampliar las libertades que representan el valor de la vida.

★ Dirija su adhesión al CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA, 104, Boulevard Haussmann, París (Francia).

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO,
Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Jorge MAÑACH,
Luis Alberto SANCHEZ y Erico VERISSIMO

Director de publicaciones : François BONDY

Redactor Jefe : Julián GORKIN

Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

COLABORADORES :

Xavier ABRIL, Víctor ALBA, Guadalupe AMOR, Carlo ANTONI, Luis ARAQUISTAIN, Raymond ARON, Francisco AYALA, Arturo BAREA, Rómulo BETANCOURT, Isa CARABALLO, Jacques CARAT, José CARNER, Adolfo E. CARPIO, Carlos P. CARRANZA, Benjamín CARRION, Joaquín CASALDUERO, Alfonso CASO, Jean CASSOU, Jaime CASTILLO, Marín CIVERA, Michel COLLINET, Nicola CHIAROMONTE, Carlos DE BARAIBAR, Jorge DE LIMA, Salvador DE MADARIAGA, Denis DE ROUGEMONT, Luis DE ZULUETA, Pastor DEL RIO, F. FERRANDIZ ALBORZ, José FERRATER MORA, Eugenio FLORIT, Gilberto FREYRE, Francisco GARCIA LORCA, R. GARCIA TREVIÑO, Natalicio GONZALEZ, Gilberto GONZALEZ Y CONTRERAS, Jorge GUILLEN, Roberto IBÁÑEZ, Julio César JOBET, Arturo KOESTLER, José LINS DO REGO, L. LOPEZ ALVAREZ, Herbert LUTHY, Rodolfo LLOPIS, Alejandro MAGNET, André MALRAUX, Thomas MANN, Juan MARI-CHAL, Joaquín MAURIN, Luis MERINO REYES, Czeslaw MILOSZ, Federica MONTSENY, Nicolás NABOKOV, Victoria OCAMPO, P. PARISOT, Mariano PICON SALAS, Salvador PINEDA, Henry POULAILLE, Susana REDONDO, Enrique L. REVOL, Eugen RELGIS, Alfonso REYES, Francisco ROMERO, Ramón J. SENDER, S. SERRANO PONCELA, Ignazio SILONE, Upton SINCLAIR, Stephen SPENDER, Rufino TAMAYO, Hernando TELLEZ, Fernando VALERA, Bertram D. WOLFE, María ZAMBRANO y otros más.

obra de vida de lo que era y continuaba siendo para la mayor parte de las gentes, letra muerta. »

Y de Don Quijote, a Bolívar. Cómo se complacía Don Miguel en repetir la anécdota famosa y la famosa frase del Libertador : « ¡ Los tres grandísimos majaderos hemos sido Cristo, Don Quijote y... yo ! » Y le enorgullecía singularmente su parentesco racial con Bolívar : « Me permitiréis que, como vasco que soy por treinta y dos costados, me detenga en la vasconía del Libertador. » Bolívar el hombre de lucha, de agonía ; Bolívar el Quijote de la Libertad, es justamente el hombre de textura heroica capaz de producir emoción y admiración a Don Miguel. Oído comentando una escena superhumana de la vida del gran vasco de América : « ¿ Y no es acaso quijotesco aquello que cuentan dijo Bolívar a raíz del terremoto de Caracas, el 26 de Marzo de 1812, cuando atribuyéndolo un fraile a azote de Dios, irritado por haberse desconocido a Fernando VII, el Ungido del Señor, el futuro Libertador, que se hallaba en la turba, entre las ruinas, desenvainando la espada y obligando a bajar de la mesa que le servía de púlpito al fraile predicador, gritó : « Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca » ? Y nada tan esencialmente quijotesco como la suprema afirmación de Pativilca : « Vencer ».

El dolor de España le iba consumiéndolo. Veía cómo su madre — y su hija — des-

pués de la Oración del Huerto, iba pasando de Herodes a Pilatos, se la azotaba, se la coronaba de espinas, se le ponía el INRI de los ajusticiados, seguía el *via-crucis* sin Verónica que le enjugara el rostro y, finalmente, estaban los sayones izando el árbol de la crucifixión.

Pasión y muerte

Un generalote burdo, había lanzado el grito sin calificativo, en su presencia, en la plaza ilustre de su Salamanca : « ¡ Abajo la inteligencia ! ¡ Viva la muerte ! » La intelectualidad española se dispersaba por todos los confines del mundo, se asesinaba en Granada « en su Granada », a la voz más límpida de España, Federico García Lorca. Se encamidaba despacio a la muerte, la noble figura de Antonio Machado, España en cántico, al otro lado de los Pirineos. Y él, Don Miguel de Unamuno, un siglo de conciencia española, asistiendo a la pasión...

Y un 31 de diciembre de 1936, junto al cuerpo yacente de su madre, de su hija, él también se tendió en la « tierra todoparidora », para la comunión suprema con la entraña española. El « mal de España » lo llevó a la muerte. Pero la muerte, según la expresión del hombre Kierkegaard, « la muerte no es enfermedad mortal ».

BENJAMIN CARRION

Observaciones

sobre las neurosis políticas

POR ARTHUR KOESTLER

LA mayor parte de las teorías contemporáneas relativas a la conducta política se basan en una curiosa paradoja. Es opinión muy generalizada que las muchedumbres tienden a conducirse de una manera irracional (« histerismo de las masas », « obsesiones de las masas », etc.). También es del dominio común que los individuos reaccionan de una manera irracional ante los problemas sexuales y en sus relaciones con la familia, con los superiores y con los subordinados. Sin embargo, aun cuando admitimos que las muchedumbres se conducen en la vida pública como los neuróticos, y que los individuos sufren complejos en la vida privada, seguimos aferrados a la extraña ilusión de que el ciudadano medio, cuando no forma parte de la muchedumbre, es un ser racional en las cuestiones políticas. Todo nuestro sistema de gobierno democrático se funda en esta suposición implícita. Esta creencia, dogmática e injustificable, en la racionalidad política del individuo, es la razón primordial de que las democracias se hallen siempre a la defensiva contra sus adversarios totalitarios, no ya sólo físicamente, sino también psicológicamente. No obstante, la evidencia nos demuestra que el hombre del siglo XX es un neurótico político.

Los totalitarios, que son las fuerzas de la muerte que asaltan nuestra civilización, lo han comprendido así desde un principio ; y

la muerte, que se nutre de la enfermedad, tiene un diagnóstico seguro. De ahí que, para sobrevivir, nos será preciso también aprender a diagnosticar con acierto. Ahora bien, es imposible llegar a obtener un diagnóstico exacto, si se parte del supuesto de que el paciente está sano. Durante el « siglo de las luces », una serie de filósofos franceses, alemanes e ingleses : los enciclopedistas, los marxistas, los benthamistas, los owenistas y los progresistas de todas clases y matices nos inculcaron la creencia en la cordura política del individuo y en su racionalidad. Freud y sus sucesores han demolido una parte de esta fe optimista en el hombre, como ser racional ; y se acepta el hecho de que nuestra libido sexual está desquiciada. Pero ha llegado la hora de reconocer que nuestra libido política está tan cargada de complejos, tan reprimida y tan retorcida, si no más, que la otra.

La cortina de hierro mental

A primera vista puede parecer que el hablar de una « libido política », de una « inconsciencia política » y de sus recuerdos reprimidos », es tan sólo un nuevo pasatiempo intelectual, un malabarismo con metáforas y analogías. Pero, si estudiamos de manera imparcial la escena contemporánea, veremos que la maraña neurótica del instinto político es tan real, y no menos profunda, que la del instinto sexual.

Un neurótico puede definirse diciendo que es una persona que tiene un contacto insuficiente con la realidad, y cuyos juicios se basan en sus deseos y sus temores, pero no en hechos firmes y comprobados. Los hechos capaces de contrariar el universo de los deseos y de los temores del paciente no son admitidos en la consciencia, si antes no son « censurados », convirtiéndose así en complejos reprimidos. Si se aplica este esquema simplificado a la conducta política, se advertirá que abarca toda la escala de la patología política, desde la « esquizofrenia controlada », de un Klaus Fuchs, pasando por el mundo de los sueños y de los deseos del patrocinador de la campaña pacifista de Estocolmo, hasta la evasión de la realidad del « neutralista ». Los clisés políticos, que sirven como argumentos racionalistas para sus temores inconscientes, son tan desatinados como las razones que pudiera alegar un neurótico para no comer pescado. Cuando, en 1941, Harold Laski escribió al Sr. Juez Frankfurter que « la U. R. S. S. está más profundamente arraigada en la opinión popular que cualquier otro sistema », este argumento había perdido su fuerza de penetración contra las extravagancias de la libido política, y este profesor pasó evidentemente a ser un caso de estudio para el psiquiatra.

En el universo desquiciado del neurótico no tienen entrada los hechos que pudieran alterar su estabilidad interna. Los argumentos no pueden atravesar sus toques de casuística, sus parachoques semánticos, ni sus defensas emocionales. El censor interior — en el verdadero sentido psiquiátrico de la palabra — que protege las ilusiones del paciente contra la intrusión de la realidad, es incomparablemente más eficaz que ninguna censura de Estado totalitario. El neurótico político lleva su « cortina de hierro » particular dentro de su piel.

Por consiguiente, los hechos desagradables que el censor interior ha rechazado, quedan reprimidos y se amontonan hasta formar los complejos. El subconsciente político tiene lógica, síntomas y símbolos propios. Alger Hiss y Whittaker Chambers han llegado a ser estos símbolos para un espectáculo de títeres o para una concepción caprichosa, en que la culpabilidad se imputa, no ante la fuerza de la evidencia,

sino de acuerdo con la lógica de los sueños del inconsciente. Si se mencionan los hechos « censurados » en presencia del neurótico político, éste reaccionará sea con vehemencia o con una sonrisa de superioridad, sea francamente con improperios o con insidias tortuosas, según la naturaleza del mecanismo defensivo que le proteja contra su íntima incertidumbre y su temor inconsciente. Pues de lo contrario perdería el equilibrio precario del mundo de sus sueños y quedaría indefenso contra el mundo inflexible de la realidad, una realidad tan aterradora que ni siquiera un hombre cuerdo podría afrontarla sin sentir escalofrío.

La culpabilidad reprimida

En las cámaras de gas de Auschwitz, de Belsen y de otros campos de exterminio, se dió muerte a unos seis millones de seres humanos durante la última fase de la segunda guerra mundial. Fué la mayor matanza organizada que registra la historia. En la época en que esto se produjo, la mayor parte del pueblo alemán ignoraba lo que sucedía. Después, los documentos oficiales, los libros y el cine han publicado estos hechos con tal prolijidad, que es imposible que una persona culta pueda desconocerlos. Y sin embargo, el alemán medio hace cuanto puede por ignorarlos. La verdad no ha penetrado en la consciencia nacional y probablemente no penetrará nunca, porque su visión es demasiado aterradora. Si se la admitiera en la consciencia, la culpabilidad pesaría tanto que aplastaría el orgullo de la nación y frustraría sus esfuerzos para levantarse de nuevo como gran potencia europea. Muchos alemanes inteligentes y bien intencionados, cuando oyen mencionar en su presencia Auschwitz y Belsen, reaccionan con un silencio de piedra y la expresión dolorida de las damas de la época victoriana ante todo lo que les recordaba de manera algo ruda las crudezas de la realidad. No cabe en la cabeza de estos alemanes que tales hechos sean efectivos; son sencillamente cosas que no deben mencionarse y que carecen de significado para ellos. Otros desmentirán tal vez estos hechos y los calificarán de enormemente exagerados, o presentarán, a

renglón seguido, diversos argumentos contradictorios, sin darse cuenta de la contradicción en que incurren.

El hecho notable, en lo que concierne a este tipo de reacción, es que revela un complejo de culpabilidad inconsciente, incluso entre las personas que no participaron en las matanzas y que son la inmensa mayoría de los alemanes. Ante la ley, y hasta donde alcanza su conocimiento consciente de estos hechos, ellos son inocentes. Hacer, colectivamente, responsable a una nación de los actos de una minoría criminal es injusto, tanto en el aspecto legal como en el moral. Pero la subconsciencia política « enfoca la cuestión de un modo distinto. Asume automáticamente una responsabilidad colectiva compartida, en cuanto atañe a los triunfos y a las derrotas, al honor y a la culpabilidad de la nación. En realidad, la característica más destacada de la libido política es su tendencia a identificar el « ego » con la nación, con la tribu, con la iglesia o con el partido. La libido política puede definirse como la necesidad de considerarse parte integrante de una comunidad y de sentir la necesidad apremiante de pertenencia.

Ahora bien, cuando esta tendencia inconsciente a la identificación produce resultados favorables, el « ego » consciente los admite de buena gana. Todo alemán se siente orgulloso de « nuestro Goethe », como si hubiese participado en su creación ; todos los norteamericanos sienten satisfacción por su Guerra de Independencia, como si hubiesen luchado en ella. Pero los resultados menos agradables de la tendencia a la identificación no ocupan ese puesto de honor en el « ego » consciente. Y aun los hay que pueden actuar como un « shock » traumático, y que, por consiguiente, deben olvidarse o reprimirse rápidamente. *Nuestro Goethe, nuestro Beethoven, mi país* constituyen la carne y el hueso del « ego ». Pero *nuestro Auschwitz, nuestros niños asfixiados por el gas, la guerra que nosotros iniciamos* deben hundirse en las profundidades de la mente.

Los complejos políticos, lo mismo que los complejos sexuales, cuando están reprimidos, tienen un efecto desconcertante. Por muy doloroso que sea el proceso, únicamente puede obtenerse una cura dura-

dera retrotrayendo a la memoria el recuerdo reprimido. En lo que concierne al pueblo alemán, esta operación de higiene mental sólo sus propios dirigentes podrán realizarla. El castigo y la humillación infligidos desde fuera no harán sino empeorar las cosas. Bien está que los vencedores olviden ; pero los vencidos habrán de aprender a recordar.

La amnesia colectiva

Los franceses padecen un complejo reprimido de un carácter diferente, cuyas manifestaciones son todavía más ostensibles. Cuando el Gobierno legítimo de Francia capituló, en junio de 1940, después del derrumbamiento de sus ejércitos, la mayoría de los franceses aceptó la derrota y trató de llegar a una especie de *modus vivendi* con los alemanes vencedores. Con una Europa muerta y una Inglaterra desesperadamente aislada, este era el único camino que el francés medio, ajeno a la política, podía emprender razonablemente. Cuando el general de Gaulle proclamó desde Londres que « Francia había perdido la batalla, pero no había perdido la guerra », el pueblo francés, apresado como en un cepo, entendió que esto era una buena consigna de propaganda, pero que no respondía a la realidad de la situación. Durante unos dos años, aproximadamente, los franceses se dedicaron a sus ocupaciones lo mejor que pudieron, y gozaron de una paz relativa. Sólo un pequeño número de ellos siguió el llamamiento de de Gaulle y huyó a Inglaterra, para alistarse en su ejército de voluntarios, o se unió al movimiento de la resistencia. Esto tampoco deja de ser natural, ya que en aquella época la resistencia parecía una verdadera locura o una quijotada, y en todas las épocas y en todas las naciones los locos heroicos han sido siempre una pequeña minoría.

El giro que después fué tomando la guerra, el alistamiento forzoso de los franceses para trabajar en Alemania, y otros numerosos factores conexos contribuyeron a engrosar las filas del movimiento de la resistencia, hasta tal punto que, en el momento del desembarco de los aliados, ya había unos 20.000 á 40.000 franceses seriamente comprometidos en las

operaciones de sabotaje, de espionaje y de resistencia armada. Pero, ni aun entonces constituían otra cosa que una pequeña minoría, ni su bravura ni su abnegación influyeron materialmente en el curso de la guerra. Francia fué liberada, no por el *maquis*, sino por el poderoso mecanismo bélico de los angloamericanos, por la aviación y los tanques británicos y norteamericanos.

De esta dura verdad no hicieron alarde los dirigentes angloamericanos, quienes por razones de cortesía dieron un relieve extraordinario a la contribución de los franceses a la guerra. Como es natural, los generales y hombres políticos de Francia siguieron la misma táctica, con el fin de reavivar la maltrecha dignidad de la nación y de salvar a ésta de la humillante sensación de haber sido liberada por los extranjeros. Así es como, en poco menos de un año, el francés medio llegó a convencerse sinceramente de que Francia no había sido jamás derrotada, sino que se había salvado por su propio esfuerzo; y además, que él, Monsieur Dupont, había sido siempre un valeroso « *résistant* », al que sólo había faltado la oportunidad para demostrarlo. El recuerdo de sus pensamientos y de sus actos, durante el sombrío intervalo de los años 1940 a 1943, se reprimió con tanto éxito, que estos años aparecen hoy como una especie de hueco en la trama de la historia de Francia. Esto explica por qué llegó a ser posible que los comunistas franceses, que desde 1939 a 1941, habían predicado abiertamente la traición y la capitulación, y habían calificado de « aventura imperialista » y de « guerra de los ricos » la resistencia a la agresión alemana, resurgieran cuatro años más tarde como el partido más fuerte de Francia. Se aprovecharon de la amnesia colectiva y sus hazañas se hundieron en el abismo abierto en la memoria de la nación.

Así es como la estructura mental de la Francia de nuestros días ha podido levantarse sobre las quimeras y los engaños. La leyenda de la nación victoriosa e invencible, que se mantuvo al principio gracias a un consentimiento mutuo y tácito, se convirtió rápidamente en acto de fe. El antiguo colaborador, no sólo ostenta la cinta de la « *résistance* » en el ojal, sino que

creo también sinceramente que tiene derecho a llevarla. Porque admira a los héroes de la resistencia y porque siente que representan el verdadero espíritu de la nación, acaba inconscientemente por creerse uno de ellos. *Nuestro Goethe, nuestra Juana de Arco, nosotros, la nación de los heroicos « maquisards »* resurgen en todas partes.

Aquí vemos desarrollarse un proceso similar al que hemos observado en Alemania — el proceso de la identificación inconsciente con una minoría representativa — pero con resultados opuestos. En el caso de los franceses, la identificación conduce hacia una gloria compartida y permite a la lúbrida política una expansión jactanciosa. Pero los recuerdos reprimidos ejercen su influencia tenaz y venenosa sobre la moral de la nación. La ficción del pasado sólo se mantiene evadiéndose de la realidad del presente. Francia, según la leyenda, nunca debió nada a nadie, en el pasado, y tampoco quiere deber nada a nadie, en el porvenir. Si se le procura la ayuda del Plan Marshall, es para servir algún proyecto misterioso de Wall Street. Si se le envían armas y tropas, es para favorecer los intereses del imperialismo norteamericano. Los únicos recuerdos del tiempo de la guerra relacionados con los norteamericanos, que permanecen vivos e incólumes, son los de los bombarderos que, a menudo, no acertaban a lanzar las bombas contra el objetivo y destruían de este modo ciudades y vidas francesas; y el de los C. I., a los que se veía con frecuencia borrachos, y que pagaban con cigarrillos los favores efímeros de las mujeres. La reacción consiguiente ha sido:

¡ No más liberación « *à l'américaine* » !
 ¡ Dejados en paz ! ¡ No queremos vuestras limosnas, ni vuestra coca-cola, ni vuestras bombas atómicas ! Si vosotros nos dejáis tranquilos, también nos dejarán los rusos.

Todos los días pueden leerse en los periódicos franceses, cualquiera que sea su tendencia, variaciones rebuscadas sobre este tema. La única cuestión que no se menciona jamás es el hecho trágico, pero decisivo, de que la supervivencia física de Francia depende del potencial atómico de Norteamérica. Si se admitiera este hecho, toda la estructura ficticia se derrumbaría. Y si hubiera que separar el elemento deseo, del universo de los deseos y de los temores del

paciente, sólo quedaría el temor : el terror intolerable y reprimido de una Europa virtualmente indefensa todavía ante la amenaza rusa.

De ahí que sea necesario seguir manteniendo la ficción y eludiendo la realidad a toda costa. Esto no es hipocresía consciente, ni ingratitud, ni implica tampoco menosprecio por el carácter francés. Cualquier nación que hubiera sufrido tres invasiones en el espacio de un siglo, y en la que cada familia hubiera perdido un varón, por lo menos, padecería la misma forma de neurosis.

La evasión de la realidad

La evasión de la realidad es un rasgo característico de la Europa contemporánea ; pero durante mucho tiempo fué un vicio específicamente británico. Casi podría decirse que los británicos deben su notoria inmunidad contra el histerismo al hecho de ser impenetrables a la realidad ; defecto hábilmente disimulado con el arte de presentar sus desaciertos como si fueran actos de razonable moderación.

En los días en que Londres estaba sometido al « blitz », el P. E. N. Club pidió a Louis Golding que organizase unas conferencias para establecer una compasión entre la novela norteamericana y la británica. Apenas hubo terminado Golding su charla, cuando empezaron a sonar las sirenas anunciadoras de un ataque aéreo ; pero la discusión se prosiguió con la naturalidad acostumbada. El segundo o tercer orador era un hombrecito simpático y endeble, de pelo gris, que creo había escrito la biografía de un oscuro naturalista del siglo diecisiete, originario del Wiltshire. Atacaba a Hemingway, a Dos Passos, a Faulkner y a otros.

« Me parece », explicaba tranquilamente, « que estos novelistas norteamericanos modernos padecen una preocupación morbosa de la violencia. Leyendo sus libros pudiera creerse que allí el hombre normal se pasa la vida dando puñetazos a sus semejantes o recibiendo golpes en la cabeza ; cuando, en realidad, las gentes normales rara vez tropiezan en su vida con la violencia. Se levantan por la mañana, trabajan sus jardines... »

Silbó una bomba y fué a estallar sobre unas casas próximas, y las baterías anti-aéreas iniciaron su estruendo infernal. El hombrecito esperó pacientemente que volvieran a sonar las sirenas, anunciando el fin del peligro, y después continuó con calma :

« Lo que quiero decir es que la violencia pocas veces desempeña un papel importante en la vida de las gentes normales y, en rigor, no es correcto que un artista dedique tanto tiempo y tanto espacio a esas cosas... »

Uno de los rasgos más destacados de la conducta del neurótico es su incapacidad para aprovechar las lecciones de sus pasadas experiencias. Como si actuara bajo la influencia de un maleficio, se lanza una y otra vez a los mismos conflictos e incurre en los mismos errores. La política extranjera británica, en relación con la unión europea, y la política interna francesa, durante los últimos treinta años, parecen haber sido dictadas por esta fuerza que induce a la repetición de los mismos actos.

El resorte que hizo estallar la segunda guerra mundial fué la reivindicación, por parte de Alemania, de una ciudad que formaba en enclave en territorio polaco y a la que sólo podía llegarse por un corredor. Apenas se había terminado esta guerra y ya los hombres de Estado aliados creaban un nuevo enclave, exactamente del mismo tipo, sólo accesible por un corredor trazado a través de territorio extranjero. El nombre del primer enclave era Danzig ; el nombre del segundo es Berlín. Detrás del axioma baladí, según el cual « la historia se repite », se ocultan las fuerzas inexploradas que inducen a los hombres a repetir sus trágicos errores.

El ejemplo evidente más característico de esta fuerza es la llamada política de apaciguamiento. La lección que nos ofrece el tercer decenio de este siglo es que mientras exista una depresión, habrá una fuerza agresiva y expansiva, con una fe mesiánica en su misión, para ir a colmarla ; que la elevación del nivel social, por conveniente que sea en sí misma, no basta para proteger contra un ataque, ni para disuadir al atacante ; que el precio de la supervivencia es el doloroso sacrificio de una gran parte

de la renta nacional para la defensa, durante un largo y penoso período, y que el apaciguamiento, por muy seductores y plausibles que parezcan sus argumentos, no es un sustitutivo de la fuerza militar, sino una invitación directa a la guerra. El recuerdo de estos hechos debería estar aún bien presente en la memoria de todos, y sin embargo, son numerosos los hombres políticos, sin mencionar a los millones de seres que entran en la categoría del hombre medio, que parecen decididos a cometer los mismos errores y a vivir de nuevo la misma tragedia.

« Del peligro de la guerra no es posible defenderse con las armas ; esto sólo se podrá conseguir con el progreso hacia un nuevo mundo regido por el derecho... Los armamentos no pueden combatirse acumulando armamentos ; sería lo mismo que recurrir a Belcebú para expulsar al Demonio. »

Esto suena como un discurso de Mr. Aneurin Bevan, en 1953. En realidad, es un discurso pronunciado el 11 de marzo de 1935, en la Cámara de los Comunes, por Mr. Clement Attlee, para protestar contra una proposición del Gobierno, por la que éste pedía un modesto aumento del presupuesto del rearme. * Cuando Mr. Attlee sugirió, como una idea brillante para salvar la paz, la « disolución de los ejércitos nacionales », fué interrumpido con gritos de : « ¡ Dígaselo a Hitler ! » El orador hizo caso omiso de la interrupción, lo mismo que 18 años más tarde, Mr. Bevan pasa por alto impertinencias parecidas. En el citado año de 1935, la « candidatura de la paz » obtenía en Inglaterra once millones de votos, es decir, más de la mitad del electorado británico. Hoy día, todo esto ha pasado al olvido, se ha reprimido y se halla relegado a la subconsciencia política.

Incluso las consignas con que el agresor hipnotizaba a sus víctimas, eran las mismas. Hitler patrocinó los congresos de la paz de los veteranos de guerra alemanes y franceses, que protestaban contra la conspiración de los « traficantes de cañones » y contra los belicistas plutodemócratas de Wall Street. Los refugiados antinazis, que

hablaban de los campos de concentración y de las intenciones agresivas de Hitler, eran considerados como propaladores de atrocidades, como maníacos de la persecución y fomentadores del odio entre las naciones, lo mismo que acontece ahora con sus sucesores, los refugiados rusos y los excomunistas. ¡ Si las Casandras y los Jeremías se callaran, todo iría bien !, parecían decir las gentes. Después de cada acto de agresión, Hitler hacía un gesto de paz, que era ansiosamente aceptado por su valor nominal, como lo son los gestos similares de Stalin y de Malenkov. Los hombres que levantaban la voz contra esta credulidad eran acusados de sabotear deliberadamente las posibilidades de una solución pacífica. La cabeza de turco, el « verdadero belicista » era, en aquella época, no los Estados Unidos de América, sino... Francia. Cuando Duff Cooper, entonces Ministro de la Guerra, pronunció un discurso en el que insistía enérgicamente sobre la necesidad de la amistad franco-británica, fué atacado en ambas Cámaras por los laboristas, y Mr. Attlee subrayó que « un énfasis tan acentuado, al hablar de la amistad de un país, induce a otros países (es decir Alemania) a preguntarse por qué no se les trata con « la misma amistad ». Cuando Hitler invadió la Renania (e inmediatamente después ofreció un tratado de paz de veinticinco años), el presidente del Consejo francés se trasladó a Londres, donde fué acogido con la misma cordialidad con que se recibe actualmente en Francia a los generales norteamericanos. Algunos expertos políticos imparciales, a quienes no gustaba el régimen nazi, se pusieron en guardia contra la exageración de sus peligros, diciendo que los alemanes sólo deseaban anexarse algunos territorios alemanes, como la Renania y el Sarre, pero que eran « demasiado inteligentes » para tragarse un país extranjero, tal como Checoslovaquia, que no podrían digerir jamás. Desde 1945 se oye exactamente el mismo argumento en Europa central y occidental, en relación con las intenciones de Rusia.

El resultado de todo ello fué que, por el año 1936, los belgas, los rumanos, los yugoeslavos, etc. se habían hecho « neutralistas », y el sistema de la seguridad colec-

* Evidentemente, en otros períodos se encuentran declaraciones semejantes en los discursos de los portavoces del partido conservador.

tiva se desintegró, como se está desintegrado actualmente la O. T. A. N.

El neurótico que comete cada vez el mismo tipo de error y cada vez espera salir bien librado de él, no es un estúpido, sino sencillamente un enfermo .

Algunas aberraciones de menor importancia

Casi todas las aberraciones de carácter sexual tienen su tipo correspondiente de perturbación en la libido política. Señalaré sólo algunos de los casos más frecuentes de neurosis política

La ambivalencia :

Una persona puede amar a otra y a la vez odiarla, y experimentar estas emociones simultánea o alternativamente, como acontece con las parejas de temperamento fuerte y en los casos de relaciones difíciles entre padres e hijos. Las relaciones que existen entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos de América son un caso típico de relaciones ambivalentes. A los norteamericanos, por lo general, les gustan los aristócratas, las modas, los acentos y el empaque de las tradiciones británicas, pero al mismo tiempo se ríen de ellos. Los británicos, aunque por razones distintas, consideran también a los norteamericanos con sentimientos que son una mezcla de admiración y de burla, de envidia y de desprecio. Aproximadamente una vez cada seis meses, las relaciones angloamericanas se envenenan y se produce una pequeña crisis causada, casi siempre, no por verdaderos conflictos de intereses, sino por la exasperación mutua, que es típica en una asociación ambivalente.

También se observa en las historias clínicas de los neuróticos que una emoción va seguida, de modo más o menos duradero, por su contraria : pasión ciega y odio desenfrenado, admiración ferviente y repugnancia escalofriante. Muchos excomunistas, excatólicos y expatriados adoptan la misma actitud que el amante desengañado en relación con su pareja, con su iglesia o con su país, que en otro tiempo lo eran todo para ellos.

En el tecnicismo psiquiátrico, esto significa una aberración por la que el instinto sexual se aficiona a un símbolo, a un accesorio o a una parte de lo que debería ser el destino natural de éste. El aspecto exterior de una mujer, un corsé, unas botas de montar, e incluso un retrato de « pin-up » pueden llegar a ser objeto de una adoración fetichista. La libido política también puede estar sometida a este fenómeno.

El fetichismo :

El carácter fetichista de los símbolos, tales como las banderas, los uniformes, los emblemas, las canciones y los himnos, es demasiado evidente para que sea necesario insistir sobre él. Es igualmente obvio que la propaganda explota rasgos característicos, como la mecha de cabello de Hitler, el cigarro de Churchill o la guerrera de cuello alto de Stalin. Esos apasionamientos de las masas rara vez se reconocen como síntomas patológicos, a pesar de que nadie ignora su existencia. Significan no sólo una regresión hacia la idolatría y la adoración de los totems primitivos, sino también que el símbolo o la parte del mismo que se ha convertido en objeto del culto del fetichista, ha pasado a substituir a la cosa que aquéllos representan, desviando así la energía social de su propósito original. El impulso político de millones de idealistas, que empezaron yendo a la busca de un mundo mejor, se ha visto pervertido de esta manera ; la lucha por el progreso se ha convertido en adoración del « Partido », al que ya no se considera como un accesorio de la finalidad primitiva, sino como un objeto de adoración, por derecho propio.

Los eternos adolescentes :

El joven intelectual radical de Bloomsbury, de St.-Germain-des-Prés o de Greenwich-village es un tipo realmente inofensivo. Su radicalismo proviene a menudo de una rebelión de adolescente contra sus padres o de cualquier otro conflicto este-reotipado que le hace desesperar temporalmente del mundo. Pero algunos de esos radicales no alcanzan nunca la madurez del adulto y siguen siendo los eternos adolescentes de la izquierda.

En los Estados Unidos y en Francia, se encuentra frecuentemente una variedad de este tipo, pero rara vez aparece en Inglaterra. El joven X... empieza siendo un comunista entusiasta; pronto se desilusiona, y funda un grupo de oposición trotskista, constituido por diez personas; descubre que seis de entre las diez forman un « bloque de oposición » secreto dentro del grupo; vuelve a sentirse desilusionado, y funda una « capillita », con un programa cien por ciento anticapitalista, antinacionalista y antipacifista, que también fracasa; inicia otra nueva « capillita » y así sucesivamente. Todas sus luchas, sus polémicas, sus victorias y sus derrotas son tormentas en un vaso de agua, limitadas al mismo grupito de intelectuales radicales: una especie de familia que se sostiene con las peleas y las acusaciones mutuas, y que, no obstante, mantiene la cohesión en virtud de un singular coagulante dialéctico. Un ejemplo clásico de estos grupos es el de los existencialistas-marxistas que se agrupan en torno a *Les Temps Modernes*, de Sartre, con sus rencillas y sus cismas perpetuos. Puede decirse que el sectario padece de libido política de tipo « incestuoso ».

El entrometido Y... representa otro tipo distinto. Su nombre figura en todos los comités « progresivos », su voz se alza para protestar contra todas las injusticias; ha abrazado todas las causas justas que existen bajo el sol, y no ha llevado nada a feliz término sobre la tierra. Y... es el equivalente político del « ninfomaniaco », que sufre de exceso de libido política. También esta clase de neurosis florece especialmente en el clima de izquierda; porque, en general, la izquierda es políticamente hipersexuada.

Finalmente, existe Z..., el « masoquista » político. Para él, la parábola de la paja y la viga se ha invertido. La menor injusticia, dentro de su propio país, le arranca gritos de angustia y de desesperación; pero encuentra excusa para los crímenes más odiosos cometidos en el campo opuesto. Cuando a un jugador de tenis, por no ser de raza blanca, se le rehusa una habitación en un hotel de Londres, Z... tiembla de indignación espontánea; cuando millones de personas echan los pulmones por la

boca en las minas soviéticas del Artico y en las barracas de los campos de concentración, la conciencia sensitiva de Z... permanece silenciosa. Z... es un patriota invertido, cuya aversión por sí mismo y cuya ansia de autocastigo se han transformado en odio hacia su país o hacia su clase social, y anhela el látigo que habrá de flagelarlo.

El deseo de pertenencia :

Es un axioma de la psiquiatría que nadie es perfectamente cuerdo. La diferencia entre una persona normal y un neurótico es sólo de matiz, no de calidad. Pero en determinados períodos de la historia, el clima social y cultural favorece ciertas tendencias específicas hacia la neurosis y la aberración. En la edad de oro de Grecia, la homosexualidad masculina era un fenómeno casi general. En los años de 1920 a 1930, la promiscuidad alcanzó proporciones sin precedente. La libido política está sometida a altos y bajos similares, que van desde la relativa normalidad hasta las proximidades de la locura. Hace ya bastante tiempo que estamos presenciando una constante decadencia hacia esta última.

Las causas posibles de este proceso sólo pueden mencionarse brevemente. Así como el impulso sexual sirve para perpetuar la especie, la libido política representa la necesidad urgente en el individuo de identificarse con una idea o con un grupo de valores que forman parte de una comunidad; en otras palabras, su necesidad de « pertenencia ». Ambos instintos son humanos, aun cuando en el curso de los últimos decenios la importancia del primero se ha visto oscurecida por la insistencia con que los freudianos se han dedicado a estudiar exclusivamente la primera.

En la Edad Media, a pesar de las guerras, del hambre y de las epidemias, el hombre vivía en un universo relativamente estable. La formidable autoridad de la Iglesia, la jerarquía petrificada del Estado medieval, la fe en la Providencia y en la justicia divina daban a las gentes un sentimiento de seguridad y de pertenencia. Después se produjeron una serie de movimientos sísmicos, que empezaron con el Renacimiento, continuaron con la Reforma y

culminaron en las revoluciones francesa y rusa, que deformaron lenta, pero totalmente, la visión que el hombre tenía de la sociedad y del universo. La vida medieval se hallaba regulada por mandamientos indiscutibles, que terminaban todos con signos de admiración. Ahora, todos los signos han pasado a ser interrogaciones. Toda la tierra, que antes era el centro estable del universo, se ha transformado en un laboratorio experimental que se agita como un torbellino; los valores se han derrumbado, los lazos se han aflojado, la libido política del hombre se ha desatado con las ansias eróticas de un adolescente. Pero, hasta ahora, la busca de un nuevo orden general y de un credo que comprenda las relaciones que unen al hombre con el universo y con la sociedad, no ha dado ningún resultado positivo. El hombre del siglo XX es un neurótico político, que no encuentra una solución al problema del significado de la vida, porque tanto desde el punto de vista social como del metafísico, ignora adonde « pertenece ».

De acuerdo con estas circunstancias, un instinto frustrado puede manifestarse bajo una gran variedad de formas y, a menudo, se encuentran en la misma persona signos contradictorios. La frustración y la derrota prolongadas pueden conducir hacia una atrofia del instinto; el paciente se hace socialmente apático y sus desengaños le convierten en cínico político y le dictan una conducta antisocial. Los síntomas de este proceso de la libido política amargada se observan con carácter más sorprendente en la Francia contemporánea.

Pero el proceso contrario es todavía más peligroso. La necesidad insatisfecha de « pertenecer » puede conducir a la « hipersexualidad política », que se manifiesta por una ciega devoción abnegada hacia una causa no santa. En nuestra época, los que más profundamente han sentido la pérdida del paraíso han sido los primeros en experimentar la atracción de los reinos de los cielos « ersatz »: la Revolución Mundial, la Rusia soviética, o el imperio milenarista. En lenguaje psiquiátrico se dice que han experimentado « fijaciones » de su libido política hacia esos substitutivos sangrientos de la utopía.

Las anteriores consideraciones no significan que deba subestimarse la importancia de los factores económicos y de los estados de tensión social. Ningún psiquiatra puede curar la pobreza ni la enfermedad que sufren las densas poblaciones del Asia. Pero es innegable que antes de expresarse las necesidades económicas del pueblo mediante acciones políticas se produce un proceso mental; y la mayor parte de las veces, este proceso mental engendra acciones absolutamente opuestas a la necesidad original. Los pensadores optimistas del siglo XIX creían que, en general, las acciones de las masas coincidían con sus intereses; el siglo XX nos recuerda que hasta un pueblo tan altamente civilizado como el alemán, es capaz de entregarse al suicidio colectivo, impulsado por alguna obsesión neurótica y sin tener en cuenta la realidad económica.

El razonamiento por sí solo no es suficiente para vencer esas obsesiones. Es propio de los credos totalitarios suministrar al creyente una saturación emocional, una sensación perfecta de pertenencia. Aunque el comunismo es un credo fantasma, tiene, no obstante, el dinamismo de una religión secular. Para los frustrados y hambrientos, tiene toda la atracción sexual de un credo fuerte y monolítico, en comparación con nuestra civilización dividida y compleja. La democracia no puede crear un instrumento de conspiración semejante al del Cominform, ni producir un fantasma contrario para oponerlo al credo comunista. No dispone de ninguna panacea para los múltiples problemas que abruma a nuestra civilización. Y sin embargo, sólo podremos sobrevivir si, además de poseer el armamento más poderoso, somos también capaces de destruir la fuerza hipnótica del fantasma.

La primera condición para ello es un diagnóstico exacto. Se atribuye a los hombres políticos tener solamente un conocimiento superficial de la historia y de la economía. Ya es hora de que se les obligue a aprender los elementos de la psicología, y a estudiar las extrañas fuerzas mentales que impulsan a las gentes a actuar contra sus propios intereses, con determinación tan obstinada.

A. KOESTLER

APROXIMACION A LA OBRA DE JORGE LUIS BORGES

POR E. L. REVOL

NINGUN escritor más evidentemente argentino, entre los de nuestro tiempo, que Jorge Luis Borges.

Es fácil prever cuantas dudas puede suscitar semejante afirmación, cuantos prejuicios (ya bien arraigados en muchas mentes, por ejemplo en las de casi todos los críticos que se ocupan en literatura suramericana) resulta necesario vencer para verificarla. Pero la afirmación es válida, de cualquier modo ; aunque en su obra más reciente abundan las menciones de libros y nombres exóticos, y aunque en ella no se advierta, a *primera vista*, el interés por su medio ambiente, no sólo existe tal interés sino que hasta hay amor y, más que amor todavía, una especie de necesidad inevitable de ser argentino, así como él mismo veinte años atrás sentía la necesidad de escribir en argentino.

Porque conviene recordar que en la obra de juventud de Borges, en la poética sobre todo, pero también en la del prosista de *El idioma de los argentinos*, por ejemplo, se manifiesta una intención muy deliberada de afirmarse argentino e inclusive de actuar como explotador de lo « pintoresco » argentino. A este respecto cabe suponer que esa ha de ser la parte de su obra que estimen más sana, más americana, quienes consideran que el uso inmoderado de criollos, con incesantes facones,

mates y chinas, es índice de autenticidad en un escritor argentino ; aunque debe tenerse en cuenta que cualquier extranjero, con tal que sea un poco avisado, en pocas semanas de residencia allí (o aun sin ella) y con la frecuentación de algunos oportunos volúmenes puede hablar también de todo eso — criollos y demás admículos — y que afectar amor a su respecto no cuesta ni siquiera la lectura más o menos somera de un par de tales obras...

Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que cada día esos criollos pertenecen más y más al dominio de la utilería, es decir, que cada día se vuelven un poco menos reales puesto que ya no queda ni uno de ellos en las principales ciudades y ni siquiera en sus cercanías. Por todo esto, tratándose de un escritor argentino debe buscarse lo específicamente nacional de su espíritu sobre todo en ciertas ausencias y en un verdadero enjambre de dispares presencias : presencias de recuerdos, heroísmos y austeridades ya difuntos, presencias cotidianas de nombres y de rostros exóticos ; y presencia, muy particularmente, de afán, por recoger algo de las principales tradiciones de nuestra comunidad occidental.

En este sentido, por estas presencias tan evidentes en la obra de quien ha es-

crito *El jardín de senderos que se bifurcan*, la naturaleza argentina — o como hubiera dicho Unamuno, el artífice de este vocablo ya tan manoseado, «la argentinidad» — de Jorge Luis Borges es un hecho que sólo puede ser desconocido por quien se empeñe en ignorar crasamente la configuración espiritual de la Argentina de hoy. Puesto que ahora quizás el modo más elevado y el más profundo de ser argentino consiste en sentir ausencia y, por ende, necesidad; ausencia, por ejemplo, de tradición cultural (porque nos sobra pasado histórico y nos falta la fuerza que le dé cohesión) y necesidad consiguiente de Europa, de una Europa ideal en el sentido estrictamente platónico, cuyo trazado sólo puede conocer la imaginación, pues ella lo decanta y conjuga en ciertos nombres, en ciertas fechas, en ciertos lugares y ciertas obras.

Jorge Luis Borges, nacido en Buenos Aires en 1899, es muy posiblemente, después de la muerte de Unamuno y Lugones, uno de los dos mayores prosistas vivientes de lengua española (el otro, decirlo casi está de más, es Alfonso Reyes); pero inició su carrera literaria como poeta y hasta hace pocos años ha seguido escribiendo versos, lo cual hace imprescindible para la comprensión de su desarrollo total e incluso para una mejor interpretación de sus mismas narraciones, una referencia — aunque sea somera — a su carrera poética.

La poesía de Borges

Borges es el autor de cuatro libros de versos: *Fervor de Buenos Aires*, el primero, data de 1923, y en 1925 apareció su *Luna de enfrente*, en 1929 *Cuaderno San Martín* y, por último, *Muertes de Buenos Aires*: todos ellos, más algunos poemas ocasionales, forman sus obras poéticas completas, reunidas en volumen en 1943. Tras éste, Borges ha publicado solamente un poema (sobre Heráclito), a principios de 1944; de modo que es posible pensar que ha abandonado definitivamente el ejercicio de los versos, por cuanto el crítico ya puede considerar terminada su obra lírica.

Dos sentimientos afines rigen la poesía de Borges. En primer lugar, un sentimiento de amor a su ciudad natal, un amor como sólo puede sentirlo aquel — y Borges fué educado en Suiza — cuya infancia transcurrió en el extranjero. Así, cada edificio, cada esquina, los múltiples rasgos de la ciudad recuperada tienen, en los versos de Borges, un poder evocador y un esplendor que el hombre acostumbrado de siempre a ella, el que por así decirlo la ha vivido cotidianamente, no podrá nunca hallarle por sí solo. A este singular amor — amor crítico, también cargado de mordacidad — se une en Borges un conocimiento portentoso de cuantos acontecimientos históricos, hasta de ínfima historia municipal, marcaron de un modo u otro etapas en el desarrollo de ese Buenos Aires, hoy tan moderno y tan geométrico que, por sus solas apariencias, podría suponerse tan exento de historia como un triángulo o un círculo.

Semejante conocimiento de la historia argentina, y con más exactitud porteña, parte en Borges de un intenso sentimiento de la grandeza familiar, el cual constituye el otro rasgo primordial de su actitud poética. Existe siempre en Borges, unas veces evidente y agazapado otras, pero existe siempre, algo así como una viril melancolía patricia, comparable muy bien a la que Lugones declaraba en las líneas finales de su espléndida «Dedicatoria a los antepasados», la pieza liminar de sus *Poemas solariegos*:

« Que nuestra tierra quiera salvarnos del
olvido,
Por estos cuatro siglos que en ella hemos ser-
(vido.) »

Es que por linaje Borges, como Lugones, pertenece a ese grupo — hoy casi extinguido por el diluvio de inmigrantes, de riqueza fácil, de mal gusto — que le dió a la Argentina, en los tiempos heroicos de sus guerras, la sangre para que la derramaran los enemigos y, en los años demasiado breves de la Organización — nuestra época de la Ilustración —, jurisperitos, legisladores, promotores de europeísmo...

Pero quizás toda esa melancolía por hechos y hombres de los que ya nada puede

revivir, en circunstancias muy diferentes, con otros ánimos, es lo que impidió un desarrollo más generoso de Borges como poeta. No obstante, si se le considera entre los poetas de su generación y de este idioma, en el cual hay figuras tan estimables como Jorge Guillén, Francisco Luis Bernárdez y Xavier Villaurrutia; si se le considera entre esos poetas cuya reacción contra el modernismo es perfectamente comparable a la de los simbolistas contra los parnasianos en Francia o a la de los imaginistas contra los georgianos en Inglaterra, entonces es necesario reconocer que en ese conjunto Borges ha sido una de las figuras descollantes, particularmente cuando ha conseguido sobreponerse a lo inmediato y ha aplicado sus magníficas dotes verbales a la manifestación de sentimientos aún más intensos y, sobre todo, más puros, por ejemplo cuando escribía este « Manuscrito hallado en un libro de Conrad »:

« En las trémulas tierras que exhalan el
[verano.

El día es invisible de puro blanco. El día

Es una estría en una celosía,

Un fulgor en las costas y una fiebre en el
[llano.

Pero la antigua noche es honda como un

De agua cóncava. El agua se abre a infinitas
[jarro

Y en ociosas canoas, de cara a las estrellas,

El hombre mide el vago tiempo con el cigarro.
[huellas

El humo desdibuja gris las constelaciones

Remotas. Lo inmediato pierde prehistoria

El mundo es unas cuantas tiernas
[y nombre.

El río, el primer río. El hombre, el primer

[imprecisiones.
[hombre. »

Por desgracia, en otros poemas de Borges tanto brillo y audacia de imágenes suele verse suplantado por una pesada retórica amorosa, como la que exhiben sus *Prose Poems for I. J.* (originalmente escritos en inglés), o — lo que sin duda todavía es peor — por una mera versificación llena de pretensiones metafísicas, de « statements » y no de « meaning », para

usar la distinción siempre útil de Richards; una versificación que apenas si consigue *ejemplificar* tal o cual problema filosófico, posiblemente mejor tratado en algún manual de la materia, como sucede en su poema « La noche cíclica ».

De cualquier modo, en la obra ya vasta de Borges los versos son simplemente una actividad marginal; tan marginal, en verdad, que estimar su importancia por ellos sería tan injusto como recordar a Joyce sólo por « Chamber Music ». Además — y esto es lo más importante — que no sólo excede tanto en cantidad como en calidad la obra en prosa a la obra poética de Borges, sino también que en su prosa él ha conseguido lo que se propuso y no alcanzó en esos versos con *pretensiones metafísicas*.

Su estilo peculiar

Declaré al comienzo que Borges es uno de los dos mayores escritores vivientes de nuestro idioma. Me consta que un juicio tal impone aclaraciones y precisiones.

Si se piensa, como parecen hacerlo ciertos críticos de inexplicable notoriedad, que un gran estilo es producto, única y exclusivamente de la imitación de los clásicos de la lengua; si así se piensa, de seguro Borges no es un gran maestro de estilo, no es un gran escritor. Pero cabe temer que con igual fundamento podría negarse que Unamuno haya sido un gran maestro de nuestra lengua; y el caso es que si se busca auténtica renovación en el idioma castellano escrito — y un idioma es vida, y vida es renovación — es imprescindible recurrir a Unamuno, en primer término, y luego, al lado de Lugones y Alfonso Reyes, a Borges.

Permítase a esta altura una consideración de carácter general. En una lengua como la española, tan precozmente estabilizada que ya en 1492 — téngase bien presente: justamente en el año del descubrimiento de América — Antonio de Nebrija, su primer y más digno gramático, podía temer que cualquier progreso ulterior fuera impracticable en ella y que sólo

la aguardaba la decadencia ; en una lengua petrificada en su país de nacimiento por la falta de nuevas ideas, por la carencia de esa especie de diálogo internacional que es tan necesario para la vida de idiomas y países como para la de los individuos, en una lengua tal, el escritor que aspire a tener su propia escritura, su forma distintiva por así decirlo, no puede ignorar el habla cotidiana, es decir, todas las deformaciones y cuantas innovaciones ha impuesto el pueblo consciente o inconscientemente. Pero si, además, dicho escritor no sólo es de nuestra lengua sino también hispanoamericano, entonces debe considerar los innumerables modismos que han aparecido, en primer lugar como consecuencia de la separación de la madre patria, y en segundo lugar debido a la llegada de tantos inmigrantes procedentes de países cuyos idiomas no son el nuestro.

En España, Unamuno consiguió crear su escritura propia, y por ende enriqueció la lengua común, porque vivía en contacto permanente con las mayores literaturas europeas ; y además porque su genio excepcional — excepcionalmente arbitrario, excepcionalmente curioso — tenía necesidad de una especie de escritura, que él mismo creó y perfeccionó, que posee la esbeltez de una conversación entre hombres muy inteligentes y la libertad de una discusión entre hombres muy honrados. Borges, en América del Sur, ha infundido realmente un nuevo giro a la prosa — por más que en la formación de su estilo puedan discernirse huellas de Quevedo, de Gracián y de otros — porque vive nutriéndose de otras literaturas — de la inglesa, en primer término ; y dentro de ella, de ciertos escritores como Thomas de Quincey y Sir Thomas Browne — y, sobre todo, porque ha tenido en cuenta el habla cotidiana y, más aún, porque la naturaleza peculiar de su imaginación se lo exigía. En realidad, a Borges le hubiera resultado imposible escribir de otro modo que el suyo, apartarse ni una pulgada de su estilo, porque su imaginación es de diferente índole a la de todos los demás prosistas, antiguos y modernos, de nuestra lengua.

Desgraciadamente, la costumbre consiste, sobre todo entre los críticos de nuestro

idioma, en hablar acerca del arte de escribir, acerca de las diversas clases de escritura, como si se tratara de hechos puramente objetivos, de puntos gramaticales exclusivamente, sin darse cuenta de la relación muy íntima (e indisoluble) que existe entre la naturaleza de la escritura y la naturaleza de la imaginación del escritor. Por supuesto, semejante actitud ante la obra literaria impide la comprensión de la importancia real de cualquier escritor ; pero, sobre, todo, la de un escritor como Borges, cuya imaginación desempeña una función tan capital y, por así decirlo, tan directa en su obra.

En cambio, si tales críticos pudieran tener presente siempre que existen estilos de la imaginación como hay estilos de escritura y que el estilo de la imaginación determina siempre la clase de escritura, entonces sería posible llegar a apreciar más fácilmente la eficacia o ineficacia de un escritor en el tratamiento de un determinado tema. Y cuando uno advierte que el número de temas que la fantasía concibe es invariable (pues en última instancia la fantasía es tan limitada como la misma razón), entonces, mediante la confrontación de dos o más piezas literarias cuyos temas son básicamente el mismo, puede establecerse una jerarquía de escritores, de estilos y hasta de imaginaciones que, de otro modo, sólo puede determinarse muy arbitrariamente.

En el caso de Borges, cuyo talento se ha manifestado sobre todo en sus relatos fantásticos, cabe comparar algunos de éstos (y sus modos de desarrollo) con las técnicas adoptadas por algunos otros escritores para desarrollar temas idénticos. Tómese, por ejemplo, entre varios que serían igualmente útiles a tal fin, el relato de Borges titulado *El milagro secreto*. Es bien notorio el parecido de esta narración con *An Occurrence at Owl Creek Bridge* de Ambrose Bierce y con *Mr. Arcularis* de Conrad Aiken ; en resumen, el tema de los tres autores es el mismo : se trata de toda la vida ilusoria que vive un hombre en los últimos instantes que preceden a su muerte. Pero Borges no ha tratado este asunto desde un punto de vista psicológico,

como lo hicieron Bierce y Aiken, sino más bien con un criterio que podría llamarse metafísico. Los personajes de los cuentos de Bierce y Aiken son un puro fluir, son el torrente psíquico que perdura intacto por un segundo, desembarazado ya de toda la carne que lo nutría. El personaje de Borges, un dramaturgo checo que frente a un pelotón de ejecución nazi tiene tiempo suficiente — entre la orden de « ¡ Fuego ! » y el ingreso de los proyectiles en su cuerpo — para escribir con prolijidad flaubertiana un drama que intentó en vano durante muchos años, es, por el contrario, en vez de puro fluir, puro ser, y un ser como de piedra, se diría ; entre la muerte y la vida, como los otros, pero más cerca de la muerte que de la vida. De este modo, Jaromir Hladik, el héroe de Borges, adquiere un ímpetu con el que alcanza y rebasa la mera alegoría política e ingresa, de lleno, en el dominio de lo metafísico.

Estrictamente hablando, corresponde decir que Borges es uno de los muy pocos escritores que han dado en el orden narrativo un tratamiento literario apropiado a los problemas metafísicos. Y en este sentido puede señalarse una diferencia fundamental entre la imaginación de Kafka y la de Borges, en tanto que ambos poseen un rasgo común que por mi parte me atrevo a describir como la capacidad para hacer de la tierra un escenario de la Eternidad.

Influencias en su obra

Supongo que un crítico que al analizar las obras más recientes de Borges no comenzara por indagar el proceso de su formación literaria estaría tentado de hablar sobre « la enorme influencia » que en él ha ejercido el escritor de Praga ; y si tal crítico recordara que Borges ha sido uno de los « importadores » de los escritos de Kafka en los círculos literarios hispanoamericanos, de seguro que semejante opinión se afianzaría en él. No obstante, y sin que con esto intente negar por completo la influencia que Kafka puede haber ejercido sobre Borges, me permito anotar dos diferencias sustanciales entre ellos. En primer lugar, Kafka funda sus alegorías

en una clase de experiencia que es casi mística (y pienso que a veces mística del todo) en tanto que Borges apoya sus fantasías en especulaciones estrictamente filosóficas, trabajando no tanto con la ayuda de la Cábala o el Tao-Teh-King como con la de Berkeley y Schopenhauer. En segundo lugar, Kafka es evidentemente un escritor mucho menos interesado que Borges en los problemas puramente literarios : Borges es siempre un « hombre de letras », en tanto que a Kafka bien podría llamársele el escritor menos literario de nuestra época. Además, un estudio atento del desarrollo de la prosa de Borges revelaría otras influencias más enérgicas que la de Kafka en su obra. Así, cuando se considera, además de sus dos libros más recientes — *Ficciones* (1944) y *El Aleph* (1949) — el conjunto de cuentos publicado en 1935 con el título *Historia Universal de la Injuria*, es fácil reconocer la influencia de dos escritores ingleses : Robert Louis Stevenson y Gilbert Keith Chesterton.

En cuanto al segundo, influencia de las más constantes sobre Borges, se me concederá una breve digresión. Por lo común, Chesterton se ha visto relegado, en el mundo de habla inglesa, a la condición, más o menos, de un mero narrador hábil, reputándosele escritor totalmente exento de importancia literaria en el sentido en que ésta cuenta para críticos e historiadores. En los países latinos, por el contrario, donde los círculos católicos son tan influyentes, su valor ha sido exagerado hasta el punto de situarlo entre los mayores poetas ingleses.

Ahora bien, es muy probable, y casi seguro, que ambos puntos de vista sean igualmente errados. Sin duda, Chesterton no es uno de los grandes poetas ingleses, e inclusive dentro de la breve sección católica de la poesía inglesa se podrían hallar piezas muy superiores a sus versos, cargados de retórica tan pomposa las más de las veces. Pero esto no impide que un libro como *The Man who was Thursday* tenga, aparte de su calidad de historia divertidísima (y ya esto por sí solo vale mucho más de lo que suponen ciertos tratadistas de la literatura), una indiscutible eficacia

alegórica, la cual merecería ser más estimada, sobre todo ahora, cuando novelas y cuentos como los de Kafka, Rex Warner y Julien Gracq, plantean de nuevo — y con vigor inusitado — la cuestión de los usos de la alegoría en literatura.

En este sentido, me parece que Borges es de los muy pocos — por no decir el único — que haya sabido dónde ubicar a Chesterton en la literatura británica moderna. Y, de hecho, el reciente ensayo de Borges sobre Chesterton no sólo es uno de los mejores trabajos críticos de Borges (de los más equilibrados, y su crítica suele resentirse por falta de equilibrio), sino quizás también el mejor estudio sobre Chesterton que se haya escrito hasta ahora (1).

En él, Borges indica que casi todo elogio y toda negación de Chesterton alude, antes que nada y casi incesantemente, a lo que es obvio: a su fe católica; pero que lo realmente importante — el conflicto interior de Chesterton — es dejado de lado como exento de interés. « Chesterton — escribe Borges — se impidió convertirse en un Edgar Allan Poe o en un Franz Kafka, pero algo en la arcilla de su ser tendía a la pesadilla, y esto era algo secreto, ciego y central. »

Este rasgo oculto que Borges discierne en Chesterton, bien puede descubrirse, a poco que se ahonde, en la misma obra de Borges, en sus relatos de pulcritud matemática. Y ciertamente si él ha optado por una clase de escritura que aparentemente está más próxima a la narración detectivesca, con su sentido implacable de la deducción, que a la moderna novela psicológica, de vericuetos tan turbios y en la cual quizás su angustia hubiera hallado procedimiento más propicio para la expresión, esto es así por razones estrictamente literarias: en busca de un mayor rigor, no porque él consiga liberarse de esa angustia casi teológica que sin duda en el fondo de su ser lo aqueja.

(1) Recientemente ha sido recogido en el libro de Borges *Otras inquisiciones* ("Sur", Buenos Aires, 1952), colección de ensayos literarios.

Narrador de fantasías

Por este camino, Borges ha conseguido esa pureza que hoy lo caracteriza como narrador de fantasías. Por eso, él no necesita apelar, para solucionar los enigmas que plantea, a espurias explicaciones « psicológicas » y por eso no le tientan las diabólicas fórmulas químicas ni los mecanismos más complicados que la misma naturaleza humana en que caen con tanta frecuencia los especialistas en literatura fantástica. Sin química de prestado, sin físicas del futuro, logra sus efectos. Para ello usa, en cambio, sus dos ciencias favoritas: la metafísica y las matemáticas. Con la primera, comparte la más atrevida fantasía, y de la segunda ha aprendido el más inexorable sentido de la forma.

Estos dos rasgos — el atrevimiento extremo de la fantasía y la implacable precisión formal — aparecen con particular viveza en su cuento *Las ruinas circulares*, en el que narra cómo un hombre crea a otro artificialmente, extrayéndolo del mundo de sus sueños. Por su pureza poética, uno llegaría a creer que este cuento es una magnífica y vasta metáfora del orgasmo. En lo que se refiere a su claridad literaria, al rigor de su fantasía — estos dos términos que parecían inconciliables y que no obstante Borges ha ligado —, pienso que basta compararlo con los relatos, en cierto sentido bien semejantes, de Mary Shelley y H. G. Wells para apreciar el orden inexpugnable que reina en *Las ruinas circulares*.

En el sueño del hombre que soñaba, el soñado se despertó — escribe Borges. Y el lector se atiene a esto sin protestas pues sueños tan lúcidos como los que Borges refiere prolijamente sólo podrían llevar a tal conclusión, a esa conclusión que procuraba aquél que « quería soñar un hombre: quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad ». Todo es aceptado sin protesta por el lector: designio y victoria, todo es aceptado porque no hay de por medio fabulosos injertos biológicos ni se atribuye el efecto a drogas tremendas,

porque sólo el sueño (y la imaginación que lo sustenta) están en juego... ? Y qué droga más portentosa que el sueño mismo?

Desearía poder decir algo ahora sobre los otros trece cuentos que forman *Ficciones* ya que, no sólo para mí sin duda, la elección entre ellos no es nada fácil. Pero, por cierto, sería imposible hacer esto dentro del marco de un artículo cuyo único propósito es acercarse al mundo de Borges; aparte de que la prudencia me indica que apenas si tengo ya derecho a mencionar dos relatos más de ese libro admirable. Sean, pues, « La muerte y la brújula » y « Funes el memorioso ».

« La muerte y la brújula » es una narración de estremecedora lógica. Se trata — inequívocamente — de la muestra más cabal del método de creación literaria que hace unos cien años propuso Edgar Allan Poe. Es la historia de un asesino que, con más ingenio que Minos ciertamente, construye el laberinto en que se perderá su víctima; y hace esto con la ayuda, tan sólo, de « un heresiólogo muerto, una brújula, una secta del siglo XVIII, una palabra griega, un puñal, los rombos de una pinturería ». La víctima de esta increíble trama, hecha con residuos de culturas remotas, de especulaciones febriles, de vida común, es el detective de la historia: el hombre llamado Lonnrot, en quien la astucia deductiva se convierte en guillotina que le rebana la cabeza. Lonnrot podría ser el mismo Borges, es Borges mismo cuando en alguna parte de la narración, febril de razonamiento, embebido de fantasía, exclama: « Usted replicará que la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante. Yo le replicaré que la realidad puede prescindir de esa obligación, pero no las hipótesis ». Quizás en estas solas palabras está incluida la explicación de por lo menos uno entre los rasgos sobresalientes en la obra entera de Borges.

En cuanto a « Funes el memorioso » es, conforme a su autor, una « larga metáfora del insomnio ». En 1936, Borges escribió un poema titulado *Insomnio*, algunas de cuyas líneas constituyen una especie de prefiguración del cuento, que por primera

vez apareció en 1942. Estas, por ejemplo, son precursoras evidentes:

*En vano quiero distraerme del cuerpo
y del desvelo de un espejo incesante
que lo prodiga y que lo acecha
y de la casa que repite sus patios
y del mundo que sigue hasta un despedazado*
[arrabal
de callejones donde el viento se cansa y de
[barro torpe.

*Sigue la historia universal:
los rumbos minuciosos de la muerte en las
caries dentales,
la circulación de mi sangre y de los planetas,*

Pero en los seis años que separan al poema de la historia, la mente de Borges hubo de fijarse sin cesar en el tema del insomnio hasta que resaltó, perfecta, esa « metáfora » que es la vida de un humilde criollo del Uruguay, un hombre de memoria tan portentosa que ha podido inventar — para uso privado, claro está — todo un sistema de numeración, una especie de fabulosa mnemotecnia en la que, por ejemplo, el número 7013 se llama « Máximo Pérez », en que el 7014 es « el ferrocarril », y en el que otros números se reconocen por denominaciones como « Napoleón », « La ballena » y « Manta de carne ». « Locke — escribe Borges — en el siglo XVII postuló (y reprobió) un idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio; Funes proyectó alguna vez un idioma análogo, pero lo desechó por parecerle demasiado general, demasiado ambiguo. En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado... Funes discernía continuamente los tranquilos avances de la corrupción, de las caries, de la fatiga. » Y agrega en seguida: « Era el solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso. Babilonia, Londres y Nueva York han abrumado con feroz esplendor la imaginación de los hombres; nadie, en sus torres populosas o en sus avenidas urgentes, ha sentido el calor y la presión de una realidad tan infatigable como la que día y noche

convergía sobre el infeliz Ireneo, en su pobre arrabal sudamericano. »

Sus últimos cuentos

Hace ahora cuatro años apareció una nueva colección de cuentos de Borges, con el título de *El Aleph*. No estimo que ésta, considerada en conjunto, señale un nuevo avance en su desarrollo; pero, por cierto, no trato de indicar con esto que implique un retroceso. Estancamiento, sí, quizás lo llamaría; pero, ¿ hasta qué punto es lícito llamar estancamiento a la condición de un escritor que se manifiesta, entre otras de las que forman dicho volumen, con piezas tan memorables como « El inmortal », « Biografía de Tadeo Isidoro Cruz », « Deutsches Requiem » y « El muerto » ?

Lo mejor sería decir que en *El Aleph* Borges sigue, quizás demasiado previsiblemente, el sendero, o los senderos, ya marcados, ya en buena parte recorridos, en las piezas de *Ficciones*. Nada realmente nuevo se añade: los asuntos, claro está, son nuevos, y bien sorprendentes y bien atractivos. Pero los temas, los métodos, la calidad de la escritura se agregan sin la menor conmoción a los de sus relatos anteriores. Y esto no es saludable, tratándose de escritor tan dotado y de un período que desde el primer cuento de « Ficciones » hasta el más reciente en *El Aleph* abarca, nada menos, catorce años.

Lo siguiente puede parecer dictado por un malsano afán de paradoja. Es el caso, sin embargo, que en todo *El Aleph* la pieza que juzgo más interesante, aquella en la que creo verse esbozar al Borges de los años venideros, es precisamente la que da título general al libro... y la peor en él.

Cuando apareció *Ficciones*, un crítico perspicaz, Ernesto Sábato, escribió en la revista *Sur* lo siguiente: « la influencia que Borges ha ejercido sobre Borges parece insuperable », agregando de inmediato: « ¿ Está él, de ahora en adelante, destinado a plagiarse a sí mismo ? » Una y otra vez, lo confieso ahora, me sentí tentado de responder afirmativamente a esta pregunta, casi

indignado por el hecho de que el escritor a quien más debe la nueva literatura argentina, tanto así que ha promovido toda una generación de hábiles narradores y de críticos sagaces, que ese Jorge Luis Borges, tan eminente creador, se hundiera en sí mismo irreparablemente. No obstante, como acabo de señalar, en el cuento que se titula *El Aleph* presiento ahora la nueva salida del gran hombre de letras, una diferente y espléndida fase de su carrera a la que no tardará, creo, en acceder (en acceder, en ambos sentidos de la palabra).

Porque en ese relato se evidencia cabalmente una cualidad que anteriormente Borges sólo había concedido en raciones muy moderadas: una sátira social que es profunda y certera, y que sobre todo tiene el don supremo de la sátira porque es divertidísima. De esto pueden dar una noción precisa las siguientes líneas que se refieren al llamado Daneri, personaje subsidiario en la historia, si bien de una ridiculez tan exuberante que desdibuja la figura del principal protagonista:

...y leyó con sonora satisfacción:

He visto, como el griego, las urbes de los
[hombres,
Los trabajos, los días de varia luz, el hambre;
No corrijo los hechos, no falseo los nombres,
Pero el Voyage que narro, es... " Autour de
[ma chambre "

« Estrofa a todas luces interesante — dictaminó. El primer verso granjea el aplauso del catedrático, del académico, del helenista, cuando no de los eruditos a la violeta, sector considerable de la opinión; el segundo pasa de Homero a Hesiodo (todo un implícito homenaje, en el frontis del flamante edificio, al padre de la poesía didáctica), no sin remozar un procedimiento cuyo abolengo está en la Escritura, la enumeración, congerie o conglobación; el tercero — ¿ barroquismo, decadentismo, culto depurado y fanático de la forma? — consta de dos hemistiquios gemelos; el cuarto, francamente bilingüe, me asegura el apoyo incondicional de todo espíritu sensible a los desenfadados envites de la facecia. Nada diré de la rima rara ni de la ilustración que me permite, sin pedantismo,

acumular en cuatro versos tres alusiones eruditas que abarcan treinta siglos de apretada literatura: la primera a la *Odisea*, la segunda a los *Trabajos y días*, la tercera a la bagatela inmortal que nos depararan los ocios de la pluma del saboyano... »

Quien no tenga un conocimiento directo de la realidad social argentina podría sentirse inclinado a sostener que esta sátira, y otras semejantes, no rebasan el nivel de lo individual, que son meramente el entretenimiento de una mente saturada de literatura. Pero, en primer lugar, figuras como la del « poeta » Daneri abundan en medio de un « ersatz » pedante de cultura; y es necesario traerlas a luz, exhibirlas ante el mundo, para curarlas o extirparlas. En segundo lugar — y esto es lo más importante — que Borges se ocupe en ellas

revela un interés en el bienestar de la república que, dando salida en él a instintos y sentimientos, completa su figura de hombre, permitiendo advertir que él es algo más que una mente rigurosa. Así, pienso que a Borges ahora le queda por cumplir una tarea — gran tarea, quién lo duda — y que ésta es la de emprender el análisis de la naturaleza moral con fervor y rigor iguales a los que ya ha puesto en el análisis de la naturaleza mental y los poderes de la imaginación. Para esto, posee todas las condiciones: inteligencia eximia, imaginación copiosa y, sobre todo, ternura. Porque tras la metafísica y la matemática uno diría que se esconde en Borges un don prodigioso de ternura.

E. L. REVOL

« Al extranjero que pregunte los mejores nombres de la literatura argentina, toda persona inteligente le dará entre los primeros el de Jorge Luis Borges. Durante cerca de veinte años su obra ha sido permanente y enérgico excitante: con su poesía, que ahora calla...; con sus inquisiciones filosóficas y literarias, sobre imprevistos problemas de pensamiento y de estilo; con sus cuentos, de invención siempre sorprendente. Esta obra es, además, obra íntegra y pulcramente realizada, obra de plenitud intelectual y artística. »

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

« En mi opinión, la obra de Borges es una de las más singulares y valiosas, no sólo en nuestro país, sino en toda la actual literatura del idioma. Se puede disentir respecto a los modos y preferencias del escritor; no así en lo tocante a la noble calidad estética, a la sorprendente originalidad, a la genialidad idiomática. Borges ha dado el ejemplo de la fidelidad a su vocación, a su destino, fidelidad sin duda incómoda como todas las fidelidades. Puro hombre de letras, se ha conquistado la admiración o el respeto de cuantos sienten la dignidad de la belleza expresada en palabras. »

FRANCISCO ROMERO

COSAS DE “CRITICOS”

POR LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

EN los primeros días de diciembre último, en vísperas de someterme a una delicada operación a los ojos, recibí desde Madrid un ejemplar del nº 85 de *Correo Literario* correspondiente al dicho mes. En su primera página destacábase, con escandalosos titulares, un artículo de D. Ricardo A. Latcham titulado « Una curiosa historia literaria llena de errores ». Como hace años que no publico « historia » literaria, me quedé algo perplejo. Leí las líneas iniciales y se me fueron saltando las amarras de la sorpresa. No obstante la caudalosa envidia y la pueril malevolencia de que es campeón dicho artículo, lejos de enojarme me produjo un singular placer : el de comprobar un diagnóstico infeliz respecto de su autor, y el corroborar « ad absurdum » casi todas las tesis e hipótesis de mi reciente *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (la cual expresamente declara no ser « historia »). Con su acostumbrada orfandad de ideas generales y su jactancia enumerativa, el crítico da la razón a mis asertos. Sólo que se limita a insinuarlo en las menos líneas posibles (« evidentes méritos », etc.), dado que su misión sobre la tierra consiste en tratar de apagar la voz de todo el que entone su misma partitura y ver si consigue presentar como afónicos o mudos a los que no hacen de la estridencia infantil porfiado abuso. Sin duda, el

señor del mucho ruido y pocas nueces habría dado media vida por ser autor de un libro de alguna envergadura, por lo que le estorba y agita que otros lo escriban. Considerado lo cual, me inyadió una incontenible simpatía por el señor Latcham, quien debe sufrir mucho al ver que otros ejecutan lo que él habría querido hacer, aunque vista la pluralidad innumerable de sus deseos, debería tocar a rebato las campanas de sus posibilidades para disipar las alarmas de su egolatría.

Lo verdaderamente importante

No es eso lo importante. Los juicios de una persona, cuando se expresan en forma tan dogmática, no merecen ser recogidos. Lo importante es que algunos lectores europeos podrían pensar que en América todavía usamos plumas... aunque sean retóricas, y que arrojar flechas con muchos colorines y no poco veneno es nuestro deporte favorito. No. Casos así son raros ya. No constituyen síntoma, sino rezago. Me interesa, pues, librar a la crítica americana de toda sospecha de « valbuenismo » y de crasa incultura. Hace tiempo que distinguimos entre un crítico y un corrector de pruebas impaciente por falta de ocupación adecuada, entre una salva y una andanada, entre un cohete y un disparo.

Estos « niños terribles » que, cuando resultan Jurados de literatura, se oponen al otorgamiento de un premio nacional a Gabriela Mistral, para tener que cantar la palinodia, un año después, visto que la Academia sueca había concedido el Premio Nobel a la dicha poetisa ; estos jupiterinos deparadores de rústicas famas, que se enredan en sus propias colas (digamos chismes), como le ocurrió al de marras cuando don Federico de Onís visitó Chile, a mediados de 1950, y el crítico Alone, sin alharaca ni titulares ostentosos hubo de poner las cosas en su sitio, muy a regañadientes (y regaña lengua, que la tiene suelta) del señor Latcham ; estos abundosos autodidactas y monologadores, que se lanzan sobre la primera plana en blanco para inundarla, a lo calamar, de su tinta, no son frecuentes en nuestras letras. Los americanos poseemos ya el sentido de la medida, de la tolerancia, del buen gusto, y, si de cuando en cuando se nos arruga el ceño o se nos suelta el regulador hepático, luego que nos reponemos nos sentimos terriblemente avergonzados y solicitamos excusa tal como otros hacen clamorosos llamados a la atención del transeúnte con embelecios de feria.

Nada habría dicho yo a este respecto si dos amigos gentilísimos, uno de Madrid y otro de París no me comunican su sentimiento y me piden decir algo para el público. Como un homenaje a tan delicadas personas va lo que sigue. En ello no habrá nada personal ya, salvo repetir que el señor Latcham es tan cordial, comprensivo y generoso que se cuida mucho de que nadie que algo sepa de lo que él amasa, se presente en sus predios, no por mantener incólume la patena de la sabiduría de que tanta ostentación hace, sino por otras razones menos, mucho menos, altas y plausibles.

La crítica en América

Durante largo tiempo, la crítica española dejó de interesar en América, a causa de que se la identificaba con esos deplorables regüeldos de profesor de castellano a su pesar cesante con que se hizo famoso

Valbuena, el de los *Ripios ultramarinos*. Por lo común alineamos con Valbuena, como españoles, a dos americanos íntimamente vinculados con las letras peninsulares : Emilio Bobadilla y Luis Bonafoux. Fué preciso que pasaran los años, y que surgiera una generación de críticos interpretativos, tolerantes y finos, como fueron los que se agruparon allá por 1927, entre los que resaltan Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Gerardo Diego, Amado Alonso y, desde luego (« last but no least »), Ortega y Gasset y el inolvidable Unamuno (mucho antes del 27 estos dos últimos). En el entretanto, nuestras actividades críticas se acogieron a la lección francesa. De Menéndez y Pelayo pasamos a Faguet, Brunetière, Gourmont. Cuando la discusión del « meridiano intelectual », ya España había recuperado ante los ojos de los perjudicados escritores americanos, los prestigios oscurecidos durante casi un siglo. Dicho lo cual, se entenderá fácilmente por qué mi alma al pensar que a los cincuenta años de la inmarcesible lección de Rubén Darío, en España y Francia se vaya a pensar que los americanos hemos dado un salto atrás, para caer en las manías del finado Valbuena, reproducidas por el señor Latcham. No. Ni siquiera este señor es así. El señor Latcham, salvo su sed enumerativa (debilidad de adolescente sin paciencia y de autodidacta sin método), suele ser más diestro y de buen tono. El que le haya leído por primera vez (lo cual es lo más probable en este caso) no debe juzgarle por tal exabrupto, fruto de incontrastables pasiones y no de su verdadera personalidad literaria. Ni el artículo citado es la expresión cabal del modo crítico de su autor, ni muchísimo menos de lo que llamamos crítica en América. Se trata de un lapsus en su más ajustado sentido. El día que logre crear algo, el señor Latcham se curará definitivamente de toda tentación como a la que ha cedido ahora. Cuando se leen los trabajos de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Benjamín Carrión, Baldomero Sanín Cano, Enrique Anderson Imbert, etc., uno se da cuenta de lo que significa la crítica en nuestro continente, armonioso juego de ideas, apetencia de ensanchar horizontes, pasión por la be-

lleza, sacrificio y constancia en aras de la cultura.

Ahora bien ¿ qué idea discute, modifica o propone el señor Latcham en su larguísima evacuación de palabras ? ; ¿ qué nos dice acerca del problema de la novela ? Debo ser muy sordo cuando no he percibido nada al respecto.

Los problemas de nuestra cultura

La novela americana — me remito a mi libro — tiene una visible abundancia bibliográfica, pero, sin embargo, hasta hace unos treinta años, adolecía de una lamentable pobreza temática. No deseo repetir los conceptos de este y otros libros míos sobre la materia. Vengo meditando acerca del problema de nuestra cultura a través de nuestra novela, desde hace casi un cuarto de siglo. Honestamente le he dedicado lo mejor de mis cavilaciones y la mayor cantidad de mis lecturas. Sé, por eso mismo, que si hubiese querido « épater » o sea deslumbrar (descrestar suele decirse en algún lugar de América) a los lectores ingenuos con mi « sabiduría », hubiera sacado de los valiosos *Handbooks of Latin American Studies* (1935-1951), o de la serie de quince o dieciséis « Bibliografías » de literatura hispanoamericana, publicada por Harvard hace alrededor de treinta años, los títulos de novelas que allí constan, y habría ofrecido una confusa floresta de unos cuantos millares de rótulos. Preferí confesar mis limitaciones y jugar con las fichas logradas por mis propios esfuerzos, sin ánimo de hacer « historia », sino sólo de señalar directivas generales (el « proceso ») y clasificar los principales temas (el « contenido »). Además, declaré que, en la medida en que retardase la aparición de mi libro, después de veinte años de manipularlo, mayores serían sus deficiencias, porque cada día se hace más larga la distancia entre la posibilidad de leer y la rapidez de editar novelas. ¿ Deberé trascribir mis propias palabras ? Prefiero librar de tan tinterillesca tortura al paciente lector que todavía me acompañe.

Sé que, desde el punto de vista de « Historia de la novela hispanoamericana »

(empresa que no he acometido, aunque me tienta si encuentro equipo internacional que me acompañe), requeriría, como insinúa un comentarista en *Revista Nacional de Cultura* (Venezuela), que en cada país se organizara una especie de cooperación espontánea (de mal o buen humor, eso no importa) para completar mi libro. Ojalá se hiciera, y se profundizara en los temas y subtemas que propongo. Yo mismo me hallo « embullado », como dicen los cubanos, en escribir un trabajo sobre la idea y la forma de la muerte en la novela americana. Hay quien ha emprendido uno sobre el pirata y el contrabandista en la misma. Son estos asuntos, y otros muchos, lo que la novela tiene de vivo, de sugerente, de animado y fecundo. Y es eso, acaso, lo que, cegado por su anticristiano propósito de encontrar la paja en el ojo ajeno (desatento a su propia viga) no ha querido o no ha podido entender el señor Latcham. Mas ya que hablamos de pajas y vigas, no dejemos pasar la ocasión sin demostrar con hechos suministrados por el propio crítico, lo enconado de su invectiva que le lleva hasta a perder el indispensable respeto a la exactitud.

Algunas aclaraciones

Yo confieso en mi libro, con toda humildad, que ignoro mucho, pese a mis esfuerzos y viajes (ninguno de ellos — digo mal, uno entre treinta — hecho con dineros fiscales ni usando becas ni concesiones gratuitas), que ignoro mucho de la novela centroamericana, paraguaya y uruguaya. Con ninguna caridad, y olvidando mi propia objeción, el entrañable amigo de mi obra se lanza por la brecha que yo le descubro y me fusila a reproches. Se le va la mano. Dice que he olvidado a Hernán Robleto, y resulto comentándolo en tres lugares de mi libro (págs. 533, 534 y 597). Mi Zoilo se horroriza de que yo haya adjudicado a Enrique Amorín el libro *Zangarapá* (1952), cuando ha escrito uno que se llama *Tangarupá* (1925). Lástima de falta de imaginación : la alteración de 1925 por 1952, no necesita comentarios, ni la de Z por T, tampoco. Siquiera hubiera dicho que no he mencionado otra

novela de Amorín, la titulada *La Victoria no viene sola*; pero ésta no la conocíamos ni el señor Latcham ni yo, con lo que tenemos ganado el infierno. Más adelante, se derrite de ira porque *Barco ebrio* aparece con fecha de 1932, siendo de 1923; que en otro lugar se da la fecha de 1854 y después 1957, y que hay un cambio respecto a *La Parcela*, porque se la menciona en 1891, después en 1898: la futilidad de estas erratas se carga a la cuenta del lector pueril, no del crítico avisado.

Hay más: no entiende, o no quiere entender que *El Matadero*, de Echeverría, es efectivamente un producto prenatalista, sin que eso signifique que Zola copió a Echeverría, sino que dadas ciertas circunstancias suelen producirse determinados efectos, rija una moda o no; pero esto rompe los moldes del airado profesor Igual ocurre cuando señala que la primera edición de *Mirando el Océano*, es de 1911. Yo cito la de 1928 que tengo a la vista, y me basta, porque como yo no estoy escribiendo la historia de la novela chilena ni hispanoamericana, sino señalando su proceso genético y su contenido temático, me es suficiente ser exacto en la mención del sujeto. Comprendo que el señor Latcham es de los que si les preguntaran ¿qué es un hombre? contestaría: un bípedo implume, con tantos dientes, tantas muelas, tantas costillas, dos pulmones, quizá un cerebro, acaso un corazón, con seguridad un hígado, muy ciertamente un estómago y... lo demás, incluso la vida misma, no le significaría nada.

Mencionaré otros casos: al referirme yo a ese gran desconocido que es Fernando Gilardi, indico textualmente que es autor de una sola novela « que yo sepa ». Mi agitado censor prescinde del « que yo sepa », para señalar otras dos novelas cuyos títulos ha tomado de un fichero bibliográfico. Con todo, *Silvano* sigue siendo la novela de Gilardi.

Tengo mucha consideración por el entusiasmo que mi señor tábano manifiesta por Mariano Azuela, y lo comparto; lo cual no quita que considere que, desde *Los de abajo* hasta *La nueva burguesía*, la

trayectoria de Azuela sea la del desencanto revolucionario. Mas ¿no será una demasía hablar de « trayectoria ideológica » o « política » en el caso que se me presenta (y no me refiero a don Mariano, desde luego)?

Se me pretende dar una lección con respecto a Carrasquilla, el colombiano. Agradezco el propósito: lamento que sea tan deficiente. Peor es aún la inepticia que no deja percibir un rápido parangón entre Isaacs y José Eustasio Rivera; y mucho más, cuando muy en doctor, dice mi entrañable apologista que José Santos González Vera y Eugenio González pertenecen a una misma generación porque ambos colaboran en *Claridad* de Santiago de Chile, en 1920. He escrito varias veces sobre la generación del 20, a la que en Perú pertenezco; la generación a la que Pedro Laín Entralgo, actual Rector de Madrid, señala como la que dió un nuevo sentido, un sentido propio, a la cultura americana; esa misma generación a la que el señor Latcham no podría pertenecer, aunque hubiese o haya nacido entre 1895 y 1905, por obvias razones, objetivas y subjetivas. Resulta enojoso tener que referirse a cuestiones tan elementales, pero no hay remedio.

González Vera, finísimo escritor, se relacionó con la generación chilena del 20, sin ser estudiante, sino obrero, por su inquietud de anarquista; Eugenio González, estudiante, forma parte de ella por su emoción socialista. No sé si el señor Latcham en su infinita sabiduría sabrá apreciar la diferencia entre un anarquista y un socialista aunque hayan nacido el mismo día del mismo año, y mucho más cuando existe entre ellos una diferencia mayor de un lustro. Si la aprecia comprenderá por qué Recabarren, el fundador del comunismo en Chile, terminó como terminó, desesperado, y de acuerdo con el impulso individualista de su primitiva emoción de anarquista. Por eso sostengo que entre los dos escritores mencionados hay una diferencia generacional, aunque coincidan en un instante o en varios de sus respectivas vidas.

Puro provincialismo

Todo esto es provinciano, terriblemente provinciano. En un artículo titulado « La enseñanza de la Literatura », dije que si profesando literatura peruana exalto 20 escritores de mi país, al dictar literatura americana, esos 20 quedan reducidos a 6 u 8, y al enseñar literatura universal, a 2 o 3. Los provincianos y rastacueros de la cultura no pueden entender esto ; en horas de bombardeo quisieran cargar consigo hasta con los zapatos viejos del bisabuelo. No pienso así ; ni creo que la literatura, ni la novela, desde luego, sea asunto de mucho nombrar, sino de mucho comprender, y de mucho sentir e imaginar. El señor Latcham se refiere a que en mi libro hay « capítulos entretenidos, observaciones valiosas y aciertos críticos, innegables atisbos críticos » y hasta — honor de honores — que en algún caso coincido con él. Tan amables referencias ocupan unas diez líneas de las 400 del artículo.

Se ve que la ponderación y la generosidad no son virtudes que le adornen. Gabriela Mistral lo saboreó en vísperas de recibir el Premio Nobel : « atisbo crítico » indudable. Pero, en fin, lo importante sería seguir analizando los problemas de la novela americana, tan vivos, tan fecundos, tan ignorados. Hace 25 años — a eso se llama ahora « precipitación — vengo escribiendo y hablando al respecto. Para molestia de algunos y alegría de otros, todavía me falta mucho que decir, y he de decirlo. Y nada más por hoy, que lo que me dejo en la cinta de la máquina requeriría mayor extensión que la de un artículo, y no es cosa de atormentar a los lectores en primeros días de año. Quede para ellos el consuelo de este mutis ; y para mí, el de un verso (Gabriela Mistral podría acompañarme en recordarlo a propósito del mismo personaje) : « los muertos que vos matáis — gozan de buena salud ».

LUIS ALBERTO SANCHEZ

« Se impone recordar lo anterior para entender y a'ender lo que la novela americana trae consigo. Ella conserva un aspecto de documento. No porque trate de ser así ; porque se lo impone la inmensidad de su problemática, la carestía de intérpretes. Mientras en otros lugares del mundo los novelistas salen en busca de temas, en nuestra América los temas se tienden a esperar que pasen los novelistas. En un cotejo riguroso, tenemos quizás más asuntos que narradores, lo cual nos exime de adelgazar los conceptos para presentar en forma nueva una vieja realidad.

« Prácticamente, pese a que en el siglo XIX tuvimos una buena docena de excelentes novelistas y centenares de mediocres, es sólo en la actual centuria cuando nuestra novela tiende el vuelo, hunde las manos en sus propias entrañas, aprende a auscultar el corazón de su tiempo y de su circunstancia. Por eso, este libro, escrito al comenzar la segunda mitad de la vigésima centuria, deberá ser considerado como el largo prólogo a un género literario cuya historia, en América, ha empezado a escribirse ahora. Lo anterior es sólo prehistoria novelística. A lo sumo, protohistoria. »

LUIS ALBERTO SANCHEZ : Proceso y contenido de la novela hispanoamericana.



MESA REDONDA EUROPEA

POR DENIS DE ROUGEMONT

En 1952, la delegación británica en el Comité de los Expertos culturales del Consejo de Europa presentaba una memoria, en la que sugería que una restringida agrupación de escritores, de publicistas y de periodistas eminentes se consagrara a discutir un programa de difusión de la idea europea en Europa y en el mundo. Esta iniciativa fué aprobada por los Delegados de los Ministros.

En el curso de una sesión ulterior, el Comité de los Expertos culturales ha decidido extender el alcance de estas discusiones, invitando a seis Europeos distinguidos a entablar un debate sobre « el problema espiritual y cultural de Europa considerada en su unidad histórica, y sobre los medios de expresar esta unidad acomodada a términos de actualidad ». Cada una de estas personalidades sería invitada a tratar un

aspecto diferente de este problema. Al mismo tiempo, quince publicistas, uno por cada país miembro, deberían participar en la discusión, siendo su peculiar tarea la de expresar sus opiniones sobre la manera de realizar la unidad de Europa, no solamente desde el punto de vista político y económico, sino también en el plan cultural y espiritual. Se había decidido finalmente que esta Mesa Redonda se reuniera en Roma, el 13 de octubre, y que celebrara sesiones durante cuatro días; que el Sr. Denis de Rougemont, director del Centro Europeo de la Cultura en Ginebra, dirigiera los debates; y por último, que el Gobierno italiano, que había aceptado patrocinar la reunión, pusiera a disposición de la Mesa Redonda la villa Aldobrandini, y adoptara todas las disposiciones materiales para favorecer este encuentro.

De izquierda a derecha, en nuestra fotografía: Srs. Kogon, Schuman, de Gasperi, Denis de Rougemont, Arnold J. Toynbee, van Kleffens y Einar Löfstedt.

He aquí las personalidades que han participado en las discusiones de la Mesa Redonda de Europa : El Sr. de Gasperi, antiguo Presidente del Consejo italiano ; el Sr. van Kleffens, antiguo Ministro de Asuntos Exteriores de los Países Bajos y antiguo embajador en Washington, actualmente en Lisboa ; el profesor Kogon, director de los *Frankfurter Hefte* y presidente de la Unión Europea ; el profesor Lófstedt, rector de la Universidad de Lund ; el Sr. Robert Schuman, antiguo Ministro de Asuntos Exteriores de Francia ; el profesor Arnold Toynbee, director de Estudios en el « Royal Institute of International Affairs » y profesor de Historia Internacional en la Universidad de Londres ; y el Sr. de Rougemont, director de los debates.

Publicistas : Los Sres. Hommel (Bélgica), Ross (Dinamarca), de Carmoy (Francia), Friedländer (República Federal de Alemania), Cotsaridas (Grecia), Gudmundsson (Islandia), Srta.

Chinneide (Irlanda), Sres. Piovene (Italia), Hess (Luxemburgo), Schlichting (Países Bajos), Oftedal (Noruega), Becker (Sarre), Linder (Suecia), Yalman (Turquía), Clark (Reino Unido).

Observadores de la Asamblea Consultiva, del Comité de los Delegados de los Ministros, del Comité de los Expertos Culturales, de la U. N. E. S. C. O. y de la Organización del Tratado de Bruselas asistían a la reunión.

La sesión inaugural y pública de la Mesa Redonda ha tenido lugar el martes, 13 de octubre, bajo la presidencia del Sr. de Menthon, presidente de la Asamblea Consultiva, y en presencia del Sr. Pella, Presidente del Consejo italiano, así como del Cuerpo diplomático.

Las sesiones terminaron oficialmente el viernes, 16 de octubre, en una reunión solemne en el Capitolio. »

(Extracto de un comunicado del Consejo de Europa).

I

POR UN DESPERTAR DE LA CONCIENCIA EUROPEA

UNA de las obras más célebres de Gauguin se titula : *¿ De dónde venimos ? ¿ En dónde estamos ? ¿ A dónde vamos ?* No encuentro mejor divisa para la *Mesa Redonda de Europa* que se ha reunido en Roma en el otoño último.

Para situar rápidamente este propósito, partamos de la segunda pregunta : ¿ En dónde estamos, europeos, en esta mitad del siglo XX ?

Una frase ya famosa, pronunciada el año último por el primer presidente de la Asamblea de Estrasburgo, Paul Henri Spaak, responde de una manera dramática : « Nosotros, europeos, vivimos, desde la última guerra, entre el miedo a los rusos y la caridad de los norteamericanos. » Traduzco ahora las palabras en cifras, y esto da el siguiente y curioso resultado : « Al oeste de la cortina de hierro, 325 millones de hombres viven entre el miedo a 190 millones y la caridad de 155 millones. »

La razón de esta paradoja es de las más sencillas. No nos damos cuenta de que somos, en realidad, 325 millones de europeos, y no solamente 42 millones de franceses, 8 millones de belgas,

3 millones de noruegos... En la era de los grandes imperios continentales, de los grandes mercados y de la estrategia mundial, pensamos y sentimos como naciones separadas en compartimientos estancos. Nos sentimos, por consiguiente, demasiado pequeños para el siglo, y condenados a perder, después de nuestras últimas posiciones en el mundo, nuestra independencia política, económica y quizá moral.

Y ciertamente perderemos todo esto, todo lo que constituye la razón misma de nuestras vidas, si persistimos en ser una veintena de naciones, como cantones desunidos. Pero, en cambio, podemos salvarlo todo mediante una unión que haga de Europa, en la realidad viva, lo que este continente representa hoy sólo en datos numéricos.

¿ Qué necesita Europa para salvarse, para alcanzar una salvación muy próxima y casi al alcance de la mano ? No le falta quizá más que una sola cosa : *la conciencia de los peligros* en que incurre, que todos nuestros países corren juntos, y también la conciencia de los *recursos inmensos* que existen en ella ; de los

que puede disponer, con la sola condición de ponerlos al servicio de la comunidad europea.

Despertar la conciencia : tal parece ser, pues, la condición primordial de toda acción concreta y razonable en favor de la unión, que es nuestra salvación próxima.

Así es como, supongo, se veían las cosas en los medios del Consejo de Europa, donde hace unos meses germinó la idea de una Mesa Redonda europea. La construcción de Europa avanzaba, aunque lentamente, en los aspectos económico, político y militar. Y las resistencias crecían en la proporción de los avances ya realizados.

¿ Cómo reducir esas resistencias cuando se encuentran en los espíritus y en los corazones, con arreglo a la fórmula consagrada, que por una vez es justa ? ¿ Cómo despertar la opinión ? Las consignas se gastan muy de prisa ; y la juventud actual, muy sensible ante los tribunos literarios,

acoge con un escepticismo amargo a nuestros más elocuentes hombres de Estado. Era preciso, previa seria meditación, grabar más hondamente la idea misma de la Europa unida y realizar un esfuerzo serio de información para satisfacer las necesidades de la opinión.

La tarea de meditar sobre nuestros destinos fué confiada a un pequeño grupo de seis sabios, cuya acertada elección me parece digna de tenerse en cuenta (1). En efecto, constituían dicho grupo hombres de Estado de primera fila, versados en las disciplinas del espíritu, al lado de pensadores, en el sentido más riguroso de la palabra, pero ricos en experiencia íntima de las necesidades de la acción. Alrededor de esta alianza, muy significativa, de la meditación y de la experiencia, quince publicistas reputados fueron invitados a participar en la búsqueda de los medios adecuados para dar a conocer e ilustrar, cada cual dentro de su esfera de influencia, los resultados de la reflexión de los Seis

II

DE LA UNIDAD CULTURAL A LA COMUNIDAD POLITICA

No me propongo resumir las peripecias de los debates que se desarrollaron durante seis largas sesiones en el brillante recinto inaccesible de un viejo palacio de Roma, sino más bien comentar algunos de sus temas dominantes. Obligado a conceder la palabra a todos, salvo a mí mismo, no por ello dejaba de pensar y de tomar nota de los puntos de partida de intervenciones virtuales... Sin embargo, no podría perdonarme si los desarrollase aquí sin haber previamente señalado la curva general de una reflexión común, a pesar de estar dirigida por espíritus tan diversos como son nuestros pueblos y las familias intelectuales que los componen.

Cuando se trata de resolver un problema, el espíritu latino exige definiciones, el espíritu germánico necesita un método, mientras que el anglosajón más bien procura plantearlo adecuadamente. Es preciso tener en cuenta esta discordancia

persistente en el diálogo europeo. No obstante, el *ángulo visual* que se adopta es el que permite finalmente ponerse de acuerdo. Así, pues, sugerí a los informadores que enfocaran el problema europeo desde una perspectiva tal, que permitiera presentar, como transitorias y relativas, las graves divisiones nacionales, lingüísticas e ideológicas que hoy nos fascinan. Con este fin, introduje en los seis temas propuestos la idea de un *destino común* de todos los pueblos de Europa, definido por la unidad indiscutible de sus orígenes y por el hecho de que el día de mañana sucumbirán

(1) Digo esto con tanta más libertad, cuanto que, por haber sido invitado por la Secretaría del Consejo de Europa a presidir los debates, me encontré en presencia de personalidades ya designadas por los gobiernos de los Estados miembros, y, por lo tanto, sólo soy responsable de la elección de los temas y de su distribución a los informadores. Podrían ciertamente haberse imaginado otros equipos de seis sabios, no menos valiosos en su conjunto. Pero la dosificación creada por el azar de las designaciones oficiales, ha dado felices resultados.

ante los *mismos* peligros, si no encuentran *juntos* su salvación.

Nos hemos dedicado a investigar los orígenes comunes de todos los pueblos de Europa, bajo la dirección magistral y amable de uno de los historiadores más grandes de nuestro tiempo, el Sr. Toynbee, apoyado por la autoridad de un sabio humanista, el Sr. Löfstedt. Hemos visto dibujarse la extraordinaria aventura colectiva del Occidente : el nacimiento de nuestra civilización en la confluencia de las corrientes procedentes de Atenas, de Roma y del Próximo Oriente ; su expansión en el mundo entero ; la exportación desordenada a todos los pueblos de la tierra de nuestros ideales religiosos, de nuestras formas políticas y, por último, de los secretos técnicos de nuestra potencia. Y en el siglo XX presenciarnos la subversión repentina y completa de nuestra posición en el mundo ; el incremento de los imperios unificados, ante nuestras divisiones sangrientas ; la crisis de nuestros ideales, ante la propaganda imponente de las dictaduras ; los recursos materiales e intelectuales de nuestra preponderancia vueltos contra nosotros. Hemos visto claramente que nuestros países no tenían más solución práctica, ni más porvenir posible, que la unión. La última frase del informe de Toynbee fué : « ¡ Hagamos ahora la unión de Europa ! ¡ No tenemos tiempo que perder ! »

No obstante, todos podemos ver que perdemos el tiempo. ¿ Cuáles son las causas interiores que paralizan nuestros esfuerzos hacia la unión ?

El examen de nuestra crisis espiritual y, por consiguiente, cultural y cívica fué ampliamente iniciado por el Sr. Eugenio Kogon. Este llegó a la conclusión de que es necesario instaurar, en primer lugar, una unión política, como condición previa para toda renovación de los cuadros de una cultura nueva y de las bases de un lenguaje común. Después, el Sr. van Kleffens, en calidad de jurista ducho en negociaciones gubernamentales, expuso sin pasión el problema candente de las relaciones entre la soberanía nacional (o lo que de ella queda) y la futura comunidad supranacional.

Presentado el diagnóstico en esta forma, dirigimos nuestra mirada hacia el porvenir ; ¿ *A dónde vamos ?* Y el Sr. Robert Schuman, plenamente de acuerdo con las tesis formuladas con mucha energía por el Sr. de Gasperi en su discurso inicial, es quien nos presentó el cuadro coherente de las medidas institucionales destinadas a asegurar el renacimiento de nuestra unidad comprometida.

La Mesa Redonda no ha encontrado ciertamente soluciones fáciles, ni recetas milagrosas para suprimir el mal y asegurar el bien en un plazo garantizado. Pero ha determinado claramente nuestras responsabilidades de europeos ante el mundo que hemos cambiado, y ha formulado los *objetivos comunes* capaces de unirnos. Puesto que no son solamente los orígenes, sino los objetivos que los hombres contemplan juntos, los que pueden inspirarles la fraternidad.

Ante el antagonismo, en apariencia irreductible, entre la fe religiosa y las convicciones relativas fundadas en la ciencia, la Mesa Redonda ha afirmado la necesidad del diálogo fecundo y la de aceptar la discusión recíproca, dentro de la tolerancia mutua y de una moral cívica europea común a las dos familias de espíritus.

Ante la contradicción aparente que existe entre la exigencia de unir nuestros países y la de salvaguardar las diversidades que constituyen la riqueza de Europa, la Mesa Redonda ha planteado la necesidad de estructuras supranacionales, que permitan llevar al acervo común lo que normalmente le corresponde, con objeto de garantizar y permitir una vida mejor a lo que normalmente debe permanecer autónomo, distinto, privativo y original.

Por último, ante el doble desafío con que se enfrentan varios de nuestros países : el de pasar del régimen colonial a la asociación dentro de la igualdad, y el de compensar la pérdida de nuestras posiciones económicas en el mundo, la Mesa Redonda ha llegado a la conclusión de que es necesario « operar un cambio radical en nuestras relaciones con el mundo extraeuropeo y en nuestras relaciones mutuas » (Toynbee), es decir, recobrar en prestigio moral lo que perdemos en potencia política, y

compensar, mediante la explotación en común de nuestras propias riquezas, lo que perdemos en aportaciones exteriores.

La Mesa Redonda no ha levantado los planos de una civilización modelo, sino que ha declarado que el deber y la salvación de los europeos estriban hoy en día en edificar nuevos modelos de sociedad, valederos no solamente para ellos mismos, en primer lugar, sino también para el resto

del mundo. Bastará para ello citar un solo ejemplo : el nacionalismo ha sido nuestra invención colectiva. Nosotros lo hemos comunicado, más bien « dado » al mundo entero, y este licor, que al principio era embriagador, se convirtió pronto en veneno. A nosotros nos corresponde, por consiguiente, inventar el antídoto de este tóxico y crear un tipo nuevo de Comunidad federal.

III

ELEMENTOS DE UN PENSAMIENTO EUROPEO

Todo resumen perjudica tanto a lo que es objeto de él como a su autor. « Nada hay más difícil que no ser lo que uno es, o no serlo más que hasta donde los demás quieren que se sea », observa Valéry. Ahora diré las reflexiones que se me ocurrían al escuchar las de los demás. Todas giran alrededor del mismo problema : el de la actitud de espíritu que es necesaria para imaginarse a Europa.

VER A EUROPA EN EL MUNDO. — En cuanto se habla del destino común de nuestros países, se elevan voces para denunciar no sé qué « nacionalismo europeo », que tendría por efecto « separarnos del mundo ».

Advierto que esta resistencia a un nacionalismo europeo, todavía imaginario, es generalmente peculiar de los nacionalistas propiamente dichos. Me refiero a los partidarios tardíos, pero vergonzantes, de la soberanía ilimitada de las naciones. En realidad, lo que temen es la Federación, por ser incapaces de imaginársela, si no es como una nación monstruosa ; y se apresuran a proyectar sobre ella los pecados de egoísmo, de orgullo, de mezquindad inherentes al nacionalismo, que no han sabido superar aún en el fondo de su corazón. Bien se ve cuál es la razón de esa actitud.

Otros hablan de humildad, y cargan a los federalistas la culpa de la Europa colonialista. « ¡ Nos alabáis a Europa, y no hay ninguna razón para ello ! Ella ha reducido

a la servidumbre, a pueblos enteros y a veces hasta los ha aniquilado, en América, en Asia y en Africa. Ella ha producido un Hitler, las cámaras de gas y el racismo. Ella ha provocado las guerras más sangrientas de la Historia, etc. » A esto se puede responder : No ha sido Europa la que ha hecho todo esto, sino varias de nuestras naciones, consideradas como tales, es decir el delirio nacionalista. Y fijaos bien : en nombre de ese nacionalismo — apoyado por los comunistas — atacáis hoy a los que quieren poner fin a la causa de esos males, a los que se proponen salvar por medio de la Federación lo mejor de nuestra cultura, no la tolerancia indiferente, sino el sentido de las tensiones fecundas y de la unidad en la diversidad. El genio federalista no excluye nada, si no es precisamente el imperialismo, inseparable de nuestros nacionalismos.

Otros, finalmente, niegan los conceptos de Europa y de su unidad cultural, en nombre de un ideal de universalidad. Parecen ignorar que la creencia en el valor universal de su religión, de su razón, de sus distintas morales, de sus técnicas y de sus formas políticas, es típica del europeo, heredero de los griegos, de los romanos, de la Iglesia católica y de los « clubs » jacobinos. Esta creencia, más bien ilusoria, es la raíz de los peores imperialismos : los que se disfrazan de empresas misioneras, como en otro tiempo las Cruzadas, más tarde el colonialismo, como hoy el comunismo. Es cierto que el universalismo sigue siendo

una pretensión honrosa en el terreno de las ideas puras (si es que las hay, y que siguen siéndolo). Pero encubre demasiados equívocos. Lo que hay de bueno en el deseo de despertar la conciencia y el conocimiento, sólo la actitud federalista puede salvarlo, ya que ésta se funda en la necesidad del diálogo entre iguales, dentro de la diversidad.

En realidad, para nosotros, europeos de mediados del siglo XX, no se trata de orgullo ni de humildad : se trata de vernos *responsables* de una cultura muy particular, cuyos principios nos son comunes desde hace siglos. Esta cultura es el corazón de una civilización que ha llegado a ser verdaderamente universal en todos sus aspectos, para todos los efectos. Con objeto de salvar esta cultura, amenazada por los choques de retroceso de una civilización que aquélla ha fundado, y que luego ha exportado sin ningún discernimiento, y sólo *con este objeto*, y no en beneficio de un imperialismo evidentemente inconcebible, es preciso que ahora los europeos reconstituyan una Europa viva por encima de sus naciones perecederas.

La primera y principal razón para unir a Europa reside, a mi juicio, menos en nuestras querellas internas, que en el juego de las fuerzas mundiales que nos oprimen. Y sin duda será preciso liquidar nuestras querellas ; pero únicamente la visión del gran peligro que todos nuestros países corren juntos, nos dará los medios para ello, es decir, la voluntad firme. « No hace mucho aún, Europa podía permitirse el lujo de vivir dividida ; hoy esto ya no es posible » (Toynbee).

RECOBRAR LA SOBERANÍA. — ¿ Es acaso verdad que nuestras soberanías habrán de ser abandonadas, si se quiere hacer una Europa ? ¿ Es acaso cierto que esto constituye un obstáculo para la unión ? ¿ Tienen estas soberanías alguna realidad y consistencia fuera de los debates en que figuran como *pretexto* para negar las evidencias europeas ? Analicemos los hechos.

La soberanía nacional sólo es ejercida por el Estado. El Sr. van Kleffens la ha definido como « la facultad que tiene un Estado para obrar discrecionalmente, tanto en el interior como en el exterior, dentro

de los límites asignados por el derecho aplicable en cada materia ». Pues bien, ya no hay Estado europeo que conserve la facultad de actuar a su modo en el exterior, es decir, que sea capaz de declarar la guerra, de negociar la paz como lo entienda, de asegurar su prosperidad sin depender ya del extranjero, de defenderse más que unas horas contra los rusos o los norteamericanos : en resumen, de conducirse como un pirata o de vivir en el aislamiento. Estos límites decisivos de la soberanía ya no son impuestos por el derecho, sino por implacables circunstancias técnicas, económicas y políticas. De aquí resulta que la soberanía nacional apenas tiene ya otra existencia que la psicológica. ¿ Dónde se la ve actuar ? No en la realidad, sino en los discursos de los diputados adversarios de la C. E. D. (1) Alcanza su grado de extrema virulencia en los centenares de cartas llenas de censuras, que los coroneles retirados envían a las redacciones. Apartada del dominio de las fuerzas positivas y desprovista de poderes concretos, ha llegado a ser el receptáculo donde se refugian confusamente las nostalgias de glorias pasadas, los orgullos abatidos, los rencores y los prejuicios heredados de una historia falseada por la escuela, la agresividad frustrada y, sobre todo, la angustia de perder su identidad. La soberanía nacional ha adquirido, por consiguiente, los caracteres clínicos de un complejo. De aquí la dificultad, para los que de él son víctimas, de adaptarse a las realidades mudables del siglo, y aun de advertirlas. De aquí la presa que ofrecen a las maniobras más burdas del comunismo, que actúa sobre su afectividad inquieta, como Yago sobre los celos de Otelo. De aquí, finalmente, la extrema confusión y el apasionamiento absurdo que caracterizan los debates sobre la soberanía nacional.



Todo esto exige una terapéutica adecuada. El medio más sencillo, regularmente propuesto por todos los congresos, desde hace treinta años, es la reforma de los

(1) Comunidad Europea de Defensa.

manuales de historia. Todos sabemos que han inculcado el nacionalismo obligatorio a todas las generaciones de niños europeos que han pasado por la escuela desde hace un siglo. La Mesa Redonda no podía dejar de hablar de esto, a su vez. Por desgracia, creo que ha vuelto a caer en la ilusión de que bastaría *depurar* los libros, pues lo que conviene cambiar es nuestra visión de la Historia. Cuando se hayan expurgado los manuales de todos sus « Partes de Ems » y de todos sus juicios descorteses sobre los países vecinos, no se habrá hecho más que mejorar el terreno que nutre al nacionalismo. Pues Europa no es la suma de veinticuatro « historias nacionales ». Por el contrario, sobre la unidad fundamental de la *historia común de los europeos* se destacan, aparecen y desaparecen las naciones y sus Estados, que son fenómenos de naturaleza y de duración muy variables, y que no han llegado a ser mortales, sino a partir del momento en que se ha pretendido darles valores absolutos. Más necesaria es la introducción de una historia de Europa, en todos los grados de la enseñanza, que la de una reforma de los manuales nacionales. Sin esa historia, nuestras crónicas regionales nos serán para siempre ininteligibles y alimentarán los más fatales errores : los que permiten la *aceptación* por nuestros pueblos de nuestras guerras interiores.

Me han impresionado dos argumentos, que pudieran estimarse propios para encauzar el sentido europeo de nuestra opinión pública. El primero fué aportado por el Sr. Ernst Friedländer, publicista alemán : « Es preciso decir francamente a nuestras naciones que no podrán salvar su *individualidad*, más que sacrificando su soberanía ficticia ». Así es como debe tranquilizarse a los que dicen temblar de ver a su patria « perderse en la masa informe de una Europa unida ». El segundo argumento es debido al Sr. Cotsaridas, publicista griego : « En las esferas militar, económica y política, las organizaciones *internacionales* existentes (tales como la O. T. A. N.) toman hoy sus decisiones principales, y el pueblo no ejerce intervención alguna en ellas. Por el contrario, las organizaciones *supranacionales* (las autoridades federales previstas para Europa) restablecerán de hecho

la soberanía del pueblo, pues el pueblo estará asociado a su gestión. Importa explicar esto a las masas, pues así se disipará el temor que suscita la pérdida de la soberanía nacional ».

Resumiendo : no es exacto que nuestras naciones, a fin de unirse, deban sacrificar lo que subsiste de su soberanía nominal. En cuanto a lo esencial de esta soberanía, lo han perdido, y sin poder recobrarlo. A la pregunta : ¿ Por qué la Europa unida ? nos es preciso pues responder ahora : Para que Europa recobre, entre los grandes imperios, la soberanía que sus naciones pierden.

SENTIR EL FEDERALISMO. — Cuanto más escucho lo que se dice sobre Europa, más me impresiona la ausencia, entre nuestros intelectuales, de lo que podría llamarse el instinto federalista. ¿ Hasta qué punto se ha llegado en el conocimiento del federalismo ?

La mayor parte parece ignorar el verdadero significado de la palabra. ¡ Y no es en el diccionario donde lo encontrarán ! Littré lo define así : « Neologismo. Sistema, doctrina del gobierno federativo », y lo describe, de acuerdo con Chateaubriand, como « una de las formas políticas más comunes, empleadas por los salvajes ». (Esto después de haber concretado, en la palabra *federal*, que « Suiza y Estados Unidos tienen gobiernos federales »). El mismo Littré añade que el federalismo fué también un « proyecto de romper la unidad nacionalista, atribuido a los Girondinos ». ¡ Nada extraño es que numerosos franceses creyeran, no ha mucho aún, que el federalismo era un procedimiento para debilitar a Alemania ! Invirtiendo el error, otros imaginan que los federalistas europeos se proponen crear un vasto Estado centralizado. Y ¿ cuántos saben que la Constitución suiza de 1848, no obstante ser ejemplarmente federalista, lejos de abolir la soberanía de los Cantones, la *garantiza* expresamente ? Estas equivocaciones explican cumplidamente la extrema confusión de los debates sobre la federación de Europa.

El federalismo es más bien una práctica, que una doctrina. Supone un instinto político opuesto al espíritu de sistema y al racionalismo retórico. Debe seguir siendo

incomprensible para los que, al no hallar diferencia sería entre una contradicción en las palabras y una tensión fecunda en los hechos, quieren suprimir la segunda, porque la primera hiere su lógica. El federalismo se basa efectivamente y por completo sobre esta « lógica de lo contradictorio », que el Sr. Stephane Lupasco acaba de formular en obras de erudición, lógica que rechaza por igual a jacobinos racionalistas y a dialécticos marxistas, y que los hombres de Estado de mi país han practicado sin proponérselo, desde hace siglos con apacible éxito.

Considero urgente y vital que los que se ocupan de Europa hagan el esfuerzo de asimilar los rudimentos del federalismo, pues sin él la unión de nuestros países es prácticamente inimaginable, si he de atreverme a arriesgar la alianza de estas dos palabras.

El federalismo no es más que una manera de captar a la vez la unidad y la diversidad en política ; de comprender, al mismo tiempo, que las diversidades son legítimas ; que la unión es necesaria ; que las primeras no pueden subsistir sin la segunda ; que la segunda sería mortal sin las primeras ; que se trata, por consiguiente, de reconciliarlas, o mejor dicho, de ponerlas en tensión. La resultante se denomina la paz.

Siendo Europa una y diversa, compuesta de veinticuatro naciones, a las que una cultura milenaria engloba y vivifica, su unificación la mataría, pero también moriría si continuase dividida. De esto se deduce que la única manera de concebirla, con propósito de resolver sus problemas, es la manera federalista. En tanto que se persista en concebir la unión en las categorías del Estado-Nación, de las administraciones centralizadas, o por el contrario, de la coalición, el falso problema de las soberanías agriará o paralizará los debates. Creo, por lo tanto, que la primera tarea del momento actual es la educación federalista de la opinión.

Ilustraré con tres ejemplos, tomados de los debates de la Mesa Redonda, lo que conviene llamar, no la doctrina, sino la *actitud federalista*.

I. La federación de las naciones de Europa debe ir seguida de su federalización interna :

El Sr. *Schlichting* (Países Bajos) hace resaltar que un sistema supranacional podrá contribuir a aflojar las apretadas ligaduras que las naciones se han visto obligadas a imponer a sus diferentes regiones ; lo que conduce a un centralismo excesivo y a una limitación anormal de la autonomía local y de la vida regional. El supranacionalismo ofrece, pues, perspectivas muy favorables para amplios sectores de la población europea, al crear posibilidades de expansión a las manifestaciones locales y regionales de la cultura.

El Sr. *Schuman* sugiere, en apoyo de este último criterio, el examen de la Comunidad carbón-aceo, en la que la Lorena, el Sarre y Luxemburgo podrán constituir una zona única, cuya autonomía será casi completa, aunque deba conocer ciertos límites. El supranacionalismo puede conducir a la creación de autoridades regionales que cabalguen sobre las fronteras actuales.

2. El federalismo implica la legitimidad de las lealtades múltiples, como condición fundamental de la libertad :

El Sr. *Toynbee*. — En lo concerniente al concepto de la lealtad, los romanos han descubierto que no debía aplicarse necesariamente a un solo objeto. Cicerón concilió fácilmente su lealtad para el Estado mundial romano, con la debida a Artino ; Pablo, su lealtad hacia Roma y Tarso. Un conflicto de lealtades no tiene ya hoy en Europa una razón de ser que no tuvo en Roma. Las naciones europeas no pueden sobrevivir, sino dentro de los límites de Europa, y Europa no puede asegurar su florecimiento si las naciones que la componen no conservan su identidad.

El Sr. *von Kleffens* aprueba las observaciones del profesor Toynbee sobre las lealtades múltiples — « allégeances » sería quizá un término más adecuado — e insiste en que esta noción encuentre su lugar en las conclusiones de la Mesa Redonda.

El Sr. *Kogon*. — Europa ha de aportar su tributo a la civilización. Deberá encontrar lo óptimo como resultado de combinar un mínimo de unidad con un máximo de diversidad.

3. El federalismo sólo opone el buen sentido a los sofistas que abusan de las defriciones para impedir todo resultado práctico :

El Sr. *de Gasperi*. — Unicamente los sofistas pueden preguntarnos por qué nos limitamos a ciertos países. Honradamente no se nos puede reprochar que excluyamos al resto de la humanidad. Cuando se ama a una mujer y se contrae con ella matrimonio, ¿ acaso se firma una declaración de odio hacia todas las demás mujeres ?

DISTINCION ENTRE EL INDIVIDUO Y LA PERSONA. — La confusión de nuestro vocabulario, subrayada por Eugenio Kogon, es uno de los signos más graves de la crisis espiritual del Occidente. (Rusia no la ha resuelto con sólo limitarse a desvirtuar el sentido de palabras tales como paz, libertad, orden, agresión). Me acuerdo de haber analizado esto ampliamente en uno de mis primeros libros, « *La decadencia de los lugares comunes* ». Este análisis, convertido a su vez en lugar común, ha prosperado después, por una triste ironía, pero sin remediar el mal. Le añado aquí un ejemplo tópico.

Casi todo el mundo parece confundir hoy, sin escrúpulos, los términos individuo e individualidad, personalidad y persona. Esto denota un descenso catastrófico de la cultura teológica en nuestra época, para no tener que mencionar la filosofía, la etimología y la semántica. Estas confusiones de lenguaje, que acusan una inconsciencia general, han lanzado por la borda siglos de disputas eruditas y apasionadas, los trabajos de los concilios fundadores de nuestra concepción occidental del hombre, así como la obra de Atanasio, Gregorio y Basilio, Beocio y Tomás de Aquino, Calvino y Kant. ¿Cómo imaginar la Europa y su aportación vital a la concepción de lo humano, si se persiste en mezclarlo todo y en confundir las palabras clave que determinan nuestra existencia concreta ? ¿Cómo responder, por ejemplo, a la crítica común a marxistas y fascistas, relativa a la atomización de nuestras sociedades, y cómo refutar la ética colectivista, si no se puede oponer al individuo la persona, en lugar de la masa ; a los desórdenes de la democracia, la democracia sana y no la dictadura ; a la anarquía individualista, el *sentido comunitario* y no el colectivismo ; en una palabra, a la peste, la higiene y no el cólera ? ¿Cómo defender contra los comunistas al individuo vacío, egoísta, impotente, que es precisamente la causa y a la vez la víctima de las reacciones colectivistas del cuerpo social ? Si hemos perdido la noción de la persona, del hombre como ser social, tal como la han definido los grandes concilios en sus largas disputas trinitarias, ya no sé qué Europa defenderemos.

La noción de que hablo es una *noción del hombre* y no una suma de intereses de los que pudiera prescindir el resto del mundo.

HACER SACRIFICIOS RAZONABLES. — Al observar, entre los mejores espíritus, la tendencia a « apaciguar » a los adversarios de la unión, a dorar la píldora a los Estados, a no insistir más que sobre las ventajas de una mayor cooperación sin dolor, guardándose de atacar de frente los prejuicios nacionalistas y de mencionar los sacrificios indispensables, he creído oportuno acabar con estas palabras mi discurso de clausura en el Capitolio :

Está claro que unos y otros deben aceptar ciertos sacrificios. Deben afrontarse ciertos riesgos. No obstante, el eludirlos sería perderlo todo con seguridad y en breve plazo.

Se acepta de buen grado la comparación entre nuestra Europa y Bizancio. Este imperio que se hundió para siempre, hace cinco siglos exactamente, había cesado de representar su gran papel histórico desde el año 1204, en que el ejército de los cruzados saqueó su capital y profanó su santuario. Caída inmensa, cuya causa directa fue la negativa a aceptar un sacrificio mínimo.

Los cruzados, al desembarcar en Constantinopla, exigían un tributo antes de alejarse : 10 millones de francos oro, aproximadamente. El emperador les entregó la mitad ; después se puso a lamentar su miseria. Los ricos se negaron en absoluto a ayudarlo, pretextando estar arruinados y rehusando hacer la aportación patriótica de las débiles sumas que debían asegurar su salvación. Después de varios meses de espera, los cruzados decidieron asaltar la ciudad. Bizancio fue saqueada. El producto del saqueo se elevó, al cabo de tres días, a más de cien millones, sin contar el tesoro inestimable de las obras de arte y de los objetos sagrados dilapidados o « requisados ». Las riquezas de Bizancio, reunidas al fin en un « fondo común », fueron arrebatadas por el ocupante.

De ustedes depende, señores de la Mesa Redonda ; de esfuerzos como el de ustedes, de todos nosotros, europeos, depende, escribir otra Historia para una Europa nueva.

DENIS DE ROUGEMONT

ESTAMPAS DE LA ISLA DE PASCUA

POR LUIS MERINO REYES

LA Isla de Pascua se encuentra ubicada a dos mil sesenta millas del puerto de Valparaíso y es una posesión chilena. La primera impresión paradójica del viajero se basa justamente en esta última condición de la Isla, en su nacionalidad. Después de navegar unos once días entre la Isla de Juan Fernández, siempre por mar agitada y con viento noroeste, sin otra distracción que divisar algunos escualos y una o dos ballenas, el viajero distingue el perfil brumoso, situado en la latitud del trópico de Capricornio, en el ombligo del mundo. Entonces aparecen por todos los rincones del barco unos hombres altos y morenos, de rostros más bien indios o africanos, algunos de talla gigantesca, que hablan un idioma imprenetrable, como rápido chasquido lingual, y son chilenos. Nada tienen que ver ellos con nuestro mestizaje, ni con la forma cómo nos fué impuesta nuestra lengua y nuestra cultura. Uno me tutea y me enseña unas figuras talladas en madera miro-tahiti. Son los moais Pa'apa'a Hiro y los moais Kavakava, monos flacos, costilludos, que se conocen con el nombre de toromiros y que representan a los « akuaku », espíritus del otro mundo. Los oferentes no se interesan por dinero, desean ropa, camisas, pantalones. Adquiero un pez, unas dagas, dos Pa'apa' Hiro y un Kavakava por algunas camisas y varios panes de jabón. El proveedor me dice, en su media lengua castellana, que él es mi amigo, que sólo me trae un regalo

y que acepta mis prendas de vestir por que las necesita. También me regala piñas, plátanos y naranjas jugosas. Su condición infantil, su astucia primaria, lo diferencian del ladino isleño que subió al barco, en la isla de Juan Fernández, a ofrecer sus bastones, polveras, palillos y cajas de chonta y sándalo, haciendo, a cada instante, presente que nos favorecía con su negocio.

Al salir a cubierta vi a un muchacho delgado, bronceado, de ojos azules, que tiraba entumecido sobre un banco. Recorrió casi 800 metros, desde el embarcadero, sin agotarse. Cuando entendió que le encontraba tipo de europeo, me dijo que su bisabuelo era francés y que estuvo en la Isla, mientras él quién sabe dónde estaba. Otro, alto y gordo, llamado Napoleón Paoa, un tanto estático y desenfadado, nos regateó una paloma tallada en madera, que representaba el Manutara, pájaro legendario.

En la noche ya eran numerosos los pascuenses que deambulaban por el buque. En la cámara del ingeniero de la nave, cantaban varios, uniformados con ropas de la Marina, guiados por su « alcalde », un hombrecillo flaco y canoso. El Comandante fué condecorado mediante un collar simbólico y asistía a la fiesta con sus oficiales. Ningún pascuense ignora el canto, y los que se introducan en la cámara se sentían incorporados a la melodía. El ritmo de las canciones es el típico de las islas del mar Pacífico y es seguro que a ellos les ha llegado de Tahiti o de



Moais en la penllente del volcán Rano Raraku.
(Dep. de fotos de la Universidad de Chile)

Hawaii. En la pöpa la fiesta adquirió mayor colorido : los pascuenses cantaban y bailaban y, sin asomo de perversión, imitaban los movimientos sinuosos de las bailarinas. El compás melancólico, propio tal vez de los habitantes de las islas, se renovaba sin cesar. El barco quedó fondeado, pero vivo, la brisa era fresca, la isla estaba sumida en las tinieblas. Junto al constante murmullo del agua, corría el monorrítmico estribillo de una canción isleña.

Al amanecer, nuestro buque, el « Angamos », se trasladó de La Pérouse, su primer fondeadero, que lleva el nombre de un expedicionario francés que arribó a la Isla de Pascua en 1786, a Hangaroa, donde reside el núcleo de la población, compuesta de 850 habitantes, y ya tuvimos una sensación colectiva del ánimo que despertaba entre los pascuenses nuestra llegada. Se aproxima al costado del buque un bote que tripulan varios muchachos y un viejo. La mar está agitada y el bote se vuelca ; los muchachos alcanzan la escalera del buque, mientras el viejo se aterra al bote volcado, sin perder

sus bártulos ; monos de madera, una cabeza de plátanos, un bastoncillo. Sólo pierde algunas frutas que se desgajan. Ha vencido su desgracia sin abandonar el control de sus necesidades ; su rostro es terco y su mirada impasible. Menudo, nervioso, es la visión total de un hombre.

Aparte de las visitas, portadoras todas de morrales con figuras de madera, naranjas, piñas y plátanos, los pascuenses asumen por derecho propio, sus puestos en los remos. Nadie podría reemplazarlos e improvisar destrezas en el paso de las barras que guardan sus desembarcaderos. En un bote tripulado por mocetones macizos, de rostro oscuro, vestidos con uniforme náutico de trabajo, se recorta la figura del Padre Sebastián Englert, sabio sacerdote católico, radicado desde hace 18 años en la Isla. Lleva hábito blanco y su cara es pálida, aumentando su albura la inexpressión de sus ojos celestes. Los bogadores lo cogen en vilo y en uno de los reflujos favorables, lo depositan en la escalera del barco. Entonces sube con agilidad de misionero.

Los tripulantes, desembarcados, ya afrontan la barra de Hangaroa. La chalupa se levanta y desaparece entre dos lomajes de agua; desde el barco, los observadores rien como si sospecharan esos rostros clásicos, mitad irónicos, mitad inseguros, con la voluntad sobre el accidente imprevisto, que ponen los hombres cuando sienten miedo.

Nosotros nos embarcamos en dirección a Hangapiko, muelle de Mataverí, residencia de la administración de la Isla. Los pascuenses, no más de cuatro, todos iguales para el forastero, dirigen la boga con su lenguaje de giro rápido, como tableteo gutural. La maniobra fué hábil y la embarcación logró soslayar la renovada y espumeante acometida del mar. A pesar de la destreza nativa, la lancha se alzaba y descendía rebotando inerte. Yo observé el rostro malicioso de los pascuenses; uno de ellos bostezaba haciendo alarde ingenuo de tranquilidad. Por último, los diversos recursos hábiles, los mandatos guturales de los pascuenses, se encauzan en un navegar breve y deslizado que nos conduce al desembarcadero como por un tobogán de agua luminosa.

COMO un fondo a la vida de los escasos continentales que residen en la Isla de Pascua, está la actitud sinuosa, algo inasible de los pascuenses. Son como pupilas y orejas que atisban desde escondites o miradores. En pocos lugares, se advierte, con menos tapujos, el ademán de guardar silencio cuando aparecen la boca gruesa o los ojos oblicuos de un nativo sonriente que sirve un plato o pasa una copa. La variedad de razas establece en esta relación su mejor contraste, su afirmación más poderosa. El roto chileno, mezcla de araucano y de mestizo, observa y un día estalla. El nativo pascuense es sensible y sutil; sus ancestros polinesios, su propio aislamiento, lo frenan en el ataque, prefiere valerse de la murmuración a espaldas vueltas. Nada más próximo, en este sentido, que la Isla de Pascua a una ciudad de artistas. Además, hay tiempo, un tiempo que fluye de todos los regazos de la Isla, de la falta de angustia orgánica, de los bailes y del tallado de monos de madera.

El hombre continental está asediado por un ámbito bárbaro de mujeres. Las nativas han perdido muchas características folklóricas; pero desde las primeras expediciones hasta hoy, han mantenido su instinto eugenésico. Ellas anhelan unirse con el continental para que les dé hijos distintos, menos propensos a la lepra que los vástagos de su misma raza. Las casadas no se detienen en el camino cuando van solas y se les saluda en forma insinuante; pero tampoco se niegan a la unión sexual foránea. La gestión de los misioneros reduce, en la práctica, los derechos del marido a su licencia para golpear a la cónyuge si ésta no observa buena conducta. Sin embargo, esta misma actitud es variable y si el forastero, en lugar de ligarse a hurtadillas con una mujer casada, pidiera permiso al esposo, no incurriría en un desatino.

Mientras transitamos por la calle principal de Hangaroa, diviso a un grupo de

Talla de toromiro.
(Dep. de fotos de la Universidad de Chile)



colegiales, con edades fluctuantes entre los 10 y los 13 años. Uno de los compañeros más jóvenes e impulsivos, les pregunta por el « toroko », planta de significado malicioso, alta como los juncos, donde el muchacho o « torito » lleva su presa. Una de las colegialas, de rostro moreno indo, cuyos ojos brillan con el resplandor del Asia más quemante, exclama : — ¡ Toroko, oh no, pecado original !

COMEMOS en una atmósfera de trópico ; los jarros de jugo de naranja, las piñas, los plátanos, decoran la mesa. Es el hogar afectuoso del matrimonio Lord. Durante la comida nos sirven Felisa, una nativa alta, con mezcla racial norteamericana, y Miguelina, típico ejemplar de mulata negroide. Las bromas abundan matizadas con palabras del idioma pascuense. « Hanga rahe an kea kohe » significa « te quiero mucho a tí ». « Korohua », « hombre viejo » ; « tanhata nepariva », « hombre joven ».

Un sentimiento de aventura dinamiza el ánimo de muchos, a pesar de que algunos rostros, aferrados a una juvenil y tímida dignidad, son impenetrables. Estoy sentado a la derecha de la dueña de casa y me deleita la precisión sutil de su lenguaje. Este grupo de nueve alojados — cada uno con su misión de trabajo, pero distante de su hogar más de dos mil millas, ha de ser un espectáculo para ella. Sin embargo, permanece estilizada por la cortesa. El propio mister Lord, su marido, busca su asentimiento luego de esbozar algunas de sus franquezas, o le hace un guiño cuando un idealista describe a los nativos como ángeles polinesios.

Después de comer, ocurre lo que el mismo ambiente determinaba y, con la venia de los dueños de casa, se organiza el baile al compás de un acordeón. Surgen, después de un momento, como los actores de sus camarines, Ricardo el cocinero, típico malayo de modales femeninos, Felisa, Miguelina y Aurora, un bello ejemplar pascuense, alta, fina, de caderas plenas y negros ojos en ojiva. Se instalan en un escaño del corredor de la casa y cantan y danzan. Las melodías se repiten con estribillo monótono, la letra es triste, ahita de nostalgia. Es la isla de Tahiti la

que ambienta y conforma la totalidad de los cantos :

Muchacha de ojos verdes yo te saludo,
venga pronto mi querida
con vaivén, vaivén navega el buque
para llegar a Rapa Nui.

El canto y el baile son seguidos en ruedo por unos instantes ; mister Lord y su esposa se han instalado en un extremo del corredor y observan silenciosos. No se trata de una música típica. La casa, rodeada de mosquiteros, con parrones de cuyos flancos penden cabezas de plátanos, con un vestíbulo ornado por objetos pascuenses, de los mejores artifices, me evoca la casona de alguna novela inglesa ambientada en la India.

La contención occidental se pierde y vendida la barrera de la etiqueta, bailamos todos, con movimientos improvisados, felices, aceptando el ondulante compás de Pascua, mezclado a la bastardía de nuestros bailes. Sólo es reacia para bailar emparejada Aurora, la más bella del grupo nativo, que baja los párpados, temerosa de su dueño, observador próximo, desde el grupo de los músicos, cuya expresión estática, taciturna, tiembla llena de presagios.

En cambio, baila, sin hacerse de rogar, Casimiro Paoa, llavero sin llaves de la casa, de sesenta y siete años de edad, cuya mirada gris tiene ese resplandor camino de los viejos. Casimiro no se quebranta después de saltar sensualmente, moviendo las manos a través de su cuerpo, como si amasara una escultura imponderable.

En seguida, recorro la noche pascuense, huérfana de ladrido de perros. Es necesario andar con cautela, pues no hay veredas y abundan los hoyos en el camino. Sobre un cielo negro están inmóviles las estrellas y nace una luna delgada y brumosa. Las luminarias presionan mi nuca, como me sucedió en las tierras rojizas de nuestra pampa salitrera. Ubico la Cruz del Sur, Venus y Saturno. No adquiero la conciencia de estar en una isla a más de dos mil millas del continente. El cielo, las estrellas, la silueta de los seres humanos hace sentirse confiado en cualquier punto de la tierra.

LUIS MERINO REYES

Cuatro tiempos de la muerte

POR SALVADOR PINEDA

EL tema de la muerte, campea en casi toda la literatura de nuestro tiempo ; pero alcanza mayor rango y significación en autores de la talla de André Malraux, Thomas Mann, D. H. Lawrence y Stefan Zweig. Los cuatro la personifican en sus libros de distinta manera ; pero bastaría con releer sus páginas alusivas para comprobar que en todas ellas figura como personaje central.

La muerte es, en efecto, « leitmotiv » de sus libros, contenido y expresión de sus obras : para Malraux es casi « condición humana », signo de fatalidad en todo prisionera que ve pasar « el tiempo del desprecio » desde su cautiverio ; para Mann es sinfonía macabra, motivo filosófico o sentimiento artístico del mundo convulso en que vivimos ; para Lawrence sólo tiene sentido como resurrección del sexo, como misterio fálico que encierra, sin embargo, la belleza de la vida en estado natural ; para Zweig, finalmente, es cosa de predestinados, fuerza demoníaca, idea obsesionante, mal interior que empuja a trágicos desenlaces.

Pero ya sea como signo de fatalidad, como sinfonía del espíritu, como resurrección del sexo o como fuerza demoníaca, la muerte tiene cuatro momentos estelares en la literatura contemporánea que conviene resaltar separadamente para darles la importancia que merecen.

Malraux o la muerte prisionera

EN distintos pasajes de sus novelas, André Malraux — apóstol de la condición humana — reconoce sin vacilar que el individuo, como el genio, vale por lo que tiene dentro y que la juventud, en cierta forma, es una religión de la que siempre es preciso abjurar. Es difícil — ha dicho — ser un hombre. Pero no lo es más llegar a serlo ahondando su comunión que cultivando

su diferencia. Y como todo hombre, en el fondo se parece a su dolor, sabe por lo menos que cuando su cuerpo se siente amenazado el espíritu está libre.

En casi todas sus novelas — intensas y dramáticas como su propia vida de militante y aventurero — Malraux se ha propuesto reducir el mundo de la tragedia a dos personajes centrales : el héroe y su sentido de la vida. Ha vivido mucho y escrito apenas unas cuantas novelas : *La Condición Humana*, *Los Conquistadores*, *La Esperanza*, *El Tiempo del Desprecio* y *La Vía Real* ; pero en todas ellas se manifiesta la soltura de su estilo y la agilidad de su prosa. Pese a su corta producción novelística, no es sin embargo un escritor limitado sino cultivador de temas humanos de gran alcance.

Literatura de combate es la suya, y no hay nada que lo pueda evitar, porque sus personajes están encadenados y luchan por desatarse de las fuerzas que los retienen inexorablemente. Un drama esquiliano se desarrolla en la tragedia honda de sus héroes, que buscan la manera de evadirse cuanto antes de la angosta prisión que les roba la humana facultad de accionar.

Malraux mismo ha explicado que su obra se propone profundizar el sentido de la condición humana, frente a un mundo abatido por el sufrimiento y la muerte. Con un heroísmo a prueba, el hombre pelea por reconquistar la libertad de que se ve privado al ser víctima de una esclavitud que lleva aparejada la anulación de los derechos y la exaltación del despotismo.

— ¿ A qué llama usted dignidad ? pregunta uno de sus personajes.

— A lo contrario de la humillación — responde Kyo.

La humillación no es otra cosa, en realidad, que la injusticia social que encierra al hombre en una celda oscura, por la que ve pasar « el tiempo del desprecio » antes de que le llegue la hora. Pero

en el fondo de la humillación, como en el fondo del dolor, el verdugo tiene muchas probabilidades de ser más fuerte que las víctimas.

La prisión del hombre y el cautiverio del espíritu; el hombre metido en un cuarto de losas frías, sin más compañía que su imaginación atormentada y el silencio que le toca la frente; he aquí el mundo típico de Malraux en que actúan los seres perseguidos de sus novelas.

« Siempre son los mismos los que van a la cárcel — dice Kyo en *La Condición Humana*. — Katow iría aunque no me quisiera profundamente. Iría por la idea que tiene de la vida y de sí mismo. No es por alguien por lo que se va a la cárcel. »

No es por nadie; es por destino, tal vez. Porque la cárcel se lleva dentro de cada cual. El individuo no quiere ser sumiso, pero sabe muy bien que lo que pesa sobre él es su propia condición de hombre. Todos son prisioneros de la misma suerte, aunque no se encuentren en un calabozo. Por eso todos están condenados a sumergirse en el mismo sentido de la vida que les da fuerza.

Cada uno de ellos es cautivo de su naturaleza angustiada y, sin embargo, su redención se encuentra en realizar la trayectoria fatal de su destino. El sufrimiento hace pensar más en la vida que en la muerte, y por eso hasta el prisionero vuelve a ser un hombre en el momento mismo en que lo torturan. Aquí está precisamente la paradoja de su existencia: en la prisión de su suerte encuentran la libertad.

Kyo es más él cuando se liga a su deber y se sabe sin embargo sometido al dominio de su propia mujer; Clappique se posesiona de su papel de bebedor cuando siente que eso lo inclina más al vicio y la mundana excitación. May se reafirma más en el amor hasta el día en que pone en peligro su situación conyugal; Valeria adquiere con orgullo su libertad femenina, hasta el momento en que recobra la posibilidad de entregarse a la aventura en que las circunstancias la obligan a demostrar « que también la mujer es un ser humano »; Chen tiene que matar un hombre en una noche de angustia para ponerse de acuerdo con su instinto en el mundo nocturno que no se opone al crimen, como si sólo el homicidio le hubiera permitido reconciliarse con su propia existencia.

Y ¿ qué decir de Gisors, ese personaje de recia contextura que forma casi todo el nervio de *La Condición Humana* y que por sus patéticos perfiles se parece tanto al padre de los Karamasov? Espíritu fuerte de trágicas virtudes en una abierta lucha contra la crueldad y el desengaño, Gisors representa el pensamiento en acción indirecta. Es el tipo del intelectual derrotado que se satisface en contemplar su obra y la proyección de sus ideas en una generación combativa. Sí-

bolo de la tradición de un país, enseña a sus discípulos la fórmula de actuar con el pasado a cuestas, ya que para justificar su vida no hay más que un recurso: transmitirla.

Malraux ha hecho, pues, la apología del hombre prisionero. Del hombre encerrado que sueña en la rebelión y en el próximo desquite, mientras la soledad y el desconsuelo le hacen pensar que el más fuerte de los lazos es el combate. El hombre vive enconado por el dolor, que de tanto lastimarle las entrañas se le parece mucho. Todo hombre sueña con ser un dios; pero vale más seguir siendo hombre. Un dios puede poseer pero no puede conquistar. Nada en cambio es más atractivo en un hombre que la unión de la fuerza y la debilidad.

El sufrimiento, la angustia, el dolor, la privación de la libertad, el espacio limitado para las acciones humanas, la línea de la fatalidad y la suerte de los espíritus condenados al cautiverio; tales pudieran ser los rasgos sobresalientes de esa temática vigorosa que tiene en André Malraux su más vivo y fecundo realizador.

Personaje de novela, Malraux se retrata en sus propios libros y habla en ocasiones por boca de sus mismos héroes. Le preocupa en extremo la condición humana y el drama del hombre ante la muerte. Pero coloca al artista por encima del héroe y del santo.

Por lo demás, Malraux sabe muy bien que es indispensable transformar la voluntad en inteligencia y que hay que interesarse por las fuerzas humanas en lugar de interesarse por los seres. Bajo una atmósfera constelada de fatalidad, sus seres se mueven como prisioneros del destino, teniendo la seguridad de que no basta la caridad para agotar el dolor y que las noches agobiadas de angustia no son más que claridad.

Y al hombre prisionero, cuya condición humana él defiende con tanto aplomo, le queda, en última instancia, la posibilidad de repetir la salmodia nocturna que entonan los camelleros tártaros entre el olor de los jazmines secos y bajo el cielo de Mongolia: « Si ésta es la noche del Destino, ¡ bendita sea hasta la aparición del alba ! »

Mann o la sinfonía de la muerte

LA vida, rítmica como una sinfonía de Beethoven o como un drama musical de Wagner, tiene tonalidades múltiples en proporción de acercamiento entre las jerarquías de una clase social en decadencia y las escalas maravillosas del arte. En torno de principios egocéntricos y núcleos en descomposición, se va de integrando, poco a poco, toda una organización de castas que encierra, en su más profunda esencia, fuerza de abolengo y sensibilidad estética. Tal es la técnica central que llena el contenido de *Los Buddenbrock*,

otra de las novelas donde se exalta el tema de la muerte.

Destila sobre sus páginas, demasiado estrechas para contenerlo, el destino de un grupo de hombres que integran la realidad punzante de una época histórica. Tiene el tinte perfecto del color alemán, tanto por su estilo como por su fuerza literaria; pero, como Goethe, Thomas Mann se ha engañado: pensaba legar a su patria un libro terriblemente alemán y resultó, en último análisis, que escribió para la humanidad entera.

Se propone hablar de su pasado y hace desfilar, con pasos lentos pero seguros, las aristocráticas figuras de una familia de comerciantes hanseáticos que se desviven por mantener íntegro el orgullo de sus antepasados por encima de sus fracasos. Todos ellos, hombres militantes frente a un mundo de posibilidades, manifiestan al actuar un sentido tan real, que se tiene la impresión de verlos levantarse sobre el papel para justificar, con su potente voz de alemanes robustos, las inviolables ideas de sus prejuicios burgueses. Viven tan intensamente desde la infancia hasta la ancianidad, que se siente un tentado a detenerlos para buscar en su interior ese « virus maléfico » que los incita a obrar.

Esta, es, precisamente, la nota característica que informa el temperamento artístico de Thomas Mann: « solícita de una manera profunda, a la alemana », para ir más allá de sus páginas. Es, en el fondo, un encaminador de almas, y sus novelas, rebosantes de ideas y doctrinas, no son más que perspectivas humanas que hacen sospechar latitudes más amplias. Su táctica estriba en apuntar sugerencias para que la curiosidad enciclopédica del lector se encargue de descubrir las conclusiones. Aquello de que Mann habla más al intelecto que a la emoción, nos induce a calificarlo de pensador más que de novelista, hombre de letras más que literato.

No otra cosa nos insinúa la posición doctrinaria de Settembrini, aquel heroico pedagogo de *La Montaña Mágica*, que habla al mundo latino desde las alturas. La actitud bélica, profundamente europea, que asume Hans Gastorp ante la irrupción de mundiales acontecimientos y que ha sido la causa de que la nueva generación alemana vea en Mann un maestro de juventudes, expresa claramente una serie de reflexiones sobre el germanismo.

Graves problemas filosóficos tienen que plantearse para la vida en declive de Thomas Buddenbrock — último reducto de una generación en derrota — cuando sus manos burguesas, nunca vencidas, tropiezan con un libro de Schopenhauer. Este pesimismo, signo inequívoco de la transformación que se opera en el fondo de su espíritu, le arrastra a experimentar esa morbosa sensación que implica el misterio deductor de la muerte.

« El contacto precoz y frecuente con la muerte, inclina a un estado de espíritu que nos hace más delicados y más sensibles a las durezas, trivialidades y, digámoslo claramente, al cinismo de la vida ordinaria... », como el atormentado personaje de *La Montaña Mágica* y pariente suyo por la semejanza de la suerte, parece meditar al cónsul Buddenbrock. Y quién sabe si en sus serias reflexiones no le hayan asaltado, de pronto, las palabras de Maeterlinck: « Purificado por el fuego, el recuerdo vive en lo azul como una bella idea, y la muerte no es sino un nacimiento inmortal en una cuna de llamas. »

La esperanza de una resurrección espiritual le impulsa a tratar de prolongar la vida; pero se desgasta en el placer inútil de querer resurgir. Sin embargo, todo esto que sabe no le servirá más que para morir dolorosamente. Pero esa resolución de firmeza y serenidad que adoptan todos los Buddenbrock en la hora final, seguros y satisfechos de haber cumplido su destino, es un rasgo típico de la raza nórdica.

Por eso el espíritu de Thomas Buddenbrock — igual al del propio Mann — es el mismo que anima los momentos más trágicos de aquella nórdica personalidad que se llama Juan Gabriel Borkman. Ambos intentan redimir a sus pueblos a costa de sus propias vidas, expiando su pasado con las culpas del presente y edificando, desde abajo, el porvenir. Es así como el norte de Europa debe a Ibsen y a Mann, lo que el oriente a Tagore y el occidente a Spengler.

No es verdad que con este libro Mann se revele como un traidor a su clase, — según pensaron las gentes de la hanseática ciudad de Lübeck, su tierra natal. Antes bien, trata de evitar su escandalosa caída y su aparatoso derrumbamiento, aportando una solución definitiva: cree que la burguesía mercante tiende a desaparecer del campo de las fuerzas económicas; pero ante la inminente catástrofe, antepone la barrera de principios morales y estéticos al interés de casta. Ante la disolución de viejos privilegios, se conserva viva la espiritualidad humana, porque los principios vitales, como toda civilización y todo perfeccionamiento moral, « han salido del espíritu de la literatura que es el alma de la dignidad humana y que es idéntica al espíritu de la política. »

El propio Hanno — símbolo de una nueva clase en formación — deja de ser influyente y poderoso industrial para entregarse a la inmortalidad del arte. Todos los suyos tienen contra la música « una antipatía de orden político »; la califican como síntoma de perdición, de vana sensiblería, pero han ignorado siempre, tal vez por el necio temor de comprobarlo, el caudal de riquezas emotivas que pueden introducir las notas musicales en su turbada y adormecida conciencia. Desprecian torpemente a Beethoven,

sin saber que una de sus mejores sinfonías — lenta, dulce y sutil — es, en principio, más edificante para la virtud del hombre que la energía concentrada en varias fábricas de tejidos.

El espíritu de la música — síntesis milagrosa de humanismo y cultura — abre nuevas orientaciones en aquel inocente organismo « destinado a la anatomía de la tumba ». Y si perece este tierno y último retoño de la clase aristocrática en la aventura con la muerte, es porque sus estupidas melodías no obedecen ya al sentido limitado de su vida, sino que se desbordan en busca de universales modalidades.

En este trágico desdoblamiento de formas decadentes e impulsos creadores, Thomas Mann se ha visto obligado a matar a sus personajes para no comprometerse demasiado. Porque de no hacerlo así, se le hubiera pedido justificar atrevidas y peligrosas situaciones, contrarias a sus teorías de regeneración social, originando, por otra parte, cierto desequilibrio en la forma literaria. Además, para ser leal consigo mismo, era indispensable poner fin a un estado de cosas en bancarrota y dejar en libertad, con toda la pujanza de su desinterés, los límpidos manantiales de la música y el arte para que fertilicen conciencias y regeneren al mundo.

En *La Montaña Mágica* se contiene, en forma enciclopédica, la visión tremenda del mundo occidental; pero no en un análisis ligero, superficial sino profundo y concentrado, porque Thomas Mann va hasta la esencia misma de la enfermedad de este siglo, plagado de peligros, para descubrir que la vida tiene movimientos macabros, cuya celeridad es mayor a medida que más se aproxima la nota final. Y esta música desintegradora de la existencia humana, obedece a los seductores compases de la muerte, cuyo preludio es el agotamiento físico que produce la enfermedad. Por eso Han Gastorp adquiere mayor seguridad de la vida y más familiaridad con la muerte cuando se acerca a Claudia Chauchat, ese tipo de mujer caucásica que simboliza la belleza imponderable de la materia orgánica. Ambos, hombre y mujer, constituyen la plástica presentación del espíritu y el amor entre los cuales flota el viento de la muerte como una musicalidad cuyo contenido sentimental, según Settembrini, es de inspiración latina. Esa virulenta y apasionada declaración de amor con que el protagonista hace patente su apego a la vida, se antoja toda una filosofía de la sensualidad, brotada de organismos enfermos predestinados al aniquilamiento de la tumba...

Ante este espectáculo de ruina y desastre, y desde las mismas alturas de « la montaña mágica » donde habitan los afectados de males interiores, la muerte se desliza sigilosa entre esa atmósfera de reposo y silencio que rodea a todas las existencias, como virus imperceptible de lenta des-

trucción, como mórbida penetración en los recodos del cuerpo... Y así, llega hasta nosotros esta profunda lección de *La Montaña Mágica*: vida, muerte y esperanza confundidas con el amor, espíritu y materia, enfermedad y grandeza como trágicas expresiones del arte y la existencia en el mundo convulso de nuestro tiempo.

Lawrence o la muerte en vacaciones

D. H. LAWRENCE es indudablemente uno de los mejores novelistas de nuestro tiempo. Sus novelas han dado la vuelta al mundo motivando centenares de críticas y elogios. Desde la aparición de su primer libro, *El Amante de Lady Chatterley*, ya no dejó de escribir; familiarizado con la vida, se hizo escritor profesional para lograr realizaciones plenas de naturalidad. Pero Lawrence no era un retórico de la vida sino un naturalista de la existencia, y por ello su lenguaje es preciso, real, positivo, sin encubrimiento ni hipocresías.

Su primera novela se ha hecho famosa y su celebridad ha servido para hacer de Lady Chatterley un tipo universal de mujer y de Mellors la representación espiritual del hombre. A través de ambos, Lawrence proclama airadamente su tesis sobre la inmortalidad de la carne. Los secretos del sexo, con sus complejos y prejuicios, le sirven de fundamento para exaltar la pasión física y la potencialidad del hombre. Es su justificación sensual de la vida o, para decirlo de una vez, el misterio fálico de la individualidad humana, que expresa sin embargo toda la belleza del mundo.

La lucha entre la potencialidad de la materia y la fuerza del espíritu ha sido tradicional; pero Lawrence ha querido encontrar un equilibrio en la siguiente fórmula conciliatoria: mantener una fluctuante armonía entre el intelecto y el cuerpo. Es decir, no sacrificar el espíritu a la sexualidad, sino mantenerlos a un mismo nivel, en productiva y fecunda vinculación. En este sentido, Lawrence es sobre todo un moralista y un educador: quiere que el hombre se conozca a través de su capacidad física y su categoría humana. Calificarlo de inmoral o pornográfico significaría, en cambio, negar las propias culpas e ignorar los propios méritos.

Lawrence recorrió casi todos los caminos, demostrando que para hablar con propiedad del mundo y de la vida hay que conocerlos en su estado natural. La inestabilidad de su ánimo y la curiosidad de su inteligencia, lo empujaron de una parte a otra, aparentemente en busca de lo desconocido, pero en el fondo en busca de sí mismo.

Catherine Carswell, en un estupendo ensayo biográfico sobre la soledad del peregrino Lawrence, ha vuelto a actualizar la estampa del escritor inglés como viajero del espíritu, con su psicología de aventurero y descubridor de los aspectos más recónditos de la vida. Ahí está Lawrence de cuerpo entero, con sus oscuros defectos y sus genialidades proféticas. Hombre de contrastes y alternativas, Lawrence fué ciertamente un raro, pero genial escritor que dió al traste con el orden establecido para abogar por un mundo nuevo : el mundo de la sexualidad en que no cuentan los prejuicios ni los convencionalismos. Enamorado de las delicias del Mediterráneo, de la fuerza telúrica de Australia y del abundante sol de México — díganlo sino *Crepusculo en Italia*, *Canguro* y *La Serpiente Emplumada* — Lawrence describió con emotividad y prestancia las tierras que descubrió. Por eso no fué simple turista ni caminante improvisado, sino viajero de vocación, deseoso de descubrir la verdadera esencia de las cosas.

Parece que andaba siempre sobre aviso, a caza de oportunidades, espiondo la ocasión de confirmar su devota inclinación por la vida. La amaba profundamente y su mayor desencanto era comprobar que los hombres, de espaldas a la realidad, no sabían vivirla intensamente. Desvirtuar la vida, desnaturalizarla en nombre de los prejuicios, era para él pecado imperdonable, negación de todo principio moral y, lo que es peor aún, la anulación de sí mismo ; asimilarla con todos los sentidos, aceptarla tal como es o interpretarla como debe ser, era en cambio vivir a la altura del bien, apegado a la verdad.

Y en ésto, su imagen se refleja íntegra, completa, natural : Lawrence no era un superficial sino un hombre profundo : no escribía sobre trivialidades sino de asuntos humanos de honda proyección. Mucho se ha escrito sobre Lawrence ; pero nunca se agotará el tema de su personalidad y seguirá siendo una incógnita, la incógnita del hombre para decirlo con las palabras de Alexis Carrel. Lawrence fué un hombre difícil porque no se dejó captar tan fácilmente. En ello estriba precisamente su atracción y magnetismo : no basta con conocerlo superficialmente ; se requiere penetrar en los recodos de su alma para impregnarse de sus intimidades.

Lawrence era un tipo excepcional ; no estaba hecho para los « snobs » ni para los decadentes, sino para los espíritus mayores, para las mentalidades construídas paralelamente a la vida. Lawrence iluminaba los senderos ocultos y parecía, en efecto, una llama danzando sobre el viento, persistente, inexorablemente. Pese a su alejamiento, a su reserva con los demás y hasta consigo mismo, dejó la impresión de que la vida aflúa a él desde numerosas fuentes invisibles.

Era un tipo real, pleno de humanidad ; no fué por eso un simulador ni le gustó jamás conducirse hipócrita, fingidamente ; por el contrario, se dió a conocer como era efectivamente : un rebelde, un inconforme, un inadaptado que trataba sin embargo de reconciliarse con la vida.

Jamás pudo estarse quieto ni permanecer tranquilo en un solo lugar ; se sublevó contra todas las formas sedentarias para preferir lo inestable y la posibilidad de aquietar su conciencia cambiando de perspectiva. Su peregrinar no era otra cosa que la empeñosa búsqueda de una tierra y un nuevo cielo en que fincar una nueva existencia.

El tiempo y la historia no contaron para él sino en tanto que tenían que ver — ejecutoria del sexo, trayectoria del individuo — con el destino personal. Trató de ser un profeta más que un novelista ; advirtió el presente y el futuro con los ojos puestos en el mañana, viendo con reserva a Proust, porque jamás le preocupó la búsqueda del tiempo perdido.

Casi todos los personajes de sus novelas son tipos solitarios, aislados, aunque no por eso menos humanos. No son solidarios del ambiente social en que viven sino del clima en que se desarrollan. Ahí radica precisamente el aspecto novelístico y real de sus obras : cuando se leen sus novelas, no se sabe, en verdad, si se está frente a un mito o ante una realidad. Y es que Lawrence tenía la seguridad de que la soledad hace la fuerza y de que, a pesar de todo, guardar rencor contra las gentes era pecar contra la vida. Practicó la más pura moral del afecto y la sinceridad ; místico de lo humano y devoto de lo real, abominó de los puritanos y los simuladores para predicar la religión del bien en comunión con la naturaleza.

Amaba la vida por lo que hay en ella de soledad y, como a todos sus personajes, lo rodea un misterio y una sombra que no es fácil descifrar. Pero aunque lo rodea un círculo de sombras, Lawrence no dejó por eso de manifestarse en todos sus perfiles humanos : no era un fugitivo de la vida, sino un perseguidor de ella misma.

Después de recorrer el mundo, Lawrence consignó sus experiencias en páginas llenas de pureza y de sinceridad. Sus realizaciones literarias son, por lo demás, prueba irrefutable de que en sus novelas, como lo afirma Aldous Huxley, no hubo otra influencia que no fuera la de la vida vivida por él mismo.

Pese a su sinceridad, no escapó a las críticas y ataques de sus contemporáneos ; le dolieron las injusticias y las incomprendiones, los insultos y las vejaciones de que fué objeto, pero no por ello renunció a su estilo de vida ni a la integridad de sus ideas. Jamás se encontró satisfecho en Inglaterra, no porque fuera mal inglés sino porque nunca pudo adaptarse a la estrechez de

su isla ni resignarse a los prejuicios imperantes.

No fué inglés sino por referencia. Su verdadero hogar, su auténtica patria fueron los viajes, los pueblos con que tropezó en sus largos recorridos, las tierras que descubrió en su afán incontenible de superar las distancias. No dejó nunca de andar, porque un hombre de su temperamento no podía permanecer estacionado: la amplitud de la vida lo empujaba fatalmente al placer de viajar.

Una vez en camino, escribió en una de sus jornadas, no hay más que continuar. Y eso fué precisamente lo que hizo: continuar hasta el final la trayectoria de su vida, prolongar la línea de su heroísmo trashumante, hasta el encuentro definitivo con la muerte.

Pero Lawrence no murió sino relativamente; su muerte fué, por extraña paradoja, la resurrección de su espíritu y la perpetuación de sus ideas. Su enfermedad y su muerte no fueron el epílogo de su ejecutoria humana, sino apenas el principio de la difusión de su obra y la universalidad de su pensamiento. No vivió bastante para conocer la gloria, pero a pesar de todo fué un triunfador. Trazó un camino para la salvación humana: el cuerpo ante todo, y por encima, la fuerza del espíritu, porque primero son las hojas y después la flor, según sus propias palabras.

Alfred Fabre-Luce lo ha calificado como novelista y profeta, ya que fué capaz de ligar religiosamente a los seres con la naturaleza y el instinto. No fué precisamente un idealista, sino un defensor de los derechos naturales del hombre. Seguro de que todo genio es ángel y demonio a la vez, ante lo religioso y lo pagano optó por exaltar los valores humanos. Lawrence no pretendió ser genio excepcional ni hombre de importancia, sino un hombre común, en contacto con la realidad. No les dió vuelta a las palabras; prefirió decir las cosas con franqueza y sinceridad. Escribió como hablaba, y al leer sus libros se tiene la impresión de que se escucha su propia voz.

Lawrence fué, además, un hombre de contradicciones, tal vez porque su alma, igual que la de sus personajes, se encontraba en ocasiones turbada, en una especie de caos. Pero dejó, por lo menos, un principio sagrado: el derecho a vivir con naturalidad.

Marcando un contraste entre lo profundo y lo superficial, entre su psicología de minero y su sentido de la inmortalidad, la trayectoria de su vida podría representarse con un círculo rodeado de sombras. El drama de Lawrence fué una lucha terrible entre la soledad y los convencionalismos, entre las trivialidades y la sublimidad. Sus ideas lo impulsaban hacia arriba, hacia planos de ascensión constante, en tanto que su estructura humana lo empujaba hacia abajo. Por eso sus

libros serán siempre, a pesar de él mismo, victorias del minero sobre el misterio de las profundidades humanas.

Pero Lawrence fué, sobre todo, un artista: quiso hacer, con su ejemplo de hombre y de viajero, un arte de vivir en forma natural, idílica, perfecta. Aldous Huxley ha hecho notar que Lawrence insistía, a cada paso, en que el hombre debe ser artista de su vida, creador de su propia moral. Y no puede ser de otra manera, porque el arte de vivir es más difícil que el arte de escribir.

Lawrence es, pues, un peregrino de la vida. La exploró tenazmente, tratando de encontrar su verdadera justificación terrena. Y sin embargo, dejó en pie un misterio: el misterio del sexo. A la postre, como ha dicho alguien, su búsqueda fué tan estéril como ineficaz su huida; por eso su incorregible calidad de peregrino fué su ventura y su desdicha, su tragedia y su felicidad. Sus viajes constituyen una lección: tener el corazón abierto para asimilar las verdades que ofrece el mundo; pero sus libros significan un vivo testimonio: la persistente búsqueda de algún mundo en que la vida no pierda su naturalidad.

Hay que admitir a Lawrence como realmente fué: un exponente de la virtud sexual y un vocero del perfeccionamiento humano por el amor. Tal vez por haber sido un apóstol de la vida y un sacerdote de la soledad, le habría gustado pasar a la posteridad como un vencedor. El hombre y la naturaleza se reconcilian en su obra plena de actualidad; pero después de muerto, y aún vivo en sus libros, se revela claramente como un resucitado sobre la cruz del sexo.

Zweig o la muerte demoníaca

EN tierra brasilera se asilenció el rumor de una de las fuentes más claras de nuestro tiempo, se apagó para siempre la llama de una de las mentalidades más vivas de estos días: Stefan Zweig.

Sin embargo, el suicidio del autor de *María Antonieta* nos parece un acto extraño, porque Zweig era, ante todo, un predestinado a la muerte, un espíritu destinado a la tumba. Basta con releer sus obras, en las que se estampa con palpable insistencia la obsesión de la muerte, para comprender las causas verdaderas de su dramático fin.

Psicólogo por pasión, y más que por pasión por deleite intelectual, este ejemplo realizador de voluntades enérgicas hasta donde la debilidad del carácter se manifiesta, tuvo siempre inclinación por las naturalezas violentas y las figuras más dramáticas de la historia. Su abierta simpatía por los tipos superdimensionales o de personalidad destacada, no era simple afición literaria sino identificación temperamental con los personajes estudiados.

Un hombre que, como Stefan Zweig, al escribir vivía la suerte de sus propios biografiados, no podía, al final de cuentas, mantenerse indiferente ante la observación de tantas vidas destruidas. Guiado por su « pasión creadora », descubrió secretos e intimidades, sepultados en el tiempo, pero rescatados hoy gracias al mágico poder de sus interpretaciones psicológicas ; con penetrante instinto, exploró muchas almas desgraciadas que acabaron por contagiarle el ánimo con su virus maléfico, y poco a poco fué desprendiéndose de sus esencias personales, hasta crearse internamente un sentimiento de fatalidad. A fuerza de asemejarse a sus mismos personajes, se familiarizó con la tragedia, la tragedia de una vida que, como en Marcelina Desbordes Valmores, después de conocer el triunfo fugaz de la existencia busca la gloria de lo eterno. Y es que según lo indicó el propio Zweig, quien vive la vida como una tragedia, tiene la muerte de' héroe.

Por lo demás, las heroínas de sus libros, a pesar de su femineidad, como sucede en María Antonieta, o por encima de su sencillez habitual, como acontece en Mary Baker Eddy, van visiblemente marcadas con un sello de tragedia.

Pero este signo de fatalidad que fija los contornos de sus retratos literarios, se expresa más claramente en las caracterizaciones masculinas. Las figuras de Hoelderlin, Kleist y Nietzsche, por ejemplo, constituyen una trilogía de condenados a muerte cuyo lirismo tiende a resumirse en amor, soledad e infinito.

Una fuerza invencible los arrastra más allá de su ser y los empuja a sucumbir en el agitado torbellino de sus pasiones. Con el espíritu aniquilado y un mortal enervamiento de los sentidos, los tres terminan en el suicidio y, como el propio Zweig, pasan por el mundo como luminosos meteoros para sumirse, después, en la misteriosa noche de su misión.

Una fuerza demoníaca e incontrastable exalta su espíritu hasta el extremo de aferrarse a la muerte como una liberación, convirtiéndose así en el personaje trágico de la tragedia de su propio destino. Presintiendo el final intentó justificarse previamente al escribir : « El demonio es, en nosotros, ese fermento atormentador y convulso que empuja al ser, por lo demás tranquilo, hacia todos los peligros, hacia el exceso, al éxtasis, a la renunciación y hasta la anulación de sí mismo ».

Pero no hay en su expresión el síntoma de una locura mental, sino el tono de una voz segura, cuyo eco desgarrador aspira a conmovier la adversidad. Stefan Zweig no fué un suicida vulgar que se condujo con la inconsecuencia de un fracasado moral, sino un raro convencido de sus altos designios que aseguró su personalidad ante el secreto inviolado del más allá.

Los genios de su categoría, más que por debilidad o agotamiento se matan impulsados por una plenitud emocional que no se conforma con lo mundano y busca lo infinito ; las inteligencias privilegiadas de este género, alimentan la seguridad de que la renunciación voluntaria significa una luminosa resurrección del espíritu. « La vida — subrayó Zweig con énfasis especial — es destrucción, porque es desintegración, fraccionamiento, mientras que la muerte disuelve al ser en el universo ».

Ansioso de claridades y sediento de emociones, con la nostalgia de la Viena de sus mejores tiempos, este gran austriaco, como todos los temperamentos de su estirpe andariega, vagó por todas partes tratando de hallar lo inalcanzable. Obediente a la veleta de sus inquietudes, plasmadas en la sutileza de sus relatos, este infatigable peregrino se aventuró por todas las rutas del mundo, acosado por un fuego inextinguible que le quemaba el alma. Pero al final del recorrido, su ánimo rebelde le señaló el camino y no pudo resistir a la ansiedad de adentrarse en lo desconocido. Su viajera existencia fué, por eso, solamente el prelude de una sinfonía fúnebre, cuyos últimos acordes habían de romper toda noción de límite y conservación.

Enamorado de la muerte, este hombre sin patria y, sin embargo, ciudadano del mundo, realizó su arduo desprendimiento alcanzando lo imperecedero. Puede que en su gesto suicida haya habido algo de desencanto y mucho de amargura, pero lo cierto es que con su renunciación definitiva pretendió demostrar que estaba en absoluta posesión de su destino, en uso completo de sus facultades anímicas. « El que no ha podido aprender a vivir — apuntó en uno de sus libros, anticipando su despedida —, el que ha visto hundirse el cielo de la fe, rompiendo así su corazón, va ahora a soñar el último sueño, el sueño supremo, el sueño de la muerte en la inmortalidad »... Tales fueron sus palabras, y no hubo al expresarlas irreflexiva exaltación, sino el juicio sereno y la seguridad recóndita de quien explica, de antemano, el desenlace.

Stefan Zweig no era, ni con mucho, un tipo patológico, sino un hombre de tragedia, un genial predestinado de espíritu esférico, sin más contentamiento subjetivo que su potencialidad creadora : dominador del sentimiento humano, hizo de la muerte la más alta poesía de su vida. Lo que dijo alguna vez de Heinrich von Kleist puede grabarse como epitafio sobre su propia tumba : « Sólo la muerte logró transformar en música su último suspiro ».

EMILIO FRUGONI

UN análisis sintético de la obra poética de Emilio Frugoni, nos llevaría de la mano al estudio del ciclo poético hispanoamericano de todo el medio siglo XX. Escribió sus primeros poemas en los años iniciales del siglo, cuando Rubén Darío avasallaba todo el potencial de los ritmos. Siguió escribiendo cuando Leopoldo Lugones en Argentina, Herrera y Reissig en Uruguay, José María Eguren en Perú y Guillermo Valencia en Colombia, entrecruzaban nuevas expresiones modernistas. Sigue poemizando hoy, mientras perdura la fresca romancera de Federico García Lorca y resuenan los himnos de Carlos Pellicer en México. En cada una de las etapas del verbo poético de Hispanoamérica, se hablaba de revolución poética, aunque rarísimo era que algún poeta se vinculase a la revolución como empresa histórica. Emilio Frugoni, que no hablaba de revolución poética, es el único poeta teórico y prácticamente vinculado a la revolución social. Y sigue poemizando en estos años en que Pablo Neruda pretende haber fecundado todas las posibilidades rítmicas, incluso para la exaltación de la tiranía.

Su primer poema fue *Bajo tu ventana* (1902). El título evoca ya un contenido romántico, romanticismo que se transmite a su libro *El Eterno Cantar* (1907). En 1916 publica *Los Himnos, exaltación del trabajo, de las fuerzas sociales positivas, de la libertad, poesía de contenido social, pero poéticamente lograda*. En 1923 su libro *Poemas Montevideanos* es un canto a la ciudad nativa. Pero la ciudad que canta es todo el complejo social, de hombres y cosas bajo la luz del sol, bajo las sombras de la miseria. Un libro de alma sensitiva por el amor de todas las criaturas, indignación a la vez ante la injusticia. Por esta doble condición de sensitivo y justo se desdobló en un nuevo libro, *La Epopeya de la Ciudad* (1927), en el que los poemas se hacen cánticos. El lírico se siente sangre de su pueblo y se abre en llaga, llanto y alegría para cantarlo. Porque no es tanto la ciudad urbe la que él canta sino la urbe como entidad humana.

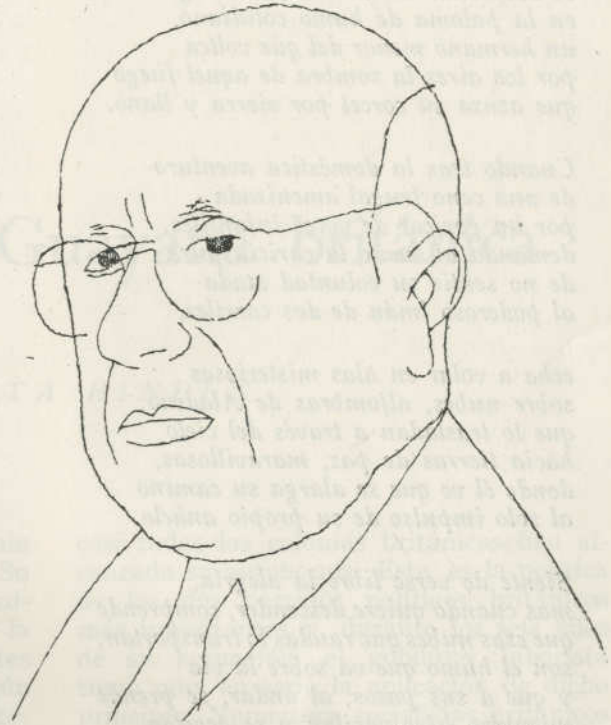
Como un remanso para el esfuerzo lírico, publicó en 1925 sus *Bichites de luz. Impresiones luminosas que, como aerolitos al chocar sobre la atmósfera terrestre, producen las cosas al chocar con nuestra sensibilidad*. Por ejemplo: « El sol bajo las aguas se ha escondido; pero hay una Verónica oportuna que en su pañuelo blanco ha recogido la imagen de su rostro entristecido. ¡ Miradlo en el pañuelo de la luna ! »

Reafirmando su comunión ontológica, firme su vocación lírica y política, Emilio Frugoni nos dió en 1936 *La Canción Humana, salmo a todos los constructores de vida. Canto al hombre, obrero vertical afirmando su posición edificante*. En 1942 publica la *Elegía Unánime*. Por él nos da el testimonio de cómo el sabor de ceniza que el dolor confiere a nuestros labios puede convertirse en alegría reconfortante. Un intermedio elegíaco en *El Libro de María Rcsa, la compañera de su vida*, y luego *Poemas Civiles, de tono político, exaltando la figura del hombre de la calle en sus diferentes aspectos funcionales*.

De su fecunda labor inédita, el poeta ofrece a CUADERNOS las primicias de su poema *El Maquinista, testimonio de una vocación poética que se acentúa con los años y una sensibilidad humana más fina y pura cada vez*. Por algo es un poeta que canta al hombre y a su virtud cardinal de emoción, trabajo y pensamiento.

F. F. A.

EMILIO FRUGONI



(Dib: jo de Bartolì)

EL MAQUINISTA

*Con jornalera y máscula confianza
cabalga su corcel de hierro y fuego
que embridado de acero y con estribos
de viento, clamoroso se abalanza,
huracán engrillado, raudo y ciego,
hacia los horizontes fugitivos.*

*Su tenaz aventura cotidiana,
rpto de alucinadas extensiones,
es un ciclón que atado va a un camino.
Y él preside con calma soberana
el vértigo de recias pulsaciones
que ha encadenado al suyo su destino.*

*Vulgar arcángel entre nubes vuela
de humo que rezagado por el cielo
alas cuelga en sus hombros, y entretanto
él azuza su trueno con la espuela,
mas con el puño lo sujeta al suelo
y le da un ritmo para hacerlo canto.*

*En el canto a horcajadas atraviesa
el espacio y el tiempo, y su mirada
despeja ante su vértigo la vía.
Al llegar al andén el canto cesa
y él desembarca su alma fatigada
de traerse en brazos a la lejanía.*

Torna al hogar de cuya chimenea
se desprende un aroma de sosiego
en la paloma de humo cotidiano,
un hermano menor del que voltea
por los aires la sombra de aquel fuego
que azuza su corcel por sierra y llano.

Cuando tras la doméstica aventura
de una cena frugal amenizada
por un gorjear de voces infantiles,
demanda al sueño la caricia pura
de no sentir su voluntad atada
al poderoso imán de dos carriles,

echa a volar en alas misteriosas
sobre nubes, alfombras de Aladino,
que lo trasladan a través del cielo
hacia tierras de paz, maravillosas,
donde él ve que se alarga su camino
al solo impulso de su propio anhelo.

Siente de verse libre la alegría,
mas cuando quiere descender, comprende
que esas nubes que raudas lo transportan,
son el humo que va sobre la vía
y que a sus pasos, al andar, se prende
mientras éstos vacilan y se acortan.

Vuelve a verse otra vez ceñido al freno
de la máquina ardiente que devora
las distancias y asalta los confines

arrastrando frenética su trueno,
y es esa fantasmal locomotora
que despierta en la noche a los mastines.

Es ese jadeante meteoro
que horadando el espacio abre la brecha
para que en la quietud del campo yerto
entre un río de hombres y de oro
y se clave veloz como una flecha
en la dormida Esfinge del desierto.

Monstruo domesticado, bajo el puño
de su jinete sin fatiga, cuando
la soledad con su huracán traspasa,
en la frente del suelo graba el cuño
de su paso, y semillas va sembrando
de urbes y de futuro, mientras pasa.

Batiendo alas de fuego a sus costados
como un Pegaso vuela entre los rieles,
bridas que lo sujetan desde el suelo,
y se pone a soñar desesperados
sueños en que se fuga a los vergeles
que ve extendidos en el alto cielo.

El maquinista frénale los sueños,
pero él sueña también salirse un día
como un halcón al cielo azul lejano.
Conductor de cautivos Clavileños,
a él le toca apresar su fantasía
y hacerla agonizar entre su mano.

EMILIO FRUGONI

El caso de la Guayana británica

POR RITA HINDEN

LA Guayana británica es una colonia pequeña y no muy importante. Su población es tan sólo de medio millón de habitantes ; y aparte el azúcar y la bauxita, no cuenta con grandes fuentes de riqueza, ni tiene tampoco ningún valor estratégico especial. Sin embargo, los asuntos de la Guayana británica merecieron súbitamente la atención del mundo, cuando, en el mes de octubre último, la existencia en el país de un complot comunista se confirmó. Se enviaron tropas y se suspendió su Constitución, que apenas tenía seis meses de vigencia. ¿ Acaso el Ministerio de Colonias ha hecho lo que debía ? ¿ Podía destituirse, desde el exterior, a un gobierno elegido democráticamente ? Estas cuestiones han excitado las pasiones más profundas, porque de lo que se trata realmente no es del porvenir de un pequeño territorio desconocido, sino del más serio de todos los problemas que preocupan actualmente al mundo libre : el modo de tratar al comunismo. Todos los conflictos ideológicos que inquietan a los demócratas, cuando se utiliza la libertad para fomentar el totalitarismo, parecen haberse cristalizado en ese episodio. La Guayana británica ha adquirido importancia, no precisamente en razón de lo que representa en sí misma, sino porque es un microcosmos del malestar mundial.

¿ Cuáles son los hechos acaecidos en la Guayana británica ? Después de la guerra,

casi todas las colonias británicas han alcanzado su autonomía. Esta es la política de los dos partidos políticos británicos más importantes y, durante los seis años de su actuación, el gobierno laborista tomó muy en serio la aplicación de dicho principio. Numerosos socialistas británicos han luchado durante muchos años a favor de la autonomía de los pueblos sometidos, sin tener en cuenta el color de su piel, ni su credo religioso, lo mismo si eran cultos que analfabetos. Y el triunfo en esta lucha ha sido tan completo que la India, el Pakistán, Ceilán y Birmania han obtenido su completa independencia o han adquirido la condición jurídica de Dominio (que son una misma cosa, con la única diferencia de que la nación independiente entra por su libérrima voluntad a formar parte del Commonwealth) ; la Costa de Oro ha llegado al umbral de la independencia ; Nigeria la sigue de cerca ; y las Colonias de las Indias Occidentales, próximas a la Guayana británica, han obtenido, una tras otra, el derecho al sufragio universal libre de toda tutela y un principio de gobierno. En realidad, se había prometido a las diez o más colonias del Mar Caribe, y en mayor o menor grado, la condición jurídica de Dominio, siempre que formaran una federación que las convirtiera en una unidad viable.

Sólo la Guayana británica se quedó atrás, a causa de las inquietudes y que-

rellas internas que, en cierto modo, eran consecuencia de la división de la población en dos grupos raciales de casi igual importancia: el de ascendencia africana el de origen indio. Pero el pueblo de la Guayana británica ni es menos culto, ni pedía su autonomía con menos insistencia que los demás pueblos; y se impuso la necesidad de hacer algo en este sentido. Esto motivó que el Gobierno laborista, en 1950, decidiera enviar una comisión constituida por tres personas, para que estudiara la situación y emitiera su informe acerca de las primeras medidas que convendría tomar.

Yo fui designada para formar parte de dicha comisión y jamás tuve la menor duda, como tampoco la tuvieron mis colegas, aun cuando sus opiniones políticas fueran distintas de las mías —, en cuanto a la posibilidad de conceder a la Guayana británica el sufragio universal libre de tutela. Esta colonia tendría, por lo tanto, un cuerpo legislativo totalmente elegido por sufragio y un ejecutivo, cuya mayoría sería designada por elección. El único punto sobre el que discrepábamos — y ello figuraba claramente en nuestro informe — era el de las restricciones que habrían de consignarse en su Constitución. Todos estábamos de acuerdo en la necesidad de otorgar al gobernador facultades discrecionales; pero dos de nosotros deseábamos que la nueva restricción constitucional tuviera la forma de una segunda Cámara, con poderes parecidos a los que disfruta la Cámara de los llores británica, en tanto que nuestro tercer colega prefería, para mantener el equilibrio, el sistema de una sola Cámara, que comprendiese un grupo de miembros designados por el Gobierno. En este caso, se aceptó la primera proposición, y en realidad, tal como evolucionaron los acontecimientos, si el Ministerio de Colonias se hubiera inclinado por la segunda proposición, el resultado hubiera sido el mismo.

En cuanto a la oportunidad de esta resolución — de hecho era inevitable — que habría de equiparar la condición política de la Guayana británica, con la de Jamaica, Trinidad y las Barbadas, nuestro acuerdo era tan completo, que nuestra tarea se hubiera deslizado sin la menor dificultad. Pero había un obstáculo de ro-

poca monta. Nos dábamos perfecta cuenta del poder creciente del Partido Popular Progresivo, dirigido por los comunistas. Todos sus miembros eran jóvenes, enérgicos, organizadores competentes, y tenían solución para todas las cuestiones. No existía una oposición coherente contra ellos; y era más que probable que saldrían vencedores en una elección popular. Evidentemente, su concepto de la democracia no era igual al nuestro.

*

Este hecho inquietante apareció con dolorosa claridad cuando el grupo vino a declarar ante nosotros. La Constitución que deseaban tenía por base un gobierno de una sola Cámara, totalmente elegida por sufragio, y debía concederse el derecho a voto a todos los ciudadanos mayores de dieciocho años. Se limitarían a tolerar la autoridad del gobernador y no aceptarían ninguna otra restricción constitucional. En el curso de una dramática sesión pública, que tuvo lugar ante numeroso auditorio, la comisión discutió con los dirigentes del P. P. P. el significado de la democracia. Nosotros la definimos como un gobierno establecido con el consentimiento de todos, incluso con el de la oposición. Hablamos de la necesidad de establecer restricciones constitucionales — que reconocen casi todos los gobiernos democráticos del mundo — con objeto de proteger los derechos de las minorías y la libertad de los individuos, así como para permitir el libre juego de la oposición. Pero ellos no veían la necesidad de todo esto. Si un partido consigue la mayoría de los puestos de la Cámara, aseguran, tiene derecho, en nombre del pueblo, a hacer todo lo que estime conveniente. « La voz del pueblo es la voz de Dios », se nos decía; y cuando nosotros protestamos y demostramos hasta qué punto la voz del pueblo puede cambiar de unas elecciones a otras, y también que un partido puede obtener la mayoría de los puestos sin contar efectivamente con la mayoría de los votos, se resistieron a aceptar nuestros argumentos, « ¿ Quieren ustedes poner restricciones a Dios? », nos gritó uno de ellos.

Nos hallábamos pues ante un dilema : ¿ Tendríamos que rehusar la autonomía al pueblo, por miedo a lo que pudiese hacer un grupo político ? Sabíamos que, en definitiva, esto era imposible, ¿ Qué mejor arma podría darse al Dr. Jagan y a sus amigos ? Una de las réplicas más concluyentes que pueden oponerse al comunismo en los territorios coloniales — como ya sabíamos por experiencia — es la concesión de la autonomía y el traspaso de la responsabilidad a los dirigentes locales. Esto es lo que ha sucedido en la Costa de Oro, cuyo primer Ministro actual, El Dr. Nkrumah, fué comunista en otro tiempo. En la India, Nehru mantiene ahora a raya a los comunistas de su país, en una forma que la Administración británica no hubiera podido hacerlo nunca. No ; estábamos seguros de que era preciso avanzar por este camino y confiar en que el ejercicio de la responsabilidad y la fuerza del sentido común acabarían por triunfar. Si hubiésemos carecido de esta fe, el movimiento general hacia la autonomía de las colonias no se hubiese iniciado nunca.

Así, pues, respaldados por el Ministerio de Colonias, y con la bendición de Oliver Lyttelton, que precisamente por entonces fué nombrado Secretario de Colonias, nuestras proposiciones progresaron, y todos nuestros temores se confirmaron. La Guayana británica obtuvo su nueva Constitución ; celebró sus primeras elecciones generales en 1953 : el P. P. P. ganó dieciocho de los veinticuatro puestos en la legislatura (aun cuando no obtuvo más que el 51 por ciento de los votos) y, por consiguiente, tuvo también seis de los diez puestos del Ejecutivo. El Dr. Jagan constituyó su Gabinete con ministros del P. P. P., e inmediatamente procedió a actuar como habíamos pronosticado.

Estos hechos se han resumido en un *Libro Blanco*, en el que se acusa a los ministros del P. P. P. de haber tratado de fomentar la subversión en la policía y entre los funcionarios ; de desviar la acción judicial para adueñarse de la dirección de los sindicatos, por medios políticos, cuando hubiese fracasado la acción profesional ; de querer imponer la intervención política en la organización de la enseñanza

y en los movimientos juveniles ; de haber descuidado las actividades puramente administrativas, para llevar a cabo la agitación política ; de haber creado el pánico en la Caja postal de ahorros y de haber provocado la retirada del capital extranjero, hasta el punto de abocar al país a una crisis económica, y así sucesivamente. Había informes acerca de manifestaciones políticas, en las que se enarbolaron retratos de Stalin, de Malenkov y de Mao-Tse-Tung, y carteles con la inscripción : « ¡ Abajo las iglesias ! » En más de una ocasión se había arriado la « Union Jack », con gran ceremonia, para izar en su lugar la bandera roja. Los dirigentes del P. P. P. pasaban y traspasaban la cortina de hierro, y el país estaba inundado de literatura comunista.

En estas circunstancias, el gobernador consideró imposible continuar en actitud pasiva. Sus facultades discrecionales, según dijo, no estaban previstas para hacer frente a una situación semejante. Reclamó refuerzos de tropas y suspendió la Constitución. Simultáneamente se anunció que se enviaría otra comisión para formular nuevas proposiciones.

*

Juzgar si fué o no prudente suspender la Constitución de esta manera, o si hubieran podido adoptarse medidas menos drásticas, será motivo de muchas conjeturas hasta que se aclare la situación. Los dos partidos políticos de la Gran Bretaña están de acuerdo en que se deben suspender las actividades del P. P. P., a fin de que el debate parlamentario pueda concentrarse únicamente sobre dichas cuestiones técnicas. ¿ Pudo el Gobernador hacer uso de los poderes discrecionales ? No existe ninguna prueba concluyente. La suspensión de la Constitución es ciertamente un acto de tal violencia que, de antemano, predispone al pueblo en contra de todas las medidas ulteriores que hayan de tomarse en la Guayana británica ; y la nueva comisión tendrá que enfrentarse con una tarea muy ardua. Pero, en último término, este litigio es una cuestión de táctica. En el fondo de estos acontecimientos tan tristes, existen otros dos pro-

blemas mucho más graves. En primer lugar : ¿ Era justo llegar a esta interferencia del P. P. P. en el gobierno que, después de todo, había sido elegido democráticamente ? O bien, sin extremar tanto las cosas, ¿ no hubiera sido mejor dejarle actuar hasta que hubiese cometido alguna falta mucho más grave ? Y en segundo lugar : ¿ cómo un grupo comunista ha podido obtener tal apoyo en la Guayana británica ?

Numerosos son los que arguyen que, si los comunistas son elegidos democráticamente, o si cuentan con el apoyo evidente de la mayoría del pueblo, nadie tiene derecho a intervenir desde fuera. Es posible que esto sea una desgracia, pero debe suponerse que tal es la voluntad del pueblo. Del mismo modo que ahora tenemos que reconocer al gobierno comunista de China, y que hemos reconocido al gobierno Soviético de Rusia, tendremos que reconocer al gobierno comunista de la Guayana británica, cualquiera que sea su actuación. Después de todo, esto es lo que significa la autodeterminación ; de lo contrario, todo lo que se habla acerca de la autonomía de las colonias es una vergüenza. Este es un criterio sencillo y franco, que defienden muchos demócratas ; y en casos como el presente, si son anti-imperialistas convencidos lo defienden con más ardor aún.

La situación no es en modo alguno sencilla, ni es fácil atacarla de frente. En primer lugar, porque una colonia no es todavía un territorio autónomo ; en las cuestiones decisivas, el Parlamento británico y el gobernador conservan una cierta autoridad y, por consiguiente, en contraste con una nación soberana e independiente o con un Dominio, la Gran Bretaña tiene, no sólo el derecho, sino también la responsabilidad, de intervenir cuando las cosas marchan mal. La Gran Bretaña se reservó, precisamente con este propósito, el derecho de resolver en último término. Cuando una colonia ha alcanzado la independencia — como sucede actualmente con la Unión Sudafricana — su actuación puede incluso llegar a ser incompatible con la tradición británica ; pero en este caso ya es demasiado tarde para intervenir.

En segundo lugar, al conceder a una

colonia una constitución liberal, se asumen tácitamente ciertas obligaciones. Se supone que la ampliación de los derechos democráticos habrá de ir acompañada de la aceptación de los valores democráticos ; y nadie imagina, ciertamente, que tales derechos habrán de utilizarse como medios para llegar al totalitarismo. Cuando el pueblo británico reclama la autonomía para las colonias, lo hace creyendo que las nuevas y enormes oportunidades que ofrece a los habitantes de las mismas se emplearán con el debido respeto para las minorías, así como para la libertad de palabra, de asociación y de conciencia, tan celosamente conservadas por los británicos, que éstos desean hacer extensivas a todos los demás. Y lo mismo que luchan por ellas en su país, seguirán defendiéndolas en las colonias, mientras la condición jurídica de éstas no cambie, ya que el objetivo final de la política colonial británica no es simplemente la autonomía, sino la autonomía *democrática*.

Puede hacerse una tercera objeción a este argumento. El Commonwealth británico es una asociación libre de naciones, que comparten los mismos valores fundamentales ; las colonias van obteniendo ahora la igualdad de derechos como miembros de esta asociación. Los únicos lazos que mantienen unidos a los países del Commonwealth son los intangibles, que Edmundo Burke calificó, hace tiempo, diciendo que son « ligeros como el aire, pero fuertes como el hierro ». Así pues, dentro de este marco, no hay lugar para las naciones que defienden valores opuestos. La conducta de la Unión Sudafricana, con su brutal racismo, representa una fuerza disolvente, que envenena las relaciones entre los blancos y los pueblos de color que dependen de la Corona. Esto ya es bastante malo en sí ; pero con un miembro comunista, cuya lealtad efectiva fuera para Rusia, no se podrían compartir los secretos de la defensa, ni mantener con él una ciudadanía común, con todos sus privilegios, ni conservar la significación de la Corona (el P. P. P. ya rehusó enviar representantes para dar la bienvenida a la reina, en su visita a las Indias Occidentales), ni celebrar conversaciones con la franqueza y la confianza que caracterizan

las relaciones entre los países de la Comunidad de naciones británica. Un miembro así resultaría inasimilable y provocaría tensiones que amenazarían destruir toda la estructura.

Pero estas ideas no logran convencer a todos. En realidad, se arguye, la Guayana no era comunista *todavía*. Aun no se había producido ese hecho tan terrible. El P. P. P. se conducía mal ; pero no se puede pedir a los recién llegados a las responsabilidades políticas la misma conducta convencional que nos imponemos nosotros. Muchos son los políticos coloniales que han falseado las normas de conducta británicas, sin que nosotros hayamos intervenido en sus asuntos. Y no existe ninguna prueba efectiva de que los de la Guayana británica hubiesen llegado a instituir un régimen totalitario.

La respuesta a estas objeciones sólo puede hallarse en la importancia que demos nosotros mismos al comunismo. ¿ Eran acaso los P. P. P. unos neófitos irresponsables a los que hubiera debido tratarse con tolerancia ? ¿ Eran sus afinidades comunistas internacionales un simple pasatiempo frívolo, que no debía tomarse demasiado en serio ?

*

En mi opinión, el comunismo — excepto tal vez entre los muy jóvenes — nunca es así. Sostiene sus creencias inquebrantables con pasión fanática ; tiene sus planes claramente definidos ; sabe exactamente adónde se propone ir. Prepara sus éxitos contando con la tolerancia benévola de los demócratas y en particular de los socialistas, sin perjuicio de volverse contra ellos para destruirlos. Ya se ha presenciado varias veces este proceso en el curso de nuestra generación. Yo no pretendo que por esta razón se deba renunciar a la tolerancia y que sea preciso suprimir a todos los comunistas, porque tales acciones engendran otros males. Pero cuando un partido comunista ya está en marcha, el hecho de no tomar ninguna medida antes de que el corcel empiece a galopar es tan culpable como si un doctor diagnosticase un cáncer y dijese, al mismo tiempo : « No quiero intervenir todavía. El pa-

ciente no está aún verdaderamente enfermo, porque no siente ningún dolor. Quizás no se propague el mal. » Pero el cáncer siempre se propaga, y la única esperanza es intervenir a tiempo. Lo mismo sucede con el comunismo, con el fascismo, con el racismo o con cualquier otra enfermedad virulenta del cuerpo político. A no ser que se cierren los ojos ante la historia y la ideología del movimiento comunista, no es posible tratar sus actividades como si fuesen los pecadillos veniales de otros políticos poco escrupulosos y tal vez poco maduros. Aquí se trata de una categoría de políticos completamente distinta.

Pero en tal caso se esgrime siempre el argumento decisivo : el pueblo los ha *elegido*. Sí, pero ¿ con qué fin los eligió ? En la Guayana británica, el P. P. P. fué a las elecciones con hermosas promesas de salarios más elevados, de mejores alojamientos, de un mejor sistema de enseñanza y de que todo iría mejor para todo el mundo. Ni una palabra acerca del comunismo, ni de ninguna de las cosas que más tarde trataron de hacer. El pueblo carecía de experiencia política ; la mayoría votaba por primera vez en su vida. Es evidente que no votaron a sabiendas por el comunismo. Y el sugerir que este pobre veredicto del pueblo puede fijar su destino con carácter definitivo es querer falsear la democracia.

Pero, ¿ a qué se debe que un partido comunista se estableciera en la Guayana británica con tanto éxito, que haya podido impresionar al electorado ? Aquí nos enfrentamos con la amarga herencia de un largo pasado poco afortunado, que se complica con las verdaderas debilidades y contradicciones de la administración colonial británica. La mayor parte de los naturales de la Guayana británica descende, o bien de los esclavos negros traídos, hace siglos, del Africa para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, o de los obreros indios contratados y transportados para reemplazar a los esclavos, después de su liberación. Estas gentes fueron objeto de un trato innoble, y una herencia de cólera y de odio hacia el hombre blanco ha persistido hasta nuestros días. Pero lo peor es que todos ellos carecen de arraigo y de tradiciones. Conviene tener presente que, en tanto que los pueblos del Africa tienen

sus jefes, sus instituciones de tribu, sus costumbres, su lenguaje, su vida de clan, los habitantes de las Indias Occidentales no tienen otra cosa que una pobre imitación de Europa. La Guayana británica no puede ofrecerles siquiera una perspectiva económica. Su terreno es singularmente difícil. Toda la población se amontona en una estrecha faja costera, situada por debajo del nivel del mar y cortada por grandes ríos, que se extienden en pantanos antes de alcanzar el Océano. Las únicas cosechas importantes con que cuentan son el azúcar — y a los africanos liberados no les gusta volver a las haciendas — y algo de arroz. Algunos de ellos encuentran trabajo en los alrededores poco acogedores de las minas de bauxita. De este modo, el nivel de vida se ha mantenido bajo; las condiciones de alojamiento siguen siendo espantosas y el descontento se nutre con el notorio contraste que existe entre su pobreza y la fortuna de los ricos propietarios de explotaciones azucareras y de los comerciantes, que viven en magníficos palacios, en medio de la miseria general.

Y ¿qué hace la administración colonial británica para mitigar esta situación irritante? No invierte — tal vez porque no puede — los centenares de millones de libras necesarios para regar las tierras costeras, utilizar la fuerza hidráulica, explorar el interior del país, construir carreteras, crear nuevos cultivos y ofrecer al pueblo una nueva esperanza económica. Dicha administración ni es malévola ni opresora; lejos de ello! Pero no se cuida de hacer lo que pudiera producir una impresión favorable. Al mismo tiempo, de acuerdo con el espíritu liberal de los últimos años, la administración favorece la creación de sindicatos y cooperativas, la formación de gobiernos locales y el desarrollo de la enseñanza. Es innegable que se llega hasta a ofrecer becas de estudio en las universidades de ultramar a algunos de los jóvenes más brillantes (que ahora figuran entre los ministros del P. P. P.) y que vuelven al país inflamados por las nuevas ideas explosivas. Pero toda esta educación general de « ciudadanía » no va a la par, ni con el progreso económico, ni con el progreso político del país.

¿Qué tiene pues de extraño que, en circunstancias tan heterogéneas, cualquier grupo violentamente anti-imperialista, anti-capitalista e insidiosamente anti-blanco, es decir el que ofrezca la luna a todos, sin necesidad de trabajar demasiado, encuentre el modo de abrirse camino? No fué necesario quebrantar sólidas lealtades, a no ser en relación con las Iglesias. La sociedad carecía de una coherencia que pudiera transformarse en resistencia.

*

¿Qué puede inferirse entonces de todo esto? ¿Es que no podrá haber sufragio libre de tutela, ni gobierno responsable, mientras no existan las condiciones económicas y sociales que predispongan a ello? Mi conclusión es exactamente contraria. Lo que hubo de malo en la Guayana británica no fué que se le otorgara la autonomía demasiado pronto, sino que llegase demasiado tarde. Vino *después* de las reformas sociales, *después* de fundarse los sindicatos, con sus nuevos fermentos, *después* de ampliarse la enseñanza. Y en este caso, o bien se retiran todas las concesiones — lo que ya no es posible en una colonia británica — o no se retira nada. El comunismo ha podido medrar precisamente por haberse fomentado las nuevas ideas y las nuevas instituciones, en tanto que el progreso económico estaba paralizado y la autonomía seguía ocultándose detrás de la esquina.

Por mi parte, yo conservo mi fe inquebrantable en la autonomía colonial, y creo que es la única solución definitiva. Pero lo esencial en estas resoluciones es la oportunidad. Si la concesión de la autonomía se aplaza demasiado, los que hubieren de disfrutar de ella la encontrarán agria. Y entonces nos hallaremos ante la trágica disyuntiva que nos obligue a elegir entre anular nuestras propias acciones — como sucede ahora en la Guayana británica — o permitir que el nuevo estado, que nosotros mismos hemos creado, se precipite hacia su ruina en pos de los falsos dioses.

RITA HINDEN

Comunismo y asalariados en Francia

POR MICHEL COLLINET

LA importancia del comunismo en Francia es, a primera vista paradójica. Los grandes países industriales, entre los que se cuenta naturalmente Francia, no padecen o han dominado el comunismo. Este, por el contrario, conserva una fuerza explosiva en las naciones atrasadas del globo. Ha comenzado en Rusia, que jamás había alcanzado el nivel de un Estado moderno; se desarrolló en los pequeños países pobres, con predominio campesino, de los Balcanes y de Europa Central, antes que el ejército rojo lo instaurase completamente a punta de bayoneta. Se propaga en los viejos países asiáticos y les sirve de instrumento contra el colonialismo europeo. Es poderoso en Italia, que mantiene en su estructura agrícola los rasgos del viejo feudalismo y cuyo excedente de población ejerce una presión desmoralizadora sobre las condiciones de vida.

Francia, en cambio, tiene una densidad demográfica razonable, una propiedad bien distribuida, una población agrícola todavía importante pero a menudo propietaria, hábitos arraigados de democracia y libertad, de tradiciones obreras revolucionarias aunque muy alejadas de los métodos bolcheviques, y, en fin, un nivel de cultura superior al de los países aludidos más arriba. ¿Cuáles son entonces las bases de un comunismo francés?

Sin embargo, Francia en este siglo conserva aún ciertos rasgos de los países de predominio agrario. Nación rica a comienzos del siglo XX, pero no poderosa, carente de una gran industria, Francia ha sido desangrada por las dos guerras mundiales que mataron dos millones de personas jóvenes y activas, destruyendo las estructuras sociales estabilizadas desde hacía un siglo. Incluso en los tiempos de su riqueza, su expansión industrial fué muy lenta por falta de carbón y materias primas, y también por falta de audacia de la burguesía francesa que prefería los títulos de renta al beneficio industrial.

Aun cuando la categoría de los rentistas convertidos hoy en « económicamente débiles » desaparece lentamente, su psicología y la de los campesinos subsiste en el espíritu de los empresarios industriales: espíritu malthusiano y rutinario, profundamente conservador, con gran frecuencia egoísta, que aspira al « cada uno para sí » y al « en mi casa mando yo », rasgo constante en la burguesía francesa del siglo XIX. La presión de las fuerzas colectivas, el papel dominante del Estado, la inestabilidad monetaria con sus corolarios, falta de créditos y evasión de capitales, tornan impracticables los viejos métodos del siglo pasado. Estos incitan a las clases poseedoras a desinteresarse de la cosa pública y frecuentemente al fraude fiscal que las condiciones de la última guerra han permitido perfeccionar.

Semejante falta de interés por la cosa pública encuentra a menudo excusa en el sentimiento derrotista, aparentemente justificado, de que Francia no es ya dueña de su destino. Esta apatía de las clases directoras no es de hoy; tiene su origen en la gran depresión económica de 1929, y se manifestó desde entonces (particularmente en 1936 y durante la ocupación alemana).

Durante cerca de veinte años, Francia no ha modernizado su maquinaria y la industria sólo ha conseguido defender sus precios por métodos malthusianos, acuerdos profesionales en el interior, aranceles aduaneros en el exterior. Su resultado fué un estancamiento de los salarios reales en un nivel demasiado bajo con relación a las necesidades materiales y culturales de un país democrático. Cuando en 1936 la clase obrera obtuvo mejoras considerables, no se intentó ningún esfuerzo industrial para incorporarlas en una técnica superior, y, entonces, la inflación inevitable devoró los salarios obreros. La consecuencia, explotada por el Partido Comunista era evidente: los obreros se convencieron de que no había posibilidad de mejora sin destruir el régimen capitalista. Cuando terminó esta

comités, coloca sus hombres en las obras de ayuda, las cantinas de fábrica, los clubs deportivos, las asociaciones de turismo y las colonias de vacaciones. Cuando, últimamente, las fábricas Renault expulsaron un centenar de agitadores comunistas, el comité de empresa con mayoría comunista los recogió y los colocó en sus obras, donde pueden, aún con más facilidad, ejercer una presión moral sobre la masa. Para obtener los beneficios de la ayuda social y ventajas particulares, ésta tiene todavía, con mucha frecuencia, interés en mantener la potencia comunista.

Los comités de empresa son por otra parte un tesoro de guerra para el Partido. Con los fondos considerables de que disponen estos comités, gracias a una cotización patronal proporcional a los salarios abonados, el P. C. mantiene propagandistas gratuitos y paga sus carteles y octavillas. Es indispensable reformar estos comités y apoyar a los sindicatos libres que luchan valientemente para arrancarlos de manos de los comunistas.

El comunismo y la herencia revolucionaria

Las reflexiones precedentes nos muestran cómo el comunismo en acción utiliza su fuerza para conservar su dominio sobre la clase obrera; pero no contestan a la pregunta: ¿cómo y por qué el comunismo ha tenido, desde sus orígenes, un gran prestigio en la clase obrera francesa, o al menos en su fracción más militante? La explicación puede parecer paradójica: el comunismo explota una herencia revolucionaria en una clase obrera que, a consecuencia de los cambios estructurales de que acabamos de hablar, ha perdido de hecho su tradición revolucionaria del siglo XIX. Hace cincuenta años, esta tradición estaba viva y se transmitía directamente de padre a hijos en las grandes ciudades como París o Lyon, es decir que era transmitida íntegramente con sus características propias. Ahora bien, éstas pueden resumirse en dos palabras: *hostilidad contra el Estado; desconfianza hostil hacia el régimen parlamentario y sus representantes.*

La hostilidad hacia el Estado rebasa la clase obrera y es general en el pueblo francés. El filósofo Alain lo ha expresado en su obra *El Ciudadano contra el Poder*. Sin remontar a las tribus celtas, el pueblo francés ha sufrido la centralización monárquica, y si la perdió en la Revolución de 1789 fué para sufrir ulteriormente las centralizaciones jacobina o imperial. Si se recuerda que Francia ha conocido dieciséis regímenes políticos diferentes en 160 años mediremos el débil prestigio del Estado y hasta qué

punto el pueblo está preparado para admitir, sino desear, cambios revolucionarios.

El pueblo francés, en su conjunto, ama la libertad. La gran mayoría de las huestes comunistas tiene la convicción de estar en la vanguardia de la lucha por la defensa o la obtención de dicha libertad; pero siguiendo la tradición jacobina y terrorista, está convencida también de que la libertad no puede adquirirse y defenderse sin suprimir a los adversarios considerados por ella como enemigos de la libertad. Tal es la contradicción que alimentó las tendencias revolucionarias del pasado y que el comunismo actual mantiene para sus fines propios.

También hay en Francia, contrariamente al sentir que prevalece en otros países, un divorcio latente entre la idea de libertad y el sistema parlamentario. Se manifiesta sobre todo en la clase obrera que fué varias veces reprimida con violencia por gobiernos apoyados legalmente en parlamentos elegidos por sufragio universal (junio de 1848, mayo de 1871, y la cruenta represión de las Fourmies en 1891, etc.).

Esta herencia alimentó un antiparlamentarismo que estaba aún muy vivo entre los socialistas y sindicalistas revolucionarios en vísperas de la primera guerra mundial. Por ello, lejos de despertar la indignación de los revolucionarios, la liquidación de la asamblea constituyente por los bolcheviques rusos y la instauración del poder soviético fué aclamada como la señal de una auténtica revolución obrera. El soviét ruso fué asimilado con entera buena fe a la « Bolsa de Trabajo » o a la « Comuna » revolucionaria del tipo de 1871. Por dicha asimilación, dos conocidos militantes del sindicalismo revolucionario, Pierre Monatte y Gaston Monmousseau, dieron su adhesión al sistema soviético; el primero se separó de él ya en 1924 y se convirtió en un adversario enérgico del comunismo stalinista; el segundo sigue siendo un dirigente del P. C.

Los primeros militantes del comunismo francés fueron revolucionarios impregnados de la tradición obrera nacional que soñaban con una sociedad sin Estado ni Parlamento, obreros calificados todos en quienes el amor profesional al oficio y las solidaridades corporativas y sindicales creaban una base social para su hostilidad contra el Estado. Fueron eliminados poco a poco por los dirigentes de Moscú, que los consideraban demasiado rebeldes a la disciplina comunista y demasiado inclinados al espíritu crítico, y luego reemplazados por una nueva generación extraída de las grandes fábricas racionalizadas que no habían conocido el oficio libre, sino el trabajo en cadena y habían sufrido lo que Lenin admiraba en la empresa capitalista, es decir: la recia « escuela de la fábrica ».

Los dirigentes rusos tuvieron mucho cuidado de no oponerse a la herencia revolucionaria francesa, sino de considerarse a sí mismos como los sucesores de esta tradición. La Rusia soviética fué definida como heredera de la Comuna de París, y Lenin tuvo por mortaja la bandera roja de los « communards » de 1871.

La tendencia natural del obrero no calificado no es combatir al Estado, sino por el contrario mendigar su protección lo mismo que la de cualquier otra fuerza exterior. El problema para el P. C. fué levantar una barrera entre estos trabajadores y el Estado democrático (incluso los partidos), y aparecer ante ellos como su única fuerza protectora. Las circunstancias políticas que de 1934 a 1936 debilitaron al Estado, puesto en tela de juicio por la agitación fascista, o que lo destruyeron completamente en 1944 cuando la liberación, favorecieron esta transferencia de protección: en 1945 las masas obreras sólo tenían ojos para los comunistas dueños de la C. G. T. De la herencia viviente, los comunistas conservaron y mantuvieron la lucha de clases, pero despojándola de sus tendencias libertarias para convertirla en un instrumento oportuno del Partido. El P. C. quiso aparecer como el « salvador supremo » y habiendo conseguido al menos parcialmente asumir por sus propias fuerzas la necesidad de seguridad permanente de los trabajadores, se permitió copiar el culto de Stalin instaurando el de Maurice Thorez.

La hostilidad hacia el Estado democrático se conserva, pero en lugar de significar un exceso de individualismo como hace cincuenta años, se ha convertido en sinónimo de sometimiento al aparato del P. C., y por su mediación al gobierno de Moscú. El P. C. explota así una tradición revolucionaria para sus fines propios de dominio totalitario. Disfrazando estos fines con un lenguaje democrático, la estafa stalinista tiene por efecto principal aislar la clase obrera dentro de la nación y separarla de la comunidad democrática, poniéndola al servicio de una potencia extranjera en el doble plano nacional y social. El obrero comunista no puede ya ver su situación directamente, sino sólo a través del prisma deformador de la estrategia soviética.

El comunismo y la clase media asalariada

Sondeos recientes realizados por el Instituto de Demografía para indagar el origen social de los miembros inferiores de la clase media asalariada nos revelan que ésta se compone de un tercio de obreros, un tercio de campesinos y pequeños burgueses y un tercio de la propia clase media asalariada. Esto muestra que dos corrientes de importancia igual se cruzan aquí:

una, de ascenso social (hijos de obreros, que llegan a ser empleados o funcionarios) y otra de origen burgués o campesino que puede significar, *en algunos casos*, un venir a menos social, y en otros, el mantenimiento de una situación precaria.

Las dos corrientes llevan en sí cierto nivel cultural adquirido o deseado, que no encuentra la debida satisfacción material en un nivel de vida correspondiente. Los salarios de la clase media asalariada, sobre todo en las categorías más inferiores no están jamás en relación con la cultura, ni en su defecto, con las aspiraciones a la cultura de estas categorías. El malestar así creado está a menudo al mismo nivel que el de los obreros no calificados y llega raramente al de los obreros calificados, ya que, a salario igual, los presupuestos de gastos de un obrero o de un empleado no se parecen, porque el segundo comprime sus gastos de alimentación más que el primero y llega a veces hasta la privación. A él se aplica bastante bien el criterio general que exponemos al comienzo de este artículo: cuanto más elevadas son estas aspiraciones mayor es el resentimiento, pues el hombre se siente herido en la idea que se forma de sí mismo.

La guerra y la posguerra, con su mercado negro y su inflación, han sido crueles para la clase media asalariada que no gozaba siempre de las ventajas en especie que las empresas concedían a los obreros; esta clase ha visto como se acaparaban fortunas rápidas gracias a la especulación sobre los artículos de consumo, y tiene, más que ninguna otra, la sensación de ser una desheredada.

El comunismo, desde hace quince años, ha ganado muchos prosélitos en sus filas, aprovechando el desafecto y el escepticismo manifestados por esta clase respecto al Estado democrático, con frecuencia impotente frente al desorden económico. Si tenemos en cuenta el hecho de que los hijos de obreros aspiran a no trabajar más en la máquinas y a entrar en una administración donde podrán llevar corbata, comprenderemos por qué es tan importante la migración hacia esas categorías, pese a que allí la remuneración es inferior a la que exigirían la calificación y la naturaleza de los servicios. Esta clase se ha duplicado en cincuenta años, mientras la clase obrera sólo aumentó en un diez por ciento. Ello significa que su importancia política ha crecido en proporción análoga y que es de hecho la gran cantera de las fuerzas políticas, sobre todo de izquierda y centro.

La influencia comunista, muy fuerte al terminar la guerra, ha decrecido desde que los dirigentes comunistas fueron desalojados de los ministerios y altos empleos, pero conserva en ciertas administraciones y centros universitarios posiciones fuertes. La atmósfera política, los

acontecimientos internacionales se combinan en dosis desiguales con el resentimiento social para determinar las ideologías, y podemos afirmar que los factores políticos son tanto más determinantes cuanto más elevado es el nivel cultural. A fin de cuentas, entre la « intelligentia » estos factores más o menos anegados en una filosofía de la vida o de la historia (existencialismo, marxismo, etc.) llegan a ser los únicos motivadores de la actitud personal. El idealismo del siglo XIX ha cedido en este caso su lugar a un seudorealismo que sirve a menudo de tapadera a la pusilanimidad frente al miedo que inspira la fuerza política y militar de la U. R. S. S. Hay, en verdad, un temor físico a esta fuerza ; pero la resistencia a este temor se debilita por el hecho de que las capas sociales cultas son frecuentemente víctimas de la vieja herencia revolucionaria. No juzgan al stalinismo en su sustancia totalitaria, como consecuencia de un nudo de fuerza ; actuales, sino como una desviación secundaria de un ideal permanente de progreso social en el que ellas participan. En general su manera de juzgar es poco racional y se acerca más bien a un sentimiento semi-consciente que constituye un extraño *complejo de culpabilidad*, del que abusan los maquiavelos comunistas.

El análisis del comportamiento de las capas intelectuales se separa aquí de sus fundamentos

económicos y sociales para entrar en el mundo paradójicamente estruendo de la « creación » : en cierto nivel de invención y de erudición, el espíritu pierde en capacidad de juicio lo que ha adquirido en conocimiento, y, buscando afuera una seguridad intelectual, llega a adherirse a las tesis más fantásticas.

Conclusión

Con esta comprobación, cerramos el ciclo infectado que un organismo enfermo ofrece a la ofensiva de los microbios stalinistas. El antibiótico sería aquí una acción coherente y eficaz para eliminar la presión física que el comunismo hace pesar sobre la sociedad. Pero a esta acción a corto plazo hay que agregar otra a largo plazo para rehacer una salud a la sociedad enferma e inmunizarla contra la penetración microbiana. Estas dos actividades no pueden separarse en el tiempo ni en el espacio ; son a la vez económicas, políticas y psicológicas, pero exigen previamente adquirir conciencia con toda claridad, recurriendo a las ramas más diversas de las ciencias humanas.

MICHEL COLLINET

« No hay paz posible sino entre Estados cuyos gobiernos gocen de un orden suficientemente estable ; no hay orden estable en un Estado sin gobierno legítimo, es decir, justificado por un principio de derecho que los que obedecen acepten sinceramente y que los que mandan respeten lealmente ; rechazado o debilitado el principio hereditario, el único principio de derecho que la civilización occidental puede reconocer es la delegación del pueblo expresada por el sufragio, más o menos universal ; si bien las formas por las cuales el sufragio puede expresarse son diferentes, no obstante un mínimo de libertad es siempre necesario para que la delegación popular del poder no sea una comedia, sino una realidad capaz de establecer el derecho y de legitimar el poder. Para que este mínimo de libertad exista, es indispensable que un pueblo disfrute de una amplia libertad intelectual, económica, política, religiosa ; que la gran conquista del mundo occidental, la gran novedad de los últimos siglos, el derecho de oposición, le esté asegurado. »

GUILLERMO FERRERO

McCarthy

y la verdadera defensa de la libertad

POR DAVID DUBINSKY

Los Estados Unidos necesitan una política perspicaz, responsable y eficaz para oponerla a los peligros que el comunismo hace pesar sobre su sociedad liberal, de una política que les procure una auténtica seguridad sin poner en riesgo esas libertades individuales que son la esencia misma de la diferencia que media entre la democracia y el sistema esclavista soviético. Y es tiempo ya de demostrar que los americanos están actualmente en condiciones de concebir una política semejante. Porque hace ya más de treinta y cinco años que presenciábamos el espectáculo de la dictadura totalitaria operando en Rusia. Hemos visto al comunismo extirpar todo vestigio de libertad en China, en Polonia, en Checoslovaquia y en los países bálticos y balcánicos. Y hemos visto también nuestros sueños de paz mundial, acariciados al calor de la alianza de guerra contra el nazismo, evaporarse por la acción del doble juego y de las agresiones soviéticas.

Es menester no olvidar que el problema de la infiltración comunista no ha sido abordado en los Estados Unidos sino a través de múltiples tanteos. Cuando fué fundado, en 1919, el movimiento comunista americano, débil eco de la subida al poder de los bolcheviques rusos, no tenía ninguna raíz en el movimiento obrero organizado ni en ninguno de los grandes sectores de la vida norteamericana. Sin em-

bargo, el gobierno americano fué como presa de pánico ante esta minúscula aberración del sentimiento revolucionario. Fueron los días de los inhumanos « raids » de Palmer, en que centenares de trabajadores nacidos en el extranjero eran internados sin garantía alguna, víctimas del « delirio de deportación ». Pero los Estados Unidos volvieron pronto a la razón, desembarazándose de esas prácticas antidemocráticas y arbitrarias que manchaban sus tradiciones y las degradaban a los ojos del mundo.

Llegó después un día en que el Partido Comunista salió de la sombra, alzándose con pretensiones de civismo y de respetabilidad. Aquí y allá logró adquirir posiciones influyentes en los sindicatos. Y entre otras actividades que desplegó, lanzóse a una hábil campaña para adueñarse del sindicalismo, con el propósito de dirigirlo o dividirlo. Después de largos años de una lucha extremadamente fatigosa, la victoria sobre esta conspiración es hoy tan completa en el movimiento sindical, que los comunistas han perdido esa partida para siempre.

Fué la gran depresión del decenio 1930 a 1940 la que ofreció a los comunistas su primera coyuntura verdaderamente favorable. Al socaire del paro de considerables masas de trabajadores y, a la vez, del reconocimiento del gobierno soviético por los Estados Unidos, consiguieron alinear mu-

chas gentes en sus filas, sobre todo entre los intelectuales sin trabajo, a quienes acechaba la desesperación. Esos « hijos de la crisis » perdían confianza en América y creyeron un momento que Rusia era la cierta promesa del porvenir.

Con la aparición de nuestro poderoso movimiento de reforma social *New Deal* y con el nacimiento del C. I. O., encontraron los comunistas nuevas ocasiones para infiltrarse, ganar influencia y constituir una fuerza. Su técnica del frente único y su sistemático adueñamiento de las organizaciones existentes les conquistaron un ascendiente considerable. Aprovechándose de la ingenuidad y de la ignorancia políticas, comenzaron a convertirse efectivamente, en una fuerza que Wáshington tenía que tener en cuenta. La cínica alianza entre Stalin et Hitler acarreó ciertamente un retroceso temporal para los auxiliares americanos de Moscú, porque hubieron de distraer sus energías aplicándolas a sabotear abiertamente los preparativos de defensa; pero ganaron con creces el terreno perdido cuando los nazis penetraron en Rusia y cuando la Unión Soviética se convirtió en aliada de las democracias.

Durante este período el gobierno americano se inclinó a subestimar el peligro comunista. Algunos de nuestros dirigentes sindicales, por su parte, acariciaron la idea de que podrían « utilizar » a los comunistas, a reserva de desprenderse de ellos en un momento dado; pero lo que estuvo a punto de ocurrir fué que se convirtiesen ellos mismos en una especie de fachada al abrigo de la cual se edificaba el prestigio comunista. Y es que para muchas gentes de izquierda era perfectamente normal alzarse contra el fascismo y el nazismo, pero, en cambio, atacar al comunismo y oponerse a su infiltración era un crimen contra la izquierda.

Fué necesario que el comunismo renegase de sus solemnes promesas de cooperación internacional, hechas durante la luna de miel que había sido su amistad del tiempo de guerra, y que diversas naciones se convirtiesen, una tras otra, en víctimas de la codicia soviética, para que los Estados Unidos adquiriesen conciencia, como pueblo de la gravedad del peligro. Pero lo súbito del cambio de actitud, después de largos

años de inercia, sumió a millones de americanos en un sentimiento de morbosa intranquilidad.

De un problema serio — el de preservarse de los manejos comunistas — se hizo una especie de juego: el fútbol de la vida política nacional americana. Los sembradores de pánico encontraban elegante y provechoso especular con la ansiedad que se había apoderado del país. Se ejercitaron en difundir exageraciones novelescas, multiplicaron el ultraje y la calumnia y se esforzaron en transformar una preocupación fundada y razonable en un histerismo irrazonado y destructor.

Hombres que habían sido llevados al Partido Comunista o a sus organizaciones anejas por un idealismo mal inspirado y que en seguida, al ver traicionado su ideal, suscitaron una vigorosa oposición contra el comunismo, se vieron puestos en la picota con tanta saña como aquellos otros que continuaban sirviendo a los amos del Kremlin sin reservas y sin haber perdido nada de su primitivo fervor. Los principios del circo romano, agravados con los refinamientos del siglo XX, como la televisión y las películas de información de actualidades, prevalecían sobre los principios de una serena investigación judicial. Los derechos de la persona humana fueron hollados y una vez más los Estados Unidos se empequeñecieron ante el mundo. Y ello en un momento en que la seguridad del mundo dependía precisamente de nuestra capacidad para convencer a las otras naciones de que la libertad y la dignidad humanas son cosas a las cuales vale la pena de sacrificar la vida.

El fracaso del « macarthismo »

Tal es la técnica que se ha dado a conocer con el nombre de « macartismo ». El vocablo tiene menos importancia que las prácticas que con él se designan, prácticas que han merecido severas condenaciones, porque si es verdad que hay que hacer una campaña eficaz contra el comunismo, no es posible convertir esta campaña en una celosa caza de supuestas encarnaciones del diablo. Y, después de todo, algunos de los investigadores parlamentarios no habrían

encontrado oportunidad de librarse a tales excesos de celo si los americanos hubiesen hecho todo lo que era menester para preservarse de los manejos comunistas durante todos estos últimos años. Por peligrosos que sean los procedimientos de McCarthy, la labor que ahora importa es la de afrontar el problema que ha hecho nacer el macartismo, empleando para ello procedimientos más eficaces, más americanos, actuando con inteligencia eficiente allí donde él se esfuerza en encontrar una solución con brutal inepticia y con grave daño para el buen nombre de Norteamérica en el mundo.

El método de McCarthy se ha mostrado incapaz para alcanzar los objetivos que se persiguen, y ello por múltiples razones.

En primer lugar, no es adecuado para conducir a los comunistas hacia las concepciones democráticas, porque el temor y el terror son sus armas más socorridas.

En segundo lugar, ese método no puede de ninguna manera poner fin a la influencia comunista en la comunidad social y en sus cuerpos organizados, porque en lugar de identificar claramente a los comunistas y de aislarlos, enturbia el problema confundiendo a comunistas y a no comunistas en los mismos ataques.

En tercer lugar, estorba y entorpece el trabajo normal de los organismos legales de seguridad tratando de llevar a la primera plana de los periódicos para someterlo al apasionamiento de todos, aquello que debe ser sustraído a la pasión y tratado con calma, sin publicidad, por los profesionales de los servicios contra el espionaje. Y al mismo tiempo tiende a hacer nulo el trabajo de las comisiones parlamentarias responsables y por ende a desacreditar los poderes de investigación de propio Parlamento.

En cuarto lugar, el método de McCarthy favorece una indiferencia generalizada con respecto a toda acción contra el comunismo, a causa de la desilusión que naturalmente produce el ver rebajada una labor política seria al nivel de un sainete o de una pugna de circo.

En quinto lugar, los Estados Unidos son incapaces de debilitar al comunismo en el terreno esencial para él — el terreno internacional — hasta tal punto que los métodos

de McCarthy tienen el efecto contraproducente de hacer pasar a los americanos por imitadores enfermizos de las costumbres totalitarias, más bien que por entusiastas campeones de la verdadera democracia.

Para encontrar la respuesta conveniente a la amenaza comunista es necesario comprender bien la complejidad de esta amenaza. Nos encontramos en presencia de un movimiento que es una suerte de monstruo de varias cabezas, cuyos dirigentes son « gangsters » políticos, sin principios ni escrúpulos y que actúan bajo una máscara de reformadores sociales. Es pueril confiar en batir victoriosamente un movimiento semejante empleando las calumnias, de las que él tiene privilegio de invención y propiedad exclusiva. Ofrece el tal movimiento una nueva fe dinámica a los desposeídos, a los desilusionados, a los desalentados. No es posible combatir esa fe nueva con el miedo. Hay que oponerle una fe más elevada, más auténtica, más atrayente, la fe en una democracia viva y vigorosa que obtiene su fuerza de las libertades populares.

Quando se trata de hombres que en el pasado han sucumbido a los cantos de sirena comunistas, es mucho más eficiente recurrir a una técnica de redención que abrumarlos con la condenación eterna. La respuesta que dan los comunistas a los que se desvían políticamente del partido es la liquidación. La democracia, en cambio, a las faltas que contra ella se cometen debe responder con la regeneración. Nuevas cosechas de adictos se les depararán a los comunistas si los investigadores son incapaces de distinguir entre los malos dirigentes y los mal dirigidos.

Una consideración final se impone, si se quiere que los esfuerzos para acabar con la influencia comunista tengan verdadero alcance. No hay que olvidar nunca que nos hallamos ante un movimiento que depende de la U. R. S. S., que existe únicamente para servir sus intereses y que adquiere toda su significación del hecho de que sus miembros representan una vanguardia sin uniforme de la máquina militar soviética.

No creo disminuir con estas opiniones la importancia de precaverse contra la traición en mi país, pero este esfuerzo no puede reemplazar a la tarea inmensamente más

imperiosa de detener la agresión comunista, a la vez militar e ideológica, en todo el resto del mundo, en todas partes, en el campo de batalla total donde el Kremlin trata de hacerse el amo. Los Estados Unidos no deben regatear ni el dinero ni los esfuerzos materiales, ni tampoco los esfuerzos de la inteligencia, tan necesarios para contrarrestar la fuerza temible del adversario político y para acrecer al mismo tiempo la potencia y la fe combativa del Occidente. Esto supone algo más que armas y una ayuda económica; supone sobre todo un absoluto respeto a todas las opiniones. Supone esencialmente que los Estados Unidos vuelvan a ser a los ojos del mundo occidental la ciudadela de la libre expresión del pensamiento y del respeto al individuo.

A la luz de esta fundamental afirmación es como el reciente congreso nacional de la *International Ladies Carment Workers Union* hizo suyo, con ligeras modificaciones, un programa que tuvo el honor de someter a su consideración.

Este programa tiende a sustraer el problema comunista a los juegos de la política y a las conveniencias oportunistas o a las competencias de los políticos. Tiende a una acción realizada por intermedio de organismos destinados a secundar las funciones regulares de órganos que no puedan ser puestos en tela de juicio.

Uno de esos organismos deberá ser una comisión consultiva independiente, nombrada por el presidente de los Estados Unidos para orientar a la nación con referencia a todos los aspectos del problema comunista. Otro organismo sería una institución investigadora e informativa de carácter privado, sin finalidad lucrativa, que auxiliaría a los sindicatos, patronos, educadores, iglesias, organizaciones e individuos a preservarse contra cualquier posible absorción por sorpresa en la órbita del comunismo. Veamos cuales podrían ser las atribuciones y el funcionamiento de cada uno de estos organismos.

I. La comisión presidencial

La función fundamental de esta agrupación sería la de tener al pueblo norteameri-

cano continuamente al corriente y advertido de todo cuanto atañe a la naturaleza del problema comunista y proponer una política coherente para hacerle frente con eficacia en cada una de sus ramificaciones. Su misión sería la de suministrar hechos verídicos en lugar de fantasías, la de dar a los problemas su justa perspectiva histórica en vez de provocar reacciones histéricas, la de unir, en fin, a los americanos contra el comunismo en lugar de dividirlos con respecto al comunismo.

No debería estar dirigido este organismo por hombres cuyo interés principal fuese el de crearse una posición personal en política, de esos que conciben la lucha contra el comunismo como una caza de brujas supuestas... y de membertes oficiales. Esta comisión estaría compuesta de hombres representativos de nuestra vida nacional y que poseyesen verdadera experiencia en los asuntos comunistas, tanto en los que conciernen a la ideología como en los que atañen a la organización; hombres, en una palabra, que hubiesen demostrado desde hace mucho tiempo que tienen un sentido exacto de la amenaza comunista y una perfecta comprensión de las complejidades que encierra.

Esta comisión se encargaría de hacer investigaciones sobre la penetración comunista en los diversos sectores de la sociedad americana, ayudando en lo posible a las entidades honradas a depurar sus propias filas, librándolas de toda contaminación. Sus investigaciones habrían de ser realizadas con entera independencia, pero la comisión tendría a la vez el poder y el deber de hacer públicos sus descubrimientos en todos los casos en que la revelación pudiera ser provechosa para el interés público.

No sería una de las funciones menos positivas de la comisión la de determinar los caminos por los cuales el comunista vacilante — o sus antiguos compañeros arrepentidos — podrían liberarse de la influencia del partido. Actualmente el Partido Comunista mantiene en su seno a muchos de sus miembros por medio del chantaje, por el temor a las represalias económicas y hasta por el miedo a la violencia. El hombre o la mujer que verdaderamente deseen abandonar el partido deben ser ayudados para que lo hagan.

La medida en que esta comisión hubiese de cumplir su tarea, dependería evidentemente de los hombres que el presidente de los Estados Unidos nombrase para integrarla y de la autoridad con que ejerciesen sus funciones. Algunas de las reformas más beneficiosas de que disfruta el pueblo norteamericano proceden de comisiones o grupos de ese género, encargados de aconsejar y orientar a los ciudadanos. Así, por ejemplo, todo nuestro programa para la conservación de los recursos naturales ha surgido del trabajo de una comisión nombrada por Teodoro Roosevelt. La Comisión de Heriberto Hoover sobre las tendencias sociales realizó muchas investigaciones preparatorias para la legislación que ayudó ulteriormente a superar la depresión — el *New Deal* del sucesor de Hoover, Franklin D. Roosevelt. En época aún reciente, el mismo Hoover prestó al país señalados servicios como presidente de la comisión designada por el presidente Truman para estudiar la reorganización gubernamental.

Una agencia presidencial para ocuparse en el problema de comunismo no excluiría el establecimiento de comisiones de encuesta por el Congreso. La Cámara y el Senado tienen derecho, una y otra, para abrir investigaciones sobre el comunismo o sobre cualquier otro asunto siempre que consideren que ello puede ayudarlas a legislar con mayor prudencia y acierto. Pero las comisiones parlamentarias de investigación deben operar — como los tribunales y los órganos regulares — respetando reglas que les permitan reunir los hechos sin pisotear los derechos elementales de las personas sometidas a la investigación. Paralelamente al trabajo de la comisión será, pues, necesario, con objeto de llegar a buenos resultados, establecer un procedimiento que proteja contra la calumnia y sus consecuencias a los individuos requeridos en audiencia parlamentaria.

Instituyendo una comisión presidencial que venga a ser el estado mayor general de nuestra ofensiva interior contra las intrigas y manejos inspirados por el Kremlin, e introduciendo saludables modificaciones al procedimiento de investigación parlamentaria, podremos reunir la equidad con la eficacia en un grado que hasta ahora no se ha conseguido nunca y que no se conse-

guirá si continuamos confiando en los métodos de campos de carreras o en el histerismo.

II. El Centro de información privada

Uno de los principales signos distintivos de una democracia es que sus ciudadanos no sean como niños dispuestos a abandonar su propia suerte al poder paternalista de un Estado omnisciente. Cada uno de nosotros tiene como responsabilidad directa y personal la de contribuir al esfuerzo total de la nación para apartar de ella el peligro comunista. Esta responsabilidad pesa especialmente sobre aquellos que ostentan una posición dirigente en las instituciones cotidianas de la vida americana: sindicatos, iglesias, escuelas, periódicos, organismos de recreo y de cultura para las masas, partidos políticos, etc. Impidir a los comunistas que se infiltren en tales organizaciones es un problema que interesa ante todo a la responsabilidad de esos mismos organismos.

La dificultad con la que gentes de una acrisolada honradez pueden encontrarse inscritas en las organizaciones concebidas o dominadas por los comunistas ha tenido una expresión clásica durante la guerra en el Consejo nacional de amistad americano-soviético, que figura actualmente en el registro de entidades subversivas llevado por el Attorney general, y que contaba entre sus valedores y simpatizantes ciudadanos tan eminentes como el secretario de Estado Cordell Hull, el secretario de Comercio Jesse Jones, Owen D. Young de la General Electric, Thomas W. Lamont del banco J. P. Morgan, Mrs Ogden Reid del *New York Herald Tribune* y el teniente general Leslie C. McNair. En 1945, el general Eisenhower dirigía a esta organización el siguiente saludo: « Deseo a su Consejo el éxito más completo en el valioso trabajo que ha emprendido. »

Entre paréntesis, puede advertirse que ha habido buen número de americanos que tardaron mucho en reconocer la hipocresía de las declaraciones soviéticas en favor de la paz y de la cooperación internacional. En 1946, por ejemplo, el candidato republicano al escaño senatorial del Wisconsin,

el famoso Joseph R. McCarthy, proclamaba: « La proposición de Stalin para un desarme mundial es una gran cosa y debe ser acogida como sincera. »

En ausencia de fuentes de información dignas de confianza, vemos multiplicarse los « consejeros » profesionales en materia de comunismo, cuyo interés esencial es el de ganar el mayor número de dólares posible a costa de los jefes de empresa, sindicalistas y otros dirigentes de comunidades, ansiosos de evitar las molestias y enojos que podría causarles el comunismo.

Estos consejeros no pueden vivir más que exagerando las proporciones del problema. Así, cualquier primera figura del cinematógrafo, de la radio o de la televisión que ha dado su nombre a una empresa u organismo de apariencia inocente, puede ser inscrita en una lista negra permanente de gentes indeseables. Nuestros actores, cantores y escritores no eran acaso un modelo de vigilancia política en la bella época del frente único; pero si es cierto que no merecían aplausos por sus complacencias con respecto a los halagos comunistas, las cobardes genuflexiones de los productores y agentes de publicidad ante los ayudantes de la censura son todavía mucho menos encomiables.

De lo que tenemos necesidad en la situación actual es de un comité responsable al cual las organizaciones democráticas y los ciudadanos puedan recurrir para obtener opiniones meditadas. El

patronato y la ayuda económica inicial para un comité de esa clase tendría un origen privado. Nuestro propio sindicato aceptaría contribuir a empresa semejante, que recibiría ánimos y apoyo de los institutos, casas de comercio y otros establecimientos y entidades.

Ese comité no buscaría la publicidad, no andaría a la caza de las personas, no pondría una política determinada. Obraría tan sólo con vistas a esclarecer cualquier caso que se presentase en relación con las actividades comunistas. Utilizaría, dentro de los límites que la comisión presidencial aludida estimase deseables, los informes que el gobierno tuviese en su poder, pero sería siempre una agencia esencialmente particular, operando en favor del interés público y de una manera no lucrativa.

Estas dos proposiciones no son presentadas como una panacea para el problema comunista. Treinta años de disputas con los comunistas me han convencido de que no existe ningún remedio que pueda librarnos de ellos en un abrir y cerrar de ojos. Pero tengo la convicción de que esas medidas, tomadas de concierto con las acciones de carácter nacional resueltas que son necesarias para revitalizar nuestra democracia y para edificar la fuerza militar, económica y espiritual del mundo libre, nos harían dar un gran paso hacia la solución que buscamos.

DAVID DUBINSKY

SOBRE HISTORIA ESPAÑOLA

POR CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ

ESPAÑA EN SU HISTORIA, de Américo Castro, es una obra apasionante. Desde hace muchas décadas ninguna otra ha captado con tanta sutileza algunas de las ondas misteriosas que nos disparan el todavía incógnito pasado de España. El talento extraordinario, la penetrante agudeza, la pluma brillante y la gran erudición de Castro han dotado a su libro de un extraño interés que va ganando la convicción del lector poco informado. Pero Castro ha trazado una visión esencialmente equivocada del proceso histórico del que surgió el estilo de vida hispánico. La publicación de *España en su historia* me planteó en su día un ingratisimo problema de conciencia. El callar habría implicado asenso a una teoría que podía convertirse en básica interpretación de la historia española. El análisis crítico de la tesis de Castro me obliga a enfrentarme con un amigo de horas no sólo por pasadas mejores, y con un compañero de destierro. Al cabo triunfó en mí la idea de mi responsabilidad científica y mi devoción por la verdad. Y me lancé a escribir una obra sobre el enigma histórico de España, obra que había de contradecir sin remedio la de Castro. La larga y difícil aventura va tocando a su fin. De esa obra ofrezco aquí algunas páginas. En ellas discuto varias de las ideas de mi viejo colega madrileño : las más generales y no las de más interés.

Pero claro está que no puedo ni quiero descubrir anticipadamente la enjundia de mi libro (1).

Qué es lo hispano

Ante algunas críticas a su desdén por lo peninsular anterior al 711 Castro ha reaccionado de una manera peregrina : ha negado que sea hispano todo lo que no coincide con lo que juzga característico de lo español moderno. Tal afirmación autoriza tan deliciosas como absurdas conclusiones. Conforme a la idea de que parte Castro, podrán negarnos a él y a mí la condición de españoles los habitantes de la Península del año 3000, quienes naturalmente serán muy distintos de los dos.

Castro, genial y agudísimo de ordinario, arguye que si los españoles de hoy pudieran trasladarse al Burgo de la segunda mitad del siglo XI hallarían que aquello se parecía mucho a la España de nuestros días y que, en cambio, no podrían convivir con los habitantes de Numancia, de Gades o de Hispalis anteriores a Cristo. Naturalmente, y esos viajeros retrospectivos se hallarían todavía más sorprendidos en Tartessos o

(1) Va a ser publicado por la Editorial Sudamericana, de Buenos Aires, con el título de *España, un enigma histórico*.

entre los pintores de la Cueva de Altamira, y más cercanos a sus hábitos diarios en el Madrid de Felipe II o en el de Carlos III.

Hispano es todo lo hecho por cuantos hemcs alentado en Hispania y hemos vivido conforme a la estructura funcional que regulaba a la sazón la vida de los peninsulares. No hay un arquetipo definido y definitivo de lo hispano. Un historiador no puede pensar en lo *auténtico* español como piensan quienes nos catalogan a él y a mí en la anti-España. Lo hispano ha sido, es y será eternamente cambiante, como todo en la historia. Está integrado por una serie de estratos diferentes que se alteran un poco cada día y un mucho al cabo de los siglos. Ni siquiera los grandes giros de la vida histórica han provocado saltos, cortes, vacíos. El hombre y los pueblos reptan despaciosos por la gran espiral del tiempo. Ayer es ya distinto de hoy y lo más lejano a nosotros tiene siempre algún vínculo de semejanza con el mañana.

Lo singular de la afirmación de Castro, que me niego a aceptar, deriva de su peculiar concepción de la historia, a la que atribuye la unívoca misión de fijar las contexturas vitales de los pueblos con miras al descubrimiento de la dinámica de sus posibilidades e imposibilidades de acción cara al futuro. Señalaré en otra parte las limitaciones que esa concepción implica y las dificultades que contra ella se alcanzan. Esas limitaciones y dificultades aumentan por lo que hace al curso del pretérito vivir de la Península, enclavada desde la prehistoria en una encrucijada de culturas y de contexturas vitales y, por tanto, en perpetua fermentación catalizadora, pero también en perpetua antibiosis eruptiva. Si las simbiosis sucesivas fundían estilos de vida y esencias culturales, las repetidas antibiosis afirmaban y prolongaban muchos rasgos de la disposición funcional primitiva de los hispanos y de las proyecciones de su primigenia estructura cultural. Como consecuencia de ese perdurable tira y afloja hacia el ayer y hacia el mañana, el río de la historia española, si nunca ha retrocedido, naturalmente, hacia sus fuentes, ha avanzado sí más despaciosamente que los otros ríos históricos de Occidente; e incluso después de los inevitables saltos

torrenciales que ha debido de padecer o de gozar, se ha remansado en meandros o ha caminado lentísimo hacia la mar lejana. Por ello es el español el pueblo en que las constantes históricas han conservado una más dilatada vitalidad y en el que han perdurado más vivaces los caracteres vitales de sus abuelos milenarios.

Es vano empeño por ello intentar hacer resaltar las diferencias que separan a lo español de hoy de lo hispano-cristiano medieval, lo hispano-árabe, lo hispanogodo, lo hispano-romano o lo hispanoprimitivo, para negar la hispanidad de tal o cual etapa de nuestro pasado. Esas diferencias se acentuarán en proporción geométrica a medida que retrocedamos en el tiempo. Pero ellas no son óbice para que puedan investigarse los vínculos genéticos y las aproximaciones entre todos esos estratos de lo español. Si el estiaje de las fuentes históricas no impidiera nuestra observación, aprovechando exhaustivamente su caudal de noticias podríamos advertir los cambios sufridos por lo hispano en cada década, como menudos latidos del corazón de España. Y no obstante la pobreza de nuestra documentación, es posible descubrir lo que ha perdurado a través de las etapas sucesivas de lo hispano.

Arriesgadas conjeturas

Es peligroso acuñar bellas frases, demasiado rotundas. Suelen estar cargadas de subjetivismo explosivo. Eso ocurre con algunas vacías de substancia histórica, lanzadas a los espacios siderales por la imaginación de Castro. « La España medieval — escribe — es el resultado de la combinación de una actitud de sumisión y maravilla frente a un enemigo superior y del esfuerzo por superar esa misma posición de inferioridad. » ¿ Sumisión y maravilla ? Es fácil escribir esas palabras, mas costará a Castro mucho esfuerzo comprobar con hechos la realidad y la perduración de tal sumisión y de tal maravilla antes y después de la segunda mitad del siglo X.

« Nada realmente universal en la civilización de España existiría — desde el



D. CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ

Poema del Cid hasta la música de Falla — si España se hubiera incluido en el círculo de la cultura racionalizada », escribe una vez. Y otra : « Rebelde a la ley y a cualquier norma estatal, el español fué dócil a la voz de la tradición y al imperativo de su persona absoluta. De no haber sido así, la Península se habría convertido en una prolongación de África o en una extensión de Francia o quizá de Inglaterra. » El juego de los síes permite en la Historia, las más audaces conjeturas. Lo difícil es darles validez científica. Y eso ocurre con las dos tajantes afirmaciones de Américo Castro, ahora registradas. Si España se hubiera inscrito en los cuadros de la cultura racionalizada... ; si los españoles no hubiesen sido rebeldes a toda norma y dóciles al imperativo de su real gana y de la tradición... Si Castro reflexiona sobre sus palabras ¿ no encontrará orgullosa su pretensión de adivinar lo que hubiera sido el pasado de nuestra patria y de nuestro pueblo y lo que sería su presente, si España o los españoles hubieran hecho lo que no hicieron ? En todo caso no le será fácil lastrar de realidad histórica tales afirma-

ciones, tan brillantes y sugestivas como aventuradas y flotantes.

Ni la historia de una inseguridad ni un vivir desviviéndose

Las más bellas frases no suelen ser sino eso, bellas frases. Magníficos pero fugaces fuegos de artificio que suben muy alto y deleitan un instante, pero que, vacíos de substancia, se desvanecen pronto en la oscura noche. Eso ocurre con las dos a que vengo aludiendo. « España o la historia de una inseguridad », España o « un vivir desviviéndose ». Alucinantes y deslumbradoras, ascienden rápidas hacia el firmamento, se desgranán en miles de estrellitas prometedoras de claridad sideral y se apagan al punto faltas de verdadera luz.

¿ Inseguridad en el caminar ? ¿ Vacilación en el querer ? No, los españoles no dudaron ni vacilaron hasta la gran crisis de mediados del siglo XVII. Para desdicha de España. Durante cerca de un milenio supieron muy bien lo que querían y avanzaron por la historia con más firmeza de rumbo y menos incertidumbre en el caminar que ningún otro pueblo de Europa.

Los hermanos de Occidente se dejaron ir durante esos largos mil años a la deriva de faenas cambiantes y sin proyección de eternidad. Y así todavía en los días del Renacimiento y de la Reforma, magníficas empresas preñadas de tantas esperanzas como dudas — las esperanzas y las dudas que nacen con toda vida individual y con toda vida histórica — y aún de más dudas que esperanzas, porque así ocurre en toda ruptura decisiva con el ayer, por más que les pese a los audaces novadores.

Salvados los cambios provocados en ellos y en torno a ellos por el correr del tiempo, desde Covadonga hasta Rocroi los españoles quisieron lo mismo, llevaron a cabo una sola gran tarea — esencialmente « dirigida a extender una creencia más que a establecer un sistema de intereses » —, creyeron en ella con fe viva, se sintieron seguros en su empresa y presiguieron su avance sin zigzagueantes titubeos hasta el terrible fracaso final.

¿ La historia de una inseguridad ?
¿ Cuándo y cómo se manifestó esa inseguridad ?

ridad antes de mediados del siglo XVII? Américo Castro pretende que dos españoles cuatrocentistas contemplaron ya a su patria « crítica y angustiadamente », y que « desde el siglo XV hasta hoy corre sin ruptura la línea temblorosa de esa inquietud respecto al propio existir. » Otra vez bellos fuegos de artificio. Se refiere al discurso en defensa de la preminencia de Castilla sobre Inglaterra, pronunciado por don Alfonso de Cartagena en el concilio de Basilea y al papel confidencial de Fernando de la Torre a Enrique IV, en el que parangona Castilla con Francia. Castro resume y comenta los dos textos. No hay en ellos ni crítica, ni angustia, ni inquietud respecto al existir de la nación. Rezuman orgullo. La soberbia hispana movió las plumas del caballero y del prelado. Lo reconoce Castro en su exégesis. De las palabras del obispo de Burgos dice que « rebotaban conciencia de hispanidad ». « La historia aparece aquí como perfecta seguridad », escribe al comentar una frase del antes rabino burgalés. Y a la postre declara : « Don Alonso termina su arenga, más que alegato, con un gesto de suprema arrogancia. » Y si con acierto califica al escrito de Fernando de la Torre de « descripción valorativa de las peculiaridades españolas », sobre él concluye : « Todo esto suena ya a lenguaje imperial anunciador de las grandes empresas. »

Ningún pueblo tenía en el siglo XV, dice Castro tan redonda y cabal conciencia de sí mismo. Alonso de Cartagena y Fernando de la Torre comprendieron y reconocieron las peculiaridades de la sociedad castellana — podríamos decir sin hipérbole de la sociedad peninsular — frente a las sociedades de allende el Pirineo. Otro tanto hizo Gutierre Díez de Games al referir en *El Victorial* las andanzas de don Pero Niño por los mares y tierras del Norte. Pero ninguno de los tres juzgaba inferior el estilo de vida de Castilla al de Francia o al de Inglaterra. Las críticas de los futuros rivales de España no les hacían vacilar. No sentían ninguna inquietud, ninguna inseguridad, ninguna angustia. Los tres defendían el carácter hispánico y tenían fe plena en los destinos de su patria : « Otra gente así diestra en armas en el mundo no la ay », decía de la Torre.

No ; de las palabras del noble y del obispo no parte ninguna línea temblorosa de inquietud y de angustia. La guerra de las Comunidades, los comienzos del reinado de un príncipe extranjero y los resplandores de la hoguera de la Reforma inspiraron algunas ideas pesimistas al Almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez ; un castellano de pro, piadosamente irritado por el espectáculo de una clerecía inmoral y de unos fieles que no armonizaban su obrar con su creer — Bataillon refiere que buscó apóstoles para evangelizar sus Estados — ; un gran señor que guardaba tan vivo como amargo recuerdo de los desastres de la recién terminada guerra civil en la que había desempeñado papel principal, y que muy chapado a la antigua se sentía muy inquieto ante el inicio del gobierno, en Castilla, de Carlos de Gante. Y Gonzalo Fernández de Oviedo, otro espíritu archisensible, también torturado por el recuerdo de los desmanes de los comuneros y también irritado por los vicios del clero — escribió contra ellos durísimas palabras — al contestar al Almirante, se dejó ganar por sus ideas pesimistas y llegó a abultarlas arrastrado por su temperamento de escritor.

Pero el mismo Sánchez Montes, que ha sacado a luz estas dos actitudes — Castro no tuvo noticias de ellas — y que ha señalado palabras de Guevara de ascendencia manriqueña, alega numerosos testimonios de la confianza que los españoles, de los más diversos núcleos sociales, sintieron ante el porvenir de la nación y de su firme fe en la misión providencial de España y del Emperador.

Américo Castro no puede alegar luego el nombre de un solo español anterior al siglo XVII de cuya boca o de cuya pluma haya escapado un tenue y leve eco de ese inseguro y angustioso dudar que nos tortura a los hispanos desde las horas de nuestra gran crisis.

Los españoles del siglo XVI creyeron con tal firmeza en el destino de su patria, que no obstante su exaltado fervor religioso y su tradicional castrense devoción al papado, osaron enfrentarle. Y no sólo Vives censuró y Francesillo de Zúñiga y Diego Hurtado de Mendoza apostrofaron a diversos Pontífices ; el último de los citados, el

secretario del Cardenal de Santiago, Fray Juan de Toledo, y hasta el gran teólogo Melchor Cano llegaron a aconsejar a Carlos V que privase al Papa del Estado de la Iglesia.

Castro lanza a la noche un puro cohete literario al afirmar que el rasgo primario de la cultura española consistió en no hallarse segura de sí misma. Los españoles sí tuvieron conciencia de su singularidad apenas se asomaron fuera de las fronteras de su patria, pero ese saberse distintos se dobló desde entonces de un recio orgullo de su superioridad y de una firme seguridad de lo sin par de su destino. Un pueblo inseguro de sí mismo, angustiado e inquieto sobre su existir, no hubiera hecho lo que hizo España desde 1492 en adelante.

Lo reconoce el mismo Castro al escribir, contradiciéndose: « el español se aferró a sus creencias legendarias, religiosas y artísticas como ningún otro pueblo europeo; se encastilló en su propia persona y de ella sacó arrojo y fe para erigir un extraño e inmenso imperio »...

España no ha vivido « siglos y siglos sintiendo faltarle la tierra bajo los pies ». Sánchez Montes ha ofrecido muchas pruebas de cómo durante el XVI sacudió a los españoles un eufórico providencialismo. Aparece en cartas privadas, en escritos anónimos y en coplas populares. Llegaron a escribir:

*Pues Dios tan claro se muestra
de parte del gran Carolo
sea ya el mundo español.*

El áspero criticismo español es fruto del terrible despertar al alba clara de su derrota por el mundo nuevo de un pueblo hasta allí ebrio de fe en sí mismo. Y todavía en el primer tercio del siglo XVII, aunque los españoles más inteligentes eran ya pesimistas, todavía muchos otros creían en España: por ejemplo, don Adam de la Parra y algunos escritores de los que Jover ha agrupado en la generación de 1635. Sólo entonces arraiga y triunfa la inquietud y medra el mesianismo. La inquietud que se traduce en inseguridad y el mesianismo que espera de un hombre la salvación de la patria: del Cardenal Infante don Fernando, del bastardo don Juan José de

Austria, del que después fué Luis I de Borbón... y así hasta hoy.

La historia de España no fué antes la historia de una inseguridad. Ni ha sido nunca un vivir desviviéndose. También esta frase está vacía de luz perenne y se desvanece rápida en el horizonte del pasado. Las amargas palabras que escaparon a Alonso Fernández Coronel y a Don Alvaro de Luna al subir al patíbulo — « Esta es Castilla que hace los hombres y los gasta » — y las censuras que ante el señorío de Castilla por la codicia escaparon de la pluma de Fernán Pérez de Guzmán no pueden servir de testimonio de ese supuesto vivir desviviéndose de los peninsulares a lo largo de su historia, y las más o menos justas y más o menos agrias críticas de Quevedo y de Gracián, de Unamuno y de Ortega y Gasset y de algunos otros pensadores hispanos del siglo XVII y del XX son hijas de la rudeza y de la soberbia españolas, que derivan de las más viejas raíces de lo hispánico, y exponentes del estado de ánimo de generaciones que asistieron a grandes crisis nacionales.

Son hijas de la rudeza española, porque el pueblo español nació como prolongación histórica de las tribus peninsulares nortenas, las menos penetradas de la influencia balsámica de la cultura romana. La áspera herencia temperamental con que iniciaron la Reconquista no fué después sino acentuada al correr de los siglos. Y las masas populares hispanas han merecido muchas veces los latigazos críticos de las minorías que de entre ellas lograron destacarse.

Y de la soberbia española, porque los hombres superiores se han sentido en España con frecuencia sacudidos por un orgullo satánico; desde antes de Séneca hasta después de Unamuno, y sin excluir a Ibn Hazm y a otros hispano-musulmanes. El orgullo de los intelectuales españoles equilibró la envidia con que eran flagelados — no sé si fué causa de ese flagelo o reacción contra él — y esa soberbia se desbordó a las veces en injustas invectivas contra el pueblo, cuando no se mostraba propicio a escuchar sus consejos y a aceptar su maestrazgo. Esas invectivas han sido el reverso del milenarismo caudillismo ibérico. Las masas españolas han buscado con frecuencia al hombre superior para seguirlo con pasión;

y el hombre superior, habituado a su caudillaje, ha necesitado imperiosamente del coro dócil y obediente que le siga.

Las críticas irritadas contra el vulgo — no es justo lanzar invectivas contra el pueblo español porque haya padecido del mismo mal de los hombres de elección — no probarían además que España haya vivido siempre desviviéndose.

Los trallazos críticos contra la propia patria de los pensadores españoles del siglo XVII y de los últimos tiempos, su angustioso enfrentamiento con el pasado y el presente de España han sido ocasionales. Han surgido cada vez que hemos tenido conciencia de la gravedad de una crisis. De una crisis que amenazaba la existencia de la nación. Han sido descargas emocionales ante la amargura y la angustia de horas sombrías y desesperanzadas, en que parecían cerrarse todos los caminos y no ser posible una renovación de la perdida vitalidad.

En oposición a la tesis de Castro, acaba de escribir Aubrun que ese desvivirse se ha producido siempre que la esclerosis de una sociedad, su estratificación en clases cerradas, ha puesto en peligro la existencia de una comunidad. « Cuando la comunidad — ese complejo afectivo entregado sin cesar a tareas comunes y sin cesar por ellas recreado — está amenazado en su funcionamiento existencial, aparece la angustia. » Insistimos, añade, sobre la universalidad del fenómeno, porque podría creerse, de seguir a Castro, que ese « desvivirse » es particular de España, que la angustia ante la elección, la dramática asunción de la libertad, abruma al español más que a ningún otro, y reconoce que ese ha sido el caso de Alemania de 1920 a 1925 y de Francia de 1945 a 1950. Sus afirmaciones son exactas y no sería imposible trazar las horas de angustia de todos los pueblos a través de su historia.

No ; España no ha vivido desviviéndose. Todos los pueblos han padecido grandes crisis y sufrido grandes angustias. Las de España han sido graves porque los españoles se han sentido sacudidos por un ímpetu desenfrenado y frenético de acción, como resultado de su historia singular, y tras esas descargas energéticas han caído en la somnolencia y la fatiga ; y se han

dejado ir por el viento del destino después de sus impetuosas sacudidas eléctricas. No sería difícil presentar el cuadro de esos ascensos bruscos, como de flecha disparada hacia la altura, y de sus inmediatas caídas verticales. Estudiaremos el proceso de ese desorbitado activismo hispano en el libro del que proceden estas páginas. Pero sus proyecciones históricas no obligaron a España a vivir desviviéndose. De todas sus crisis sucesivas ha sabido alzarse airosa, hasta que llegó a agotarse en el cumplimiento de la misión histórica a la que se había dado con pasión, llena de fe y segura de sí misma. Y aún después, su extraordinaria vitalidad le ha permitido sobrevivir. Su vitalidad que alumbraba en seguida y seguirá alumbrando grandes valores humanos.

Convivencia orgánica

« Siempre que el pueblo español deja de estar ercintado por el nimbo de un mito seductor, confundió sus derechos con el caos. » « El español nunca convivió con sus semejantes sino que coincidió con ellos bajo una misma creencia — religiosa o monárquica — que por encima de los afanes diarios los cobijaba a todos. » Es lícito aventurar tales afirmaciones con gesto displicente y elegante en una amena conferencia o con ademán tribunicio y vehemente en una apasionada prédica política. No lo es estamparlas en un libro de historia, al socaire del estudio de la influencia de Santiago en la vida española.

Los peninsulares supieron articularse políticamente más temprano y mejor que los habitantes en los países feudales de allende el Pirineo. Si Castro se hubiera asomado a la historia institucional de la Edad Media hispana, habría visto a portugueses, leoneses, castellanos, navarros, aragoneses y catalanes, conscientes de sus intereses y derechos públicos y procurando asegurarlos pacíficamente por medios legales, al margen de su devoción por mitos religiosos y de sus fervores monárquicos.

Desde fechas muy tempranas lograron garantizar sus libertades políticas, mediante leyes municipales primero y por medio de leyes territoriales después.

Cuando creyeron amenazados sus derechos, supieron organizarse en hermandades y pactaron ligas defensivas para aumentar su fuerza y asegurar el respeto a sus fueros. Y en las horas de caos político, en los períodos de anarquía nobiliaria, lejos de contribuir a su prolongación, supieron muy bien que el orden jurídico y la paz interior podían garantizar sus intereses, libertades y exenciones y volcaron su potencia económica y política del lado de la legalidad constituida. Y no por devoción hacia la monarquía, porque hicieron pagar caro a la realeza su socorro y tanto en Aragón como en Castilla le arrancaron la concesión de preceptos legales que les daban intervención en el gobierno del reino. Será tan difícil a Castro contradecir la realidad de estas afirmaciones como fácil comprobarla a cualquier mediano conocedor de la historia jurídica española.

Según he hecho ya notar en otra parte, es frecuente mirar al ayer con ojos en cuyas retinas están todavía impresas imágenes del hoy. Castro no se ha librado de esa flaqueza... Ha contemplado las revoluciones de Sahagún y de Santiago de principios del siglo XII, deslumbrado por la luz cegadora de las conmoviciones y revueltas provocadas por la reciente guerra civil española, y ha hipertrofiado esos dos acontecimientos históricos. Están casi aislados en la llanura de la pacífica ordenación jurídica de las libertades castellanasy aragonesas. Castro no puede brindarlos como especímenes de la estructura funcional del pueblo español. Precisamente quienes iniciaron los alzamientos de Sahagún y de Santiago fueron inmigrantes ultrapirenaicos, recién llegados al país y todavía no hispanizados. Y se rebelaron contra dos tipos de regímenes señoriales — Castro confunde siempre señorío y feudo con error disculpable en un filólogo — de abolengo ultramontano y mucho menos liberales que los habituales en tierras leonesas. Las revoluciones municipales se repitieron en Galicia, cuyas grandes ciudades eran de señorío episcopal. Los burgueses gallegos necesitaron arrancar por la fuerza a sus señores el reconocimiento jurídico de sus libertades. Como les fué preciso hacer a los habitantes de las ciudades de la Europa

feudal y señorial al otro lado de la cordillera pirenaica.

Un paralelo entre los movimientos revolucionarios ocurridos dentro y fuera de las fronteras peninsulares al correr de los siglos habría impedido a Castro aventurar sus juicios temerarios. El pueblo español no ha confundido sus derechos con el caos apenas liberado de la seducción de un mito. Si alguna vez se ha lanzado a la revuelta fiera y sangrienta, ha sido azuzado y enfurecido por sus amos y señores — en el siglo XII como en el XX — y encendido de ibérica pasión, de la misma pasión con que ha combatido seducido por sus viejos mitos. Y cuando ha abierto un proceso revolucionario nunca ha ido tan lejos como los otros pueblos en casos parecidos.

Los españoles han convivido muchas veces orgánicamente y muchas se han articulado política y pacíficamente al margen de sus creencias religiosas o de sus vocaciones monárquicas. El pueblo español ha necesitado, como cualquier otro pueblo de la tierra, ideales que suscitaran sus fervores. No ha sido culpa suya si sus minorías directrices rara vez han sabido brindarle proyectos atractivos que le sacudieran de sus pobres afanes diarios y de sus tradicionales amores y creencias; si no han acertado tampoco a suavizar sus pasiones, si no han logrado encauzar su profundo e instintivo sentido jurídico y su arraigada emoción ética y si, tanto en los siglos medievales como en los modernos, le han enfrentado como falsos profetas o como crueles domadores, en lugar de alzarse ante él como guías o como maestros. La empresa no ha sido ni es fácil por el ímpetu torrencial que la historia de la azarosa pugna multiseccular con el Islam ha ido acumulando en una comunidad histórica por su vieja estructura funcional arriscada, vehemente, orgullosa y propicia a los desbordes energéticos. No se logrará el cambio con libros como *España en su historia*, en los que a la par se hipertrofian las lacras nacionales y se invita a la defensa del estilo vital hispano. En lugar de encastillarse en el « sostenello y no enmendallo » urge enmendarlo sosteniéndolo.

C. SANCHEZ ALBORNOZ

Acerca de la histórica inseguridad de los españoles*

POR AMÉRICO CASTRO

Las páginas anteriores — por fuerza incompletas, a menudo excesivamente lacónicas — corren el riesgo de ser malentendidas, si sus temas, o las ideas expresadas, se aíslan del contexto en que cobran sentido cabal. Importa, por lo mismo, recapitular lo dicho acerca de la radical *inseguridad* del hombre hispano y de su consiguiente desvivirse obliga a detener unos momentos más la atención del lector. La inseguridad de que hablo no implica parálisis ni inactividad, pues es justamente un inevitable resultado de haber sido como han sido las actividades hispanas. La inseguridad acompaña como un halo a las acciones motivadas y sostenidas exclusivamente por la fe en la persona, en una persona sin un mundo de cosas e ideas creado por ellas, y objetivado como una proyección de las actividades personales. Inseguridad e integralismo personal son aquí conceptos correlativos, dados en una unidad de visión.

La forma de hallarse situado el español en su historia hacía esperable que las expresiones más hondas y auténticas de su conciencia, incluyesen, con el personalismo de su vivir, el sentimiento de una grave oscuridad en torno a la persona. Es decir: el español se sentía plenamente instalado dentro de sí (batalló, conquistó, se expresó,

creyó con firme arrojo); simultáneamente experimentó una sensación de insuficiencia, de soledad, de inseguridad al enfrentarse con el pobre escenario de su tan dramática vida.

Ya en el siglo XI fué notada la insuficiencia de las instituciones religiosas. Fueron llamados los monjes de Cluny por creerse que, a diferencia de los españoles, « ad caelestia sine taedio tendunt », o sea, que se ocupaban con ahinco de las cosas divinas (pág. 168 de este libro). Los cluniacenses, al parecer, no fueron superados por los monjes hispanos, puesto que hubo que recurrir de nuevo a los extranjeros, a los cistercienses del siglo XII. Que los cristianos no trabajaban ni contribuían mucho técnicamente a las necesidades sociales, está bien claro en las palabras del Cid respecto de los moros: no los matemos, « posaremos en sus casas, e dellos nos serviremos » (pág. 91). El lector ya conoce la importancia y extensión de aquellos servicios. El moro hizo de todo, y hasta aconteció que le confiaran en ocasiones la guarda de sus propias ciudades al ser reconquistadas éstas: El rey Fernando II de León tomó la ciudad de Badajoz, y « fiando en ellos (los moros), dióles por adelantado a un moro que dizíen Abenhabel; et fiando el rey en la fieltad deste Abenhabel, metió en su comienda la guarda de sus moros et la çipdat » (*Crónica General*, pág. 676) (1).

(*) Del próximo libro de Américo Castro, *La realidad histórica de España*, México, Porrúa, Fierm. r. c. s., 1954.

La inseguridad en cuanto a la propia cultura se manifiesta en el hecho de haber llamado Alfonso VIII a sabios franceses y lombardos para iniciar los primeros estudios universitarios en Castilla, para que hubiese en su tierra «enseñamiento de sapiencia» (pág. 234). La conciencia de sentirse por bajo de otras naciones rezuma en los versos del *Poema de Fernán González*:

« De Inglaterra y Francia, quisola (Dios) mejorar

(ved) que non yaz apóstol en todo aquel logar » (pág. 167).

A los franceses e ingleses del siglo XIII no se les ocurrió entablar pugilatos de superioridad, tomando a España como término de comparación. La fe en Santiago había brotado (ya se ha visto) de una inicial situación de angustia. Pero no obstante la irradiante gloria del Apóstol, una zona de penumbra se dibujaba en torno a aquélla. La mención de Francia e Inglaterra hacia 1240 demuestra que el autor del *Poema* lamentaba no ser más de lo que en efecto sentía ser.

Repetidas veces he hecho notar la sensación de inseguridad de los cristianos respecto de los judíos, únicos capaces de cobrar los tributos de los reinos cristianos, según el testimonio de los mismos reyes (pág. 475); éstos dijeron una y otra vez que, sin los judíos, las finanzas de sus reinos periclitaban. Inseguridad significa igualmente haber tenido que servirse de las conversos al desaparecer los judíos.

Como confesión de inseguridad valen las repetidas declaraciones en el siglo XVI (Ginés de Sepúlveda, Pérez de Oliva, Padre Cabrera y otros), de haber sido una desdicha la conquista de Granada, pues se había debilitado el ardor bélico de los antes heroicos españoles. (Nada importa, según he dicho con frecuencia, que esa impresión

careciese de fundamento objetivo). Jiménez de Quesada, el insigne conquistador, lamentaba en 1569 que en ninguna parte fuera reconocida la grandeza imperial de España (pág. 35).

Miguel Servet sí reconoce la importancia de las empresas de españoles y portugueses, y alaba la riqueza de su ingenio; pero dice al mismo tiempo que poseen escasa cultura y que « andan siempre mendigando libros extranjeros » (Adiciones a su traducción de la *Geografía* de Tolomeo, León, 1535). Lo cual, en el terreno del espíritu, corresponde a lo dicho por Fernando de la Torre, mucho antes, acerca de España: grandes riquezas naturales y escasa capacidad para elaborarlas; fecundos ingenios, grandes aspiraciones (« magna moliens »), pero escasa ciencia (« infeliciter discut »).

En este contexto de vida sentida y expresada a lo largo de los siglos hispánicos hay que situar las palabras de Fernán Pérez de Guzmán (« Castilla, mejor es para ganar de nuevo que para conservar lo ganado »), y las de don Alorso Fernández Coronel (« Esta es Castilla que faze los omes e los gasta ») proferidas mucho antes. Los españoles sentían ser y no ser, estarse haciendo y deshaciendo. La inseguridad — desde la invención del sepulcro de Santiago hasta las palabras de Galdós que figuran en el umbral de este libro (« La inseguridad, única cosa que es constante entre nosotros »), no radica en nada ocasional, o escrito por pesimistas malhumorados, sino en el latir mismo de la conciencia española. El Rey Católico lanzó a sus nobles sobre Granada para que no deshicieran a España en guerras intestinas; el pueblo se desparramó heroicamente sobre la haz de la tierra para no languidecer sin más ocupación que orar y labrar la tierra. El desvivirse en este caso no fué anécdota aislable que pueda darse en cualquier época o pueblo; no es nada sobrevenido, como una yuxtaposición, sino un ritmo y función de vida, el mismo hacerse de esta vida valiosamente. Lo más universal de las creaciones hispanas — desde *La Celestina* hasta la mejor literatura del siglo XX — está situado sobre una inquietud radicalmente hispánica. No existe en España ningún gran pensador desinteresado, desligado de su estar en lo hispánico.

(1) La admiración que la civilización musulmana producía en los cristianos se expresa en lo escrito con motivo de la conquista de Sevilla en 1248: « Quán grant la beltad et la alteza et la su grant nobleza », etc. (*España en su historia*, pág. 52); en la imitación de los estilos arquitectónicos árabes en los siglos XIV y XV (el Alcázar de Sevilla y tanta otra cosa); en la traducción de obras científicas árabes en la corte de Alfonso X; en la presencia de modelos islámicos en el *Libro de Buen Amor*; en aceptar la *Crónica de Alfonso XI* la justicia de una victoria musulmana (v. *La realidad histórica de España*, Apéndice III); en el hecho de traducir las *Partidas* de Alfonso el Sabio las normas de tolerancia religiosa del Alcorán, etc., etc. Todo ello y mucho más ha acontecido después del siglo X.

Nada original y fuerte existe allá acerca de cualquier « razón pura ». Ellos (los del unanimesco « que inventen ellos ») piensan objetivamente sobre el pasado chino o sobre los astrcs. Los españoles, integrados y realizados en ellos mismos, no lo han hecho nunca. De ahí que la *novedad* (cap. XV) haya sido un proceso inmanente (« aquí se mete en *nuevas* Mío Cid Campeador») y no una innovación exterior; de ahí el uso de *estar*, como « puesto a *ser* (Apéndice I), exclusivo del español.

Hay que invertir las usuales perspectivas históricas a fin de alcanzar la zona en donde se hace perceptible la conciencia, la vivencia, de cómo está funcionando la vida en cada peculiarísima « morada vital », de cómo la realidad española — clara y manifiesta ya — es una alternancia de cimas y abismos. Hace años publiqué el máximo texto en que se expresa la voluntad de imperialismo universal en el siglo XVI. Carlos V circundaría el mundo todo : ... « Egipto, Siria, las Indias, todos se le han de dar, ... más dicho que Alejandre, por la tierra y por la mar. A todos en un apirisco él los tiene de encerrar ; los sacramentos son pasto con que los ha de pastar » (*Aspectos del vivir hispánico*, 1949, pág. 53). La creencia humano-divina, la razón de existir para el hispano, haría el prodigio, en un arrebató de entusiasta mesianismo. Pero ese mismo Emperador universal no tenía en 1555 ni aun para pagar su comida : « La necesidad es tan grande que yo he vergüenza de decillo, y prometo a Vm. como cristiano que ha

venido a términos, que S. M. no ha tenido para su dispensa » (Ruy Gómez escribe de Bruselas al secretario Erasso ; M. Gachard, *Retraite et mort de Charles V*, pág. 61-62). Del futuro Felipe II, a la sazón en Londres, escribirían sus secretarios : « Come prestado ».

España ha sobrevivido y se ha universalizado en obras expresivas de sus angustias humanas, de sus anhelos de grandeza y de su afán de aproximarse a Dios lo más posible. Sin su arte, sus letras y su lengua (tanto en España como en lo que fué su antiguo Imperio) la historia de España sería una insignificancia. Como dice una linda muchacha en una obra de don Juan Ruiz de Alarcón : « *Y así, para no morir me quiero hablar y divertirme* ». Sus leyes y sus instituciones administrativas no la habrían alzado hasta el reino de los valores perdurables y maravillosos. Roma sigue existiendo en la memoria de las gentes gracias a su genialidad jurídica e institucional, presente hoy en nuestros códigos y en la organización de la Iglesia. Pero la gran originalidad de los españoles no fué de ese tipo. El eje de su historia no pasa por el detalle anatómico de su vivir, sino por lo que hubo y hay en los españoles de justificada aspiración de eternidad. Recitemos, una vez más, el gran dicho axiológico de nuestro siglo XIII :

« *Non cuentan de Alexandre las noches nin
(los días ;
Cuentan los buenos fechos e las caballerías.* »

AMÉRICO CASTRO

Asia reivindica su libertad

POR MINOO R. MASANI

YENDO de la India a los Estados Unidos, tuve ocasión de leer por el camino un artículo de R. H. S. Crossman en *New Fabian Essays*. Al mismo tiempo que dice, al correr de la pluma, muchas cosas razonables y humanas, el Sr. Crossman propone una tesis que merece ser analizada. Después de declarar que considera el comunismo totalitario de Occidente como una fuerza nociva a la que deben oponerse todos los pueblos de la comunidad atlántica, prosigue afirmando lo siguiente :

« Pero el *coolie* de Malasia, así como el indígena que vive en régimen de tribu en la Nigeria, permanece igualmente indiferente ante la libertad, igualdad y fraternidad que ante la dictadura del proletariado. No está a nivel de semejantes ideales políticos. »

El autor pide entonces a sus lectores que acepten como él, a la vez intelectual y sentimentalmente, el hecho de que el comunismo, fuera de Europa, sigue siendo una fuerza de liberación. Nos encaminamos así hacia una conclusión que debemos poner de relieve aquí :

« El aislacionismo americano, que reacciona tan violentamente contra la inmensa carga del rearme y de la ayuda al extranjero, se acerca más en el fondo a la verdadera tradición americana que los profetas roosveltianos cuando pregonan las responsabilidades mundiales de América ». Los americanos deben aceptar el riesgo que representaría dejar vacante en

Asia y en Africa, « el vacío político » que se ha producido al desintegrarse los antiguos imperios establecidos por los europeos... « Debemos oponernos — añade el Sr. Crossman — a la expansión rusa, mas también a la victoria norteamericana ».

Cualesquiera que sean los motivos determinantes de esta línea de pensamiento, es desgraciadamente difícil engañarse respecto a los postulados que implica. Se trata, en primer lugar, de que los valores humanos de los pueblos de Europa occidental y de América del Norte no tienen nada que ver con las poblaciones no industrializadas de Asia y de Africa ; en segundo lugar, de que las reivindicaciones de *pan* y de *libertad* son contradictorias, y que esta contradicción, cuando se trata de países « atrasados », debe ser resuelta a favor del *pan*. Se trata, en fin, de que el Occidente debe borrar esos países « atrasados » y sus poblaciones del cuadro de sus preocupaciones políticas y abstenerse prácticamente de protegerlos contra la expansión y la agresión comunista.

Véase cómo un portavoz autorizado del socialismo « de izquierda » de Occidente, se expresa a la manera de un extraño eco de lo que Rudyard Kipling dijera : « El Oriente es el Oriente, y el Occidente el Occidente. Allende el Canal de Suez, no hay sitio para los Diez Mandamientos ». Crossman saca la consecuencia extraña de que lo que para el europeo y el americano

es reacción y tiranía, resulta liberación y progreso para los pueblos « menores de edad ».

¿ Hay algo de verdad en la afirmación fundamental de que las masas analfabetas y explotadas de Asia y de Africa están compuestas solamente de estómagos vacíos y de bocas hambrientas, sin otra conciencia y sin otra reivindicación que la necesidad de alimentarse ? Los hechos manifiestan precisamente todo lo contrario. Puede ser verdad que ciertos intelectuales « de izquierda » — en la India como en cualquier otra parte — estén obsesos por el deseo de introducir en sus países planes quinquenales de modelo soviético, y de instaurar todo lo que Lewis Mumford llama « gigantismo » industrial ; pero puedo afirmar que en mi país los hombres en general se apegan a cosas muy diferentes. Su manera de vivir tradicional, su religión y sus templos, su familia y su hogar, la posesión de su tierra y su ganado lo suponen todo para ellos. Es sin duda por eso por lo que el Partido Comunista de la India cuenta en sus filas tantos miembros de la *intelligentsia* de lengua inglesa, y tan pocos representantes de las clases no privilegiadas. Las masas de la India — y la adhesión casi unánime que han otorgado durante treinta años al Mahatma Gandhi es una buena prueba — siguen al hombre que sabe hablarles al corazón, al que se dirige a ellas en nombre de sus valores espirituales, como el amor, la verdad, la fraternidad humana, y que predica la igualdad del intangible *harijan* y del *brahman* orgulloso de su ciencia y de su virtud.

Gandhi es para el político comunista la antítesis más completa que se puede concebir. Como tal lo ha reconocido, desde hace treinta años, la prensa y la radio de Moscú. El comunista no jura más que por el materialismo dialéctico. Para él, la materia es substancia, el espíritu no es más que un residuo ; Gandhi predica la supremacía del espíritu y del alma sobre la materia. Para el comunista, el fin justifica los medios, para Gandhi los medios lo son todo ; medios y fines son como la semilla y el árbol y es por eso por lo que Gandhi declaró que el comunismo soviético « repugna a la India ». Stalin afirma la necesidad del odio hacia el enemigo de clase y hacia el ene-

migo nacional ; Gandhi, la necesidad del amor hacia todos. Busca el uno centralizarlo y colectivizarlo todo ; el otro, descentralizarlo todo y distribuir hasta donde sea posible el poder político y económico. El uno glorifica al Estado ; el otro — consciente del distinguido trazado por Rinhold Niebuhr entre el hombre moral y la sociedad inmoral — sostiene que el individuo es fin en sí mismo. Al identificarse con los más humildes de la escala de las clases sociales, los *harijan* o intangibles, Gandhi recuerda las palabras de Aquél que dijo : « Todo lo que hayáis hecho al último de los hombres, hermanos, me lo habréis hecho a mí ».

Los que hoy laboran para los más humildes de nuestro pueblo no pueden por menos de volver a encontrar un día el espíritu de Gandhi. No más lejos que el pasado mes, uno de mis mejores amigos, Jayaprakash Narayan, jefe del Partido Socialista Demócrata, un hombre educado en América, escribía :

« Durante muchos años, me prosterné delante del altar del materialismo dialéctico, doctrina que me parecía intelectualmente más satisfactoria que cualquier otro sistema del mundo. Pero, a ese precio, la indagación esencial de la filosofía quedaba insatisfecha ; me he dado cuenta de que el materialismo, cualquiera que sea su forma, malogra en el hombre la posibilidad de ser verdaderamente humano... Me parece hoy más evidente que nunca que la reconstrucción social es imposible si no empieza por el hombre, y solamente cuando se ha superado el materialismo entra el hombre individual en posesión de sí mismo y se convierte en fin propio. »

Es evidente que para la India la única revolución social válida es la que Gandhi empezó. Personalmente estoy convencido de que era esencial que se reafirmase la universalidad de los valores humanos tan rudamente puestos en tela de juicio por el Sr. Crossman, pues salta a la vista que, además de los partidarios de Bevan en Gran Bretaña, hay muchos hombres y mujeres de buena voluntad incluso en los Estados Unidos que comparten su opinión. Tapemos con pan las bocas hambrientas de las masas asiáticas, dicen ; llenemos los estómagos vacíos, y salva-

remos así Asia del comunismo. ¿ No es cierto que hay motivos para creer que el pensamiento de muchos hombres de buena voluntad del Occidente discurre por estos cauces ?

Pues bien, a mi entender, esta es una manera de ver profundamente equivocada. No sólo de pan vive el hombre, aunque tenga la piel morena, amarilla o negra. Los espíritus vacíos y las almas hambrientas ofrecen al comunismo un campo de desarrollo tan propicio como los estómagos insatisfechos. Checoslovaquia no cayó bajo el talón de hierro porque el pueblo gimiera de hambre ; las viviendas modelo construidas por los socialistas en Viena no impidieron la subida al poder de Dolfuss ni seguidamente la de Hitler ; y los acontecimientos han dado un mentís a los profetas que predecían que el Irán, una vez privado de las rentas de las explotaciones petrolíferas, acusaría el golpe y volvería a entrar en razón. Parece que la lección que nos dió Peter Drucker en su libro se haya olvidado demasiado pronto.

El fin del hombre económico

Lo que Asia reivindica hoy, no es sólo su derecho a la prosperidad económica y a los progresos de la técnica, sino más bien el estatuto de igualdad en la familia mundial, el respeto de sí mismo y la dignidad, la igualdad racial y el fin de toda clase de diferencias y privilegios.

Tres cosas deciden que un pueblo se encariñe con la democracia o sucumba al comunismo. Si cree en ideas de orden más elevado que el comunismo, si tiene la voluntad de resistir a su degradación, y si posee una clase dirigente capaz de guiarle en esta resistencia, está salvado.

Hago especial hincapié en la importancia de valores inmateriales y en los imponderables morales, sin ser por eso insensible a la de las cosas materiales y a la necesidad de poseerlas para asegurar al ser humano una vida más independiente y una dignidad más alta. Lejos de mí la idea de que los Estados Unidos debieran moderar su ayuda económica a los países « atrasados » ; he sido incluso uno de los que se pronunciaron porque se aceptase la ayuda económica

americana a la India, y ésto antes de que pareciera por lo general aceptable ; tampoco insinúo que los U. S. A. deban cesar su esfuerzo de rearme para asegurar la tranquilidad colectiva del mundo libre ante la agresión totalitaria ; antes bien, sé que en la medida en que América aumenta su propia fortaleza y la del mundo libre, nos protege, sepámoslo o no, a nosotros, los que somos militarmente débiles. Sin embargo, sostengo la necesidad de reaccionar igualmente en el terreno de las ideas.

Arthur Goodfriend, en su notable libro *The only war we see*, ha utilizado el mismo razonamiento. He aquí lo que ha escrito :

« Los comunistas chinos se han apoderado de las masas gracias a la educación y al adoctrinamiento político. Nosotros, tratamos de ganarlas dándoles limosna... ¿ Silenciaremos, como lo hicimos en China, el pasado vergonzoso del comunismo ruso, o bien heriremos al comunismo en su punto flaco recordando a todos cómo destruyó los valores más preciados, los valores tan gratos a los asiáticos como a los otros hombres : la religión, la familia, la independencia nacional y la propiedad rural ? De no estar preparados para afrontar este grave problema, los Estados Unidos y el mundo libre pueden verse arrastrados hacia un error de graves consecuencias. Los gobiernos de los pueblos « atrasados » podrán quizás ponerse de nuestro lado, pero, detrás de la fachada oficial, el pueblo permanecerá indiferente y e incluso hostil. »

Partiendo de esto, corresponde a los americanos afirmar el papel de su país en Asia y en Africa durante los meses y años venideros. Son ellos los que tienen que preguntarse : ¿ Cuáles son los móviles del M. S. A. del T. C. A. y del Punto 4 ? ¿ Esos enormes proyectos de beneficencia, sin paralelo en la historia del mundo, se fundan únicamente en la misericordia ? (Si así fuere serán a la larga inaceptables para aquellos a quienes pretendían socorrer). O bien, como lo han dado a entender algunos cínicos, ¿ esos proyectos benéficos se inspiran en la necesidad de dar salida al exceso de mercancías y materiales ? (En ese caso, en todo ello no hay más que una nueva forma de explotación). ¿ No se persigue otro fin que la destrucción del comu-

nismo ? (El propósito es bueno en sí mismo, pero insuficiente). Me gustaría poder pensar que lo que en realidad determina esos magnos proyectos de Norteamérica, es la fraternidad ; que lo que les anima es el deseo de compartir con sus prójimos, deseo que se siente tan intensamente en familia ; que, en una palabra, su fundamento es el amor, el amor consciente del valor ajeno. Si así fuere, a algunos de nosotros, ciudadanos del viejo mundo, nos parece que los norteamericanos sirven mal su causa, por no saber presentarla tal como es : una causa espiritual.

Verdad es que hay por lo menos un gran borrón en el cuaderno de los U. S. A. : la condición del negro ha sido presentada con razón como la vergüenza de la democracia americana ; y el problema racial constituye, internacionalmente, el talón de Aquiles de los Estados Unidos. Los gobiernos de Africa del Sur, con sus medidas de separación racial, parece como si quisieran atraer sobre sus cabezas y sobre el mundo entero la catástrofe comunista, y la voz de los Estados Unidos no se ha destacado entre las que se levantaron en señal de protesta. Y sin embargo, a pesar de sus taras, hay muchas cosas que América del Norte puede y debe difundir además de los bienes materiales que prodiga : el amor a la libertad — levantarse en defensa de sus derechos — ; la igualdad de estatuto — responder cuando se ataca a la dignidad humana dondequiera y quienquiera que lo haga — ; la iniciativa — hacer las cosas para y por sí mismos sin esperar a que las emprenda el gobierno ; la audacia espiritual — explorar la frontera del conocimiento con un deseo de conquista y no de fatalismo ; la generosidad — dar liberalmente, exponer su vida por el prójimo —. También existe en Estados Unidos la unión espontánea

de los talentos y de los esfuerzos que se manifiestan para servir a un solo ser humano, por humilde que sea ; existe en fin, ese espíritu cívico que se está haciendo cada vez más internacional y universal, y que reconoce que, tanto para lo bueno como para lo malo, Estados Unidos pertenece al mundo y tiene que compartir sus alegrías y sus tribulaciones. Norteamérica tiene, pues, « un gran festín de ideas » que ofrecer, al que puede invitarnos a cada uno de nosotros.

Ya es hora que el mundo oiga un poco más esta voz, que conozca esos aspectos de América, y que nos ocupemos algo menos de sus automóviles, sus refrigeradores, y sus aparatos de televisión. Desgraciadamente, demasiados asiáticos tienen la impresión de que América, si nutre al cuerpo, deja morir de hambre al espíritu y al alma. El profesor M. A. Linberger, basándose en su experiencia personal en Extremo Oriente, nos ha planteado esta gran paradoja : « Los americanos creen en las cosas del espíritu, pero se esfuerzan en adquirirlas por medios materiales, con dólares, créditos, y socorros en especie. Los comunistas creen en las cosas materiales, pero ofrecen a los hombres algo en qué creer, algo en qué hacer, algo en qué defender. »

Ni militar, ni espiritual, ni moralmente una parte de la humanidad puede permitirse ignorar a la otra. Si era verdad, en los tiempos de Abraham Lincoln, que una nación no podía ser a medias esclava y a medias libre, hoy es todavía mayor verdad — en este universo del siglo XX que se está haciendo pequeño para el hombre — que es imposible tener un mundo a medias esclavo y a medias libre.

MINOO R. MASANI

SABINO DE ARANA-GOIRI, propulsor del renacimiento vasco

POR MANUEL DE IRUJO

EL 25 de noviembre de 1903 dejó de existir Don Sabino de Arana-Goiri, el fundador del renacimiento vasco. El que sus discípulos y seguidores hayamos celebrado en familia su aniversario, no obsta para que *Cuadernos* recoja el hecho y lo lleve a conocimiento del mundo hispanoamericano, del que es tribuna autorizada. Fué la pluma llena de prestigio de Jean Cassou la primera que, en París, anunció el cincuentenario de Arana-Goiri en un artículo preñado de generosidad que publicó *Euzko-Deya*: que su mención sirva de entrada a estas líneas.

Vida y obras de Arana-Goiri

Nació Arana-Goiri en 1865. Inició sus estudios de Derecho, que no terminó, en la Universidad de Barcelona. Su formación intelectual se forjó por autodidactismo. Investigador y hombre de acción, historiador y lingüista, forjador de grupos sociales y animador de masas, poeta y letrado, periodista y creador de doctrina política trascendental, vivió 38 años de vida fecunda, de lucha constante y actividad ininterrumpida.

En tres periodos puede fraccionarse esa vida de apóstol. El primero va de 1886, en cuya fecha hace su primera publicación, a 1893, año en el cual, a la actividad intelectual se une el movimiento político. Corresponden a estos primeros años las *Etimologías Euskéricas*, los *Pliegos Euskarófilos*, la *Gramática elemental del Euskera bizkaino*, los *Pliegos-histórico-políticos*, el trabajo histórico genético *Bizkaya por su independencia* y los *Pliegos Euskevalógicos*. Los títulos de estas obras reflejan la índole de su contenido.

El año 1893 tuvo lugar en Navarra el hecho conocido con el nombre de la « gamazada ». El Ministro de Hacienda del Gobierno Sagasta, Don Germán

Gamazo, llevó al Parlamento un proyecto de presupuesto atentatorio contra lo estipulado en la Ley Paccionada del 16 de agosto de 1841, que había sido otorgada en ejecución de la ley derogatoria de los Fueros vascos del 25 de octubre de 1839. Desde mayo de 1893 hasta abril de 1894, el Gobierno Sagasta y la Diputación de Navarra mantuvieron sus posiciones, llegándose a escenas tumultuosas y violentas, como consecuencia de las cuales, dimitió el Sr. Gamazo. Arana-Goiri se puso en contacto directo con la Diputación de Navarra y participó en varias de las manifestaciones públicas que la « gamazada » produjo. Denominó a los navarros « sublimes enlocados de amor patrio », y refiriéndose a la máxima concentración del 18 de mayo de 1894 a que aquella gesta dió lugar, escribía: « Ni ojo vió, ni oído oyó, ni lengua alguna contó jamás nada semejante a lo que anteayer sucedió en este pueblo. » La epopeya popular de la « gamazada » influyó notablemente en el ánimo de Arana-Goiri.

El 3 de junio de 1893, seis días después de la primera gran manifestación de la « gamazada » y a los dos de haberse sublevado en el fuerte de Gares (Puente la Reina) el sargento López Zabalegui, Arana-Goiri reunió a sus primeros discípulos y ante ellos planteó la tesis nacional vasca, que culminó en el « Juramento de Larrazabal ». Después de relacionar el pasado histórico del país vasco y anatematizar el yerro en que este incurrió al aceptar el régimen monárquico, dijo: « Levantando el corazón a Dios, de Bizkaya eterno Señor, ofrecí todo cuanto soy y tengo en apoyo de la restauración patria, y juré — y hoy ratifico mi juramento — trabajar en tal sentido con todas mis débiles fuerzas, arrastrando cuantos obstáculos se me pusieran de frente y disponiéndome, en caso necesario, al sacrificio de todos mis afectos, desde el de la familia y la amistad hasta las conveniencias sociales, la hacienda y

a misma vida. » Fué en Larrazabal donde lanzó su lema « Jaungoikoa eta Lagizarra. »

El 8 de junio de 1893 salió a la luz *Bizkaitarra* (El Vizcaino), primer órgano periodístico divulgador de la nueva doctrina, tomando modelo de la actitud de Navarra en la « gamazada ». El 16 de agosto, día de San Roque, Vizcaya organizó un homenaje al Orfeón Pamplonés, significando en él a Navarra y adhiriéndose a su actitud. El « Gernikako-erbola » entonado por aquel orfeón al pie del roble simbólico, dió lugar a incidentes aparatosos, conocidos en el país con el nombre de « la Sanrocada ». La « gamazada » sirvió además para poner en contacto al renacimiento vasco con el catalán. Comisiones catalanas representativas participaron en todos los actos principales de aquella gesta, tanto en Navarra, como en Vizcaya y Madrid. Y ante la Diputación Foral de Navarra, las representaciones de los municipios congregados y las comisiones catalanas, ondeó por vez primera públicamente en Castejón (Navarra), el 18 de febrero de 1894, la bandera de « Jaungoikoa eta Lagizarra ».

D. SABINO DE ARANA-GOIRI



De 1893 a 1898 desarrolló Arana-Goiri dobles y paralelas actividades. De su pluma de investigador siguieron brotando obras como el *Tratado etimológico de los apellidos euskéricos*, *Lecciones de ortografía del euskera bizkaitarra*, *Egutegi bizkaitarra* (Calendario euskérico), y *Umiaren Lenengo Aizkidia* (El primer amigo del niño). Como polemista publicó *El Partido carlista y los Fueros vasco-navarros*, estudio de la significación político-social del carlismo, del que se agotaron rápidamente varias ediciones y que constituye un ataque a fondo contra la falsa tradición representada en aquél. Prohibida por el gobierno la publicación de *Bizkaitarra*, creó *Basevritarra* (El Campesino), desde cuyas columnas Arana-Goiri planteó en el terreno social la misma doctrina enunciada desde las de *Bizkaitarra* en el político. El año 1894 se constituía la primera sociedad de carácter renacentista, « Euzkeldun Batzokija » (Centro vasco), que al siguiente era clausurada, puestos en prisión los miembros de su Junta de gobierno y procesados todos sus socios. Mas en su seno había quedado fundado ya el Partido Nacionalista Vasco, el cual, dentro de la ley mientras fué ley la democracia, fuera de ella cuando a la democracia substituyó el arbitrio y el despotismo, en exilio hoy, continúa la obra comenzada por Arana-Goiri en Larrazabal el 3 de junio de 1893.

En 1898 tuvo lugar el desastre colonial : la guerra de España con Estados Unidos y la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. A este hecho precedieron los años de lucha por la autonomía primero y por la independencia después, de aquellos países. Causas de libertad las de Cuba y Filipinas, como la de Euzkadi, sus repercusiones mutuas les alcanzaron, puesto que todas las libertades humanas son solidarias. Y el año 1898 nos ofrece el testimonio de dos hechos altamente significativos. Como reacción de nacionalismo español, es contundentemente lapidada la casa solariega de Arana-Goiri ; y como afirmación de nacionalismo vasco, es Arana-Goiri, elegido diputado por Bilbao. Este hecho señala la trayectoria que seguirá en el futuro el movimiento nacional vasco — la generación vasca del 98 —, actuando dentro de las leyes y cubriendo puestos representativos y de responsabilidad y gestión política en todos los órdenes, con significación específica vasca o integrando grupos y organismos de carácter genérico y amplitud estatal. Así, los nacionalistas vascos han concurrido a los ayuntamientos y diputaciones del país, mientras fueron elegidos por sufragio universal ; constituyeron en el Parlamento español el Grupo vasco ; e integraron el Gobierno de la República cuando ello fué preciso. Como desarrollo y aplicación de esa política forjada por Arana-Goiri en el 98 y en concurso con los restantes grupos democráticos,

fué plebiscitado por el país y aprobado por el Parlamento el Estatuto Vasco. Y fuera del país, los vascos participan con organizaciones propias en los « Nuevos Equipos Internacionales », en la « Unión Europea de Federalistas » y en el « Consejo Federal de las Comunidades y Regiones Europeas » ; y por medio del « Consejo Vasco por la Federación Europea », forman parte del « Consejo Federal Español », miembro a su vez del « Movimiento Europeo ».

El año 1899 triunfó en Bilbao la primera candidatura nacionalista vasca para concejales, apareció el diario *Correo Vasco* y se fundó la sociedad « Centro Vasco » ; y en 1891 veían la luz la revista *Euzkadi*, de investigación, y el semanario *Patria*, de lucha política. El año 1902 lo llena el gran proceso del que nos ocuparemos a continuación ; y el siguiente, después de publicar el melodrama histórico « Libe », Arana-Goiri dejaba de existir el 25 de noviembre de 1903.

Los procesos de Arana-Goiri

Fueron siete. Cuatro de ellos quedaron alcanzados por las amnistias que se vieron obligados a otorgar los gobiernos monárquicos en favor de los periodistas de carácter republicano, que ocupaban los puestos más sobresalientes de la prensa de Madrid y Barcelona, con creciente influencia en la opinión pública. Alternaron en la represión la jurisdicción ordinaria y la castrense, con detenciones preventivas, intervenciones gubernativas, multas, clausuras y otras vejaciones. A media mañana del 2 de mayo de 1902 asaltaron el « Centro Vasco » de Bilbao los oficiales de la guarnición, empleando sus sables en destrozarse la vajilla y el mobiliario, dejando heridos o contusos a los empleados que encontraron en sus salones. Hubo de justificarse el hecho con un sumario seguido contra la sociedad ante la jurisdicción castrense, que pasó después a conocimiento de la ordinaria para terminar sobreseído. Cuando el diputado Sr. Picabea pidió la libertad de Arana-Goiri, puesto a la sazón en prisión preventiva y gravemente enfermo, Don Segismundo Moret le contestó que « será más gallardo para él morir en la cárcel » y que « la tranquilidad de España bien vale la vida de un hombre ». El 16 de septiembre de 1895, Don Francisco Romero Robledo, a la sazón Ministro de Gracia y Justicia, anunció la reforma y ampliación del Código penal para poder de tal guisa perseguir y yugular el renacimiento vasco. A su discurso de apertura de Tribunales pertenecen estas frases : « El Poder legislativo creyóse obligado, tarde, ante los tristes hechos, a llenar este vacío, declarando delito la propaganda separatista de las provincias de ultramar. Pero, es el caso, aunque parezca increíble, que en una

provincia de la Península se viene cometiendo igual atentado. Un periódico, *Bizkaitarra*, órgano y representación de un club autorizado, enarbola en sus solemnidades bandera de rebeldía contra la integridad de España... Por la insuficiencia de la ley, por la indefinición del delito juzgándose como de imprenta, viene subsistiendo hace tiempo aquel papel. » La reforma en aquel entonces anunciada por el Ministro, fué realizada por la Ley del 1 de enero de 1900, que quedó incorporada al art. 248 del Código Penal de la Monarquía, castigando como delitos de rebelión « los ataques a la integridad de la nación española o a la independencia de todo o parte de su territorio bajo una sola representación de su personalidad como tal nación. » En este precepto se fundó la acusación fiscal contra Arana-Goiri en el proceso de 1902. La República lo hizo desaparecer de su Código Penal. El actual régimen ha vuelto a incluirlo, figurando en el art. 217 núm. 3 del Código Penal franquista.

Uno de los procesos tuvo su origen en querrela por injurias ; se tramitó a instancia de parte ante el Tribunal de Derecho y terminó con la condena de un mes y once días para Arana-Goiri. Los dos que dieron lugar a juicio oral ante el Tribunal del Jurado, incoados en 1895 y 1902, terminaron con la absolución del procesado. Los jurados se solidarizaron de tal guisa con Arana-Goiri. Fué esta una alta lección de la democracia, que los vascos no olvidaremos.

El proceso de 1895 se desarrolló en juicio comparativo de los movimientos de liberación de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y el País Vasco. Los códigos penales, las leyes de imprenta y las restantes disposiciones represivas vigentes en la Península y en las provincias de Ultramar, dieron contenido a la defensa — a cargo del padre de quien estas líneas escribe —, la cual, tras proclamar el derecho del pueblo vasco a la independencia, terminó fijando el programa político del nacionalismo vasco en la reintegración foral, o lo que es lo mismo, en la vuelta al estado jurídico anterior a la promulgación de la ley abolitoria de los Fueros vascos del 25 de octubre de 1839.

El proceso de 1902 fué incoado como consecuencia del cable dirigido por Arana-Goiri al Presidente Roosevelt, felicitándole por haber otorgado a Cuba su independencia. La misiva fué detenida por el Gobierno, que una vez más puso en prisión a Arana-Goiri. Este, desde la cárcel, repitió el envío, remitiéndolo al Vicecónsul de Estados Unidos en Bilbao, con una carta en la que, explicando lo sucedido, le rogaba hiciera llegar aquel texto a su Presidente. El Vicecónsul americano, transcurridos varios días, en lugar de hacer honor a la confianza depositada en él por Arana-Goiri, se trocó en delator, entregando la carta con el texto del cable, ambos

originales, a las autoridades españolas ; y en este hecho fundó el Fiscal la acusación, que el Tribunal del Jurado rechazó determinando la absolución del procesado.

Lo doctrina de Arana-Goiri

Es la que hoy se denomina democracia cristiana. Demócrata en su plenitud, afirma los derechos de la persona humana, así se considera en su aspecto individual o colectivo, sea hombre o pueblo. Opuesto al absolutismo del poder y al desvío capitalista del liberalismo del siglo XIX, no lo es menos al materialismo filosófico, histórico o dialéctico que el marxismo entraña Arana-Goiri no conoció la democracia liberal, abierta y progresiva del siglo XX en lucha contra conservadores y reaccionarios, ni la social-democracia enfrentada gallardamente al comunismo. Como los forjadores de Norteamérica, el fundador del nacion lismo vasco invoca a Dios, afirma la moral cristiana y proclama como aspiración conjunta la libertad del hombre y la de su patria. Se vuelve contra cualquier intento que coarte la conciencia individual : « No es fácil comprender que para convertirle a uno haya que mandarle de un balazo a los infiernos. » Fervoroso partidario de la igualdad social afirma : « No hay para nosotros personas respetables sino por sus actos... Tampoco entendemos de familias ilustres, de aristocracias y de clases sociales, porque repugnan esencialmente al espíritu vizcaíno, y es tan digno de respeto el hijo de un sencillo labriego como el descendiente del más ilustre varón. » Mantiene la doctrina de la independencia entre la Iglesia y el Estado : « Nula intervención de los poderes civiles en la celebración del culto, en la enseñanza religiosa y en la provisión de cargos y administración de bienes eclesiásticos : en una palabra, en los oficios y cosas propias de la Iglesia. Nula intervención de las personas eclesiásticas en los Poderes del Estado. » Afirma la primacía del espíritu y mantiene la procedencia de las nacionalizaciones, no tan sólo al servicio de la economía, sino al del país considerado en su conjunto. Aconseja a los obreros vascos que se asocien entre ellos y constituyan sindicatos propios, pero sin dependencia de otros sindicatos extraños al país, y sin que la prosecución de la libertad económica o la seguridad social les haga perder de vista la necesidad de propugnar y defender la libertad política fundamental. Este consejo dió alma a « Solidaridad de Trabajadores Vascos », el sindicato más numeroso de país, de carácter social-cristiano, cuya última Directiva mantiene aún en prisión el general Franco.



Obra en poder de esta Alcaldía, atta. comunicación, N.º 2486, del negociado 4.º, del Excmo. Gobierno Civil de esta Provincia, fecha 27 de los meses de Octubre p.p. y una de cuyas partes, copiada literalmente, dice: «...se requiera a los familiares y propietarios de las tumbas o panteones donde figuran inscripciones en vascuence, para que sean retiradas las losas y sustituidas las citadas inscripciones por otras en castellano.-»

Y siendo V. uno de los propietarios de la tumba en la cual aparece inscripto con nombres en vascuence, requiero a V. para que con la debida urgencia sea retirada dicha placa y sustituida por otra en castellano.-»

Dios guarde a V. muchos años.

Guernica y Lino 2 de Noviembre 1.949.

EL ALCALDE,

El régimen actual ha prohibido la lengua vasca hasta en los cementerios.

Distinguió Arana-Goiri la nación (comunidad natural erigida sobre el trasunto de la raza, la cultura, el idioma, la tradición, el sentido religioso y el territorio), del Estado, asociación política, con su régimen e instituciones. Para el fundador del nacionalismo vasco, Euzkadi es la nación vasca y la patria de los vascos. El programa político de orden estatal se reduce a la reintegración foral, con derogación de la ley abolicionaria de los Fueros vascos y vuelta al estado jurídico anterior a su promulgación. « Fueros » significa para los vascos tanto como códigos y leyes elaborados por el país en uso de su soberanía ; y régimen foral equivale a régimen de libertad, de soberanía política e independencia nacional ; y en los postreros siglos de historia, de pacto con la Corona de Castilla, en virtud del cual, esta corona vino a representar para los países vascos peninsulares la unión de unidades, que permitía a un mismo soberano serlo de diferentes países, así se denominen reinos, señoríos, naciones, regiones o Estados. Damos como ejemplo de la síntesis foral en su última etapa histórica la Ley 33, Tit. 8, Lib. 1, de la Novísima Recopilación de Navarra, trasladada del acuerdo adoptado el 11 de junio de 1515 por las Cortes de Castilla — tal vez las postreras que merezcan este nombre —, y sancionado por la Corona común de ambos reinos el 7 de julio siguiente, cuyo texto reza : « La incor-

poración de Navarra a la Corona de Castilla fué por vía de unión eqüe-principal, reteniendo cada una su naturaleza antigua, así en leyes, como en territorio y gobierno. » « Naturaleza antigua » fué enunciado por Arana-Goiri por « Lagizarra ». Por eso, el lema nacionalista vasco, en lugar de proclamar como García V de Nájera el 12 de diciembre de 1052 « Honorem Dei Libertate Patria », dice « Jaungoikoa eta Lagizarra »; y por eso no se comete afrenta contra el mismo lema cuando es traducido en sentido vulgar y corriente por « Dios y Fueros », porque « Lagizarra » envuelve la aspiración de reintegración foral con espíritu nacional vasco.

Martí, Rizal y Arana-Goiri

El año 1953 fué cincuentenario de la muerte de Arana-Goiri y centenario del nacimiento de José Martí, el apóstol cubano. Los problemas cubano, filipino y vasco se entrelazan en su desenvolvimiento, como hemos podido observar. Martí, Rizal y Arana-Goiri, sus figuras señeras, coinciden en el tiempo y en el espacio. Martí nace en 1853 y muere en 1895 : vive 42 años. Rizal ve la luz en 1861 y fallece en 1896 : son 35 años de existencia. Arana-Goiri viene al mundo en 1865 y sale de la vida en 1903 : cumple 38 años, de ellos 30 con existencia común en los tres. Hombres de letras Martí y Arana-Goiri, médico Rizal, los tres son de formación autodidacta, poetas e investigadores, intelectuales

y hombres de acción, creadores de grupos políticos y animadores de masas sociales, pensadores y periodistas. Los tres son perseguidos por la monarquía española, de la cual eran provincias a la sazón sus países respectivos. Rizal muere fusilado, Martí es alcanzado por balas españolas en campaña, y Arana-Goiri sale de la prisión para entregar su alma a Dios. Pi Margall, Pablo Iglesias, la Princesa Eulalia, Canalejas y Don Antonio Maura piden en formas varias la autonomía de las provincias de Ultramar. Sus palabras caen en el vacío o son oscurecidas por el griterío patriótico. La monarquía española, que había perdido en los albores del siglo el continente iberoamericano, no sabe, no puede o no quiere aprender aquella lección histórica. Pierde las Antillas y Filipinas, sin otra preocupación que la de salvar la Corona del naufragio. Tras la ley represiva de enero de 1900 aprobará aún la de Jurisdicciones — que tan grave ofensa hace a un espíritu liberal —, sometiendo los « delitos » cometidos por los patriotas catalanes y vascos a la jurisdicción castrense.

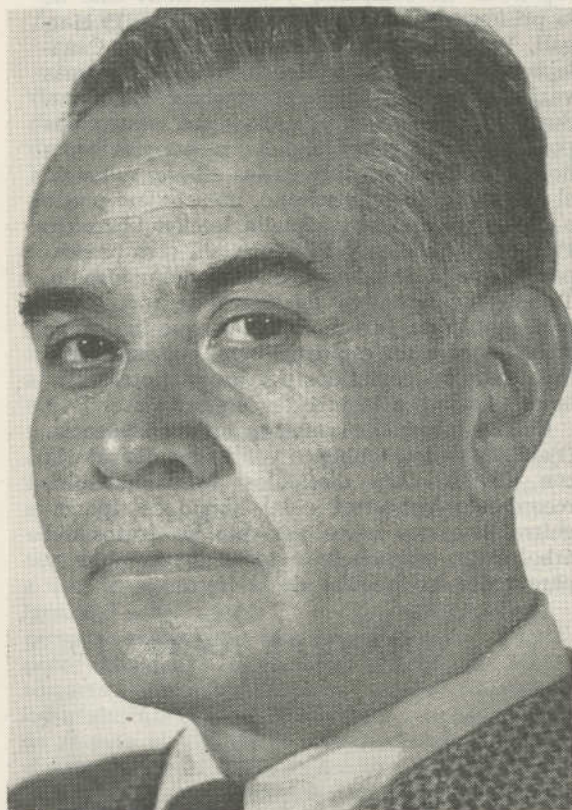
Cuba y Filipinas alcanzaron su independencia. Ojalá sea dado a cubanos y filipinos disfrutarla con libertad. Los discípulos de Arana-Goiri, recordando las estrofas del himno de Iparraquirre, hacemos votos por que los frutos del árbol santo sazonen para todos los hombres y para todos los pueblos de la tierra.

MANUEL DE IRUJO

« Se presenta en este plan la figura, no menos heroica y significativa, de Arana-Goiri, el animador del destino vasco. Existe, en efecto, un destino vasco que, arrancando de sus orígenes inmemoriales, ha sabido abrirse su camino hacia la libertad. Este destino posee, para afirmarse, una lengua y para cumplirse unos medios políticos, unas tradiciones y unas aspiraciones propias. Sabe asociarse a los otros destinos de la hispanidad. Todas las historias nacionales convergen hacia la historia de este mundo, de esta humanidad específica llamada España. El País Vasco ha sido históricamente una forma de concebir la democracia y de proseguir a su manera el cumplimiento de ésta, y de darle forma, ejemplo y ayuda a las otras Españas tendientes al armónico cumplimiento común. Es toda la España en marcha hacia esta realización la que ha sufrido en su carne la herida del árbol de Guernica. Todos los vascos oprimidos o en destierro, y con ellos todos los españoles oprimidos o en el exilio, festejan en estos momentos y en el silencio de sus corazones la gran memoria de Arana-Goiri. Permítasele a un francés nacido en Bilbao que se una en esta comunión. »

JEAN CASSOU

ARTES PLÁSTICAS



RUFINO TAMAYO

POR VLADY

EXISTE, indudablemente, un « caso » Tamayo. Y existe, ante todo, por el esfuerzo de sus adversarios y de sus detractores.

Tamayo ha logrado particular fama durante los últimos años, una fama legítima que se asienta fundamentalmente en la indiscutible calidad de su obra. Pero en México, y por la fuerza de las cosas, el pintor se ve impelido a llenar un papel que traspasa los límites del taller y que lo convierte en un personaje público. Así ha sido al menos hasta ahora.

Rufino Tamayo procede de una humilde familia del Estado de Oaxaca y ofrece en sus rasgos su origen indígena. Pertenece

a una generación por demás notable. Se forma como pintor con un grupo de jóvenes, al que pertenecen el francés J. Charlot, el mexicano Alfaro Siqueiros y el gallego Paco Miguel, cuya obra quedó truncada lo mismo que sus manos antes de que lo fusilaran los franquistas. En la misma época, María Izquierdo causaba la admiración de sus compañeros por la espontaneidad de su cromatismo folklórico. A los mismos grupos pertenecen Villaurrutia y Usigli, dos de los grandes valores del joven teatro mexicano, y ese gran poeta y educador que es Torres Bodet, ya universalmente conocido.

La pintura de Tamayo se caracteriza esencialmente por la exaltación de los

valores cromáticos. Parte muchas veces de *colorines* de procedencia puramente popular. Es una época la suya en que, rompiendo con los convencionalismos, el pueblo se descubre — o se redescubre — como fuente directa y rica de inspiración. Una época en que, gracias a los nuevos medios de reproducción, se conocen y popularizan artes casi desconocidos anteriormente: el arte negro, los barbarismos, etc. En Italia, la pintura trata de ser dinámica; en Rusia, la literatura conoce la incursión del lenguaje popular; en México, la revolución pone al descubierto toda una serie de valores largamente adulterados antes.

Trabaja de firme Diego Rivera, cuya obra se ha impuesto y perdurará gracias a su amor por lo indígena bajo todas sus formas. Pero el arte excesivamente anecdótico de Diego Rivera y la rebeldía telúrica de José Clemente Orozco esperan aún la obra de los plásticos. Más que mensajes, misiones sociales, literarias o poéticas, exaltan éstos la pintura en su aspecto específico, pues esta pintura, cuando es realmente buena, encierra siempre en sí un mensaje.

Desde sus comienzos, en sus primeras naturalezas muertas — composiciones de elementos pueblerinos —, Tamayo manifiesta su inclinación por el color hasta llegar a su magistral concepción actual. ¿Qué decir de sus magníficos blancos concebidos como color? Tamayo ha sabido elevar los « colorines » a la categoría de color.

No es este un hecho absolutamente nuevo en la pintura moderna; Van Gogh, Gauguin y Matisse se han esforzado, principalmente, en el mismo sentido. Pero en Tamayo parece renacer la concepción tizianesca del color, pese a que recientemente se le ha reprochado cierto sistematismo con sus « frotados » y sus « esponjados ». Y con motivo de la inauguración de sus murales en el Palacio de Bellas Artes, de México, recibió críticas hace unos meses por su excesivo geometrismo, tan en contradicción con lo propiamente suyo.

El dibujo de Tamayo, por lo general inteligente y lleno de sabor, se nos aparece, sin embargo, como bastante impersonal. Lo verdaderamente personal, lo auténticamente « tamayesco » es por esencia el color, el sabor y la visión de lo atmosférico,

valores dominantes en el Tiziano y en Velázquez.

Pero el « caso » Tamayo se desarrolla — ya lo hemos indicado — en un terreno menos pictórico que político. Demuestra esto, una vez más, que aun sin quererlo muchas veces el pintor se ve obligado a desempeñar una función social. Los pintores y los intelectuales sujetos a la influencia stalinista han convertido a Tamayo en centro de sus ataques y ello con el fin de erigirse en los promovedores mexicanos — o latino-americanos — del ya famoso « realismo socialista » mecánicamente trasplantado de la URSS. Es este un arte que se pretende portador de una alta misión social y que presume de reflejar asimismo la conciencia de las contradicciones políticas y sociales. Trátase de una posición esencialmente demagógica que tiene por fin inmediato la diferenciación de los medios intelectuales conforme a los partidismos y sirviéndose a la vez de sentimientos bajamente nacionalistas y falsamente progresistas y sustituyendo la falta de información sobre los hechos por una escolástica. El hecho de que Tamayo coseche legítimos

RUFINO TAMAYO : "Mujer de Tehuantepec".





RUFINO TAMAYO : " Vendedoras de flores " .

éxitos en Europa pretenden explicarlo por la decadencia de ésta. Y el hecho de que venda cuadros en los Estados Unidos como una prueba de hostilidad hacia el realismo mexicano. ¿ No lo interpretarán uno de estos días como una prueba de « intervención imperialista » ?

La más reciente manifestación artística de Rufino Tamayo es la inauguración de sus murales en el Palacio de Bellas Artes. Tienen éstos por tema : « El nacimiento de nuestra nacionalidad » y « El México de hoy ». Representa el primero un jinete — símbolo del hombre blanco, del conquistador — y una mujer dando a luz un niño entre blanco y café. En el discurso inau-

Nuestro admirado amigo Rufino Tamayo ha obtenido el Gran Premio de pintura instituido excepcionalmente con ocasión del IV Centenario de la fundación de Sao Paulo. Nos congratulamos de esta merecida recompensa y felicitamos cordialmente al gran pintor mexicano.

gural oyóse, por parte del representante de la actual administración, esta verdad evidente : « Lo que caracteriza a las grandes civilizaciones es la suma de valores y no la resta ». Ha chocado esta definición, claro está, con el elemento stalinista habituado a monopolizar el más burdo de los nacionalismos al servicio de una dictadura exterior.

En una interviú concedida a la periodista Bambi, Tamayo se permitió poner en duda la tradición pictórica precortesiana ; no estaba ésta al nivel de la escultura de aquel tiempo, cuya tradición se ha perdido completamente. Aseguraba Tamayo que los murales descubiertos recientemente — los de Bonampak — carecen de valor estrictamente pictórico y que son en realidad dibujos coloreados. Vemos en esta crítica la inclinación del artista a exaltar las posibilidades del color por la matización. Un crítico comunista se apresuró a ver en esto un acto de hostilidad hacia la tradición artística mexicana. ¡ Como si decir que la pintura de caballete ofrece mayores posibilidades plásticas que el fresco significara una negación del valor artístico de éste !

Existe un « caso » Tamayo. Han contribuido y contribuyen a crearlo los repetidos y sistemáticos ataques de los que se presentan como sus adversarios. Pero estos ataques se estrellan y se estrellarán ante la noble independencia del artista y ante el valor creciente de su obra.

V I, A D Y

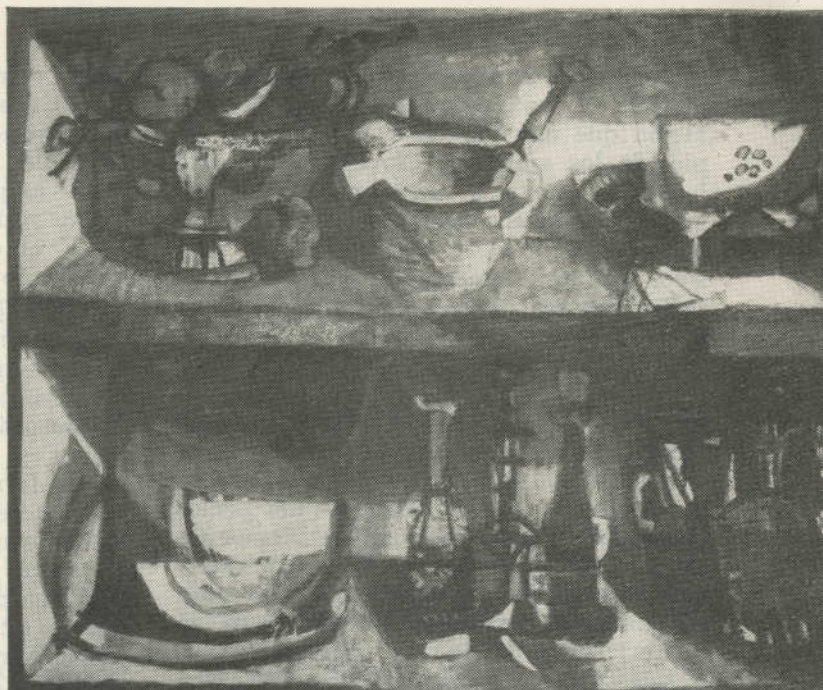
CUADERNOS

Clavé

o

el humanista

POR JEAN BOURET



ANTONIO CLAVÉ: "Despensa provenzal".

EN el Museo provincial de Sevilla, la Santa Dorotea que pintó Zurbarán hacia 1650 es un remanso de gracia entre una centena de cuadros que, proclamando la omnipotencia de un Dios esencialmente favorable a España y el orgullo conquistador de sus nobles caballeros, se esfuerzan en traducir toda la dureza, el sentido trágico y la fe de una raza apasionada hasta la muerte por el drama de la carne y del espíritu.

Esta obra de Zurbarán respondía por anticipado a las interrogaciones más insistentes del arte moderno y a su preocupación de dar una forma concreta a las construcciones del espíritu. Acaso por eso mismo pasó inadvertida esa obra en el siglo en que se produjo, y fué menester esperar a Cézanne, el sucesor, para que la historia sepa volver a colocarla en su lugar en la aventura humana.

Es en esta especialísima imagen de España en la que nos hace pensar hoy la pintura del más joven de los pintores españoles en el destierro y el más grande, a nuestro juicio, después de Picasso: Antonio Clavé.

Del mismo modo que Goya supera las visiones de horror que ha pintado para al-

canzar a lo que las provoca, es decir a esta suerte de fatalidad barroca y rimada que planea sobre los seres y las cosas, Clavé toma en ese sentimiento barroco lo esencial de una inspiración que la exposición celebrada últimamente en la « Galerie Drouant-David » de París nos muestra en pleno triunfo.

¿ De qué se trata en esos cuarenta cuadros a los que dedicó atención preferente la crónica de arte habitual? Pues de algunos temas sumamente sencillos, corridas de toros, fantoches, retratos compuestos y naturalezas muertas. El paisaje no se halla ausente; pero está en segundo plan, puesto allí como mero soporte de la expresión plástica.

Es muy sutil la gama que va de la tierra sombra al azul, de los negros cálidos a los amarillos estridentes, a los rojos sostenidos y a los blancos mate. El dibujo nace del color, diríase que se enrolla a él; no es aquí un elemento de fabricación, sino de afirmación y que se niega al simple grafismo.

En un universo sombrío, pero cálido, una especie de antesala del purgatorio sin tristeza; la vida desenvuelve sus períodos, nacimiento, amor y muerte; los labios

están prestos al beso, los ojos a la contemplación, y las manos a inquirir la sensación que dan las telas, los frutos o la piel de los animales. Clavé, propiamente hablando, no nos cuenta cuentos : se cuenta a sí mismo jugando con sus colores. Y de este modo es torero, payaso, filósofo, bailarín, espectador, gato o tigre, flor o tomate, almirez de sal o rincón al amor de la lumbre.

Si no se tratase más que de desgranar recuerdos personales, fácil me sería escribir sobre Clavé mil variadas anécdotas recogidas en el tesoro de la amistad y del compañerismo, puesto que, nacidos ambos el mismo año — el de 1914 —, nos hemos encontrado hacia nuestros veinticinco años en mi Montparnasse natal, transformado en una especie de venturoso asilo para los artistas españoles. Volvía él de la guerra, precediendo en algunos meses a nuestros camaradas de combate. Con prontitud había aprendido las sutilezas de nuestra lengua ; las sutilezas, digo, porque, en el fondo, era bastante catalán para conocer de ella lo esencial.

Clavé se enraizó sin tardanza en ese suelo de la rue Boissonade, donde crecían ya Honorio Condoy, escultor español, y Oscar Domínguez, hijo de un cultivador de plátanos de Canarias, tan feo como Lautrec, pero con la deformación inversa, el gigantismo. Domínguez hubiera podido arrastrar a Clavé hacia el surrealismo, del cual era un epígono ; pero se advirtió a primera vista que Clavé tenía ya su idea de la pintura y su propia personalidad, personalidad que Gruber y Marchand, con toda su autoridad, admiraron en la primera manifestación pública del artista, que fué una pequeña exposición de naturalezas muertas. De exposición en exposición, del Salón de Otoño al Salón de Independientes, Clavé iba a acabar de formarse para estallar como un meteoro el año de la liberación de París.

★

Puede decirse que Clavé se identifica por turno con cada una de las cosas que pinta, a fin de que la cosa pintada traduzca lo esencial de su temperamento. Ahí está precisamente el proceso normal

de la verdadera pintura. El artista pone como fundamento de una obra nueva una especie de dibujo general, es decir, cargado de recuerdos, de conceptos y de ideas ampliamente meditadas para que hayan podido tomar forma e imponerse a él. Y él elige, pues, conscientemente, la arquitectura geométrica que de aquello se desprende.

La malicia de nuestros contemporáneos pretende que cada vez que un pintor es un hombre bastante universal para pasar de la pintura a la ilustración y de la ilustración a la escenografía teatral, se le pueda formular el agravio de sus actividades accesorias y se llegue a ver en él el litógrafo o el escenógrafo con preferencia al pintor. Clavé no ha quedado libre de esos reproches. Se le dijo todo eso, lo mismo que en su período azul se le reprochó ser un descendiente de Picasso. La verdad es que no hay nada de eso. El principal escenógrafo o decorador de los *ballets* de Roland Petit — donde actuó como innovador, de modo tal que pudo hablarse con justicia de un nuevo Diaghilev o de un nuevo Baskst — sabe muy bien discriminar sus actividades. Y si en su pintura se asemeja a alguno de sus mayores, es mucho más a Velázquez que a Picasso. Tiene de aquél el mismo vigoroso aliento y el mismo respeto por la corporeidad y por el claroscuro. Su gran naturaleza muerta es un lienzo de un clasicismo pasmoso, no porque se parezca a ciertos pasajes o detalles de escuela, sino porque prefigura lo que será el arte español de mañana, un arte en el cual los problemas técnicos no se advierten ya, pero en el que se ha conservado el fuerte soplo inspirador de una trascendencia trágica.

En este sentido hay que considerar la aportación de Clavé como un humanismo nuevo. En efecto, el artista no se sirve de la abstracción sino como un medio y nunca como un fin. En él es lo humano lo que prevalece, y esto es lo que da a sus obras su resonancia múltiple y grave, ese grito que repercute como expresión de un amor profundo por las formas y de una belleza cuya eternidad ha ratificado el estilo.

JEAN BOURET

La sociología en Hispanoamérica

POR R. GARCIA TREVIÑO

EDITADO por la Universidad de La Habana e impreso en la imprenta del propio centro docente, acaba de ver la luz un interesante libro de C. A. Echánove T., titulado *La Sociología en Hispanoamérica*. Trátase de una ampliación a las conferencias que el autor pronunció en mayo de 1949 en el Centre d'Études Sociologiques de París y, después, en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, en febrero de 1950. Cuando las conferencias de París, el autor, que es miembro del Instituto Internacional de Sociología y catedrático de Sociología General y de Sociografía Mexicana en la mencionada facultad de México, se hallaba sirviendo la cátedra de Actualidad Científica de la Universidad de Argel, por invitación que le había hecho el Gobierno Francés. (1).

El libro constituye una historia crítica de la Sociología y del « pensamiento social » en toda Hispanoamérica. El autor distingue desde las primeras páginas del prefacio lo que debe entenderse por Sociología, o sea el estudio científico, según los cánones de esta ciencia de los fenómenos sociales, del simple « pensamiento social », o sea cualquier tratado sobre los mismos temas que no llene los requisitos científicos a que acaba de hacerse referencia. Esto es muy importante, porque si alguna disciplina científica ha sido y sigue siendo mixtificada por los meros *dilettanti*, es justamente la Sociología. De aquí que en concepto de mucha gente tal ciencia carezca de prestancia realmente científica, lo que no es más que un error de apreciación, proveniente de la fácil confusión entre lo que es científico y lo que no lo es en materia social. Con dicha distinción como

(1) El Sr. Echánove Trujillo es asimismo autor de un *Diccionario abreviado de Sociología* (1944, La Habana), de una *Sociología Mexicana* (1949, México) y de una traducción del Compendio de *Sociología según V. Pareto*, por G.-H. Bousquet (México, 1940).

uno de los criterios fundamentales del trabajo el autor emprende en seguida una revisión minuciosa de la Sociología y del « pensamiento social » en la América Española, o sea en todos y cada uno de los veintiún países que la forman.

El autor distingue también, en cada caso, el período « presociológico », o sea el anterior a la formación de la Sociología propiamente dicha (mediados del siglo XIX), del « sociológico » (posterior a la obra de Comte). Todos los que, no obstante pertenecen a este último período, continuaron o continúan tratando los asuntos sociales de una manera empírica y hasta caprichosa, son clasificados automáticamente como simples « pensadores sociales », denominación que el autor adopta a falta de otra preexistente y en la que quedan comprendidos muchos habitualmente — y autollamados — « sociólogos ». Se ve, pues, la seriedad crítica que preside la obra que comentamos, la cual viene a llenar un vacío, pues antes de ella sólo se había publicado el breve tratado del sociólogo argentino Alfredo Poviña, *La Sociología en Latinoamérica*, con grandes lagunas y ya agotado. El trabajo del maestro Echánove, en cambio, se antoja exhaustivo, pues tanta es la información que contiene y tan interesantes las transcripciones que continuamente hace de los principales tratadistas hispanoamericanos.

Del libro aparece — para no hablar sino de lo más sobresaliente de él — que la Sociología fué enseñada oficialmente, por primera vez en Hispanoamérica, en la República Argentina (1896), siguiendo México, en donde la primera cátedra fué impartida en 1897. Aparece también que la Sociología *in situ* (o de *field work*, en inglés) está siendo cultivada principalmente en México y en el Brasil. El autor se detiene, por supuesto, en las figuras señeras de la Sociología en esta parte de América, tales como Antonio Caso y Robert Redfield en México,

Cornejo y Mac-Lean Estenós en Perú, Venturino en Chile, Proviña y Orgaz en Argentina, Freyre, Carneiro-Leão, Pierson y Willems en Brasil, etc. El libro resulta avalorado con los retratos de los principales cultivadores de dicha ciencia en esta porción del Nuevo Mundo y remata con un índice onomástico de los autores tratados.

Consideramos que la importancia no sólo informativa sino crítica del libro que comentamos es máxima y que, por ello, debería ser traducido a otras lenguas, pues la trascendencia de los estudios sociológicos en la América ibérica es grande, sobre todo si se piensa en el sector de las investigaciones vernáculas, o de Sociología local, sector éste al que el autor concede precisamente la máxima importancia, porque a su juicio es el único que puede enriquecer con nuevos datos la Sociología General, especialmente en materia de Sociología « primitivista ». Hasta hace poco, los estudios desde este ángulo se habían limitado a las sociedades « primitivas » de Africa, Asia y Oceanía, y ahora las investigaciones emprendidas en varios países hispanoamericanos respecto de sus grupos « primitivos » de indígenas representan, juntamente con las asimismo verificadas en Estados Unidos de América respecto de sus propios nativos, un acervo de gran significación, que la Sociología General o universal no puede dejar de tomar en cuenta.

RODRIGO GARCIA TREVIÑO

Análisis de un régimen político

JUAN PERON, *Caudillo* que perdura ¿ es un coronel vulgar lanzado al poder en virtud de una feliz conjuración de confusiones políticas, o por el contrario, debe verse en él al representante ocasional, pero auténtico, de una tradición nacionalista argentina ? ¿ Es el « Justicialismo » simple fraseología justificativa de una autoridad nacida de un concurso de circunstancias, o es más bien una doctrina de acercamiento que responde al impulso de fuerzas constantes y de necesidades verdaderas ? Dicho de otro modo : ¿ debe manejarse la ironía o impeler el análisis a fondo para definir al personaje y al régimen ?

Hasta hace poco tiempo, los adversarios del sistema preferían el primero de estos dos métodos, porque juzgaban al peronismo como un fenómeno pasajero y se reservaban para días mejores y de mayor importancia. Los folletos de la oposición eran libelos que atacaban los defectos, demasiado visibles, de los personajes de la situación ; que criticaban la corrupción y el fraude, denun-

ciando persecuciones y violencias. Pero entre la sonoridad vacía de los escritos y discursos de la propaganda peronista, y el desprecio lejano expresado por las publicaciones y murmuraciones de los adversarios, el país elegía, no como observador, sino como objeto. El acontecimiento y las masas estaban modelados por los múltiples organismos del Estado, creados por los hombres que se hallaban en el poder. La oposición únicamente podía invocar el pasado o prever las catástrofes. Ahora bien ; las crisis y sacudidas provocaron importantes modificaciones entre los grupos dirigentes, pero no dejaron ninguna posibilidad a los movimientos rebeldes que se encontraban desplazados en una vida al margen y desgastados por los combates de retardo que habían llevado a cabo con valor, pero aisladamente, sin coordinación. Perón continuaba siendo el árbitro, cambiaba de ministros y de vocabulario y sobrevivía a las peores dificultades.

Ha sido necesaria la excelente obra del periodista y profesor Robert J. Alexander, para que los observadores tengan a su disposición un estudio de conjunto. Este libro, aparecido en 1952, sólo está publicado en inglés (1). Por vez primera, el peronismo era examinado, no sólo desde el ángulo económico-social, sino también en el aspecto esencial de las relaciones internacionales. Con la obra de Alejandro Magnet disponemos, desde hace poco tiempo, de un análisis casi exhaustivo de la Argentina justicialista (2). El autor es chileno, lo que explica las calidades del trabajo : conocimiento exacto de los acontecimientos, documentación de primera mano, comprensión clara del carácter expansionista del sistema peronista. Una justa dosis de ironía y de juicio sereno hace agradable la lectura. Escrito en el fuego de las luchas consecutivas a los intentos argentinos de unir a las dos naciones que separa la Cordillera, el estudio se sustrae, sin embargo, a los defectos de los textos de circunstancias, dejando al lector, al mismo tiempo, el sabor del peligro sentido por las poblaciones vecinas a la República de La Plata. La trama histórica de las grandes corrientes políticas argentinas está rápida, pero sólidamente reconstruida, aunque las etapas de un mismo impulso aparecen lógicamente simbolizadas por los nombres siempre evocadores : Mariano Moreno, Manuel de Rosas, Irigoyen. Para Magnet, el hombre de las « llanuras » es un nacionalista instintivo, como lo es el americano del « Middle West » o el ruso de las estepas. Lo que constituye una novedad en la Argentina, desde hace una decena de años, es el cambio del nacionalismo

(1) *The Peron Era*, Gollanez, Londres.

(2) *Nuestros vecinos justicialistas*, Ed. del Pacífico, Santiago de Chile.